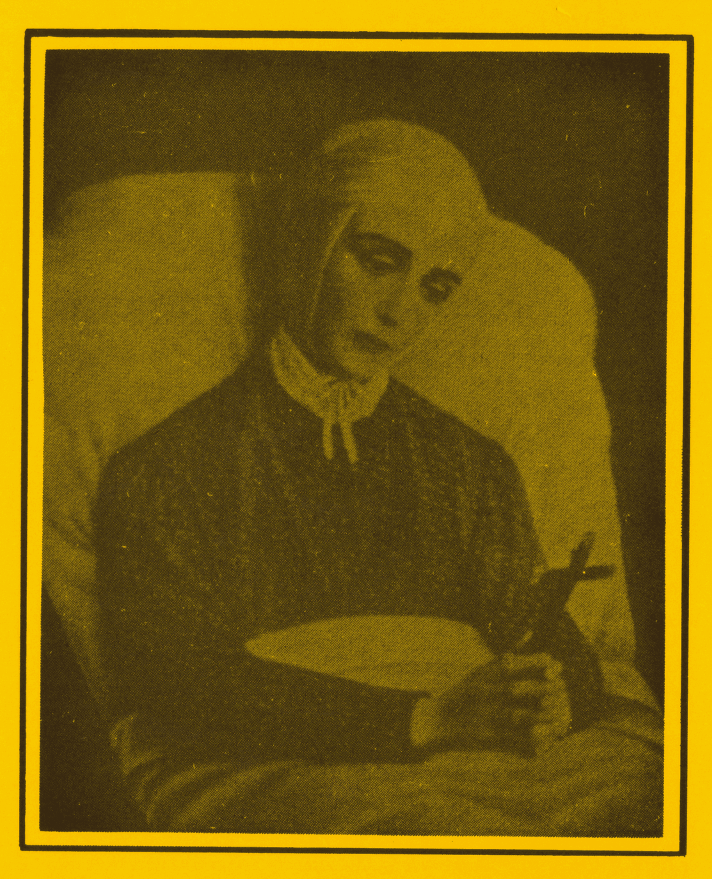
Ana Catalina

EMMERICK



Visiones y Revelaciones Completas

ANA CATALINA EMMERICK

VISIONES Y REVELACIONES COMPLETAS

SEGUN LAS ANOTACIONES DE CLEMENTE BRENTANO, BERNARDO E. OVERBERG Y GUILLERMO WESENER

Versión castellana del

R. P. José Fuchs, S. D. B.

TOMO CUARTO

LIBRO I

LA DOLOROSA PASION
DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO
VISIONES DE LOS APOSTOLES, DE LOS MARTIRES
Y DE LOS SANTOS
DISCERNIMIENTO DE LAS RELIQUIAS

México, D. F.

CUARTA PARTE

VISIONES DE LA VIDA DE JESUCRISTO Y DE SU MADRE SANTISIMA

(CONTINUACION)

INTRODUCCION (*)

Las meditaciones siguientes ocuparán quizás un lugar honroso entre muchas obras iguales, fruto del amor contemplativo de Jesús; pero no pretenden tener un carácter de verdad histórica, y nosotros debemos declararlo solemnemente. Desean sólo unirse a tantas otras representaciones de la Pasión, dadas por artistas y escritores piadosos: a lo sumo, se pueden mirar como las piadosas meditaciones de Cuaresma de una religiosa devota, narradas sin arte y escritas con sencillez, según su relación, a la cual ella misma dió sólo un valor puramente humano, y que comunicó por obediencia y por orden reiterada de sus respetables directores espirituales. El conde Leopoldo de Stolberg proporcionó al que escribe estas líneas el conocimiento de esta religiosa: el deán Bernardo Overberg, su director extraordinario, y el obispo Miguel Sasler, que había sido su consejero y su consolador, la han excitado a contar en detalle lo que sentía; este último señor, que la ha sobrevivido, se interesó vivamente en la redacción y publicación de las notas recogidas a su lado. Estos ilustres difuntos, de piadosa memoria, estaban en continuo comercio de oraciones con Ana Catalina, a quien amaban y respetaban, a causa de las gracias eminentes que Dios le había concedido. El redactor de este libro ha hallado el mismo estímulo a su trabajo, y una simpatía

(*) Las épocas Décima y Undécima han sido tomadas de la sexta edición castellana publicada por la Librería de Gregorio del Amo, Madrid, en 1896, con el título de *La Dolorosa Pasión de Nuestro Señor Jesucristo*, que tiene la siguiente licencia del Ordinario: "Nos D. José de Lorenzo y Aragonés, presbítero, vicario eclesiástico de esta villa y su partido. Por la presente, y por lo que a Nos toca, concedemos licencia para que pueda imprimirse y publicarse el libro titulado: *La Pasión Dolorosa de Nuestro Señor Jesucristo*, según las meditaciones de Sor Ana Catalina Emmerick, mediante que de nuestra orden ha sido examinado, y no contiene, según la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y sana moral. Madrid y Mayo cuatro de mil ochocientos sesenta y cinco. - *Dr. Lorenzo*. - Por mandato de S. S. I., *Ldo. Juan Moreno*. - Hay un sello".

La introducción y ambos prólogos pertenecen a Clemente Brentano. - La Editorial Guadalupe se ha limitado a modernizar algunos términos y a ordenar las páginas, de acuerdo con el plan general que se ha fijado.

no menos viva hacia el último obispo de Ratisbona, el señor Wittmann. Este pastor, tan esclarecido por sus estudios particulares y por su propia experiencia sobre los medios de la gracia en ciertas almas absortas en Jesucristo, tomaba parte la más viva en todo lo concerniente a Ana Catalina; después, instruído del trabajo que ocupaba al redactor de este libro, lo exhortaba con instancias a darlo al público: "Dios, le decía con frecuencia, no le ha comunicado en balde esas noticias; Él tiene sus miras en ello. Comuníquenos usted algo, que podrá ser provechoso a muchas almas". A estas exhortaciones añadía el ejemplo de algunos escritos de esa especie, cuya utilidad había sido eficaz para él y para otros en el curso de la vida. Se complacía en llamar a esas almas privilegiadas la *médula de la Iglesia,* según la expresión de San Crisóstomo: *medula enim hujus mundi sunt homines sancti;* y él favorecía en cuanto podía la publicación de su vida y de sus escritos.

Conducido por un amigo benévolo a la cama de este santo Obispo moribundo, el redactor de este libro no podía esperar ser conocido de él, pues sólo había habido entre ellos una conversación de alguno minutos; sin embargo, le saludó afectuosamente, y le exhortó a continuar su trabajo para gloria de Dios, y le dió su bendición. Animado por autoridades tan respetables, hemos cedido a los ruegos de muchos amigos que temen a Dios, publicando las meditaciones sobre la Pasión de una pobre religiosa, a quien Dios había concedido la gracia de ser sencilla e ignorante como un niño, perspicaz, sagaz, llena de luces profundas y de un celo heroico; pero siempre olvidándose de sí misma, fuerte en Jesucristo solo, sumergida en la humildad más perfecta y en la más completa abnegación.

CLEMENTE BRENTANO.

Epoca Décima

Institución de la Sagrada Eucaristía

PROLOGO

Quien compare las meditaciones siguientes con la corta relación de la Santa Cena en el Evangelio, extrañará quizás algunas ligeras diferencias que aquí se hallan. Con este motivo, debemos dar una explicación, aunque este libro no pretende añadir nada a la Sagrada Escritura, tal cual ha sido interpretada por la Iglesia.

La hermana Emmerick ha visto en el orden siguiente las circunstancias de la Cena: el Cordero pascual se mata y se prepara en el Cenáculo; el Señor pronuncia un discurso en esta ocasión; los convidados se ponen los vestidos de viaje; comen de pie y de prisa el Cordero y todo lo prescrito por la ley; presentan dos veces al Señor una copa de vino; la segunda vez no bebe, pero la distribuye a sus apóstoles, diciendo: Yo no beberé más de este fruto de la viña, etc. *Se sientan a la mesa; Jesús habla del traidor; Pedro teme ser él; Judas recibe del Señor el pedazo de pan que le designa; se preparan para el lavatorio de los pies; Pedro no se los deja lavar; institución de la Eucaristía; Judas comulga y sale de la sala; consagración de los santos óleos e instrucción con este motivo; ordenación de Pedro y de los otros apóstoles; último discurso del Señor; protestaciones de Pedro; fin de la Cena. Adoptando este orden, parece, a primera vista, que es ponerse en contradicción con los pasajes de San Mateo (XXVI, 29) y de San Marcos (XIV, 25), en donde hay estas palabras:* Yo no beberé más, etc., *que se hallan después de la consagración; pero en San Lucas están antes. Y, por el contrario, las palabras relativas a Judas están aquí, como en San Mateo y en San Marcos, antes de la consagración; en San Lucas están después. San Juan, que no cuenta la institución de la Eucaristía, da a entender que Judas salió así que Jesús le presentó el pan; pero es más probable, según el texto de los otros Evangelistas, que Judas comulgó bajo las dos especies; y muchos Padres, San Agustín, San Gregorio Magno, San León, lo dicen expresamente como la tradición de la Iglesia Católica.*

La relación de San Juan, si se tomara a la letra el orden con que los hechos están presentados, lo pondrían en contradicción no sólo con San Mateo y San Marcos, sino también con-

sigo mismo, pues resulta del versículo 10, capítulo XIII, que también Judas asistió al lavatorio. El lavatorio fué después de haber comido el Cordero pascual, y fué necesariamente al comerlo cuando Jesús presentó el pan al traidor. Está claro que los Evangelistas, aquí como en otros pasajes, preocupados de lo esencial, no se sujetaron a referir los pormenores con un orden riguroso, y esto explica suficientemente las contradicciones aparentes que hay entre ellos. Las contemplaciones siguientes parecerán a quien las lea con atención más bien una concordancia simple y natural con los Evangelios, que una relación diferente en ningún punto esencial de la Sagrada Escritura. En cuanto a lo que concierne a Melquisedec, es preciso no confundir los pasajes en donde está presentado como un ángel, con una antigua herejía que lo da como el mismo Jesucristo, o el Espíritu Santo o un Eón. Los términos de la Epístola a los Hebreos parecen designar un ángel, y si la mayor parte de los teólogos, desde San Jerónimo, no los han interpretado en ese sentido, ha sido únicamente para no dar un pretexto a la herejía.

I

Preparación de la Pascua

El Jueves Santo 13 Nisan (29 de Marzo). — Ayer tarde fué cuando tuvo lugar la última gran comida del Señor y de sus amigos, en casa de Simón el leproso, en Betania, en donde María Magdalena derramó por la última vez los perfumes sobre Jesús. Judas se escandalizó en esta ocasión; corrió a Jerusalén, y habló con los príncipes de los sacerdotes para vender a Jesús. Después de la comida Jesús volvió a casa de Lázaro, y una parte de los apóstoles se dirigió hacia la posada, situada a la entrada de Betania. Por la noche Nicodemo vino a casa de Lázaro, y habló mucho tiempo con el Señor; volvió a Jerusalén antes de amanecer, y Lázaro lo acompañó parte del camino.

Los discípulos habían preguntado ya a Jesús adónde quería comer la Pascua. Hoy, antes de amanecer, llamó el Señor a Pedro, a Santiago y a Juan: les habló mucho de todo lo que debían preparar y ordenar en Jerusalén, y les dijo que cuando subieran al monte de Sión encontrarían al hombre con el cántaro de agua. Ellos conocían ya a este hombre, pues en la última Pascua, en Betania, había preparado la comida de Jesús; por eso San Mateo dice: *cierto hombre.* Debían seguirle hasta su casa, y decirle: "El Maestro te manda a decir que su tiempo se acerca, y que quiere celebrar la Pascua en tu casa". Después debían ser conducidos al Cenáculo, y ejecutar todas las disposiciones necesarias.

Yo vi los dos apóstoles subir a Jerusalén, siguiendo un barranco, al Mediodía del templo, del lado septentrional de Sión. Sobre el flanco meridional de la montaña del templo había una fila de casas; marcharon frente por frente de esas casas, subiendo un torrente que los separaba de ellas. Cuando llegaron a las alturas de Sión, más elevadas que la montaña del templo, se dirigieron hacia el Mediodía, y encontraron al principio de una pequeña subida, cerca de una casa vieja con muchos patios, al hombre que el Señor les había designado; le siguieron y le dijeron lo que Jesús les había mandado. Se alegró mucho de esta noticia, y les respondió que una comida había sido ya dispuesta

en su casa (probablemente por Nicodemo); que no sabía para quién, y que se alegraba de saber que era para Jesús. Este hombre era Helí, cuñado de Zacarías de Hebrón, en cuya casa el año anterior había Jesús anunciado la muerte de Juan Bautista. No tenía más que un hijo, que era levita, y muy amigo de Lucas, antes que éste hubiese venido al Señor; y además cinco hijas solteras. Iba todos los años a la fiesta de la Pascua con sus criados, alquilaba una sala, y preparaba la Pascua para las personas que no tenían hospedaje en la ciudad. Ese año había alquilado un Cenáculo, que pertenecía a Nicodemo y a José de Arimatea. Enseñó a los dos apóstoles su posición y su distribución interior.

II
El Cenáculo

Sobre el lado meridional de la montaña de Sión, no lejos del castillo arruinado de David y de la plaza que sube hacia él por el lado de Levante, se halla una antigua y sólida casa entre dos filas de árboles copudos, en medio de un patio espacioso cercado de buenas paredes. A derecha y a izquierda de la entrada se ven otras habitaciones contiguas a la pared, sobre todo a la derecha; la habitación del mayordomo, y al lado la que la Virgen y las santas mujeres ocuparon con más frecuencia después de la muerte de Jesús. El Cenáculo, antiguamente más espacioso, había servido entonces de habitación a los audaces capitanes de David: en él se ejercitaban en manejar las armas. Antes de la fundación del templo, el Arca de la Alianza había sido depositada allí bastante tiempo, y aún hay vestigios de su permanencia en un lugar subterráneo. Yo he visto también al profeta Malaquías escondido debajo de las mismas bóvedas; allí escribió sus profecías sobre el Santísimo Sacramento y el sacrificio de la Nueva Alianza. Salomón honró esta casa, y había en ella algo de simbólico y de figurativo, que se me ha olvidado. Cuando una gran parte de Jerusalén fué destruída por los babilonios, esta casa fué respetada: he visto otras muchas cosas de ella, pero no tengo presente más que lo que he contado.

Este edificio estaba en muy mal estado cuando vino a ser propiedad de Nicodemo y de José de Arimatea: habían dispuesto el cuerpo principal muy cómodamente, y lo alquilaban para servir de cenáculo a los extranjeros que la Pascua atraía a Jerusalén. Así el Señor lo había usado en la última Pascua.

Además, la casa y sus dependencias les servían, unas para almacén de lápidas sepulcrales, y otras de taller para los obreros, pues José de Arimatea poseía excelentes canteras en su patria, y hacía traer piedras, con las cuales labraban, bajo su dirección, sepulcros, ornamentos de arquitectura y columnas, para después venderlos. Nicodemo tomaba parte en este comercio, y aún le gustaba esculpir en sus ratos de ocio. Trabajaba en la sala o en un subterráneo que estaba debajo, excepto en la época de las fiestas: este género de ocupación lo había puesto en relación con José de Arimatea; se habían hecho amigos, y asociado con frecuencia en sus empresas.

Esta mañana, mientras que Pedro y Juan conversaban con el hombre que había alquilado el Cenáculo, vi a Nicodemo en la casa de la izquierda del patio, adonde habían trasportado muchas piedras que obstruían la entrada de la sala de comer. Ocho días antes había visto muchas personas ocupadas en poner las piedras a un lado, en limpiar el patio y en preparar el Cenáculo para la celebración de la Pascua; yo creo que entre ellas había algunos discípulos, quizás Aram y Temení, los primos de José de Arimatea.

El Cenáculo propiamente está casi en medio del patio; es cuadrilongo, rodeado de columnas poco elevadas, y si se abrieran los intervalos entre los pilares, podría estar reunido a la sala grande interior, pues todo el edificio es como transparente, y sólo en los tiempos ordinarios están los pasos cerrados con puertas. La luz penetra por aberturas en lo alto de las paredes. Al entrar se halla primero un vestíbulo, adonde conducen tres puertas; después se entra en la sala interior, en cuyo techo hay colgadas muchas lámparas; las paredes están adornadas para la fiesta, hasta media altura, de hermosas esteras y de colgaduras, y han practicado en lo alto una abertura, adonde han extendido una gasa azul muy transparente.

La parte posterior de la sala está separada del resto por una cortina de la misma tela. Esta división en tres partes da al Cenáculo cierta similitud con el templo: se halla también en el vestíbulo el santuario, y el Santo de los Santos. En esta última parte están dispuestos, a derecha e izquierda, los vestidos necesarios para la celebración de la fiesta. En medio hay una especie de altar. Fuera de la pared sale un banco de piedra elevado sobre tres escalones; tiene la figura de un triángulo rectángulo; debe ser la parte superior del hornillo donde se asa el cordero pascual, porque hoy, durante la comida, los escalones estaban calientes. No puedo detallar todo lo que se halla en esta parte

de la sala, pero están haciendo grandes preparativos para la comida pascual. Encima de este hornillo o altar hay una especie de nicho en la pared, delante del cual vi la imagen de un cordero pascual: tenía un cuchillo en el cuello, y parecía que su sangre corría gota a gota sobre el altar; no me acuerdo bien cómo estaba hecho. En el nicho de la pared hay tres armarios de diversos colores, que se vuelven como nuestros tabernáculos para abrirlos y cerrarlos; vi toda clase de vasos para la Pascua; más tarde, el Santísimo Sacramento reposó allí.

En las salas laterales del Cenáculo hay unas especies de camas con cobertores gruesos, enrollados juntos, donde se puede pasar la noche. Debajo de todo el edificio hay hermosas bodegas. El Arca de la Alianza fué depositada en algún tiempo bajo el sitio donde se ha construído el hogar. Debajo de la casa hay cinco caños que reciben las inmundicias y las aguas de la montaña, pues la casa está situada en un punto elevado. Yo he visto allí a Jesús curar y enseñar; los discípulos también pasaban con frecuencia las noches en las salas laterales.

III

Disposiciones para el tiempo pascual

Cuando los apóstoles hablaron a Helí de Hebrón, éste entró en la casa por el patio: los discípulos volvieron a la derecha, y bajaron el monte de Sión hacia el Norte. Pasaron un puente, y se fueron por un sendero cubierto de árboles al otro lado del barranco que está delante del templo y de la fila de casas situadas al Mediodía de este edificio. Allí estaba la casa del viejo Simeón, muerto en el templo después de la presentación de Jesucristo; y sus hijos, algunos de los cuales eran secretamente discípulos de Jesús, vivían en ella actualmente. Los apóstoles hablaron a uno de ellos, que tenía un empleo en el templo; era un hombre alto y moreno. Fueron con él al Este del templo, atravesando la puerta de Ofel, por donde Jesús había entrado en Jerusalén el día de Ramos, y fueron a la plaza de los Ganados, situada en la ciudad, al Norte del templo. Vi en la parte meridional de esta plaza pequeños cercados, en donde saltaban hermosos corderos sobre la hierba, como en jardines pequeños. Allí se compraban los corderos de la Pascua. Yo vi al hijo de Simeón entrar en uno de esos cercados: los corderos saltaban a su alrededor, como si lo hubiesen conocido. Escogió cuatro,

que fueron llevados al Cenáculo. Por la tarde lo vi ocuparse en el mismo sitio en la preparación del cordero pascual.

Vi a Pedro y a Juan ir además a varios sitios y encargar diversos objetos. Los vi también delante de una puerta, al Norte de la montaña del Calvario, en una casa en donde se hospedaban la mayor parte del tiempo los discípulos de Jesús, y que pertenecía a Serafia (tal era el nombre de la que después fué llamada Verónica). Pedro y Juan enviaron desde allí algunos discípulos al Cenáculo, y les dieron algunos encargos, que he olvidado.

Entraron también en casa de Serafia, donde tenían que arreglar algunas cosas. Su marido, miembro del Consejo, estaba la mayor parte del tiempo fuera de casa en sus negocios; y aún estando, ella lo veía poco. Era una mujer de la edad de María Santísima, y que estaba en relaciones con la Sagrada Familia desde mucho tiempo antes; pues cuando el Niño Jesús se quedó en el templo después de la fiesta, ella fué quien le dió de comer. Los dos apóstoles tomaron allí, entre otras cosas, el cáliz de que se sirvió el Señor para la institución de la sagrada Eucaristía.

IV

El Cáliz de la santa Cena

El cáliz que los apóstoles llevaron de la casa de Verónica, es un vaso maravilloso y misterioso. Había estado mucho tiempo en el templo entre otros objetos preciosos y de gran antigüedad, cuyo origen y uso se había olvidado. Una cosa igual ha sucedido en la Iglesia cristiana, de donde muchas joyas antiguas consagradas han pasado al olvido con los años. Muchas veces se han desenterrado, vendido o compuesto vasos viejos y otras joyas enterradas en el polvo del templo. Así es que, con la permisión de Dios, este vaso sacratísimo, que nunca se había podido fundir a causa de su materia desconocida, fué hallado por los sacerdotes modernos en el tesoro del templo, entre otros objetos que no se usaban, y luego vendido a un aficionado a antigüedades. El cáliz comprado por Serafia había servido ya muchas veces a Jesús para la celebración de las fiestas, y desde ese día fué propiedad constante de la santa comunidad cristiana. Este vaso no siempre se conservó en su estado actual: quizás con ocasión de la Cena del Señor habían juntado las diferentes piezas de que se componía. El gran cáliz estaba puesto en un azafate, y alrededor había seis copas. Dentro del cáliz había otro vaso pequeño, y

encima un plato con una tapadera redonda. En el pie del cáliz estaba embutida una cuchara, que se sacaba con facilidad. Todas estas piezas estaban envueltas en paños y puestas en una bolsa de cuero, si no me equivoco. El gran cáliz se compone de la copa y del pie, que debe haber sido añadido después, pues estas dos partes son de distinta materia. La copa presenta una masa morena y bruñida en forma de pera; está revestida de oro, y tiene dos asas para poderla agarrar. El pie es de oro puro, divinamente trabajado, con una culebra y un racimo de uvas por adorno, y enriquecido con piedras preciosas.

El gran cáliz se guarda en la iglesia de Jerusalén, cerca de Santiago el Menor, y lo veo todavía conservado en esta ciudad: ¡tornará de nuevo a darse a luz como ha aparecido esta vez! Otras iglesias se han repartido las copas que lo rodeaban, una de ellas está en Antioquía, otra en Efeso: pertenecían a los Patriarcas, que apuraban en ellas cierta bebida misteriosa cuando recibían y daban la bendición, como lo he visto muchas veces.

El gran cáliz estaba en casa de Abrahán: Melquisedec lo trajo consigo del país de Semíramis a la tierra de Canaán cuando comenzó a fundar algunos establecimientos en el mismo sitio donde se edificó después Jerusalén: él lo usó en el sacrificio, al ofrecer el pan y el vino en presencia de Abrahán y se lo dejó a este Patriarca. Este vaso había estado también en el Arca de Noé.

"Ved aquí hombres hermosos que vienen de una ciudad opulenta: está edificada a la antigua; se adora en ella lo que se quiere; adórase hasta los peces. El viejo Noé, con un palo al hombro, está junto al Arca; la madera de construcción está puesta a su lado. No, no son hombres: debe ser algo más elevado, según su belleza y su serenidad; traen a Noé el cáliz, que sin duda se ha perdido; no sé cómo se llama este sitio. Hay en el cáliz una especie de grano de trigo, pero más grueso que los nuestros; es como un grano de mirasol, y hay también un sarmiento pequeño. Dicen a Noé que hay en él un misterio, y que debe llevarlo consigo. Mirad: pone el grano de trigo y el sarmiento en una manzana amarilla que coloca en la copa. El cáliz está labrado con traza maravillosa. Hay un misterio que yo no me sé: es el cáliz que he visto figurar en la gran parábola (*) en el sitio donde estaba el espino ardiendo".

(*) Esto se refiere a una gran parábola simbólica de la reparación del género humano desde el principio, que desgraciadamente no contó por completo, y que después se le olvidó. En esta ocasión no habló del espino ardiendo: aunque el espino ardiendo de Moisés tenía en otras visiones la forma de un cáliz

La monja refirió todo lo que se acaba de decir del cáliz, en un estado de intuición tranquila, y viendo ante sus ojos lo que describía. Durante su relato acerca de Noé, estaba toda absorta en su visión. Al fin dió un grito, miró en torno suyo, y dijo:

¡Ah! Tengo miedo de tener que entrar en el Arca: veo a Noé, y creí que llegaban las aguas rebosantes. *(Después, habiendo vuelto a su estado natural, dijo:)* Los que trajeron el cáliz a Noé llevaban un vestido largo, blanco, y se parecían a los tres hombres que venidos a casa de Abrahán le prometieron que Sara pariría. Me pareció que sacaron de la ciudad una cosa santa que no debía perecer con ella, y que la daban a Noé. El cáliz estuvo en Babilonia en casa de los descendientes de Noé que se habían mantenido fieles al verdadero Dios. Estaban sometidos a esclavitud por Semíramis. Melquisedec los condujo a la tierra de Canaán, y llevó el cáliz. Vi que tenía una tienda cerca de Babilonia, y que antes de conducirlo bendijo en ella el pan y se lo distribuyó, sin lo cual no hubieran tenido fuerza para seguirle. Esa gente tenía un nombre como *samaneos*. El se sirvió de ellos y de algunos cananeos habitantes en grutas, cuando comenzó a edificar sobre los montes donde estuvo después Jerusalén. Abrió cimientos profundos en el sitio donde se alzaron luego el Cenáculo y el templo, y también hacia el Calvario. Sembró trigo y plantó viña. Después del sacrificio de Melquisedec, el cáliz se quedó en casa de Abrahán. Fué también a Egipto, y Moisés lo tuvo en su poder. Estaba hecho de un modo singular, muy compacto, y no parecía trabajado como los metales; semejaba el producto de un vegetal. Sólo Jesús sabía lo que era.

V

Jesús va a Jerusalén

Por la mañana, mientras los dos apóstoles se ocupaban en Jerusalén en hacer los preparativos de la Pascua, Jesús, que se había quedado en Betania, hizo una tierna despedida a las santas mujeres, a Lázaro y a su Madre, y les dió algunas instrucciones. Yo vi al Señor hablar solo con su Madre; le dijo, entre otras cosas, que había enviado a Pedro, el apóstol de la fe, y a Juan, el apóstol del amor, para preparar la Pascua en Jerusalén. Dijo de Magdalena, cuyo dolor era muy violento, que su amor era grande, pero que todavía era un poco según la carne, y que por ese motivo el dolor la ponía fuera de sí. Habló

también del proyecto de Judas, y la Virgen Santísima rogó por él.

Judas había ido otra vez de Betania a Jerusalén con pretexto de hacer un pago. Corrió todo el día a casa de los fariseos, y arregló la venta con ellos. Le enseñaron los soldados encargados de arrestar al Salvador. Calculó sus idas y venidas de modo que pudiera explicar su ausencia. Volvió al lado del Señor poco antes de la cena. Yo he visto todas sus tramas y todos sus pensamientos. Era activo y servicial, pero lleno de avaricia, de ambición y de envidia, y no combatía estas pasiones. Había hecho milagros, y curaba enfermos en la ausencia de Jesús. Cuando el Señor anunció a la Virgen lo que iba a suceder, ésta le pidió de la manera más tierna que la dejase morir con Él. Pero Él le recomendó que tuviera más resignación que las otras mujeres; le dijo también que resucitaría, y el sitio donde se le aparecería. Ella no lloró mucho, pero estaba profundamente triste, y sumergida en un recogimiento que tenía algo de espantoso. El Señor le dió las gracias, como un hijo piadoso, del amor que le tenía, y la estrechó contra su corazón. Le dijo también que haría espiritualmente la cena con Ella, y le designó la hora en que la recibiría. Se despidió otra vez de todos, y dió diversas instrucciones.

Jesús y los nueve apóstoles salieron a las doce de Betania para Jerusalén; los seguían siete discípulos, que eran de Jerusalén y de sus contornos, excepto Natanael y Silas. Entre ellos estaban Juan Marcos y el hijo de la pobre viuda que el jueves anterior había ofrecido su último dinero en el templo mientras que Jesús enseñaba. Jesús lo tenía consigo desde pocos días antes. Las santas mujeres salieron más tarde.

Jesús y los que le seguían anduvieron acá y allá al pie del monte de los Olivos, en el valle de Josafat y hasta el Calvario. En el camino no cesaba de instruirlos. Dijo a los apóstoles, entre otras cosas, que hasta entonces les había dado su pan y su vino, pero que hoy quería darles su carne y su sangre, y que les dejaría todo lo que tenía. Decía esto el Señor con una expresión tan dulce en el semblante, que su alma parecía salirse por todas partes, y que se deshacía en amor esperando el momento de darse a los hombres. Sus discípulos no lo comprendieron: creían que hablaba del cordero pascual. No se puede expresar todo el amor y toda la resignación que encierran los últimos discursos que pronunció en Betania y aquí.

Los siete discípulos que habían seguido al Señor a Jerusalén no anduvieron este camino con Él: fueron a llevar al Ce-

náculo los vestidos de ceremonia para la Pascua, y volvieron a casa de María, madre de Marcos. Cuando Pedro y Juan vinieron al Cenáculo con el cáliz, todos los vestidos de ceremonia estaban ya en el vestíbulo, adonde los discípulos y algunos otros los habían llevado. Cubrieron también con colgaduras las paredes desnudas de la sala, abrieron las ventanas de arriba y prepararon tres lámparas colgadas. En seguida Pedro y Juan fueron al valle de Josafat, y llamaron al Señor y a los nueve apóstoles. Los discípulos y los amigos que debían celebrar la Pascua en el Cenáculo vinieron después.

VI

Ultima Pascua

Jesús y los suyos comieron el cordero pascual en el Cenáculo, divididos en tres grupos. Jesús comió con los doce apóstoles en la sala del Cenáculo. Natanael comió con otros doce discípulos en una de las salas laterales; otros doce tenían a su cabeza a Elíacim, hijo de Cleofás y de María, hija de Helí: había sido discípulo de Juan Bautista.

Se mataron para ellos tres corderos en el templo. Había allí un cuarto cordero, que fué sacrificado en el Cenáculo: éste es el que comió Jesús con los apóstoles. Judas ignoraba esta circunstancia, porque ocupado en su trama, no había vuelto cuando el sacrificio del cordero: vino pocos instantes antes de la comida. El sacrificio del cordero destinado a Jesús y a los apóstoles fué enternecedor; se hizo en el vestíbulo del Cenáculo. Los apóstoles y los discípulos estaban allí cantando el salmo CXVIII. Jesús habló de una nueva época que comenzaba. Dijo que los sacrificios de Moisés y la figura del Cordero pascual iban a cumplirse; pero que, por esta razón, el cordero debía ser sacrificado como antiguamente en Egipto, y que iban a salir verdaderamente de la casa de servidumbre.

Preparáronse los vasos y los instrumentos necesarios. Trajeron un recental adornado con una corona, que fué enviada a la Virgen Santísima, al sitio donde se hallaba con las santas mujeres. El cordero estaba atado, de espaldas sobre una tabla, por mitad del cuerpo: me recordó a Jesús atado a la columna y azotado. El hijo de Simeón tenía la cabeza del cordero: Jesús le picó con la punta de un cuchillo en el cuello, y el hijo de Simeón acabó de matarlo. Jesús parecía tener repugnancia de herirlo; lo hizo rápidamente, pero con gravedad; la sangre fué

recogida en un baño, y trajeron un ramo de hisopo que Jesús mojó en ella. En seguida fué a la puerta de la sala, tiñó de sangre los dos pilares y la cerradura, fijando sobre aquélla el ramo ensangrentado. Después hizo una instrucción, y dijo, entre otras cosas, que el Ángel exterminador pasaría más lejos; que debían adorar en ese sitio sin temor y sin inquietud cuando Él fuera sacrificado, Él en persona, el verdadero Cordero pascual; que un nuevo tiempo y un nuevo sacrificio iban a comenzar, y que durarían hasta el fin del mundo.

Después se fueron a la extremidad de la sala, cerca del hogar adonde estuviera en otro tiempo el Arca de la Alianza: había ya lumbre. Jesús vertió la sangre sobre el hogar, y lo consagró como un altar. Luego, seguido de sus apóstoles, dió la vuelta al Cenáculo y lo consagró como un nuevo templo. Todas las puertas mientras tanto estaban cerradas.

El hijo de Simeón había ya preparado el cordero. Lo puso en una tabla: las patas de delante estaban atadas a un palo puesto al través; las de atrás extendidas a lo largo de la tabla. Se parecía a Jesús sobre la cruz, y fué metido en el horno para ser asado con los otros tres corderos traídos del templo.

Los corderos pascuales de los judíos se mataban todos en el vestíbulo, y en tres sitios: uno para las personas de distinción, otro para la gente común, y otro para los extranjeros. El cordero pascual de Jesús no se mató en el templo; todo lo demás fué rigurosamente conforme a la ley. Jesús pronunció todavía otras palabras; dijo que el cordero era sólo una figura: que Él mismo debía ser al día siguiente el Cordero pascual, y otras cosas que se me han olvidado.

Después que Jesús habló así sobre el cordero pascual y su significación, y habiendo llegado Judas, prepararon las mesas. Los convidados se pusieron los vestidos de viaje que estaban en el vestíbulo, otros zapatos, un vestido blanco parecido a una camisa, y una capa más corta de delante que de atrás; recogiéronse los vestidos hasta la cintura; tenían también mangas anchas remangadas. Cada grupo fué a la mesa que le estaba designada: los discípulos en las salas laterales; el Señor, con los apóstoles, en la del Cenáculo. Tomaron un palo en la mano y fueron de dos en dos a la mesa; estaban de pie cada uno en su sitio; el palo apoyado sobre el brazo izquierdo, y las manos elevadas en alto.

La mesa era estrecha y de alto tenía un pie más que la rodilla de un hombre; su forma era la de una herradura; enfrente de Jesús, en el interior del semicírculo, había un sitio vacío

para servir los platos. Según puedo acordarme, a la derecha de Jesús estaban Juan, Santiago el Mayor y Santiago el Menor; al extremo de la mesa, Bartolomé, y a la vuelta, Tomás y Judas Iscariote. A la izquierda de Jesús estaban Pedro, Andrés y Tadeo; al extremo de la izquierda, Simón, y a la vuelta Mateo y Felipe.

En medio de la mesa estaba el cordero pascual en una fuente. Su cabeza reposaba sobre los pies de delante puestos en cruz, los pies de atrás estaban extendidos; el borde de la fuente veíase cubierto de ajos. A su lado había un plato con el asado de Pascua; además, un plato con una legumbre verde, y un segundo plato con manojitos de hierbas amargas, que parecían hierbas aromáticas; delante de Jesús había una fuente con otras hierbas, y un plato con una salsa oscura. Los convidados tenían delante de sí unos panecitos redondos en lugar de platos, y cuchillos de marfil.

Después de la oración, el mayordomo puso delante de Jesús, sobre la mesa, el cuchillo para cortar el cordero. Puso una copa de vino delante del Señor, y llenó seis copas que estaban cada una entre dos apóstoles. Jesús bendijo el vino y lo bebió; los apóstoles bebían dos en la misma copa. El Señor partió el cordero; los apóstoles presentaron cada uno su pan, y recibieron su parte. La comieron muy aprisa, con ajos y hierbas verdes que mojaban en la salsa. Todo esto lo hicieron de pie, apoyándose sólo un poco sobre el respaldo de su silla. Jesús rompió uno de los panes ácimos, guardó una parte, y distribuyó la otra. Trajeron otra copa de vino, pero Jesús no bebió: "Tomad este vino y repartíoslo; pues ya no beberé más vino hasta que venga el reino de Dios". Después de comer, cantaron; Jesús rezó o enseñó, y se lavaron otra vez las manos. Entonces ocuparon las sillas.

El Señor partió todavía otro cordero, que fué llevado a las santas mujeres a una de las habitaciones del patio, donde estaban comiendo. Los apóstoles comieron todavía legumbres y lechugas. Jesús estaba muy recogido y sereno: yo no lo había visto jamás así. Dijo a los apóstoles que olvidaran todos los cuidados que podían tener. La Virgen Santísima, también en la mesa de las mujeres, estaba llena de serenidad. Cuando las otras mujeres venían a Ella y le tiraban del velo para hablarle, había en sus movimientos una sencillez muy tierna.

Al principio Jesús estuvo muy afectuoso con sus apóstoles; después se puso grave y melancólico, y les dijo: "Uno de vosotros me venderá; uno de vosotros, cuya mano está en esta

mesa conmigo". Había sólo un plato de lechuga; Jesús la repartía a los que estaban de su lado, y encargó a Judas, que estaba enfrente, que la distribuyera por el suyo. Cuando Jesús habló de un traidor, cosa que espantó a todos los apóstoles, dijo: "Un hombre, cuya mano está en la misma mesa o en el mismo plato que la mía". Lo que significa: "Uno de los doce que comen y beben conmigo; uno de los que participan de mi pan". No designó claramente a Judas a los otros, pues *meter la mano en el mismo plato* era una expresión que indicaba la mayor intimidad. Sin embargo, quería dar un aviso a Judas, que metía la mano en el mismo plato que el Señor para repartir la lechuga; Jesús añadió: "El Hijo del hombre se va, según está escrito de Él; pero desgraciado el hombre que venderá al Hijo del hombre: más le valdría no haber nacido".

Los apóstoles, agitados, le preguntaban cada uno: "Señor, ¿soy yo?", pues todos sabían que no comprendían del todo estas palabras. Pedro se recostó sobre Juan por detrás de Jesús, y por señas le dijo que preguntara al Señor quién era, pues habiendo recibido algunas reconvenciones de Jesús, tenía miedo que le hubiera querido designar. Juan estaba a la derecha de Jesús, y como todos, apoyándose sobre el brazo izquierdo, comía con la mano derecha: su cabeza estaba cerca del pecho de Jesús. Se recostó sobre su seno, y le dijo: "Señor, ¿quién es?" Entonces tuvo aviso de que Jesús quería designar a Judas. Yo no vi que Jesús se lo dijera con los labios: "Éste, a quien le doy el pan que he mojado". Yo no sé si se lo dijo bajo; pero Juan lo supo cuando Jesús mojó el pedazo de pan con la lechuga, y lo presentó afectuosamente a Judas, que preguntó a su vez: "Señor, ¿soy yo?" Jesús lo miró con amor, y le dió una respuesta en términos generales. Era para los judíos una prueba de amistad y de confianza. Jesús lo hizo con afección cordial para avisar a Judas sin denunciarlo a los otros; pero éste estaba interiormente lleno de ira. Yo vi, durante la comida, una figura horrenda sentada a sus pies, y que subía algunas veces hasta su corazón. Yo no vi que Juan dijera a Pedro lo que le había dicho Jesús; pero le tranquilizó con los ojos.

VII

El lavatorio de los pies

Se levantaron de la mesa, y mientras arreglaban sus vestidos, según costumbre, para el oficio solemne, el mayordomo

entró con dos criados para quitar la mesa. Jesús le pidió que trajera agua al vestíbulo, y aquél salió de la sala con sus criados. Jesús, de pie en medio de los apóstoles, les habló algún tiempo con solemnidad. No puedo decir con exactitud el contenido de su discurso. Me acuerdo que habló de su reino, de su vuelta hacia su Padre, de lo que les dejaría al separarse de ellos, etc. Enseñó también sobre la penitencia, la confesión de las culpas, el arrepentimiento y la justificación. Yo comprendí que esta instrucción se refería al lavatorio de los pies; vi también que todos reconocían sus pecados y se arrepentían, excepto Judas. Este discurso fué largo y solemne. Al acabar Jesús, envió a Juan y a Santiago el Menor a buscar agua al vestíbulo, y dijo a los apóstoles que arreglaran las sillas en semicírculo. Él se fué al vestíbulo, y se puso y ciñó una toalla alrededor del cuerpo. Mientras tanto, los apóstoles se decían algunas palabras, y se preguntaban entre sí cuál sería el primero entre ellos; pues el Señor les había anunciado expresamente que iba a dejarlos y que su reino estaba próximo; y se fortificaban más en la opinión de que el Señor tenía un pensamiento secreto, y que quería hablar de un triunfo terreno que estallaría en el último momento.

Estando Jesús en el vestíbulo, mandó a Juan que tomara un baño y a Santiago un cántaro lleno de agua; en seguida fueron detrás de Él a la sala, en donde el mayordomo había puesto una palangana.

Entrando Jesús de un modo tan humilde, reprochó a los apóstoles en breves palabras la disputa que se había suscitado entre ellos: les dijo, entre otras cosas, que Él mismo era su servidor; que debían sentarse para que les lavara los pies. Se sentaron por el mismo orden en que estaban en la mesa. Jesús iba del uno al otro, y les echaba sobre los pies agua del baño que llevaba Juan: tomaba la extremidad de la toalla que lo ceñía, y se los enjugaba. Jesús mostrábase enternecido mientras hacía este acto de humildad.

Cuando llegó a Pedro, éste quiso detenerle en su humillación, y le dijo: "Señor: ¿Tú lavarme los pies a mí?" El Señor le respondió: "Tú no sabes ahora lo que hago, pero lo sabrás más tarde". Me pareció que le decía aparte: "Simón, has merecido saber de mi Padre quién soy Yo, de dónde vengo y adónde voy; tú solo lo has confesado expresamente, y por eso edificaré sobre ti mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Mi fuerza será con tus sucesores hasta el fin del mundo". Jesús lo mostró a los apóstoles, diciendo: "Cuando yo me vaya,

éste ocupará mi lugar". Pedro le dijo: "Tú no me lavarás jamás los pies". El Señor le respondió: "Si no te lavo los pies, no tendrás parte conmigo". Entonces Pedro añadió: "Señor, lávame, no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza". Jesús respondió: "El que ha sido ya lavado, no necesita lavarse más que los pies; está purificado en todo el resto; vosotros, pues, estáis purificados, pero no todos". Estas palabras se dirigían a Judas. Había hablado del lavatorio de los pies como de una purificación de las culpas diarias, porque los pies, estando sin cesar en contacto con la tierra, pierden su aseo constantemente si no se tiene cuidado. Este lavatorio de los pies fué espiritual, y como una especie de absolución. Pedro, en medio de su celo, no vió más que una humillación harto grande para su Maestro: no sabía que Jesús al día siguiente, para salvarlo, se humillaría hasta sufrir muerte ignominiosa en cruz.

Cuando Jesús lavó los pies a Judas, fué del modo más cordial y más afectuoso: acercó la cara a ellos; le dijo en voz baja que debía entrar en sí mismo; que hacía un año que era traidor e infiel. Judas hacía como que no le oía, y hablaba con Juan. Pedro se irritó, y le dijo: "Judas, el Maestro te habla". Entonces Judas dió a Jesús una respuesta vaga y evasiva, como: "Señor, ¡Dios me libre!" Los otros no habían advertido que Jesús hablaba con Judas, pues hacíalo bastante bajo para que no le oyeran, y además estaban ocupados en ponerse el calzado.

En toda la Pasión nada afligió tanto al Salvador como la traición de Judas.

Jesús lavó también los pies a Juan y a Santiago. Enseñó sobre la humildad: les dijo que el que servía a los otros era el mayor de todos; y que desde entonces debían lavarse con humildad los pies unos a otros; en seguida se puso sus vestidos. Los apóstoles desataron los suyos, que antes se recogieran para comer el cordero pascual.

VIII

Institución de la Sagrada Eucaristía

Por orden del Señor, el mayordomo puso de nuevo la mesa, que no había acabado de alzar: púsola en medio de la sala, y colocó sobre ella un jarro lleno de agua y otro lleno de vino. Pedro y Juan fueron a la parte de la sala en donde estaba el hornillo del cordero pascual, para tomar el cáliz que nabían traído de la casa de Serafia, y que estaba en su bolsa. Lo trajeron entre

los dos como un tabernáculo, y lo pusieron sobre la mesa delante de Jesús. Había sobre ella una fuente ovalada con tres panes ácimos blancos y delgados; los panes fueron puestos en un paño con el medio pan que Jesús había guardado de la Cena pascual. Había también un vaso de agua y de vino, y tres cajas: la una de aceite espeso, la otra de aceite líquido, y la tercera vacía.

Desde tiempo antiguo había la costumbre de repartir el pan y de beber en el mismo cáliz al fin de la comida; era un signo de fraternidad y de amor que se usaba para dar la bienvenida o para despedirse; yo pienso que debe haber algo acerca de esto en la Sagrada Escritura. Jesús elevó hoy este uso a la dignidad del más Santo Sacramento: hasta entonces había sido un rito simbólico y figurativo. Este fué uno de los cargos presentados a Caifás por la traición de Judas: Jesús fué acusado de haber añadido a las ceremonias de la Pascua algo nuevo, pero Nicodemo probó con las Escrituras que era un uso antiguo.

Jesús se colocó entre Pedro y Juan: las puertas estaban cerradas; todo se hacía con misterio y solemnidad. Cuando el cáliz fué sacado de la bolsa, Jesús oró, y habló muy solemnemente. Yo vi a Jesús explicando la Cena y toda la ceremonia: me pareció un sacerdote enseñando a los otros a decir misa.

Sacó del azafate, en el cual estaban los vasos, una tablita; tomó un paño blanco que cubría el cáliz, y lo tendió sobre el azafate y la tablita. Después le vi quitar de encima del cáliz una tapa redonda, y la puso sobre la misma tablita. Luego sacó los panes ácimos del paño que los cubría, y los puso sobre esta tapa; sacó también de dentro del cáliz un vaso más pequeño, y puso, a derecha y a izquierda, las seis copas de que estaba rodeado. Entonces bendijo el pan y los óleos, según creo: elevó con sus dos manos la patena con los panes, levantó los ojos, rezó, ofreció, puso de nuevo la patena sobre la mesa, y la cubrió. Tomó después el cáliz, hizo que Pedro echara vino en él y que Juan echara el agua que había bendecido antes; añadió un poco de agua, que echó con una cucharita: entonces bendijo el cáliz lo elevó orando, hizo el ofertorio, y lo puso sobre la mesa.

Juan y Pedro le echaron agua sobre las manos, encima del plato en donde habían estado los panes; tomó con la cuchara, que sacó del pie del cáliz, un poco del agua vertida sobre sus manos, y la derramó sobre las de ellos; después el plato pasó alrededor de la mesa, y todos se lavaron con él las manos. No me acuerdo si éste fué el orden exacto de las ceremonias: lo

que sé es que todo me recordó, de manera extraordinaria, el santo sacrificio de la Misa.

Jesús se mostraba cada vez más afectuoso; díjoles que iba a darles todo lo que tenía, es decir, Él mismo, como si se hubiera derretido todo en amor. Le vi volverse transparente; se parecia a una sombra luminosa. Rompió el pan en muchos pedazos, y los puso sobre la patena; tomó un poco del primer pedazo, y lo echó en el cáliz. Mientras hacía esto, me pareció ver a la Virgen Santísima recibir el Sacramento de un modo espiritual, a pesar de no estar presente. No sé cómo se hizo esto, pero creí verla entrar, sin tocar el suelo, y colocarse enfrente del Señor para recibir la Sagrada Eucaristía, y después no la vi. Por la mañana, Jesús le había dicho en Betania que celebraría la Pascua con ella de un modo espiritual, y habíale indicado la hora en que se había de poner en oración para recibirla en espíritu.

Jesús oró y enseñó todavía: las palabras salían de su boca como el fuego de la luz, y entraban en los apóstoles, excepto en Judas. Tomó la patena con los pedazos de pan (no se si la había puesto sobre el cáliz), y dijo: *Tomad y comed; este es mi Cuerpo, que será dado por vosotros.* Extendió su mano derecha como para bendecir, y mientras lo hacía, gran resplandor salía de Él: sus palabras eran luminosas, y el pan entraba en la boca de los apóstoles como un cuerpo resplandeciente: los vi a todos penetrados de luz; Judas sólo estaba tenebroso. Jesús presentó primero el pan a Pedro, después a Juan; en seguida hizo señas a Judas que se acercara; éste fué el tercero a quien presentó el Sacramento, pero fué como si las palabras del Señor se apartasen de la boca del traidor, y volviesen a Él. Yo estaba tan agitada, que no puedo expresar lo que sentía. Jesús le dijo: "Haz pronto lo que quieres hacer". Después dió el Sacramento a los otros apóstoles, que se acercaron de dos en dos.

Jesús elevó el cáliz por sus dos asas hasta la altura de su cara, y pronunció las palabras de la consagración: mientras las decía, estaba transfigurado y transparente: parecía que pasaba todo entero en lo que les iba a dar. Dió de beber a Pedro y a Juan en el cáliz que tenía en la mano, y lo puso sobre la mesa. Juan echó la sangre divina del cáliz en las copas, y Pedro las presentó a los apóstoles, que bebieron dos a dos en la misma copa. Creo, sin estar bien segura de ello, que Judas tuvo también su parte en el cáliz. No volvió a su sitio, sino que salió en seguida del Cenáculo. Los otros creyeron que Jesús le había encargado algo. Se retiró sin rezar y sin dar gracias, y por esto se puede ver cuán culpable es el retirarse sin dar gracias des-

pués del pan cotidiano y después del pan eterno. Mientras duró la comida, vi al lado de Judas una figura horrenda, que tenía un pie como un hueso seco; cuando estuvo delante de la puerta, vi tres demonios en derredor suyo: el uno entraba en su boca; el otro lo empujaba, y el tercero corría delante de él. Era de noche, y parecía que le alumbraban: iba corriendo como un insensato.

El Señor echó en el vasito de que he hablado un resto de sangre divina que quedaba en el fondo del cáliz; después puso sus dedos sobre él, y Pedro y Juan le echaron otra vez agua y vino. Después les dió a beber de nuevo en el cáliz, y el resto lo echó en las copas y lo distribuyó a los otros apóstoles. En seguida Jesús limpió el cáliz, metió dentro el vasito donde estaba el resto de la sangre divina, puso encima la patena con lo restante del pan consagrado, luego la tapadera y envolvió el cáliz, colocándolo en medio de las seis copas. Después de la Resurrección, vi a los apóstoles comulgar con el resto del Santísimo Sacramento.

No recuerdo haber visto que el Señor comiera o bebiera el pan y el vino consagrados; no vi tampoco que Melquisedec, cuando ofreció el pan y el vino, lo probase. He sabido por qué los sacerdotes participan del Sacramento, aunque Jesús no lo ha hecho.

Mientras Ana Catalina hablaba, de pronto se puso a mirar en derredor, como si escuchase. Recibió una explicación, de la que no pudo comunicar más que lo siguiente:

Si los ángeles la hubieran distribuído, no hubiesen participado de ella; si los sacerdotes no participaran de la Eucaristía, se hubiera perdido: por eso es por lo que se conserva.

Había en todo lo que Jesús hizo cuanto a la institución de la Sagrada Eucaristía cierta regularidad y cierta solemnidad: sus movimentos a un lado y a otro estaban llenos de majestad. Vi a los apóstoles anotar alguna cosa en unos pedacitos de pergamino que traían consigo. Mientras duró la ceremonia, los vi muchas veces inclinarse uno delante de otro, a la manera de nuestros sacerdotes.

IX

Instituciones secretas y consagraciones

Jesús hizo una instrucción particular. Les dijo que debían conservar el Santísimo Sacramento en memoria suya hasta el fin del mundo; les enseñó las formas esenciales para hacer uso

de él y comunicarlo, y de qué modo debían, por grados, enseñar y publicar este misterio. Les enseñó cuándo debían de comer el resto de las especies consagradas, cuándo debían dar de ellas a la Virgen Santísima, cómo debían consagrar ellos mismos cuando les hubiese enviado el Consolador. Hablóles después del sacerdocio, de la unción, de la preparación del crisma, de los santos óleos. Había tres cajas: dos contenían una mezcla de aceite y de bálsamo. Enseñó cómo se debía hacer esa mezcla, a qué partes del cuerpo se debían aplicar, y en qué ocasiones. Me acuerdo que citó un caso en que la Sagrada Eucaristía no era aplicable: puede ser que fuera la Extremaunción; mis recuerdos no están fijos sobre este punto. Habló de diversas unciones, sobre todo de las de los Reyes, y dijo que aún los Reyes inicuos que estaban ungidos recibían de la unción una fuerza particular. Puso un poco de ungüento y de aceite en la caja vacía, y los mezcló; no sé si fué entonces cuando bendijo el aceite, o cuando consagró el pan.

Después lo vi ungir a Pedro y a Juan, cuyas manos habían recibido el agua que corría de las de Jesús, y a los cuales había dado de beber en el cáliz. En seguida les impuso las manos sobre la cabeza y sobre los hombros. Ellos juntaron las suyas poniendo el dedo pulgar en cruz, y se inclinaron profundamente delante de Él, hasta ponerse casi de rodillas. Les ungió el dedo pulgar y el índice de cada mano, y les hizo una cruz sobre la cabeza con el crisma. Les dijo también que aquello permanecería hasta el fin del mundo. Santiago el Menor, Andrés, Santiago el Mayor y Bartolomé recibieron asimismo una consagración. Vi que puso en cruz sobre el pecho de Pedro una especie de estola que llevaba al cuello, y a los otros se la puso sobre el hombro derecho. No me acuerdo si esto lo hizo al instituir el Santísimo Sacramento, o sólo en el acto de la unción.

Yo vi que Jesús les comunicaba por esta unción algo esencial y sobrenatural que no sé explicar. Les dijo que en recibiendo el Espíritu Santo consagrarían el pan y el vino y darían la unción a los otros apóstoles. Me fué mostrado aquí que el día de Pentecostés, antes del gran bautismo, Pedro y Juan impusieron las manos a los otros apóstoles, y ocho días después a muchos discípulos. Juan, después de la Resurrección, presentó por primera vez el Santísimo Sacramento a la Virgen Santísima. Esta circunstancia fué celebrada entre los apóstoles. La Iglesia no celebra ya esta fiesta; pero la veo celebrar en la Iglesia triunfante. Los primeros días después de Pentecostés vi a

Pedro y a Juan consagrar solos la Sagrada Eucaristía: más tarde los otros consagraron también.

El Señor consagró asimismo el fuego en una copa de hierro, y tuvieron cuidado de no dejarlo apagar jamás: fué conservado al lado del sitio donde estaba puesto el Santísimo Sacramento, en una parte del antiguo hornillo pascual, y de allí iban a sacarlo siempre para los usos espirituales. Todo lo que hizo entonces Jesús estuvo muy secreto y fué enseñado sólo en igual forma. La Iglesia ha conservado lo esencial, extendiéndolo bajo la inspiración del Espíritu Santo para acomodarlo a sus necesidades.

¿Pedro y Juan fueron consagrados los dos como Obispos, o sólo Pedro como Obispo y Juan como sacerdote? ¿Cuál fué la elevación en dignidad de los otros cuatro? No lo puedo decir. El modo diferente con que el Señor puso la estola a los apóstoles, parece indicar diversos grados de consagración.

Cuando estas santas ceremonias se acabaron, el cáliz que estaba al lado del crisma fué cubierto, y Pedro y Juan llevaron el Santísimo Sacramento a la parte más retirada de la sala, que estaba separada del resto por una cortina, y desde entonces fué el Santuario. El sitio donde estaba el Santísimo Sacramento tenía poca elevación sobre el hornillo pascual. José de Arimatea y Nicodemo cuidaron el Santuario y el Cenáculo en la ausencia de los apóstoles.

Jesús hizo todavía una larga instrucción, y oró algunas veces. Con frecuencia parecía conversar con su Padre celestial: rebosaba de entusiasmo y de amor. Los apóstoles estaban llenos de gozo y de celo, y le hacían diversas preguntas, a las cuales respondía. La mayor parte de todo esto debe estar en la Sagrada Escritura. El Señor dijo a Pedro y a Juan diferentes cosas que debían comunicar después a los otros apóstoles, y éstos a los discípulos y a las santas mujeres, según la capacidad de cada uno para estos conocimientos. Jesús tuvo una conversación particular con Juan; le dijo que su vida sería más larga que la de los otros. Le habló también de siete iglesias, de coronas, de ángeles, y le hizo conocer algunas figuras de un sentido profundo y misterioso, que designaban, según creo, ciertas épocas. Los otros apóstoles sintieron un impulso de envidia a causa de esta confianza particular.

Habló también del que lo vendía: "Ahora hace esto y lo otro", decía Jesús; y, en efecto, yo veía a Judas haciendo lo que Jesús decía. Como Pedro aseguraba con mucha animación que le sería siempre fiel, Jesús le dijo: "Simón, Simón, Satanás te reclama para molerte como el trigo; mas yo he pedido por ti,

a fin de que tu fe no desfallezca cuando te conviertas como tus hermanos". Jesús continuó diciendo que no podían seguirlo adonde iba; Pedro le dijo que él lo seguiría hasta la muerte, y Jesús respondió: "En verdad, antes que el gallo cante me negarás tres veces". Anunciándoles los tiempos difíciles que habían de pasar, les dijo: "Cuando os he mandado sin saco, sin bolsa, sin zapatos, ¿os ha faltado algo?" "No", respondieron los apóstoles. "Pues ahora, continuó Jesús, que cada uno tome su bolsa y su saco; que el que no tiene nada, venda su vestido para comprar una espada, pues se va a cumplir esta profecía: *Ha sido confundido con los malhechores.* Todo lo que se ha escrito de Mí se va a cumplir". Los apóstoles entendieron todo esto de un modo material, y Pedro le presentó dos espadas cortas y anchas. Jesús dijo: "Basta, salgamos de aquí". Entonces cantaron el cántico de acción de gracias, quitaron la mesa, y vinieron al vestíbulo.

Aquí Jesús encontró a su Madre, a María, hija de Cleofás, y a Magdalena, que le suplicaron con instancias que no fuera al monte de los Olivos, porque se había corrido la voz de que querían prenderlo. Pero Jesús las consoló con pocas palabras, y pasó rápidamente: podían ser las nueve. Volvieron a bajar el camino por el cual Pedro y Juan habían venido al Cenáculo, dirigiéndose al monte de los Olivos.

Yo he visto siempre así la Pascua y la institución de la Sagrada Eucaristía. Pero mi emoción antes era tan grande, que mis percepciones carecían de suficiente luz: ahora lo he visto con más claridad. Es una fatiga y una pena que nada puede expresar. Se ve el interior de los corazones; se ve el amor y la fidelidad del Salvador; se sabe todo lo que va a suceder: como sería posible observar exactamente todo lo que no es más que exterior. Se inflama uno de gratitud y de amor, no puede comprenderse la ceguedad de los hombres, la ingratitud del mundo entero y sus pecados. La Pascua de Jesús fué pronta, y en todo conforme a las prescripciones legales. Los fariseos añadían algunas observancias minuciosas.

X

Noticia sobre Melquisedec

Cuando Nuestro Señor Jesucristo tomó el cáliz en la institución de la sagrada Eucaristía, tuve otra visión sobre el Antiguo Testamento. Vi a Abrahán arrodillado delante de un altar;

a lo lejos estaban unos guerreros con animales de carga y camellos: un hombre majestuoso se acercó a Abrahán, y puso sobre el ara el cáliz de que se sirvió Jesús después. Vi que este hombre tenía como dos alas en las espaldas: no las tenía realmente; pero era una señal para indicarme que tenía un ángel delante de mí. Es la primera vez que he visto alas a un ángel. Este personaje era Melquisedec. Detrás del altar de Abrahán subían tres nubes de humo: la de en medio se elevaba bastante alta; las otras estaban más bajas.

Yo vi dos filas de caras que acababan en Jesús. Entre ellas estaban David y Salomón. Yo vi nombres encima de Melquisedec, de Abrahán y de algunos Reyes. Después volví a Jesús y al cáliz.

Abril 3 de 1821. — El sacrificio de Melquisedec se hizo en el valle de Josafat, sobre una altura. Melquisedec tenía ya el cáliz. Abrahán debía saber que venía a sacrificar, pues había elevado un hermoso altar cubierto con un toldo de hojas. Habían construído, también, una especie de tabernáculo, donde Melquisedec puso el cáliz. Los vasos donde bebían parecían ser de piedras preciosas. Había un hoyo en el altar, probablemente para el sacrificio. Abrahán había traído un hermoso ganado. Cuando este patriarca recibió el misterio de la promesa, le fué revelado que el sacerdote del Altísimo celebraría delante de él el sacrificio eterno que debía ser instituído por el Mesías. Cuando Melquisedec anunció su llegada por dos correos que le servían con frecuencia, Abrahán lo esperó con un temor respetuoso, y erigió el altar y el toldo de hojas.

Yo vi que Abrahán puso sobre el altar algunos huesos de Adán; Noé los había guardado en el Arca. El uno y el otro pedían a Dios que cumpliera la promesa que había hecho a aquellos huesos, esto es, el Mesías. Abrahán deseaba la bendición de Melquisedec.

La llanura estaba cubierta de hombres y de animales de carga. El rey de Sodoma estaba con Abrahán debajo del toldo. Melquisedec vino de un sitio, que fué después Jerusalén; había cortado allí un monte, y había comenzado algunos edificios. Vino con un animal pardo, de carga; no era un camello ni nuestro asno; este animal tenía el pescuezo ancho y corto, era muy ligero para correr, traía un cántaro lleno de vino y un arcón con panes aplastados y diferentes vasos. Los vasos, en forma de cubitas, eran transparentes como piedras preciosas. Abrahán vino a esperar a Melquisedec. Este fué detrás del altar, ofreció el pan y

el vino elevándolos en sus manos, los bendijo, y los distribuyó; había en esta ceremonia algo de la Misa. Abrahán recibió un pan más blanco que los otros, y bebió en el cáliz que sirvió en la Cena de Jesucristo, y que todavía no tenía pie. Los más distinguidos de los que asistían distribuyeron en seguida al pueblo vino y pedazos de pan.

No hubo consagración; los ángeles no pueden consagrar. Mas las especies fueron bendecidas; y yo las vi relucir. Todos los que comieron fueron fortificados y elevados a Dios. Abrahán fué también bendecido por Melquisedec: vi que era una figura de la ordenación de los sacerdotes. Abrahán había recibido ya la promesa de que el Mesías nacería de su sangre. Supe que Melquisedec le enseñó estas palabras proféticas sobre el Mesías y su sacrificio: "El Señor ha dicho a mi Señor: "Siéntate a mi derecha hasta que reduzca a tus enemigos por escabel de tus pies". El Señor lo ha jurado, y no se arrepentirá. Tú eres sacerdote en lo eterno, según el orden de Melquisedec". Yo vi también que David, cuando escribió estas palabras, tuvo una visión de la bendición que dió Melquisedec a Abrahán. Habiendo recibido el pan y el vino, Abrahán profetizó y habló de Moisés, de los levitas, y de todo lo que debía dárseles.

No sé si Abrahán mismo ofreció también este sacrificio. Le vi dar en seguida el diezmo de sus ganados y de sus tesoros; ignoro en qué lo empleó Melquisedec; creo que lo distribuyó. Melquisedec no parecía viejo; era alto, lleno de apacible majestad; tenía un vestido largo, de blancura como no vi jamás en otro alguno. El vestido blanco de Abrahán parecía pardo a su lado. Durante el sacrificio, se puso un cinturón donde estaban bordados algunos caracteres y un bonete blanco parecido al que llevaron después los sacerdotes. Su cabello era dorado y más brilante que la seda; tenía barba blanca, corta y en punta; su cara era resplandeciente. Todos la miraban con respeto; su presencia infundía veneración. Me fué dicho que era un ángel sacerdotal y un enviado de Dios. Habíalo sido para establecer diversas instituciones religiosas. Dirigía las muchedumbres, mudaba las razas, y fundaba los pueblos. Yo lo he visto en diversos sitios antes del tiempo de Abrahán. Después no lo he vuelto a ver.

EPOCA UNDÉCIMA

La Dolorosa Pasión de Nuestro Señor Jesucristo

P R O L O G O

La noche del 18 de Febrero de 1823, un amigo de la enferma se acercó a su cama, donde parecía que estaba durmiendo: sorprendido de la bella y dolorosa expresión de su semblante, se sintió elevado hacia Dios por un rápido movimiento del alma, y ofrecía al Padre celestial la Pasión del Salvador, uniéndola con los padecimientos de todos los que han llevado su cruz después de Él. Mientras hacía esta corta oración, fijó un instante los ojos sobre las manos estigmatizadas de la monja. Ésta al punto las escondió debajo de la ropa, estremeciéndose como si la hubieran herido de improviso. Sorprendido de este movimiento, le preguntó qué le había sucedido, y la enferma le respondió de un modo expresivo: "Muchas cosas". Mientras él meditaba el sentido de estas palabras, Ana Catalina sumergióse en profundo sueño, que duró un cuarto de hora. Después se sentó de pronto en la cama con la vivacidad de una persona que sostiene lucha violenta; extendió ambos brazos con el puño cerrado, como si rechazara a un enemigo colocado a la izquierda de su cama, y en seguida exclamó llena de cólera: "¿Qué quieres tú con ese contrato de Magdalum?"; y continuó, con el fuego de una persona que disputa: "Sí; ese maldito, ese embustero de siempre; Satanás le acrimina por el contrato de Magdalum, y otros además, y dice que ha gastado todo eso para él". Habiéndola preguntado: "¿Quién es el que ha gastado? ¿A quién hablan así?", ella respondió: "A Jesús, mi Esposo, en el monte de los Olivos". Entonces se volvió de nuevo a la izquierda con ademán amenazador: "¿Qué pretendes tú, padre de la mentira, con el contrato de Magdalum? ¿No ha comprado la libertad de veintisiete pobres presos de Tirza con el precio de venta de Magdalum? Yo lo he visto: y tú dices que ha destruído esa posesión, que ha echado de ella a los que la habitaban y malversado su valor. Espera, maldito; tú serás encadenado, y su pie quebrantará tu cabeza".

Entonces fué interrumpida por la llegada de una tercera persona: creyeron que había estado delirando y se compadecieron de ella. Al día siguiente por la mañana dijo que, la víspera, le pareció que seguía al Señor en el monte de los Olivos, des-

pués de la institución de la Sagrada Eucaristía; pero que en el mismo momento, habiéndose puesto una persona a mirar las llagas de sus manos con cierta especie de veneración, le pareció esto tan monstruoso en presencia de Jesús, que no pudo menos de esconderlas muy afligida. Contó después la visión del monte de los Olivos, y como su relación continuó los días siguientes, pudieron fácilmente agruparse las descripciones de la Pasión que se suceden. Pero como durante la Cuaresma celebraba también Ana los combates de Nuestro Señor con Satanás en el desierto, tuvo que luchar contra muchos padecimientos y muchas tentaciones; por eso en el relato de la Pasión hubo algunos vación. Su amigo escribía lo que le había oído así que regresaba ciones particulares recogidas en época anterior.

Hablaba ordinariamente el bajo alemán. En el estado de éxtasis, su lenguaje se purificaba con frecuencia; sus narraciones eran una mezcla de sencillez infantil y de elevada inspiración. Su amigo escribía lo que le había oído así que regresaba a su casa, pues en su presencia rara vez podía tomar algunas notas. El Señor le ha dado la memoria, el celo y la fuerza de resistir a muchas penas, y por eso ha podido llevar a cabo este trabajo. El escritor tiene la conciencia de haber hecho lo que ha podido, y pide al lector, si queda satisfecho, la limosna de sus oraciones.

I

Jesús en el monte de los Olivos

Cuando Jesús, después de instituído el Santísimo Sacramento del altar, salió del Cenáculo con los once apóstoles, su alma estaba turbada, y su tristeza se iba aumentando. Condujo a los once, por un sendero apartado, al valle de Josafat. Cuando estuvieron delante de la puerta, yo vi la luna, que aún no estaba del todo llena, levantarse sobre la montaña. El Señor, andando con ellos en el valle, les dijo que volvería a este sitio a juzgar al mundo; que entonces los hombres temblarían y gritarían: "¡Montes, cubridnos!" Sus discípulos no le comprendieron, y creyeron (lo que les sucedió con frecuencia esta misma noche) que la debilidad y la fatiga le hacían delirar. Les dijo también: "Esta noche seréis escandalizados por causa mía; pues está escrito: Yo heriré al pastor, y las ovejas serán dispersadas. Pero cuando resucite, os precederé en Galilea".

Los apóstoles conservaban aún algo del entusiasmo y del recogimiento que les habían comunicado la santa Comunión y los discursos solemnes y afectuosos de Jesús. Le rodeaban, pues, y le expresaban su amor de diversos modos, protestando que jamás lo abandonarían; pero Jesús continuó hablándoles en el mismo sentido, y dijo Pedro: "Aunque todos se escandalizaran por tu causa, yo jamás me escandalizaré". El Señor le predijo que antes que el gallo cantara lo negaría tres veces, y Pedro insistió de nuevo, y le dijo: "Aunque tenga que morir contigo, nunca te negaré". Así hablaron también los demás. Andaban y se paraban alternativamente, y la tristeza de Jesús se aumentaba cada vez más. Querían ellos consolarlo de un modo puramente humano, asegurándole que lo que preveía no sucedería. Se cansaron en esta vana tentativa, comenzaron a dudar, y vino sobre ellos la tentación.

Atravesaron el torrente Cedrón, no por el puente adonde fué conducido preso Jesús más tarde, sino por otro, pues habían dado un rodeo. Getsemaní, adonde se dirigían, está a media legua del Cenáculo: desde el Cenáculo hasta la puerta del valle de Josafat hay un cuarto de legua, y otro tanto desde allí hasta Getsemaní. Este sitio, donde Jesús en los últimos días había

pasado algunas noches con sus discípulos, se componía de varias casas vacías y abiertas, y de un gran huerto rodeado de un seto, adonde no había más que plantas de adorno y árboles frutales. Los apóstoles y algunas otras personas tenían una llave de este huerto, que era un lugar de recreo y de oración. Había en él chozas de follaje, donde permanecieron ocho días algunos apóstoles, a los cuales se juntaron más tarde otros discípulos; el Huerto de los Olivos estaba separado del de Getsemaní por un camino; franco al paso, cercábalo sólo una tapia baja, y era más pequeño que el de Getsemaní. Había en él grutas, terraplenes y muchos olivos, y fácilmente se encontraban sitios a propósito para la oración y para la meditación. Jesús fué a orar al más retirado de todos.

Eran cerca de las nueve cuando Jesús llegó a Getsemaní con sus discípulos. La tierra estaba todavía oscura; pero la luna esparcía ya su luz en el cielo. Jesús estaba triste y anunciaba la proximidad del peligro. Los discípulos permanecían sobrecogidos, y Jesús dijo a ocho de los que le acompañaban que se quedasen en el huerto de Getsemaní, mientras él iba a orar. Llevó consigo a Pedro, Juan y Santiago, y entró en el Huerto de los Olivos. Estaba sumamente triste, pues el tiempo de la prueba se acercaba. Juan le preguntó cómo Él, que siempre los había consolado, podía estar tan abatido. "Mi alma está triste hasta la muerte", respondió Jesús; y veía por todos lados la angustia y la tentación acercarse como nubes cargadas de figuras terribles. Entonces dijo a los tres apóstoles: "Quedaos ahí; velad y orad conmigo, para no caer en tentación". Jesús bajó un poco a la izquierda, y se ocultó bajo un peñasco en una gruta de seis pies de profundidad, encima de la cual estaban los apóstoles en una especie de hoyo. El terreno iba en declive poco a poco en esta gruta, y las plantas asidas al peñasco formaban una especie de cortina a la entrada, de modo que no podía ser visto.

Cuando Jesús se separó de los discípulos, vi a su alrededor un círculo de figuras horrendas que lo estrechaban cada vez más. Su tristeza y su angustia se aumentaban; penetró temblando en la gruta para orar, como un hombre que busca abrigo contra la tempestad; pero las visiones amenazadoras le seguían, y cada vez eran más fuertes. Esta estrecha caverna parecía presentar el horrible espectáculo de todos los pecados cometidos desde la caída del primer hombre hasta el fin del mundo, y su castigo. A este mismo sitio, al monte de los Olivos, habían venido Adán y Eva, expulsados del Paraíso, sobre una tierra ingrata: en esta misma gruta habían gemido y llorado. Parecióme

que Jesús, al entregarse a la divina Justicia en satisfacción de nuestros pecados, hacía volver su Divinidad al seno de la Trinidad Santísima; así, concentrado en su pura, amante e inocente humanidad, y armado sólo de su amor inefable, la sacrificaba a las angustias y a los padecimientos.

Postrado en tierra, inclinado su rostro y anegado en un mar de tristeza, todos los pecados del mundo se le aparecieron bajo infinitas formas en toda su fealdad interior; tomólos todos sobre Sí, y ofreciose en su oración a la justicia de su Padre celestial para pagar esta terrible deuda. Pero Satanás, que se agitaba en medio de todos estos horrores con una sonrisa infernal, se enfurecía contra Jesús; y haciendo pasar ante sus ojos pinturas cada vez más horribles, gritaba a la humanidad de Jesús: "¡Cómo! ¿Tomarás Tú a éste también sobre Ti; sufrirás su castigo? ¿Quieres satisfacer por todo esto?"

Salió, empero, del cielo un rayo semejante a una vía luminosa: era un ejército de ángeles que bajaban hasta Jesús, y vi que lo animaban y confortaban. El resto de la gruta estaba lleno de las horrendas visiones de nuestros crímenes: Jesús los tomó todos sobre Sí; pero su corazón, lleno del más perfecto amor de Dios y de los hombres, estaba cruelmente angustiado bajo el peso de tanta abominación. Cuando esa multitud de crímenes pasó sobre su alma como un océano, Satanás le suscitó, como en el desierto, tentaciones innumerables: se atrevió a presentar contra el Salvador una serie de acusaciones, diciéndole: "¡Cómo! ¿Tú quieres tomar todo eso sobre Ti; Tú, que no eres puro?" Y entonces con una impudencia infernal, le hacía inculpaciones imaginarias. Le atribuía las faltas de sus discípulos, los escándalos que habían dado, la perturbación causada en el mundo renunciando a los usos antiguos. Satanás se hizo el fariseo más hábil y más severo: le reprendió el haber sido la causa de la degollación de los Inocentes, así como de los padecimientos de sus padres en Egipto; el no haber salvado a Juan Bautista de la muerte; el haber desunido familias y protegido hombres infames; el no haber curado a muchos enfermos; el haber causado perjuicio a los habitantes de Gergesa, permitiendo a los poseídos entrar en sus cubas, y a los demonios precipitar sus cerdos en el mar; el haber abandonado su familia y dilapidado los bienes de su prójimo: en una palabra, Satanás presentó delante del alma de Jesús, para turbarlo, todo lo que hubiera reprochado en el momento de la muerte a un hombre ordinario que perpetrara todas estas acciones sin un motivo superior; pues le había sido ocultado que Jesús fuese el Hijo de Dios, y lo ten-

taba como si fuese sólo el más justo de los hombres. Nuestro divino Salvador dejó predominar tanto en Él su santa humanidad, que quiso sufrir las tentaciones que asaltan al hombre justo en la muerte: el mérito de sus buenas obras. Para beber todo el cáliz de agonía, permitió que el espíritu malo tentara su humanidad como podría tentar a un hombre que quisiera atribuir a sus buenas obras un valor propio, además del que pueden tener por los méritos de Jesús. No hubo una de esas acciones que no le sirviera de acusación, y entre otras cosas, le acusó de haber recibido de Lázaro y de haber malgastado el precio de la propiedad de María Magdalena en Magdalum.

Entre los pecados del mundo que pesaban sobre el Salvador, yo vi también los míos; y del círculo de tentaciones que lo rodeaban vi salir hacia mí como un río, en donde todas mis culpas me fueron presentadas. Mientras tanto, tenía los ojos siempre fijos en mi Esposo celestial, gemía y oraba con Él, y con Él me volvía hacia los ángeles consoladores. El Señor se retorcía como un gusano bajo el peso de su dolor y de sus angustias.

Mientras Satanás le abrumaba con tales inculpaciones, apenas podía yo refrenar mi cólera; pero cuando habló de la venta de la posesión de Magdalena, no pude contenerme, y le dije: "¿Cómo te atreves a reprochar como un pecado la venta de esa propiedad? Yo misma he visto al Señor emplear esta cantidad que le dió Lázaro en obras de misericordia, en rescatar en Tirza a veintisiete pobres presos por deudas".

Al principio Jesús estaba arrodillado, y oraba con serenidad; pero después su alma se horrorizó al aspecto de los crímenes innumerables de los hombres y de su ingratitud para con Dios: sintió un dolor tan vehemente, que exclamó diciendo: "¡Padre mío, si es posible, aleja de mí este cáliz! ¡Padre mío, todo te es posible; aleja este cáliz!" Después se recogió, y dijo: "Que tu voluntad se haga, y no la mía". Su voluntad era la de su Padre; pero abandonado por su amor a las debilidades de la humanidad temblaba al aspecto de la muerte.

Yo vi la caverna llena de formas espantosas; vi todos los pecados, toda la malicia, todos los vicios, todos los tormentos, todas las ingratitudes que le oprimían: el espanto de la muerte, el terror que sentía como hombre al aspecto de los padecimientos expiatorios, le asaltaban bajo la figura de espectros horrendos. Sus rodillas vacilaban; juntaba las manos; inundábale el sudor, y se estremecía de horror. Por fin se levantó: trémulas sus rodillas, apenas podían sostenerlo; tenía la fisonomía des-

compuesta, y estaba desconocido, pálidos los labios y erizados los cabellos. Eran cerca de las diez cuando se levantó, y temblando, cayéndose a cada paso, bañado de un sudor frío, fué adonde estaban los tres apóstoles, subió a la izquierda de la gruta, al sitio donde éstos se habían dormido, rendidos de fatiga, de tristeza y de inquietud. Jesús vino a ellos como un hombre cercado de angustias a quien el temor obliga a recurrir a sus amigos, y semejante al buen pastor que, avisado de un peligro próximo, viene a visitar su rebaño amenazado, pues no ignoraba que ellos también estaban en la angustia y en la tentación. Las terribles visiones le asediaban implacables en este corto camino. Hallándolos dormidos, juntó las manos, cayó junto a ellos lleno de tristeza y de inquietud, y dijo: "Simón, ¿duermes?" Despertáronse al punto, se levantaron, y díjoles en su abandono: "¿No podíais velar una hora conmigo?" Cuando le vieron descompuesto, pálido, temblando, empapado en sudor; cuando oyeron su voz alterada y casi extinguida, no supieron qué pensar; y si no se les hubiera aparecido rodeado de una luz radiante, lo hubiesen desconocido. Juan le dijo: "Maestro, ¿qué tienes? ¿Debo llamar a los otros discípulos? ¿Debemos huír?" Jesús respondió: "Si viviera, enseñara y curara todavía treinta y tres años, no bastarían para cumplir lo que tengo que hacer de aquí a mañana. No llames a los otros ocho; helos dejado allí, porque no podrían verme en esta miseria sin escandalizarse: caerían en tentación, olvidarían mucho, y dudarían de Mí, porque verían al Hijo del hombre transfigurado, y también en su oscuridad y desamparo. Pero velad y orad para no caer en la tentación, porque el espíritu está pronto, pero la carne es débil".

Quería así excitarlos a la perseverancia, y anunciarles la lucha de su naturaleza humana contra la muerte, y la causa de su debilidad. Les habló todavía en su tristeza, y estuvo cerca de un cuarto de hora con ellos. Volvióse a la gruta, creciendo siempre su angustia: ellos extendían las manos hacia Él, lloraban, se echaban en los brazos los unos de los otros, y se preguntaban: "¿Qué tiene? ¿Qué le ha sucedido? ¿Está en un abandono completo?" Comenzaron a orar con la cabeza cubierta, llenos de ansiedad y de tristeza. Todo lo que acabo de decir ocupó el espacio de hora y media, desde que Jesús entró en el Huerto de los Olivos. En efecto, dice en la Escritura: "¿No habéis podido velar una hora conmigo?" Pero esto no debe entenderse a la letra y según nuestro modo de contar. Los tres apóstoles que estaban con Jesús habían orado primero; después se

habían dormido, porque habían caído en tentación por falta de confianza. Los otros ocho, que se habían quedado a la entrada, no dormían: la tristeza que encerraban los últimos discursos de Jesús los había puesto en gran desasosiego; erraban por el monte de los Olivos para buscar algún refugio en caso de peligro.

Había poco ruido en Jerusalén; los judíos estaban en sus casas ocupados en los preparativos de la fiesta; vi acá y allá amigos y discípulos de Jesús, que andaban y hablaban juntos: parecían inquietos y como si esperasen algún acontecimiento. La Madre del Señor, Magdalena, Marta, María, hija de Cleofás, María Salomé y Salomé habían ido desde el Cenáculo a la casa de María, madre de Marcos: María, asustada de lo que decían sobre Jesús, quiso venir al pueblo para saber noticias suyas. Lázaro, Nicodemo, José de Arimatea, y algunos parientes de Hebrón vinieron a verla para tranquilizarla. Pues habiendo tenido conocimiento de las tristes predicciones de Jesús en el Cenáculo, habían ido a informarse a casa de los fariseos conocidos suyos, y no habían oído que se preparase ninguna tentativa contra Jesús: decían que el peligro no debía ser tan grande; que no asaltarían al Señor hallándose tan próxima la fiesta: ellos no sabían nada de la traición de Judas. María les habló de la agitación de éste en los últimos días; de qué manera había salido del Cenáculo: seguramente había ido a denunciar a Jesús. Ella habíale dicho con frecuencia que era un hijo de perdición. Las santas mujeres se volvieron a casa de María, madre de Marcos.

Cuando Jesús volvió a la gruta y con Él todos sus dolores, se prosternó con el rostro sobre el suelo, y los brazos extendidos, y en esta actitud rogó a su Padre celestial; pero hubo una nueva lucha en su alma, que duró tres cuartos de hora. Vinieron ángeles a mostrarle en una serie de visiones todos los dolores que había de padecer para expiar el pecado. Mostráronle cuál era la belleza del hombre antes de su caída, y cuánto le había desfigurado y alterado ésta. Vió el origen de todos los pecados en el primer pecado; la significación y la esencia de la concupiscencia, sus terribles efectos sobre las fuerzas del alma humana, y también la esencia y la significación de todas las penas correspondientes a la concupiscencia. Le mostraron, en la satisfacción que debía de dar a la divina Justicia, un padecimiento de cuerpo y alma, comprendiendo todas las penas debidas a la concupiscencia de toda la humanidad: la deuda del género humano debía ser satisfecha por la naturaleza humana, exenta de

pecado, del Hijo de Dios. Los ángeles le presentaban todo esto bajo diversas formas, y yo percibía lo que decían, a pesar de que no oía su voz. Ningún lenguaje puede expresar el dolor y el espanto que sobresaltaron el alma de Jesús a la vista de estas terribles expiaciones; el horror de esta visión fué tal, que un sudor de sangre salió de todo su cuerpo.

Mientras la humanidad de Jesucristo estaba sumergida en esta inmensidad de padecimientos, noté en los ángeles un movimiento de compasión; hubo un punto de silencio; parecióme que deseaban ardientemente consolarle, y que por eso oraban ante el trono de Dios. Hubo como una lucha de un instante entre la misericordia y la justicia de Dios y el amor que se sacrificaba. Una imagen de Dios fuéme presentada, no como tantas veces sobre un trono, sino en forma luminosa; yo vi la naturaleza divina del Hijo en la persona del Padre, y como retirada en su seno; la persona del Espíritu Santo procedía del Padre y del Hijo; estaba como entre ellos, y sin embargo no formaban más que un solo Dios; pero eso es indecible. Tuve más bien un sentimiento interno que una visión con formas distintas: me pareció que la voluntad divina del Hijo se retiraba al Padre para dejar caer sobre su humanidad todos los padecimientos que la voluntad humana de Jesús pedía a su Padre que alejara de Él. Vi esto en el momento de la compasión de los ángeles, cuando desearon consolar a Jesús, y, en efecto, recibió en ese instante algún alivio. Entonces todo desapareció, y los ángeles abandonaron al Señor, cuya alma iba a sufrir nuevas acometidas.

Cuando el Salvador en el monte de los Olivos quiso poner a prueba y dominar esta violenta repugnancia de la naturaleza humana contra el dolor y la muerte, que hace parte de todo padecimiento, fué permitido al tentador hacer con Él lo que hace con el hombre que quiere sacrificarse por una causa santa. En la primera agonía, Satanás presentó al Señor la enormidad de la deuda que quería satisfacer, y llevó la audacia hasta buscar culpas en las obras mismas del Salvador. En la segunda agonía, Jesús vió en toda su extensión y su acerbidad el padecimiento expiatorio necesario para satisfacer a la Justicia divina: esto le fué presentado por los ángeles, pues no pertenece a Satanás hacer ver que la expiación es posible: el padre de la mentira y de la desesperación no puede mostrar las obras de la misericordia divina. Jesús, que había resistido victoriosamente a todos estos combates por su abandono completo a la voluntad de su Padre celestial, hubo de verse aún estrechado en un nuevo

círculo de horribles visiones que le fueron presentadas. La duda y la inquietud que preceden al sacrificio en el hombre que se ofrece por víctima asaltaron el alma del Señor, que se hizo esta terrible pregunta: "¿Cuál será el fruto de este sacrificio?" Y el cuadro más terrible vino a oprimir su amante corazón.

Cuando Dios creó el primer Adán, le envió un sueño, abrió su costado, tomó una de sus costillas, hizo a Eva, su mujer, la madre de todos los vivos; la condujo delante de Adán, y éste dijo: "Esta es la carne de mi carne y el hueso de mis huesos: el hombre dejará a su padre y a su madre para unirse a su mujer, y serán los dos una sola carne". Este fué el casamiento del cual está escrito: "Este sacramento es grande en Jesucristo y en su Iglesia". Jesucristo, el nuevo Adán, quería también dejar venir sobre Él el sueño, el de la muerte sobre la cruz; quería también dejar abrir su costado, a fin de que la nueva Eva, su esposa virginal, la Iglesia, madre de todos los vivos, fuera formada; quería darle la sangre de su redención, el agua de la purificación y su espíritu, las tres cosas que dan testimonio sobre la tierra; quería darle los Sacramentos santos, para que fuera una esposa pura, santa y sin mancha; quería ser su cabeza: nosotros debíamos ser sus miembros sometidos a la cabeza, el hueso de sus huesos, la carne de su carne. Al tomar la naturaleza humana para sufrir la muerte por nosotros, dejó también a su padre y a su madre, y se unió a su esposa la Iglesia; se ha hecho una sola carne con ella, alimentándola con el Santísimo Sacramento del altar, en donde se une continuamente con nosotros. Quería estar en la tierra con la Iglesia hasta que fuésemos todos reunidos con ella por medio de Él, y ha dicho: "Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella". A fin de ejercer este amor inconmensurable para los pecadores, el Señor se hizo hombre y hermano de estos mismos pecadores, para tomar sobre sí el castigo debido a todos sus crímenes. Había visto con grande tristeza la inmensidad de esta deuda y la de los padecimientos que debían satisfacer por ella; y sin embargo se había abandonado gustoso, como víctima expiatoria, a la voluntad de su Padre: pero ahora veía los combates, las heridas y los dolores de su esposa celestial; veía, en fin, la enorme ingratitud de los hombres.

Apareciéronse a los ojos de Jesús todos los padecimientos futuros de sus apóstoles, de sus discípulos y de sus amigos; vió a la Iglesia primitiva tan pequeña, y, a medida que iba creciendo, vió las herejías y los sistemas asaltarla en ruda irrupción, y renovar la primera caída del hombre por el orgullo y

la desobediencia. Vió la frialdad, la corrupción y la malicia de un número infinito de cristianos; la mentira y la astucia de todos los doctores orgullosos; los sacrilegios de todos los sacerdotes viciosos; las funestas consecuencias de todos estos actos; la abominación y la desolación en el reino de Dios, en el santuario de esta ingrata humanidad, que Él quería rescatar con su sangre al precio de padecimientos indecibles.

Vió los escándalos de todos los siglos hasta nuestro tiempo y hasta el fin del mundo, todas las formas del error, del fanatismo furioso y de la malicia; todos los apóstatas, los herejes, los reformadores con la apariencia de santos. Los corruptores y los corrompidos lo ultrajaban y lo atormentaban como si a sus ojos no hubiera sido bien crucificado, no habiendo sufrido como ellos lo entendían o se lo imaginaban, y todos rasgaban el vestido inconsútil de la Iglesia; muchos lo maltrataban, lo insultaban, lo renegaban: muchos, al oír su nombre, alzaban los hombros y meneaban la cabeza en señal de desprecio; evitaban la mano que les tendía, y volvían al abismo donde estaban sumergidos. Vió infinidad de otros que no se atrevían a dejarlo abiertamente, pero que se alejaban con disgusto de las plagas de su Iglesia, como el levita se alejó del pobre asesinado por los ladrones. Se alejaban de su Esposa herida, como hijos cobardes y sin fe abandonan a su madre cuando llega la noche, cuando vienen los malhechores, a los cuales la negligencia o la malicia ha abierto la puerta. Vió a todos esos hombres, tan pronto separados de la verdadera viña y tendidos entre los racimos silvestres, tan pronto como un rebaño extraviado, abandonado a los lobos, conducido por mercenarios a los malos pastos, rehusando entrar en el redil del buen Pastor, que da la vida por sus ovejas. Erraban sin patria en el desierto, en medio de arenas agitadas por el viento. No querían ver su ciudad edificada sobre la montaña para que no pudiera esconderse la casa de su Esposa, su Iglesia, erigida sobre la roca, a cuyo lado había prometido estar hasta el fin de los siglos. Edificaban sobre la arena chozas que hacían y deshacían sin cesar, pero en las cuales no había altar ni sacrificio; tenían veletas sobre los tejados, y sus doctrinas cambiaban como el viento: por eso estaban en contradicción los unos con los otros. No podían entenderse, y jamás conservaban posición fija: con frecuencia destruían sus chozas y lanzaban los escombros contra la piedra angular de la Iglesia, que estaba inmóvil. Viviendo muchos de ellos en las tinieblas, no venían hacia la luz puesta en el candelero en la casa de la Esposa; pero andaban con los ojos cerrados en los

jardines de la Iglesia, no viviendo más que de los perfumes que se exhalaban de ella; tendían los brazos hacia ídolos nebulosos, y seguían a los astros errantes que los conducían a pozos sin agua. En el borde del precipicio no querían escuchar la voz de la Esposa que los llamaba, y, devorados por el hambre, se reían con insultante piedad de los servidores y de los mensajeros que los convidaban al festín nupcial. No querían entrar en el jardín, pues temían las espinas del seto; satisfechos de sí mismos, no tenían ni trigo para el hambre, ni vino para la sed; y ofuscados con su propia luz, apellidaban *invisible* a la Iglesia del Verbo humanado. Jesús los vió a todos; lloró por ellos; quiso sufrir por todos los que no lo ven y que no quieren llevar su cruz con Él a la ciudad edificada sobre la piedra, a la cual se ha dado en el Santísimo Sacramento, y contra la cual las puertas del infierno no prevalecerán nunca.

En estas pinturas dolorosas que pasaban delante del alma de Jesús, vi a Satanás que le arrancaba con violencia, para ahogarlos, una multitud de hombres rescatados con su sangre y ungidos con su Sacramento. El Salvador vió con amargo dolor toda la ingratitud, toda la corrupción de los cristianos de todos los tiempos. Todas estas apariciones, en que la voz del tentador repetía sin cesar: "¿Quieres Tú sufrir por estos ingratos?", venían sobre Jesús con tanta impetuosidad, que una angustia indecible oprimía su humanidad. Jesucristo, el Hijo del Hombre, luchaba y juntaba las manos; caía como abrumado sobre sus rodillas, y su voluntad humana libraba un combate tan terrible contra la repugnancia de sufrir tanto por una raza tan ingrata, que el sudor de sangre caía de su cuerpo a gotas sobre el suelo. En medio de su abandono, miraba alrededor como para hallar socorro, y parecía tomar al cielo, la tierra y los astros del firmamento por testigos de sus padecimientos.

Jesús elevó la voz y dió gritos dolorosos. Los tres apóstoles se despertaron, escucharon y quisieron ir hacia Él; pero Pedro detuvo a los otros dos, y dijo: "No os mováis; yo voy a Él". Lo vi correr y entrar en la gruta, exclamando: "Maestro, ¿qué tienes?" Y se quedó temblando a la vista de Jesús ensangrentado y aterrorizado. Jesús no le respondió, y no hizo caso de él. Pedro se volvió a los otros, y les dijo que el Señor no le había respondido, y que no hacía más que gemir y suspirar. Su tristeza se aumentó, cubriéndose la cabeza, y lloraron orando.

Volví hacia mi Esposo celestial en su dolorosa agonía. Las imágenes horrendas de la ingratitud de los hombres futuros, cuya deuda tomaba sobre sí, eran cada vez más terribles. Mu-

chas veces le oí gritar: "Padre mío, ¿es posible que he de sufrir por esos ingratos? ¡Oh Padre mío! ¡Si este cáliz no se puede alejar de Mí, que tu voluntad se haga y no la mía!"

En medio de todas esas apariciones, yo veía a Satanás moverse bajo diversas formas horribles, que representaban diferentes especies de pecados. Tan pronto aparecía como un hombre negro, tan pronto bajo la figura de tigre, tan pronto bajo la de una zorra, de un lobo, de dragón, de serpiente. No era precisamente la forma misma de estos animales, sino sólo el principal carácter de su naturaleza, mezclado con otras formas horrendas. No tenía nada semejante a una criatura completa; eran sólo símbolos de abominación, de discordia, de contradicción, de pecado; en fin, formas de demonio. Estas figuras diabólicas empujaban, arrastraban, laceraban, a los ojos de Jesús, una multitud de hombres, por cuya redención entraba en el camino doloroso de la cruz. Al principio vi rara vez la serpiente, después la vi aparecer con una corona en la cabeza: su tamaño era monstruoso, su fuerza parecía desmedida, y llevaba contra Jesús innumerables legiones de todos los tiempos, de todas las razas. Armadas de toda especie de instrumentos de destrucción, combatían alguna vez las unas contra las otras, y después se volvían contra el Salvador con rabia. Era un horrible espectáculo, pues lo llenaban de ultrajes, de maldiciones; lo herían, lo golpeaban. Sus armas, sus espadas, sus palos iban y venían sin cesar, cayendo sobre el grano de trigo celeste, descendido sobre la tierra para morir, a fin de alimentar eternamente a todos los hombres con el Pan de vida.

En medio de esas legiones furiosas, de las cuales algunas me parecían compuestas de ciegos, Jesús estaba herido como si realmente hubiera experimentado sus golpes; vacilante en extremo, tan pronto se levantaba como caía; y la serpiente, en medio de esa multitud que gritaba sin cesar contra Jesús, batía acá y allá con su cola, desollando a todos los que derribaba.

Entonces me fué revelado que estos enemigos del Salvador eran los que maltrataban a Jesucristo cuya presencia es real en el Santísimo Sacramento. Reconocí entre ellos todas las especies de profanadores de la Sagrada Eucaristía. Yo vi con horror todos esos ultrajes, desde la irreverencia, la negligencia, la omisión, hasta el desprecio, el abuso y el sacrilegio; desde la adhesión a los ídolos del mundo, a las tinieblas y a la falsa ciencia, hasta el error, la incredulidad, el fanatismo y la persecución. Vi entre esos hombres a ciegos, paralíticos, sordos, mudos y aun niños. Ciegos que no querían ver la verdad; paralíticos que no querían

andar con ella; sordos que no querían oír sus avisos y amenazas; mudos que no querían combatir por ella con la espada de la palabra; niños perdidos por causa de padres o maestros mundanos y olvidados de Dios, mantenidos con deseos terrestres, llenos de una vana sabiduría y alejados de las cosas divinas. Entre estos últimos, cuya vista me afligió más porque Jesús amaba a los niños, vi muchos de éstos de coro, irreverentes, que no honraban a Jesucristo en las santas ceremonias en las que toman parte. Vi con espanto muchos sacerdotes, algunos reputados como llenos de piedad y de fe, maltratar también a Jesucristo en el Santísimo Sacramento. A muchos vi que creían y enseñaban la presencia de Dios vivo en el Santísimo Sacramento; pero no lo tomaban con bastante calor y eficacia, pues olvidaban y descuidaban el Palacio, el Trono, lugar de Dios vivo, es decir, la Iglesia: el altar, el tabernáculo, el cáliz, la custodia, los ornamentos; en fin, todo lo que sirve al uso y al decoro de la Iglesia de Dios. Todo estaba abandonado, todo se perdía en el polvo y la inmundicia, y el culto divino estaba, si no profanado interiormente, a lo menos deshonrado en lo exterior. Todo eso no era el fruto de una pobreza verdadera, sino de la indiferencia, de la pereza, de la preocupación de vanos intereses terrestres, y algunas veces del egoísmo y de la muerte interior; pues vi negligencias iguales en iglesias ricas, o a lo menos acomodadas. Vi otras muchas adonde un lujo mundano había reemplazado los magníficos ornamentos de una época más piadosa. Muchas veces los pobres estaban mejor asistidos en sus chozas que el Señor del cielo y de la tierra en su Iglesia. ¡Ah! ¡cuánto contristaba a Jesús la inhospitalidad de los hombres, después de haberse dado a ellos como alimento! Seguramente que no se necesita ser rico para recibir al que recompensa centuplicado un vaso de agua dado en su nombre al que tiene sed; pero Él, que tiene tanta sed de nosotros, ¿no tiene derecho a quejarse cuando el vaso es impuro y el agua corrompida? Por consecuencia de estos descuidos, vi a los débiles escandalizados, el Sacramento profanado, la Iglesia abandonada, los sacerdotes despreciados, la impureza y la negligencia se extendían hasta las almas de los fieles: dejaban sin purificar el tabernáculo de su corazón cuando Jesús bajaba a él, como dejaban el tabernáculo puesto sobre el altar.

Aunque hablara un año entero, no podría contar todas las afrentas hechas a Jesús en el Santísimo Sacramento, que supe de esta manera. Vi a los autores de ellas asaltar al Señor, y herirlo con diversas armas, según la diversidad de sus ofensas. Vi

cristianos irreverentes de todos los siglos, sacerdotes frívolos o sacrílegos, una multitud de comuniones tibias o indignas, guerreros furiosos profanando los vasos sagrados, servidores del demonio empleando la Sagrada Eucaristía en los misterios de un culto infernal. Vi entre ellos gran número de doctores, esclavos de la herejía por sus pecados, atacando a Jesucristo en el Santísimo Sacramento de su Iglesia, y arrancando de su corazón por medio de sus seducciones una multitud de hombres por los cuales había vertido su sangre. ¡Qué espectáculo tan doloroso! Yo veía la Iglesia como el cuerpo de Jesús, y una multitud de hombres que se separaban de ella, y que rasgaban y arrancaban pedazos enteros de su carne viva. Jesús los miraba con ternura, y gemía al verlos perderse. El que se había dado a nosotros por alimento en el Santísimo Sacramento, a fin de juntar en un solo cuerpo, el de la Iglesia su esposa, a los hombres separados y divididos a lo infinito, se veía despedazado en ese mismo cuerpo, pues su principal obra de amor, la Eucaristía, adonde todos los hombres debían consumirse en la unidad, se convertía, por la malicia de los falsos doctores, en piedra de choque y de separación. Vi de este modo pueblos enteros arrancados de su seno, y privados de participación en el tesoro de la gracia legado a la Iglesia. Por fin, vi todos los que estaban separados de ella sumergidos en la incredulidad, la superstición, la herejía, la falsa filosofía mundana: llenos de furor reuníanse en grandes bandos para atacar a la Iglesia, excitados por la serpiente que se agitaba en medio de ellos; era lo mismo que si Jesús se hubiera sentido despedazar.

Yo estaba tan llena de horror y de espanto, que una aparición de mi Esposo celestial me puso misericordiosamente la mano sobre el corazón, diciéndome estas palabras: "Nadie ha visto eso todavía, y tu corazón se partiría de dolor si yo no lo sostuviera".

Vi las gotas de sangre caer sobre la pálida faz del Salvador; sus cabellos estaban pegados y erizados sobre su cabeza, y su barba ensangrentada y en desorden, como si la hubieran querido arrancar. Después de la visión de que acabo de hablar, huyó fuera de la caverna, y volvió hacia los discípulos. Mas su modo de andar era como el de un hombre cubierto de heridas, y que, cargado con una mole inmensa, tropezaba a cada paso. Cuando vino a los apóstoles no estaban éstos acostados para dormir como la primera vez: tenían la cabeza cubierta, doblegados sobre las rodillas, en la misma posición que tiene la gente de ese país cuando está de luto o quiere orar. Quedáronse traspuestos, ven-

cidos por la tristeza y la fatiga. Jesús, temblando y gimiendo, se acercó a ellos, y se despertaron. Pero cuando a la luz de la luna lo vieron delante, de pie, con la cara pálida y ensangrentada, el pelo en desorden y los ojos cansados, no lo conocieron de pronto, pues estaba muy desfigurado. Al verle juntar las manos, se levantaron, lo tomaron por los brazos, lo sostuvieron con amor, y Él les dijo con tristeza que lo matarían al día siguiente, que lo prenderían dentro de una hora, que lo llevarían ante un tribunal, que sería maltratado, azotado y entregado a la muerte más cruel. Les rogó que consolasen a su Madre y también a Magdalena. No le respondieron, pues no sabían qué decir; tal sorpresa les habían causado su presencia y sus palabras: hasta creían que estaba delirando. Cuando quiso volver a la gruta, no tuvo fuerza para andar. Juan y Santiago lo condujeron, y volvieron cuando entró en ella. Eran las once y cuarto, poco más o menos.

Durante esta agonía de Jesús, vi a la Virgen Santísima llena de tristeza y de amargura en la casa de María, madre de Marcos. Estaba con Magdalena y María en el jardín de la casa, encorvada sobre una piedra y apoyada sobre sus rodillas. Muchas veces perdió el conocimiento, pues vió interiormente muchas cosas de la agonía de Jesús. Había enviado un mensajero a saber de Él, y no pudiendo esperar su vuelta, se fué inquieta con Magdalena y Salomé hasta el valle de Josafat. Iba cubierta con un velo, y con frecuencia extendía sus brazos hacia el monte de los Olivos, pues veía en espíritu a Jesús bañado de un sudor de sangre, y parecía que con sus manos extendidas quería limpiar el rostro de su Hijo. Vi estos impulsos de su alma ir hasta Jesús, que se acordó de su Madre, y la miró como para pedirle socorro. Vi esta comunicación entre ambos, bajo la forma de rayos que iban del uno al otro. El Señor se acordó también de Magdalena, y tuvo piedad de su dolor, y por eso recomendó a los discípulos que la consolasen, pues sabía que su amor era el más grande después del de su Madre, y había visto que sufría mucho por Él y que no le volvería a ofender jamás.

En aquel momento los ocho apóstoles vinieron a la choza de follaje de Getsemaní, conversaron entre sí, y acabaron por dormirse. Estaban perplejos, sin ánimo, y atormentados por la tentación. Cada uno había buscado un sitio en donde poderse refugiar, y se preguntaban con inquietud: "¿Qué haremos nosotros cuando le hayan hecho morir? Lo hemos dejado todo por seguirle; somos pobres y desechados de todo el mundo; nos hemos dado enteramente a Él, y ahora está tan abatido, que no

podemos hallar en Él ningún consuelo". Los otros discípulos habían andado errantes de una parte a otra, y habiendo sabido algo de las espantosas profecías de Jesús, se habían retirado los más a Betfagé.

Vi a Jesús orando todavía en la gruta; que luchaba contra la repugnancia de su naturaleza humana, y abandonándose a la voluntad de su Padre. Aquí el abismo se abrió delante de Él, y los primeros grados del limbo se le presentaron. Vi a Adán y a Eva, los Patriarcas, los Profetas, los justos, los parientes de su Madre y Juan Bautista, esperando su llegada al mundo inferior, con un deseo tan violento, que está vista fortificó y animó su corazón lleno de amor. Su muerte debía abrir el cielo a estos cautivos. Cuando Jesús hubo mirado con emoción profunda estos Santos del mundo antiguo, los ángeles le presentaron todas las legiones de los bienaventurados futuros que, juntando sus combates a los méritos de su Pasión, debían unirse por medio de Él al Padre celestial. Era ésta una visión bella y consoladora. Vió la salvación y la santificación saliendo como un río inagotable del manantial de redención, abierto después de su muerte.

Los apóstoles, los discípulos, las vírgenes y las mujeres, todos los mártires, los confesores y los ermitaños, los Papas y los Obispos, una multitud de religiosos, en fin, todo el ejército de los bienaventurados se presentó a su vista. Todos llevaban una corona sobre la cabeza, y las flores de la corona diferían de forma, de color, de olor y de virtud, según la diferencia de los padecimientos, de los combates, de las victorias con que habían adquirido la gloria eterna. Toda su vida y todos sus actos, todos sus méritos y toda su fuerza, como toda la gloria de su triunfo, venían únicamente de su unión con los méritos de Jesucristo.

La acción y la infuencia recíprocas que todos esos santos ejercían unos sobre otros; el modo como participaban de la única fuente, del Santísimo Sacramento, y de la Pasión del Señor, ofrecían un espectáculo tierno y maravilloso. Nada en ellos parecía casual: sus obras, su martirio, sus victorias, su apariencia y sus vestidos, todo, aunque bien diverso, se confundía en una armonía y unidad infinitas; y esta unidad en la diversidad era producida por rayos de un sol único, por la Pasión del Señor, del Verbo hecho hombre, en quien estaba la vida, luz de los hombres, que brilla en las tinieblas y que las tinieblas no han comprendido.

Era la comunión de los santos futuros que pasaba ante el espíritu del Salvador, el cual estaba entre los deseos de los Patriarcas y el ejército triunfante de los bienaventurados futuros;

estas dos muchedumbres, completándose la una a la otra, rodeaban el Corazón amante del Redentor como una corona. Este espectáculo tierno dió al alma de Jesús un poco de alivio y de fuerza. Amaba tanto a sus hermanos y a sus criaturas, que hubiera aceptado gustoso todos los padecimientos que iba a sufrir por la redención de una sola alma. Como estas visiones se referían a lo futuro, estaban a cierta altura.

Pero estas imágenes consoladoras desaparecieron, y los ángeles le presentaron su Pasión, que se acercaba. Vi todas las escenas presentarse delante de Él, desde el beso de Judas hasta las últimas palabras sobre la Cruz; yo vi allí todo lo que veo en mis meditaciones de la Pasión. La traición de Judas, la huída de los discípulos, los insultos delante de Anás y de Caifás, la apostasía de Pedro, el tribunal de Pilatos, los denuestos de Herodes, los azotes, la corona de espinas, la condenación a muerte, el camino de la Cruz, el sudario de la Verónica, la crucifixión, los ultrajes de los fariseos, los dolores de María, de Magdalena y de Juan, la abertura del costado; en fin, todo le fué presentado con las más pequeñas circunstancias. Aceptólo todo voluntariamente, y a todo se sometió por amor de los hombres. Vió y sintió también el dolor actual de su Madre, a quien la unión interior con sus padecimientos había hecho caer sin sentidos en los brazos de sus amigas.

Al fin de las visiones sobre la Pasión, Jesús cayó sobre su rostro como un moribundo: los ángeles desaparecieron; el sudor de sangre corrió con más abundancia y atravesó sus vestidos. La más profunda oscuridad reinaba en la gruta. Yo vi un ángel bajar hacia Jesús; era mayor, mucho más parecido a un hombre que los que había visto antes. Estaba vestido como un sacerdote, y traía en sus manos un pequeño cáliz semejante al de la Cena; en la boca de este cáliz se veía una cosa ovalada del grueso de una haba, que esparcía una luz rojiza. El ángel, sin bajar hasta el suelo, extendió la mano derecha hacia Jesús, que se enderezó; le metió en la boca este alimento misterioso, y le dió de beber en el pequeño cáliz luminoso. Después desapareció.

Habiendo Jesús aceptado libremente el cáliz de sus padecimientos y recibido nueva fuerza, estuvo todavía algunos minutos en la gruta en meditación tranquila, dando gracias a su Padre celestial. Estaba todavía afligido, pero confortado naturalmente hasta el punto de poder ir al sitio donde estaban los discípulos, sin caerse y sin sucumbir bajo el peso de su dolor. Estaba pálido, como siempre, pero su paso era firme. Habíase limpiado la

cara con un sudario y compuesto los cabellos que le caían sobre las espaldas empapados en sangre.

Cuando Jesús llegó a sus discípulos, estaban éstos acostados, como la primera vez; tenían la cabeza cubierta, y dormían. El Señor les dijo que no era tiempo de dormir, que debían despertarse y orar. "Ved aquí la hora en que el Hijo del hombre será entregado en manos de los pecadores, les dijo; levantaos y andemos. El traidor está cerca: más le valdría no haber nacido". Los apóstoles se levantaron asustados, mirando alrededor con inquietud. Cuando se serenaron un poco, Pedro dijo con animación: "Maestro, voy a llamar a los otros para que te defendamos". Pero Jesús le mostró a cierta distancia del valle, del lado opuesto del torrente de Cedrón, una tropa de hombres armados que se acercaban con faroles, y le dijo que uno de ellos le había denunciado. Les habló todavía con serenidad; les recomendó consolar a su Madre, y les dijo: "Vamos a su encuentro: me entregaré sin resistencia en manos de mis enemigos". Entonces salió del Huerto de los Olivos con sus tres discípulos, y vino al encuentro de los soldados en el camino que estaba entre aquél y Getsemaní.

Cuando la Virgen Santísima volvió en sí entre los brazos de Magdalena y de Salomé, algunos discípulos que habían visto acercarse los soldados, vinieron a Ella y la llevaron a casa de María, madre de Marcos. Los soldados tomaron un camino más corto que el que había seguido Jesús viniendo del Cenáculo.

La gruta en que Jesús acababa de orar, no era la misma donde tenía costumbre de hacerlo en el monte de los Olivos. Iba ordinariamente a otra más lejos, en donde un día, después de haber maldecido a la higuera estéril, había orado en suma aflicción, extendidos los brazos y recostado sobre una piedra.

Las huellas de su cuerpo y de sus manos quedaron estampadas en la piedra, y fueron veneradas más tarde; pero ya no se sabía en qué ocasión hubo de verificarse este prodigio. He visto muchas veces semejantes signos sobre la piedra, sea de profetas del Antiguo Testamento, sea de Jesús o de María, o de algunos apóstoles. He visto también los de Santa Catalina de Alejandría sobre el monte Sinaí; no eran muy profundos; se parecían a los que quedan apoyando la mano sobre una pasta espesa.

II

Judas y los suyos

No creía Judas que su traición tuviese el resultado que tuvo. Quería obtener la recompensa ofrecida, y agradar a los fariseos entregando a Jesús. No pensaba en el juicio ni en la crucifixión del Maestro; sus miras no iban tan allá: el dinero sólo preocupaba su espíritu, y desde mucho tiempo antes se había puesto en relación con varios fariseos y algunos saduceos astutos, que lo incitaban a la traición halagándolo. Estaba cansado de la vida errante y penosa de los apóstoles. En los últimos meses no había cesado de robar las limosnas de que era depositario, y su avaricia, excitada por la liberalidad de Magdalena cuando derramó los perfumes sobre Jesús, lo llevó al último de los crímenes. Había esperado siempre en un reino temporal de Jesús, que le proporcionase un empleo brillante y lucrativo. Como esto no se realizara, se ocupaba en atesorar dinero. Veía que las penas y las persecuciones arreciaban, y quería ponerse bien con los poderosos enemigos del Señor al acercarse el peligro. Veía que Jesús no se hacía rey, mientras que la dignidad del Sumo Sacerdote ejercía grande impresión en su ánimo. Intimaba más y más cada día con sus agentes, que le halagaban y le decían de un modo positivo que en todo caso pronto acabarían con Jesús. Se cebó cada vez más en estos pensamientos criminales, y, a lo último, multiplicó sus entrevistas para decidir a los príncipes de los sacerdotes a obrar. Éstos iban en el asunto no tan aprisa, y lo trataron con desprecio. Decían que faltaba poco, antes de la Pascua, y que esto causaría desorden y tumulto. El sanedrín sólo prestó alguna atención a las proposiciones de Judas. Después de la recepción sacrílega del Sacramento, Satanás se apoderó de él, y salió a concluir su crimen. Buscó primero a los negociadores que lo habían lisonjeado hasta entonces, y que lo acogieron con fingida amistad. Vinieron después otros, entre los cuales estaban Caifás y Anás; este último le habló en tono altanero y burlesco. Andaban irresolutos, y no estaban seguros del éxito, porque no se fiaban de Judas.

Vi el imperio infernal dividido: Satanás quería el crimen de los judíos, y deseaba la muerte de Jesús, el que a tantos convertía, el Santo Doctor, el Justo que él detestaba; pero sentía también cierto temor interior de la muerte de esta inocente víctima que no quería huir de sus perseguidores. Le vi por un lado excitando el odio y el furor de los enemigos de Jesucristo, y por

otro insinuar a alguno de entre ellos que Judas era un malvado, un miserable; que no se podía celebrar el juicio antes de la Pascua, ni reunir testigos contra Jesús.

Cada uno expresaba una opinión diferente, y antes de todo preguntaron a Judas: "¿Podremos prenderlo? ¿No tiene hombres armados con Él?" Y el traidor respondió: "No; está solo con sus once discípulos: está abatido, y los once son hombres cobardes". Les dijo que era menester tomar a Jesús ahora o nunca; que otra vez no podría entregarlo; que no volvería más a su lado; que hacía algunos días que los otros discípulos de Jesús comenzaban a sospechar de él. Les dijo también que si ahora no prendían a Jesús, se escaparía y volvería con un ejército de sus partidarios para ser proclamado rey. Estas amenazas de Judas produjeron su efecto. Participaron de su modo de pensar, y recibió el precio de su traición: las treinta monedas. Estas monedas eran oblongas, agujereadas por un lado, y enhebradas formando cadena; tenían también cierta efigie.

Judas, resentido del desprecio que le mostraban, se dejó llevar por su orgullo hasta devolverles su dinero para que lo ofrecieran en el templo, a fin de parecer a sus ojos como un hombre justo y desinteresado; pero ellos no quisieron, porque era el precio de la sangre, que no podía ofrecerse en el templo. Judas vió cuánto le despreciaban, y concibió un profundo resentimiento. No esperaba recoger los frutos amargos de su traición antes de consumarla; pero se había entrometido tanto con esos hombres, que estaba entregado en sus manos, y no podía librarse de ellos. Observábanle de cerca, y no le dejaron salir hasta que explicó la traza que habían de seguir para prender a Jesús. Tres fariseos lo acompañaron cuando bajó a una sala donde estaban los soldados del templo, que no eran sólo judíos, sino de varias naciones. Cuando todo estuvo preparado, y reunido el suficiente número de soldados, Judas corrió al Cenáculo, acompañado de un servidor de los fariseos para avisarles si Jesús estaba allí todavía; y si era fácil prenderlo tomando las puertas, debía mandárselo a decir por el mismo mensajero.

Poco antes que Judas recibiese el precio de su traición, un fariseo había salido y mandado siete esclavos a buscar madera para preparar la cruz de Jesús, en caso de que fuera juzgado, porque al día siguiente no habría bastante tiempo, a causa del principio de la Pascua. Tomaron la madera a un cuarto de legua de allí, cerca de un gran muro donde había mucha perteneciente al servicio del templo, y la llevaron a una plaza detrás del tribunal de Caifás. La pieza principal de la cruz había sido un

árbol del valle de Josafat, plantado cerca del torrente de Cedrón: habiendo caído atravesado, habían hecho de él una especie de puente. Cuando Nehemías escondió el fuego y los vasos sagrados en el estanque de Betesda, lo echaron por encima con otros maderos; después lo habían sacado y puesto a un lado. La cruz fué preparada de un modo particular, bien sea porque querían burlarse de su dignidad de rey, bien sea por una casualidad aparente. Se componía de cinco piezas, sin contar la inscripción. He visto otras muchas cosas relativas a la cruz, y he sabido la significación de las diversas circunstancias; pero todo se me ha olvidado.

Judas volvió diciendo que Jesús no estaba en el Cenáculo, pero que debía estar ciertamente en el monte de los Olivos, en el sitio donde tenía costumbre de orar. Pidió que enviaran con él una pequeña partida de soldados, por miedo de que los discípulos, que estaban alertas, no se alarmasen y excitaran una sedición. Trescientos hombres debían ocupar las puertas y las calles de Ofel, parte de la ciudad situada al Sur del templo, y el valle del Millo, hasta la casa de Anás, en lo alto de Sión, a fin de enviar refuerzo si era necesario; pues él decía que todo el pueblo de Ofel era partidario de Jesús. El traidor les dijo también que tuviesen cuidado de no dejarlo escapar, porque con medios misteriosos había desaparecido muchas veces en el monte, volviéndose invisible a los que lo acompañaban. Les aconsejó que lo atasen con una cadena, y que usaran ciertos medios mágicos para impedir que la rompiera. Los judíos recibieron estos avisos con desprecio, y le dijeron: "Si lo llegamos a prender, no se escapará".

Judas tomó sus medidas con los que le debían acompañar; quería entrar en el huerto delante de ellos, y besar y saludar a Jesús como amigo y discípulo; entonces los soldados se presentarían y prenderían a Jesús. Deseaba que creyeran que se hallaba allí por casualidad; y cuando ellos se presentaran, él huiría como los otros discípulos, y no volverían a oír hablar de él. Pensaba también que habría algún tumulto; que los apóstoles se defenderían, y que Jesús desaparecería como hiciera otras veces. Este pensamiento le asaltaba cuando se sentía mortificado por el desprecio de los enemigos de Jesús; pero sin arrepentirse, porque se había entregado enteramente a Satanás. No quería tampoco que los que vinieran detrás de él trajesen cadenas y cordeles; le concedieron en apariencia lo que deseaba, pero le trataron como un traidor, del cual nadie se fía, y que se rechaza cuando se han servido de él. Los soldados tenían orden de vigilar

a Judas y de no dejarlo hasta que apresaran a Jesús, porque había recibido su recompensa, y temían que escapase con el dinero, y que no le prendieran, o que apresaran a otro en su lugar. La tropa escogida para acompañar a Judas se componía de veinte soldados de la guardia del templo y de los que estaban a las órdenes de Anás y de Caifás. Estaban vestidos, poco más o menos, como los soldados romanos; llevaban morriones, y tenían correas pendientes en derredor de las piernas. Se distinguían especialmente por la barba, pues los romanos en Jerusalén no la llevaban más que sobre los carrillos, y tenían la barba y los labios afeitados. Todos los veinte tenían espadas; además, algunos tenían picas, y llevaban palos con faroles y hachas de viento; pero cuando emprendieron la marcha, no encendieron más que una sola. Primero querían haber dado a Judas una escolta más numerosa, pero él dijo que se descubriría fácilmente, porque desde el monte de los Olivos se dominaba todo el valle. La mayor parte se quedó en Ofel, y pusieron centinelas por todas partes para reprimir toda tentativa en favor de Jesús. Judas fué con los veinte soldados; pero seguido a cierta distancia de cuatro alguaciles de la ínfima clase, que llevaban cordeles y cadenas; detrás de éstos venían los seis agentes con los cuales había tratado Judas desde el principio. Eran un sacerdote, confidente de Anás, un afiliado de Caifás, dos fariseos y dos saduceos, que eran también herodianos. Estos hombres, aduladores de Anás y de Caifás, les servían de espías, y Jesús no tenía mayores enemigos.

Los soldados estuvieron acordes con Judas hasta llegar al sitio donde el camino separa el Huerto de los Olivos del de Getsemaní; al llegar allí, no quisieron dejarlo ir solo delante, y lo trataron dura e insolentemente.

III

Prisión de Jesús

Hallándose Jesús con los tres apóstoles en el camino, entre Getsemaní y el Huerto de los Olivos, Judas y su gente aparecieron a veinte pasos de allí, a la entrada del camino; hubo una disputa entre ellos, porque Judas quería que los soldados se separasen de él para acercarse a Jesús como amigo, a fin de no aparecer en inteligencia con ellos; pero éstos, parándolo, le dijeron: "No, camarada; no te escaparás hasta que tengamos al Galileo" Viendo que los ocho apóstoles corrían al ruido llama-

ron a los cuatro alguaciles, que estaban a cierta distancia. Cuando Jesús y los tres apóstoles reconocieron a la luz de la antorcha esta turba de gente armada, Pedro quería rechazarlos con la fuerza, y dijo: "Señor, los ocho están cerca de aquí; ataquemos a los alguaciles". Pero Jesús le dijo que se estuviera quieto, y dió algunos pasos atrás. Cuatro discípulos habían salido del huerto de Getsemaní, y preguntaban qué sucedía. Judas quiso entrar en conversación con ellos y contarles cualquier cosa; pero los soldados se lo impidieron. Estos cuatro discípulos eran Santiago el Menor, Felipe, Tomás y Natanael: este último era hijo del viejo Simeón, y algunos otros habían venido a Getsemaní con los ocho apóstoles, o enviados por los amigos de Jesucristo para saber noticias suyas, o excitados por la curiosidad. Los otros discípulos andaban errantes acá y allá, observando, y decididos a huír.

Jesús se acercó a la tropa, y dijo en voz alta e inteligible: "¿A quién buscáis?" Los jefes de los soldados respondieron: "A Jesús Nazareno". "Yo soy", replicó Jesús. Apenas había pronunciado estas palabras, cuando cayeron en el suelo, como atacados de una apoplejía. Judas, que estaba todavía al lado de ellos, se sorprendió, y queriendo acercarse a Jesús, el Señor le tendió la mano, y le dijo: "Amigo mío, ¿qué has venido hacer aquí?" Y Judas, balbuceando, habló de un negocio que le habían encargado. Jesús le respondió en pocas palabras, cuya sustancia es ésta: "¡Más te valdría no haber nacido!" No me acuerdo bien distintamente. Mientras tanto, los soldados se levantaron y se acercaron al Señor, esperando la señal del traidor, el beso que debía dar a Jesús. Pedro y los otros discípulos rodearon a Judas, y lo llamaron *ladrón* y *traidor*. Quiso persuadirlos con mentiras, pero no pudo, porque los soldados lo defendían contra los apóstoles, y por eso mismo atestiguaban contra él.

Jesús dijo por segunda vez: "¿A quién buscáis?" Ellos respondieron de nuevo: "A Jesús Nazareno". "Yo soy, ya os lo he dicho; soy Yo a quien buscáis. Dejad a éstos". A estas palabras los soldados cayeron por segunda vez con contorsiones semejantes a las de la epilepsia. y Judas fué rodeado otra vez por los apóstoles, exasperados contra él. Jesús dijo a los soldados: "Levantaos". Se levantaron, en efecto, llenos de terror; pero como los apóstoles estrechaban a Judas, los soldados le libraron de sus manos, y le mandaron con amenazas que les diera la señal convenida, pues tenían orden de prender a Aquél a quien besara. Entonces Judas vino a Jesús, y le dió un beso con estas palabras: "Maestro, yo te saludo". Jesús le dijo: "Judas, tú vendes

al Hijo del hombre con un beso". Entonces los soldados rodearon a Jesús, y los alguaciles, que se habían acercado, le echaron mano. Judas quiso huír; pero los apóstoles lo detuvieron; y lanzándose sobre los soldados, gritaron: "Maestro, ¿desnudaremos la espada?" Pedro, más decidido que los otros, tomó la suya, pegó a Malco, criado del Sumo Sacerdote, que quería rechazar a los apóstoles, y le hirió en la oreja; éste cayó en el suelo, y el tumulto llegó entonces a su colmo.

Los alguaciles habían tomado a Jesús para atarlo: los soldados lo rodeaban un poco más de lejos, y, entre ellos, Pedro había herido a Malco. Otros soldados estaban ocupados en rechazar a los discípulos que se acercaban, o en perseguir a los que huían. Cuatro discípulos se veían a lo lejos; los soldados no se habían aún repuesto del terror de su caída, y no se atrevían a alejarse por no disminuir la tropa que rodeaba a Jesús. Judas, que había huído después de haber dado el beso traidor, fué detenido a poca distancia por algunos discípulos, que lo llenaron de insultos; pero los seis fariseos que llegaron en este momento, lo libertaron, y los cuatro alguaciles se ocuparon en atar al Señor, que tenían entre sus manos.

Tal era el estado de cosas cuando Pedro pegó a Malco, y Jesús le había dicho en seguida: "Pedro, mete tu espada en la vaina, pues el que a cuchillo mata a cuchillo muere: ¿crees tú que Yo no puedo pedir a mi Padre que me envíe más de doce legiones de ángeles? ¿No debo yo apurar el cáliz que mi Padre me ha dado a beber? ¿Cómo se cumpliría la Escritura si estas cosas no sucedieran?" Y añadió: "Dejadme curar a este hombre". Se acercó a Malco, tomó su oreja, oró, y la curó. Los soldados estaban a su alrededor con los alguaciles y los seis fariseos; éstos le insultaban, diciendo a la turba: "Es un enviado del diablo; la oreja parecía cortada por sus hechicerías, y por sus mismos hechizos la ha curado".

Entonces Jesús les dijo: "Habéis venido a prenderme como un asesino, con armas y palos; he enseñado todos los días en el templo, y no me habéis prendido; pero vuestra hora, la hora del poder de las tinieblas, ha llegado". Mandaron que lo atasen, y lo insultaban diciéndole: "Tú no has podido vencernos con tus encantos". Jesús les dió una respuesta, de la que no me acuerdo bien, y los discípulos huyeron en todas direcciones. Los cuatro alguaciles y los seis fariseos no cayeron cuando los soldados, y por consecuencia no se habían levantado. Así me fué revelado, porque estaban del todo entregados a Satanás, lo mis-

mo que Judas, que tampoco se cayó, aunque estaba al lado de los soldados. Todos los que cayeron y se levantaron se convirtieron después, y fueron cristianos. Estos soldados habían sólo rodeado a Jesús, pero no habían puesto las manos sobre Él. Malco se convirtió después de su cura, y en las horas siguientes sirvió de mensajero a María y a los otros amigos del Salvador.

Los alguaciles ataron a Jesús con la brutalidad de un verdugo. Eran paganos, y de baja estofa. Tenían el cuello, los brazos y las piernas desnudos: eran pequeños, robustos y muy ágiles: el color de la cara era moreno rojizo, y parecían esclavos egipcios.

Ataron a Jesús las manos sobre el pecho con cordeles nuevos y durísimos: le ataron el puño derecho bajo del codo izquierdo, y el puño izquierdo bajo del codo derecho. Le pusieron alrededor del cuerpo una especie de cinturón lleno de puntas de hierro, al cual le ataron las manos con ramas de sauce; pusiéronle al cuello una especie de collar lleno de puntas, del cual salían dos correas que se cruzaban sobre el pecho como una estola, e iban atadas al cinturón. De éste salían cuatro cuerdas, con las cuales tiraban al Señor de un lado y de otro, según su inhumano capricho.

Se pusieron en marcha, después de haber encendido muchas hachas. Diez hombres de la guardia iban delante; después seguían los alguaciles, que tiraban de Jesús por las cuerdas; detrás los fariseos, que lo llenaban de injurias; los otros diez soldados cerraban el séquito. Los discípulos andaban errantes a cierta distancia, dando gritos y como fuera de sí: Juan seguía de cerca a los soldados que estaban detrás, y los fariseos les mandaron que lo prendieran. En efecto: algunos corrieron hacia él; pero huyó, dejando entre sus manos su sudario, por el cual le habían prendido. Se había quitado su capa, y no llevaba más que un vestido interior, corto y sin mangas, a fin de poderse escapar más fácilmente. Se había puesto alrededor del cuello, de la cabeza y de los brazos una banda larga de lienzo que los judíos llevan ordinariamente. Los alguaciles maltrataban a Jesús de la manera más cruel, para adular bajamente a los fariseos, que estaban llenos de odio y de rabia contra el Salvador. Le llevaban por caminos ásperos, por encima de las piedras, por el lodo, y tiraban de las cuerdas con toda su fuerza. Tenían en la mano otras cuerdas con nudos, y con ellas le pegaban, como un carnicero pega a la res que lleva a sacrificar, y todas estas crueldades iban acompañadas de insultos tan soeces, que la decencia no me permite contarlos. Jesús estaba descalzo; tenía,

además de su vestido ordinario, una túnica de lana sin costuras, y otro vestido por encima. Cuando prendieron al Salvador, no vi que le presentasen ninguna orden, ni ninguna escritura: lo trataron como si hubiera estado fuera de la ley.

Andaban de prisa; al dejar el camino que está entre el Huerto de los Olivos y el de Getsemaní, volvieron a la derecha, y llegaron al puente sobre el torrente de Cedrón. Jesús, al ir al Huerto de los Olivos, no pasó este puente; tomó un camino de rodeo por el valle de Josafat, que conducía a otro puente más al Sur. El que pasaba ahora era muy largo, porque se extendía más lejos que la ensenada del torrente, a causa de la desigualdad del terreno. Antes de llegar a él vi a Jesús dos veces caer en el suelo por los violentos tirones que le daban. Pero al llegar al medio del puente, su crueldad no tuvo límites; empujaron brutalmente a Jesús atado, y lo echaron desde su altura en el torrente, diciéndole que saciara su sed. Sin la asistencia divina, esto sólo hubiera bastado para matarlo. Cayó sobre las rodillas y sobre la cara, que se la hubiera despedazado contra los cantos, que estaban apenas cubiertos con un poco de agua, si no la hubiera protegido con los brazos juntos atados, pues se habían soltado de la cintura, sea por auxilio divino, o porque los alguaciles los desataran. Las rodillas, los pies, los codos y dedos se imprimieron milagrosamente en la piedra adonde cayó, y esta marca fué después objeto de veneración. Las piedras eran más blandas y más creyentes que el corazón de los hombres, y daban testimonio, en aquellos terribles momentos, de la impresión que la verdad suprema hacía sobre ellas.

Yo no he visto a Jesús beber, a pesar de la sed ardiente que siguió a su agonía en el Huerto de los Olivos; le vi beber agua del Cedrón cuando le echaron en él, y supe que se cumplió un pasaje profético de los Salmos, que dice que beberá en el camino del agua del torrente (Salmo CIX). Los alguaciles tenían siempre a Jesús atado con las cuerdas. Pero no pudiéndole hacer atravesar el torrente, a causa de una obra de albañilería que había al lado opuesto, volvieron atrás, y lo arrastraron con las cuerdas hasta el borde. Entonces aquellos miserables lo empujaron sobre el puente, llenándole de injurias, de maldiciones y de golpes. Su larga túnica de lana, toda empapada en agua, se pegaba a sus miembros; apenas podía andar, y al otro lado del puente cayó otra vez en tierra. Lo levantaron con violencia, sacudiéndole con las cuerdas, y ataron a su cintura los bordes de su vestido húmedo, en medio de los insultos más infames. No era aún media noche cuando vi a Jesús al otro lado del Cedrón,

arrastrado inhumanamente por los cuatro alguaciles sobre un sendero estrecho, entre las piedras, los cardos y las espinas. Los seis perversos fariseos iban tan próximos a Él cuanto el camino se lo permitía, y con palos de diversas formas, a empujones, le punzaban, lloviendo sobre Él los golpes. Cuando los pies desnudos y ensangrentados de Jesús rasgábanse con las piedras o los abrojos, dirigíanle insultos llenos de cruel ironía, diciendo: "Su precursor Juan Bautista no le ha preparado mal camino"; o bien: "Las palabras de Malaquías: *Envío delante de Ti mi ángel para prepararte el camino,* no tienen aplicación aquí", etc. Y cada burla de estos hombres era como una espuela para los alguaciles, que redoblaban los malos tratamientos con Jesús.

Sin embargo, advirtieron que algunas personas se aparecían acá y allá a lo lejos; pues muchos discípulos se habían juntado al oír la prisión del Señor, y querían saber qué sería del Maestro. Los enemigos de Jesús, temiendo alguna agresión, dieron con sus gritos señal para que les enviasen refuerzo. Distaban todavía algunos pasos de una puerta situada al Mediodía del templo, y que conduce, por un arrabal, llamado *Ofel,* a la montaña de Sión, adonde vivían Anás y Caifás. Vi salir de esta puerta unos cincuenta soldados. Llevaban muchas hachas; eran insolentes, alborotadores, y a grandes voces anunciaban su llegada felicitando a los que venían gozosos con su triunfo. Unidos ya a la escolta de Jesús, vi a Malco y algunos otros aprovecharse del desorden ocasionado por el tropel para huír al monte de los Olivos.

Cuando esta nueva tropa salió de Ofel, vi a los discípulos, que se habían presentado a cierta distancia, dispersarse. La Virgen Santísima y nueve de las santas mujeres, llevadas por su inquietud, fueron al valle de Josafat. Lázaro, Juan, Marcos, el hijo de la Verónica y el de Simeón, estaban con ellas. Este último se hallaba en Getsemaní con Natanael y los ocho apóstoles, y había huído delante de los soldados. Oíanse los gritos, y se veían las luces de ambas tropas que se juntaban. La Virgen perdió el sentido. Sus amigas se retiraron con Ella para llevarla a casa de María, madre de Marcos.

Los cincuenta soldados eran un destacamento de una fuerza de trescientos hombres que ocupaba las puertas y las calles de Ofel; pues el pérfido Judas había dicho a los príncipes de los sacerdotes que los habitantes de Ofel, pobres obreros la mayor parte, eran partidarios de Jesús, y que se podía temer que intentaran libertarlo. El traidor sabía que Jesús había consolado, enseñado, socorrido y curado a gran número de aquellos pobres

obreros. En Ofel se había detenido el Señor en su viaje de Betania a Hebrón, después de la degollación de Juan Bautista, sanando a muchos albañiles heridos en la caída de la torre de Siloé. La mayor parte de aquella pobre gente, después de Pentecostes, adhiriose a la primera comunidad cristiana. Cuando los cristianos se separaron de los judíos y establecieron casas para la comunidad, alzáronse chozas y tiendas desde allí hasta el monte de los Olivos, en medio del valle. También vivía allí San Esteban. Ofel cubre una altura rodeada de muros, situada al Mediodía del templo. Este arrabal no me parece más grande que Dulmen.

Los buenos habitantes de Ofel despertaron a los gritos de los soldados, y saliendo de sus casas, corrieron a las calles y a las puertas para saber lo que sucedía. Mas los soldados los empujaban brutalmente hacia sus viviendas, diciéndoles: "Jesús, el malhechor, vuestro falso profeta, va conducido preso. El sumo sacerdote no quiere dejarle continuar el oficio que tiene: será crucificado". A esta noticia, no se oían más que gemidos y llantos. Aquellas pobres gentes, hombres y mujeres, corrían acá y allá vertiendo lágrimas, o se ponían de rodillas con los brazos extendidos, y clamaban al cielo recordando los beneficios de Jesús. Pero los soldados los empujaban, maltratándolos, los hacían entrar por fuerza en sus casas, y no se hartaban de injuriar a Jesús, diciendo: "Ved aquí la prueba de que es un agitador del pueblo". Sin embargo, no querían ejercer grandes violencias contra los habitantes de Ofel, por miedo de que opusieran abierta resistencia, y se contentaban con alejarlos del camino que debía seguir Jesús.

Mientras tanto, la turba inhumana que conducía al Salvador se acercaba a la puerta de Ofel. Jesús se cayó de nuevo, y parecía no poder andar. Entonces un soldado, compadecido, dijo a los demás: "Ya veis que este infeliz casi sucumbe. Si hemos de conducirle vivo a los príncipes de los sacerdotes, aflojadle las manos para que pueda apoyarse cuando se caiga". La tropa se paró, y los alguaciles desataron los cordeles: mientras tanto, otro soldado compasivo le trajo un poco de agua de una fuente que estaba cerca. Jesús le dió las gracias, y citó con este motivo un pasaje de los Profetas, que habla de fuentes de agua viva, y esto le valió mil injurias y mil burlas de parte de los fariseos. Vi a esos dos hombres, el que le hizo desatar las manos y el que le dió de beber, favorecidos de una luz interior de la gracia. Se convirtieron antes de la muerte de Jesús, y se agregaron a sus discípulos.

Vueltos a ponerse en marcha, llegaron a la puerta de Ofel, donde fueron recibidos por los lamentos de los habitantes, harto obligados por gratitud a Jesús. Los soldados apenas podían contener a aquella multitud que se precipitaba por todas partes. Juntaban las manos, y, arrodillándose, exclamaban: "¡Soltad a ese Hombre! ¡Soltad a ese Hombre! ¿Quién nos ayudará? ¿Quién nos consolará y nos curará? ¡Dadnos a ese Hombre!" Era un espectáculo doloroso ver a Jesús pálido, desfigurado, cubierto de heridas, el pelo en desorden, su vestido húmedo y manchado, arrastrado con cuerdas, empujado a palos y golpes, como pobre animal que conducen al sacrificio, preso entre alguaciles innobles y medio desnudos, y por soldadesca grosera y soez, en medio de la multitud afligida de los habitantes de Ofel, que tendían hacia Él las manos que curara de la parálisis, suplicando a los verdugos con la voz que Él les diera, siguiendo con los ojos llenos de lágrimas a Aquél a quien debían la misma luz. Cuando llegaron al valle, mucha gente de la ínfima clase del pueblo, excitada por los soldados y por los enemigos del Señor, se había unido a la escolta, maldiciendo e injuriando a Jesús; y ayudábanles a repeler y a insultar a los buenos habitantes de Ofel. Ofel está situado sobre una altura; en el sitio más elevado hay una plaza, adonde vi mucha madera. La escolta fué bajando después, y pasó por una puerta que se abría en la muralla. Dejaron a la derecha un gran edificio, resto de las obras de Salomón, y a la izquierda, si no me equivoco, el estanque de Betesda; después se dirigieron al Occidente, siguiendo una calle llamada Millo. Entonces volvieron un poco al Mediodía, subiendo hacia Sión, y llegaron a la casa de Anás. En todo el camino no cesaron de maltratar al Señor; la canalla que venía del pueblo, aumentándose sin cesar, era para los verdugos de Jesús ocasión de renovar los insultos. Desde el monte de los Olivos hasta al casa de Anás, Jesús cayó siete veces.

Los habitantes de Ofel estaban llenos de espanto, de angustia, cuando un nuevo incidente vino a excitar su compasión. Llevada la Madre de Jesús por las mismas mujeres a la casa de María, madre de Marcos, que estaba situada al pie de la montaña de Sión, por en medio de Ofel, conocida que fué, dieron nuevas muestras de dolor y de compasión, y se juntaban tan apretados alrededor de María, que casi la llevaba la multitud. María estaba muda de dolor; al llegar a casa de María, madre de Marcos, no habló hasta que vino Juan y le contó todo lo que había visto desde la salida del Cenáculo. Después condujeron a la Virgen Santísima a casa de Marta, en la parte occi-

dental de la ciudad. Pedro y Juan, que habían seguido a Jesus de lejos, corrieron a casa de algunos servidores de los príncipes de los sacerdotes que Juan conocía, para poder entrar en las salas del tribunal adonde su Maestro fuera conducido. Estos hombres, amigos de Juan, eran una especie de mensajeros de cancillería, que debían correr por todo el pueblo para despertar a los ancianos y a otras personas convocadas para el juicio. Deseaban hacer un servicio a los dos apóstoles; pero no tuvieron otro medio sino vestir a Pedro y a Juan con una capa igual a las suyas, y que los ayudaran a llevar las convocatorias, a fin de poder entrar en seguida con su disfraz en el tribunal de Caifás, donde estaban juntos soldados y falsos testigos, y del cual echaban a la demás gente. Los apóstoles se encargaron de avisar a Nicodemo, José de Arimatea y otras personas bien intencionadas, pues eran miembros del Consejo, y de ese modo hicieron venir a algunos amigos de su Maestro, con quienes los fariseos no hubieran contado regularmente. Mientras tanto, Judas andaba errante como un insensato, al pie de la subida donde termina Jerusalén por la parte del Mediodía, entre los escombros y las inmundicias hacinados en este sitio.

IV

Medidas que toman los enemigos de Jesús

Anás y Caifás habían recibido inmediato aviso de la prisión de Jesús, y en su casa estaba todo en movimiento. Las salas estaban iluminadas, las avenidas tomadas, los mensajeros corrían por el pueblo para convocar a los miembros del Consejo, los escribas y todos los que debían tomar parte en el juicio. Muchos habían permanecido en casa de Caifás para esperar el resultado. Los ancianos de las diferentes clases se juntaron también. Como los fariseos, los saduceos y los herodianos de todo el país se habían juntado en Jerusalén para la fiesta, y la tentativa contra Jesús había sido concertada de antemano entre ellos y el gran Consejo, los que tenían más odio contra el Salvador fueron convocados, con orden de juntar y de traer para el momento del juicio todas las pruebas y testimonios que pudieran contra Jesús. Todos aquellos hombres perversos y orgullosos de Cafarnaúm, de Tirza, de Nazaret, etc., a quienes Jesús había dicho muchas veces la verdad en presencia del pueblo, se hallaban juntos en Jerusalén. Estaban llenos de odio y sedientos de venganza, y cada uno buscaba entre la gente de su país, que había

venido a la fiesta, a algunos que a precio de oro quisieran presentarse como acusadores de Jesús. Pero todos, excepto algunas mentiras palpables, se concretaban a repetir las acusaciones sobre las cuales Jesús los redujo tantas veces al silencio en sus sinagogas.

Todo el enjambre de enemigos del Salvador iba al tribunal de Caifás conducido por los fariseos y los escribas de Jerusalén, a los cuales se juntaban muchos de los vendedores echados del templo por Jesús, muchos doctores soberbios a los cuales había cerrado la boca en presencia del pueblo, y algunos que no le podían perdonar el haberlos convencido de error y cubierto de confusión cuando a la edad de doce años dió su primera enseñanza en el templo. Entre estos infinitos enemigos se hallaban pecadores impenitentes que todavía Él no había querido curar; pecadores que habían reincidido y estaban otra vez enfermos; jóvenes vanidosos que no había admitido por discípulos; buscadores de sucesiones, furiosos porque hizo distribuir a los pobres los bienes sobre que contaban, o porque había curado a las personas de quienes querían heredar; libertinos cuyos compañeros había convertido; adúlteros cuyos cómplices había restituído a la virtud: muchos aduladores de todos éstos, otros muchos instrumentos de Satanás llenos de rabia interior contra toda santidad, y por consecuencia contra el Santo de los santos. Esta escoria del pueblo judío fué puesta en movimiento y excitada por alguno de los principales enemigos de Jesús, y corría por todas partes al palacio de Caifás para acusar falsamente de toda suerte de crímenes al verdadero Cordero sin mancha que lleva los pecados del mundo, y para mancharlo con sus obras, que, en efecto, ha tomado sobre sí y expiado.

Mientras que esta turba impura se agitaba, mucha gente piadosa y amigos de Jesús, tristes y afligidos, pues no sabían el misterio que se iba a cumplir, andaban errantes acá y allá, y escuchaban y gemían. Si hablaban, eran rechazados; si callaban, mirábanlos de reojo. Otras personas bien intencionadas, pero débiles e indecisas, se escandalizaban, caían en tentación, y vacilaban en su convicción. El número de los que perseveraban era pequeño. Entonces sucedía lo que hoy sucede: se quiere ser buen cristiano cuando no se disgusta a los hombres; pero hay quien se avergüenza de la cruz cuando el mundo la ve con malos ojos. Sin embargo, hubo muchos cuyo corazón fué movido por la paciencia del Salvador en medio de tantas crueldades y que se retiraron silenciosos y desmayados.

V
Ojeada sobre Jerusalén

La grande y populosa ciudad y las tiendas de los extranjeros que habían venido para la Pascua estaban sumergidas en el reposo y en el sueño, cuando la noticia de la prisión de Jesús despertó a todos sus enemigos y amigos, y por todos los puntos de la ciudad se vió ponerse en movimiento a las personas convocadas por los mensajeros de los príncipes de los sacerdotes. Iban a la luz de la luna o de antorchas por las calles, desiertas a aquella hora, pues la mayor parte de las casas tenían las ventanas y la puerta a un patio interior. Todos suben hacia Sión. Se oye acá y allá llamar a las puertas, para despertar a los que duermen; surgen en muchos sitios el ruido y el tumulto; abren a los que llaman, los interrogan, y se accede a la convocación. Los curiosos y los criados van a ver lo que pasa, para contarlo a los que quedan; óyese cerrar y atrancar puertas, pues algunas personas se inquietan y temen una sublevación; se improvisan mil conversaciones diversas, como éstas: "Lázaro y sus hermanas van a ver a Quién se han entregado. — Juana, mujer de Chusa, Susana y Salomé, se arrepentirán demasiado tarde de su imprudencia. — Serafia, mujer de Sirac, tendrá que humillarse delante de su marido, que tantas veces le ha reprochado su entrañable adhesión al Galileo. — Todos los partidarios de ese Agitador parecían burlarse de los que no pensaban como ellos, y ahora más de cuatro no saben dónde esconderse. — Ya no hay nadie que tienda a los pies de su caballería mantos y palmas. — Esos hipócritas, que siempre quieren ser mejores que los demás, van a recibir lo que merecen, pues están todos implicados en los negocios del Galileo. — La cosa es mayor de lo que se creía. — Yo quisiera saber cómo saldrán Nicodemo y José de Arimatea; hace mucho tiempo que se desconfía de ellos; están de acuerdo con Lázaro, pero son muy diestros: todo se va a aclarar ahora".

Así se oye hablar a algunas gentes irritadas contra algunas familias que fiaran en Jesucristo, y sobre todo contra las santas mujeres. En otras partes la noticia es recibida de un modo más conveniente; algunos se aterran, otros gimen secretamente, o buscan algún amigo cuyos sentimientos sean conformes a los suyos, para poderse desahogar con él. Pocos son los que se atreven a expresar altamente el interés que tienen por Jesucristo.

No toda la ciudad está despierta aún; sólo lo está en los sitios adonde los mensajeros llevan las convocatorias del Gran Pontífice, y adonde los fariseos van a buscar sus testigos. Parece que se ve en diferentes puntos de Jerusalén saltar chispas de odio y de furor, que circulan por las calles, encontrándose con otras a las que se juntan, y que creciendo sin cesar, suben hasta Sión, y van a parar al tribunal de Caifás como un río de fuego. Los soldados romanos no toman ninguna parte en este suceso. Pero sus puestos están reforzados y sus cohortes están reunidas, observando con cuidado lo que pasa. Están casi siempre en observación en el tiempo de las fiestas de Pascua, a causa de la gran afluencia de extranjeros. Los judíos flanquean los alrededores de sus cuerpos de guardia, porque los fariseos se incomodan de tener que responder al *¿quién vive?* Los príncipes de los sacerdotes no se han descuidado en comunicar a Pilatos la ocupación de Ofel y de una parte de Sión. Pero entre ellos hay desconfianza recíproca. Pilatos no duerme; recibe partes y da órdenes. Su mujer está acostada; su sueño es profundo, pero agitado. Suspira y llora como si tuviera ensueños penosos.

En ningún punto de la ciudad se revela mayor compasión que en Ofel respecto a los padecimientos de Jesús, lo mismo en casa de los pobres criados del templo, que entre los pobres jornaleros que allí habitan. ¡Han despertado súbitamente en medio de una noche tranquila, para contemplar a su Maestro, su bienhechor, el que los ha curado y consolado, lleno de injurias y de malos tratamientos! Después vieron pasar a la dolorida Madre de Jesús, y a su vista su aflicción se redobla. Era un espectáculo que partía el corazón ver a María y sus amigas andar por las calles a aquella hora llenas de dolor y de angustias. Tienen que esconderse al acercarse una soldadesca grosera e insolente, porque las llenan de injurias como a mujeres de mala vida; con frecuencia oyen conversaciones llenas de deleite cruel que les atormenta el corazón, y rara vez una palabra de consuelo sobre Jesús. Al fin, al llegar a su casa, caen rendidas, llorando y juntando las manos; se sostienen y se abrazan, o véselas doblegadas sobre las rodillas, cubierta la cabeza con un velo. Si llaman a la puerta, escuchan con inquietud. Llaman despacio y tímidamente; no es un enemigo el que así llama; abren temblando; es un amigo, o el criado de un amigo de su Maestro; lo rodean, acósanlo a preguntas, y sus respuestas son nuevos dolores. No pueden sosegar, salen de nuevo a la calle, y vuelven con doble tristeza.

La mayor parte de los apóstoles y de los discípulos andan asustados por los valles que rodean a Jerusalén, y se esconden en las grutas del monte de los Olivos. Tiemblan al encontrarse; se piden noticias en voz baja, y el menor ruido interrumpe sus tímidas comunicaciones. Mudan sin cesar de sitio, y se acercan a la ciudad. Muchos suben al monte de los Olivos; miran con inquietud las hachas que se ven cruzar por Sión; escuchan el ruido a lo lejos, se pierden en mil conjeturas diversas, y bajan al valle con la esperanza de saber alguna noticia positiva.

El ruido aumenta cada vez más alrededor del tribunal de Caifás. Esta parte de la ciudad está inundada de luz con las hachas y los faroles. Alrededor de Jerusalén óyese el grito discordante de los muchos animales que los extranjeros han traído para sacrificarlos. Inspiraba un sentimiento de compasión el balido de los innumerables corderos que debían ser inmolados en el templo al día siguiente. Uno solo se deja sacrificar sin siquiera abrir la boca; semejante a la oveja que llevan a la carnicería, al cordero que se calla en presencia del esquilador: éste es el Cordero de Dios, puro y sin mancha; es Jesucristo.

Sobre todas estas escenas se extiende un cielo cubierto de señales maravillosas; la luna, con aspecto amenazador, está cubierta de manchas extrañas: parece que está alterada y tiembla de llegar a su plenitud, pues Jesús morirá en ese momento. Al Mediodía de la ciudad corre Judas Iscariote, agitado por su conciencia; solo, huyendo ante su sombra, impulsado por el demonio. El infierno está desatado, y excita por todas partes a los pecadores. La rabia de Satanás se redobla para aumentar la carga del Cordero. Los ángeles están entre el dolor y la alegría: quisieran orar ante el Trono de Dios, y poder socorrer a Jesús; pero no pueden sino adorar en su admiración el milagro de la justicia y de la misericordia divinas, que estaba en el cielo desde la eternidad, y que comienza a cumplirse en el tiempo; pues los ángeles también creen en Dios Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, y en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor, que fué concebido por el Espíritu Santo, y nació de Santa María Virgen; que padecerá esta noche bajo Poncio Pilatos; que mañana será crucificado, morirá y será sepultado; que subirá a los cielos, adonde está sentado a la diestra de Dios Padre Todopoderoso; desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos; creen también en el Espíritu Santo, la Santa Iglesia Católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna.

VI

Jesús delante de Anás

A media noche Jesús fué introducido en el palacio de Anás, y lo llevaron a una sala muy grande. Enfrente de la entrada ocupaba su silla Anás rodeado de veintiocho consejeros; el sitial elevábase del suelo algunos escalones. Jesús, a quien rodeaban aún varios de los que le prendieran, vióse empujado por los alguaciles hasta los primeros peldaños. El resto de la sala estaba lleno de soldados, de populacho, de criados de Anás, de falsos testigos, que fueron después a casa de Caifás. Anás esperaba con impaciencia la llegada del Salvador. Veíasele lleno de odio y de astucia, animado de una alegría cruel. Presidía el tribunal encargado de vigilar la pureza de la doctrina, y de acusar delante de los príncipes de los sacerdotes a los que la infringían. Jesús estaba de pie delante de Anás, pálido, desfigurado, silencioso, con la cabeza baja. Los alguaciles tenían la punta de las cuerdas que apretaban sus manos. Anás, viejo, flaco y seco, de barba rala, lleno de insolencia y orgullo, mostrábase con sonrisa irónica, haciendo como que nada sabía y que extrañaba que Jesús fuese el preso que le habían anunciado. He aquí lo que dijo a Jesús, o a lo menos el sentido de sus palabras: "¿Cómo, Jesús de Nazaret? Pues ¿adónde están tus discípulos y tus numerosos partidarios? ¿Adónde está tu reino? Me parece que las cosas no han respondido a lo que Tú creías: se ha visto que ya bastaba de insultos a Dios y a los sacerdotes, de violaciones del sábado. ¿Quiénes son tus discípulos? ¿Adónde están? ¿Callas? Habla, ahora, agitador, seductor. ¿No has comido el cordero pascual de modo inusitado, en tiempo y sitio en que no debías hacerlo? ¿Quisiste introducir una nueva ley? ¿Quién te ha dado derecho para enseñar? ¿Adónde has estudiado? Habla: ¿cuál es tu doctrina?"

Entonces Jesús levantó su cabeza fatigada, miró a Anás, y dijo: "He hablado en público, delante de todo el mundo: siempre enseñé en el templo y en las sinagogas, donde se juntan los judíos. Jamás he dicho nada en secreto. ¿Por qué me interrogas? Pregunta a los que me han oído lo que les he dicho. Mira a tu derredor; ellos saben lo que he dicho".

A estas palabras de Jesús, el rostro de Anás expresó el resentimiento y la cólera. Un infame ministro que estaba cerca de Jesús lo advirtió, y el miserable, con su mano cubierta de guante de hierro, pegó una bofetada en el rostro del Señor, di-

ciendo: "¿Así respondes al Sumo Pontífice?" Jesús, a la violencia del golpe, cayó de lado sobre los escalones, y la sangre corrió de su cara. La sala se llenó de murmullos, de risotadas y de ultrajes. Levantaron a Jesús, maltratándolo, y el Señor dijo tranquilamente: "Si he hablado mal, dime en qué; pero si he hablado bien, ¿por qué me pegas?"

Exasperado Anás por la tranquilidad de Jesús, mandó a todos los que estaban presentes que dijeran lo que le habían oído decir. Entonces se levantó una explosión de clamores confusos y de groseras imprecaciones. "Ha dicho que era rey; que Dios era su padre; que los fariseos eran unos adúlteros; subleva al pueblo; cura, en nombre del diablo, el sábado; los habitantes de Ofel rodéanle y siguen fanatizados; le apellidan su Salvador y su Profeta; se deja llamar Hijo de Dios; dícese enviado suyo; no observa los ayunos; come con los impuros, los paganos, los publicanos y los pecadores; se relaciona con mujeres de mal vivir; delante de la puerta de Ofel dijo a un hombre que le daba de beber, que Él le daría el agua de la vida eterna, después de lo cual nunca tendría sed; seduce al pueblo con palabras de doble sentido, etc., etc."

Todos estos cargos los hacían a la vez: los acusadores se los echaban en cara, mezclándolos con las más groseras injurias, y los alguaciles, maltratándole a cada paso, decíanle que respondiera. Anás y sus consejeros añadían mil burlas a estos ultrajes, repitiendo: "¡Esa es tu doctrina! ¿Qué respondes? Rey, da tus soberanas órdenes: enviado de Dios, enseña tu misión. ¿Quién eres Tú? (continuó Anás con frío desdén). ¿Quién te ha enviado? ¿Eres el hijo de un carpintero oscuro, o eres Elías, que ha sido elevado en un carro de fuego? Dicen que aún vive, y que Tú puedes, a tu voluntad, hacerte invisible. Cierto que hallaste medio de escapar algunas veces. ¿Eres acaso Malaquías, de cuyas palabras usas con frecuencia para prevalerte de ellas? Dicen que este Profeta no tuvo padre, que había sido un ángel, y que no se ha muerto. Buena ocasión para un embustero que pretende pasar por él. ¿Qué clase de Rey eres Tú? Has dicho ser más que Salomón. Descuida: no te rehusaré el título de tu dignidad real".

Entonces Anás hizo que le trajeran una especie de cartel, de una vara de largo y tres dedos de ancho; y escribió en él varias y grandes letras, como acusación contra el Señor. Después lo envolvió y lo introdujo en una calabacita vacía, que tapó con cuidado, y ató después a una caña, y presentándosela a Jesús le dijo con sarcasmo: "Este es el cetro de tu reino; ahí están tus títulos, tus dignidades y tus derechos. Llévalos al Sumo

Sacerdote para que reconozca tu misión y te trate según tu dignidad. Que le aten las manos a ese Rey, y llévenlo delante del Sumo Sacerdote".

Maniataron de nuevo a Jesús; sujetáronle también a ellas el simulacro de cetro, que contenía las acusaciones de Anás, y le condujeron a casa de Caifás, en medio de la risa, del escarnio, y de los malos tratamientos de la multitud.

La casa de Anás estaría a trescientos pasos de la de Caifás. El camino, que era a lo largo de paredes y de pequeños edificios dependientes del tribunal del Sumo Pontífice, estaba alumbrado con faroles y lleno de judíos, que vociferaban en gran tumulto. Los soldados apenas podían abrirse paso por medio de la multitud. Los que habían ultrajado a Jesús en casa de Anás repetían sus improperios delante del pueblo; y el Salvador fué escarnecido y maltratado todo el camino. Vi a hombres armados rechazar algunos grupos que parecían compadecer al Señor, dar dinero a los que se distinguían por su brutalidad contra Jesús, y franquearles la entrada en el patio de Caifás.

VII

Tribunal de Caifás

Para llegar al tribunal de Caifás se atraviesa un primer patio exterior; después se entra en otro patio, que llamaremos interior, y que rodea todo el edificio. La casa tiene doble de largo que de ancho. Delante hay una especie de vestíbulo descubierto, rodeado de tres órdenes de columnas, formando galerías cubiertas. En el cuarto, detrás de columnas no muy altas, hay una sala como la mitad del vestíbulo, adonde están las sillas de los miembros del Consejo, sobre un espacio en forma de herradura, a que conducen muchos escalones. La silla del Sumo Sacerdote ocupa en el medio el lugar más eminente. El reo está en el centro del hemiciclo. De un lado y de otro, y detrás de él, se ve el sitio de los testigos y de los acusadores. Detrás de los jueces hay tres puertas que dan paso a otra sala rodeada de sillas, donde se verifican las deliberaciones secretas. Entrando en esta sala desde el tribunal, se encuentran a derecha e izquierda puertas que comunican al patio interior, que tiene la forma redonda, como el exterior del edificio. Saliendo de la sala por la puerta de la derecha, se ve en el patio, a la izquierda, la entrada de una prisión subterránea, que está debajo de esta última sala. Hay en ella muchos calabozos: Pedro y Juan pa-

saron una noche en uno de ellos cuando curaron al cojo del templo después de Pentecostés.

Todo el edificio y los alrededores estaban llenos de hachas y faroles, y había tanta claridad como si fuese de día. En medio del vestíbulo estaba encendida una gran lumbre en cóncavo hogar, y a los lados había dos conductores para el humo. El fuego estaba rodeado de soldados, de empleados subalternos y de testigos de la ínfima clase, todos sobornados. Entre ellos había también mujeres que daban de beber a los soldados cierto licor rojizo, y les hacían cocer panes, que se los vendían. La mayor parte de los jueces estaban ya sentados alrededor de Caifás; los otros fueron llegando sucesivamente. Los acusadores y los testigos falsos llenaban el vestíbulo. Había una inmensa multitud, que era preciso contener por la fuerza.

Un poco antes de la llegada de Jesús, Pedro y Juan, vistiendo aún el traje de mensajeros, entraron en el patio exterior. Juan, con ayuda de un empleado del tribunal que conocía, pudo penetrar hasta el segundo patio, cuya puerta cerraron detrás de él a causa de la mucha gente. Pedro, que se había rezagado un poco, encontró la puerta cerrada, y la portera no quiso abrirle. No hubiera pasado más adelante, a pesar de los esfuerzos de Juan, si Nicodemo y José de Arimatea, que llegaban en aquel instante, no le hubiesen hecho entrar con ellos. Los dos apóstoles, habiendo devuelto los vestidos que les habían prestado, confundiéronse entre la multitud que llenaba el vestíbulo, y en sitio desde donde podían ver a los jueces. Caifás estaba sentado en medio del semicírculo. A su alrededor lo estaban los setenta miembros del gran Consejo: a los lados, los funcionarios públicos, los ancianos, los escribas, y detrás de ellos falsos testigos. Desde la entrada hasta el vestíbulo por donde Jesús debía ser conducido, colocáronse los soldados.

Caifás era un hombre de apariencia grave: su semblante revelaba algo de enérgico y amenazador. Tenía una capa larga, bermeja, pero de color oscuro, adornada de flores y de galones de oro, prendida sobre el pecho y los hombros y cubierta por delante de chapas de metal luciente. Su sombrero se parecía a una mitra de Obispo: a los lados tenía aberturas, por donde salían tiras de tela colgando. Caifás hallábase allí hacía algún tiempo con sus consejeros. Su impaciencia y enojo eran tales, que bajó de su sitio, corrió, vestido como estaba, al vestíbulo, y preguntó con ira cuándo llegaba Jesús. Viéndole aproximarse, se volvió a su sitio.

VIII

Jesús delante de Caifás

Jesús fué introducido en el vestíbulo, en medio de los clamores, de las injurias y de los golpes. Lo condujeron ante los jueces: al pasar cerca de Juan y de Pedro, los miró sin volver la cabeza, para no denunciarlos. Apenas estuvo en presencia del Consejo, cuando Caifás exclamó: "¡Ya estás aquí, enemigo de Dios, que llenas de agitación esta santa noche!" La calabaza que contenía las acusaciones de Anás fué desatada del cetro ridículo puesto entre las manos de Jesús. Después que las leyeron, Caifás se desató en invectivas contra el Salvador. Los alguaciles le pegaron, entre empellones, con unos palos agudos, diciéndole: "Responde. Abre la boca. ¿No sabes hablar?" Caifás, con mayor ira que Anás, hizo una porción de preguntas a Jesús, que estaba tranquilo, paciente, con los ojos fijos en el suelo. Los alguaciles querían obligarle a hablar, lo empujaban, maltratábanlo, y un perverso le puso el dedo pulgar con fuerza en la boca, diciéndole que mordiera.

Presto comenzó la audiencia de los testigos. Tan pronto el populacho, excitado, daba gritos tumultuosos, como se oía hablar a los mayores enemigos de Dios entre los fariseos y los saduceos reunidos en Jerusalén de todos los puntos del país. Repetían las acusaciones, a que Él había respondido mil veces: "Que curaba a los enfermos y echaba a los demonios por arte de éstos; que violaba el sábado; que sublevaba al pueblo; que llamaba a los fariseos *raza de víboras y adúlteros;* que había predicho la destrucción de Jerusalén; que frecuentaba su trato con publicanos y pecadores; que se hacía llamar *Rey, Profeta, Hijo de Dios;* que hablaba siempre de su reino; que desechaba el divorcio; que se llamaba *Pan de vida,* etc." Así sus palabras, sus instrucciones y sus parábolas se desfiguraban, mezclándolas con calumnias y crímenes. Pero todos se contradecían y se perdían en sus relatos. El uno decía: "Se intitula *Rey*". El otro: "No; sólo se dejar dar ese nombre; y cuando han querido proclamarlo Rey, se ha escondido". Un tercero gritaba: "Dice que es Hijo de Dios". Un cuarto: "Se llama Hijo, porque cumple la voluntad del Padre". Algunos referían que los había curado, pero que habían vuelto a caer enfermos; que sus curas eran sortilegios. Había muchas acusaciones y testimonios sobre el sortilegio. Los fariseos de Séforis, con los cuales disputara una vez sobre el

divorcio, lo acusaban de falsa doctrina; y un joven de Nazaret, a quien no quiso admitir por discípulo, tuvo la bajeza de atestiguar contra Él.

Sin embargo, no podían establecer ninguna acusación sólida y fundada. Los testigos comparecían más bien para decirle injurias en su presencia que para citar hechos. Disputaban entre ellos, y mientras tanto Caifás y algunos miembros del Consejo no cesaban de afrentar a Jesús. "¿Qué Rey eres Tú? Muéstranos tu poder; llama las legiones de ángeles de que has hablado en el Huerto de los Olivos. ¿Qué has hecho del dinero de las viudas y de los locos que has seducido? Responde; habla ante el juez: ¿eres mudo? ¡Más valía que te hubieras callado delante del pueblo y de la multitud de mujeres que adoctrinabas! Allí hablabas demasiado".

Todos estos discursos iban acompañados de malos tratamientos de los empleados subalternos del tribunal. Sólo por milagro pudo resistir a todo esto. Algunos miserables decían que era hijo ilegítimo: otros, al contrario, opinaban que su madre había sido una virgen piadosa en el templo, y que la habían visto casar con un hombre temeroso de Dios. Reprocharon a Jesús y a sus discípulos el que no sacrificasen en el templo. En efecto: no he visto jamás que Jesús o los apóstoles llevaran víctimas al templo, excepto los corderos de la Pascua. Sin embargo, José y Ana, mientras vivieron, sacrificaron con frecuencia por Jesús. Esta acusación no tenía ningún valor, pues los esenios no hacían ningún sacrificio, y no estaban por ello sujetos a ninguna pena. Dirigíanle sin cesar la acusación de sortilegio, y Caifás aseguró muchas veces que la confusión que reinaba en las deposiciones de los testigos era efecto de sus hechizos.

Algunos dijeron que solemnizara la Pascua comiendo la víspera, en contra de la ley, y que el año anterior había hecho innovaciones en la ceremonia. Pero los testigos se contradijeron tanto, que Caifás y los suyos estaban llenos de vergüenza y de rabia al ver que no podían justificar nada que tuviera algún fundamento. Nicodemo y José de Arimatea fueron citados a explicarse sobre que había celebrado aquella fiesta en una sala perteneciente a uno de ellos, y probaron con escritos antiguos que de tiempo inmemorial los galileos tenían el permiso de comer la Pascua un día antes. Añadieron que la ceremonia había sido conforme a la ley, y que algunos empleados del templo habían concurrido. Esto descompuso a los jueces; pero sobre todo Nicodemo irritó mucho a los enemigos de Jesús cuando hizo

constar por los archivos el derecho de los galileos. Este derecho les fué concedido, entre otros motivos, porque antiguamente había tal afluencia en el templo, que no se hubiera podido acabar para el sábado si se hubiese tenido que hacer todo en el mismo día. Aunque los galileos no usaron siempre de este derecho, sin embargo, constaba perfectamente establecido en los textos que citó Nicodemo; y el furor de los fariseos contra este último se acrecentó cuando dijo que el Consejo debía estar poco satisfecho por las chocantes contradicciones de todos esos testigos en un negocio emprendido con tanta precipitación, la noche víspera de la fiesta más solemne. Echaron a Nicodemo miradas centelleantes y continuó la prueba de los testigos con más precipitación e impudencia. En fin, se presentaron dos diciendo: Jesús ha dicho: "Yo derribaré el templo edificado por las manos de los hombres, y en tres días reedificaré uno que no estará hecho por la mano de los hombres". No estaban tampoco éstos acordes. El uno decía que quería construir un nuevo templo, y que había comido la nueva Pascua en otro edificio, porque quería destruir el antiguo templo. Pero el otro decía que ese edificio estaba construído por mano de hombre, y que, por consiguiente, no podía haber hablado de ése.

Caifás estaba lleno de cólera, pues las crueldades ejercidas contra Jesús, las contradicciones de los testigos y la inefable paciencia del Salvador producían viva impresión en muchos de los asistentes. Algunas veces silbaban a los testigos. El silencio de Jesús inquietaba a algunas conciencias, y diez soldados se sintieron tan penetrados de lo que oían, que se retiraron bajo el pretexto de que estaban enfermos. Al pasar cerca de Pedro y de Juan, les dijeron: "Este silencio de Jesús el Galileo, en medio de tan malos tratamientos, parte el corazón. Pero, decidnos, ¿adónde debemos ir?" Los dos apóstoles, desconfiando de ellos, o temiendo ser denunciados como discípulos de Jesús, o ser reconocidos por algunos de los presentes, les respondieron con mirada melancólica: "Si la verdad os llama, dejaos conducir por ella: lo demás, ello sólo se hará". Entonces aquellos hombres salieron de la ciudad; encontraron a otros que los condujeron allende el monte Sión, a las grutas del Mediodía de Jerusalén, donde hallaron muchos apóstoles escondidos, quienes tuvieron miedo de ellos, y a los cuales anunciaron lo que sucedía a Jesús.

Caifás, exasperado por los discursos contradictorios de los dos testigos, se levantó, bajó dos escalones, y dijo a Jesús: "¿No respondes Tú nada a ese testimonio?" Estaba muy irritado por-

que Jesús no le miraba. Entonces los alguaciles, asiéndole por los cabellos, le echaron la cabeza atrás y diéronle puñadas bajo la barba; pero ni aún así hubo de levantar los ojos. Caifás elevó las manos con viveza, y dijo en tono airado: "Yo te conjuro por el Dios vivo que nos digas si eres el Cristo, el Mesías, el Hijo de Dios". Había un profundo silencio, y Jesús, con voz llena de majestad indecible, con la voz del Verbo Eterno, dijo: "Yo lo soy, tú lo has dicho. Y Yo os digo que veréis al Hijo del hombre sentado a la derecha de la Majestad Divina, viniendo sobre las nubes del cielo". Mientras que Jesús profería estas palabras, le vi resplandeciente: el cielo estaba abierto sobre Él, y en una intuición que no puedo expresar, vi a Dios Padre Todopoderoso; vi también los ángeles, y la oración de los justos que subía hasta su Trono. Debajo de Caifás vi el infierno como una esfera de fuego entre tinieblas, llena de horribles figuras. Él estaba encima, y parecía separado sólo por una gasa. Vi toda la rabia de los demonios concentrada en él. Todo aquel espectáculo me pareció un infierno salido de la tierra. Cuando el Señor declaró solemnemente que era el Cristo, Hijo de Dios, el infierno tembló a su voz, y después vomitó todos sus furores en aquella casa. Todo lo que veo se me representa con formas y figuras; este lenguaje es para mí más exacto, más breve y más expresivo que ningún otro, porque los hombres son formas, no puras palabras y abstracciones. Vi la angustia y el furor de los infiernos manifestarse bajo mil imágenes horribles, que parecían salir de diversos sitios. Me acuerdo, entre otras cosas, de una multitud de pequeñas figuras negras, parecidas a perros, que corrían sobre las patas de atrás, y estaban armados de uñas largas: yo no puedo decir qué especie de mal se me mostrara bajo esta forma. Vi multitud de espectros horrendos entrar en la mayor parte de los asistentes: a veces se sentaban sobre su cabeza o sobre sus hombros. Vi en ese mismo momento fantasmas horribles salir de los sepulcros del otro lado de Sión. Yo creo que eran espíritus malignos. Vi otras muchas apariciones alrededor del templo, y entre ellas muchas figuras que parecían arrastrar cadenas como cautivos. No sé si estas últimas eran también demonios o almas que bajaban al limbo. Estas cosas no quisiera que escandalizaran a los que las ignoran; pero se sienten cuando se ven, y los cabellos se erizan sobre la cabeza. Creo que Juan vió algo de este espectáculo, pues le oí hablar de él más tarde. Todos los que no eran enteramente réprobos, sintieron con profundo terror cuanto hubo de horrible en este instante, y los malos sintieron redoblar su odio y su furor.

Caifás, inspirado por el infierno, tomó el borde de su capa, sajólo con su cuchilla, y lo rasgó en un ímpetu de cólera diciendo en alta voz: "¡Ha blasfemado! ¿Para qué necesitamos testigos? ¿Le oísteis? ¡blasfemó! ¿cuál es vuestra sentencia?"

Entonces todos los asistentes gritaron con voz de trueno: "¡Es digno de muerte! ¡Digno es de muerte!"

Durante esta horrenda gritería, el furor del infierno llegó a lo sumo. Los enemigos de Jesús estaban poseídos de Satanás, lo mismo que sus aduladores y sus agentes. Parecía que las tinieblas celebraban su triunfo sobre la luz. Todos los circunstantes que conservaban algo bueno, sintiéronse penetrados de tal horror, que muchos se cubrieron la cabeza y huyeron. Los testigos más ilustres, con la conciencia agitada, salían de la sala, donde ya no eran necesarios. Los otros se colocan en el vestíbulo, alrededor del fuego, donde les dan dinero, de comer y de beber. El Sumo Sacerdote dijo a los alguaciles: "Os entrego este Rey; rendid al blasfemo los honores que merece". En seguida se retiró con los miembros del Consejo a la sala redonda, situada detrás del tribunal, donde no podían verles desde el vestíbulo.

Juan, en medio de su profunda aflicción, se acordó de la pobre Madre de Jesús. Temió que la terrible noticia llegara a sus oídos de una manera más dolorosa por boca de algún enemigo; miró al Señor, diciéndose entre sí: "Tú sabes por qué me voy"; y se fué a la Virgen, como si hubiese sido enviado por Jesús mismo. Pedro, lleno de inquietud y de dolor, y sintiendo más vivamente el frío penetrante de la mañana, se acercó tímidamente a la lumbre, donde se calentaba la vil canalla. No sabía qué hacerse, pero no podía alejarse de su Maestro.

IX

Nuevos ultrajes en casa de Caifás

Cuando Caifás salió de la sala del tribunal con los miembros del Consejo, una multitud de miserables se precipitó sobre Nuestro Señor, como enjambre de avispas irritadas. Mientras se hizo el interrogatorio de los testigos, los alguaciles y otros ruines habían arrancado puñados de la barba y del pelo de Jesús: toda aquella chusma le había escupido, abofeteado, dádole con palos, hasta herirle con agujas. Ahora se entregan sin freno a su rabia insana. Le ponen sobre la cabeza coronas de

paja y de corteza de árbol, y se las vuelven a quitar injuriándole. Decíanle: "Ved aquí el Hijo de David con la corona de su padre. — Ved aquí al que es más que Salomón. — Es el Rey que da una comida de boda para su Hijo". Así se burlaban de las verdades eternas, que Él presentaba en parábolas a los hombres que venía a salvar; y no cesaban de pegarle con los puños o con varas, y de escupirle al rostro. Le ciñen otra vez una corona de paja, y quítanle su vestidura. Le arrancan también el escapulario que le cubre el pecho, y echándole sobre las espaldas una capa vieja, hecha pedazos, que por delante deja la pierna descubierta, pónenle al cuello larga cadena de hierro, acabada en dos pesados anillos llenos de puntas, que le ensangrientan las rodillas cuando anda. Le ataron de nuevo las manos sobre el pecho, le entregan una caña, y escúpenle a la faz. Habían vertido toda especie de inmundicias sobre su cabeza, sobre su pecho y sobre la parte superior del ridículo manto. Le vendaron los ojos con asqueroso trapo, y le pegaban diciendo: "Gran Profeta, adivina quién te ha dado". Jesús no despegaba sus labios; pedía por ellos interiormente, y suspiraba. Habiéndole puesto en este estado, le arrastraron con la cadena a la sala donde se había retirado el Consejo. "Adelante el Rey de paja, gritaban pegándole con palos nudosos; debe presentarse en el Consejo con las insignias de majestad que ha recibido de nosotros". Al entrar, redoblaron la befa y las alusiones sacrílegas a las cosas más santas. Cuando le escupían y le echaban lodo en la cara, decíanle: "Esta es tu unción de rey, tu unción de profeta. — ¿Cómo te atreves a presentarte en ese estado delante del Gran Consejo? Tú quieres siempre purificar a los otros, y Tú mismo no estás limpio: pero ya te purificaremos". Entonces toman un vaso lleno de agua sucia e infecta, se lo vierten sobre la cara y los hombros, haciendo alusión al acto pío de Magdalena: "Esta es tu unción preciosa, exclaman, tu agua de nardo que costó treinta dineros; tu bautismo de la piscina de Betesda".

Esta última burla indicaba, sin intención, la semejanza de Jesús con el cordero pascual, pues las víctimas de hoy habían sido lavadas primero en el estanque vecino de la puerta de las Ovejas, y después las llevaron a la piscina de Betesda, donde recibieron una aspersión ceremonial antes de ser sacrificadas en el templo. Ellos hacían sólo alusión al enfermo de treinta y ocho años curado por Jesús cerca de la piscina de Betesda, pues yo vi a este hombre lavado o bautizado en este sitio; digo lavado o bautizado, porque esta circunstancia no está bien presente en mi memoria.

Después arrastraron a Jesús alrededor de la sala, delante de los miembros del Consejo, que lo llenaban de ultrajes y de improperios. Vi que todo estaba lleno de figuras diabólicas; todo tenebroso, desordenado y horrendo. Veía con frecuencia una luz alrededor de Jesús, desde que había dicho que era Hijo de Dios. Muchos de los circunstantes parecían tener un presentimiento de ello, más o menos confuso; sentían con inquietud que todas las ignominias, todas las afrentas, no podían hacerle perder su indecible majestad. La luz que rodeaba a Jesús parecía redoblar el ciego furor de sus enemigos.

X

Negación de Pedro

Cuando Jesús respondió: "Yo lo soy"; cuando Caifás rasgó su capa y se oyó el grito: "Es digno de muerte", Pedro y Juan, que habían sufrido cruelmente con el triste espectáculo que habían tenido que presenciar en silencio e inacción, sin proferir una palabra, no tuvieron fuerzas para permanecer allí más tiempo. Juan fué a reunirse a la Madre de Jesús, que estaba con las santas mujeres en casa de Marta. Pedro amaba demasiado a Jesús para dejarlo. Apenas podía contenerse, y lloraba amargamente, esforzándose en ocultar sus lágrimas. No queriendo seguir en el tribunal, donde le hubieran descubierto, vino al vestíbulo, cerca de la lumbre, en torno de la cual los soldados y la gente del pueblo hacían discursos horribles sobre Jesús, contando las escenas por ellos presenciadas. Pedro estaba silencioso; pero su mismo silencio y tristeza infundían sospechas. La portera se acercó a la lumbre: oyendo hablar de Jesús y de sus discípulos, miró a Pedro con descaro, y le dijo: "Tú eres también discípulo del Galileo". Pedro, sorprendido, inquieto, temiendo ser maltratado por aquellos hombres groseros, respondió: "Mujer, no le conozco; no sé lo que quieres decir". Entonces se levantó, y queriendo deshacerse de semejante compañía, salió del vestíbulo: era el momento en que el gallo cantaba dentro de la ciudad. No me acuerdo de haberlo oído, pero tuve un presentimiento de ello. Al salir, otra criada le miró, y dijo a los que estaban cerca: "Este estaba también con Jesús en Nazaret"; y los más próximos a él le dijeron también: "¿No eres tú uno de sus discípulos?" Pedro, asustado, hizo nuevas protestas, y dijo: "En verdad, yo no era su discípulo; no conozco a ese hombre".

Atravesó el primer patio, y vino al del exterior. Lloraba, y su ansiedad y tristeza eran grandes al acordarse de lo que acababa de decir. Había en este patio mucha gente; algunos subían a las paredes para oír algo: había también amigos y discípulos de Jesús, a quienes la zozobra y angustia hicieron salir de las cavernas de Hinnom. Se acercaron a Pedro, e hiciéronle preguntas; pero estaba tan agitado, que les aconsejó en pocas palabras que se retirasen, porque corrían peligro. En seguida se alejó de ellos, y tornaron de nuevo a su retiro. Eran diez y seis, entre los cuales se hallaban Bartolomé, Natanael, Saturnino, Judas Barsabás, Simeón, que fué obispo de Jerusalén, Zaqueo y Manahem, el ciego de nacimiento curado por Jesús.

Pedro no podía hallar reposo, y su amor a Jesús le llevó de nuevo al patio interior que rodeaba el edificio. Le dejaron entrar, porque José de Arimatea y Nicodemo le habían introducido al principio. No entró en el vestíbulo, pero volvió a la derecha y metióse en la sala redonda, situada detrás del tribunal, en donde la canalla paseaba a Jesús con grandes voces. Pedro se acercó tímidamente; y aunque vió que lo observaban como a un hombre sospechoso, su mismo desasosiego llevóle en medio de la multitud, que se agolpaba a la puerta para mirar. Llevaban a Jesús con una corona de paja sobre la cabeza; echó sobre Pedro una mirada triste y casi severa, y Pedro quedó traspasado de dolor. Mas sin poder reprimir el miedo, y oyendo decir a algunos: "¿Quién es ese hombre?", volvió al patio. Y como seguían acechándole, se acercó a la lumbre y sentóse algún tiempo. Pero algunas personas, notada su agitación, se pusieron a hablarle de Jesús en términos injuriosos. Una de ellas le dijo: "Tú eres uno de sus partidarios; tú eres galileo; tu acento te descubre". Como Pedro procuraba retirarse, un hermano de Malco, acercándose a él, le dijo: "¿No eres tú el que yo he visto con ellos en el Huerto de los Olivos, y que cortó la oreja a mi hermano?"

Pedro, en su ansiedad, perdió casi el uso de la razón; se puso a hacer juramentos execrables, y perjuraba que no conocía a aquel Hombre, y corrió fuera del vestíbulo al patio interior. Entonces el gallo cantó segunda vez, y Jesús, conducido a la prisión por medio del patio, se volvió a mirar a Pedro con dolor y compasión. Las palabras de Jesús: "Antes que el gallo cante dos veces, me has de negar tú tres", vinieron a su memoria con una fuerza terrible. Había olvidado la promesa dada a su Maestro de morir antes que negarlo, y el aviso amenazador que le había merecido; pero cuando Jesús lo miró, sintió cuán

enorme era su culpa, y su corazón se partió. Había negado a su Maestro cuando le cubrían de ultrajes, entregado a jueces inicuos, paciente y silencioso en medio de los tormentos. Penetrado de arrepentimiento, volvió al patio exterior con la cabeza cubierta y llorando amargamente. Ya no temía que le preguntaran: ahora hubiera dicho a todo el mundo quién y cuán culpable era.

¿Quién se atreverá a decir que, en medio de tantos peligros, agitación y angustia, entregado a una lucha tan violenta entre el amor y el temor, oprimido de cansancio inaudito y de un dolor capaz de quitar el juicio, con la naturaleza ardiente y sencilla de Pedro, hubiera sido más fuerte que él? El Señor lo abandonó a sus propias fuerzas y fué débil como todos los que olvidan esta frase: "Velad y orad para no caer en tentación".

XI

María en casa de Caifás

La Virgen Santísima estaba constantemente en comunicación espiritual con Jesús; María sabe todo lo que le sucede, y sufre con Él. Estaba como Él en oración continua por sus verdugos; pero su corazón materno gritaba también a Dios, para que no dejara consumarse este crimen, porque apartara esos dolores de su Santísimo Hijo, y tenía un deseo irresistible de acercarse a Jesús. Cuando Juan llegó a casa de Lázaro, y le contó el horrible espectáculo a que había asistido, le pidió, con Magdalena y algunas de las santas mujeres, que la condujera cerca del sitio adonde Jesús agonizara. Juan, que no había dejado a su divino Maestro sino para consolar a la que estaba más cerca de su corazón después de Él, condujo a las santas mujeres por las calles alumbradas por la luna, encontrando gente ya de vuelta a sus hogares. Iban con la cabeza cubierta; pero sus sollozos atrajeron sobre ellas la atención de algunos grupos, y tuvieron que oír palabras injuriosas contra el Salvador. La Madre de Jesús contemplaba interiormente el suplicio de su Hijo, y lo conservaba en su corazón como todo lo demás; sufría en silencio como Él, y más de una vez cayó sin conocimiento. Una de las veces que estaba sin sentido en los brazos de las santas mujeres, debajo de un portal, algunas gentes bien intencionadas, que volvían de la casa de Caifás, la reconocieron, y parándose un instante, llenas de compasión sincera, la saludaron con estas palabras: "¡Oh desgraciada Madre, oh infeliz Madre, oh

Madre rica de dolores del Santo de Israel!" María volvió en sí, y dándoles las gracias cordialmente, prosiguió después su triste camino.

Conforme se acercaban a la casa de Caifás, pasaron del lado opuesto a la entrada, y encontraron un nuevo dolor, pues tuvieron que atravesar un sitio donde estaban trabajando en la cruz de Jesús, debajo de una tienda. Los enemigos de Jesús habían mandado prepararle una cruz luego que lo prendieron, a fin de ejecutar la sentencia en cuanto fuese pronunciada por Pilatos, porque querían presentarle al Salvador muy temprano. Los romanos tenían aparejadas ya las cruces de los dos ladrones. Los obreros que labraban la de Jesús, maldecían de Él, por cuanto veíanse obligados a trabajar de noche: sus palabras atravesaron el corazón de la doliente Madre, la cual pidió por aquellos ciegos, que preparaban con maldiciones el instrumento de su redención y del suplicio de su Hijo.

María, acompañada de las santas mujeres y de Juan, atravesó el patio exterior y se detuvo a la entrada del interior. María deseaba que le abrieran la puerta, porque ésta sola la separaba de su Hijo, que al segundo canto del gallo fuera conducido a un calabozo construído en el bajo de la casa. La puerta se abrió, y Pedro se precipitó afuera, extendidos los brazos, la cabeza cubierta y llorando amargamente. Conoció a Juan y a la Virgen a la luz de las hachas y de la luna: fué como si su conciencia, despierta ahora al estímulo de la mirada del Hijo, se presentara a Él en la persona de la Madre. María le dijo: "Simón, ¿qué ha sido de Jesús, mi Hijo?" Y estas palabras penetraron hasta lo íntimo de su alma. No pudo resistir, y se volvió, retorciéndose las manos; pero María se fué a él, y díjole con profunda tristeza: "Simón, hijo de Juan, ¿no me respondes?" Entonces Pedro exclamó llorando: "¡Oh Madre, no me hables! Lo han condenado a muerte, y yo lo he negado tres veces vergonzosamente". Juan se acercó para hablarle; pero Pedro, como fuera de sí, huyó del patio, y se fué a la gruta del monte de los Olivos, donde las manos de Jesús, orando, se estamparan sobre la piedra. Yo creo que en esta misma caverna lloró nuestro padre Adán al verse sobre la tierra abrumado de la maldición divina.

La Virgen Santísima tenía el corazón partido con este nuevo dolor de su Hijo, negado por el discípulo que lo había reconocido el primero como Hijo de Dios vivo; cayó cerca de la puerta sobre la piedra en que se apoyaba, y en ésta quedó impresa la señal de su mano o de su pie. Las puertas del patio se quedaron abiertas a causa de la multitud que se retiraba después de

la prisión de Jesús; y cuando la Virgen volvió en sí, deseó acercarse a su Hijo. Juan la condujo delante del sitio donde el Señor yacía encerrado. María estaba en espíritu con Jesús, y Jesús estaba con María; pero esta tierna Madre quería oír los suspiros de su Hijo: María los oyó con las injurias de los que le rodeaban. Las santas mujeres no podían estar allí mucho tiempo sin ser vistas: Magdalena, en su violenta desesperación, mostrábase sin rebozo; y aunque la Virgen, en lo más profundo de su dolor, conservaba una dignidad y decoro extraordinarios, tuvo que oír estas crueles palabras: "¿No es la Madre del Galileo? Su Hijo será ciertamente crucificado; pero no antes de la fiesta, a no ser que sea el mayor de los criminales". Entonces se fué hasta la lumbre que estaba en el vestíbulo, donde había aún algunos del populacho; al sitio en que Jesús había dicho que era el Hijo de Dios, y donde los hijos de Satanás habían gritado: "¡Es digno de muerte!" y allí perdió el conocimiento, y Juan y las santas mujeres se la llevaron más muerta que viva. La gente no dijo nada, y guardó extraño silencio: parecía que un espíritu celestial había atravesado el infierno.

Volvieron a pasar por el sitio en que se preparaba la cruz. Los obreros no podían acabarla, como tampoco los jueces concordar en la sentencia. Sin cesar tenían que traer otra madera, porque tal o cual pieza era inservible o se rompía, hasta que las distintas maderas fuesen combinadas a voluntad de Dios. Vi que los ángeles los obligaban a empezar de nuevo, hasta que la Cruz fuese hecha por modo providencial; pero no recuerdo bien claro esta visión.

XII

Jesús en la cárcel

Jesús estaba encerrado en un pequeño calabozo de bóveda, del cual se conserva todavía una parte. Dos de los cuatro alguaciles se quedaron con Él, pero pronto los relevaron otros. No le habían devuelto aún sus vestidos; sólo estaba cubierto con la capa irrisoria que le habían puesto. Habíanle atado de nuevo las manos.

Cuando el Salvador entró en la cárcel, pidió a su Padre celestial que aceptara todos los martirios que sufriera y que tenía que sufrir como sacrificio expiatorio por sus verdugos y por todos los hombres que, sufriendo iguales padecimientos, se dejaran llevar de la impaciencia y la cólera. Los verdugos no

le dieron un solo instante de reposo. Lo ataron en medio del calabozo a un pilar, y no le permitieron que se apoyara; de modo que apenas podía tenerse sobre sus pies cansados, heridos e hinchados. No cesaron de insultarlo y de atormentarlo, y cuando los dos de guardia estaban cansados, los relevaban otros, que inventaban nuevas crueldades.

No puedo contar lo que esos verdugos hicieron sufrir al Santo de los Santos: estoy muy mala, y estaba casi muerta a vista de tanta saña. ¡Ah! ¡cuán vergonzoso es para nosotros que nuestra flaqueza no pueda decir u oír sin disgusto y sin repugnancia la historia de los innumerables ultrajes que el Redentor ha padecido por nuestra salvación! Nos sentimos penetrados de un horror igual al de un asesino obligado a poner su mano sobre las heridas de su víctima. Jesús lo sufrió todo sin abrir su boca; ¡y eran los hombres, los pecadores, los que ejercían sus iras sobre su Hermano, su Redentor y su Dios! Yo soy también una pobre pecadora, y también soy la causa de todo esto. El día del juicio, cuando todo se manifieste, veremos la parte que hemos tomado en el suplicio del Hijo de Dios por los pecados que no cesamos de cometer, y que son un consentimiento y una complicidad en los malos tratamientos que esos miserables dieron a Jesús. ¡Ah! si reflexionáramos, repetiríamos más seriamente estas palabras que se hallan en algunos libros de oraciones: "Señor, haz que muera antes que te ofenda con un solo pecado".

Jesús en su prisión pedía sin cesar por sus verdugos; y como al fin le dejaron un instante de reposo, lo vi apoyado sobre el pilar, y todo circundado de luz. El día comenzaba a venir, el día de su Pasión, el día de nuestra redención; y un rayo de luz caía trémulo por el respiradero del calabozo sobre nuestro Cordero pascual, cubierto de heridas. Jesús eleva sus manos atadas hacia la luz que brilla, y da gracias a su Padre en alta voz de la manera más tierna, por el don de ese día que los Patriarcas tanto habían anhelado, por el cual Él mismo había suspirado con tanto ardor desde su llegada a la tierra, en que dijo a sus discípulos: "Debo ser bautizado con otro bautismo, y estoy en impaciencia hasta que se cumpla". He orado con Él, pero no puedo referir su oración; tal era lo abatida y lo mala que estaba. Cuando Él daba gracias por aquel terrible dolor que sufría también por mí, no podía hacer más que decir sin cesar: "¡Ah! dame, dame esos tus dolores; ellos me pertenecen: son el precio de mis pecados". Jesús saludaba al día con una acción de gracias tan tierna, que yo estaba como abatida de amor y

de compasión, y repetía cada una de sus palabras como un niño. Era un espectáculo que rompía el corazón verlo acoger así el primer rayo de luz del gran día de su sacrificio. Parecía que ese rayo llegaba hasta Él como un juez que viene a visitar a un condenado en la cárcel, para reconciliarse con él antes de la ejecución. Los alguaciles, que parecían haberse dormido un instante, se despertaron, miráronle con sorpresa, mas no le interrumpieron. Estaban admirados y asustados. Jesús estuvo poco más de una hora en esta prisión.

Mientras Jesús continúa en el calabozo, Judas, que anduviera errante como un desesperado en el valle de Hinnom, se acerca al tribunal de Caifás. Guarda todavía colgadas a su cintura las treinta monedas, precio de su traición. Todo yace en el mayor silencio, y pregunta a los guardias de la casa, sin darse a conocer, qué ha sido del Galileo. Ellos le dijeron: "Fué condenado a muerte, y será crucificado". Oyó a otras personas hablar entre sí de las crueldades ejercidas contra Jesús, de su paciencia, del juicio solemne que debía pronunciarse al amanecer delante del gran Consejo. Mientras él recogía estas noticias, amaneció, y comenzaron a hacer diversos preparativos en el tribunal. Judas se retiró detrás del edificio para no ser visto, pues huía de los hombres como Caín, y la desesperación entraba cada vez más en su alma. Pero el sitio adonde se había refugiado era el mismo donde labraran la cruz; las diversas piezas de que se componía estaban puestas en orden, y los obreros dormían junto a ellas. Judas se sobresaltó, y huyó: había visto el instrumento del suplicio, al cual vendiera al Señor. Fué y escondióse en los alrededores, esperando la conclusión del juicio de la mañana.

XIII
Juicio de la mañana

Al amanecer, Caifás, Anás, los ancianos y los escribas se juntaron de nuevo en la vasta sala del tribunal, para pronunciar un juicio en forma, pues no era según ley que juzgaran por la noche: podía haber sólo una instrucción preparatoria a causa de la urgencia. La mayor parte de los miembros habían pasado el resto de la noche en casa de Caifás, adonde les habían preparado camas. Muchos, como Nicodemo y José de Arimatea, vinieron al amanecer. La asamblea era numerosa, y había en todos sus movimientos mucha precipitación. Como querían condenar a Jesús a muerte, Nicodemo, José y algunos otros se opu-

sieron a sus enemigos, pidiendo que se difiriera el juicio hasta después de la fiesta, por miedo de que sobreviniese algún tumulto con esta ocasión; añadieron que no se podía fundar un juicio sobre las acusaciones presentadas ante el tribunal, porque todos los testigos se contradecían. Los príncipes de los sacerdotes y sus adeptos se irritaron y dieron a entender claramente a sus opositores que, siendo ellos mismos sospechosos de ser favorables a las doctrinas del Galileo, les disgustaba este juicio, porque los comprendía también. Hasta quisieron excluir del Consejo a todos los que eran favorables a Jesús: estos últimos, declarando que no tomarían ninguna parte en todo lo que pudieran decidir, salieron de la sala y se retiraron al templo. Desde aquel día no volvieron a entrar en el Consejo. Caifás ordenó que trajeran a Jesús delante de los jueces, y que se preparasen a conducirlo a Pilatos inmediatamente después del juicio. Los alguaciles dirígense en tumulto a la cárcel, desatan las manos a Jesús, le arrancan la capa vieja con que le habían cubierto, oblíganle a ponerse su túnica, toda cubierta de las suciedades que le habían echado, cíñenle cordeles a la cintura y le arrastran fuera del calabozo. Todo esto se hizo precipitadamente y con feroz brutalidad. Jesús fué conducido entre soldados. Ya juntos delante de la casa, y cuando apareció a sus ojos, semejante a una víctima que llevan al sacrificio, horriblemente desfigurado por tantos atropellos, vestido sólo con su túnica manchada, el asco les inspiró nuevas crueldades; pues no había rastro de compasión en el pecho de bronce de aquellos judíos.

Caifás, iracundo contra Jesús, que se presentaba delante de él en estado tan deplorable, le dijo: "Si Tú eres el ungido por Dios; si eres el Mesías, dínoslo". Jesús levantó la cabeza, y dijo con santa paciencia y grave solemnidad: "Si os lo digo, no me creeréis; y si os interrogo, no me responderéis, ni me dejaréis ir libre; pero desde ahora el Hijo del hombre estará sentado a la derecha del poder de Dios". Se miraron entre ellos, y dijeron a Jesús: "¿Tú eres, pues, el Hijo de Dios?" Jesús, con la voz de la verdad eterna respondió: "Vosotros lo decís; Yo lo soy". Al oír esto, gritaron todos: "¿Para qué queremos más pruebas? Hemos oído la blasfemia de su propia boca".

Al mismo tiempo prodigaban a Jesús palabras de desprecio. "¡Ese miserable, decían, ese vagabundo, ese mendigo de la ínfima plebe quiere ser su Mesías y sentarse a la derecha de Dios!" Le mandaron atar de nuevo y poner una cadena al cuello, como lo hacían con los condenados a muerte, para conducirlo a Pilatos. Habían enviado ya un mensajero a éste para

avisarle que estuviera pronto a juzgar un criminal; porque urgía a causa de la fiesta. Hablaban entre sí indignados de la precisión que tenían de acudir al gobernador romano para que ratificase la condena; porque en las materias que no concernían a sus leyes religiosas y las del templo, no podían ejecutar la sentencia de muerte sin su participación. El designio era hacerlo pasar por un enemigo del Emperador, y en este concepto principalmente el fallo correspondía a la jurisdicción de Pilatos. Los soldados estaban ya formados delante de la casa; había también muchos enemigos de Jesús y mucho populacho. Los príncipes de los sacerdotes y una parte del Consejo iban delante; detrás el Salvador, rodeado de soldados; el pueblo cerraba la marcha. En este orden bajaron de Sión a la parte inferior de la ciudad, y se dirigieron al palacio de Pilatos. Una parte de los sacerdotes que habían asistido al Consejo se fueron al templo a ocuparse en las ceremonias del día.

XIV
Desesperación de Judas

Mientras conducían a Jesús a casa de Pilatos, el traidor Judas oyó lo que se decía en el pueblo, y entendió palabras semejantes a éstas: "Lo conducen a Pilatos; el gran Consejo ha condenado al Galileo a muerte; debe ser crucificado; no le dejarán vivo; ya le han maltratado de un modo terrible; tiene una paciencia excesiva; no responde nada; ha dicho sólo que era el Mesías, y que estaría sentado a la derecha de Dios; por eso le crucificarán; si no hubiera dicho eso, no habrían podido condenarle a muerte; el pícaro que le ha vendido era su discípulo, y poco antes había comido con Él el cordero pascual; yo no quisiera haber tomado parte en esa acción; sea el Galileo lo que fuere, al menos no ha llevado a la muerte a un amigo suyo por el dinero: ¡verdaderamente ese miserable merecía ser crucificado!" Entonces la angustia, el arrepentimiento y la desesperación luchaban en el alma de Judas. Echó a huír. El peso de las treinta monedas, colgadas a su cintura, era para él como una espuela del infierno: tomó la bolsa con la mano, a fin de que no le impidiese correr. Corría con toda su fuerza; no detrás de Jesús para echarse a sus pies y pedir perdón al Redentor misericordioso; no para morir con Él; no para confesar, lleno de arrepentimiento, su crimen delante de Dios, sino para expiar lejos de Él, en presencia de los hombres, su crimen y el precio

de su traición. Corrió como un insensato hasta el templo, donde muchos miembros del Consejo se habían reunido después del juicio de Jesús. Se miraron atónitos; y con risa de soberano desprecio lanzaron una mirada altiva sobre Judas, que, fuera de sí, arrancó de su cintura las treinta monedas, y presentándoselas con la mano derecha, dijo con voz desesperada: "Tomad vuestro dinero, por el cual me habéis hecho vender al Justo; tomad vuestro dinero, y dejad a Jesús; rompo nuestro pacto; he pecado entregando la sangre del Inocente". Los sacerdotes le desprecian, apartan sus manos del dinero que les presenta, para no manchárselas tocando la recompensa del traidor, y exclaman: "¡Qué nos importa que hayas pecado! Si crees haber vendido la sangre inocente, es negocio tuyo: nosotros sabemos lo que hemos comprado, y lo hallamos digno de muerte. Ten allá tu dinero: no queremos oír hablar de él". Dijéronle eso en el tono de una persona que quiere librarse de un importuno, y se alejaron de él. Estas palabras pusieron en Judas el colmo a la rabia y la desesperación, y estaba como fuera de sí; los cabellos se erizaban sobre su frente; rasgó el cinturón que apresaba las monedas, tirólas en el templo y huyó fuera del pueblo.

Lo vi correr de nuevo como un insensato por el valle de Hinnom: Satanás, en forma horrible, estaba a su lado, y le decía al oído, para hundirle en la desesperación, todas las maldiciones de los Profetas sobre este valle, donde los judíos habían sacrificado sus hijos a los ídolos. Parecía que todas sus palabras lo designaban, como por ejemplo: "Saldrán y verán los cadáveres de los que han pecado contra mí, cuyos gusanos no morirán, cuyo fuego no se apagará". Después repetía a sus oídos: "Caín, ¿dónde está tu hermano Abel? ¿qué has hecho? Su sangre me grita; eres maldito sobre la tierra; estás errante y fugitivo". Cuando llegó al torrente Cedrón, y vió el monte de los Olivos, empezó a temblar; volvió los ojos, y oyó de nuevo estas palabras: "Amigo, ¿qué vienes a hacer? ¡Judas, tú entregas al Hijo del hombre con un beso!" Penetrado de horror hasta el fondo de su alma, su razón comenzó a perderse, y el enemigo le dijo al oído: "Por aquí pasó David huyendo de Absalón: Absalón murió colgado de un árbol; David ha hablado de ti cuando ha dicho: "Me han devuelto el mal por el bien, el odio por el amor.
" Que Satanás esté siempre a su derecha; cuando lo juzguen,
" que sea condenado; que sus días sean abreviados, y que otro
" reciba su episcopado; el Señor se acordará de la iniquidad de
" sus padres, y el pecado de su madre no será borrado; porque
" ha perseguido al pobre sin misericordia, y ha entregado a la

"muerte al afligido. Ha querido la maldición: ella caerá sobre "él: se ha cubierto de la maldición como de un vestido: ha "penetrado como el agua en sus entrañas, como el aceite en sus "huesos: ella le rodea como un vestido o como un cinturón de "que está ceñido". Judas, entregado a esos horribles pensamientos, llegó al pie de la montaña de los Escándalos, a un lugar pantanoso, lleno de escombros y de inmundicias. El rumor de la ciudad llegaba de cuando en cuando a sus oídos con más fuerza, y Satanás le decía: "Ahora le llevan a la muerte; tú le has vendido. ¿Sabes tú lo que dice la ley? El que vendiere un alma entre sus hermanos los hijos de Israel, y reciba el precio, debe ser castigado de muerte. ¡Acaba contigo, miserable, acaba!" Entonces Judas, desesperado, tomó su cinturón y se colgó de un árbol que crecía en un hondo y que tenía sendos nudos: cuando se hubo ahorcado, su cuerpo reventó, y sus entrañas se esparcieron por el suelo.

XV

Jesús conducido a presencia de Pilatos

Condujeron al Salvador a Pilatos por en medio de la parte más frecuentada de la ciudad. Bajaron la montaña de Sión por el lado del Norte, atravesaron una calle estrecha, situada en lo bajo, y se dirigieron por el valle de Ancra, a lo largo de la parte occidental del templo, hacia el palacio y el tribunal de Pilatos, que estaba al Nordeste del templo, enfrente de una gran plaza. Caifás, Anás y muchos miembros del soberano Consejo iban delante con sus vestidos de fiesta: le seguían numerosos escribas y judíos, entre ellos todos los falsos testigos y los perversos fariseos que habían tomado suma parte en la acusación de Jesús. A poca distancia venía el Salvador, rodeado de soldados y de los seis agentes que asistieran a su arresto, y conducido por los alguaciles. El pueblo afluía de todas partes, y se juntaba a ellos con gritos e imprecaciones; los grupos se atropellaban en el camino.

Jesús estaba sólo cubierto con su vestido interior, todo lleno de manchas y suciedad; su larga cadena, rodeada al cuello, heríale en las rodillas cuando andaba; atadas sus manos como la víspera, y llevándole los alguaciles con cuerdas que anudaran a la cintura. Iba desfigurado por la fatiga y ultrajes de la noche, pálido, la cara ensangrentada, y ni aún por eso tuvieron punto de tregua las ignominias y bárbaras tropelías. Habían reunido

mucha gente, parodiando su entrada del Domingo de Ramos. Lo llamaban *Rey*, por burla; a su paso echaban piedras, palos y trapos harapientos como escarneciendo de mil maneras su entrada triunfal.

No lejos del palacio de Caifás esperaba la Madre de Jesús, arrimada al ángulo de una casa, con Juan y Magdalena. Su alma estaba siempre con Jesús; sin embargo, cuando podía acercarse a Él corporalmente, el amor no la dejaba reposo, y la arrastraba tras los pasos de Jesús. Después de su visita nocturna al tribunal de Caifás, había estado algún tiempo en el Cenáculo, sumergida en silencioso dolor; después que Jesús fué sacado de su prisión para ser presentado de nuevo a los jueces, se levantó, se puso su velo y manto y saliendo la primera, dijo a Magdalena y a Juan: "Sigamos a mi Hijo a casa de Pilatos: lo quiero ver con mis propios ojos". Fuéronse a un sitio por donde debía pasar, y esperaron. La Madre de Jesús harto sabía cuánto sufriera su Hijo; pero su vista interior no alcanzaba a verle tan desfigurado y tan golpeado como lo estaba en efecto por la crueldad de los hombres, porque sus dolores aparecían dulcificados por un rayo de santidad, de paciencia y de amor; mas ¡ay! la tremenda realidad se presentó a sus ojos. Primero iban los orgullosos enemigos de Jesús, los sacerdotes del verdadero Dios, revestidos de sus trajes de fiesta, con sus proyectos deicidas y su alma llena de malicia y de mentira. ¡Terrible espectáculo! Los sacerdotes de Dios habíanse vuelto sacerdotes de Satanás. En seguida venían los testigos falsos, los acusadores sin fe, el pueblo con sus clamores y alaridos; al fin, Jesús, el Hijo del hombre, el Hijo de María, el Hijo de Dios, atado, abofeteado, empujado, herido, arrastrado, cubierto por ola inmensa, interminable, de injurias y de maldiciones. ¡Ah! si no hubiera sido el más lastimoso, el más abandonado, el que oraba solo y amaba en esta tempestad del infierno desencadenado, su Madre no lo hubiera jamás conocido en tal estado. Cuando se acercó exclamó sollozando: "¡Ah! ¿es este mi Hijo? ¡Ah! es mi Hijo. ¡Oh Jesús, Jesús mío!" Al pasar delante de ellos, Jesús la miró con ternura, y Ella cayó anonadada; Juan y Magdalena se la llevaron. Pero apenas volvió en sí, se hizo conducir por Juan al palacio de Pilatos.

Jesús debía probar en el tránsito cómo los amigos nos abandonan en la desgracia; pues los habitantes de Ofel estaban juntos a la orilla del camino, y cuando le vieron en aquel estado de abatimiento, su fe decayó, no pudiendo representarse así al Rey, al Profeta, al Mesías, al Hijo de Dios. Los fariseos se burlaban de ellos a causa de su amor a Jesús, y les decían: "Ved a vuestro

Rey; saludadle. ¿No le decís nada ahora que va a su coronación, antes de subir al trono? Sus milagros se han acabado; el Sumo Sacerdote ha puesto fin a sus sortilegios"; y otros discursos de este jaez. Aquellas pobres gentes, que habían recibido tantas gracias y tantos beneficios de Jesús, desmayaron ante el terrible espectáculo que les daban las personas más reverenciadas del país, los príncipes, los sacerdotes y el Sanedrín. Los mejores se retiraron dudando; los peores se juntaron al pueblo en cuanto les fué posible, pues los fariseos habían puesto guardias para mantener el orden.

XVI
Palacio de Pilatos y sus alrededores

Al pie del ángulo Noroeste de la montaña del templo se halla situado el palacio del gobernador romano Pilatos. Está bastante elevado, pues se sube a él por muchos escalones de mármol, y domina una plaza espaciosa, rodeada de galerías ocupadas por mercaderes; un cuerpo de guardia y cuatro entradas al Poniente, al Levante, al Norte y al Mediodía, interrumpen la plaza, que se llama el Forum. Esta plaza está a más altura que las calles que salen de ella; el palacio de Pilatos se ostenta separado de la misma por un patio espacioso. Tiene este patio por puerta al Oriente un claustro que da sobre una calle que conduce a la puerta de las Ovejas y al Huerto de los Olivos; al Poniente tiene otro claustro, por donde se va a Sión por el barrio de Ancra. Desde la escalera de Pilatos se ve por encima del patio el Forum, a cuya entrada hay columnas y bancos de piedra vueltos al palacio. Los sacerdotes judíos no pasaron de estos bancos para no contaminarse entrando en el tribunal de Pilatos. Cerca de la puerta occidental del patio está construído un cuerpo de guardia, que se junta al Norte con la plaza, al Mediodía con el pretorio de Pilatos, formando una especie de vestíbulo entre la Plaza y el Pretorio. Se llamaba *Pretorio* la parte del palacio donde Pilatos celebraba los juicios. El cuerpo de guardia estaba rodeado de columnas; en el centro había un espacio a cielo descubierto, y debajo mazmorras donde yacían los dos célebres ladrones. Había muchos soldados romanos. No lejos de ese cuerpo de guardia, cerca de las galerías que lo rodeaban, erguíase sobre la plaza misma la columna en que Jesús fué atado; hay otras diversas en el recinto de la plaza; las que están más cerca sirven para imponer castigos corporales, y las que están más

lejos, para atar a los animales sacados a la venta. Enfrente del cuerpo de guardia, sobre la plaza, vese una elevación con algunos bancos de piedra; es como un tribunal. Desde ese sitio, llamado *Gabbata,* Pilatos pronuncia sus fallos solemnes. La escalera de mármol que sube al palacio conduce a una azotea descubierta, desde la cual Pilatos habla a los acusadores sentados en los bancos de piedra a la entrada de la plaza. Pueden conversar hablando alto y distintamente.

Detrás del palacio de Pilatos hay otras azoteas más altas, con jardines, y una casa de recreo. Estos jardines unen el palacio del gobernador con la habitación de su mujer, que se llama Claudia Procla. Detrás de estas habitaciones está un foso que las separa de la montaña del templo. Al lado de la parte oriental del palacio de Pilatos figura el tribunal del viejo Herodes, en donde los Santos Inocentes fueron degollados en un patio interior. Ha habido algún cambio en las distribuciones; la entrada está puesta de otro modo. Por aquel lado de la ciudad hay cuatro calles: tres conducen al palacio de Pilatos y a la plaza, y la cuarta pasa al Norte de la plaza y conduce a la puerta por la cual se va a Bethsur. Cerca de esta puerta está la hermosa casa que posee Lázaro en Jerusalén, adonde Marta tiene también una habitación. La calle que está más cerca del templo de esas cuatro, es la que viene de la puerta de las Ovejas, cerca de la cual se halla, entrando a la derecha, la piscina de las Ovejas. Esta piscina está apoyada en la muralla, y rodéanla algunas habitaciones. En ella se lavan primero los corderos antes de conducirlos al templo; se lavan segunda vez solemnemente en la piscina de Betesda, al Mediodía del templo. En la segunda calle está una casa que perteneció a Santa Ana, madre de María, donde habitaban ella y su familia, y preparaban las víctimas cuando venían a Jerusalén para las fiestas. En esta misma casa, si no me equivoco, se celebró el casamiento de José y de María.

La plaza, como he dicho, está más elevada que las calles, y en éstas hay conductos de agua que van a la piscina de las Ovejas. Otra plaza igual existe sobre el monte de Sión, delante del antiguo castillo de David. El Cenáculo está cerca al Sudoeste, y al Norte los tribunales de Anás y de Caifás. El castillo de David es una fortaleza abandonada, con patios, salas y cuadras vacías, que se alquilan a las caravanas para poder acogerse. Este edificio está desierto hace mucho tiempo; lo vi en ese estado antes del nacimiento de Jesucristo. Los tres Reyes Magos, con sus numerosas caballerías, se hospedaron en este castillo al entrar en la ciudad.

Cuando veo en tiempos antiguos palacios y templos destinados a usos tan viles, me acuerdo siempre de lo que acontece también en los nuestros, en que tantas obras magníficas de la piedad y de la fe de otra época, tantas iglesias y tantos conventos yacen destruídos y arruinados, utilizándolos para usos mundanos, si no criminales. La iglesia pequeña de mi convento, que era para mí el cielo sobre la tierra, y donde el Salvador en el Santísimo Sacramento se complacía en habitar con nosotros, míseros pecadores, está ahora sin techo y sin ventanas. Han quitado todas las urnas sepulcrales que en ella había. Nuestro pobre claustro, en que era yo más feliz con mi silla rota en la celda que el Rey sobre su trono, pues veía la parte de la iglesia en que estaba el Santísimo, ¿adónde irá a parar dentro de algún tiempo? Pronto se desconocerá el sitio en que personas consagradas a Dios rezaron durante muchos años por el mundo entero y por las pobres almas abandonadas. Pero Dios lo sabrá, que no cabe en Él olvido, por cuanto lo pasado y lo futuro están presentes a su mente; y así como en espíritu veo todo lo que antes fuera, tanto el bien hecho en sitios hoy olvidados, como el mal cometido en sitios que hoy se profanan, estarán siempre vivos en el día de la cuenta en que todo se pagará rigurosamente. Delante de Dios no hay distinción de sitios ni de personas; cuida hasta de la viña de Nabot. He oído decir que nuestro convento se fundó por dos pobres religiosas, con un cántaro de aceite y un saco de habas. Todos los intereses, producto de ese capital, figurarán en el día del juicio. Suele decirse con frecuencia que el alma incurre en pena por dos monedas injustamente adquiridas y no restituídas: Dios conceda el reposo eterno a aquéllos que nunca usurparon los bienes de los pobres y de la Iglesia.

XVII
Jesús delante de Pilatos

Eran poco más o menos las seis de la mañana, según nuestro modo de contar, cuando la tropa que conducía a Jesús llegó delante del palacio de Pilatos. Anás, Caifás y los miembros del Consejo se pararon en los bancos que estaban entre la plaza y la entrada del tribunal. Jesús fué arrastrado hasta la escalera de Pilatos. Hallábase éste sobre la azotea avanzada, recostado sobre una especie de canapé, y delante tenía una mesa de tres pies. Rodeábanle oficiales y soldados y cerca se ostentaban en alto las insignias del poder romano. Cuando vió llegar a Jesús

en medio de un tumulto tan grande, se levantó y habló a los judíos en tono de desprecio, como pudiera hacerlo un orgulloso general a diputados de una pobre ciudad. "¿Qué venís a hacer tan temprano? ¿Tan pronto comenzáis a desollar vuestras víctimas?" Los de la turba gritaron a los verdugos: "¡Adelante, conducidlo al tribunal!" y después respondieron a Pilatos: "Escuchad nuestras acusaciones contra ese pícaro: no podemos entrar en el tribunal so pena de caer en impureza". Proferidas estas palabras en alta voz, un hombre de grande estatura y de aspecto venerable gritó en medio del pueblo que se agrupaba detrás en la plaza: "No, no debéis entrar en el tribunal, pues está santificado con sangre inocente; Él solo puede entrar; sólo Él entre los judíos está puro, como los inocentes que fueron degollados allí". Y hablado que hubo así con mucha energía, se perdió entre la multitud. Llamábase Sadoc. Era hombre rico, primo de Obed y marido de Serafia, llamada después Verónica; dos hijos suyos fueron del número de los santos inocentes degollados por orden de Herodes en el patio del tribunal. Desde aquel día había renunciado al mundo, y su mujer y él habían vivido en la continencia, según lo practicaban los esenios. Había visto y oído a Jesús una vez en casa de Lázaro. Cuando le vió arrastrar tan miserablemente al pie de la escalera de Pilatos, el vivo recuerdo de sus hijos sacrificados se despertó en su corazón, y dió ese testimonio manifiesto de la inocencia del Salvador. Pero los acusadores de Jesús tan irritados estaban de ver su entereza, y tanto les humillaba la actitud que tenían que guardar en su presencia, que apenas si se fijaron en las palabras de Sadoc.

Los alguaciles hicieron subir a Jesús los escalones de mármol, y lleváronle así detrás de la azotea desde donde Pilatos hablaba a los sacerdotes judíos. Pilatos había oído hablar mucho de Jesús. Al verle tan horriblemente desfigurado por tales tropelías, y conservando siempre en el aspecto su tan admirable expresión de dignidad, el desprecio de Pilatos hacia los príncipes de los sacerdotes subió de punto; les dió a entender que no estaba dispuesto a condenar a Jesús sin pruebas, y les dije en tono imperioso: "¿De qué acusáis a este hombre?" Ellos le respondieron: "Si no fuera un malhechor, no te lo hubiéramos presentado". "Lleváoslo, repuso Pilatos, y juzgadlo según vuestra ley". Los judíos replicaron: "Bien sabes que nuestros derechos son muy limitados en materia de pena capital". Los enemigos de Jesús ardían en odio e impaciencia, y a todo trance ansiaban acabar con Jesús antes del tiempo legal de la fiesta,

para poder sacrificar el cordero pascual. No advierten que el verdadero Cordero pascual era el que habían conducido al tribunal del juez idólatra donde temían contaminarse.

Cuando el gobernador romano les mandó que presentasen sus acusaciones, lo hicieron de tres principales, apoyada cada una por diez testigos, y se esforzaron, sobre todo, en hacer ver a Pilatos que Jesús había violado los derechos del Emperador. Le acusaron primero de ser un seductor del pueblo, que perturbaba la paz pública y excitaba a la sedición, y de ella exhibieron testimonios. Luego, que tenía grandes reuniones de hombres; que violaba el sábado, y que curaba en él. Aquí Pilatos los interrumpió en son de burla: "Vosotros no estáis enfermos sin duda, porque si no no estaríais tan encolerizados contra esas curas". Añadieron que seducía al pueblo con horribles doctrinas, diciéndole que debían comer su carne y beber su sangre para alcanzar la vida eterna. Pilatos miró a sus oficiales sonriéndose, y dirigió a los judíos estas palabras: "Parece que vosotros seguís también su doctrina en lo de alcanzar la vida eterna, cuando queréis ahora poco menos que comer su carne y beber su sangre".

La segunda acusación era que Jesús excitaba al pueblo a no pagar tributo al Emperador. Aquí Pilatos, lleno de cólera, los interrumpió con la certeza propia de un hombre encargado especialmente de esto; y les dijo: "Es un grandísimo embuste; yo debo saber eso mejor que vosotros". Entonces los judíos pasaron a la tercera acusación. "Este hombre oscuro, de bajo origen, se ha hecho un gran partido, y ha predicho la ruina de Jerusalén; esparce por el pueblo parábolas ambiguas sobre un Rey que prepara las bodas de su hijo. Un día, la multitud, que convocó sobre una montaña, quiso hacerle rey; pero pensando que era demasiado pronto, se escondió. Ahora obra más a las claras: ha hecho su entrada triunfal en Jerusalén, al grito de: "*¡Hosanna* al Hijo de David! ¡Bendito sea el reino de nuestro padre David que llega!" Con esto, usurpa los honores reales, pues enseña que es el Cristo, el ungido del Señor, el Mesías, el Rey prometido a los judíos, y se hace llamar así". Todo lo cual fué también apoyado por diez testigos.

Cuando dijeron que Jesús se hacía llamar el Cristo, el Rey de los judíos, Pilatos pareció pensativo. Fué desde la azotea a la sala del tribunal que estaba al lado; echó, de paso, una mirada atenta sobre Jesús, y mandó a los guardias que se lo condujeran a la sala. Era Pilatos un pagano supersticioso, de espíritu ligero, y voluble en sus ideas. Había oído hablar de los

hijos de sus dioses, que habían vivido sobre la tierra: tampoco ignoraba que los profetas de los judíos les habían anunciado, ya de muy antiguo, un ungido del Señor, un Rey libertador y Redentor, y que muchos judíos lo esperaban. También sabía que del Oriente vinieron unos reyes a ver al viejo Herodes, para rendir homenaje a cierto Rey recién nacido que decían serlo de los judíos, y que Herodes en esta ocasión había mandado degollar gran número de niños. Sabedor de estas tradiciones sobre un Mesías, un Rey de los judíos, no les daba, como buen pagano, crédito, sin embargo; y a haber querido formarse una idea sobre ellas, se hubiera figurado un Rey victorioso y poderoso, como lo hacían los judíos instruídos de su tiempo y los herodianos. Por eso le pareció tan ridículo que acusaran a aquel hombre que se le presentaba en tal estado de abatimiento, fingiéndose aquel Mesías y soñado Rey. Pero como los enemigos de Jesús presentaran esto como una usurpación de los derechos del Emperador, mandó traer a Jesús a su presencia para interrogarle.

Miróle Pilatos con admiración, y le dijo: "¿Así que eres Tú el Rey de los judíos?"; y Jesús respondió: "¿Lo dices tú por ti mismo, o porque otros lo han dicho de Mí?" Pilatos, sentido de que Jesús pudiera creerle tan extravagante de que por sí le dirigiese pregunta tan rara, le dijo: "¿Soy yo acaso un judío que me ocupe en semejantes necedades? Tu pueblo y sus sacerdotes te traen a mis manos, porque has merecido la muerte. Dime lo que has hecho". Jesús repuso con majestad: "Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuese de este mundo, Yo tendría servidores que combatirían por Mí, para no dejarme caer en manos de los judíos; pero mi reino no es de este mundo". Pilatos se sintió perturbado con estas graves palabras, y le dijo en tono más serio: "¿Tú eres Rey?" Jesús respondió: "Como tú lo dices: Yo soy Rey. He nacido y venido a este mundo para dar testimonio de la verdad. El que es de la verdad, escucha mi voz". Pilatos lo miró, y dijo, levantándose: "¡La verdad! ¿Qué es la verdad?" Hubo otras palabras, de que no me acuerdo bien.

Pilatos volvió a la azotea: no podía comprender a Jesús, pero vió que no era un Rey que pudiera dañar al Emperador, pues no quería ningún reino de este mundo. Y al Emperador le preocupaban poco los reinos del otro mundo. Y así gritó a los príncipes de los sacerdotes desde lo alto de la azotea: "No hallo ningún crimen en este hombre". Los enemigos de Jesús se irritaron, y de todas partes salió un torrente de acusaciones contra Él. Pero el Salvador estaba silencioso, y oraba por los

míseros hombres: y cuando Pilatos se volvió a Él, diciéndole: "¿No respondes nada a esas acusaciones?", Jesús no dijo una palabra. De modo que Pilatos, sorprendido, hubo de decirle: "Veo claro que no dicen más que mentiras contra Ti". Los acusadores continuaron vociferando miles de culpas, y dijeron: "¡Cómo! ¿No halláis crimen en Él? ¿Acaso no lo es sublevar al pueblo y extender su doctrina en todo el país, desde Galilea hasta aquí?"

Al oír la palabra *Galilea,* Pilatos reflexionó un instante, y preguntó: "¿Este Hombre es galileo y súbdito de Herodes?" "Sí, responden ellos: sus padres han vivido en Nazaret, y su residencia actual es Cafarnaúm". "Si es súbdito de Herodes, replicó Pilatos, conducidle a su presencia: ha venido aquí para la fiesta, y puede juzgarle". Entonces mandó salir a Jesús fuera del tribunal, y envió un oficial a Herodes avisándole que iban a presentarle a Jesús de Nazaret, súbdito suyo. Pilatos estaba satisfecho con rehuír así la obligación de juzgar a Jesús, pues era negocio desagradable para él. Deseaba también hacer una fineza a Herodes, con quien estaba reñido y el cual quería ver a Jesús.

Los enemigos del Salvador, furiosos de ver que Pilatos los arrojaba de sí en presencia de todo el pueblo, extremaron su rencor contra Jesús. Atáronle de nuevo, y arrastrado y lleno de insultos y de golpes, en medio de la multitud que cubría la plaza, fué conducido hasta el palacio de Herodes, que no estaba muy distante. Algunos soldados romanos se habían agregado a la escolta.

Claudia Procla, mujer de Pilatos, le mandó a decir que deseaba muchísimo hablarle; mientras se llevaban a Jesús a casa de Herodes, subió secretamente a una galería desde donde pudo presenciar aquella tragedia con harta agitación y angustia.

XVIII

Origen del Vía Crucis

A todo esto, la Madre de Jesús, Magdalena y Juan permanecieron en una esquina de la plaza, mirando y escuchando con profundo dolor. Cuando Jesús fué llevado a Herodes, Juan condujo a la Virgen y a Magdalena por todo el camino recorrido por Jesús. Así volvieron a casa de Caifás, a la de Anás, a Ofel, a Getsemaní, al Huerto de los Olivos; y en todos los sitios donde el Señor se había caído o había sufrido, se paraban en silencio, lloraban y sufrían con Él. La Virgen se prosternó más de una

vez, y besó la tierra en los parajes en donde Jesús se había caído. Magdalena se retorcía las manos, y Juan lloraba, las consolaba, las levantaba, y seguían andando. Este fué el principio del *Vía Crucis* y de los honores rendidos a la Pasión de Jesús aun antes de que se cumpliera. La meditación de la Iglesia sobre los dolores de su Redentor comenzó en la flor más santa de la humanidad, en la Madre virginal del Hijo del hombre. ¡Oh, qué compasión! ¡Con qué fuerza el filo de la espada penetró en su corazón! María, que lo había llevado en su seno, que lo había alimentado a sus pechos; esta bienaventurada creatura que había oído real y sustancialmente al Verbo de Dios, Dios mismo desde el principio, que lo había concebido, llevado y sentido vivir en Ella antes que los hombres recibieran su bendición, su doctrina y la salvación, participaba de todos los padecimientos de Jesús y de su deseo ardiente de rescatar a los hombres con sus dolores y su muerte. Así la Virgen, pura y sin mancha, consagró a la Iglesia el *Vía Crucis*, para recoger en todos los sitios, como piedras preciosas, los inagotables méritos de Jesucristo, para recogerlos como flores sobre el camino, y ofrecerlos a su Padre celestial por todos los que tienen fe.

El dolor había puesto a Magdalena como fuera de sí. Tenía un inmenso amor a Jesús; y aun cuando hubiera querido poner el alma a sus pies como el bálsamo sobre su cabeza, un abismo horrible se abría entre ella y su Amado. Su arrepentimiento y su gratitud no tenían límites, y cuando quería elevar hacia Él su amor, como el humo del incienso, veía a Jesús maltratado, conducido a la muerte a causa de sus culpas, que había tomado sobre sí. Entonces sus pecados la penetraban de horror; su alma se le partía, y vacilaba entre el amor, el arrepentimiento, la gratitud y el aspecto de la ingratitud de su pueblo; y todos esos sentimientos se revelaban en su conducta, en sus palabras y en sus movimientos.

Juan amaba y sufría. Conduce por la primera vez a la Madre de Dios por el camino de la Cruz adonde la Iglesia debía seguirla, y el porvenir se abre ante sus ojos.

XIX

Pilatos y su mujer

Mientras conducían a Jesús a casa de Herodes, vi a Pilatos con su mujer Claudia Procla. Fueron juntos a una casita situada sobre un alto del jardín, detrás del palacio. Claudia estaba agi-

tada y muy conmovida. Era una mujer alta y bella, pero pálida. Llevaba un velo echado atrás; sin embargo, se veían sus cabellos colocados en derredor de su cabeza, con algunos adornos; tenía pendientes, un collar, y sobre el pecho una especie de broche que sostenía su largo vestido. Habló mucho tiempo con Pilatos; le rogó, por todo lo que le era más sagrado, que no hiciese mal ninguno a Jesús, el Profeta, el Santo de los Santos, y le contó algo de las visiones maravillosas que había tenido acerca de Jesús la noche precedente.

Mientras hablaba, experimenté la mayor parte de esas visiones; pero no me acuerdo bien de qué modo se sucedían. Ella vió las principales circunstancias de la vida de Jesús: la Anunciación de María, la Natividad, la Adoración de los pastores y de los Reyes, la profecía de Simeón y de Ana, la huída a Egipto, la tentación en el desierto, etc. Se le apareció siempre rodeado de luz, y vió la malicia y la crueldad de sus enemigos bajo las formas más horribles; vió sus padecimientos infinitos, su paciencia y su amor inagotables, la santidad y los dolores de su Madre. Estas visiones le causaron mucha inquietud y mucha tristeza, pues todos esos objetos eran nuevos para ella; estaba suspensa y pasmada, y veía muchas de esas cosas, como, por ejemplo, la degollación de los inocentes y la profecía de Simeón, cosas que acontecían cerca de su casa. Yo sé bien hasta qué punto un corazón compasivo puede verse atormentado por esas visiones, pues el que ha sentido una cosa, debe comprender lo que sienten los demás.

Había sufrido toda la noche, y visto más o menos claramente muchas verdades maravillosas, cuando la despertó el ruido de la turba que conducía a Jesús. Al mirar hacia aquel lado, vió al Señor, el objeto de todos esos milagros que le habían sido revelados, desfigurado, herido, maltratado por sus enemigos. Su corazón se trastornó, y mandó en seguida llamar a Pilatos, y le contó, en medio de su agitación, lo que le acababa de suceder. Ella no comprendía lo que todo aquello significase, y no podía expresarlo bien; pero rogaba, suplicaba, instaba a su marido enternecida a lo sumo.

Pilatos estaba atónito y perturbado; unía lo que le decía su mujer con las noticias recogidas de un lado y de otro acerca de Jesús; se acordaba del furor de los judíos, del silencio de Jesús y de sus maravillosas respuestas a sus preguntas. Estaba agitado e inquieto; cedió a los ruegos de su mujer, y le dijo: "He declarado que no hallaba ningún crimen en ese hombre. No le condenaré; he reconocido toda la malicia de los judíos"

Le habló también de lo que le había dicho Jesús; prometió a su mujer no condenarle y le dió una prenda como garantía de su promesa. No sé si era una joya, un anillo o un sello. Así se separaron.

Pilatos era un hombre corrompido, indeciso, lleno de orgullo y al mismo tiempo de bajeza: no retrocedía ante las acciones más vergonzosas cuando encontraba en ellas su interés, y al mismo tiempo se dejaba llevar por las supersticiones más ridículas cuando se hallaba en posición difícil. En estas circunstancias de apuro, consultaba sin cesar a sus dioses, a los cuales ofrecía incienso en lugar secreto de su casa, pidiéndoles auspicios. Una de sus prácticas supersticiosas era ver comer a los pollos; pero todas estas cosas me parecían tan horribles, tan tenebrosas y tan infernales, que yo volvía la cara con horror. Sus pensamientos eran confusos, y Satanás le inspiraba tan pronto un proyecto como otro. Primero quería libertar a Jesús como inocente; después temía que sus dioses se vengaran de él: libertado por él, Jesús parecíale una especie de semidiós que podía hacerle daño. "Quizás, se decía a sí mismo, es una especie de Dios de los judíos; hay muchas profecías de un Rey de los judíos, que debe reinar en todo el mundo: Ese es el Rey que los Magos de Oriente han venido a buscar aquí; podría quizás elevarse sobre mis dioses y mi Emperador, y yo tendría una gran responsabilidad si no muere. Quizás su muerte será el triunfo de mis dioses". En seguida las visiones maravillosas de su mujer le asaltaban el pensamiento, y tenían un gran peso en la balanza en favor de la libertad de Jesús. Acabó decidiéndose por esta última opinión. Quería ser justo, pero no podía serlo, pues había preguntado: "¿Qué es la verdad?" y no había esperado la respuesta: "La verdad es Jesús de Nazaret, Rey de los judíos". La mayor confusión reinaba en sus ideas, y él mismo no sabía lo que quería, pues de no ser así, no hubiera consultado a los pollos.

El pueblo se aglomeraba sobre la plaza y en la calle por donde debían conducir a Jesús a casa de Herodes. Los grupos se formaban en cierto orden, según el sitio de donde cada uno había venido a la fiesta, y los fariseos, los más rencorosos de todos los lugares adonde Jesús había enseñado, estaban con sus compatriotas trabajando y excitando a los indecisos contra Jesús. Los soldados romanos eran numerosos en el cuerpo de guardia del palacio de Pilatos; todos los puestos importantes de la ciudad estaban también ocupados por ellos.

XX

Jesús delante de Herodes

El palacio del tetrarca Herodes estaba situado al Norte de la plaza, en la parte nueva de la ciudad: no estaba lejos del de Pilatos. Una escolta de soldados romanos, la mayor parte originarios de los países situados entre Suiza e Italia, se había juntado a la de los judíos, y los enemigos de Jesús, furiosos por los paseos que les hacían dar, no cesaban de ultrajar al Salvador y de maltratarlo. Herodes, habiendo recibido el aviso de Pilatos, estaba esperando en una sala grande, sentado sobre cojines que formaban una especie de trono. Muchos cortesanos y militares le acompañaban. Los príncipes de los sacerdotes entraron y se pusieron a los lados; Jesús se quedó en la puerta. Herodes estaba muy engreído al ver que Pilatos le reconocía, en presencia de los sacerdotes judíos, el derecho de juzgar a un galileo. También se alegraba de ver en su presencia, en tal estado de abatimiento, a Jesús, quien nunca se había dignado presentársele. Juan había hablado de él en términos tan magníficos, y tantas cosas decían las relaciones de los herodianos así como de los espías, que su curiosidad estaba muy excitada. Disponíase a hacerle sufrir un interrogatorio delante de los cortesanos y de los príncipes de los sacerdotes, para mostrar su instrucción. Pilatos le mandó decir que no había hallado ningún crimen en aquel hombre, y el hipócrita creyó que era un aviso para que tratase con desprecio a los acusadores, lo que aumentó el furor de éstos. Así que entraron, produjeron tumultuosamente las acusaciones; pero Herodes miraba a Jesús con curiosidad, y cuando le vió tan desfigurado, cubierto de golpes, con el pelo en desorden, la cara ensangrentada, su vestido manchado, aquel príncipe voluptuoso y sin energía sintió una compasión mezclada de disgusto. Profirió el nombre de Dios, volvió la cara con repugnancia, y dijo a los sacerdotes: "Llevadlo, limpiadlo; ¿cómo traéis a mi presencia un hombre tan asqueroso y tan lleno de heridas?" Los alguaciles llevaron a Jesús al vestíbulo, trajeron agua en un baño, y lo limpiaron, sin cesar de maltratarlo.

Herodes reprendió a los sacerdotes por su crueldad; parecía que quería imitar la conducta de Pilatos, pues también les dijo: "Bien se ve que ha caído entre las manos de los carniceros: comenzáis las inmolaciones antes de tiempo". Los príncipes de los sacerdotes reproducían con empeño sus quejas y sus acusacio-

nes. Cuando volvieron a presentar a Jesús delante de Herodes, fingiendo compadecerse mandó que le trajeran un vaso de vino para reparar sus fuerzas; pero Jesús meneó la cabeza, y no quiso beber. Herodes habló con énfasis y largamente; repitió a Jesús todo lo que sabía de Él, le hizo muchas preguntas, y le pidió que hiciera un prodigio. Jesús no respondía una palabra, y estaba delante de él con los ojos bajos, lo que irritó a Herodes. Sin embargo, disimuló el enojo y continuó sus preguntas. Primero quiso halagarle: "Duéleme ver que acusaciones tan graves pesen sobre Ti; he oído hablar mucho de Ti; sabes que me has ofendido en Tirza cuando libertaste, sin mi permiso, los presos que había hecho allí; pero sin duda lo hiciste con buena intención. Ahora que el gobernador romano te envía a mí para juzgarte, ¿qué tienes que responder a todas esas acusaciones? ¿Te callas? Me han hablado mucho de la sabiduría de tus discursos y de tus doctrinas; quisiera oírte responder a tus acusadores. ¿Qué dices? ¿Es verdad que eres el Rey de los judíos? ¿Eres Tú el Hijo de Dios? ¿Quién eres? Dicen que has hecho grandes milagros; haz alguno delante de mí. Está en mi mano el darte la libertad. ¿Es verdad que has dado la vista a ciegos de nacimiento, resucitado a Lázaro de entre los muertos, y dado de comer a millares de hombres con unos cuantos panes? ¿Por qué no respondes? Créeme: haz alguno de tus prodigios; eso te será de provecho". Como Jesús continuaba callado, Herodes prosiguió con más volubilidad: "Quién eres Tú? ¿Quién te ha dado ese poder? ¿Por qué no lo posees ya? ¿Eres Tú ese hombre cuyo nacimiento se cuenta de una manera maravillosa? Reyes del Oriente han venido a mi padre en demanda de ver a un Rey de los judíos recién nacido: ¿es verdad, como cuentan, que ese niño eras Tú? ¿Y cómo escapaste de la muerte que fué dada a tantos niños? ¿Cómo ha sucedido eso? ¿Cómo transcurrió tanto tiempo sin hablarse de Ti? ¡Responde! ¿Qué especie de Rey eres Tú? ¡En verdad que no veo nada de regio en Ti! Dicen que hace poco fuiste conducido en triunfo hasta el templo; ¿qué significaba eso? ¡Habla, respóndeme!"

Todo ese flujo de palabras no obtuvo ninguna respuesta de parte de Jesús. Me fué explicado que Jesús no le habló porque estaba excomulgado, a causa de su casamiento adúltero con Herodías y de la muerte de Juan Bautista. Anás y Caifás se aprovecharon del disgusto que le causaba el silencio de Jesús, y comenzaron otra vez sus acusaciones: añadieron que había llamado a Herodes zorra; y también trabajado mucho tiempo en desprestigio de su familia; que había querido establecer una

nueva religión, y celebrado la Pascua la víspera. Herodes, aunque irritado contra Jesús, era siempre fiel a sus proyectos políticos. No quería condenar a Jesús, porque sentía ante Él un terror secreto, y tenía con frecuencia remordimiento de la muerte de Juan Bautista; además, detestaba a los príncipes de los sacerdotes, que no habían querido excusar su adulterio, y lo habían excluído de los sacrificios a causa de ese crimen.·

Y, sobre todo, no quería condenar al que Pilatos había declarado inocente, y era conveniente mostrarse obsequioso hacia el gobernador en presencia de los príncipes de los sacerdotes. Llenó a Jesús de desprecios, y dijo a sus criados y a sus guardias, cuyo número se elevaba a doscientos en su palacio: "Agarrad a ese Insensato, y rendid a ese Rey burlesco los honores que merece; es más bien un loco que un criminal".

Condujeron al Salvador a un gran patio, donde fué víctima de nuevos atropellos y objeto de escarnio. Este patio lo formaban las paredes del palacio, y Herodes veía aquel escándalo desde lo alto de una azotea. Anás y Caifás lo excitaron otra vez a condenar a Jesús; pero Herodes les dijo, de modo que lo oyesen los romanos: "Sería un crimen para mí el juzgarlo". Quería decir sin duda: "Un crimen contra el juicio de Pilatos, que ha tenido la política de mandármelo".

Los príncipes de los sacerdotes y los enemigos de Jesus, viendo que Herodes no participaba de su sentir y propósitos, enviaron algunos de los suyos al barrio de Ancra, a fin de que muchos fariseos que había en él acudiesen con sus partidarios a los alrededores del palacio de Pilatos: distribuyeron también dinero a la multitud para excitarla a pedir tumultuosamente la muerte de Jesús. Otros se encargaron de amenazar al pueblo con la ira del cielo, si no obtenían la muerte de aquel blasfemo sacrílego. Decíaseles también que si Jesús no moría se uniría a los romanos para exterminar a los judíos, y que ese era el imperio de que había hablado siempre. Además, esparcían la voz de que Herodes le había condenado, pero que el pueblo debía expresar su voluntad; que se temía a los partidarios de Jesús; que si le ponían en libertad, la fiesta sería turbada por ellos y por los romanos, con cuya ayuda ejercerían una cruel venganza. Esparcieron también los rumores más contradictorios y propios para exacerbar los ánimos y sublevar al pueblo. Algunos de ellos, mientras tanto, daban dinero a los soldados de Herodes para que maltratasen a Jesús hasta hacerle morir, pues deseaban que perdiese la vida antes que Pilatos le diera libertad. Mientras los fariseos maquinaban así, Nuestro Señor sufría

las brutalidades de una soldadesca desenfrenada y grosera, en cuyas manos Herodes lo había entregado. Empujábanlo en el patio, y uno de ellos trajo un gran saco blanco que estaba en el cuarto del portero, y que había tenido algodón. Le hicieron un agujero con una espada, y con grandes risotadas se lo echaron sobre la cabeza a Jesús. Otro soldado trajo un pedazo de tela colorada, y se la pusieron al cuello. Entonces se inclinaban delante de Él, y a empellones, lo injuriaban, le escupían, dábanle en la cara, porque no había querido responder a su Rey. Le hacían mil saludos irrisorios, le arrojaban lodo, tiraban de Él como zarandeándole y, habiéndolo echado al suelo, lo arrastraron hasta un arroyo que rodeaba el patio, de modo que su sagrada cabeza pegaba contra las columnas y los ángulos de las paredes. Después lo levantaron, y comenzaron otra vez los oprobios.

Había cerca de doscientos criados y soldados de Herodes, y cada cual tenía a gala inventar algún nuevo ultraje contra Jesús. En algunos era tal la inquina que iban dispuestos a pegarle palos en la cabeza. Mirábalos Jesús con sentimientos de compasión. El dolor le arrancaba suspiros y gemidos, pero les servían de motivo para burlarse, y nadie tenía piedad de Él. Su cabeza estaba ensangrentada, y lo vi caer tres veces bajo los golpes; y vi también a los ángeles que lo ungían: me fué revelado que sin este socorro del cielo los golpes que le daban hubieran sido mortales. Los filisteos que atormentaron a Sansón en la cárcel de Gaza eran menos violentos y crueles que aquellos hombres.

El tiempo urgía, los príncipes de los sacerdotes tenían que ir al templo, y cuando supieron que todo estaba dispuesto según sus órdenes, pidieron otra vez a Herodes que condenara a Jesús; pero él, en sus ideas relativas a Pilatos, le mandó a Jesús cubierto con su vestido de escarnio.

XXI

Jesús conducido de Herodes a Pilatos

Los enemigos de Jesús le condujeron de Herodes a Pilatos. Estaban avergonzados de tener que volver al sitio adonde fuera ya declarado inocente. Pero decídense en breve, y tomando otro camino mucho más largo preséntanle en medio de su humillación a otra parte de la ciudad, con lo que además dan tiempo

a sus agentes para que agiten los grupos, según sus proyectos. Ese camino era áspero y desigual, y todo el tiempo que duró no cesaron de maltratar a Jesús. La ropa que le habían puesto le impedía andar, se cayó muchas veces en el lodo, y lo levantaron a patadas hiriéndole en la cabeza; con ultrajes infinitos, tanto de parte de los que le conducían, como del pueblo que se juntaba en el camino. Jesús pedía a Dios no morir, para que así se cumpliesen en uno su pasión y nuestra redención.

Eran las ocho y cuarto cuando llegaron al palacio de Pilatos. La multitud era muy numerosa; los fariseos corrían en medio del pueblo y lo excitaban; Pilatos, acordándose de la sedición de los celadores galileos en la última Pascua, disponía de mil hombres que ocupaban el Pretorio, el cuerpo de guardia, las entradas de la plaza y las de su palacio.

La Virgen, su hermana mayor María, hija de Helí; María, hija de Cleofás, Magdalena y otras muchas santas mujeres, hasta veinte, estaban en un sitio donde lo podían oír todo. Juan estaba también al principio. Jesús, cubierto con su hopa de irrisión, iba insultado por el pueblo; pues los fariseos habían juntado la canalla más insolente y más perversa del populacho. Un fámulo de Herodes vino a decirle a Pilatos que su amo estaba lleno de gratitud por su fineza, y que no habiendo visto en el célebre Galileo más que un loco, lo había tratado como a tal, y se lo devolvía. Pilatos quedó satisfecho al ver que Herodes obrara como él, no condenando a Jesús. Dióle la enhorabuena, y reanudaron la amistad, de enemigos que eran desde que el acueducto se había hundido.

Vuelto Jesús de nuevo a la casa de Pilatos, los alguaciles le hicieron subir la escalera con la brutalidad ordinaria; pero se enredó en su vestido, y cayó sobre los escalones de mármol blanco, que se tiñeron en sangre de su cabeza sagrada. Los enemigos de Jesús habían tomado sus sitios a la entrada de la plaza; el pueblo reía de su caída, y los soldados le golpeaban para levantarlo. Pilatos estaba apoyado sobre su silla, especie de canapé, y la mesita colocada delante de él; rodeábanle oficiales y escribientes. Se adelantó sobre la azotea, y dijo a los acusadores de Jesús: "Me habéis traído a este hombre como a un agitador del pueblo; le he interrogado delante de vosotros, y no le hallo culpable del crimen que le imputáis; Herodes tampoco le juzga criminal. Por consiguiente, voy a mandar que le azoten, y a darle suelta". Violentos murmullos se elevaron entre los fariseos, y las distribuciones de dinero en el pueblo se hicieron con más actividad. Pilatos recibió con sumo desprecio

aquella demostración de protesta, y aún hubo de proferir alguna frase mordaz.

Por aquel entonces acudía el pueblo a él en solicitud de que, antes de la celebración de la Pascua, y según una antigua costumbre, diese libertad a un preso. Los fariseos, por medio de sus emisarios, imbuyeron a la multitud que en modo alguno pidiesen la libertad de Jesús, sino su suplicio. Pilatos esperaba que pedirían la libertad de Jesús, y tuvo la idea de darles a escoger entre Él y un insigne criminal, llamado Barrabás, que horrorizaba a todo el pueblo. Había cometido una muerte en una sedición; yo le he visto cometer otros muchos crímenes: fué autor de sortilegios, y hasta había arrancado a algunas mujeres el fruto que llevaban en sus entrañas. Se me ha olvidado lo demás. Hubo un movimiento entre el pueblo en la plaza: un grupo se adelantó, llevando a su cabeza oradores, que gritaron a Pilatos: "Haz lo que has hecho siempre por la fiesta". Pilatos les dijo: "Es costumbre que liberte a un criminal en la Pascua. ¿Quién queréis que sea: Barrabás, o el Rey de los judíos, Jesús, que dicen que es el ungido del Señor?"

Pilatos, siempre indeciso, llamaba a Jesús *Rey de los judíos,* porque este orgulloso romano quería mostrarles su desprecio atribuyéndoles un rey tan pobre; pero dábale también ese nombre, porque abrigaba cierta persuasión de que Jesús era, en efecto, el Rey milagroso, el Mesías prometido a los judíos; después cedía a ese presentimiento que tenía de la verdad, viendo a las claras, por otra parte, que los príncipes de los sacerdotes estaban llenos de envidia contra Jesús. A la pregunta de Pilatos hubo alguna duda en la multitud, y varias voces gritaron: "¡Barrabás!" Pilatos, llamado en aquel instante por un criado de su mujer, salió de la azotea, y éste, presentándole la prenda que él antes diera, díjole: "Claudia Procla te recuerda la promesa de esta mañana". Mientras tanto los fariseos y los príncipes de los sacerdotes bullían con grande agitación; las turbas mostrábanse sobreexcitadas, amenazadoras. María, Magdalena, Juan y las santas mujeres estaban en una esquina de la plaza, trémulas y llorando. Aunque la Madre de Jesús sabía que su muerte era el único medio de salvación para los hombres, sentíase llena de angustia y del deseo de arrancarle al suplicio, y sufría todos los dolores que puede sentir una madre. María oraba para que un crimen tan enorme no se consumara. Decía como Jesús en el Huerto de los Olivos: "Si es posible, que este cáliz se aleje".

Aliéntala alguna esperanza, porque en el pueblo corría la voz de que Pilatos intentaba libertar a Jesús. No lejos de Ella

agitábanse grupos de gente de Cafarnaúm que Jesús había curado y enseñado; hacen como que no lo conocen, y miraban a escondidas a las infelices mujeres cubiertas con los velos. Pero María creía, y todos pensaban como Ella, que éstos a lo menos rechazarían a Barrabás para libertar a su Bienhechor y su Salvador. Mas no fué así.

Pilatos devolvió la prenda a su mujer, ratificándole el cumplimiento de su promesa. Avanzó de nuevo sobre la azotea, y sentóse al lado de la mesita. Los príncipes de los sacerdotes ocupaban sus asientos, y Pilatos volvió a gritar: "¿A cuál de los dos queréis que salve?" Entonces resonó un grito unánime en la plaza: "No queremos a ése, sino a Barrabás". Pilatos dijo: "¿Qué queréis que haga con Jesús, que se llama Cristo?" Todos gritaron tumultuosamente: "¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!" Pilatos preguntó por tercera vez: "Pero ¿qué mal ha hecho? Yo no encuentro en Él crimen que merezca la muerte; voy a mandar azotarlo y dejarlo". Pero el grito: "¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!" se alzó por todas partes como una tempestad infernal; los príncipes de los sacerdotes y los fariseos se agitaban vociferando como frenéticos. Entonces el débil Pilatos dió libertad al malhechor Barrabás, y condenó a Jesús a la flagelación.

XXII
Flagelación de Jesús

Pilatos, juez cobarde e irresoluto, había pronunciado muchas veces estas palabras llenas de bajeza: "No hallo crimen en Él: por eso voy a mandar azotarlo y a darle libertad". Los judíos gritaban cada vez más furiosos: "¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!" Sin embargo, Pilatos quiso que su voluntad prevaleciera, y mandó azotar a Jesús, a la manera de los romanos. Entonces los alguaciles, pegando y empujando a Jesús con palos, le condujeron a la plaza, en medio del tumulto y de la saña popular. Al Norte del palacio de Pilatos, a poca distancia del cuerpo de guardia, había una columna destinada a que los reos sufriesen, a ella atados, la pena de azotes. Los verdugos, provistos de látigos, varas y cuerdas, los pusieron al pie de la misma. Eran seis hombres atezados, de menos estatura que Jesús; tenían un cinturón alrededor del cuerpo, y el pecho cubierto de una especie de cuero o tela burda; los brazos iban desnudos. Eran malhechores de la frontera de Egipto, condenados por sus crímenes a trabajar en los canales y en los edificios públicos, y los más

perversos de entre ellos hacían el oficio de sayones en el Pretorio. Esos hombres crueles habían ya atado a la propia columna y azotado hasta la muerte a algunos pobres condenados. Parecían salvajes o demonios, y estaban medio borrachos. Dieron de puñadas al Señor, le arrastraron con las cuerdas, a pesar de que se dejaba conducir sin resistencia, y lo ataron brutalmente a la piedra. Esta columna estaba sola, y no servía de apoyo a ningún edificio. No era muy elevada, pues un hombre alto, extendiendo el brazo, hubiera podido alcanzar a la parte superior. A media altura había anillas y ganchos. No se puede expresar con qué barbarie esos tigres furiosos arrastraron a Jesús: le arrancaron el manto de irrisión de Herodes, y derribáronle casi al suelo. Jesús temblaba y se estremecía delante de la columna. Se despojó Él mismo de sus vestidos con las manos hinchadas y ensangrentadas. Mientras le pegaban, oró del modo más tierno, y volvió un instante la cabeza hacia su Madre, que estaba partida de dolor en la esquina de una de las alas de la plaza, y que cayó sin conocimiento en brazos de las santas mujeres que la rodeaban. Jesús abrazó la columna; los verdugos le ataron las manos, levantadas en alto, a un anillo de hierro que estaba arriba, y estiraron tanto sus brazos, que sus pies, atados fuertemente a lo bajo de la columna, tocaban apenas al suelo. El Santo de los Santos fué así extendido con violencia sobre la columna de los malhechores; y dos de aquellos furiosos comenzaron a flagelar su cuerpo sagrado, desde la cabeza hasta los pies. Sus látigos o sus varas parecían de madera blanca flexible: puede ser también que fueran nervios de buey o correas de cuero duro y blanco.

El Salvador, el Hijo de Dios, verdadero Dios, y verdadero hombre, temblaba y se retorcía como un gusano bajo los golpes. Sus gemidos dulces y claros se oían como una oración en medio del ruido de los azotes. De cuando en cuando los gritos del pueblo y de los fariseos zumban como estruendosa tempestad, y cubren sus quejidos lastimeros con que alternan piísimas bendiciones; clamaban: "¡Que muera! ¡Crucifícalo!", pues Pilatos estaba todavía hablando con el pueblo. Y cuando quería decir algunas palabras en medio del tumulto popular, una trompeta tocaba en demanda de silencio. Entonces oíase de nuevo el crujir de los azotes, los sollozos de Jesús, las imprecaciones de los verdugos y el balido de los corderos pascuales que se lavaban en la piscina de las Ovejas. Ese balido acentuaba un espectáculo tiernísimo: eran tristes voces que se unían a los gemidos de Jesús.

El pueblo judío estaba a cierta distancia de la columna; los soldados romanos ocupaban diferentes puntos; muchos iban y venían silenciosos o profiriendo insultos; otros se sentían conmovidos, y parecía que un rayo de Jesús les tocaba. Yo vi jóvenes, monstruos de infamia, casi desnudos, que preparaban varas frescas cerca del cuerpo de guardia; otros iban a buscar varas de espino. Algunos alguaciles de los príncipes de los sacerdotes daban dinero a los verdugos. Les trajeron también un cántaro que contenía una bebida espesa y colorada, y bebieron hasta embriagarse. Pasado un cuarto de hora, los sayones que azotaban a Jesús fueron reemplazados por otros dos. El cuerpo del Salvador estaba cubierto de manchas negras, lívidas y coloradas, y su sangre corría por el suelo. Por todas partes se oían las injurias y las burlas.

Los segundos verdugos lanzáronse con rabia de hambrientos lobos sobre Jesús; tenían otra especie de varas; eran de espino con nudos y puntas. Los golpes rasgaron todo el cuerpo de Jesús; la sangre saltó a distancia, y ellos tenían los brazos manchados. Jesús gemía, oraba y se estremecía. Muchos forasteros pasaron por la plaza, montados sobre camellos, y alejáronse poseídos de horror y de pena cuando el pueblo les explicó lo que ocurría. Eran caminantes que habían recibido el bautismo de Juan, o que habían oído los sermones de Jesús sobre la montaña. El tumulto y los gritos no cesaban alrededor de la casa de Pilatos.

Otros nuevos verdugos pegaron a Jesús con correas, que tenían en las puntas garfios de hierro, con los cuales le arrancaban la carne a tiras. ¡Ah! ¡Cómo describir este tremendo y doloroso espectáculo! Sin embargo, su rabia no estaba todavía satisfecha; desataron a Jesús, y atáronle de nuevo de espaldas a la columna. No pudiendo sostenerse, le pasaron cuerdas sobre el pecho, debajo de los brazos y por bajo de las rodillas, anudándole las manos detrás de aquel potro de martirio. Entonces cayeron sobre Él. Uno de ellos le pegaba en el rostro con saña indecible, con una vara nueva. El cuerpo del Salvador era todo una llaga. Miraba a sus verdugos con los ojos llenos de sangre, y parecía que les pedía misericordia; pero redoblaban su ira, y los gemidos de Jesús eran cada vez más débiles.

La horrible flagelación había durado tres cuartos de hora, cuando un extranjero de clase inferior, pariente del ciego Ctesifon, curado por Jesús, se precipitó sobre la columna con un hierro que tenía la figura de una cuchilla, gritando, loco de indignación: "¡Basta! No peguéis a ese inocente hasta hacerle

morir". Los verdugos, hartos, se pararon sorprendidos; cortó rápidamente las cuerdas atadas detrás de la columna, y fué a perderse entre la multitud. Jesús cayó casi sin sentido al pie de la columna, sobre un charco de sangre. Los verdugos le dejaron, y fuéronse a beber, llamando a los criados que estaban en el cuerpo de guardia tejiendo la corona de espinas.

Mientras Jesús estaba caído al pie de la columna, vi a algunas mujeres públicas, con cínico descaro, acercarse a Jesús agarradas por las manos. Se pararon un instante mirándole con desprecio. En este momento el dolor de sus heridas se redobló, y alzó hacia ellas la faz ensangrentada. Se alejaron entonces, y los soldados les dijeron palabras desvergonzadas.

Durante la flagelación, vi muchas veces ángeles llorando alrededor de Jesús, y oí su oración por nuestros pecados, que subía constantemente hacia su Padre, en medio de los golpes que daban sobre Él. Cuando estaba tendido al pie de la columna, vi a un ángel presentarle una cosa luminosa que le dió fuerzas. Los soldados volvieron, y le pegaron patadas y palos, diciéndole que se levantara. Habiéndole puesto en pie, no le dieron tiempo para cubrir sus carnes; echaron sus ropas sobre los hombros, y con ellas limpióse la sangre que le inundaba el rostro. Le condujeron al sitio adonde estaban sentados los príncipes de los sacerdotes, que gritaron: "¡Que muera! ¡Que muera!" y volvían la cara con repugnancia. Después lo condujeron al patio interior del cuerpo de guardia, donde no había soldados, sino esclavos, alguaciles y chusma; en fin, la hez del pueblo.

Como la ciudad andaba revuelta y en extremo agitada, Pilatos mandó venir un refuerzo de la guarnición romana de la ciudadela Antonia. Esta tropa, puesta en buen orden, rodeaba el cuerpo de guardia. Podían hablar, reir y burlarse de Jesús, pero les estaba prohibido salirse de sus filas. Pilatos quería contener así al pueblo. Había mil hombres.

XXIII

María durante la flagelación de Jesús

Vi a la Virgen Santísima en éxtasis continuo mientras la flagelación de nuestro divino Redentor. Ella vió y sufrió con amor y dolor indecibles todo lo que sufría su Hijo. Muchas veces salían de su boca leves quejidos, y sus ojos estaban bañados en lágrimas. Cúbrela un velo y vésela tendida en los brazos de María de Helí, su hermana mayor, que era ya vieja, y se parecía

mucho a Ana, su madre. María de Cleofás, hija de María(*) de Helí, estaba también con Ella. Las amigas de María y de Jesús, trémulas de dolor y de espanto, rodean a la Virgen y lloran como si esperasen su sentencia de muerte. María lleva un vestido largo, azul, y por encima una capa de lana blanca, con velo blanco también, casi amarillo. Magdalena yace pálida y agobiada de pena: los cabellos asoman en desorden debajo del manto.

Cuando Jesús, después de la flagelación, cayó al pie de la columna, vi a Claudia Procla, mujer de Pilatos, enviar a la Madre de Dios grandes piezas de tela. No sé si creía que Jesús sería libertado, y que su Madre necesitaría esa tela para aplicarla a sus llagas, o si esa pagana compasiva sabía a qué uso la Virgen Santísima destinaría su regalo. Habiendo vuelto en sí, María vió a su Hijo, todo despedazado, conducido por los soldados; Jesús se limpió los ojos, llenos de sangre, para mirar a su Madre. Ella extendió las manos hacia Él, y siguió con los suyos las huellas ensangrentadas de sus pies. Habiéndose apartado el pueblo, María y Magdalena se aproximaron al sitio en donde Jesús fuera azotado; escondidas por las otras santas mujeres y otras personas bien intencionadas que las cercan, se bajan al suelo, junto a la columna, y limpian por todas partes la sangre sagrada de Jesús con el lienzo que Claudia Procla había mandado. Juan no estaba entonces con las santas mujeres, que eran veinte. El hijo de Simeón, el de Verónica, el de Obed, Aram y Temni, sobrinos de José de Arimatea, estaban ocupados en el templo, llenos de tristeza y de angustia. Eran las nueve de la mañana cuando se acabó la flagelación.

XXIV

Interrupción de las pinturas de la Pasión

Ana Catalina Emmerick vió día por día esta serie de pinturas desde el 18 de Febrero hasta el 8 de Marzo, víspera del

(*) Cítase con frecuencia a María de Helí en esta historia. Según las visiones de la monja sobre la sagrada Familia, aquélla era hija de Joaquín y de Ana: nació unos veinte años antes que la Virgen. No era la hija de la promesa, y se distingue de las otras Marías con el nombre de María de Helí, porque era hija de Joaquín o Heliaquim. Su marido se llamaba Cleofás, y su hija María de Cleofás. Esta última, sobrina de la Virgen, tenía más edad que Ella. Su primer marido se llamaba Alfeo: los hijos que había tenido de él eran los apóstoles Simón, Santiago el Menor y Judas Tadeo. Había tenido de Sabas, su segundo marido, a José Barsabás; y de Jonás, su tercer marido, a Simón que fué Obispo de Jerusalén.

cuarto domingo de Cuaresma, y en ese tiempo sufrió dolores indecibles de cuerpo y de alma. Sumergida en estas contemplaciones, separada de todas las sensaciones exteriores, lloraba y gemía como un niño en las manos de los verdugos; y se estremecía retorciéndose sobre su cama; parecía su rostro el de un moribundo en medio de los suplicios; experimentaba sed tan grande como la de un hombre que siente abrasarse en medio de un desierto sin agua. Por la mañana su boca estaba seca, y su lengua rígida y contraída, de suerte que no podía articular una palabra para pedir alivio, y lo hacía por señas. Una calentura continua se agrega a todos sus padecimientos; y, sin embargo, sus dolores habituales y los que sufre por los demás continuaban siempre los mismos. No podía seguir el relato de la Pasión, sino después de haber tomado alguna fuerza. No lo contaba todos los días, ni de una vez, sino parándose muchas veces.

El sábado 8 de Marzo de 1823 había contado, presa de padecimiento infinito, la flagelación de Jesús, que hobía sido la visión de la noche precedente, y que pareció presentársele casi todo el día. Pero al fin de éste hubo una interrupción en la serie seguida hasta aquí en las visiones de la Pasión. Lo advertimos para mostrar mejor la vida interior de una persona tan extraordinaria, y para dar al lector de este libro un punto de reposo. Harto hemos experimentado nosotros mismos que causa a los débiles cierta fatiga la representación de la Pasión del Salvador, a pesar de que fué para nuestra salvación.

La vida espiritual y corporal de la monja estaba en unión continua con la vida diaria de la Iglesia en el tiempo. Era unión más íntima que la que pone nuestra vida bajo la dependencia de las estaciones, de las horas del día, del sol y de la luna, del clima y de la temperatura, y por la cual daba un testimonio perpetuo de la existencia y de la significación de todos los misterios y de todas las solemnidades celebradas por la Iglesia en el tiempo. Las seguía tan puntualmente, que, en los maitines de cada feria, en todo su estado interior y exterior, espiritual y corporal, se obraba un cambio. Cuando el sol espiritual de uno de los días de la Iglesia se había puesto, ella se volvía al instante hacia el sol del día siguiente, como penetrándose todas sus oraciones, todos sus trabajos, todos sus padecimientos, de la gracia especial concedida a este nuevo día, al modo que una planta se baña en el rocío y se regocija con la luz y el calor de la aurora.

Verificábase una revolución en todo su cuerpo, no precisamente cuando la campana tocaba el Angelus*, al anochecer, el*

cual puede tocarse más tarde o más temprano a causa de la ignorancia de los que están encargados de ello, sino en el momento real y preciso de una nueva reproducción del orden eterno, a una hora en que a los hombres no les es dado apreciarla por sus sentidos.

Si la Iglesia celebraba una fiesta dolorosa, se la veía abatida y lánguida; pero al comenzar una fiesta de regocijo, su cuerpo y su alma se levantaban animados por un rocío de nueva gracia, y hasta la noche estaba tranquila, alegre, como si hubiesen desaparecido sus dolores. Todo esto pasaba en Ana sin la participación de su voluntad. Pero como desde su niñez había tenido el deseo sincero de ser obediente a Jesús y a su Iglesia, Dios había modificado su naturaleza de modo que se volvía espontáneamente hacia la Iglesia como una planta hacia la luz, aunque la rodeen de una noche artificial.

El sábado 8 de Marzo de 1823, después de puesto el sol, habiendo acabado de contar, con mucho trabajo, las escenas de la flagelación del Señor, se calló de pronto, y el que escribe estas páginas se creyó que su alma había pasado a la contemplación de la coronación de espinas. Pero después de algunos minutos de reposo, su cara, alterada y pálida como la de un agonizante, recobró dulce serenidad, y pronunció algunas palabras en el tono afectuoso con que se habla a los niños:

"¡Ah, qué niño tan amable! ¿Quién es? Esperad: voy a preguntárselo. Se llama José. Se viene a mí corriendo por medio de la multitud. ¡Pobre niño! Se sonríe, no sabe nada de lo que pasa. Está casi desnudo; temo que tenga frío. ¡El aire es tan fresco esta mañana!... Espera; te voy a abrigar un poco".

Después de estas palabras, pronunciadas con tanta verdad, que se podía mirar alrededor para ver si el niño estaba, tomó unos paños que había a su lado, e hizo todos los movimientos de una persona compasiva que quiere preservar a un niño del frío. Su amigo no pudo preguntar la explicación de lo que había motivado estas palabras, porque su estado cambió de pronto. Una persona que la cuidaba pronunció la palabra obediencia; *esta palabra era el nombre de uno de los votos por los cuales ella se había consagrado a Dios, y al instante recogió sus ideas como un niño dócil a quien ha llamado su madre despertándolo de un sueño profundo. Tomó su rosario y el crucifijo que tenía siempre sobre sí, compuso su ropa, se restregó los ojos y se sentó; la llevaron desde su cama a una silla, pues estaba incapaz*

de tenerse y de andar; era la hora de hacerle la cama. Su amigo se fué para escribir lo que había recogido en el día.

El domingo 9 de Marzo preguntó a la persona que la cuidaba: "¿Qué quería decir la enferma ayer tarde cuando hablaba de un niño llamado José?" Y esta persona respondió: "Se ha ocupado mucho tiempo en el pequeñuelo José; es el hijo de una de mis primas, que Ana quiere mucho. Tengo miedo que esto presagie una enfermedad a este niño, pues ella ha dicho muchas veces que estaba casi desnudo y que temía que tuviese frío". Su amigo se acordó, en efecto, de haber visto a ese niño jugar muchas veces sobre la cama de la enferma, y él creyó sólo que Ana habría soñado la víspera con él. Más tarde, cuando la volvió a ver para que le siguiese contando las escenas de la Pasión, la halló más serena y en mejor estado que los días anteriores. Ana le dijo que no había visto nada más después de la flagelación, y cuando le hizo preguntas acerca del pequeño José, de que había hablado tanto, no se acordaba de haber mencionado a semejante niño. Le preguntó cómo estaba tan serena y tan buena; ella le respondió que siempre le sucedía lo mismo en medio de la Cuaresma, que la Iglesia cantaba con Isaías en el introito *de la Misa: "¡Regocíjate, Jerusalén! Juntaos los que la amáis, regocijaos vosotros que estabais tristes; entregaos a la alegría, y llenaos de consolación". Que era un día de regocijo, y que además en el Evangelio del día el Señor había dado de comer a cinco mil hombres con cinco panes y dos peces, y que habían sobrado doce canastos; que era menester regocijarse. Añadió que la había también alimentado por la mañana con la sagrada Comunión, y que en ese día de la Cuaresma se había sentido siempre fortificada espiritual y corporalmente. Su amigo dió una ojeada al* Almanaque *de Münster, y vió que, además del domingo de* Laetare, *se celebraba en esa diócesis la fiesta de San José, lo que ignoraba, pues en otras partes esta fiesta cae el 19 de Marzo. Se lo advirtió, y le preguntó si era esa circunstancia la que le había hecho hablar de José, y Ana le respondió que sabía bien que era la fiesta del padre putativo de Jesús; pero que no se había acordado de ese niño que tenía su nombre. En medio de esta conversación se acordó de pronto del objeto de su visión de la víspera. Era, en efecto, una imagen alegre de San José, que con motivo de su fiesta, y del domingo de* Laetare, *se había introducido en medio de las visiones de la Pasión.*

Hemos advertido que el que le hablaba le enviaba sus mensajeros bajo la forma de un niño, y que esto sucedía en los casos en que el arte humano también hubiera podido usar de la fi-

gura de un niño para interpretar su pensamiento. Si, por ejemplo, una de sus visiones de la Historia Sagrada le presentaba una profecía cumplida, ella veía cerca de la pintura que tenía delante de los ojos a un niño, que en su postura, en su vestido, en el modo de tener en la mano o de llevar en la punta de un palo su escrito profético, reproducía el carácter de tal o cual profeta. Si tenía que sufrir grandes dolores, venía hacia ella un niño dulce y silencioso, vestido de verde, se sentaba con aire de resignación sobre el borde de la cama, se dejaba llevar de un brazo al otro, o poner en el suelo sin decir nada. La miraba constantemente con afecto, y la consolaba: era la Paciencia. Si en un momento de cansancio o de padecer extraordinario, Ana se ponía en relación con algún Santo, sea por la celebración de su fiesta, sea por intermedio de una reliquia, veía escenas de la niñez de ese Santo, y otras veces veía su martirio con las circunstancias más terribles de sus mayores padecimientos: la consolación, y aún la instrucción y los avisos le venían por imágenes de niños. Sucedía también que en ciertas penas, en ciertas angustias a las cuales no sabía resistir, se dormía y se transportaba a algún peligro que había corrido en su infancia. Creía, como lo mostraban sus palabras y sus gestos durante el sueño, que se había vuelto una pobre aldeanita de cinco años, que al atravesar un seto se quedó agarrada a las espinas y lloraba. Entonces se reproducían siempre escenas verdaderas de su infancia, y algunas veces se hacía alusión a ellas por palabras como éstas: "¿Por qué gritas? Yo no tiraré de los espinos hasta que no esperes mi socorro con paciencia, pidiéndomelo con amor". Había obedecido a esta orden siendo niña, y la seguía en su vejez, en medio de sus más terribles pruebas; y cuando estaba despierta, hablaba riéndose del seto adonde se había quedado presa, de ese medio de paciencia y de oración que se le había dado como una llave para salir. Ana lo había recibido en su infancia, y lo había omitido con frecuencia, mas nunca le había faltado cuando había recurrido a él. Contó los trozos siguientes de las visiones que la víspera habían interrumpido las escenas de la Pasión, al principio de los maitines de la fiesta de San José.

XXV

La infancia de San José interrumpe las visiones de la Pasión

En medio de esos terribles acontecimientos, yo estaba en Jerusalén, tan pronto en un sitio como en otro, y sucumbía bajo

el peso de la aflicción y de un padecimiento tan amargo como la muerte. Mientras azotaban a mi adorable Esposo, estaba sentada a su lado, en un sitio adonde ningún judío se atrevía a venir para no mancharse. No era ese mi temor; al contrario, deseaba que una sola gota de su sangre cayera sobre mí para purificarme. Tenía el corazón tan partido, que me parecía que iba a morir; pues no podía socorrer a Jesús. Gemía y lloraba a cada golpe que le daban, y sólo extrañaba que no me echaran. Cuando los verdugos de Jesús le llevaron al cuerpo de guardia para ponerle la corona de espinas, hubiera querido correr para contemplarle en sus nuevos dolores. Entonces fué cuando la Madre de Jesús, rodeada de las santas mujeres, limpió la sangre de su Hijo al pie de la columna. El pueblo y los enemigos de Jesús daban gritos tumultuosos mientras lo conducían. El dolor y la angustia me acababan; no podía sostenerme, y, sin embargo, quería arrastrarme hasta el sitio adonde Jesús iba a ser coronado de espinas. Entonces vi llegar un niño maravilloso, con el pelo dorado, y que llevaba sólo un cinturón alrededor del cuerpo; pasaba entre los velos de las santas mujeres, entre las piernas de los hombres, y se vino a mí corriendo. Era alegre y amable, me tomaba la cabeza para volverla de otro lado, y con sus caricias me impedía mirar el triste espectáculo que tenía delante de mis ojos. Este niño me dijo: "¿No me conoces? Me llamo José, y soy de Belén". Después comenzó a hablarme del pesebre, del nacimiento de Jesús, de los pastores, de los tres Reyes, y contaba cuán bello y cuán maravilloso había sido todo eso. Yo temía que tuviera frío, porque tenía muy poca ropa, y estaba granizando; pero me puso sus manos en la cara, diciéndome: "Mira qué calor tengo; adonde estoy no se siente el frío". Yo estaba llorando a causa de la corona de espinas que veía trenzar; pero él me consoló y me dijo una bella parábola para explicarme cómo la alegría saldría de todos esos padecimientos. Había en esta parábola muchas explicaciones del sentido místico de los padecimientos del Señor. Me enseñó el campo en donde habían nacido las espinas de la corona de Jesús; me dijo lo que significaban esas espinas, cómo esos campos se cubrirían de magníficos frutos, y que las espinas formarían alrededor de ellos un muro protector cubierto de rosas. Lo explicaba todo de un modo tan afectuoso y tan alegre, que las espinas parecían volverse rosas, con las que nos adornamos. Todo lo que decía estaba lleno de interés; pero desgraciadamente se me ha olvidado la mayor parte. Había una pintura larga del nacimiento y de la extensión de la Iglesia, llena de comparaciones de niños.

No me dejó mirar la Pasión de Jesús, y me llevó a otras escenas diferentes. Yo misma me volví un niño, y corrí con José a Belén: me enseñaba los lugares en donde había pasado su infancia; rezábamos juntos en el pesebre, adonde se refugiaba cuando sus hermanos le atormentaban a causa de su piedad precoz. Me parecía que veía su familia viviendo todavía en la casa que había habitado el padre de David, y que en la época del nacimiento de Jesús había caído en manos extrañas; pues entonces vivían en ella empleados romanos, a los cuales José debía pagar la contribución. Estábamos alegres como niños, y era como si Jesús y su Madre aún no hubiesen nacido. Así la víspera de la fiesta de San José pasé de las escenas dolorosas de la Pasión a una visión alegre y consoladora.

El día de San José, Ana no vió nada de la Pasión, y sólo dijo lo que sigue, sobre la conducta de María y de Magdalena.

La cara de la Virgen está pálida y desencajada; sus ojos están colorados de las lágrimas. No puedo expresar su simplicidad y su dignidad. Desde ayer no ha cesado de andar errante, en medio de su angustia, por el valle de Josafat y las calles de Jerusalén, y, sin embargo, no hay ni desorden ni descompostura en su vestido, no hay un solo pliegue que no respire santidad; todo en ella es simple, digno, lleno de pureza y de inocencia. María mira majestuosamente a su alrededor, y los pliegues de su velo, cuando vuelve la cabeza, tienen una vista singular. Sus movimientos son sin violencia, y en medio del dolor más amargo, su aspecto es sencillo y sereno. Su vestido está húmedo del rocío de la noche y de las abundantes lágrimas que ha derramado. Es bella, de una belleza indecible y sobrenatural: esta belleza es pureza inefable, simplicidad, majestad y santidad.

Magdalena tiene un aspecto diferente. Es más alta y más fuerte; su persona y sus movimientos son más pronunciados. Pero las pasiones, el arrepentimiento, su dolor enérgico han destruído su belleza. Da miedo el verla tan desfigurada por la violencia de su desesperación; sus largos cabellos cuelgan desatados debajo de su velo despedazado. Está toda trastornada, no piensa más que en su dolor, y parece casi una loca. Hay mucha gente de Magdalum y de sus alrededores que la han visto llevar una vida, primero tan elegante, y después tan escandalosa. Como ha vivido mucho tiempo escondida, hoy la señalan con el dedo y la llenan de injurias, y aun los hombres del populacho de Magdalum le tiran lodo. Pero ella no advierte nada: ¡tan absorta estaba en su dolor!

XXVI
Coronación de espinas

Cuando la monja volvió a sus visiones sobre la Pasión, sintió una calentura muy fuerte y una sed ardiente. Estaba tan abatida el lunes, después del domingo de Laetare, *que contó lo que sigue con mucho trabajo y sin mayor orden.*

Durante la flagelación de Jesús, Pilatos habló muchas veces al pueblo, que una vez gritó: "Es menester que muera, aunque debamos morir también nosotros". Cuando Jesús fué conducido al cuerpo de guardia, gritaron también: "¡Que muera! ¡que muera!" Después hubo silencio. Pilatos dió órdenes a sus soldados, y los príncipes de los sacerdotes mandaron a sus criados que les trajesen de comer. Pilatos, con el espíritu agitado por sus supersticiones, se retiró algunos instantes para consultar a sus dioses y ofrecerles incienso.

La Virgen y sus amigos se retiraron de la plaza, después de haber recogido la sangre de Jesús. Vi que entraban con sus lienzos ensangrentados en una casita poco distante. No sé de quién era.

La coronación de espinas se hizo en el patio interior del cuerpo de guardia. Había allí cincuenta miserables, criados, carceleros, alguaciles, esclavos y otras gentes de igual jaez. El pueblo estaba alrededor del edificio; pero pronto se vió rodeado de mil soldados romanos, puestos en buen orden, cuyas risas y burlas excitaban el ardor de los verdugos de Jesús, como los aplausos del público excitan a los cómicos.

En medio del patio había un trozo de una columna; pusieron sobre él un banquillo muy bajo, y lo llenaron de piedras agudas. Le quitaron a Jesús los vestidos del cuerpo, cubierto de llagas, y le pusieron una capa vieja colorada de un soldado, que no le llegaba a las rodillas. Lo arrastraron al asiento que le habían preparado, y lo sentaron brutalmente. Entonces le pusieron la corona de espinas alrededor de la cabeza, y la ataron fuertemente por detrás. Estaba hecha de tres varas de espino bien trenzadas, y la mayor parte de las puntas estaban vueltas a propósito hacia dentro. Habiéndosela atado, le pusieron una caña en la mano; todo esto lo hicieron con una gravedad irrisoria, como si realmente lo coronasen rey. Le quitaron la caña de las manos, y le pegaron con tanta violencia en la corona de espinas, que los ojos del Salvador estaban inundados de sangre. Se arrodillaron delante de Él, le hicieron burla, le escupieron a

la cara, y le abofetearon, gritándole: "¡Salve, Rey de los judíos!" Después lo tiraron con su asiento, y lo volvieron a levantar con violencia.

No podría repetir todos los ultrajes que imaginaban estos hombres. Jesús sufría una sed horrible; sus heridas le habían dado calentura, y tenía frío; su carne estaba rasgada hasta los huesos, su lengua estaba contraída, y la sangre sagrada que corría de su cabeza refrescaba su boca ardiente y entreabierta. Jesús fué así maltratado por espacio de media hora en medio de la risa, de los gritos y de los aplausos de los soldados formados alrededor del Pretorio.

XXVII

Ecce Homo

Jesús, cubierto con la capa encarnada, la corona de espinas sobre la cabeza, y el cetro de caña en las manos atadas, fué conducido al palacio de Pilatos. Estaba desconocido a causa de la sangre que le cubría los ojos, la boca y la barba. Su cuerpo era una llaga; andaba encorvado y temblando. Cuando llegó delante de Pilatos, este hombre cruel no pudo menos de temblar de horror y de compasión, mientras el pueblo y los sacerdotes le insultaban y hacían burla. Cuando Jesús subió los escalones, Pilatos se asomó al balcón: tocaron la trompeta para anunciar que el gobernador quería hablar: se dirigió a los príncipes de los sacerdotes y a todos los circunstantes, y les dijo: "Os lo presento otra vez, para que sepáis que no hallo en Él ningún crimen".

Jesús fué conducido cerca de Pilatos, de modo que todo el pueblo podía verlo. Era un espectáculo terrible y lastimoso la aparición del Hijo de Dios, ensangrentado, con la corona de espinas, bajando sus ojos ante el pueblo, mientras que Pilatos, señalándole con el dedo, gritaba a los judíos: *"¡Ecce Homo!"* Los príncipes de los sacerdotes y sus adeptos, llenos de furia, gritaron: "¡Que muera! ¡Que sea crucificado!" "¿No basta ya? (dijo Pilatos). Ha sido tratado de manera que no le quedará gana de ser Rey". Pero estos furiosos gritaban cada vez más: "¡Que muera! ¡Que sea crucificado!" Pilatos mandó tocar otra vez la trompeta, y dijo: "Entonces, tomadlo y crucificadlo, pues no hallo en Él ningún crimen". Algunos de los sacerdotes gritaron: "Tenemos una ley por la cual debe morir, pues se ha llamado Hijo de Dios". Estas palabras, *se ha llamado Hijo de*

Dios, despertaron los temores supersticiosos de Pilatos: hizo conducir a Jesús aparte, y le preguntó de dónde era. Jesús no respondió, y Pilatos le dijo: "¿No me respondes? ¿No sabes que puedo crucificarte o ponerte en libertad?" Y Jesús respondió: "No tendrías tú ese poder sobre Mí, si no lo hubieses recibido de arriba: por eso el que me ha entregado en tus manos ha cometido un gran pecado".

Claudia Procla, temiendo la incertidumbre de su marido, le mandó de nuevo su prenda para recordarle su promesa. Pero él le dió una respuesta vaga y supersticiosa, cuyo sentido era que se abandonaba a los dioses. Los enemigos de Jesús, habiendo sabido los pasos de Claudia en su favor, esparcieron por el pueblo que "los partidarios de Jesús habían seducido a la mujer de Pilatos; que si lo ponían en libertad se uniría con los romanos, y que todos los judíos serían exterminados".

Pilatos, en medio de su incertidumbre, estaba como un hombre ebrio: su razón no sabía a qué medio apelar. Habló otra vez a los enemigos de Jesús; y viendo que pedían su muerte con más violencia que nunca, agitado, incierto, quiso obtener del Salvador una respuesta que lo sacara de este penoso estado: volvió al Pretorio, y se estuvo solo con Él. "¿Será posible que sea un Dios?" se decía a sí mismo, mirando a Jesús ensangrentado y desfigurado; después le suplicó que le dijera si era Dios, si era el Rey prometido a los judíos, hasta dónde se extendía su imperio, y de qué orden era su divinidad. No puedo repetir más que el sentido de la respuesta de Jesús. El Salvador le habló con gravedad y severidad: le dijo en qué consistía su reino y su imperio; después le reveló todos los crímenes secretos que él había cometido; le predijo la suerte miserable que le esperaba, y le anunció que el Hijo del hombre vendría a pronunciar contra él un juicio justo.

Pilatos, medio atemorizado y medio irritado de las palabras de Jesús, volvió al balcón, y dijo otra vez que quería libertar a Jesús. Entonces gritaron: "¡Si lo libertas, no eres amigo del César!" Otros decían que lo acusarían delante del Emperador de haber turbado su fiesta; que era menester acabar, porque a las diez tenían que estar en el templo. Por todas partes se oía gritar: "¡Que sea crucificado!" hasta encima de las azoteas, donde había muchos subidos. Pilatos vió que sus esfuerzos eran inútiles. El tumulto y los gritos eran horribles, y el pueblo estaba en tal estado de agitación, que podía temerse una insurrección. Pilatos mandó que le trajesen agua; un criado se la echó sobre las manos delante del pueblo, y él gritó desde lo alto de

la azotea: "Yo soy inocente de la sangre de este Justo: vosotros responderéis de ella". Inmediatamente se levantó un grito horrible y unánime de todo el pueblo, que se componía de gentes de toda la Palestina: "¡Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros descendientes!"

XXVIII
Reflexiones sobre estas visiones

Siempre que, meditando sobre la dolorosa Pasión de Nuestro Señor, oigo este grito horrendo de los judíos: "¡Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros descendientes!" el efecto de esta maldición solemne me aparece sensiblemente bajo imágenes maravillosas y terribles. Veo sobre el pueblo que grita un cielo negro, cubierto de nubes ensangrentadas, de las cuales salen varas y espadas de fuego. Parece que esa maldición ha penetrado hasta la médula de sus huesos, y hasta a los hijos en el vientre de su madre. Todo el pueblo me parece cubierto de tinieblas; el grito sale de su boca como una llama que recae sobre ellos; entra profundamente dentro de algunos, y sólo vuela sobre otros.

Estos son los que se convirtieron después de la muerte de Jesús; su número fué considerable, pues mientras duraron sus horribles padecimientos, Jesús y María no cesaron de pedir por sus verdugos. Cuando en medio de visiones de esta especie considero las almas de los enemigos de Jesús, y las del Salvador y de su santa Madre, todo lo que en ellas pasa se me presenta bajo diversas figuras. Veo una infinidad de demonios agitarse entre la multitud; los veo excitando a los judíos, hablándoles al oído, entrar en su boca, animarlos contra Jesús, y temblar a la vista de su amor y de su paciencia inalterable. Alrededor de Jesús, de María, del pequeño número de Santos que están allí, hay muchos ángeles; su figura y su vestido varían según su ocupación; representan la consolación, la oración, la unción, o alguna de las obras de misericordia.

Oigo también voces amenazadoras o consoladoras salir de la boca de diversas apariciones como un rayo luminoso de diversos colores. Veo también los movimientos del alma, los padecimientos interiores, en una palabra, todos los sentimientos, mostrarse por medio del pecho y de todo el cuerpo bajo mil formas luminosas o tenebrosas. Entonces comprendo todo eso, pero es imposible explicarlo; y, además, estoy tan mala, tan

acabada por el dolor que me causan mis pecados y los de todos los hombres, estoy tan afligida por los dolores de Nuestro Señor, que no sé cómo pongo el menor orden en lo que digo. Muchas de estas cosas, especialmente las apariciones de demonios y de ángeles, contadas por otras personas que han tenido visiones de la Pasión de Jesucristo, son trozos de intuiciones simbólicas e interiores de esta especie, que varían según el estado del alma del espectador. De ahí nacen contradicciones numerosas, porque se olvidan o se omiten muchas cosas.

La enferma hablaba con frecuencia de objetos de esta especie, o en sus visiones de la Pasión, o antes. La mayor parte de las veces no quería contarlo, para no poner confusión en sus narraciones. Se ve bien que le sería difícil, en medio de todas esas apariciones, conservar el hilo de la narración. Por eso no se debe extrañar, si se hallase en el curso de estas relaciones. algunos vacíos o algún desorden.

XXIX
Jesús condenado a muerte de cruz

Pilatos estaba más dudoso que nunca: su conciencia decía: "Jesús es inocente"; su mujer decía: "Jesús es Santo"; su superstición decía: "Es el enemigo de tus dioses"; su cobardía decía: "Es un Dios y se vengará". Irritado y asustado al mismo tiempo de las últimas palabras que le había dicho Jesús, hizo el último esfuerzo para salvarlo; pero los judíos le causaron un nuevo terror amenazándolo con quejarse al Emperador. El miedo al Emperador le determinó a hacer la voluntad de ellos, en contrario con la justicia, con su propia convicción y con la palabra que le había dado a su mujer. Dió la sangre de Jesús a los judíos, y para lavar su conciencia no tuvo más que el agua que hizo echar sobre sus manos diciendo: "Soy inocente de la sangre de este Justo; vosotros responderéis de ella". No, Pilatos; tú también tendrás que dar cuenta de ella, pues eres un juez inicuo y sin conciencia: esta sangre de que quieres lavar tus manos no servirá para lavar tu alma.

Cuando los judíos, habiendo pronunciado la maldición sobre sí y sobre sus hijos, pidieron que esa sangre redentora que pide misericordia para nosotros pidiera venganza contra ellos, Pilatos mandó hacer los preparativos para pronunciar la sentencia. Mandó traer sus vestidos de ceremonia, se puso un tocado en donde brillaba una piedra preciosa, y otra capa; pusie-

ron también delante de él un palo. Estaba rodeado de soldados, precedido de oficiales del tribunal, y seguido de escribas con rollos de tabletas. Delante tenía un hombre que tocaba la trompeta. Así fué desde su palacio hasta la plaza, donde había enfrente de la columna de la flagelación un sitio elevado para pronunciar los juicios. Este tribunal se llamaba *Gabbata*: era una elevación redonda, adonde se subía por escalones. Había encima un asiento para Pilatos, y detrás un banco para empleados inferiores. Alrededor había un gran número de soldados, y algunos estaban subidos sobre los escalones. Muchos de los fariseos se habían ido ya al templo. No hubo más que Anás, Caifás y otros veintiocho que vinieron al tribunal cuando Pilatos se puso sus vestidos de ceremonia. Los dos ladrones habían sido ya conducidos al tribunal cuando Jesús fué presentado al pueblo.

El Salvador, con su capa colorada y su corona de espinas, fué conducido delante del tribunal, y puesto entre los dos malhechores. Cuando Pilatos se sentó en su asiento, dijo a los judíos: "¡Ved aquí a vuestro Rey!" y ellos respondieron: "¡Crucifícalo!" "¿Queréis que crucifique a vuestro Rey?", volvió a decir Pilatos. "¡No tenemos más Rey que César!" gritaron los príncipes de los sacerdotes. Pilatos no dijo nada más, y comenzó a pronunciar el juicio. Los dos ladrones habían sido condenados anteriormente al suplicio de la cruz, pero los príncipes de los sacerdotes habían diferido su ejecución, porque querían hacer una afrenta más a Jesús, asociándolo en su suplicio a dos malhechores de la última clase. Las cruces de los dos ladrones estaban al lado de ellos: la del Salvador no estaba todavía porque no se había pronunciado su sentencia de muerte.

La Virgen Santísima, que se había retirado después de la flagelación, se introdujo de nuevo en medio de la multitud para oír la sentencia de muerte de su Hijo y de su Dios. Jesús estaba de pie en medio de los alguaciles, al pie de los escalones del tribunal. La trompeta sonó para imponer silencio, y Pilatos pronunció su sentencia sobre el Salvador con el desenfado de un cobarde. Me irrité de tanta bajeza y de tanta doblez. La vista de ese miserable, hinchado de su importancia; el triunfo y la sed de sangre de los príncipes de los sacerdotes; el abatimiento y el dolor profundo del Salvador; las indecibles angustias de María y de las santas mujeres; el ansia atroz con que los judíos esperaban su víctima; la postura insolente de los soldados; en fin, el aspecto de tan horribles figuras de demonios, que veía en medio de la multitud, todo eso me tenía aterrada. Sentía que debía haber estado donde estaba Jesús, mi querido Esposo,

pues entonces la sentencia hubiera sido justa; pero sufría tanto, que no me acuerdo exactamente de todo lo que vi. Diré lo que recuerdo.

Pilatos comenzó por un largo preámbulo, en el cual daba los nombres más sublimes al emperador Tiberio; después expuso la acusación intentada contra Jesús, que los príncipes de los sacerdotes habían condenado a muerte por haber alterado la paz pública y violado su ley, haciéndose llamar Hijo de Dios y Rey de los judíos, habiendo el pueblo pedido su muerte por voz unánime. El miserable añadió que encontraba esa sentencia conforme a la justicia, él, que no había cesado de proclamar la inocencia de Jesús; y al acabar, dijo: "Condeno a Jesús de Nazaret, Rey de los judíos, a ser crucificado"; y mandó traer la cruz. Me parece que rompió un palo largo, y que tiró los pedazos a los pies de Jesús.

A estas palabras, la Madre de Jesús cayó sin conocimiento; ahora no había duda: la muerte de su querido Hijo era cierta, la muerte más cruel e ignominiosa. Juan y las santas mujeres se la llevaron, para que los hombres cegados que la rodeaban no insultaran su dolor; mas apenas volvió en sí, tuvieron que conducirla por todos los sitios adonde su Hijo había sufrido, y adonde quería sufrir el sacrificio de sus lágrimas; así la Madre del Salvador tomó posesión por la Iglesia de esos lugares santificados.

Pilatos escribió el juicio en su tribunal, y los que estaban detrás de él lo copiaron tres veces. Lo que escribió era diferente de lo que había dicho; yo vi que, mientras tanto, su espíritu estaba agitado: parecía que el ángel de la cólera dirigía su pluma, y el sentido era éste: "Forzado por los príncipes de los sacerdotes, el Sanedrín y el pueblo, a punto de sublevarse, que pedían la muerte de Jesús de Nazaret, como culpable de haber agitado la paz pública, blasfemado y violado su ley, se lo he entregado para ser crucificado, aunque sus inculpaciones no me parecían claras, por no ser acusado delante del Emperador de haber favorecido la insurrección de los judíos, descontentándolos por un maravedí de justicia". Después escribió la inscripción de la cruz sobre una tablita de color oscuro. La sentencia se transcribió muchas veces, y se envió a diferentes puntos. Los príncipes de los sacerdotes se quejaron de que el juicio estaba en términos poco favorables para ellos; objetaron también contra la inscripción, y pidieron que no pusiera "Rey de los Judíos", sino "que se ha llamado Rey de los Judíos". Pilatos, impaciente, les respondió lleno de cólera: "Lo que está escrito,

escrito está" Querían también que la cruz de Jesús no elevara su cabeza por encima de las otras de los dos ladrones: sin embargo, era menester hacerla más alta, porque por culpa de los obreros no había espacio para poner la inscripción de Pilatos. Se valían de este pretexto para suprimir la inscripción, que les parecía injuriosa para ellos. Mas Pilatos no quiso consentir, y tuvieron que alargar la cruz, añadiéndole un nuevo pedazo. Esas diferentes circunstancias concurrieron a dar a la cruz su forma definitiva: sus dos brazos se elevaban como las ramas de un árbol separándose del tronco, y se parecía a una Y, con la parte inferior prolongada entre las otras dos: los brazos eran más delgados que el tronco, y cada uno de ellos había sido puesto por separado; también habían clavado un tarugo a los pies para sostenerlos.

Mientras que Pilatos pronunciaba su juicio inicuo, vi que su mujer, Claudia Procla, le devolvía su prenda y la renunciaba. En la tarde de este mismo día se salió secretamente del palacio para refugiarse con los amigos de Jesús, y la tuvieron escondida en un subterráneo debajo de la casa de Lázaro, en Jerusalén. Ese mismo día, o poco tiempo después, vi a un amigo del Salvador grabar sobre una piedra verduzca, detrás de la altura de Gabbata, dos líneas, donde había estas palabras: *Judex injustus,* y el nombre de Claudia Procla: esta piedra se halla todavía en los cimientos de una casa o de una iglesia en Jerusalén, en el sitio donde estaba Gabbata. Claudia Procla se hizo cristiana, siguió a San Pablo, y fué su fiel discípula.

Habiendo sido pronunciada la sentencia, Jesús fué entregado a los alguaciles como una presa; le trajeron sus vestidos que le habían quitado en casa de Caifás; los habían guardado, y sin duda algunos hombres compasivos los habían lavado, pues estaban limpios. Los hombres perversos que rodeaban a Jesús le desataron las manos para poderlo vestir; arrancaron de su cuerpo, lleno de llagas, la capa de lana colorada que le habían puesto por irrisión, y le echaron su escapulario sobre las espaldas. Como la corona de espinas era muy ancha e impedía que se le pusiese la túnica oscura, inconsútil, que le había hecho su Madre, se la arrancaron de la cabeza, y todas sus heridas echaron sangre de nuevo con indecibles dolores. Le pusieron también su vestidura de lana blanca, su cinturón y su manto; después le volvieron a atar en medio del cuerpo la correa de puntas de hierro, de la cual salían los cordeles con los que tiraban de Él; todo esto lo hicieron con su brutalidad y su crueldad habituales.

Los dos ladrones estaban a derecha e izquierda de Jesús; tenían las manos atadas y una cadena al cuello: estaban cubiertos de cicatrices lívidas que provenían de su flagelación de la víspera: el que se convirtió después, estaba desde entonces tranquilo y pensativo; el otro, grosero e insolente, se unía a los alguaciles para maldecir e insultar a Jesús, que miraba a sus dos compañeros con amor, y ofrecía sus tormentos por su salvación. Los alguaciles juntaban los instrumentos del suplicio, y lo preparaban todo para esta terrible y dolorosa operación. Anás y Caifás habían acabado sus discusiones con Pilatos: tenían dos bandas de pergamino con la copia de la sentencia, y se dirigían con precipitación al templo, temiendo llegar tarde. Los príncipes de los sacerdotes se separaron del Cordero pascual para ir al templo a sacrificar y a comer el símbolo, dejando a infames verdugos conducir al altar de la cruz el Cordero de Dios, de que el otro era sólo la figura: habían puesto cuidado en no cometer ninguna impureza exterior, y su alma estaba manchada con la cólera, el odio y la envidia. Habían gritado: "¡Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!": y estas palabras habían cumplido la ceremonia: habían puesto la mano del sacrificador sobre la víctima. Aquí se separaban los dos caminos que conducían al altar de la Ley y al altar de la Gracia. Pilatos, pagano orgulloso e irresoluto, esclavo del mundo, temblando delante de Dios, y adorando los ídolos, tomó entre los dos caminos, y se volvió a su palacio. La inicua sentencia fué pronunciada a las diez de la mañana.

XXX

Jesús lleva su cruz

Cuando Pilatos salió del tribunal, una parte de los soldados le siguió, y se formó delante del palacio; una pequeña escolta se quedó con los condenados. Veintiocho fariseos armados, entre los cuales estaban los enemigos de Jesús que habían tomado parte en su arresto en el Huerto de los Olivos, vinieron a caballo para acompañarlo al suplicio. Los alguaciles condujeron al Salvador en medio de la plaza, adonde vinieron esclavos a echar la cruz a sus pies. Los dos brazos estaban provisionalmente atados a la pieza principal con cuerdas. Jesús se arrodilló cerca de ella, la abrazó y la besó tres veces, dirigiendo a su Padre acciones de gracias por la redención del género humano. Como los sacerdotes paganos abrazaban un nuevo altar, así el

Señor abrazaba su cruz. Los soldados levantaron a Jesús sobre sus rodillas, y tuvo que cargar con mucha pena con este peso sobre su hombro derecho. Vi ángeles invisibles ayudarle, pues si no, no hubiera podido levantarla. Mientras Jesús oraba, pusieron sobre el pescuezo a los dos ladrones las piezas traveseras de sus cruces, atándoles las manos; las grandes piezas las llevaban esclavos. La trompeta de la caballería de Pilatos tocó, y uno de los fariseos a caballo se acercó a Jesús, agobiado bajo su carga, y le dijo: "Basta de buenas palabras; adelante". Lo levantaron con violencia, y sintió caer sobre sus hombros todo el peso que debemos llevar después de Él, según sus santas y verídicas palabras. Entonces comenzó la marcha triunfal del Rey de los reyes, tan ignominiosa sobre la tierra y tan gloriosa en el cielo.

Habían atado dos cuerdas a la punta del árbol de la cruz, y dos soldados la mantenían en el aire; otros cuatro tenían las cuerdas atadas a la cintura de Jesús. El Salvador, bajo su peso, me recordó a Isaac llevando a la montaña el haz de leña para su sacrificio. La trompeta de Pilatos dió la señal de la marcha, porque el gobernador en persona quería ponerse a la cabeza de un destacamento para impedir todo movimiento tumultuoso. Estaba a caballo, cubierto con sus armas, rodeado de sus oficiales y de tropa de caballería. Detrás venía un cuerpo de trescientos hombres de infantería, todos de las fronteras de Italia y de Suiza. Delante iba un trompeta que tocaba en todas las esquinas, y proclamaba la sentencia. A pocos pasos venía una multitud de hombres y de chiquillos, que traían cordeles, clavos, cuñas y cestas que contenían diferentes objetos; otros, más robustos, traían palos, escaleras y las piezas principales de las cruces de los dos ladrones; detrás venían algunos fariseos a caballo, y un joven que llevaba sobre el pecho la inscripción que Pilatos había hecho para la cruz; llevaban también en la punta de un palo la corona de espinas de Jesús, que no habían querido dejarle sobre la cabeza mientras llevaba la cruz. Ese joven no era muy malo. Al fin venía nuestro Señor, desnudos los pies y ensangrentados, abrumado bajo el peso de la cruz, temblando, lleno de llagas y de heridas, sin haber comido, ni bebido, ni dormido desde la cena de la víspera, debilitado por la pérdida de sangre, devorado por la fiebre, la sed y dolores infinitos: con la mano derecha sostenía la cruz sobre su hombro derecho; su mano izquierda, cansada, hacía de cuando en cuando esfuerzos para levantar el largo vestido, con que tropezaban sus pies heridos. Cuatro soldados tenían a cierta distancia las

puntas de los cordeles atadas a la cintura: los de delante le tiraban; los dos que seguían le empujaban, de suerte que no podía afirmar el paso. Sus manos estaban heridas por los cordeles que las habían tenido atadas; su cara estaba ensangrentada e hinchada; la barba y sus cabellos manchados de sangre; el peso de la cruz y las cadenas apretaban contra su cuerpo el vestido de lana, que se pegaba a sus llagas y las abría. A su alrededor no había más que irrisión y crueldad; mas su boca rezaba y sus ojos perdonaban. Detrás de Jesús iban los dos ladrones, llevados también por cuerdas. No tenían más vestido que un delantal; la parte superior del cuerpo estaba cubierta de una especie de escapulario sin mangas, abierto por los dos lados; tenían la cabeza cubierta con un gorro de paja. La mitad de los fariseos a caballo cerraban la marcha; algunos de ellos corrían acá y allá para mantener el orden. A una distancia bastante grande venía la escolta de Pilatos: el gobernador romano con su uniforme de guerra, en medio de sus oficiales, precedido de un escuadrón de caballería, y seguido de trescientos infantes, atravesó la plaza, y entró en una calle bastante ancha, corriendo por el pueblo para impedir todo movimiento popular.

Jesús fué conducido por una calle estrecha y que rodeaba, para no estorbar a la gente que iba al templo ni a la tropa de Pilatos. La mayor parte del pueblo se había puesto en movimiento, después de haber condenado a Jesús. Una gran parte de los judíos se fueron a sus casas o al templo, a fin de acabar los preparativos para sacrificar el cordero pascual; sin embargo, la multitud era todavía numerosa, y se precipitaba delante para ver pasar la triste procesión: la escolta de los soldados romanos impedía que se juntasen a ellos, y los curiosos tenían que dar vueltas por calles que atravesaban, y que correr delante: la mayor parte fueron hasta el Calvario. La calle por donde pasaba Jesús era muy estrecha y muy sucia; tuvo mucho que sufrir: los soldados estaban a su lado; el pueblo lo injuriaba desde las ventanas; los esclavos le tiraban lodo e inmundicias, y hasta los niños recogían piedras en sus vestidos y se las tiraban o se las echaban ante su paso.

XXXI
Primera caída de Jesús debajo de la cruz

La calle, poco antes de su fin, tuerce a la izquierda, se ensancha y sube un poco: por ella pasa un acueducto subterráneo, que viene del monte Sión: antes de la subida hay un hoyo, donde hay con frecuencia agua y lodo cuando llueve, por cuya razón han puesto una piedra grande para facilitar el paso. Cuando llegó Jesús a este sitio, ya no podía andar: como los soldados tiraban de Él y lo empujaban sin misericordia, se cayó a lo largo contra esa piedra, y la cruz cayó a su lado. Los verdugos se pararon, llenándole de imprecaciones y pegándole; la escolta se paró un momento en desorden. En vano Jesús tendía la mano para que le ayudasen, diciendo: "¡Ah, presto se acabará!", y rogó por sus verdugos; mas los fariseos gritaron: "¡Levantadlo, si no morirá en nuestras manos!" A los dos lados del camino había mujeres llorando y niños asustados. Sostenido por un socorro sobrenatural, Jesús levantó la cabeza, y aquellos hombres atroces, en lugar de aliviar sus tormentos, le pusieron la corona de espinas. Habiéndolo levantado, le cargaron la cruz sobre los hombros, y tuvo que ladear la cabeza, con dolores infinitos, para poder colocar sobre el hombro el peso con que estaba cargado.

XXXII
Segunda caída de Jesús debajo de la cruz

La dolorosa Madre de Jesús había salido de la plaza después de pronunciada la sentencia inicua, acompañada de Juan y de algunas mujeres. Había visitado muchos sitios santificados por los padecimientos de Jesús: pero cuando el sonido de la trompeta, el ruido del pueblo y la escolta de Pilatos anunciaron la ida para el Calvario, no pudo resistir al deseo de ver todavía a su divino Hijo, y pidió a Juan que la condujese a uno de los sitios por donde Jesús había de pasar; se fueron a un palacio cuya puerta daba a la calle adonde entró la escolta después de la primera caída de Jesús; era, si no me equivoco, la habitación del sumo pontífice Caifás, pues su tribunal estaba sólo en Sión. Juan obtuvo de un criado o portero compasivo el permiso de ponerse a la puerta con María y los que la acompañaban. La Madre de Dios estaba pálida y con los ojos llenos de lágrimas,

y cubierta enteramente con un manto pardo azulado. Se oía ya el ruido que se acercaba, el sonido de la trompeta y la voz del pregonero publicando la sentencia en las esquinas. El criado abrió la puerta; el ruido era cada vez más grande y espantoso. María oró, y dijo a Juan: "¿Debo ver este espectáculo? ¿Debo huir? ¿Cómo podré yo soportarlo?" Al fin salieron a la puerta: María se paró y miró; la escolta estaba a ochenta pasos; no había gente delante, sino por los lados y atrás. Cuando los que llevaban los instrumentos del suplicio se acercaron con aire insolente y triunfante, la Madre de Jesús se puso a temblar y a gemir, juntando las manos, y uno de aquellos hombres preguntó: "¿Quién es esa Mujer que se lamenta?", y otro respondió: "Es la Madre del Galileo". Cuando los miserables oyeron tales palabras, llenaron de injurias a esta dolorosa Madre, la señalaban con el dedo, y uno de ellos tomó en sus manos los clavos con que debían clavar a Jesús en la cruz, y se los presentó a la Virgen burlándose. María miró a Jesús, y se agarró a la puerta para no caerse, pálida como un cadáver, con los labios lívidos. Los fariseos pasaron a caballo; después el niño que llevaba la inscripción; detrás su Santísimo Hijo Jesús, temblando, doblado bajo la pesada carga de la cruz, inclinando sobre el hombro su cabeza coronada de espinas. Echaba sobre su Madre una mirada de compasión, y, habiendo tropezado, cayó por segunda vez sobre sus rodillas y sobre sus manos. María, en medio de la violencia del dolor, no vió ni soldados ni verdugos; no vió más que a su querido Hijo; se precipitó desde la puerta de la casa en medio de los soldados que maltrataban a Jesús, cayó de rodillas a su lado, y se abrazó a Él. Yo oí estas palabras: "¡Hijo mío!", "¡Madre mía!"; pero no sé si realmente fueron pronunciadas, o sólo en el pensamiento.

Hubo un momento de desorden: Juan y las santas mujeres querían levantar a María. Los alguaciles la injuriaban; uno de ellos le dijo: "Mujer, ¿qué vienes a hacer aquí? Si lo hubieras educado mejor, no estaría en nuestras manos". Algunos soldados tuvieron compasión. Sin embargo, echaron a la Virgen hacia atrás, pero ningún alguacil la tocó. Juan y las santas mujeres la rodearon, y cayó como muerta sobre sus rodillas, encima de la piedra angular de la puerta, donde sus manos se imprimieron. Esta piedra, que era muy dura, fué trasportada a la primera iglesia católica, cerca de la piscina de Betesda, en el episcopado de Santiago el Menor. Los dos discípulos que estaban con la Madre de Jesús se la llevaron al interior de la casa, y cerraron la puerta. Mientras tanto, los alguaciles levantaron a Jesús, y

le pusieron de otro modo la cruz sobre los hombros. Los brazos de la cruz se habían desatado: uno de ellos había resbalado, y se había enredado en las cuerdas; éste fué el que Jesús abrazó; de suerte que por detrás todo el peso del madero arrastraba más por el suelo. Yo vi acá y allá, en medio de la multitud que seguía la escolta profiriendo maldiciones e injurias, algunas mujeres cubiertas con sus velos y derramando lágrimas.

XXXIII
Simón Cirineo. Tercera caída de Jesús

Llegaron a la puerta de una muralla vieja interior de la ciudad. Delante de ella hay una plaza, de donde parten tres calles. En esa plaza, Jesús, al pasar sobre una piedra gruesa, tropezó y cayó; la cruz quedó a su lado, y no se pudo levantar. Algunas personas bien vestidas que pasaban para ir al templo, exclamaron, llenas de compasión: "¡Ah! ¡El pobre Hombre se muere!" Hubo algún tumulto: no podían poner a Jesús en pie, y los fariseos dijeron a los soldados: "No podremos llevarlo vivo, si no buscáis un hombre que le ayude a llevar la cruz". Vieron a poca distancia un pagano, llamado Simón Cirineo, acompañado de sus tres hijos, que llevaba debajo del brazo un haz de ramas menudas, pues era jardinero y venía de trabajar en los jardines situados cerca de la muralla oriental de la ciudad. Estaba en medio de la multitud, de donde no podía salir, y los soldados, habiendo reconocido por su traje que era un pagano y un obrero de clase inferior, le tomaron y le mandaron que ayudara al Galileo a llevar su cruz. Primero rehusó, pero tuvo que ceder a la fuerza. Sus hijos lloraban y gritaban, y algunas mujeres que los conocían los recogieron. Simón sentía mucho disgusto y repugnancia a causa del triste estado en que se hallaba Jesús, y de su ropa toda llena de lodo. Mas Jesús lloraba, y le miraba con ternura. Simón le ayudó a levantarse, y al instante los alguaciles ataron sobre sus hombros uno de los brazos de la cruz. Él seguía a Jesús, que se sentía aliviado de su carga. Se pusieron otra vez en marcha. Simón era un hombre robusto, de cuarenta años; sus hijos llevaban vestidos de diversos colores. Dos eran ya crecidos, se llamaban Rufo y Alejandro: se reunieron después a los discípulos de Jesús. El tercero era más pequeño, y lo he visto con San Esteban, aún niño. Simón no llevó mucho tiempo la cruz sin sentirse penetrado de compasión.

XXXIV
Verónica y el sudario

La escolta entró en una calle larga, que torcía un poco a la izquierda, y que estaba cortada por otras transversales. Muchas personas bien vestidas se dirigían al templo; pero algunas se retiraban a vista de Jesús, por el temor farisaico de contaminarse: otras mostraban alguna compasión. Habían andado unos doscientos pasos desde que Simón ayudara a Jesús a llevar la cruz, cuando una mujer de elevada estatura y de aspecto imponente, llevando de la mano a una niña, salió de una hermosa casa situada a la izquierda, y se puso delante. Era Serafia, mujer de Sirac, miembro del Consejo del templo, que se llamó Verónica, de *Vera Icon* (verdadero retrato), a causa de lo que hizo en ese día.

Serafia había preparado en su casa un excelente vino aromatizado, con la piadosa intención de dárselo a beber al Señor en su camino de agonía. Salió a la calle, cubierta con su velo; tenía un lienzo sobre sus hombros; una niña de nueve años, que había adoptado, estaba a su lado, y escondió, al acercarse la escolta, el vaso lleno de vino. Los que iban delante quisieron rechazarla; mas ella se abrió paso en medio de la multitud, de los soldados y de los alguaciles: llegó hasta Jesús, se arrodilló, y le presentó el lienzo extendido, diciendo: "Permitidme que limpie la cara de mi Señor". El Señor tomó el paño, lo aplicó sobre su cara ensangrentada, y se lo devolvió, dándole las gracias. Serafia, después de haberlo besado, lo metió debajo de su manto, y se levantó. La niña alzó tímidamente el vaso de vino hacia Jesús; pero los soldados no permitieron que bebiera. La osadía y la prontitud de esta acción habían excitado un movimiento en la multitud, por lo que se paró la escolta cerca de dos minutos, y Verónica había podido presentar el sudario. Los fariseos y los alguaciles, irritados de esta parada, y, sobre todo, de este homenaje público rendido al Salvador, pegaron y maltrataron a Jesús, mientras la Verónica entraba en su casa.

Apenas había penetrado en su cuarto, extendió el sudario sobre la mesa que tenía delante, y cayó sin conocimiento. La niña se arrodilló a su lado llorando. Un amigo que venía a verla la halló así al lado de un lienzo extendido, en que la cara ensangrentada de Jesús veíase estampada de un modo maravilloso. Se sorprendió con ese espectáculo; la hizo volver en sí, y le mostró el sudario, delante del cual ella se arrodilló, llorando

y diciendo: "Ahora lo quiero dejar todo, pues el Señor me ha dado un recuerdo". Este sudario era de lana fina, tres veces más largo que ancho, y se llevaba habitualmente alrededor del cuello: era costumbre ir con un sudaro semejante a socorrer los afligidos o los enfermos, y limpiarles la cara en señal de dolor o de compasión. Verónica guardó siempre el sudario a la cabecera de su cama. Después de su muerte fué para la Virgen, y después para la Iglesia por intermedio de los apóstoles.

Serafia era prima de Juan Bautista, pues su padre y Zacarías eran hijos de dos hermanos.

Cuando María, a la edad de cuatro años, fué llevada a Jerusalén para formar parte de las vírgenes del templo, Joaquín y Ana se hospedaron en casa de Zacarías. Se hallaba en ella un se quedó en Jerusalén para enseñar en el templo, Serafia, que Tenía lo menos cinco años más que la Virgen, y asistió a su casamiento con San José. Era también parienta del viejo Simeón, que profetizó entonces la presentación de Jesús en el templo, y estaba unida con sus hijos desde su infancia. Estos tenían, como su padre, un vivo deseo de la venida del Mesías, y también lo tenía Serafia. Cuando Jesús, de edad de doce años, se quedó en Jerusalén para enseñar en el templo, Serafia, que estaba todavía soltera, le enviaba su comida a una pequeña posada a un cuarto de legua de Jerusalén, en que permanecía cuando no estaba en el templo, y adonde María poco después de la Natividad, viniendo de Belén para presentar a Jesús en el templo, se había detenido un día y dos noches en casa de dos ancianos. Eran esenios, que conocían a la Sagrada Familia. Esta posada era una fundación para los pobres: Jesús y los discípulos venían con frecuencia a alojarse en ella.

Serafia se casó tarde; su marido, Sirac, era descendiente de la casta Susana: era miembro del Consejo del templo. Al principio era muy opuesto a Jesús, y su mujer tuvo mucho que sufrir de él a causa de su amor al Salvador. José de Arimatea y Nicodemo lo redujeron a mejores sentimientos, y permitió a Serafia que siguiera a Jesús. En el juicio en casa de Caifás se declaró en favor de Jesús con José y Nicodemo, y, como ellos, se separó del Sanedrín. Serafia era mujer de más de cincuenta años: en la entrada triunfal del Domingo de Ramos la vi desatar su velo y echarlo en el camino por donde pasaba el Salvador. Este mismo velo fué el que presentó a Jesús en esta marcha todavía más triunfante para limpiarle el rostro adorable, y que le hizo dar, a la que lo poseía, el nuevo nombre de *Verónica.*

XXXV
Cuarta y quinta caídas de Jesús. Las hijas de Jerusalén

La escolta estaba todavía a cierta distancia de la puerta situada en la dirección del Sudoeste. Se pasa debajo de una bóveda, por encima de un puente y debajo de otra bóveda. A la izquierda de la puerta, la muralla de la ciudad se dirige al Mediodía para rodear el monte de Sión. Al acercarse a la puerta, los alguaciles empujaron a Jesús en medio de un lodazal. Simón Cirineo quiso pasar al lado, y habiendo ladeado la cruz, Jesús cayó por la cuarta vez en el lodo. Entonces, en medio de sus lamentos, dijo con voz inteligible: "¡Ah Jerusalén, cuánto te he amado! ¡He querido juntar a tus hijos como la gallina junta a sus polluelos debajo de sus alas, y tú me echas tan cruelmente fuera de tus puertas!" Al oír estas palabras, los fariseos le insultaron de nuevo, le pegaron y le arrastraron para sacarle del lodo. Simón Cirineo se indignó tanto de ver esa crueldad, que exclamó: "Si no cesáis en vuestras infamias, dejo la cruz, aunque me matéis también".

Al salir de la puerta se ve un camino estrecho y pedregoso, que se dirige al Norte y conduce al Calvario. El camino real, del cual se aparta aquél, se divide en tres a cierta distancia: el uno vuelve a la izquierda y conduce a Belén por el valle de Gihón; el otro se dirige al Occidente y conduce a Emaús y a Joppé; el tercero da la vuelta al Calvario, y concluye en la puerta del ángulo que conduce a Betsur. Desde esta puerta, por donde salió Jesús, se puede ver la de Belén. Habían puesto en el sitio donde empieza el camino del Calvario, sobre un palo, una tabla anunciando la condenación a muerte de Jesús y de los dos ladrones. En el ángulo de este camino había una multitud de mujeres que lloraban y gemían. Eran vírgenes y pobres mujeres de Jerusalén, con sus niños, que habían ido delante; otras habían venido, para la Pascua, de Belén, de Hebrón y de los lugares circunvecinos.

Jesús se desfalleció, pero no cayó al suelo, porque Simón dejó la cruz en tierra, se acercó a Él y le sostuvo. Esta es la quinta caída de Jesús debajo de la cruz. A vista de su cara tan desfigurada y tan llena de heridas, comenzaron a dar lamentos, y según la costumbre de los judíos, le presentaron lienzos para limpiarse el rostro. El Salvador se volvió hacia ellas, y les dijo: "Hijas de Jerusalén, no lloréis por Mí; llorad sobre vosotras mismas y sobre vuestros hijos, pues vendrá un tiempo en que

se dirá: ¡felices las estériles y las entrañas que no han engendrado y los pechos que no han dado de mamar! Entonces empezarán a decir a los montes: "¡Caed sobre nosotros!" y a las alturas: "¡Cubridnos", Pues si así se trata a la madera verde, ¿qué será con la seca?" Aquí se pararon en este sitio: los que llevaban los instrumentos del suplicio fueron al monte Calvario, seguidos de cien soldados romanos de la escolta de Pilatos, que le seguían de lejos. Al llegar a la puerta, se volvió al interior de la ciudad.

XXXVI

Jesús sobre el Gólgota. Sexta y séptima caídas de Jesús

Se pusieron en marcha. Jesús, doblado bajo su carga y bajo los golpes de los verdugos, subió con mucho trabajo el rudo camino que dirigía al Norte, entre las murallas de la ciudad y el monte Calvario. En el sitio en donde el camino tuerce al Mediodía, se cayó por la sexta vez, y esta caída fué muy dolorosa. Le empujaron y pegaron más brutalmente que nunca, y llegó a la roca del Calvario, adonde cayó por la séptima vez.

Simón Cirineo, maltratado también y cansado, estaba lleno de indignación y de piedad: hubiera querido aliviar todavía a Jesús, pero los alguaciles le echaron, llenándole de injurias. Se reunió poco después a los discípulos. Echaron también toda la gente que había venido sin tener nada que hacer. Los fariseos a caballo habían seguido caminos cómodos, situados al lado occidental del Calvario. Desde esta altura se puede ver por encima de los muros de la ciudad. El llano que hay en la elevación, teatro horrendo del suplicio, es de forma circular; está rodeado de un terraplén cortado por cinco caminos. Estos cinco caminos se hallan en muchos sitios del país, en los cuales se baña, se bautiza, en la piscina de Betesda: muchos pueblos tienen también cinco puertas. Hay en esto, como en todo lo de la Tierra Santa, una profunda significación profética, a causa de la abertura de los cinco medios de salvación en las cinco llagas del Salvador. Los fariseos a caballo se pararon delante de la llanura al lado occidental, adonde la cuesta es suave: el lado por donde conducen a los condenados es áspero y rápido. Cien soldados romanos se hallaban dispersos acá y allá. Algunos estaban con los ladrones, que no habían sido conducidos al llano para dejar la plaza libre; pero los habían recostado sobre las espaldas un poco más abajo, dejándoles los brazos atados a los maderos tras-

versales de sus cruces. Mucha gente, la mayor parte de baja clase, extranjeros, esclavos, paganos, muchas mujeres, todas personas que no temían contaminarse, estaban alrededor del llano o sobre las alturas circunvecinas.

Eran las doce menos cuarto cuando el Señor dió la última caída y echaron a Simón. Los alguaciles tiraron de Jesús para levantarlo, desataron los pedazos de la cruz, y los pusieron en el suelo. ¡Qué doloroso espectáculo presentaba el Salvador, de pie, en el sitio de su suplicio, tan triste, tan pálido, tan despedazado, tan ensangrentado! Los alguaciles lo tiraron al suelo, insultándolo: "Rey de los judíos, le decían, vamos a alzar tu trono". Pero Él mismo se acostó sobre la cruz, y lo extendieron para tomar medidas de sus miembros; después lo condujeron a sesenta pasos al Norte, a una especie de cavidad abierta en la roca, que parecía una cisterna: lo empujaron tan brutalmente, que se hubiera roto las rodillas contra la piedra, si los ángeles no lo hubiesen socorrido. Le oí gemir de un modo que partía el corazón. Cerraron la entrada, y dejaron centinelas. Entonces comenzaron sus preparativos. En medio del llano circular estaba el punto más elevado de la roca del Calvario: era una eminencia redonda, de dos pies de altura, a la cual se subía por escalones. Abrieron en ella tres hoyos, adonde debían plantarse las tres cruces, y pusieron a derecha y a izquierda las cruces de los dos ladrones, excepto las piezas trasversales, a las cuales ellos tenían las manos atadas, y que fueron clavadas después sobre la pieza principal. Pusieron la cruz en el sitio adonde debían enclavarlo, de modo que pudieran levantarla sin dificultad y dejarla caer en el hoyo. Clavaron los dos brazos y el pedazo de madera para sostener los pies; abrieron agujeros para los clavos y para la inscripción; hicieron muescas para la corona y para los riñones del Señor, a fin de que todo su cuerpo fuese sostenido y no colgado, y que el peso no pendiera de las manos, que se hubieran podido arrancar de los clavos. Clavaron estacas en la tierra, y fijaron en ellas un madero que debía servir de apoyo a las cuerdas para levantar la cruz: en fin, hicieron otros preparativos de esta especie.

XXXVII

María y sus amigas van al Calvario

Cuando la Virgen, después de su doloroso encuentro con Jesús llevando la cruz, fué trasladada sin conocimiento, el amor

y el deseo ardiente de estar con su Hijo, y de no abandonarle, le dieron una fuerza sobrenatural. Se fué a casa de Lázaro, cerca de la puerta del ángulo adonde estaban las otras santas mujeres, y salieron diez y siete para seguir el camino de la Pasión. Las vi, cubiertas con sus velos, ir a la plaza, sin cuidarse de las injurias del pueblo; besar el suelo en donde Jesús se había cargado con la cruz, y seguir el camino que había llevado. María buscaba los vestigios de sus pasos, y mostraba a sus compañeras los sitios consagrados por alguna circunstancia dolorosa. De este modo la devoción más tierna de la Iglesia fué escrita por la primera vez en el corazón maternal de María con la espada que predijo el viejo Simeón: pasó de su boca sagrada a sus compañeras, y de éstas hasta nosotros. Así la tradición de la Iglesia se perpetúa del corazón de la madre al corazón de los hijos. En todo tiempo los judíos han venerado los lugares consagrados por alguna acción santa. Levantan piedras, hacen peregrinaciones, y van a adorar. Así el culto del camino sagrado de la cruz tuvo su origen bajo los pies mismos de Jesús, gracias al amor de la más tierna de las madres, y según las miras de Dios sobre su pueblo.

Estas santas mujeres entraron en casa de Verónica, porque Pilatos volvía por la misma calle con su escolta. Las santas mujeres examinaron llorando la cara de Jesús estampada en el sudario, y admirando la gracia que había hecho a su fiel amiga. Tomaron el vaso de vino aromatizado que no habían dejado beber a Jesús, y se dirigieron todas juntas hacia la puerta del Gólgota. Su número se había aumentado con muchas personas bien intencionadas, entre ellas cierto número de hombres. Subieron al Calvario por el lado occidental, por donde la subida es más cómoda. La Madre de Jesús, su sobrina María, hija de Cleofás, Salomé y Juan, se acercaron hasta el llano circular; Marta, María Helí, Verónica, Juana Chusa, Susana y María, madre de Marcos, se detuvieron a cierta distancia con Magdalena, que estaba como fuera de sí. Más lejos estaban otras siete, y algunas personas compasivas que establecían las comunicaciones de un grupo al otro. Los fariseos a caballo estaban acá y allá alrededor de la llanura, y en las cinco entradas había soldados romanos. ¡Qué espectáculo para María el ver este sitio del suplicio, los clavos, los martillos, las cuerdas, la terrible cruz, los verdugos medio desnudos y casi borrachos, haciendo sus horrendos preparativos con mil imprecaciones! La ausencia de Jesús prolongaba su martirio: sabía que estaba todavía vivo,

deseaba verlo, y temblaba al pensar en los tormentos a que lo vería expuesto.

Desde por la mañana hasta las diez hubo granizo por intervalos; mas a las doce, una niebla encarnada oscureció el sol.

XXXVIII

Jesús desnudo y clavado en la cruz

Cuatro alguaciles fueron a sacar a Jesús del sitio en donde le habían encerrado. Le dieron golpes y lo llenaron de ultrajes en estos últimos pasos que le quedaban por andar, y lo arrastraron sobre la eminencia. Cuando las santas mujeres lo vieron, dieron dinero a un hombre para obtener de los alguaciles el permiso de dar de beber a Jesús el vino aromatizado de Verónica. Mas los miserables no se lo dieron, y se lo bebieron. Tenían ellos dos vasos, uno con vinagre y hiel, el otro con una bebida que parecía vino, mezclado con mirra y con ajenjo; presentaron esta última bebida al Señor: Jesús, habiendo mojado sus labios, no bebió.

Había diez y ocho alguaciles sobre la altura: los seis que habían azotado a Jesús, los cuatro que lo habían conducido, dos que habían tenido las cuerdas atadas a la cruz, y seis que debían crucificarlo. Estaban ocupados con el Salvador o con los dos ladrones; eran hombres pequeños y robustos, tenían cara de extranjeros, y los cabellos erizados; parecían animales feroces; servían a los romanos y a los judíos por el dinero.

El aspecto de todo esto era tanto más espantoso para mí, cuanto que veía figuras horrorosas de demonios que parecían ayudar a estos hombres crueles, y una infinidad de horribles visiones bajo la forma de sapos, de serpientes, de dragones, de insectos venenosos de toda especie que oscurecían el cielo. Entraban en la boca y en el corazón de los circunstantes, y se ponían sobre sus hombros, y éstos se sentían el alma llena de pensamientos abominables, o proferían horribles imprecaciones. Veía con frecuencia sobre Jesús figuras de ángeles llorando, o rayos donde no distinguía más que cabecitas. También veía ángeles compasivos y consoladores sobre la Virgen y sobre todos los amigos de Jesús.

Los alguaciles quitaron a Nuestro Señor su capa, el cinturón con el cual le habían arrastrado, y su propio cinturón. Le quitaron después su vestido exterior de lana blanca, y como

no podían sacarle la túnica inconsútil que su Madre le había hecho, a causa de la corona de espinas, arrancaron con violencia esta corona de la cabeza, abriendo todas sus heridas. No le quedaba más que su escapulario corto de lana, y un lienzo alrededor de los riñones. El escapulario se había pegado a sus llagas, y sufrió dolores indecibles cuando se lo arrancaron del pecho. El Hijo del hombre estaba temblando, cubierto de llagas, echando sangre, o cerradas. Sus hombros y sus espaldas estaban despedazados hasta los huesos. Le hicieron sentar sobre una piedra, le pusieron la corona sobre la cabeza, y le presentaron un vaso con hiel y vinagre; mas Jesús volvió la cabeza sin decir palabra.

En seguida lo extendieron sobre la cruz, y habiendo estirado su brazo derecho sobre el aspa derecha de la cruz, lo ataron fuertemente; uno de ellos puso la rodilla sobre su pecho sagrado, otro le abrió la mano, y el tercero apoyó sobre la carne un clavo grueso y largo, y lo clavó con un martillo de hierro. Un gemido dulce y claro salió del pecho de Jesús: su sangre saltó sobre los brazos de sus verdugos. He contado los martillazos, pero se me han olvidado. Los clavos eran muy largos, la cabeza chata y del diámetro de un duro: tenían tres esquinas; eran del grueso de un dedo pulgar a la cabeza; la punta salía detrás de la cruz. Después de haber clavado la mano derecha del Salvador, los verdugos vieron que la mano izquierda no llegaba al agujero que habían abierto: entonces ataron una cuerda a su brazo izquierdo, y tiraron de él con toda su fuerza, hasta que la mano llegó al agujero. Esta dislocación violenta de sus brazos lo atormentó horriblemente: su pecho se levantaba y sus rodillas se separaban. Se arrodillaron de nuevo sobre su cuerpo, le ataron el brazo, y hundieron el segundo clavo en la mano izquierda: se oían los quejidos del Señor en medio de los martillazos. Los brazos de Jesús estaban extendidos horizontalmente, de modo que no cubrían los brazos de la cruz, que se elevaban oblicuamente. La Virgen Santísima sentía todos los dolores de su Hijo: estaba pálida como un cadáver, y hondos gemidos se exhalaban de su pecho. Los fariseos la llenaban de insultos y de burlas. Magdalena estaba como loca: se despedazaba la cara; sus ojos y sus carrillos vertían sangre.

Habían clavado a la cruz un pedazo de madera para sostener los pies de Jesús, a fin de que todo el peso del cuerpo no pendiera de las manos, y para que los huesos de los pies no se rompieran cuando los clavaran. Habían hecho ya un agujero para el clavo que debía de clavar los pies, y una excavación

para los talones. Todo el cuerpo de Jesús se había subido a lo alto de la cruz por la violenta tensión de los brazos, y sus rodillas se habían separado. Los verdugos las extendieron y las ataron con cuerdas, pero los pies no llegaban al pedazo de madera puesto para sostenerlos. Entonces, llenos de furia, los unos querían hacer nuevos agujeros para los clavos de las manos, pues era difícil poner el pedazo de madera más arriba; otros vomitaban imprecaciones contra Jesús: "No quiere estirarse, decían; pero vamos a ayudarle". Entonces ataron cuerdas a su pierna derecha, y lo tendieron violentamente, hasta que el pie llegó al pedazo de madera. Fué una dislocación tan horrible, que se oyó crujir el pecho de Jesús, que exclamó diciendo: "¡Oh Dios mío! ¡Oh Dios mío!" Habían atado su pecho y sus brazos para no arrancar las manos de los clavos. Fué un horrible padecimiento. Ataron después el pie izquierdo sobre el derecho, y lo horadaron primero con una especie de taladro, porque no estaban bien puestos para poderse clavar juntos. Tomaron un clavo más largo que los de las manos, y lo clavaron, atravesando los pies y el pedazo de madera hasta el árbol de la cruz. Esta operación fué más dolorosa que todo lo demás, a causa de la dislocación del cuerpo. Conté hasta treinta martillazos.

Los gemidos que los dolores arrancaban a Jesús se mezclaban a una continua oración, llena de pasajes de los salmos y de los profetas, cuyas predicciones estaba cumpliendo; no había cesado de orar así en el camino de la cruz, y lo hizo hasta su muerte. He oído y repetido con Él todos estos pasajes, y los recuerdo algunas veces rezando los salmos; pero estoy tan abatida de dolor, que no puedo coordinarlos.

El jefe de la tropa romana había hecho clavar encima de la cruz la inscripción de Pilatos. Como los romanos se burlaban del título de *Rey de los judíos,* algunos fariseos volvieron a la ciudad para pedir a Pilatos otra inscripción. Eran las doce y cuarto cuando Jesús fué crucificado, y en el mismo momento en que elevaban la cruz, el templo resonaba con el ruido de las trompetas que celebraban la inmolación del cordero pascual.

XXXIX

Exaltación de la cruz

Los verdugos, habiendo crucificado a nuestro Señor, ataron cuerdas a la parte superior de la cruz, pasándolas alrededor de

un madero transversal fijado del lado opuesto, y con ellas alzaron la cruz, mientras otros la sostenían y otros empujaban el pie hasta el hoyo, en donde se hundió con todo su peso y con un estremecimiento espantoso; Jesús dió un grito doloroso, sus heridas se abrieron, su sangre corrió abundantemente, y sus huesos dislocados chocaban unos con otros. Los verdugos, para asegurar la cruz, la alzaron todavía, y clavaron cinco cuñas alrededor.

Fué un espectáculo horrible y doloroso el ver, en medio de los gritos insultantes de los verdugos, de los fariseos, del pueblo que miraba desde lejos, la cruz vacilar un instante sobre su base y hundirse temblando en la tierra; mas también se elevaron hacia ella voces piadosas y compasivas. Las voces más santas del mundo: la voz de María, de Juan, de las santas mujeres y de todos los que tenían el corazón puro, saludaron con un acento doloroso al Verbo humanado elevado sobre la cruz. Sus manos vacilantes se elevaron para socorrerlo; pero cuando la cruz se hundió en el hoyo de la roca con grande ruido, hubo un momento de silencio solemne: todo el mundo parecía penetrado de una sensación nueva y desconocida hasta entonces. El Infierno mismo se estremeció de terror al sentir el golpe de la cruz que se hundió, y redobló sus esfuerzos contra ella. Las almas encerradas en el Limbo lo oyeron con una alegría llena de esperanza: para ellas era el ruido del Triunfador que se acercaba a las puertas de la Redención. La sagrada cruz se elevaba por la primera vez en medio de la Tierra, como otro árbol de vida en el Paraíso, y de las llagas de Jesús corrían sobre la tierra cuatro arroyos sagrados para fertilizarla y hacer de ella el nuevo Paraíso del nuevo Adán.

El sitio donde estaba clavada la cruz era más elevado que el terreno circunvecino. Los pies de Jesús estaban bastante bajos para que sus amigos pudieran besarlos. La cara del Señor estaba vuelta hacia el Noroeste.

XL

Crucifixión de los ladrones

Mientras crucificaban a Jesús, los ladrones estaban tendidos de espaldas a poca distancia de los guardas que los vigilaban. Los acusaban de haber asesinado a una mujer con sus hijos, que iban desde Jerusalén a Joppé; los habían prendido en un palacio donde Pilatos habitaba algunas veces cuando hacía ma-

niobrar sus tropas, y pasaban por dos ricos mercaderes. Habían estado mucho tiempo en la cárcel antes de su condenación. El ladrón de la izquierda tenía más edad: era un gran criminal, el maestro y el corruptor del otro. Los llaman ordinariamente Dimas y Gestas; he olvidado sus verdaderos nombres: los llamaré, pues, el buen Dimas, y Gestas, el malo. Los dos hacían parte de la compañía de ladrones establecidos en la frontera de Egipto que habían hospedado una noche a la Sagrada Familia en la huída a Egipto con el Niño Jesús. Dimas era aquel niño leproso que su madre, por el consejo de María, lavó en el agua donde se había bañado el Niño Jesús, y que se curó al instante. Los cuidados de su madre para con la Sagrada Familia fueron recompensados con esa purificación, símbolo de la que la sangre del Salvador iba a cumplir por él en la cruz. Dimas no conocía a Jesús; mas como su corazón no era malo, se conmovió al ver tanta paciencia. Habiendo plantado la cruz de Jesús, los verdugos vinieron a decirles que se preparasen, y los desataron de las piezas transversales, pues el sol se oscurecía ya, y en toda la naturaleza había un movimiento como cuando se acerca una tormenta. Arrimaron escaleras a las dos cruces ya plantadas, y clavaron las piezas transversales. Habiéndoles dado de beber vinagre con mirra, les pasaron cuerdas debajo de los brazos, y los levantaron en el aire, ayudándose de escalones donde ponían los pies. Les ataron los brazos a los de la cruz con cuerdas de corteza de árboles; les ataron los puños, los codos, las rodillas y los pies, y apretaron tan fuerte las cuerdas, que se dislocaron las coyunturas, y brotó la sangre. Dieron gritos terribles, y el buen ladrón dijo cuando lo subían: "Si nos hubieseis tratado como al pobre Galileo, no tendríais ahora el trabajo de levantarnos así en el aire".

Mientras tanto los ejecutores habían hecho pedazos los vestidos de Jesús para repartírselos. Partieron en trozos su capa y su vestidura blanca; lo mismo hicieron con el lienzo que llevaba alrededor del cuello, el cinturón y el escapulario. No pudiendo saber a quién le tocaría su túnica inconsútil, como no podía servir en retazos, trajeron una mesa con números, sacaron unos dados que tenían la figura de habas, y la sortearon. Pero un criado de Nicodemo y de José de Arimatea vino a decirles que hallarían compradores de los vestidos de Jesús; entonces los juntaron todos, y los vendieron, y así conservaron los cristianos estos preciosos despojos.

XLI
Jesús crucificado y los dos ladrones

El golpe terrible de la cruz que se hundía en la tierra agitó violentamente la cabeza de Jesús, coronada de espinas, e hizo saltar una gran abundancia de sangre, así como de sus pies y manos. Los verdugos aplicaron escaleras a la cruz, y cortaron las cuerdas con que habían atado al Salvador. La sangre, cuya circulación había sido interceptada por la posición horizontal y la compresión de los cordeles, corrió con ímpetu de las heridas, y fué tal el padecimiento, que inclinó la cabeza sobre el pecho y se quedó como muerto siete minutos. Entonces hubo un rato de silencio: los verdugos estaban ocupados en distribuirse los vestidos de Jesús, el sonido de las trompetas del templo se perdía en el aire, y todos los circunstantes estaban desalentados de rabia o de dolor. Yo miraba a Jesús llena de confusión y de espanto; lo veía sin movimiento, casi sin vida, y hasta yo misma pensé morirme. Mi corazón estaba lleno de amargura, de amor y de dolor; mi cabeza estaba como perdida, mis pies y mis manos estaban abrasando; mis venas, mis nervios, todos los miembros estaban penetrados de dolores indecibles; me hallaba en una oscuridad profunda, donde no veía más que a mi Esposo clavado en la cruz. Su rostro, con la terrible corona y la sangre que llenaba sus ojos; su boca entreabierta, los cabellos y su barba caídos sobre el pecho; su cuerpo estaba todo desgarrado; los hombros, los codos, los puños tendidos hasta ser dislocados; la sangre de sus manos corría por los brazos; su pecho hinchado formaba por debajo una cavidad profunda. Sus piernas estaban dislocadas como los brazos; sus miembros, sus músculos, la piel sufrían tensión tan violenta, que se podían contar los huesos; su cuerpo estaba todo cubierto de heridas y llagas, de manchas negras, lívidas y amarillas; su sangre, de colorada, se volvió pálida y como agua, y su cuerpo sagrado cada vez más blanco.

Jesús tenía el pecho ancho: no era velludo como el de Juan Bautista, que estaba cubierto de vello colorado. Sus hombros eran anchos; sus brazos robustos; sus muslos nerviosos; sus rodillas fuertes y endurecidas como las de un hombre que ha viajado mucho y que se ha arrodillado mucho para orar; sus piernas eran largas, y las pantorrillas nerviosas; sus pies eran de hermoso aspecto y reciamente formados; sus manos eran bellas y los dedos largos y aguzados, y sin ser delicadas, no se parecían a las de un hombre que las emplea en trabajos penosos.

Su cuello no era corto, mas robusto y nervudo; su cabeza de hermosa proporción; la frente alta y ancha; su cara formaba un óvalo muy puro; sus cabellos, de un color de cobre oscuro, no eran muy espesos, estaban separados naturalmente en lo alto de la frente, y caían sobre sus hombros; su barba no era larga y acababa en punta. Ahora sus cabellos estaban arrancados y llenos de sangre; el cuerpo era todo una llaga; todos sus miembros estaban quebrantados.

Entre las cruces de los ladrones y la de Jesús había bastante espacio para que un hombre a caballo pudiese pasar; estaban puestas un poco más abajo. Los ladrones sobre sus cruces presentaban un horrible espectáculo, sobre todo el de la izquierda, que tenía siempre en la boca las injurias y las imprecaciones. Las cuerdas con que estaban atados los hacían sufrir mucho: su cara era lívida; sus ojos enrojecidos se les saltaban de la cabeza.

XLII

Primera palabra de Jesús en la cruz

Habiendo crucificado a los dos ladrones, y habiéndose repartido los vestidos de Jesús, los verdugos lanzaron nuevas imprecaciones contra Él, y se retiraron. Los fariseos pasaron también a caballo delante de Jesús, llenáronle de ultrajes, y se fueron. Los cien soldados romanos fueron relevados por otros cincuenta. Estos los mandaba Abenadar, árabe de nacimiento, bautizado después con el nombre de Ctesifón; el segundo jefe se llamaba Casio, y recibió después el nombre de Longinos: llevaba con frecuencia los mensajes de Pilatos. Vinieron también doce fariseos, doce saduceos, doce escribas y algunos ancianos, que habían pedido inútilmente a Pilatos que mudase la inscripción de la cruz, y cuya rabia se había aumentado por la negativa del gobernador. Dieron la vuelta al llano a caballo, y echaron a la Virgen, que Juan llevó con las otras mujeres. Cuando pasaron delante de Jesús, movieron desdeñosamente la cabeza, diciendo: "¡Y bien, embustero: destruye el templo y levántalo en tres días! ¡Ha salvado a otros, y no se puede salvar a Sí mismo! ¡Si eres el Hijo de Dios, baja de la cruz! Si es el Rey de Israel, que baje de la cruz, y creeremos en Él". Los soldados hacían befa también.

Cuando Jesús se desmayó, Gestas, el ladrón de la izquierda, dijo: "Su demonio lo ha abandonado". Entonces un soldado puso

en la punta de un palo una esponja con vinagre, y la arrimó a los labios de Jesús, que pareció probarlo. El soldado le dijo: "Si eres el Rey de los judíos, sálvate Tú mismo". Todo eso pasó mientras que la primera tropa dejaba el puesto a la de Abenadar. Jesús levantó un poco la cabeza, y dijo: "¡Padre mío, perdonadlos, pues no saben lo que hacen!" Gestas le gritó: "Si Tú eres Cristo, sálvate y sálvanos". Dimas, el buen ladrón, estaba conmovido de ver que Jesús pedía por sus enemigos. Cuando María oyó la voz de su Hijo, nada pudo contenerla: se precipitó hacia la cruz con Juan, Salomé y María Cleofás. El centurión no las rechazó. Dimas, el buen ladrón, obtuvo en este momento, por la oración de Jesús, una inspiración interior: reconoció que Jesús y su Madre le habían curado en su niñez, y dijo en voz distinta y fuerte: "¿Cómo podéis injuriarlo cuando pide por vosotros? Se ha callado: ha sufrido pacientemente todas vuestras afrentas; es un Profeta; es nuestro Rey, es el Hijo de Dios". Al oír esta reprensión de la boca de un miserable asesino sobre la cruz, se alzó un gran tumulto en medio de los circunstantes: tomaron piedras para tirárselas, mas el centurión Abenadar no lo permitió. Mientras tanto la Virgen Santísima se sintió fortificada con la oración de Jesús, y Dimas dijo a su compañero, que continuaba injuriando a Jesús: "¿No tienes temor de Dios, tú que estás condenado al mismo suplicio? Nosotros lo merecemos justamente; recibimos el castigo de nuestros crímenes; pero Éste no ha hecho ningún mal. Piensa en tu última hora, y conviértete". Estaba iluminado y tocado en el alma; confesó sus culpas a Jesús, diciendo: "Señor, si me condenas, será con justicia; pero ten misericordia de mí". Jesús le dijo: "Tú sentirás mi misericordia". Dimas recibió en un cuarto de hora la gracia de un profundo arrepentimiento.

Todo lo que acabo de contar sucedió entre las doce y las doce y media, pocos minutos después de la exaltación de la cruz; pero pronto hubo un gran cambio en el alma de los espectadores a causa de la mudanza producida en la naturaleza mientras hablaba el buen ladrón.

XLIII

Eclipse del sol. Segunda y tercera palabras de Jesús

A las diez, cuando Pilatos pronunció la sentencia, cayó un poco de granizo; después el cielo se aclaró, hasta las doce, en que vino una niebla colorada que oscureció el sol. A la sexta

hora, según el modo de contar de los judíos, que corresponde a las doce y media, hubo un eclipse milagroso del sol. Yo vi cómo sucedió, mas no lo tengo bien presente, y no encuentro palabras para expresarlo. Primero fuí transportada como fuera de la tierra: veía las divisiones del cielo y el camino de los astros, que se cruzaban de un modo maravilloso; vi la luna a un lado de la tierra; huía con rapidez, como un globo de fuego. En seguida me hallé en Jerusalén, y vi otra vez la luna aparecer llena y pálida sobre el Huerto de los Olivos; vino del Oriente con gran rapidez, y se puso delante del sol, oscurecido con la niebla. Al lado occidental del sol vi un cuerpo oscuro que parecía una montaña y que lo cubrió enteramente. El disco de este cuerpo era de un amarillo oscuro, y estaba rodeado de un círculo de fuego, semejante a un anillo de hierro hecho brasa. El cielo se oscureció, y las estrellas aparecieron, despidiendo luz ensangrentada. Un terror general se apoderó de los hombres y de los animales: los que injuriaban a Jesús bajaron la voz. Muchas personas se daban golpes de pecho, diciendo: "¡Que su sangre caiga sobre sus verdugos!" Muchos, de cerca y de lejos, se arrodillaron pidiendo perdón, y Jesús, en medio de sus dolores, volvió los ojos hacia ellos. Como las tinieblas se aumentaban y la cruz estaba abandonada de todos, excepto de María y de los más caros amigos del Salvador, Dimas levantó la cabeza hacia Jesús, y con humilde esperanza, le dijo: "¡Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu reino!" Jesús le respondió: "En verdad te lo digo; hoy estarás conmigo en el Paraíso".

La Madre de Jesús, Magdalena, María de Cleofás y Juan, estaban cerca de la cruz del Salvador, mirándolo. María pedía interiormente que Jesús la dejara morir con Él. El Salvador la miró con ternura inefable, y volviendo los ojos hacia Juan, dijo a María: "Mujer, éste es tu hijo". Después dijo a Juan: "Ésta es tu Madre". Juan besó respetuosamente el pie de la Cruz del Redentor moribundo, y a la Madre de Jesús, que era ya la suya.

La Virgen Santísima se sintió tan acabada de dolor al oír estas últimas disposiciones de su Hijo, que cayó sin conocimiento en los brazos de las santas mujeres, que la llevaron a cierta distancia.

No sé si Jesús pronunció expresamente todas estas palabras; pero yo sentí en mi interior que daba a María por madre a Juan, y a Juan por hijo a María. En visiones semejantes se perciben bien las cosas que no están escritas, y hay muy pocas que se puedan expresar claramente con el lenguaje humano, a pesar de que, viéndolas, parece que se comprenden por sí solas.

Así, no parece extraño que Jesús, dirigiéndose a la Virgen, no la llame *Madre mía,* sino *Mujer,* porque aparece como la mujer por excelencia, que debe pisar la cabeza de la serpiente, sobre todo en este momento, en que se cumple esta promesa por la muerte de su Hijo. También se siente que, dándola por Madre a Juan, la da por Madre a todos los que creen en su nombre y se hacen hijos de Dios, que no han nacido de la carne ni de la sangre, ni de la voluntad del hombre, sino de Dios. Se comprende también que la más pura, la más humilde, la más obediente de las mujeres, que habiendo dicho al ángel: "Ved aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra", se hizo Madre del Verbo hecho hombre; oyendo a su Hijo que debe ser la Madre espiritual de otro hijo, ha repetido estas mismas palabras en su corazón con una humilde obediencia, y ha adoptado por hijos suyos todos los hijos de Dios, todos los hermanos de Jesucristo. Es más fácil de sentir todo esto por la gracia de Dios, que expresarlo con palabras, y entonces me acuerdo de lo que me ha dicho una vez mi Padre celestial: "Todo está en los hijos de la Iglesia que creen, que esperan y que aman".

XLIV

Estado de la ciudad y del templo. Cuarta palabra de Jesús

Era poco más o menos la una y media; fuí transportada a la ciudad para ver lo que pasaba. La hallé llena de agitación y de inquietud: las calles estaban oscurecidas por una niebla espesa; los hombres andaban a tientas: muchos estaban tendidos por el suelo con la cabeza descubierta, dándose golpes de pecho: otros se subían a los tejados, miraban al cielo y se lamentaban. Los animales aullaban y se escondían; las aves volaban bajo, y se caían. Yo vi que Pilatos fué a visitar a Herodes: estaban ambos muy agitados, y miraban al cielo desde la azotea misma donde por la mañana Herodes había visto a Jesús entregado a los ultrajes del pueblo. "Esto no es natural, se decían entre sí; seguramente se han excedido contra Jesús". Después los vi ir a palacio atravesando la plaza: andaban de prisa, e iban rodeados de soldados. Pilatos no volvió los ojos del lado de Gabbata, donde había condenado a Jesús. La plaza estaba sola: algunas personas entraban corriendo en sus casas, otras lo hacían llorando. Se veía formarse grupos. Pilatos mandó venir a su palacio a los judíos más ancianos, y les preguntó qué significaban aquellas tinieblas: les dijo que él las miraba como un signo

espantoso; que su Dios estaba irritado contra ellos, porque habían perseguido de muerte al Galileo, que era ciertamente su Profeta y su Rey; que él se había lavado las manos; que era inocente de esa muerte, etc., etc.; mas ellos persistieron en su endurecimiento, atribuyendo todo lo que pasaba a causas que no tenían nada de sobrenatural, y no se convirtieron. Sin embargo, mucha gente se convirtió, y todos los soldados que en el prendimiento de Jesús en el Huerto de los Olivos habían caído al suelo y se habían levantado.

La multitud se reunía delante de la casa de Pilatos, y en el mismo sitio en que por la mañana habían gritado: "¡Que muera! ¡Que sea crucificado!", ahora gritaba: "¡Muera el juez inicuo! ¡Que su sangre caiga sobre sus verdugos!" Pilatos tuvo que guardarse entre soldados; ese miserable sin alma echaba la culpa a los judíos, diciendo: "Que no tenía ninguna parte en ello; que Jesús era profeta de ellos, y no suyo; que ellos habían querido su muerte". El terror y la angustia llegaban a su colmo en el templo: se ocupaban en la inmolación del cordero pascual, cuando de pronto anocheció. La agitación y el terror les hacían dar gritos dolorosos. Los príncipes de los sacerdotes se esforzaron en mantener el orden y la tranquilidad: encendieron todas las lámparas; pero el desorden se aumentaba cada vez más. Vi a Anás, aterrorizado, correr de un rincón a otro para esconderse. Cuando me encaminé para salir de la ciudad, las rejas de las ventanas temblaban, y, sin embargo, no había tormenta. La lobreguez aumentaba.

Sobre el Gólgota, las tinieblas produjeron una terrible impresión. Al principio los gritos, las imprecaciones, la actividad de los hombres ocupados en levantar las cruces, los lamentos de los dos ladrones, los insultos de los fariseos a caballo, las idas y venidas de los soldados, la marcha tumultuosa de los verdugos, habían disminuído su efecto: después vinieron los reproches del buen ladrón a los fariseos y su rabia contra él. Pero conforme las tinieblas aumentaban, los circunstantes estaban más pensativos y se alejaban más de la cruz. Entonces fué cuando Jesús recomendó su Madre a Juan, y María fué llevada desmayada a alguna distancia. Hubo un instante de silencio solemne: el pueblo se asustaba de la oscuridad: la mayor parte de él miraba al cielo. La conciencia se despertaba en algunos, que volvían los ojos hacia la cruz, llenos de arrepentimiento, y se daban golpes de pecho: los que tenían estos sentimientos se juntaban. Los fariseos, llenos de un terror secreto, querían ex-

plicárselo todo con razones naturales; pero hablaban cada vez más bajo, y acabaron por callarse. El disco del sol era de un amarillo oscuro, como las montañas miradas a la claridad de la luna: estaba rodeado de un círculo encarnado; las estrellas se veían, y daban una luz ensangrentada; las aves caían sobre el Calvario y en las viñas circunvecinas; los animales aullaban y temblaban; los caballos y los asnos pertenecientes a los fariseos se apretaban los unos contra los otros, y metían la cabeza entre las piernas. La niebla lo cubría todo.

La tranquilidad reinaba alrededor de la cruz, de donde todo el mundo se había alejado. El Salvador estaba absorto en el sentimiento de su profundo abandono; volviéndose a su Padre celestial, le pedía con amor por sus enemigos. Oraba como en toda su Pasión, repitiendo pasajes de los Salmos que se cumplían en Él. Vi ángeles a su alrededor. Cuando la oscuridad se aumentó, y la inquietud, agitando las conciencias, extendió sobre el pueblo un profundo silencio, vi a Jesús solo y sin consuelo. Sufría todo lo que sufre un hombre afligido, lleno de angustias, abandonado de todo amparo divino y humano, cuando la fe, la esperanza y la caridad solas, privadas de toda luz y de toda asistencia sensible en el desierto de la tentación, viven aisladas en medio de un padecimiento infinito. Este dolor no se puede expresar. Entonces fué cuando Jesús nos alcanzó la fuerza de resistir a los mayores terrores del abandono, cuando todas las afecciones que nos unen a este mundo y a esta vida terrestre se rompen, y que al mismo tiempo el sentimiento de la otra vida se oscurece y se apaga: nosotros no podemos salir victoriosos de esta prueba sino uniendo nuestro abandono a los méritos del suyo sobre la cruz. Jesús ofreció por nosotros su miseria, su pobreza, sus padecimientos y soledad; por eso el hombre, unido a Jesús en el seno de la Iglesia, no debe desesperar en la hora suprema, cuando todo se oscurece, cuando toda luz y toda consolación desaparecen. Ya no tenemos que bajar solos y sin protección en ese desierto de la noche interior. Jesús ha echado en ese abismo del desamparo su propio abandono interior y exterior sobre la cruz, y así no ha dejado a los cristianos solos y abandonados a la muerte, en el oscurecimiento de toda consolación. Ya no hay para los cristianos ni soledad, ni abandono, ni desesperación al acercarse la hora de la muerte; pues Jesús, que es la luz, el camino y la verdad, ha bajado por ese tenebroso camino, llenándolo de bendiciones, y ha plantado en él su cruz para desvanecer sus espantos.

Jesús desamparado, pobre y desnudo, se ofreció Él mismo, como hace el amor: convirtió su abandono en un rico tesoro, pues se ofreció Él y su vida, sus trabajos, su amor, sus padecimientos y el doloroso sentimiento de nuestra ingratitud. Hizo su testamento delante de Dios, y dió todos sus méritos a la Iglesia y a los pecadores. No olvidó a nadie: habló de todos en su abandono; pidió también por los heréticos que dicen que, como Dios, no ha sentido los dolores de su Pasión, y que no sufrió lo que hubiera padecido un hombre en el mismo caso. En su dolor no mostró su desamparo con un grito, y permitió a todos los afligidos que reconocen a Dios por su Padre, un quejido filial y de confianza. A las tres, Jesús gritó en alta voz: "*¡Eli, Eli, lamma sabacthani!*" Lo que significa: "¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?"

El grito de Nuestro Señor interrumpió el profundo silencio que reinaba alrededor de la cruz: los fariseos se volvieron hacia Él, y uno de ellos dijo: "Llama a Elías". Otro dijo: "Veremos si Elías viene a socorrerlo". Cuando María oyó la voz de su Hijo, nada pudo detenerla. Vino al pie de la cruz con Juan, María, hija de Cleofás, Magdalena y Salomé. Mientras el pueblo temblaba y gemía, un grupo de treinta hombres importantes de la Judea y de los contornos de Joppé pasaban por allí para ir a la fiesta, y cuando vieron a Jesús en la cruz y los signos amenazadores que presentaba la naturaleza, exclamaron llenos de horror: "¡Maldita ciudad! Si el templo de Dios no estuviera en ella, merecía que la quemasen por haber tomado sobre sí tal iniquidad". Estas palabras fueron como un punto de apoyo para el pueblo: hubo una explosión de murmullos y de gemidos, y todos los que tenían los mismos sentimientos se reunían. Todos los circunstantes se dividieron en dos partidos: los unos lloraban y murmuraban, los otros pronunciaban injurias e imprecaciones; sin embargo, los fariseos estaban menos arrogantes, y temiendo una insurrección popular, se entendieron con el centurión Abenadar. Dieron órdenes para cerrar la puerta más cerca de la ciudad y cortar toda comunicación. Al mismo tiempo enviaron un expreso a Pilatos y a Herodes, para pedir al primero quinientos hombres, y al segundo sus guardias, para evitar una insurrección. Mientras tanto, el centurión Abenadar mantenía el orden e impedía los insultos contra Jesús para no irritar al pueblo.

Poco después de las tres, la luz volvió un poco, la luna comenzó a alejarse del sol. El sol apareció despojado de sus rayos y envuelto en vapores rojizos. Poco a poco comenzó a brillar, y

las estrellas desaparecieron: sin embargo, el cielo estaba oscuro todavía. Los enemigos de Jesús recobraron su arrogancia conforme la luz volvía. Entonces fué cuando dijeron: "¡Llama a Elías!"

XLV

Quinta, sexta y séptima palabras. Muerte de Jesús.

Cuando volvió la claridad, el cuerpo de Jesús estaba lívido y más pálido que antes por la pérdida de la sangre. Dijo también, no sé si fué interiormente, o si su boca pronunció estas palabras: "Estoy exprimido como el racimo prensado por primera vez: debo dar toda mi sangre hasta que el agua venga; pero no se hará más vino de ése en este sitio".

Yo tuve después una visión relativa a estas palabras, en la cual vi cómo Jafet hizo vino en este sitio. Lo contaré más tarde.

Jesús estaba desfallecido; la lengua seca, y dijo: "Tengo sed". Y como sus amigos lo miraban tristemente, agregó: "¿No podríais darme una gota de agua?", dando a entender que durante las tinieblas no se lo hubieran impedido. Juan respondió: "¡Oh, Señor, lo hemos olvidado!" Jesús añadió otras palabras, cuyo sentido era éste: "Mis parientes también debían olvidarme, y no darme de beber, a fin de que lo que está escrito se cumpliese". Este olvido le había sido muy doloroso. Sus amigos entonces ofrecieron dinero a los soldados para darle un poco de agua, y no lo hicieron; pero uno de ellos mojó una esponja en vinagre, y la roció de hiel, la puso en la punta de su lanza, y la presentó a la boca del Señor. No me acuerdo cuáles fueron las palabras que pronunció el Señor; sólo recuerdo que dijo: "Cuando mi voz no se oiga más, la boca de los muertos hablará". Entonces algunos gritaron: "Blasfema todavía". Mas Abenadar les ordenó estarse quietos.

La hora del Señor había llegado: luchó contra la muerte, y un sudor frío cubrió sus miembros. Juan estaba al pie de la cruz, y limpiaba los pies de Jesús con su sudario. Magdalena, partida de dolor, se apoyaba detrás de la cruz. La Virgen Santísima estaba de pie entre Jesús y el buen ladrón, sostenida por Salomé y María de Cleofás, y veía morir a su Hijo. Entonces Jesús dijo: "¡Todo está consumado!" Después alzó la cabeza, y gritó en alta voz: "Padre mío, en tus manos encomiendo mi espíritu". Fué un grito dulce y fuerte, que penetró

el cielo y la tierra: en seguida inclinó la cabeza, y rindió el espíritu. Yo vi su alma en forma luminosa entrar en la tierra al pie de la cruz. Juan y las santas mujeres cayeron de cara sobre la tierra.

El centurión Abenadar tenía los ojos fijos sobre la faz ensangrentada de Jesús, y su emoción era profunda. Cuando el Señor murió, la tierra tembló, el peñasco se abrió entre la cruz de Jesús y la del mal ladrón. El último grito de Jesús hizo temblar a todos los que le oyeron, como la tierra que reconoció su Salvador. Sin embargo, el corazón de los que le amaban fué sólo atravesado por el dolor como con una espada. Entonces fué cuando la gracia iluminó a Abenadar. Su corazón, orgulloso y duro, se partió como el peñasco del Calvario; tiró su lanza, se dió golpes de pecho, y gritó con el acento de un hombre convertido: "¡Bendito sea el Dios Todopoderoso, el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob! ¡Éste era un justo: es verdaderamente el Hijo de Dios!" Muchos soldados, pasmados al oír las palabras de su jefe, hicieron como él.

Abenadar, hecho un hombre nuevo, habiendo rendido el homenaje al Hijo de Dios, no quería estar más al servicio de sus enemigos. Dió su caballo y su lanza a Casio, el segundo oficial, llamado luego Longinos, que tomó el mando; después dijo algunas palabras a los soldados, y bajó del Calvario. Se fué por el valle de Gihon hacia las grutas del valle de Hinnom, donde estaban escondidos los discípulos. Les anunció la muerte del Salvador, y se volvió a la ciudad a casa de Pilatos. Cuando Abenadar dió testimonio de la divinidad de Jesús, muchos soldados lo hicieron con él; cierto número de los que estaban presentes, y aún algunos fariseos de los que habían venido últimamente, se convirtieron. Mucha gente se volvía a su casa dándose golpes de pecho y llorando. Otros rasgaban sus vestidos, y se echaban tierra en la cabeza. Todo estaba lleno de estupefacción y de espanto. Juan se levantó; algunas de las santas mujeres, que habían estado retiradas, llevaron a la Virgen a poca distancia de la cruz.

Cuando el Salvador encomendó su alma humana a Dios, su Padre, y abandonó su cuerpo a la muerte, el cuerpo sagrado se estremeció, y se puso de un blanco lívido, y sus heridas, en que la sangre se había agolpado en abundancia, se mostraban distintamente como manchas oscuras; su cara se estiró; sus carrillos se hundieron, su nariz se alargó, sus ojos, llenos de sangre, se quedaron medio abiertos; levantó un instante la cabeza coronada de espinas, y la dejó caer bajo el peso de sus dolores;

los labios, lívidos, se quedaron entreabiertos, y dejaron ver la lengua ensangrentada; sus manos, contraídas primero alrededor de los clavos, se extendieron con los brazos; su espalda se enderezó a lo largo de la cruz, y todo el peso de su cuerpo cayó sobre sus pies; las rodillas se encogieron y se doblaron del mismo lado, y sus pies dieron vuelta alrededor del clavo.

¿Quién podría expresar el dolor de la Madre de Jesús, de la Reina de los mártires? La luz del sol estaba aún alterada y oscurecida; el aire sofocaba durante el temblor de tierra, mas en seguida refrescó sensiblemente.

Era un poco más de las tres cuando Jesús dió el último suspiro. Cuando el terremoto pasó, algunos fariseos recobraron su audacia; se acercaron a la abertura del peñasco del Calvario, tiraron piedras, y quisieron medir su profundidad con cuerdas. No pudiendo hallar el fondo, se volvieron pensativos; advirtieron con inquietud los gemidos del pueblo, y se bajaron del Calvario. Muchos se sentían interiormente cambiados; la mayor parte de los circunstantes se volvieron a Jerusalén llenos de terror. Los soldados romanos vinieron a guardar la puerta de la ciudad y a ocupar algunas posiciones para evitar todo movimiento tumultuoso. Casio y cincuenta soldados se quedaron en el Calvario. Los amigos de Jesús rodeaban la cruz, se sentaban enfrente de ella, y lloraban. Muchas de las santas mujeres volvieron a la ciudad. Silencio y duelo reinaban alrededor del cuerpo de Jesús. Se veía a lo lejos, en el valle y sobre las alturas opuestas, aparecer acá y allá algunos discípulos que miraban hacia la cruz con una curiosidad inquieta; y desaparecían, si veían venir a alguno.

XLVI

Temblor de tierra. Aparición de los muertos en Jerusalén

Cuando murió Jesús, yo vi su alma semejante a una forma luminosa entrar en la tierra al pie de la cruz, y con una multitud brillante de ángeles, entre los cuales estaba Gabriel. Esos ángeles echaban de la tierra al abismo una multitud de malos espíritus. Jesús envió muchas almas del limbo a sus cuerpos para que atemorizaran a los impenitentes y dieran testimonio de Él.

El temblor de tierra que abrió la roca del Calvario causó muchos estragos, sobre todo en Jerusalén y la Palestina. Apenas habían recobrado el ánimo en la ciudad y en el templo al volver

la luz, cuando el temblor que agitaba la tierra y el ruido de los edificios que se hundían causaron otro más grande. Este terror fué todavía mayor cuando las gentes que huían llorando encontraban en el camino a los muertos resucitados que los avisaban y los amenazaban.

En el templo, los príncipes de los sacerdotes habían continuado el sacrificio, interrumpido por el espanto que les causaron las tinieblas, y creían triunfar con la vuelta de la luz; mas de pronto la tierra tembló, el ruido de las paredes que se caían y del velo del templo que se rasgaba les infundió un terror espantoso, interrumpido por gritos lamentables. Pero había tanto orden por todas partes, el templo estaba tan lleno, las idas y venidas tan bien ordenadas, las filas de los sacerdotes que sacrificaban, el ruido de los cánticos y de las trompetas preocupaban tanto los ojos y los oídos, que el miedo no produjo desorden ni turbación general. Los sacrificios se continuaron tranquilamente en algunas partes; en otras los esfuerzos de los sacerdotes calmaban el terror. Pero a la aparición de los muertos que se presentaron en el templo, todo se dispersó, y el altar del sacrificio se quedó solo, como si el templo hubiese sido manchado. Sin embargo, esto aconteció sucesivamente; y mientras que una parte de los que estaban presentes bajaban los escalones del templo, otros estaban contenidos por los sacerdotes, o no estaban todavía penetrados del pánico universal. Se puede formar una idea de lo que ocurría, representándose un hormiguero en el cual han echado una piedra, o que han meneado con un palo. Mientras la confusión reina en un punto, el trabajo continúa en otro, y aún el sitio agitado vuelve a recobrar el orden.

El sumo sacerdote Caifás y los suyos conservaron su presencia de ánimo; gracias a su endurecimiento diabólico y a la tranquilidad aparente que tenían, impidieron que hubiese una confusión general, haciendo de modo que el pueblo no tomara esos terribles avisos como fiel testimonio de la inocencia de Jesús. La guarnición romana de la fortaleza Antonia hizo también grandes esfuerzos para mantener el orden, de suerte que la fiesta se interrumpió sin que hubiese tumulto popular. Todo se convirtió en la agitación y la inquietud que cada uno llevó a su casa, y que la habilidad de los fariseos reprimió en la mayor parte.

He aquí los hechos particulares de que me acuerdo. Las dos grandes columnas situadas a la entrada del santuario en el templo, y entre las cuales estaba colgada una magnífica cortina.

se separaron la una de la otra; el techo que sostenían se hundió, la cortina se rasgó con ruido en toda su extensión, y el santuario se quedó abierto a todos los ojos. Cerca de la celda adonde oraba habitualmente el viejo Simeón cayó una gruesa piedra, y la bóveda se hundió. Se vió aparecer en el santuario al sumo sacerdote Zacarías, muerto entre el templo y el altar; pronunció palabras amenazadoras, y habló de la muerte del otro Zacarías, padre de Juan Bautista, de la de Juan Bautista, y en general de la muerte de los profetas. Dos hijos del piadoso sumo sacerdote y Simón el Justo, se presentaron cerca del gran púlpito, y hablaron también de la muerte de los profetas y del sacrificio que iba a cesar. Jeremías se apareció cerca del altar, y proclamó con voz amenazadora el fin del antiguo sacrificio y el principio del nuevo. Estas apariciones, habiendo tenido lugar en los sitios en donde sólo los sacerdotes podían tener conocimiento de ellas, fueron negadas o calladas, y prohibieron hablar de ellas bajo pena severa. Pero se oyó un gran ruido: las puertas del santuario se abrieron, y una voz gritó: "Salgamos de aquí". Entonces vi alejarse los ángeles. Nicodemo, José de Arimatea y otros muchos abandonaron el templo. Muertos resucitados se veían todavía que andaban por el pueblo. A la voz de los ángeles entraron en sus sepulcros.

Anás, uno de los enemigos más acérrimos de Jesús, estaba casi loco de terror; huía de un rincón al otro en los cuartos más retirados del templo. Caifás quiso animarlo, pero fué en vano; la aparición de los muertos lo había consternado. Caifás, aunque lleno de terror, estaba tan poseído del demonio del orgullo y de la obstinación, que no dejaba ver nada de lo que sentía, y oponía una frente de hierro a los signos amenazadores de la ira divina. No pudiendo, a pesar de sus esfuerzos, hacer continuar las ceremonias, dió orden de no revelar todos los prodigios y todas las apariciones que el pueblo no había visto. Dijo y mandó decir a los otros sacerdotes que estos signos de la ira del cielo habían sido ocasionados por los partidarios del Galileo, que se habían presentado en el templo manchados; que muchas cosas provenían de los sortilegios de ese Hombre, que en su muerte, como en su vida, había agitado el reposo del templo.

Mientras todo esto pasaba en el templo, el mismo espanto reinaba en muchos sitios de Jerusalén. Un poco después de las tres muchos sepulcros se hundieron, sobre todo en los jardines situados al Noroeste; en ellos vi muertos amortajados; en algunos no había más que restos de vestidos y de huesos. Los es-

calones del tribunal de Caifás, donde Jesús había sido ultrajado, y una parte del hogar donde Pedro había negado tres veces a su Maestro, se hundieron. Se vió aparecer al sumo sacerdote Simón el Justo, abuelo de Simeón, que había profetizado en la presentación de Jesús al templo. Pronunció palabras terribles contra la sentencia inicua dada en aquel sitio. Muchos miembros del Sanedrín se habían juntado. Los criados que la víspera habían hecho entrar a Pedro y a Juan, se convirtieron y se fueron con los discípulos. Cerca del palacio de Pilatos, la piedra se partió en el sitio donde Jesús fué presentado al pueblo; todo el edificio se resintió, y el patio del tribunal vecino se hundió en el paraje donde los inocentes degollados por Herodes fueron enterrados. En muchas partes las murallas de la ciudad se derribaron; sin embargo, ningún edificio se destruyó enteramente. El supersticioso Pilatos estaba lleno de terror e incapaz de dar ninguna orden. Su palacio se movía, el suelo temblaba debajo de sus pies, y él huía de una habitación a la otra. Los muertos se aparecían en el patio interior y le reprochaban su juicio inicuo. Creyó que eran los dioses del Galileo, y se refugió en el rincón más retirado de su casa, donde hizo votos a sus ídolos para que viniesen a su socorro. Herodes estaba en su palacio temblando, y lo había cerrado todo.

Hubo un centenar de muertos de todas las épocas, que se aparecieron en Jerusalén y en los alrededores. Todos los cadáveres que se aparecieron cuando se abrieron los sepulcros, no resucitaron, Los muertos cuyas almas fueron enviadas por Jesús desde el limbo, se levantaron, descubrieron su cara y anduvieron errantes por las calles como si no tocasen a la tierra. Entraron en las casas de sus descendientes, y dieron testimonio de Jesús con palabras severas contra los que habían tomado parte en su muerte. Yo los veía ir por las calles, la mayor parte de dos en dos: no veía el movimiento de sus pies, que volaban a flor de tierra. Estaban pálidos o amarillos; tenían barba larga; su voz tenía un sonido extraño e inaudito. Estaban amortajados según el uso del tiempo en que vivían. En los sitios en donde la sentencia de muerte de Jesús fué proclamada antes de ponerse en marcha para el Calvario, se pararon un momento y gritaron: "¡Gloria a Jesús, y maldición a sus verdugos!" Todo el mundo temblaba y huía: el terror era grande en toda la ciudad, y cada uno se escondía en lo último de su casa. Los muertos entraron en sus sepulcros a las cuatro. El sacrificio fué interrumpido, la confusión reinaba por todas partes, y pocas personas comieron por la noche el cordero pascual.

XLVII

José de Arimatea pide a Pilatos el cuerpo de Jesús

Apenas se restableció un poco la tranquilidad en la ciudad, cuando el gran Consejo de los judíos envió a pedir a Pilatos que mandara romper las piernas a los crucificados para que no estuvieran en cruz el sábado. Pilatos dió las órdenes necesarias. En seguida José de Arimatea vino a verlo. Había sabido la muerte de Jesús, y formó con Nicodemo el proyecto de enterrarlo en una sepultura nueva, que había mandado construir a poca distancia del Calvario. Halló a Pilatos inquieto y agitado; le pidió que le diese el cuerpo de Jesús, el Rey de los judíos, para enterrarlo. Pilatos se extrañó que un hombre tan notable pidiese con tanta insistencia el permiso de rendir los últimos honores al que había hecho morir tan ignominiosamente. Mandó llamar al centurión Abenadar, que había vuelto después de haber conversado con los discípulos escondidos en las cavernas, y le preguntó si el Rey de los judíos había muerto ya. Abenadar le contó la muerte del Salvador, sus últimas palabras y su último grito, el temblor de tierra y la roca abierta por el terremoto. Pilatos pareció extrañar sólo que Jesús hubiera muerto tan pronto, porque ordinariamente los crucificados vivían más tiempo; pero interiormente estaba lleno de angustia y de terror, por la coincidencia de esas señales con la muerte de Jesús. Tal vez quiso hacerse perdonar su crueldad dando a José de Arimatea la orden de librar el cuerpo de Jesús. También tuvo satisfacción en dar esa bofetada a los príncipes de los sacerdotes, que hubiesen visto con gusto a Jesús enterrado sin honor entre dos ladrones. Envió un agente al Calvario para ejecutar sus órdenes. Creo que fué Abenadar, pues lo vi asistir al descendimiento de la cruz.

José de Arimatea, al salir de casa de Pilatos, fué en busca de Nicodemo, que lo esperaba en casa de una mujer de sanos instintos. Esta casa estaba situada en una calle ancha, cerca de la callejuela donde nuestro Señor fue tan cruelmente ultrajado al principio del camino de la cruz. Esta mujer vendía hierbas aromáticas, y Nicodemo le había comprado lo que era necesario para embalsamar el cuerpo de Jesús. José fué a comprar una rica sábana; sus criados tomaron en un portal, cerca de la casa de Nicodemo, escaleras, martillos, clavos, jarros llenos de agua, esponjas, y pusieron los más pequeños de estos objetos sobre unas angarillas, semejantes a aquéllas en que los discípulos de

Juan Bautista pusieron su cuerpo cuando lo sacaron de la fortaleza de Maqueronte.

XLVIII

Abertura del costado de Jesús. Muerte de los ladrones

Mientras tanto el silencio y el duelo reinaban sobre el Gólgota. El pueblo, atemorizado, se había dispersado; María, Juan, Magdalena, María, hija de Cleofás, y Salomé, estaban de pie o sentados enfrente de la cruz, la cabeza cubierta, y llorando. Algunos soldados estaban recostados sobre el terraplén que rodeaba la llanura; Casio, a caballo, iba de un lado a otro. El cielo estaba oscuro, y la naturaleza parecía enlutada. Pronto llegaron seis alguaciles con escalas, azadas, cuerdas y barras de hierro para romper las piernas a los crucificados. Cuando se acercaron a la cruz, los amigos de Jesús se apartaron un poco, y la Virgen Santísima temía que ultrajasen aún el cuerpo de su Hijo. Aplicaron sus escalas a la cruz para asegurarse de que Jesús estaba muerto. Habiendo visto que el cuerpo estaba frío y rígido, lo dejaron, y subieron a las cruces de los ladrones. Dos alguaciles les rompieron los brazos por encima y por debajo de los codos con sus martillos, y otro les rompió las piernas y los muslos. Gestas daba gritos horribles, y le pegaron tres golpes sobre el pecho para acabarlo de matar. Dimas dió un gemido, y murió: Fué el primero de los mortales que volvió a ver a su Redentor. Desataron las cuerdas, dejaron caer los cuerpos al suelo, los arrastraron hacia el bajo que había entre el Calvario y las murallas de la ciudad, y allí los enterraron.

Los verdugos dudaban todavía de la muerte de Jesús, y el modo horrible con que habían quebrado los miembros de los ladrones hacía temblar a las santas mujeres por el cuerpo del Salvador. Mas el oficial inferior Casio, hombre de veinticinco años, muy activo y atropellado, cuya vista endeble y cuyos ojos bizcos excitaban la mofa de sus compañeros, recibió una inspiración súbita. La ferocidad bárbara de los verdugos, las angustias de las santas mujeres, y el ardor grande que excitó en él la divina gracia, le hicieron cumplir una profecía. Empuñó su lanza, y dirigió su caballo hacia la elevación donde estaba la cruz. Se paró entre la cruz del buen ladrón y la de Jesús, y tomando su lanza con ambas manos, la clavó con tanta fuerza en el costado derecho del Señor, que la punta atravesó el corazón, un poco más abajo del pulmón izquierdo. Cuando la retiró,

salió de la herida una cantidad de sangre y agua que llenó su cara como un baño de salvación y de gracia. Se apeó, se arrodilló, se dió golpes de pecho, y confesó a Jesús en alta voz.

La Virgen Santísima y sus amigas, cuyos ojos estaban siempre fijos sobre Jesús, vieron con inquietud la acción de este hombre, y se precipitaron hacia la cruz dando gritos. María cayó en los brazos de las santas mujeres, como si la lanza hubiese atravesado su propio corazón, mientras que Casio, de rodillas, alababa a Dios; pues los ojos de su cuerpo y de su alma se habían curado y abierto a la luz. Todos estaban conmovidos profundamente a la vista de la sangre del Salvador, que había corrido en un hoyo de la peña, al pie de la cruz. Casio, María, las santas mujeres y Juan recogieron la sangre y el agua en frascos, y limpiaron el suelo con paños.

Casio, que había recobrado toda la plenitud de su vista, estaba en humilde contemplación. Los soldados, sorprendidos del milagro que se había operado en él, se hincaron de rodillas, dándose golpes de pecho, y confesaron a Jesús. Casio, bautizado con el nombre de Longinos, predicó la fe como diácono, y llevó siempre sangre de Jesús sobre sí. Se había secado, y se halló en su sepulcro, en Italia, en una ciudad a poca distancia del sitio donde vivió Santa Clara. Hay un lago con una isla cerca de esta ciudad. El cuerpo de Longinos debe haber sido trasportado a ella. Los alguaciles, que mientras tanto habían recibido orden de Pilatos de no tocar al cuerpo de Jesús, no volvieron.

Todo esto pasó cerca de la cruz, un poco después de las cuatro, mientras José de Arimatea y Nicodemo buscaban lo que era necesario para la sepultura de Jesús. Pero los criados de José, habiendo venido a limpiar el sepulcro, anunciaron a los amigos de Jesús que su amo iba a quitar el cuerpo para ponerlo en un sepulcro nuevo. Entonces Juan volvió a la ciudad con las santas mujeres para que María pudiera reparar un poco sus fuerzas, y también para llevar algunas cosas necesarias para el entierro. La Virgen Santísima tenía una pequeña habitación en los edificios contiguos al Cenáculo. No entraron por la puerta más inmediata al Calvario, porque estaba cerrada y guardada al interior por los soldados que los fariseos habían puesto, sino por la meridional que conduce a Belén.

XLIX
Algunas localidades de la antigua Jerusalén

Ponemos aquí algunas descripciones de lugares, que hemos coordinado según los detalles dados por la hermana Ana Catalina Emmerick diferentes veces. Sigue la descripción del sepulcro y del jardín de José de Arimatea, para no interrumpir la historia del entierro del Señor.

La primera puerta, situada al Oriente de Jerusalén, al Mediodía del ángulo Sudoeste del templo, es la que conduce al barrio de Ofel. La puerta de las Ovejas está al Norte del ángulo Nordeste del templo. Entre estas dos puertas hay otra que conduce a algunas calles situadas al Oriente del templo, habitadas la mayor parte por picapedreros y otros artesanos. Las casas de que se componen se apoyan en los cimientos del templo, y pertenecen casi todas a Nicodemo, que las ha hecho construir, y casi todos esos artesanos trabajan para él. Nicodemo ha hecho construir nuevamente una hermosa puerta que conduce a esas calles, y que se llama puerta de *Moriah*. Se acababa de construir, y Jesús entró por ella en la ciudad el Domingo de Ramos. Así entró por la puerta nueva de Nicodemo, por donde nadie había pasado; y fué enterrado en el sepulcro nuevo de José de Arimatea, donde no había reposado todavía nadie. Esta puerta fué tapiada posteriormente; y hay una tradición que dice que los cristianos deben de entrar otra vez por ella en la ciudad. Ahora hay todavía de ese lado una puerta murada que los turcos llaman la *Puerta de Oro*.

El camino que va al Occidente, saliendo de la puerta de las Ovejas, pasa entre el lado Noroeste del monte de Sión y el Calvario. Desde esta puerta hasta el Gólgota hay tres cuartos de legua: desde el palacio de Pilatos hasta el Gólgota habrá cinco octavas partes de una legua. La fortaleza Antonia está situada al Norte de la montaña del templo sobre un peñasco que está separado. Cuando se va a Poniente, saliendo del palacio de Pilatos, esta fortaleza queda a la izquierda, y sobre una de sus murallas hay un terrado que domina el *Forum*. Desde allí Pilatos hace las proclamaciones al pueblo, por ejemplo, cuando promulga nuevas leyes. Sobre el camino de la cruz, en el interior de la ciudad, Jesús tenía con frecuencia la montaña del Calvario a su derecha. Este camino, que debía estar en parte en dirección del Sudoeste, conducía a una puerta abierta en un muro interior de la ciudad que se dirige hacia Sión. Fuera de ese muro

hay una especie de arrabal que tiene más jardines que casas; hay también hacia el muro exterior de la ciudad hermosos sepulcros con entradas de albañilería. De ese lado hay una casa perteneciente a Lázaro, con jardines magníficos hacia el sitio donde la muralla occidental de Jerusalén vuelve al Mediodía. Creo que una pequeña puerta particular, abierta en la muralla de la ciudad, por donde Jesús y los suyos pasaban con frecuencia con la autorización de Lázaro, conduce a esos jardines. La puerta situada al lado Noroeste conduce a Betsur, que está más al Norte que Emaús y Joppé. Esta zona occidental de Jerusalén es la menos elevada: baja hacia la parte de la muralla, pero se levanta antes de llegar a ella. En este terreno hay jardines y viñas, detrás de las cuales pasa un camino ancho de donde salen veredas para subir a las murallas y a las torres. Del otro, al exterior de la ciudad, el terreno declina hacia el valle; de suerte que las murallas que rodean esta parte baja de la ciudad parecen construídas sobre un terraplén elevado. Sobre el declive exterior se ven también jardines y viñas. Jesús, al llegar al fin del camino de la Cruz, tenía a su derecha esta parte de la ciudad donde hay tanto jardín, y de ahí venía Simón Cirineo. La puerta por donde salió Jesús no está enteramente vuelta al Poniente, sino al Sudoeste. La muralla de la izquierda, saliendo de la puerta, va al Sur, la cara al Oeste y se dirige otra vez al Sur alrededor del monte de Sión. De ese lado hay una torre muy ancha que parece una fortaleza. La puerta por donde Jesús salió está cerca de otra más al Mediodía que conduce al valle, donde comienza un camino que vuelve después a la izquierda en la dirección de Belén. Poco después de la puerta de donde sale, el camino se dirige al Norte hacia el Calvario. De ese lado, adonde se ve el camino de Emaús, hay un prado donde vi a Lucas juntar diversas plantas cuando fué con Cleofás a Emaús, después de la Resurrección, y encontraron a Jesús en el camino. Cerca de la muralla, al Levante y al Norte del Calvario, hay también huertos, sepulcros y viñas. La cruz fué enterrada al Nordeste, al pie del Calvario.

El jardín de José de Arimatea está situado cerca de la puerta de Belén, a siete minutos del Calvario; es un hermoso jardín con grandes árboles, bancos y bosques que dan sombra; va subiendo hasta las murallas de la ciudad. Cuando se entra en él, viniendo de la parte septentrional del valle, el terreno sube a la izquierda hasta la muralla, y a la derecha, al fin del jardín, hay una peña separada, donde está el sepulcro. La gruta donde está abierto, tiene la entrada al Levante. Al Sudoeste y

al Noroeste de la misma peña hay dos sepulcros nuevos con la entrada baja. Al Oeste de la peña pasa una vereda que la rodea. El terreno delante de la entrada del sepulcro está más elevado, y hay escalones para bajar a él. La bóveda puede contener cuatro hombres a cada lado, sin que estorben a los que deponen el cadáver; enfrente de la puerta está el sepulcro, elevado dos pies sobre el suelo; está unido a la peña por un lado como un altar: dos personas pueden estar a la cabecera y a los pies, y aún se puede poner otra persona delante, aunque la puerta esté cerrada. Esta puerta es de metal; quizás de cobre: tiene dos postigos, y una piedra delante para impedir que se abran. La piedra destinada a este uso está todavía delante de la entrada de la gruta. Después del entierro del Salvador, la pusieron delante de la puerta. Esta piedra es muy gruesa, y para menearla son menester muchos hombres. Enfrente de la entrada hay un banco de piedra; desde él se puede subir a la peña, que está cubierta de hierba, y desde donde se ven, por encima de las murallas, los puntos más elevados de Sión y algunas torres. Se ve también la puerta de Belén y la fuente de Gihon. La peña interiormente es blanca, con vetas encarnadas y azules.

L

Descendimiento

Mientras la cruz estaba abandonada y rodeada sólo de algunos guardias, vi cinco personas, que habían venido de Betania por el valle, acercarse al Calvario, elevar los ojos hacia la cruz y alejarse furtivamente: pienso que serían discípulos. Encontré tres veces en las inmediaciones a dos hombres examinando y deliberando: eran José de Arimatea y Nicodemo. Una vez era en las inmediaciones y durante la crucifixión (quizás cuando hicieron comprar los vestidos de Jesús). Otra vez estaban mirando si el pueblo se iba, y fueron al sepulcro para preparar alguna cosa: volvieron a la cruz, mirando a todas partes como si esperasen una ocasión favorable. Después trazaron su plan para bajar de la cruz el cuerpo del Salvador, y se volvieron a la ciudad.

Se ocuparon en transportar los objetos necesarios para embalsamar el cuerpo; sus criados tomaron algunos instrumentos para desclavarlo de la cruz, y dos escaleras, que consistían en un madero atravesado de distancia a distancia por palos que formaban los escalones. Había ganchos que se podían colgar

más arriba o más abajo, y que serían para fijar las escaleras o para colgar lo que necesitaran en su trabajo.

Nicodemo había comprado cien libras de raíces, que equivalían a treinta y siete libras de nuestro peso, como me fue explicado. Llevaba esos aromas en pequeños corchos colgados del cuello sobre el pecho. En uno de esos corchos había unos polvos. Tenían algunos paquetes de hierbas en sacos de pergamino o de cuero. José llevaba también una caja de un ungüento, no sé de qué sustancia: en fin, los criados debían llevar sobre unas angarillas jarros, botas, esponjas y herramientas. Llevaron fuego en un farol cerrado. Los criados salieron de la ciudad antes que sus amos, y por otra puerta, quizás la de Betania, y después se dirigieron hacia el Calvario. Pasaron por delante de la casa donde la Virgen, Juan y las santas mujeres habían venido a llevar diversas cosas para embalsamar el cuerpo de Jesús; Juan y las santas mujeres siguieron a los servidores a poca distancia. Había cinco mujeres; algunas llevaban debajo de los mantos un grueso paquete de tela. Las mujeres tenían la costumbre, suando salían por la noche o para hacer secretamente alguna acción piadosa, de cubrirse con una sábana larga y de más de una vara de ancho. Comenzaban por envolverse un brazo, y se envolvían el resto del cuerpo tan estrechamente, que apenas podían andar. Yo las he visto así envueltas; esa sábana les llegaba de un brazo al otro, y les cubría la cabeza. Hoy presentaba un aspecto extraño: era un vestido de luto. José y Nicodemo tenían también vestidos de luto, con mangas negras y cintura ancha. Sus capas, que se las habían puesto sobre la cabeza, eran anchas, largas y de color pardo. Les servían para tapar lo que llevaban. Se dirigían hacia la puerta que conduce al Calvario.

Las calles estaban desiertas; el terror general hacía que cada uno estuviese encerrado en su casa; la mayor parte comenzaban a arrepentirse. Muy pocos atendían a la fiesta. Cuando José y Nicodemo llegaron a la puerta, la hallaron cerrada, y todo alrededor, el camino y las calles, lleno de soldados. Eran los mismos que los fariseos habían pedido a las dos, y como temían una insurrección popular, los conservaban sobre las armas.

José presentó una orden firmada por Pilatos para que le dejasen pasar libremente. Los soldados se alegraron; mas le dijeron que habían querido abrir muchas veces la puerta sin poderlo conseguir; que sin duda en el terremoto se había desnivelado por alguna parte; que por esa razón los alguaciles encargados de romper las piernas a los crucificados habían tenido que pasar por

otra puerta. Pero cuando José y Nicodemo tomaron el cerrojo, la puerta se abrió sola, dejando a todos atónitos.

El cielo estaba todavía oscuro y nebuloso cuando llegaron al Calvario: se encontraron con sus criados y las santas mujeres que lloraban enfrente de la cruz. Casio y muchos soldados, que se habían convertido, estaban a cierta distancia tímidos y respetuosos. José y Nicodemo contaron a la Virgen y a Juan todo lo que habían hecho para librar a Jesús de una muerte ignominiosa; cómo habían obtenido que no rompiesen los huesos al Señor, y cómo la profecía se había cumplido. Hablaron también de la lanzada de Casio. Así que llegó el centurión Abenadar, comenzaron, en medio de la tristeza y del recogimiento, la obra piadosa del descendimiento de la cruz y de embalsamar el sacratísimo cuerpo del Señor.

La Virgen Santísima y Magdalena estaban sentadas al pie de la cruz, a la derecha, entre la cruz de Dimas y la de Jesús: las otras mujeres estaban ocupadas en preparar los paños, los aromas, el agua, las esponjas y los vasos. Casio se acercó también, y contó a Abenadar el milagro de la cura de sus ojos. Todos estaban conmovidos, llenos de dolor y de amor, y al mismo tiempo silenciosos y con una gravedad solemne. Sólo cuando la prontitud y la atención que exigían esos cuidados piadosos lo permitían, oíanse lamentos y gemidos comprimidos. Sobre todo, Magdalena se abandonaba enteramente a su dolor, y nada podía distraerla, ni la presencia de los circunstantes, ni ninguna otra consideración.

Nicodemo y José pusieron las escaleras detrás de la cruz, y subieron con una sábana, a la cual estaban atadas tres correas; ataron el cuerpo de Jesús por debajo de los brazos y de las rodillas al árbol de la cruz, y fijaron los brazos atados por la muñeca. Entonces sacaron los clavos empujándolos por detrás, apoyando un hierro en la punta. Las manos de Jesús no se movieron mucho a pesar de los golpes, y los clavos salieron fácilmente de las llagas, porque éstas se habían abierto mucho con el peso del cuerpo, y éste ahora, suspendido con las sábanas, no cargaba sobre los clavos. La parte inferior del cuerpo, que a la muerte del Salvador había cargado sobre las rodillas, reposaba en su posición natural, sostenida por una sábana que estaba atada a los brazos de la cruz. Mientras José sacaba el clavo izquierdo y dejaba el brazo envuelto caer despacio sobre el cuerpo. Nicodemo ataba el brazo derecho a la cruz, y también la cabeza coronada de espinas, que se había torcido sobre el hombro derecho: entonces arrancó el clavo derecho, y dejó caer despacio

el brazo sobre el cuerpo. Al mismo tiempo el centurión Abenadar arrancaba con esfuerzo el clavo grande de los pies. Casio recogió religiosamente los clavos, y los puso a los pies de la Virgen.

En seguida José y Nicodemo pusieron las escaleras delante de la cruz, casi derechas y muy cerca del cuerpo; desataron la correa de arriba, y la colgaron a uno de los ganchos que estaban en las escaleras; hicieron lo mismo con las otras dos correas, y bajándolas de gancho en gancho descendieron despacio el santo Cuerpo hasta enfrente del centurión, que, montado sobre un banco, lo recibió en sus brazos por debajo de las rodillas, y lo bajó, mientras que José y Nicodemo, sosteniendo lo alto del cuerpo, bajaban escalón por escalón con las mayores precauciones, como cuando se lleva el cuerpo de un amigo gravemente herido. Así el cuerpo del Salvador llegó hasta abajo.

Era un espectáculo muy tierno; tenían el mismo cuidado, las mismas precauciones que si hubiesen temido causar algún daño a Jesús: guardaron con el santo Cuerpo todo el amor y toda la veneración que habían tenido con el Salvador durante su vida. Todos los circunstantes tenían los ojos fijos en el cuerpo del Señor, y seguían todos sus movimientos; a cada instante levantaban las manos al cielo, derramaban lágrimas y daban señales del más intenso duelo. Sin embargo, todos estaban penetrados de un respeto profundo, hablando sólo en voz baja para ayudarse o avisarse. Mientras los martillazos se oían, María, Magdalena y todos los que estaban presentes a la crucifixión, tenían el corazón partido. El ruido de los golpes les recordaba los padecimientos de Jesús: temblaban al oír otra vez el grito penetrante de dolor, y al mismo tiempo se afligían del silencio de su boca divina, prueba demasiado cierta de su muerte. Cuando descendieron el santo Cuerpo, lo envolvieron desde las rodillas hasta la cintura, y lo pusieron en los brazos de su Madre, que se los tendía poseída de dolor y de amor.

LI

El cuerpo de Jesús embalsamado

La Virgen Santísima se sentó sobre un cobertor tendido en el suelo: su rodilla derecha, un poco levantada, y su espalda, estaban apoyadas sobre unas capas juntas. Lo habían dispuesto todo para facilitar a esta Madre llena de dolor los tristes honores que iba a dar al cuerpo de su Hijo. La sagrada cabeza de

Jesús estaba apoyada sobre la rodilla de María; su cuerpo estaba tendido en un sábana. La Virgen Santísima tenía por la última vez en sus brazos el cuerpo de su querido Hijo, a quien no había podido dar ninguna prueba de amor en todo su martirio; contemplaba sus heridas; cubría de besos su rostro ensangrentado, mientras Magdalena reposaba el suyo sobre sus pies.

Los hombres se retiraron a una pequeña hondonada, situada al Sudoeste del Calvario, a preparar los objetos necesarios para embalsamar el cadáver. Casio, con algunos soldados que se habían convertido al Señor, estaba a una distancia respetuosa. Toda la gente mal intencionada había vuelto a la ciudad, y los soldados formaban sólo una guardia de seguridad para impedir que alguien interrumpiese los últimos honores rendidos a Jesús. Algunos prestaban su ayuda cuando se la pedían. Las santas mujeres daban vasos, esponjas, paños, ungüentos y aromas cuando se necesitaban, y el resto del tiempo estaban atentas a corta distancia; Magdalena se hallaba siempre a los pies de Jesús. Juan ayudaba continuamente a la Virgen, servía de mensajero entre los hombres y las mujeres, y ayudaba a unos y a otros. Las mujeres tenían a su lado botas de cuero y un jarro de agua, puesto sobre lumbre de carbón. Ellas presentaban a María y a Magdalena, conforme los necesitaban, vasos llenos de agua pura, y esponjas que exprimían después en las botas de cuero.

La Virgen Santísima conservaba un valor admirable en su indecible dolor. No podía dejar el cuerpo de su Hijo en el horrible estado en que lo había puesto el suplicio, y por eso comenzó, con una actividad infatigable, a lavarlo y a limpiarle las señales de los ultrajes que había recibido. Sacó con la mayor precaución la corona de espinas, abriéndola por detrás y cortando una por una las puntas clavadas en la cabeza de Jesús, para no abrir las heridas con el movimiento. Pusieron la corona junto a los clavos; entonces María sacó las espinas que se habían quedado en las heridas con una especie de tenazas redondas, y las enseñó a sus amigos con tristeza. Pusieron estas espinas con la corona: sin embargo, algunas deben de haber sido conservadas aparte.

Apenas se podía conocer la faz del Señor: tan desfigurada estaba con las llagas que la cubrían. La barba y el cabello estaban pegados con la sangre. María alzó la cabeza, y pasó esponjas mojadas por el pelo para humedecer la sangre seca. Conforme la lavaba, las horribles crueldades ejercidas contra Jesús se presentaban más distintamente, y su compasión y su ternura se

acrecentaban de una herida a otra. Lavó las llagas de la cabeza, la sangre que cubría los ojos, la nariz y las orejas; con una esponja y un pañito extendido sobre los dedos de su mano derecha, limpió, del mismo modo, su boca entreabierta, su lengua, los dientes y los labios. Partió lo que le restaba del pelo del Salvador en tres partes: una sobre cada sien, y la tercera sobre la nuca; y cuando hubo limpiado y desenredado los cabellos de delante, se los puso detrás de ambas orejas. Habiendo limpiado la cara, la Virgen la cubrió después de haberla besado. Luego hízolo con el cuello, las espaldas y el pecho, los brazos y las manos. Todos los huesos del pecho, todas las coyunturas de los miembros estaban dislocados, y no podían doblarse. El hombro que había llevado la cruz tenía una herida enorme; toda la parte superior del cuerpo estaba cubierta de heridas y rasgada con los azotes. Cerca del pecho izquierdo había una pequeña abertura por donde había salido la punta de la lanza de Casio, y en el lado derecho estaba la abertura ancha por donde entrara la lanza que había atravesado el corazón. María lavó todas las llagas, y Magdalena, de rodillas, la ayudaba de cuando en cuando, sin dejar los pies de Jesús, que regaba con lágrimas abundantes y que limpiaba con sus cabellos.

La cabeza, el pecho y los pies del Salvador estaban lavados: el sagrado cuerpo, blanco, azulado, como carne sin sangre, lleno de cardenales y manchas en los sitios donde se le había arrancado el pellejo, reposaba sobre las rodillas de María, que cubrió con un velo las partes lavadas, y se ocupó en embalsamar todas las heridas. Las santas mujeres, arrodillándose enfrente de María, le presentaban a su vez una caja, de donde tomaba un ungüento precioso con que untaba las heridas. Ungió también el pelo. Tomó en su mano izquierda las manos de Jesús, las besó con respeto, y llenó de ungüento o de aromas los agujeros profundos de los clavos. Llenó también las orejas, la nariz y la llaga del costado. Magdalena embalsamaba los pies del Señor: regábalos muchas veces con sus lágrimas, y los limpiaba con sus cabellos.

No tiraban el agua que habían usado, sino que la echaban en botas de cuero, donde exprimían las esponjas. Vi muchas veces a Casio y a otros soldados ir por agua a la fuente de Gihon, que estaba bastante cerca. Cuando la Virgen untó todas las heridas, envolvió la cabeza en paños, mas no cubrió todavía la cara. Cerró los ojos entreabiertos de Jesús, y posó la mano sobre ellos algún tiempo. Cerró también su boca, abrazó el sagrado cuerpo de su Hijo, y dejó caer su rostro sobre el de Jesús. José y Nico-

demo hacía rato que esperaban, cuando Juan, acercándose a la Virgen, le pidió que se separase de su Hijo para que pudieran acabar de embalsamarlo, porque se acercaba el Sábado. María abrazó otra vez el cuerpo de su Hijo, y se despidió de Él en los términos más tiernos. Entonces los hombres lo tomaron de los brazos de su Madre en la sábana donde estaba puesto, y lo llevaron a cierta distancia. María, sumergida en su dolor, que sus tiernos cuidados habían distraído un instante, cayó, la cabeza cubierta, en brazos de las piadosas mujeres. Magdalena, como si hubieran querido arrancarle a su Amado, precipitóse algunos pasos hacia adelante con los brazos abiertos, y se volvió con la Virgen Santísima.

Llevaron el cuerpo a un sitio más bajo que la cumbre del Gólgota, sobre una roca, que presentaba un sitio cómodo para embalsamar el cuerpo. Vi primero un paño de mallas de un trabajo parecido al encaje, que me recordó la cortina que se pone delante del altar en la Cuaresma (*). Sin duda estaba trabajado con calados para dejar pasar el agua. Vi también otra gran sábana extendida. Pusieron el cuerpo del Salvador sobre el paño calado, y algunos hombres tuvieron el otro extendido sobre él. Nicodemo y José se arrodillaron, y debajo de este lienzo quitaron el paño que habían atado a la cintura al bajarlo de la cruz. Después pasaron esponjas debajo de ese paño, y lavaron la parte inferior del cuerpo. En seguida lo alzaron con los paños atravesados debajo de las rodillas, y lo lavaron por detrás, sin volverlo, hasta que el agua que soltaban las esponjas salía clara. Entonces echaron agua de mirra sobre todo el cuerpo, y, manejándolo con respeto, lo extendieron todo a lo largo, pues se había quedado en la posición en que había muerto, con las rodillas y los riñones encogidos. Después colocaron debajo de sus hombros un paño de una vara de ancho y tres de largo; pusieron manojos de hierbas como las que veo en las mesas celestiales, y echaron por encima unos polvos que Nicodemo había traído. Entonces envolvieron la parte inferior del cuerpo, y la ataron fuertemente alrededor de la sábana que habían puesto por debajo. Untaron las heridas de los muslos, pusieron manojos de hierba entre las piernas en todo su largo, y las envolvieron en los aromas de abajo a arriba.

Entonces Juan llevó cerca del cuerpo a la Virgen y a las santas mujeres. María se arrodilló junto a la cabeza de Jesús, puso por debajo un lienzo muy fino que le había dado la mujer

(*) En la diócesis de Münster cuelgan en las iglesias una cortina con bordados calados, que representan las cinco llagas y los instrumentos de la Pasión.

de Pilatos, y que llevaba ella alrededor de su cuello debajo de su manto; después, con ayuda de las santas mujeres, puso desde los hombros hasta la cara manojos de hierbas, aromas y polvos odoríferos; luego ató fuertemente este lienzo alrededor de la cabeza y de los hombros. Magdalena echó un frasco de bálsamo en la llaga del costado, y las piadosas mujeres pusieron también hierbas en las llagas de las manos y de los pies. En seguida los hombres envolvieron el resto del cuerpo en aromas, cruzaron los brazos sobre su pecho, y apretaron la gran sábana blanca alrededor de su cuerpo hasta el pecho, como se envuelve a un niño, y ataron una venda alrededor de la cabeza y de todo el cuerpo. En fin, pusieron al Salvador en la gran sábana de seis varas que había comprado José de Arimatea, y lo envolvieron, colocado diagonalmente; una punta de la sábana estaba doblada desde los pies hasta el pecho, y la otra sobre la cabeza y los hombros; las otras dos envueltas alrededor del cuerpo.

Como todos rodeaban el cuerpo del Señor y se arrodillaban para despedirse de Él, un milagro se operó a sus ojos; el sagrado cuerpo de Jesús, con sus heridas, apareció representado sobre la sábana que lo cubría, como si hubiese querido recompensar su celo y su amor, y dejarles su retrato a través de los velos que lo cubrían. Abrazaron el cuerpo llorando, y besaron con respeto su milagrosa efigie. Su asombro se aumentó cuando, alzando la sábana, vieron que todas las vendas que ataban el cuerpo estaban blancas como antes, y que la sábana superior había recibido sola la milagrosa efigie. No era la marca de heridas echando sangre, pues todo el cuerpo estaba envuelto y cubierto de aromas; era un retrato sobrenatural, un testimonio de la divinidad creadora que residía siempre en el cuerpo de Jesús. He visto muchas cosas relativas a la historia posterior de esa sábana, mas me sería imposible coordinarlas. Después de la Resurrección estuvo en poder de los amigos de Jesús. Cayó también dos veces en las manos de los judíos, y fué venerada más tarde en diferentes lugares. La he visto en Asia, en casa de cristianos no católicos. Se me ha olvidado el nombre de la ciudad, que está situada en un país cercano a la patria de los tres Reyes Magos.

LII

Jesús metido en el sepulcro

Los hombres pusieron el sagrado cuerpo sobre unas angarillas de cuero, cubiertas con un cobertor oscuro. Esto me recuerda el Arca de la Alianza. Nicodemo y José llevaban sobre sus hombros los palos de delante, y Abenadar y Juan los de atrás. En seguida venían la Virgen, María de Helí, su hermana mayor, Magdalena y María Cleofás; después las mujeres que habían estado sentadas a cierta distancia, Verónica, Juana Chusa; María, madre de Marcos; Salomé, mujer del Zebedeo; María Salomé, Salomé de Jerusalén, Susana y Ana, sobrina de San José; Casio y los soldados cerraban la marcha. Las otras mujeres, Maroni de Naím, Dina la Samaritana, y María la Sufanita, estaban en Betania con Marta y Lázaro. Dos soldados con luces iban delante para alumbrar en la gruta del sepulcro; anduvieron así cerca de siete minutos, cantando salmos en tono dulce y melancólico. Vi sobre una altura del otro lado del valle a Santiago el Mayor, hermano de Juan, que los veía pasar, y que volvió a anunciar a los otros discípulos lo que había visto.

Se pararon a la entrada del jardín de José; lo abrieron arrancando algunos palos, que sirvieron después de palancas para llevar a la gruta la piedra que debía tapar el sepulcro. Cuando llegaron a la peña, levantaron el santo cuerpo sobre una tabla larga, cubierta con una sábana. La gruta, que estaba recientemente abierta, había sido barrida por los criados de Nicodemo; el interior estaba limpio y decoroso. Las santas mujeres se sentaron enfrente de la entrada. Los cuatro hombres entraron el cuerpo del Señor, llenaron de aromas una parte del sepulcro, y extendieron una sábana, sobre la cual pusieron el cuerpo; le mostraron otra vez su amor con sus lágrimas y sus abrazos, y salieron de la gruta. Entonces entró la Virgen; se sentó junto a la cabeza, y se bajó llorando sobre el cuerpo de su Hijo. Cuando salió de la gruta, Magdalena se precipitó en ella; había juntado en el jardín flores y ramos que echó sobre Jesús; cruzó las manos, y besó llorando los pies de Jesús; pero habiéndole dicho los hombres que querían cerrar el sepulcro, se volvió con las otras mujeres. Doblaron las puntas de las sábanas sobre el cuerpo, y pusieron la tapa de un color oscuro, y cerraron la puerta; delante había dos palos, uno horizontal y otro vertical, que formaban la cruz.

La gruesa piedra destinada a cerrar el sepulcro, que estaba aún a la puerta de la gruta, tenía la forma de un cofre o de una piedra tumular; era bastante grande para que un hombre pudiera extenderse a lo largo, muy pesada, y sólo con palancas pudieron los hombres empujarla delante de la puerta del sepulcro. La primera puerta de la gruta era de ramas entretejidas. Todo lo que se hizo en la gruta fué con faroles, porque la luz del día apenas penetraba.

LIII

Vuelta del sepulcro. José de Arimatea preso

El Sábado iba a comenzar. Nicodemo y José entraron en Jerusalén por una pequeña puerta próxima al jardín, abierta en la muralla por una gracia especial concedida a José. Dijeron a la Virgen, a Magdalena, a Juan y algunas mujeres que volvían al Calvario a orar, que hallarían esa puerta abierta siempre que llamaran, así como la del Cenáculo. La hermana mayor de la Virgen, María de Helí, volvió a la ciudad con María, madre de Marcos, y algunas otras mujeres. Los criados de José y de Nicodemo volvieron al Calvario para recoger los objetos que habían dejado.

Los soldados se juntaron con los que guardaban la puerta de la ciudad, vecina al Calvario, y Casio se fué a casa de Pilatos con la lanza. Le contó lo que había visto, y le prometió una relación exacta, si le confiaba el mando de la guardia que los judíos pedirían para el sepulcro. Pilatos escuchó sus palabras con terror secreto, mas lo trató como a un supersticioso.

José y Nicodemo encontraron en la ciudad a Pedro, a Santiago el Mayor y a Santiago el Menor; todos lloraban. Pedro, sobre todo, sentía un dolor violento; los abrazó, se acusó de no haber estado presente a la muerte del Salvador, y les dió las gracias por haberle dado sepultura. Se convinieron en que les abrirían las puertas del Cenáculo cuando llamaran, y se fueron a buscar a otros discípulos dispersados en diversos sitios. Vi después a la Virgen Santísima y a sus compañeras entrar en el Cenáculo; Abenadar fué también introducido, y poco a poco la mayor parte de los apóstoles y de los discípulos se juntaron en él. Las santas mujeres se reunieron en la parte donde habitaba la Virgen. Tomaron algún alimento, y pasaron todavía algún rato reunidos llorando y contando lo que habían visto. Los hombres se mudaron de vestido, y los vi debajo de una lámpara

para celebrar el sábado. Comieron corderos en el Cenáculo, pero sin hacer ninguna ceremonia, pues habían comido la víspera el cordero pascual; todos estaban llenos de angustia y de tristeza. Las santas mujeres rezaron también con María debajo de una lámpara. Cerrado que hubo la noche, Lázaro, la viuda de Naím, Dina la Samaritana y María la Sufanita, vinieron de Betania: contaron de nuevo lo sucedido, y derramaron lágrimas.

José de Arimatea volvió tarde del Cenáculo a su casa; iba tristemente por las calles de Sión, acompañado de algunos discípulos y de algunas mujeres, cuando de pronto un tropel de hombres armados, emboscados en las inmediaciones del tribunal de Caifás, se echó sobre ellos, apoderándose de José, mientras sus compañeros huían dando gritos. Lo encerraron en una torre de la muralla, cerca del tribunal. Caifás había encargado esta expedición a los soldados paganos, que no tenían que observar el sábado. Su proyecto era dejarlo morir de hambre, y no decir nada de su desaparición.

Aquí se acaba la relación del día de la Pasión del Salvador; añadiremos algunos trozos relativos al Sábado Santo, al descendimiento a los infiernos y a la Resurrección.

LIV
El nombre del Calvario

Meditando sobre el nombre de *Gólgota*, Calvario, lugar del Cráneo, que tiene la peña en donde Jesús fué crucificado, estuve en contemplación profunda sobre la serie de los tiempos desde Adán hasta Jesús, en la cual se me reveló el origen de ese nombre. He aquí de lo que me acuerdo.

Yo vi a Adán, después de su expulsión del Paraíso, llorar en la gruta en donde Jesús sudó sangre y agua sobre el monte de los Olivos. Vi cómo Seth fué prometido a Eva en la cueva del nacimiento de Jesús en Belén, y cómo nació en esa misma cueva. Vi a Eva habitar en las grutas donde después estuvo el monasterio esenio de Masfa, cerca de Hebrón.

El territorio de Jerusalén se me apareció después del diluvio, revuelto, negro, pedregoso, bien diferente de lo que era antes. A gran profundidad, debajo de la peña que forma el Calvario (la cual fué transportada a este sitio por las aguas), vi el sepulcro de Adán y de Eva. Faltaba la cabeza y una costilla a uno de los esqueletos, y la otra cabeza estaba puesta al esqueleto a quien no pertenecía. Los huesos de Adán y de Eva no estaban

todos en este sepulcro. Noé tenía algunos en el arca, que se los transmitieron los patriarcas. Noé y Abrahán, cuando ofrecían un sacrificio, los ponían sobre el altar para recordar a Dios su promesa. Cuando Jacob dió a José su vestido de diversos colores, le dió también algunos huesos de Adán para servirle de reliquias. José los llevaba siempre sobre el pecho, y fueron metidos con sus propios huesos en el primer relicario que los hijos de Israel llevaron de Egipto. He visto muchas cosas, pero se me han olvidado las unas, y me falta tiempo para contar las otras.

En cuanto al origen del nombre de Calvario, he aquí lo que sé. La montaña que tiene ese nombre se me apareció en el tiempo del profeta Eliseo. Entonces no estaba como en tiempo de Jesús: era una altura con muchas murallas y grutas que parecían sepulcros. Vi al profeta Eliseo bajar a esas grutas (no sé decir si lo hizo realmente o si era simplemente una visión). Le vi sacar un cráneo de un sepulcro de piedra, donde reposaban huesos. Uno que estaba a su lado, creo que era un ángel, le dijo: "Es el cráneo de Adán". El profeta quiso llevárselo, mas el que estaba con él no se lo permitio. Vi sobre el cráneo algunos pelos rubios esparcidos.

Supe también que habiendo contado el profeta lo que le había sucedido, el sitio recibió el nombre de *Calvario*. En fin: yo vi que la cruz de Jesús estaba puesta verticalmente sobre el cráneo de Adán, y supe que ese sitio era precisamente el medio de la tierra; al mismo tiempo conocí los números y las medidas propias a todos los países, cada uno en particular. y la relación que tenían entre sí. He visto ese medio desde arriba, y como de un vuelo. Desde allí se ven más claramente que en un mapa los diversos países, las montañas, los desiertos, los mares y los ríos, los pueblos y los lugares más pequeños, así los más cercanos como los más remotos.

LV

La cruz y el lagar

Meditando sobre esta palabra o este pensamiento de Jesús sobre la cruz: "Estoy exprimido como el vino que se ha puesto aquí en el lagar por la primera vez: debo dar toda mi sangre hasta que venga el agua, mas no se hará aquí más vino"; esto me fué explicado por una visión relativa al Calvario.

Yo vi, en una época posterior al diluvio, este terreno menos escabroso y menos estéril que lo fué después: había viñas y pra-

dos. Vi al patriarca Jafet, un viejo alto, moreno, rodeado de inmensos rebaños y de una posteridad numerosa; sus hijos y él tenían viviendas labradas en la tierra, y cubiertas con techos de hierbas y de flores. Alrededor había viñas y ensayaban sobre el Calvario, en presencia de Jafet, una nueva manera de hacer vino.

También vi las antiguas maneras de preparar el vino; no me acuerdo más que de lo siguiente: Primero se contentaban comiendo la uva; después la pisaron en tinas de piedra con pilones y en grandes tajos de madera. Esta vez habían imaginado un nuevo lagar, que se parecía a la santa cruz: era un tronco de árbol vaciado y elevado verticalmente; un saco de uva estaba colgado arriba; sobre ese saco había un pilón y encima un peso, y de los dos lados del tronco salían brazos que llegaban al saco por aberturas dispuestas a propósito, y que estrujaban la uva cuando los movían bajando las extremidades. El mosto corría fuera del árbol por cinco aberturas, y caía en una cuba de piedra; desde ahí llegaba por un caño de corcho untado de resina a esa especie de cisterna abierta en la peña, adonde encerraron a Jesús antes de crucificarlo; al pie del tronco, en la cueva de piedra, había una reja para no dejar pasar los pezones, que se ponían a un lado. Cuando alzaron el lagar, llenaron el saco de uvas, lo clavaron en lo alto, pusieron y maniobraron los brazos para hacer correr el vino. Todo eso me recordó la crucifixión, a causa de la semejanza del tronco y de la cruz. Tenían una caña larga con una extremidad llena de puntas, de suerte que parecía una cabeza de cardo, y la pasaban por el tronco o por el conducto cuando se obstruían. Eso me recordó la lanza y la esponja. Había pellejos y corchos. Vi muchos hombres jóvenes que tenían sólo un lienzo a la cintura, como Jesús, trabajando en ese lagar. Jafet era muy viejo; tenía barba larga y un vestido de pieles; miraba con placer el nuevo lagar. Era una fiesta; sacrificaron sobre un altar de piedra animales que corrían por la viña, asnillos, cabras y ovejas. No fué en este sitio en el que Abrahán vino a sacrificar a Isaac; fué quizás sobre el monte de Moriah. He olvidado muchas instrucciones relativas al vino, al vinagre, a los escobajos, a las diferentes distribuciones a derecha y a izquierda: lo siento, pues las menores cosas en esta materia tienen una profunda significación simbólica. Si Dios quiere que las dé a conocer, me las mostrará otra vez.

LVI
Extracto de una visión anterior

En una visión del último mes de la vida de Jesús, Ana Catalina Emmerick vió tres caldeos de un lugar cuyo nombre se parece a Siedor, y donde esos paganos tenían una escuela de sacerdotes, ir a visitar al Señor en Betania, a casa de Lázaro. Ya en otra ocasión había contado lo siguiente de su religión y de su templo:

A poca distancia de ese templo había una pirámide con galerías, en donde observaban los astros. Anunciaban lo porvenir por la marcha de los animales, e interpretaban los sueños. Sacrificaban animales, pero siempre con horror a la sangre que dejaban caer al suelo. Tenían fuego consagrado y agua consagrada: conservaban el zumo de una planta y panecitos consagrados, según el rito de su religión. Su templo, de forma ovalada, estaba lleno de imágenes de metal muy bien trabajadas. Tenían el presentimiento de una Madre de Dios. El objeto principal de su templo era un obelisco triangular. En uno de los dos lados había una figura con pies de animales, que tenía en sus manos una bola, un aro, un manojito de yerbas, una manzana gruesa con el pezón, y otras cosas. Su cara era como un sol con rayos; tenía muchas telas, y significaba la producción y la conservación de la naturaleza: su nombre era como Miter o Mitras. En el otro lado había una figura de animal con un cuerno: era un unicornio, y se llamaba Asfas o Aspas. Combatía con su cuerno contra un animal malo, que estaba en el tercer lado. Éste tenía una cabeza de lechuza con un pico encorvado, cuatro patas con uñas, dos alas y una cola que acababa como la de un escorpión. Se me ha olvidado su nombre, pues no me acuerdo fácilmente de esos nombres extranjeros; los confundo uno con otro, y sólo puedo indicar a qué se parecen. Al ángulo de la columna, encima de los dos animales que reñían, había una estatua, que debía representar la madre de todos los dioses. Su nombre era como Alva o Alvas; la llamaban también granero lleno de trigo, y salía de su cuerpo un haz de espigas. Su cabeza estaba agachada, pues llevaba en el pescuezo un cántaro de vino. Tenía un lema que decía: "El trigo se debe volver pan; la uva se debe volver vino, para mantener todas las cosas". Encima de esta figura había una especie de corona, y sobre la columna dos letras que me parecían una O y una W (quizás Alfa y Omega).

Pero lo que más me admiró en el templo fué un altar de metal con un jardincito redondo, cubierto de un enrejado de oro, y debajo de él se veía la figura de una virgen. En medio había una fuente compuesta de muchos estanques sellados, junto uno al otro, y delante de ella una cepa verde con un hermoso racimo colorado, que entraba en un lagar, cuya forma me recordó la de la cruz. En la punta de un tronco hueco había un embudo ancho, cuya extremidad llegaba a un saco de uvas: sobre el saco había dos brazos móviles, que entraban en el árbol por los lados, y trituraban las uvas, cuyo zumo corría por aberturas. El jardincito redondo tenía cinco o seis pies de diámetro; estaba lleno de flores, de arbustos y de frutas, todos bien ejecutados y con una significación profunda (*).

La representación profética de la salvación futura había sido hecha muchos siglos antes por los sacerdotes de ese pueblo, según lo que habían aprendido por la observación de los astros. Habían visto también esta representación sobre la escala de Jacob; habían visto igualmente otras figuras proféticas de la Madre de Dios, pero mezcladas con otras tradiciones no comprendidas. Poco tiempo antes habían sabido la significación del huerto cerrado y de la fuente sellada: se les había revelado que Jesús era la cepa cuya sangre debía regenerar al mundo, el grano de trigo que, puesto en la tierra, debía resucitar. Habían sabido que poseían muchos símbolos y muchos anuncios de la verdad, pero mezclados con invenciones de Satanás. Para tener mayores instrucciones, habían sido enviados a los tres Reyes, que, desde su vuelta de Belén, habitaban más cerca de la Tierra de Promisión, y estaban distantes dos jornadas del camino de los caldeos.

Jesús habló con brevedad a esos extranjeros. Los envió a Cafarnaúm, en casa del centurión Zorobabel; Jesús había curado a su criado, que había sido pagano como ellos, y que debía instruirlos. Eran hombres de gran estatura, jóvenes, bellos y esbeltos; tenían otra conformación que los judíos: sus pies y sus manos eran de rara pequeñez.

(*) A esto se puede referir lo que dijo la monja en otra ocasión: "Cuando veo parábolas relativas a la viña, o cuando rezo por algunas diócesis o por algunas parroquias que se me presentan bajo la forma de viñas donde me parece que debo hacer trabajos penosos, veo siempre en ellas el lagar parecido a la cruz, pero elevado en medio de una cuba o de un hoyo profundo. Los brazos del tronco se pueden mover con los pies".

LVII

Terremoto y apariciones a la muerte de Jesús

Entre los muertos resucitados en Jerusalén, cuyo número llegó a ciento, no había ningún pariente de Jesús. He visto en otros lugares de la Tierra Santa otros muertos aparecer y dar testimonio de Jesús. Así vi a Sadoc, hombre muy piadoso, que había dado todo lo que poseía a los pobres y al templo, y que había fundado una comunidad de esenios, aparecerse a mucha gente en las inmediaciones de Hebrón. Este Sadoc había vivido un siglo antes de Jesús: había deseado ardientemente la venida del Mesías, y tenido sobre esto muchas revelaciones. Vi otros muertos aparecerse a los discípulos del Señor que estaban escondidos, y darles avisos.

El terror y la desolación se extendieron hasta los lugares más remotos de la Palestina, y no fué sólo en Jerusalén donde hubo prodigios espantosos. En Tirza, las torres de la cárcel donde habían estado presos los cautivos que Jesús rescató, se hundieron. En Galilea, donde Jesús había viajado tanto, vi caerse muchos edificios, sobre todo las casas de los fariseos que habían perseguido al Salvador con más rencor, y que estaban todos en la fiesta: esas casas se hundieron sobre sus mujeres y sus hijos. Hubo muchos desastres en las inmediaciones del lago de Genesaret. Muchos edificios se desplomaron en Cafarnaúm: el muro que estaba delante del hermoso jardín del centurión Zorobabel, se abrió. El lago inundó el valle, y llegó hasta Cafarnaúm, que está a media legua. La casa de Pedro y la habitación de la Virgen, situadas al salir del pueblo, quedaron intactas. El lago estuvo muy agitado; sus orillas se hundieron por muchas partes; su configuración se mudó totalmente, con semejanza a la que hoy tiene. Hubo, sobre todo, grandes cambios en su extremidad sudoeste, cerca de Tariqueo, porque había una calzada larga de piedra construída entre el lago y una especie de laguna, y que daba una dirección constante al curso del Jordán, a su salida del lago. Toda la calzada se destruyó con el terremoto.

Hubo muchos desastres al Este del lago, en el sitio donde los cerdos pertenecientes a los habitantes de Gergesa se habían precipitado en el lago; también los hubo en Gergesa, en Gerasa y en todo el distrito de Corazaín. La montaña donde se hizo la segunda multiplicación de los panes fué conmovida, y la piedra donde se había verificado el milagro se partió por medio. En la Decápolis, ciudades enteras se hundieron. En Asia muchos sitios

sufrieron bastante, sobre todo al Este y al Noroeste de Paneas. En la Galilea Superior muchos fariseos hallaron sus casas arruinadas al volver de la fiesta. Muchos de ellos recibieron la noticia en Jerusalén: por eso los enemigos de Jesús emprendieron tan poco contra la comunidad cristiana en la fiesta de Pentecostés.

Una parte del templo de Garizim se arruinó. Había un ídolo sobre una fuente, en un pequeño templo, cuyo techo se hundió en la fuente con el ídolo. La mitad de la sinagoga de Nazaret, de donde habían echado a Jesús, se hundió, así como la parte de la montaña de donde habían querido precipitarle. Hubo muchas perturbaciones en el curso del Jordán por causa de las conmociones, y mudó de dirección en muchos sitios. En Maqueronte y en las otras ciudades de Herodes todo estuvo tranquilo: este país estaba fuera de la penitencia y de las amenazas, semejante a aquellos hombres que no se cayeron, y por consiguiente no se levantaron, en el Huerto de los Olivos.

En otros muchos sitios donde habitaban espíritus malos, vi a éstos desaparecer a bandadas en medio de los edificios y de los montes que se hundían. Las sacudidas de la tierra me recordaron las convulsiones de los poseídos cuando el enemigo siente que va a alejarse. En Gergesa, una parte de la montaña, desde donde los demonios se habían echado en un lago con los cerdos, rodó dentro de ese lago; y entonces vi una multitud de malos espíritus precipitarse en el abismo como nube oscura.

En Nicea, si no me equivoco, vi un acontecimiento singular, de que me acuerdo de una manera imperfecta. Había un puerto con muchos barcos, y cerca de ese puerto había una casa con una torre elevada, donde vi un pagano encargado de vigilar esos barcos. Tenía que subir con frecuencia a la torre y mirar lo que pasaba en el mar. Habiendo oído un gran ruido sobre los barcos del puerto, subió de prisa para ver qué sucedía, y vió volar sobre el puerto figuras siniestras, que le gritaron con voz lastimera: "Si quieres conservar los barcos, hazlos salir de aquí, pues vamos a entrar en el abismo: el grande Pan ha muerto". Le dijeron otras cosas; le recomendaron que contara lo que le decían en un viaje de mar que tenía que hacer pronto, y que recibiera bien a los mensajeros que vendrían a anunciar la doctrina del que acababa de morir. Así los malos espíritus estaban obligados por el poder de Dios a avisar a ese hombre y a encargarle que anunciara su derrota. Mandó poner las naves en seguridad, y entonces se levantó una tempestad horrible: los demonios se precipitaron aullando en el mar, y la mitad del

pueblo se hundió. Su casa subsistió en pie. Poco tiempo después hizo un gran viaje y anunció la muerte del gran Pan, si es ese el nombre que dieron al Salvador. Después vino a Roma, donde se admiraron mucho de lo que contestó. Su nombre era como Tamus o Tramus.

LVIII

Los judíos ponen guardia en el sepulcro

En la noche del Viernes al Sábado vi a Caifás y a los principales judíos consultarse sobre lo que había que hacer, vistos los prodigios que habían sucedido y la disposición del pueblo. Al salir de esta deliberación, fueron por la noche a casa de Pilatos, y le dijeron que como aquel seductor había asegurado que resucitaría al tercer día, era menester guardar el sepulcro tres días: porque si no sus discípulos podrían llevarse su cuerpo y esparcir el rumor de su Resurrección, y esa nueva decepción sería peor que la primera. Pilatos, no queriendo mezclarse en ese negocio, les dijo: "Tenéis una guardia: mandad que guarde el sepulcro como lo entendáis". Sin embargo, les dió a Casio, que debía observarlo todo, para hacer una relación exacta de lo que viera. Los vi salir de la ciudad, antes de levantarse el sol; los doce soldados que los acompañaban no estaban vestidos a la romana: eran soldados del templo. Tenían faroles puestos en palos para verlo todo a pesar de la oscuridad de la noche, y para alumbrarse en la oscura gruta donde estaba el sepulcro.

Así que llegaron, se aseguraron de la presencia del cuerpo de Jesús; después ataron una cuerda atravesada delante de la puerta del sepulcro, y ataron otra segunda sobre la piedra gruesa que estaba delante, y lo sellaron todo con un sello semicircular. Los fariseos se volvieron al pueblo, y los guardas se pusieron enfrente de la puerta exterior. Había cinco o seis hombres, que se relevaban. Casio no se movió de su puesto: estaba sentado o de pie delante de la gruta, para poder ver los pies del sepulcro. Había recibido grandes gracias internas y la inteligencia de muchos misterios. No acostumbrado a estar en ese estado de iluminación espiritual, estuvo todo el tiempo en una especie de abstracción, sin ver los objetos exteriores. Se transformó en un nuevo hombre, y pasó todo el día en la penitencia y en la adoración.

LIX

Los amigos de Jesús el Sábado Santo

Habría unos veinte hombres juntos en el Cenáculo; tenían vestiduras largas, blancas, con cinturones, y celebraban el sábado. Se separaron para acostarse, y muchos se fueron a sus casas. El sábado por la mañana se juntaron otra vez, rezando y leyendo alternativamente; de cuando en cuando introducían a los que llegaban.

En la parte de la casa donde estaba la Virgen Santísima había una gran sala con celdas separadas para los que querían pasar la noche. Cuando las piadosas mujeres volvieron del sepulcro, una de ellas encendió una lámpara colgada en medio de la sala, y se sentaron debajo de ella alrededor de la Virgen; oraron con mucha tristeza y mucho recogimiento. Pronto llegaron Marta, Maroni, Dina y Mara, que habían venido de Betania con Lázaro; éste se había ido con los discípulos al Cenáculo. Les contaron con mucho llanto la muerte y la sepultura del Salvador; después, como era tarde, algunos hombres, y entre ellos José de Arimatea, vinieron por las mujeres que querían volver a la ciudad. Entonces fué cuando tomaron preso a José.

Las mujeres que se quedaron en el Cenáculo entraron en las celdas dispuestas alrededor de la sala para tomar algún descanso. A media noche se levantaron y se reunieron debajo de la lámpara, alrededor de la Virgen, para orar. Cuando la Madre de Jesús y sus compañeras acabaron ese rezo nocturno, que veo continuar en todos los tiempos por los fieles hijos de Dios y las almas santas que una gracia particular excita, o que se conforman con las reglas dadas por Dios y su Iglesia, Juan llamó a la puerta de la sala con algunos discípulos, y en seguida recogieron sus capas y lo siguieron al templo.

A las tres de la mañana, cuando fué sellado el sepulcro, vi a la Virgen ir al templo, acompañada de las otras santas mujeres, de Juan y de otros muchos discípulos. Muchos judíos tenían costumbre de ir al templo antes de amanecer después de haber comido el cordero pascual; el templo se abría a media noche, porque los sacrificios comenzaban temprano. Pero como la fiesta se había interrumpido, todo se quedó abandonado, y me pareció que la Virgen Santísima venía sola a despedirse del templo donde se había educado. Estaba abierto, según la costumbre de ese día, y el espacio alrededor del Tabernáculo, reservado a los sacerdotes, estaba franco al pueblo, según se acostumbraba ese

día; mas el templo estaba solo, y no había más que algunos guardas y algunos criados; todo estaba en desorden por los acontecimientos de la víspera; había sido profanado con las apariciones de los muertos, y yo me preguntaba a mí misma: "¿Cómo podrá purificarse de nuevo?"

Los hijos de Simeón y los sobrinos de José de Arimatea, llenos de tristeza por la prisión de su tío, condujeron por todas partes a la Virgen y a sus compañeros, pues estaban de guardia en el templo: todos contemplaron con terror las señales de la ira de Dios, y los que acompañaban a la Virgen le contaron los acontecimientos de la víspera. Todavía no habían reparado los estragos causados por el temblor de tierra. La pared que separaba el santuario se había abierto tanto que se podía pasar por la raja; la cortina del santuario, rasgada, colgaba de los dos lados; por todas partes se veían paredes abiertas, piedras hundidas, columnas inclinadas. La Virgen fué a todos los sitios que Jesús había consagrado para Ella; se prosternó para besarlos, y los regó con sus lágrimas: sus compañeras la imitaron.

Los judíos tenían una gran veneración a todos los lugares santificados con alguna manifestación del poder divino; los besaban prosternando el rostro contra el suelo. Yo no lo extrañaba, pues sabiendo y creyendo que el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob era un Dios vivo, que habitaba con su pueblo en el templo, era natural que lo hicieran así. El templo y los lugares consagrados eran para ellos lo que es el Santísimo Sacramento para los cristianos. La Virgen Santísima, penetrada de ese respeto, condujo a sus compañeras a muchos sitios del templo; les mostró el sitio de su presentación cuando era niña, el lugar donde había sido educada, donde se había desposado con San José, donde había presentado a Jesús, donde Simeón había profetizado; ese recuerdo la hizo llorar amargamente, pues ya se había cumplido la profecía, y la espada había traspasado su alma. Se paró también en el sitio donde había hallado a Jesús niño enseñando en el templo, y besó respetuosamente el púlpito. Habiendo honrado con sus recuerdos, con sus lágrimas y con sus oraciones los sitios santificados por Jesús, se volvieron a Sión.

La Virgen se separó del templo llorando: la desolación y la soledad en que estaba, en un día tan santo, atestiguaban los crímenes de su pueblo; María se acordó que Jesús había llorado sobre el templo, y que había dicho: "Destruid este templo, y Yo lo reedificaré en tres días". María pensó que los enemigos de Jesús habían destruído el templo de su cuerpo, y deseó con

ardor ver relucir el tercer día en que la palabra eterna debía cumplirse.

María y sus compañeras habían llegado antes de amanecer al Cenáculo, y se retiraron a la parte del edificio situado a la derecha. Juan y los discípulos entraron en el Cenáculo, donde los hombres, cuyo número se elevaba a veinte, rezaban alternativamente debajo de la lámpara. Los recién venidos de cuando en cuando se instruían tímidamente y conversaban llorando: todos mostraban a Juan un respeto mezclado de confusión, porque había asistido a la muerte del Señor. Juan era afectuoso para con todos, tenía la simplicidad de un niño en sus relaciones con ellos. Los vi comer una vez: la mayor tranquilidad reinaba en la casa, y las puertas estaban cerradas.

Vi a las santas mujeres juntas hasta la noche en la sala oscura, alumbrada por la luz de una lámpara, pues las puertas estaban cerradas y las ventanas tapiadas. Unas veces rezaban alrededor de la Virgen debajo de la lámpara; otras se retiraban aparte, se cubrían la cabeza con un velo de luto, y se sentaban sobre ceniza en señal de dolor, o rezaban con la cara vuelta a la pared. Las más débiles tomaron algún alimento; las otras ayunaron.

Mis ojos se volvieron muchas veces hacia ellas, y siempre las vi rezando o mostrando su dolor del modo que he dicho. Cuando mi pensamiento se unía al de la Virgen, que estaba siempre ocupada en su Hijo, yo veía el sepulcro y los guardias sentados a la entrada: Casio estaba arrimado a la puerta, sumergido en meditación. Las puertas del sepulcro estaban cerradas, y la piedra por delante. Sin embargo, vi el cuerpo del Señor rodeado de esplendor y de luz, y dos ángeles en adoración. Pero en mi meditación, habiéndose dirigido sobre el alma del Redentor, vi una pintura tan grande y tan complicada del descendimiento a los infiernos, que sólo he podido acordarme de una pequeña parte: voy a contarla como mejor pueda.

LX

Jesús baja a los infiernos

Cuando Jesús, dando un grito, exhaló su alma santísima, yo la vi, como una forma luminosa, entrar en la tierra al pie de la cruz; muchos ángeles, entre los cuales estaba Gabriel, la acompañaban. Vi su divinidad estar unida con su alma y también con su cuerpo suspendido en la cruz: no puedo expresar

cómo eso se efectuaba. El sitio donde entró el alma de Jesús estaba dividido en tres partes: eran como tres mundos. Parecióme observar que eran de forma redonda, y que cada uno de ellos tenía su esfera separada.

Delante del limbo había un lugar más claro y más sereno; en él veo entrar las almas libres del purgatorio antes de ser conducidas al cielo. El limbo, donde estaban los que esperaban la redención, hallábase rodeado de una esfera parda y nebulosa, y dividido en muchos círculos. El Salvador, radiante de luz, era conducido en triunfo por los ángeles entre los dos círculos: en el de la izquierda estaban los Patriarcas anteriores a Abrahán; en el de la derecha hallábanse las almas de los que habían vivido desde Abrahán hasta San Juan Bautista. Cuando Jesús pasó así, no lo conocieron; mas todo se llenó de gozo y de deseo, y hubo como una dilatación en esos lugares estrechos donde estaban apretados. Jesús pasó entre ellos como el aire, como la luz, como el rocío de la redención, mas con la rapidez de un viento impetuoso. Penetró entre esos dos círculos hasta un sitio cubierto de niebla, donde estaban Adán y Eva; les habló, y ellos le adoraron con gozo indecible. El Señor, acompañado de los dos primeros seres humanos, entró a la izquierda en el círculo de los Patriarcas anteriores a Abrahán: era una especie de purgatorio. Entre ellos había malos espíritus, que atormentaban e inquietaban el alma de algunos. Los ángeles llamaron y mandaron abrir, pues había una especie de puerta que estaba cerrada: me pareció que los ángeles decían: "Abrid las puertas". Y Jesús entró en triunfo. Los malos espíritus se alejaron, gritando: "¿Qué hay entre Tú y nosotros? ¿Qué vienes a hacer aquí? ¿Quieres crucificarnos?" Los ángeles los encadenaron y los echaron delante. Las almas que estaban en ese lugar no tenían más que un leve presentimiento y un conocimiento oscuro de Jesús: el Salvador se presentó a ellas, y cantaron sus alabanzas. El alma del Señor, hacia el limbo propiamente, encontró el alma del buen ladrón conducida por los ángeles al seno de Abrahán, y la del mal ladrón que los demonios llevaban a los infiernos. El alma de Jesús, acompañada de los ángeles, de las almas libertadas y de los malos espíritus cautivos, entró en el seno de Abrahán.

Ese lugar me pareció más elevado; como cuando se sube de una iglesia subterránea a la iglesia superior. Los demonios encadenados resistían, y no querían entrar; mas los ángeles les obligaron a ello. Allí se hallaban todos los santos israelitas; a la izquierda los Patriarcas, Moisés, los Jueces y los Reyes; a la

derecha los Profetas, los antecesores de Jesús y sus parientes, como Joaquín, Ana, José, Zacarías, Isabel y Juan. No había malos espíritus en ese lugar: la sola pena que en él se padecía era el deseo ardiente del cumplimiento de la promesa, el cual estaba satisfecho. Una alegría y felicidad indecibles entraron en esas almas, que saludaron y adoraron al Redentor. Algunos de ellos fueron enviados sobre la tierra para tomar momentáneamente sus cuerpos y dar testimonio de Jesús. Entonces fué cuando tantos muertos se aparecieron en Jerusalén. Se me aparecían como cadáveres errantes, y depusieron otra vez sus cuerpos en la tierra, como un enviado de la justicia deja su capa de oficio cuando ha cumplido con la orden de sus superiores.

Después vi a Jesús, con su acompañamiento triunfal, entrar en una esfera más profunda, donde se hallaban los paganos piadosos que habían tenido un presentimiento de la verdad y la desearon. Había entre ellos malos espíritus, pues tenían ídolos. Vi a los demonios obligados a confesar su fraude, y esas almas adoraron al Señor con grande alegría. Los demonios fueron encadenados y llevados cautivos. Vi también a Jesús atravesar como libertador muchos lugares donde había almas encerradas; pero mi triste estado no me permite contarlo todo.

En fin, vi a Jesús acercarse con rostro severo al centro del abismo. El infierno se me apareció bajo la forma de un edificio inmenso, tenebroso, alumbrado con una luz metálica: a su entrada había enormes puertas negras con cerraduras y cerrojos. Un aullido de horror se elevaba sin cesar; las puertas se hundieron, y apareció un mundo horrible de tinieblas.

La celestial Jerusalén se me aparece ordinariamente como una ciudad donde las moradas de los bienaventurados se presentan bajo la forma de palacios y de jardines llenos de flores y de frutos maravillosos, según su condición de beatitud; lo mismo aquí, creí ver un mundo entero, una reunión de edificios y de habitaciones muy complicadas. Pero en las moradas de los bienaventurados todo está formado bajo una ley de paz infinita, de armonía eterna: todo tiene por principio la beatitud, en lugar de que en el infierno todo tiene por principio la ira eterna, la discordia y la desesperación. En el cielo son edificios de gozo y de adoración, jardines llenos de frutos maravillosos que comunican la vida. En el infierno son prisiones y cavernas, desiertos y lagos llenos de todo lo que puede excitar el disgusto y el horror; la eterna y terrible discordia de los condenados; en el cielo todo es unión y beatitud de los Santos. Todas las raíces de la corrupción y del error producen en el infierno el

dolor y el suplicio en número infinito de manifestaciones y de operaciones. Cada condenado tiene siempre presente este pensamiento: que los tormentos a que están entregados son el fruto natural y necesario de su crimen; pues todo lo que se ve y se siente de horrible en este lugar, no es más que la esencia, la forma interior del pecado descubierto, de esa serpiente que devora a los que la han mantenido en su seno. Todo esto se puede comprender cuando se ve; mas es casi imposible expresarlo con palabras.

Cuando los ángeles echaron las puertas abajo, fué como un mar de imprecaciones, de injurias, de aullidos y lamentos. Algunos ángeles arrojaron a ejércitos enteros de demonios. Todos tuvieron que reconocer y adorar a Jesús, y éste fué el mayor de sus suplicios. Muchos fueron encadenados en un círculo que rodeaba otros círculos concéntricos. En el medio del infierno había un abismo de tinieblas: Lucifer fué precipitado en él encadenado, y negros vapores se extendían sobre él. Todo esto se hizo según ciertos arcanos divinos. He sabido que Lucifer debe ser desencadenado por algún tiempo, cincuenta o sesenta años antes del año 2000 de Cristo, si no me equivoco. Otros muchos nombres de que no me acuerdo, fueron designados. Algunos demonios deben quedar sueltos antes para castigar y tentar al mundo. Algunos han sido desencadenados en nuestros días, otros lo serán pronto. Me es imposible contar todo lo que me ha sido mostrado; es demasiado para que yo pueda coordinarlo. Además, estoy muy mala; y cuando hablo de esos objetos, se representan delante de mis ojos, y su vista podría hacerme morir.

Vi multitud innumerable de almas rescatadas elevarse del purgatorio y del limbo detrás del alma de Jesús, hasta un lugar de delicias debajo de la Jerusalén celestial. Ahí he visto, hace poco tiempo, a uno de mis amigos que ha muerto. El alma del buen ladrón vino, y vió al Señor en el Paraíso, según su promesa. No puedo decir cuánto duró todo eso, y en qué tiempo; hay muchas cosas que yo no comprendo, hay otras que serían mal entendidas si las contara. He visto al Señor en diferentes puntos, sobre todo en el mar: parecía que santificaba y libertaba toda la creación: por todas partes los malos espíritus huían delante de Él y se precipitaban en el abismo. Vi también su alma en diferentes sitios de la tierra. La vi aparecer en el interior del sepulcro de Adán, debajo del Gólgota: las almas de Adán y de Eva vinieron con Él, y les habló. Lo vi visitar con ellas los sepulcros de muchos Profetas, cuyas almas vinieron

a juntarse con él sobre sus huesos. Después, con esas almas, entre las cuales estaba David, lo vi aparecerse en muchos sitios señalados con alguna circunstancia de su vida, explicándoles con amor inefable las figuras de la Ley antigua y su cumplimiento.

Esto es lo poco que puedo recordar de mis visiones sobre la bajada de Jesús a los infiernos y la libertad de las almas de los justos. Pero además de este acontecimiento cumplido en el tiempo, vi una figura eterna de la misericordia que ejerce hoy con las pobres almas. Cada aniversario de este día echa una mirada libertadora en el purgatorio: hoy mismo, en el momento en que he tenido esta visión, ha sacado del purgatorio las almas de algunas personas que habían pecado cuando su crucifixión. Hoy he visto la libertad de muchas almas conocidas y no conocidas, mas no las nombraré.

El descendimiento de Jesús a los infiernos es la plantación de un árbol de gracia destinado a comunicar sus méritos a las almas que padecen. La redención continua de esas almas es el fruto que da este árbol en el jardín espiritual de la Iglesia. La Iglesia militante debe cuidar ese árbol y recoger sus frutos para comunicarlos a la Iglesia paciente, que no puede hacer nada por sí misma. Lo mismo sucede con todos los méritos de Cristo; para participar de ellos hay que trabajar para Él. Debemos comer nuestro pan con el sudor de nuestra frente. Todo lo que Jesús ha hecho por nosotros en el tiempo, da frutos eternos: pero hay que cultivarlos y recogerlos en el tiempo; si no, no podríamos gozar de ellos en la eternidad. La Iglesia es un padre de familia; su año es el jardín completo de todos los frutos eternos en el tiempo. Hay en un año bastante de todo para todos. ¡Desgraciados los jardineros perezosos e infieles si dejan perder una gracia que hubiera podido curar a un enfermo, fortificar a un débil, satisfacer a un hambriento! Darán cuenta de la más insignificante hierbecita el día del juicio.

LXI

La noche antes de la Resurrección

Cuando se acabó el sábado, Juan vino con las santas mujeres, lloró con ellas, y las consoló. Se fué poco después; entonces Pedro y Santiago el Menor vinieron a verlas con la misma intención, pero estuvieron poco con ellas. Las santas mujeres:

mostraron otra vez su dolor envolviéndose en sus mantos y sentándose en la ceniza.

Mientras la Virgen Santísima oraba interiormente, llena de un ardiente deseo de ver a Jesús, un ángel vino a decirla que fuera a la pequeña puerta de Nicodemo, porque el Señor estaba cerca. El corazón de María se inundó de gozo: se envolvió en su manto, y dejó a las santas mujeres sin decir a nadie nada. La vi ir de prisa a la puerta pequeña de la ciudad por donde había entrado con sus compañeras al volver del sepulcro.

Podían ser las nueve de la noche: la Virgen se acercaba a pasos precipitados hacia la puerta, cuando la vi pararse en un sitio solitario. Miró a lo alto de la muralla de la ciudad, y el alma del Salvador resplandeciente bajó hasta María, acompañada de una multitud de almas de Patriarcas. Jesús, volviéndose hacia ellos, y mostrando a la Virgen, dijo: "María, mi Madre". Pareció que la abrazaba, y desapareció. La Virgen se arrodilló y besó la tierra en el sitio donde había aparecido. Sus rodillas y sus pies quedaron impresos sobre la piedra, y se volvió llena de un consuelo inefable a las santas mujeres, que encontró ocupadas en preparar ungüentos y aromas. No les dijo lo que había visto, pero sus fuerzas se habían renovado; consoló a las otras, y las fortaleció en la fe.

Cuando María volvió, vi a las santas mujeres cerca de una mesa larga, cubierta con un paño que llegaba al suelo. Encima había muchos manojos de hierbas que ellas arreglaban, mezclándolas; tenían botes de bálsamo y agua de nardo, y además flores frescas, entre las cuales había, me parece, una iris rayada y una azucena. Mientras la ausencia de la Virgen, Magdalena, María de Cleofás, Salomé, Juana y María Salomé, habían ido a comprar todo esto a la ciudad. Al día siguiente querían cubrir con ello el cuerpo del Salvador.

LXII

José de Arimatea puesto en libertad

Poco después de la vuelta de la Virgen Santísima, vi a José de Arimatea rezando en la cárcel. De pronto la prisión se llenó de luz, y oí una voz que le llamaba por su nombre. El tejado se levantó, dejando una abertura, y vi una forma luminosa echarle una sábana, que me recordó la que sirvió para amortajar a Jesús. José la tomó con ambas manos, y se dejó levantar hasta la abertura, que cerró detrás de él. Cuando llegó a lo alto de la

torre, la aparición desapareció. No sé si fué el Salvador o un ángel quien lo libertó.

Siguió la muralla hasta cerca del Cenáculo, que estaba en la inmediación de la meridional de Sión. Entonces bajó, y llamó en el Cenáculo. Los discípulos juntos habían cerrado la puerta: estaban muy afligidos por la desaparición de José, creyendo que lo habían echado en una cloaca, porque así se había corrido la voz. Cuando le vieron entrar, su alegría fué grande, como más tarde cuando San Pedro fué libertado de la prisión. Contó lo que le había sucedido: le dieron de comer, y tributaron gracias a Dios. Él salió de Jerusalén por la noche, y se fué a Arimatea, su patria; volvió, sin embargo, cuando supo que ya no corría peligro.

Vi también al fin del sábado a Caifás y a otros sacerdotes hablar con Nicodemo en su casa. Le hicieron muchas preguntas con benevolencia fingida. Estuvo firme en su fe, defendió siempre la inocencia de Jesús, y ellos se retiraron.

LXIII

La noche de la Resurrección

Pronto vi el sepulcro del Señor; todo estaba tranquilo alrededor; había seis o siete guardias de pie, o sentados. Casio está siempre en contemplación. El santo Cuerpo, envuelto en la mortaja y rodeado de luz, reposaba entre los ángeles que yo había visto constantemente en adoración a la cabeza y a los pies del Salvador, desde que se le puso en el sepulcro. Esos ángeles parecían sacerdotes; su postura y sus brazos cruzados sobre le pecho me recordaban los querubines del Arca de la Alianza, mas no les vi las alas. El Santo Sepulcro, todo entero, me recordó muchas veces el Arca de la Alianza en diversas épocas de su historia. Quizás la luz y la presencia de los ángeles eran visibles para Casio, pues estaba en contemplación delante de la puerta del sepulcro como quien adora al Santísimo Sacramento.

Vi el alma del Señor, acompañada de las almas de los Patriarcas, entrar en el sepulcro por medio del peñasco, y mostrarles todas las heridas de su sagrado Cuerpo. La mortaja se abrió, y el cuerpo apareció cubierto de llagas; era lo mismo que si la Divinidad que habitaba en él hubiese mostrado a esas almas de un modo misterioso toda la extensión de su martirio. Me pareció transparente, y se podía ver hasta el fondo de sus he-

ridas. Las almas estaban llenas de respeto mezclado de terror y de viva compasión.

En seguida tuve una visión misteriosa, que no puedo explicar ni contar bien claramente. Me pareció que el alma de Jesús, sin estar todavía completamente unida a su cuerpo, salía del sepulcro en Él y con Él; me pareció ver a los dos ángeles que adoraban a las extremidades del sepulcro, levantar el sagrado cuerpo desnudo, cubierto de heridas, y subir hasta el cielo de en medio de la roca que se conmovía; Jesús parecía presentar su cuerpo lacerado delante del Trono de su Padre celestial, en medio de los coros innumerables de ángeles prosternados: quizás así como las almas de los profetas entraron momentáneamente en sus cuerpos, después de la muerte de Jesús, sin volver a la vida en realidad, pues se separaron de nuevo sin el menor esfuerzo.

En ese momento hubo una conmoción en la peña: cuatro de los guardias habían ido por algo a la ciudad; los otros tres cayeron casi sin conocimiento. Atribuyeron eso a un temblor de tierra. Casio estaba conmovido, pues veía algo de lo que pasaba, aunque no era claro para él. Pero se quedó en su sitio esperando lo que iba a suceder. Mientras tanto, los soldados ausentes volvieron.

Vi de nuevo a las santas mujeres, que habían acabado de preparar sus aromas y se habían retirado a sus celdas. Sin embargo, no se acostaron para dormir; sólo se reclinaron sobre los cobertores enrollados. Querían ir al sepulcro antes de amanecer, porque temían a los enemigos de Jesús; pero la Virgen, llena de nuevo valor desde que se le había aparecido su Hijo, las tranquilizó, diciéndoles que podían descansar y sin temor ir al sepulcro, que no les sucedería ningún mal. Entonces se permitieron un poco de reposo.

Serían las once de la noche cuando la Virgen, llevada de amor y por un deseo irresistible, se levantó, se puso un manto pardo, y salió sola de la casa. Yo decía: "¿Cómo dejarán a esta Santa Madre, tan acabada, tan afligida, ir sola entre tanto peligro?" Fué a la casa de Caifás, al palacio de Pilatos, corrió todo el camino de la cruz por las calles desiertas, parándose en los sitios donde el Salvador había sufrido los mayores dolores o pésimos tratamientos. Parecía que buscaba un objeto perdido; con frecuencia se prosternaba en el suelo, tocaba las piedras o las besaba, como si hubiese habido sangre del Salvador. Estaba llena de amor inefable, y todos los sitios santificados se le apa-

recían luminosos. Yo la acompañé todo el camino, y sentí todo lo que Ella sintió, según la medida de mis fuerzas.

Fué así hasta el Calvario, y conforme se iba acercando, se paró de pronto. Vi a Jesús con su sagrado cuerpo aparecerse delante de la Virgen, precedido de un ángel, teniendo a ambos lados a los dos ángeles del sepulcro, y seguido de una multitud de almas libertadas. El cuerpo de Jesús estaba resplandeciente; yo no veía en Él ningún movimiento; pero salió de Él una voz que anunció a su Madre lo que había hecho en el limbo, y le dijo que iba a resucitar y a venir a ella con su cuerpo transfigurado, que debía esperarle cerca de la piedra donde se había caído en el Calvario.

La aparición se dirigió del lado de la ciudad, y la Virgen se fué a arrodillar al sitio que le había sido designado. Podía ser media noche, porque la Virgen había estado mucho tiempo en el camino de la cruz. Vi al Salvador con su escolta celestial seguir el mismo camino: todo el suplicio de Jesús fué mostrado a las almas con las menores circunstancias. Los ángeles recogían todas las partes de su sustancia sagrada que le habían sido arrancadas del cuerpo.

Me pareció después que el cuerpo del Señor reposaba otra vez en el sepulcro, y que los ángeles le restituían de un modo misterioso todo lo que los verdugos y los instrumentos del suplicio le habían arrancado. Lo vi otra vez resplandeciente en su mortaja, con los dos ángeles en adoración a la cabeza y a los pies. No puedo expresar cómo sucedió todo eso, pues no lo alcanza nuestra razón: además, lo que me parece claro e inteligible cuando lo veo, se vuelve oscuro cuando quiero expresarlo con palabras.

Cuando el cielo comenzó a relucir al Oriente, vi a Magdalena, María, hija de Cleofás, Juana Chusa y Salomé, salir del Cenáculo envueltas en sus mantos. Llevaban aromas, y una de ellas una luz encendida, pero oculta debajo de sus vestidos. Las vi dirigirse tímidamente hacia la puerta de José de Arimatea.

LXIV

Resurrección del Señor

Vi como una gloria resplandeciente entre dos ángeles vestidos de guerreros: era el alma de Jesús que, penetrando por la roca, vino a unirse con su cuerpo santísimo. Vi los miembros

moverse, y el cuerpo del Señor, unido con su alma y con su divinidad, salir de su mortaja, radiante de luz.

Me pareció que en el mismo instante una forma monstruosa salió de la tierra, de debajo de la peña. Tenía cola de serpiente, cabeza de dragón, que levantaba contra Jesús; me parece que además tenía cabeza humana. Vi en la mano del Salvador resucitado una bandera flotante. Pisó la cabeza del dragón, y pegó tres golpes en la cola con su palo: después el monstruo desapareció. He visto con frecuencia esta visión en la Resurrección, y he visto una serpiente igual, que parecía emboscada, en la concepción de Jesús. Me recordó la serpiente del paraíso; todavía era más horrorosa. Pienso que esto se refiere a la profecía: "El Hijo de la Mujer quebrantará la cabeza de la serpiente" Todo eso me parecía un símbolo de la victoria sobre la muerte; pues cuando vi al Señor romper la cabeza del dragón, ya no vi el sepulcro.

Jesús, resplandeciente, se elevó por medio de la peña. La tierra tembló: un ángel parecido a un guerrero se precipitó del cielo al sepulcro como un rayo; puso la piedra a la derecha, y se sentó sobre ella. Los soldados cayeron como muertos, y estaban tendidos en el suelo sin dar señales de vida. Casio, viendo la luz brillar en el sepulcro, se acercó, tocó los lienzos solos, y se retiró con la intención de anunciar a Pilatos lo sucedido. Sin embargo, esperó un poco, porque había sentido el terremoto, y había visto al ángel echar la piedra a un lado y el sepulcro vacío, mas no había visto a Jesús.

En el momento en que el ángel entró en el sepulcro y la tierra tembló, el Salvador resucitado se apareció a su madre en el Calvario. Estaba hermoso y radiante. Su vestido, parecido a un manto, flotaba tras de Sí, y parecía de un blanco azulado, como el humo visto al sol. Sus heridas estaban resplandecientes; se podía meter el dedo en las aberturas de las manos: salían rayos de la palma de la mano a la punta de los dedos. Las almas de los patriarcas se inclinaron ante la Madre de Jesús. El Salvador mostró sus heridas a su Madre, que se prosternó para besar sus pies; mas Él la levantó, y desapareció. Se veían relucir faroles a lo lejos, cerca del sepulcro, y el horizonte se esclarecía al Oriente encima de Jerusalén.

LXV

Las santas mujeres en el sepulcro

Las santas mujeres estaban cerca de la pequeña puerta cuando nuestro Señor resucitó; pero no vieron nada de los prodigios que habían sucedido en el sepulcro. Tampoco sabían que habían puesto guardia, porque no estuvieron la víspera, a causa del sábado. Se preguntaban entre sí con inquietud: "¿Quién nos levantará la piedra de la entrada?" Querían echar agua de nardo y aceite odorífero sobre el cuerpo de Jesús, con aromas y flores: querían ofrecer al Señor lo más precioso que habían podido encontrar para honrar su sepultura. La que había llevado más cosas era Salomé. No era la madre de Juan, sino una mujer rica de Jerusalén, parienta de San José. Resolvieron poner sus aromas sobre la piedra, y esperar que algún discípulo viniera a levantarla.

Los guardias estaban tendidos en el suelo como atacados de una apoplejía: la piedra estaba echada a la derecha, de modo que se podía abrir la puerta sin dificultad. Los lienzos que habían servido para envolver el cuerpo de Jesús estaban sobre el sepulcro. La grande sábana estaba en su sitio, pero con los aromas sólo: las vendas estaban sobre el borde anterior del sepulcro. Los paños con que María había envuelto la cabeza de su Hijo, en el mismo sitio.

Vi a las santas mujeres acercarse al huerto: cuando vieron los faroles y los soldados tendidos alrededor del sepulcro, tuvieron miedo, y se alejaron un poco. Pero Magdalena, sin pensar en el peligro, entró precipitadamente en el huerto, y Salomé la siguió a cierta distancia; las otras dos, menos resueltas, se quedaron a la puerta. Magdalena, al acercarse a los guardias, tuvo miedo, y se volvió con Salomé; y las dos juntas, pasando entre los soldados tendidos en el suelo, entraron en la gruta del sepulcro. Vieron la piedra quitada; pero las puertas estaban cerradas. Magdalena las abrió llena de emoción, y vió apartados los lienzos. El sepulcro estaba resplandeciente, y un ángel estaba sentado a la derecha sobre la piedra. No sé si Magdalena oyó las palabras del ángel; mas salió perturbada del huerto, y corrió rápidamente adonde estaban reunidos los discípulos. No sé tampoco si el ángel habló a María Salomé, que se había quedado a la entrada del sepulcro: la vi salir muy de prisa del huerto detrás de Magdalena, y reunirse a las otras dos mujeres, anunciándoles lo que había sucedido. Se llenaron de sobresalto y de

alegría al mismo tiempo, y no se atrevieron a entrar en el huerto. Casio, que había esperado un rato alrededor, pensando quizás ver a Jesús, fué a contarlo todo a Pilatos. Al salir, dijo a las santas mujeres todo lo que había visto, y las exhortó a que fueran a asegurarse por sus propios ojos. Ellas se animaron, y entraron en el huerto. Estando en la entrada del sepulcro, vieron dos ángeles vestidos de blanco con trajes sacerdotales. Las mujeres se asustaron; y cubriéndose los ojos con las manos, se prosternaron hasta el suelo. Pero un ángel les dijo que no tuvieran miedo; que no buscaran al Crucificado, porque había resucitado y estaba lleno de vida. Les enseñó el sitio vacío, les mandó que dijeran a los discípulos lo que habían visto y oído; añadiendo que Jesús les precedería en Galilea, y que debían acordarse de sus palabras: "El Hijo del hombre será entregado a las manos de los pecadores; lo crucificarán, y resucitará al tercer día". Entonces los ángeles desaparecieron. Las santas mujeres, temblando, pero llenas de gozo, se volvieron hacia la ciudad: iban conmovidas; no se apresuraban, y se paraban de cuando en cuando para mirar si veían al Señor o si Magdalena volvía.

Mientras tanto, Magdalena llegó al Cenáculo; estaba como fuera de sí, y llamó con fuerza a la puerta. Algunos discípulos estaban todavía acostados durmiendo; otros se hallaban levantados. Pedro y Juan abrieron. Magdalena les dijo desde afuera: "Han sacado al Señor del sepulcro; no sabemos adónde le han puesto". Después de estas palabras, se volvió corriendo al huerto. Pedro y Juan entraron en la casa, y dijeron algunas palabras a los otros discípulos; después la siguieron corriendo: Juan más de prisa que Pedro. Magdalena entró en el huerto, y se dirigió al sepulcro, conmovida de cansancio y de dolor. Estaba cubierta de rocío; su manto habíase desprendido de la cabeza y de los hombros, y sus largos cabellos se veían descubiertos y flotantes. Como estaba sola, no se atrevió a bajar a la gruta, y se paró un instante a la entrada. Se arrodilló para mirar dentro del sepulcro por entre las puertas, y al echar atrás sus cabellos, que le caían sobre la cara, vió dos ángeles vestidos de blanco sentados a las extremidades del sepulcro, y oyó la voz de uno de ellos que decía: "Mujer, ¿por qué lloras?" Ella gritó en medio de su dolor (pues no veía más que una cosa, no tenía más que un pensamiento, a saber: que el cuerpo de Jesús no estaba allí): "Se han llevado a mi Señor, y no sé a dónde lo han puesto". Después de estas palabras, viendo el sepulcro vacío, se salió, y se puso a buscar acá y allá. Le pareció que iba a encontrar a Jesús: presentía confusamente que estaba cerca de ella, y la

aparición de los ángeles no podía distraerla: diríase que no veía que eran ángeles, y no podía pensar más que en Jesús. "¡Jesús no está allí! ¿A dónde está Jesús?" La vi errante de un lado a otro como una persona extraviada en su camino. El cabello le caía por ambos lados sobre la cara. Una vez tomó todo el pelo con las manos, y después lo partió en dos, echándolo atrás. Entonces, mirando a su alrededor, vió a diez pasos del sepulcro, al Oriente, en el sitio donde el huerto sube en dirección a la ciudad, aparecer una figura vestida de blanco entre los arbustos, a la luz del crepúsculo, y corriendo de ese lado, oyó estas palabras: "Mujer, ¿por qué lloras?" Ella creyó que era el hortelano; y, en efecto, el que la hablaba tenía una azada en la mano, y sobre la cabeza un sombrero ancho, que parecía hecho de corteza de árbol. Yo había visto bajo esta forma al obrero de la parábola que Jesús había contado a las santas mujeres en Betania poco antes de su Pasión. No estaba resplandeciente de luz; pero se parecía a un hombre vestido de blanco, visto a la luz del crepúsculo. A estas palabras: "¿ A quién buscas?" Ella respondió: "Si tú lo has tomado, dime dónde está, y yo iré por Él". Y en seguida se puso a mirar en derredor. Entonces Jesús le dijo con el timbre habitual de su voz: "¡María!" Ella conoció el acento, y, olvidando la crucifixión, muerte y sepultura, le dijo como otras veces: "*¡Rabboni!* (Maestro)". Se puso de rodillas, y extendió los brazos a los pies de Jesús. Mas el Salvador, deteniéndola, le dijo: "¡No me toques, pues aún no he subido hacia mi Padre! Vete a decir a mis hermanos que subo hacia mi Padre y el suyo, hacia mi Dios y el suyo". Y desapareció.

Supe por qué Jesús había dicho: "¡No me toques!"; pero no me acuerdo bien distintamente. Yo pienso que habló así a causa de la impetuosidad de Magdalena, demasiado absorta en el pensamiento de que vivía de la misma vida que antes, y creía que todo estaba como antes. En cuanto a las palabras de Jesús: "Todavía no he subido hacia mi Padre", me fué explicado que no se había presentado aún a su Padre después de su Resurrección, y que todavía no le había dado gracias por su victoria sobre la muerte y por la obra cumplida de la Redención. Fué lo mismo que decir que las primicias de la alegría pertenecían a Dios; que ella debía primero volver en sí y dar gracias a Dios por el cumplimiento del misterio de la Redención, pues había querido besar sus pies como antes; no se acordó más que de su amado, y olvidaba con la violencia de su amor el milagro que tenía ante sus ojos. Magdalena, después de la resurrección del Señor, se levantó de prisa, y, como si hubiese visto un sueño,

corrió otra vez al sepulcro. Vió sentados a los dos ángeles, que le dijeron lo que habían dicho a las otras dos mujeres sobre la resurrección de Jesús. Entonces, segura del milagro y de lo que había visto, buscó a sus compañeras, y las encontró en el camino que conduce al Gólgota. Ellas andaban errantes, llenas de temor, esperando la vuelta de Magdalena, y con vaga esperanza de encontrar a Jesús en alguna parte.

Toda esta escena no duró más que dos minutos. Podían ser las tres y media de la mañana cuando el Señor se le apareció, y apenas salía del huerto cuando Juan entraba, y después Pedro. Juan se paró a la entrada del sepulcro; miró por la puerta entreabierta y vió el sepulcro vacío. Pedro llegó entonces, y bajó a la gruta, adonde vió los lienzos doblados, como se ha dicho. Juan lo siguió; y a esta vista creyó en la Resurrección. Lo que Jesús les había dicho, lo que estaba en las Escrituras, veíanlo claro: y hasta entonces no lo habían comprendido. Pedro tomó los lienzos bajo su capa, y se volvieron corriendo.

Yo he visto el sepulcro con ellos y con Magdalena, y siempre he visto los dos ángeles sentados a la cabeza y a los pies, como en todo el tiempo que Jesús estuvo en el sepulcro. Me parece que Pedro no los vió. Más tarde vi a Juan decir a los discípulos de Emaús, que mirando desde arriba, había visto un ángel. Quizás el espanto que le causó esta visión fué causa de que dejase a Pedro pasar adelante, y quizás no habla de ello en el Evangelio por humildad, por no decir que había visto más que Pedro.

Entonces vi a los guardias levantarse y recoger sus picas y sus faroles. Estaban aterrados: salieron pronto del huerto, y llegaron presto a la puerta de la ciudad. Mientras tanto Magdalena se juntó con las santas mujeres, y les contó que había visto al Señor en el huerto, y después a los ángeles. Sus compañeras le respondieron que ellas también habían visto a los ángeles. Entonces Magdalena corrió a Jerusalén, y las mujeres se volvieron al huerto, pensando, sin duda, encontrar a los dos apóstoles. Al acercarse, Jesús se les apareció, vestido de blanco, y les dijo: "Yo os saludo". Ellas se echaron a sus pies, mas Él les dijo algunas palabras, y parecía indicarles algo con la mano, y desapareció. Entonces corrieron al Cenáculo, y contaron a los discípulos que habían visto al Señor. Éstos no querían creer ni a ellas ni a Magdalena, y calificaron cuanto les decían de sueños de mujeres, hasta la vuelta de Pedro y de Juan.

Al volverse Juan y Pedro, encontraron a Santiago el Menor y a Tadeo, que los habían seguido, y estaban muy conmo-

vidos, pues el Señor se les había aparecido cerca del Cenáculo. Yo había visto a Jesús pasar delante de Pedro y de Juan, y me parece que Pedro lo vió, pues me pareció haber sentido un terror súbito. No sé si Juan lo conocería.

LXVI

Relación de los guardias del sepulcro

Casio fué a ver a Pilatos una hora después de la Resurrección. El gobernador romano estaba aún acostado, y mandó entrar a Casio. Le contó con grande emoción todo lo que había visto: le habló de la conmoción de la peña, de la piedra alzada por un ángel, y de los lienzos allí aislados en que Jesús fuera envuelto; añadió que Jesús era ciertamente el Mesías, el Hijo de Dios, y que había resucitado verdaderamente. Pilatos escuchó esta relación con terror secreto; pero, sin demostrarlo, dijo a Casio: "Tú eres un supersticioso; has hecho una necedad en ponerte cerca del sepulcro del Galileo; sus dioses se han apoderado de ti, y te han hecho ver todas esas visiones fantásticas: te aconsejo que no cuentes eso a los príncipes de los sacerdotes, porque podría costarte caro". Hizo como si creyera que el cuerpo de Jesús había sido escondido por los discípulos, y que los guardias contarían la cosa de otro modo, sea por excusarse de su negligencia, o ya por haberse dejado engañar con hechizos. Habiendo hablado así, Casio salió, y Pilatos fué a sacrificar a sus dioses.

Presto vinieron cuatro soldados a hacer la misma relación a Pilatos; mas no se explicó con ellos, y los mandó a Caifás. Vi parte de la guardia en un gran patio cerca del templo, donde se habían juntado muchos judíos ancianos. Después de algunas deliberaciones, tomaron a los soldados uno por uno, y, a fuerza de dinero o de amenazas, los forzaron a que dijeran que los discípulos se habían llevado el cuerpo de Jesús mientras dormían. Los soldados respondieron que sus compañeros, que habían ido a casa de Pilatos, podrían desmentirlos, y los fariseos les prometieron que lo compondrían todo con el gobernador. Mas cuando los cuatro guardias llegaron, no quisieron negar lo que habían dicho en casa de Pilatos. Se había extendido la voz de que José de Arimatea había salido milagrosamente de la prisión: y como los fariseos daban a entender que esos soldados habían sido sobornados para dejar llevar el cuerpo de Jesús, éstos respondieron que ni ellos podían presentar su cuerpo, ni

los guardias de la prisión podían presentar a José de Arimatea. Perseveraron en lo que habían dicho, y hablaron tan libremente del juicio inicuo de la antevíspera y del modo cómo se había interrumpido la Pascua, que los pusieron en la cárcel. Los otros esparcieron la voz de que los discípulos se habían llevado el cuerpo de Jesús, y este embuste fué extendido por los fariseos, los saduceos y los herodianos, y divulgado por todas las sinagogas, acompañándolo de injurias contra Jesús.

Sin embargo, la intriga no tuvo efecto generalmente, pues después de la resurrección de Jesús, muchos justos de la ley antigua se aparecieron a multitud de sus descendientes que eran capaces de recibir la gracia, y los excitaron a que se convirtiesen a Jesús. Muchos discípulos, dispersados por el país y atemorizados, vieron también apariciones semejantes, que los consolaron y los confirmaron en la fe.

La aparición de los muertos que salieron de sus sepulcros después de la muerte de Jesús, no se parecía en nada a la resurrección del Señor. Jesús resucitó con su cuerpo renovado y glorificado, que no estaba sujeto a la muerte, y con el cual subió al Cielo en presencia de sus amigos. Mas esos cuerpos que habían salido del sepulcro eran cadáveres sin movimiento, dados por vestido a las almas que de ellos se cubrieran, para volverlos a dejar en la tierra hasta que resuciten, como nosotros todos, el día del juicio. Estaban menos resucitados que Lázaro, que vivió realmente y murió por segunda vez.

LXVII

Fin de estas meditaciones para la Cuaresma

El domingo siguiente, si no me equivoco, vi a los judíos lavar y purificar el templo. Ofrecieron sacrificios expiatorios, sacaron los escombros, y tapando las señales del terremoto con tablas y alfombras, continuaron las ceremonias de la Pascua, que no se habían podido acabar el mismo día. Declararon que la fiesta se había interrumpido por la asistencia de los impuros al sacrificio, y aplicaron, no sé cómo, a lo que había pasado, una visión de Ezequiel sobre la resurrección de los muertos. Además, amenazaron con penas graves a los que hablaran o murmuraran; sin embargo, no calmaron sino a aquella parte del pueblo más ignorante y más inmoral: los mejores se convirtieron primero con sigilo, y después de Pentecostés abiertamente. Los príncipes de los sacerdotes perdieron una gran parte

de su osadía al ver la rápida propagación de la doctrina de Jesús. En el tiempo del diaconado de San Esteban, Ofel y la parte oriental de Sión no podían contener a la comunidad cristiana, y tuvo que ocupar el espacio que se extiende desde la ciudad hasta Betania.

Vi a Anás como poseído del demonio; lo encerraron, y no volvió a aparecer. Caifás estaba como loco furioso: ¡tal era la violencia de la ira secreta que lo devoraba!

El jueves, después de Pascua, Ana Catalina dijo:

Hoy he visto a Pilatos hacer buscar inútilmente a su mujer. Estaba escondida en casa de Lázaro, en Jerusalén. No podían adivinarlo, pues ninguna mujer habitaba en aquella casa. Esteban, que no era conocido por discípulo, le llevaba la comida y las noticias de fuera. Esteban era primo de Pablo: ambos, hijos de dos hermanos (*).

Epoca Duodécima

Desde la Resurrección de Jesucristo hasta la Asunción de María Santísima

INTRODUCCION

Observamos en esta época los trabajos de los apóstoles y discípulos después de la resurrección del Señor, coincidentes con el relato de San Lucas. Corresponde, sin embargo, destacar tres hechos importantes: 1º Los apóstoles inician, según Ana Catalina, los cultos divinos, particularmente el santo Sacrificio de la Misa, de acuerdo con la liturgia aprendida del mismo Jesucristo. Resulta ilustrativo observar el uso de las vestiduras y de los vasos sagrados, las primeras ordenaciones sacerdotales y la formación paulatina de la jerarquía eclesiástica. 2º La venida de la tercera divina Persona aparece relevada como un contecimiento prodigioso de la naturaleza. La vidente describe al Espíritu Santo como un meteoro extraordinario que desciende maravillosamente sobre el Cenáculo. San Pedro adquiere entonces, como jefe, una estatura inusitada ante sus compañeros y el pueblo. 3º La Virgen Inmaculada se retira a Efeso con San Juan Evangelista, inaugura el Vía Crucis, regresa a Jerusalén para recorrer los lugares donde padeció su divino Hijo, y muere en Efeso rodeada de los apóstoles, con excepción de Santo Tomás. Los discípulos advierten cada vez mejor la grandeza incomparable de la Mujer bienaventurada entre todas. La Asunción está descripta con tanta sencillez y belleza que nos resulta ahora sorprendente la demora de tantos siglos para que este misterio se haya definido dogmáticamente.

I

Primeros actos de culto después de la Resurrección

En el vestíbulo abierto de la sala de la última Cena preparó Nicodemo una cena para los apóstoles, las santas mujeres y una parte de los discípulos. Tomás no estaba con los demás: se había retirado de propia voluntad. Todo lo que aquí se hacía era según lo estaba ordenado por el Señor. Jesús había, en la última Cena, instruído a Pedro y a Juan, que estaban al lado, y a los que había ordenado de sacerdotes, acerca de todo lo referente al Santísimo Sacramento, mandándoles que luego instruyesen a los demás repitiéndoles las enseñanzas recibidas.

He visto a Pedro y a Juan en medio de ocho apóstoles abrir los misterios que el Señor les había confiado; hacerlos participantes de ellos y conferir con ellos acerca del modo de administrar esos misterios. Todo lo que Pedro decía era confirmado por Juan. Los apóstoles tenían vestiduras blancas de fiesta; Pedro y Juan tenían además una estola que colgaba desde los hombros al pecho, cruzada allí y sujeta por una grapa. Los demás apóstoles llevaban una estola desde un hombro, que pasaba por la espalda y el pecho, cruzada debajo del brazo y sujeta allí con una grapa. Pedro y Juan habían sido consagrados sacerdotes por Jesús; los demás eran sólo diáconos.

Después de esta conferencia he visto entrar a las santas mujeres en número de nueve y a Pedro que las instruía. Pedro hacía esto en la sala mientras Juan recibía a los discípulos más antiguos, en número de diecisiete, en la puerta. Eran los que más habían estado con el Señor. Entre ellos figuraban Zaqueo, Natanael, Matías, Barsabás y otros. Primero Juan sirvió en el oficio de lavarles los pies y luego se revistieron de vestiduras blancas con cinturones.

He visto que Pedro envió a Mateo, después de la instrucción impartida, a casa de Lázaro, en Betania, para que allí, en otra cena y delante de muchos otros discípulos, repitiera lo que aquí se había enseñado y hecho.

Después he visto preparar en el vestíbulo de la sala una mesa larga, de modo que algunos de los discípulos quedaban

fuera del vestíbulo del Cenáculo, en el patio sombreado por tupidos árboles. Se habían dejado tres entradas a las mesas para servir los alimentos. Las santas mujeres ocupaban el final de la mesa. Llevaban largas vestiduras blancas, con velos, pero sin cubrirse los rostros. Se sentaban a las mesas sobre pequeños y bajos taburetes, con asideros, y tenían las piernas cruzadas.

En el medio de la mesa se sentaron Pedro y Juan, de frente: así cerraban la hilera de los hombres separándola de la de las mujeres. Los asientos no eran como lo fueron en la última Cena: tenían unos almohadones bajos, entretejidos, sobre los cuales se reclinaban. Delante tenían un rodete abotagado que estaba sobre dos pies más elevados, sujeto con maderas atravesadas. Todos estaban en la mesa echados, de modo que los pies de uno se extendían a lo largo de las espaldas del siguiente. En la última Cena he visto que estaban echados de manera que extendían los piés totalmente afuera.

Esta comida transcurrió con todo orden. Primero oraron de pie; luego comieron echados, como he dicho, mientras Pedro y Juan enseñaban. Al final de la comida presentaron a Pedro un pan acanalado y chato. Pedro lo dividió en partes y puesto sobre dos fuentes lo hizo pasar a derecha y a izquierda de la mesa. Se pasó también por la mesa un recipiente de vino bastante grande, y todos bebieron de él. Aunque Pedro bendijo ese pan, no era el Sacramento, sino sólo un ágape lo que celebraban. Pedro enseñó que todos debían ser uno, como uno era el pan que se distribuyó y como era uno el vino del cual bebieron todos. Después de esto se levantaron y cantaron salmos.

Cuando se hubo terminado el ágape y limpiado las mesas, las santas mujeres se reunieron en grupo al final de la sala. Los discípulos estaban de ambos lados. Los apóstoles iban de un grupo a otro enseñando e instruyendo a los discípulos más antiguos lo que debían saber sobre el santo Sacramento. Era la primera catequesis después de la muerte de Jesús. He visto cómo yendo de unos a otros se daban las manos y declaraban que querían tener todo en común y alegres dar de lo que tenían; ser uno y permanecer unidos. En esto vino como una conmoción entre ellos. Los he visto a todos como inundados de luz, como que se fundían en amor recíproco. Toda esa luz se levantaba como formando una pirámide, y en la cúspide de esa luz apareció la Virgen María como coronación y punto céntrico de todo. Desde donde estaba María salieron rayos de luz que se derramaban

sobre los apóstoles. Era una representación de la unión de todos y símbolo de las relaciones de unos con otros.

He visto cómo Mateo enseñaba en casa de Lázaro, en ocasión de un ágape semejante, entre muchos más discípulos que no estaban todavía en grado de comprender las enseñanzas como éstos del Cenáculo.

II

La Comunión de los apóstoles

A la mañana muy temprano he visto cómo Pedro y Juan con Andrés entraban en la sala del Cenáculo y se revestían de los hábitos de sacerdote. Los demás apóstoles hacían lo mismo en la sala contigua. Los primeros tres apóstoles descorrieron la cortina, que era una colgadura entretejida en la parte media, y entraron en el sector de la sala que habían reservado para el Santísimo. Esta parte se había transformado en oratorio separándola del resto de la sala con un cortinado no tan alto, de modo que pudiera penetrar dentro la luz que venía de una ventana abierta en medio del salón. La cortina estaba adornada con borlas y se podía abrir por el medio para dar entrada a la luz. La mesa de la última Cena estaba allí. El cáliz con el resto del *sanguis* y la fuente con los restos del pan consagrado, estaban guardados en un nicho de la pared que formaba como un tabernáculo. Delante del Santísimo ardía una lámpara de un candelabro de varios brazos. Con esta luz encendieron la lámpara que había ardido en la Pascua. Trajeron al centro de la sala la mesa de la última Cena, pusieron sobre ella el Sacramento y apagaron la lámpara que había ardido delante. Los demás apóstoles, entre ellos Tomás, se colocaron en torno de la mesa. Del pan consagrado por Jesús y cambiado en su Cuerpo había aún bastante en la fuente pequeña, sobre el cáliz, cubierto con un fanal en forma de campana que tenía arriba un botón para asirlo. Sobre todo esto, cubriéndolo, estaba tendido un lienzo blanco.

Pedro sacó el tirador de la base, lo cubrió con el lienzo y puso sobre él el plato con el santo Sacramento. Detrás de Pedro Juan y Andrés recitaban oraciones. Pedro y Juan, inclinados, recibieron el Sacramento; luego Pedro hizo circular el plato y cada uno recibió por sí mismo el Sacramento. En el cáliz que había consagrado el Señor habían echado un poco de vino y de

agua, y bebieron luego de él. Después cantaron salmos, oraron, cubrieron el cáliz y lo llevaron de nuevo a su lugar, como también la mesa. Esta fué la primera función que he visto celebrar por los once apóstoles. Después vi que Tomás se fué con otro discípulo de Samaría a un pueblo de los alrededores.

III

Los discípulos de Emaús

Lucas, que está desde hace poco entre los apóstoles, pero que ya había estado con Juan Bautista y recibido el bautismo de él, formaba parte del grupo de los discípulos que habían escuchado la instrucción de Mateo en casa de Lázaro, en Betania. Después de esta instrucción, permaneció pensativo y dudoso; por la tarde se fué a Jerusalén y pasó la noche en casa de Juan Marcos, donde había otros discípulos reunidos, entre ellos Cleofás, nieto del hermano del padre de María Cleofás, que había estado en la instrucción del Cenáculo. Los discípulos hablaban de la Resurrección de Jesús, pero dudaban. Lucas y Cleofás, especialmente, estaban muy dudosos en su fe. Como salió de nuevo la orden de los sacerdotes de que nadie diese albergue ni comida a los discípulos de Jesús, resolvieron los dos, que se conocían con anterioridad, ir a Emaús y vivir allí retirados. Abandonaron la reunión y uno, saliendo de la casa de Juan Marcos, se encaminó por la derecha afuera de la ciudad por el Norte, y el otro por la parte opuesta, para no despertar sospechas y no ser vistos juntos. El uno no tocó la ciudad; el otro, atravesando muros, salió por la puerta. Junto a una colina, fuera de la ciudad, volvieron a juntarse: tenían bastón de caminantes y alforjas. Lucas lleva una bolsa de cuero: lo veo salir a veces del camino y juntar hierbas. Lucas no estuvo en los últimos tiempos con el Señor. En Betania no estaba siempre en la instrucción de Mateo, sino más bien en el albergue con otros discípulos. Lo he visto también en Maqueronte. No había sido hasta ahora un discípulo permanente: ahora empieza a serlo; con todo había estado mucho con los discípulos y era muy deseoso de saber. Yo sentía que ambos estaban inquietos y dudosos y querían hablar de las cosas que se decían. No podían especialmente comprender cómo el Señor hubiese permitido ser crucificado tan villanamente por sus enemigos.

Más o menos a mitad del camino se les acercó Jesús de un lado. Cuando lo vieron, retardaron el paso como deseando que pasara delante y no oyese la conversación. Jesús retardó también el paso y se unió a ellos cuando estaban delante algunos pasos. He visto al Señor caminar un momento detrás de ellos; luego se adelantó y les preguntó qué hablaban. Cuando estaban por llegar a Emaús, hermoso lugar donde el camino se dividía en dos, quiso el Señor tomar el camino hacia Belén en dirección al Sur. Ellos le rogaron y le forzaron a entrar en una casa de Emaús, en la segunda hilera de la población. No he visto a mujeres en la casa; me pareció una sala de fiesta abierta, donde hubiese tenido lugar una reunión. La habitación era cuadrada y limpia; la mesa estaba preparada; había almohadones y divanes en torno, como en la última Cena. Un hombre trajo un panal de miel en una bandeja entretejida y una torta bastante grande de forma cuadrada. Delante de Jesús, como a huésped, le pusieron un pan pequeño, delgado, casi transparente, como los panes de Pascua. Este hombre me pareció bueno: llevaba un delantal como si fuera cocinero o servidor de la casa. No estuvo presente en la acción que realizó luego Jesús. La torta estaba acanalada y señalada en partes del grosor de dos dedos. Sobre la mesa había un cuchillo blanco de hueso o de piedra, curvo y grande como una cuchilla nuestra. Rezaron y comieron parte de la torta y del panal de miel. Primero comió Jesús, tendido en el diván. Luego tomó el panecillo que tenía las hendiduras y con el cuchillo blanco de hueso lo dividió en tres partes, lo colocó sobre un plato y lo bendijo; se puso de pie, alzó en alto, con ambas manos, el plato con los panes y oró con los ojos elevados al cielo. Los dos hombres estaban delante de Jesús, conmovidos, como fuera de sí mismos. Jesús separó los bocados y ellos se acercaron con la boca abierta al Señor, quien con su mano le dió a cada uno su parte. He visto que al mover Jesús la mano hacia la boca, el tercer bocado desapareció de entre sus dedos. No puedo decir que en realidad haya tomado el tercer bocado. Los bocados brillaban cuando los hubo bendecido. A los dos discípulos los vi por un rato como transportados; luego, entre lágrimas de ternura, se echaron entre sus brazos llenos de santa emoción.

Esta escena fué en particular emocionante por la exquisita bondad de Jesús y la alegría tranquila de los dos discípulos, mientras aún no lo conocieron, y más por el éxtasis en que se sumieron cuando lo reconocieron y Él desapareció de sus ojos. Cleofás y Lucas volvieron de inmediato a Jerusalén.

La tarde del mismo día estaban los apóstoles, menos Tomás, con varios discípulos y con José de Arimatea y Nicodemo, en la sala donde brillaba una lámpara que colgaba del techo. Estaban entregados a la oración: me parecía que en acción de gracias después de un acto de liturgia, de condolencia, pues en Jerusalén se cerraban hoy las fiestas de la Pascua. Todos llevaban trajes blancos muy largos. Pedro, Juan y Santiago el Menor tenían vestimentas especiales y rollos de la Escritura en las manos. Sobre sus vestiduras llevaban un cinturón ancho como la palma de la mano, del cual pendían dos cintas del mismo ancho, hasta las rodillas, terminando en forma dentada. Tanto el cinturón como las dos cintas pendientes tenían letras blancas sobre el fondo negro. Por detrás el cinturón tenía un nudo y las dos partes se cruzaban y caían más abajo todavía que las dos cintas delanteras. Las mangas de la vestidura eran muy amplias y una de ellas servía para guardar los rollos de la Escritura. Del codo del brazo izquierdo pendía un manípulo ancho, terminado en borlas del mismo color y hechura que el cinturón y las cintas. Pedro llevaba una estola, angosta en el cuello, y más ancha al caer sobre el pecho, donde se cruzaban las dos partes, sujetas por un escudo en forma de corazón, lustroso y adornado de piedras. Los otros dos apóstoles llevaban estola cruzada y las cintas del cinturón eran más cortas. Durante la oración solían cruzar las manos sobre el pecho. La primera hilera debajo de la lámpara estaba formada por los apóstoles; las otras dos por los discípulos. Pedro, entre Juan y Santiago, estaba de espaldas a la puerta cerrada de la sala del Cenáculo. Detrás de él no había sino pocos, y delante, los que formaban círculo, dejaban abierto el medio que daba al lugar del Santísimo. María Santísima estaba en compañía de María Cleofás y María Magdalena, presentes a este acto en el vestíbulo de la sala cerrada. Después de la oración hubo también instrucción por parte de Pedro.

Me maravilla ver que la mayoría de los apóstoles y discípulos no acababan de creer, aun cuando el Señor se había aparecido ya a Pedro, a Juan y a Santiago. Pensaban que tal aparición no era verdadera, sino una visión o algo así como solían tener los profetas cuando predecían el futuro. No creían todavía en una aparición corporal y verdadera.

Después de la instrucción de Pedro se habían reunido nuevamente para la oración. En ese momento Lucas y Cleofás llegaban a la puerta del Cenáculo y golpeaban. Volvían de Emaús

y contaron la alegre nueva de la aparición del Señor. La oración fué interrumpida. Cuando prosiguieron la oración, de pronto todos se sintieron conmovidos, resplandecientes de contento. Jesús había entrado a puertas cerradas. Aparecía en blanca y larga vestidura, ceñida por un cinturón. Sintieron su proximidad antes de que Él se adelantara y se pusiera debajo de la lámpara del centro. Todos estaban admirados y conmovidos. Jesús les mostró sus manos y sus pies llagados, y abriendo su pecho, la herida de la lanza. Les hablaba y como vió que estaban espantados, pidió algo de comer. De su boca salían rayos de luz que iban a los presentes, que estaban como fuera de sí.

Entonces vi que Pedro se dirigió a un rincón de la sala, donde colgaba una cortina ocultando una parte del salón. Yo no había reparado en ello, porque la cortina era del mismo color que las paredes. En esa división de la sala, además del lugar del Santísimo, había un sitio para guardar una mesita alta de un codo que usaban para los ágapes después de la oración. Sobre esta mesita había un plato ovalado y hondo, cubierto con un lienzo blanco. Pedro trajo el plato y lo puso delante del Señor. En el plato había un trozo de pescado y algo de un panal de miel. Jesús dió gracias, bendijo el alimento, comió y dió del mismo a algunos, no a todos. También a su Santísima Madre, que estaba con otras mujeres en el vestíbulo, dió parte del alimento, como a las que la acompañaban.

Después lo he visto enseñando y dando poderes y fuerzas a los apóstoles. El círculo que lo rodeaba era triple; adentro estaban los diez apóstoles. Tomás no estaba allí. Me causaba maravilla ver que una parte de sus palabras las oían sólo los diez apóstoles. Pero no puedo decir qué oían. Yo no veía mover los labios a Jesús. Él iluminaba; despedía luz de sus manos, de sus pies y de su costado, y de su boca, como si soplase sobre ellos. Esa luz entraba en ellos y ellos entendían y comprendían todo. Yo no he visto movimiento de labios ni oía voz alguna, ni veía que ellos entendieran palabras por el oído. Entendieron que podían perdonar los pecados; que debían bautizar a las gentes; que podían curar enfermedades; que debían imponer las manos, y que podían probar veneno sin daño alguno. Yo no sabía explicar esto; pero yo entendía que todo esto lo decía sin palabras; que lo decía no para todos; que sólo lo entendían los que debían entenderlo, y que todo esto lo comunicaba como si fuera una substancia, algo existente, como un rayo que penetra en ellos. No podría tampoco decir si ellos entendían que lo

recibían así o si pensaban recibir esto por oído natural. Lo que puedo decir es que solamente los del círculo interior recibieron estos poderes, es decir, los apóstoles. Todo esto lo puedo comparar a un oír interior, sin conversación, en voz tan baja que ni siquiera era un susurro.

Jesús les explicó y declaró varios pasajes de la Sagrada Escritura que se referían a Él y al Santo Sacramento, y ordenó un rito y ceremonias para honrar el Santo Sacramento para después de la festividad del Sábado (es decir, para el Domingo). Les habló del misterio del Arca de la Alianza; de las reliquias de los Patriarcas y de su veneración, y cómo debían usar de su intercesión delante de Dios. Les dijo que Abrahán ponía huesos y reliquias de Adán cuando ofrecía sacrificios. Un punto del sacrificio de Melquisedec, que entendí entonces y me pareció muy importante, ahora no lo puedo recordar.

Les dijo además que la vestidura polimita que Jacob dió a José era una figura de su sudor de sangre en el huerto. En este momento vi la túnica de José. Era blanca con rayas gruesas coloradas, tenía sobre el pecho tres cordones negros al través y en medio un adorno amarillo. Arriba era ancha como para guardar algo sobre el seno y en el medio ceñida. Debajo tenía a los lados dos cortes para facilitar el andar. Por delante llegaba casi a los pies y por detrás era algo más larga. Hacia el pecho, hasta el cinturón, estaba abierta. La túnica ordinaria de José, en cambio, le llegaba sólo hasta las rodillas.

Jesús dijo también a los apóstoles que en el Arca de la Alianza había huesos de Adán, de los cuales Jacob entregó a José con la túnica polimita. He entendido que José no sabía a punto fijo qué era lo que le daba su padre. Jacob se lo dió como prueba de amor, como quien le daba una defensa, una protección, porque sabía que sus hermanos no lo querían bien. José tenía esos huesos sobre su pecho en una bolsita de cuero, de forma cuadrada abajo y arriba redondeada. Cuando sus hermanos lo vendieron a los mercaderes, le quitaron la túnica polimita y el vestido interior. Pero José tenía todavía una especie de escapulario sobre su cuerpo y en el pecho la bolsita con la reliquia. Cuando Jacob fué a Egipto preguntó a José si conservaba esa bolsita y le declaró que contenía huesos de Adán. En esta ocasión he vuelto a ver los huesos de Adán enterrados en el monte Calvario. Los he visto blancos, como la nieve, pero muy duros. Más tarde se conservaron en el Arca huesos del mismo José.

Jesús habló del misterio del Arca de la Alianza declarando que ese misterio era ahora su cuerpo y su sangre que les había dejado en el Santísimo Sacramento. Les habló todavía de sus dolores y de su pasión, explicándoles cosas maravillosas de David, que ellos ignoraban. Por último les mandó que después de unos días fueran a Sichar y diesen testimonio de su resurrección. Luego desapareció. He visto que todos estaban como fuera de sí, por el éxtasis y la emoción. Abrieron la puerta y salieron y entraron nuevamente.

Más tarde los vi de nuevo reunidos bajo la lámpara, dando gracias y cantando salmos.

IV

Los apóstoles predican la Resurrección

La misma noche he visto que, según la orden de Jesús, unos iban a Betania y otros a Jerusalén. En Betania quedaron algunos de los discípulos más antiguos para instruir a los más nuevos y a los indecisos en la fe; lo cual hacían parte en casa de Lázaro y parte en la sinagoga. Nicodemo y José de Arimatea se hospedaban en casa de Lázaro. Las santas mujeres estaban en un departamento aparte de la misma casa de Lázaro, rodeado de un patio y de excavaciones. Tenía entrada por la calle y estaba habitado ordinariamente por Marta y por Magdalena. Los apóstoles con algunos discípulos, entre ellos Lucas, se dirigieron hacia Sichar. Pedro les dijo con alegría: "Queremos ir al mar a pescar", entendiendo decir: a salvar almas. Llegados allí se dividieron en varios grupos, y enseñaban en los albergues y al aire libre hablando de la pasión, muerte y resurrección de Cristo. Era como una anticipación de lo que harían después de Pentecostés. En el albergue de Tenat-Silo se reunieron de nuevo todos. También Tomás llegó con dos discípulos hasta allí, mientras estaban reunidos para una comida. Esta comida la había preparado el padre de Silvano, que tenía la custodia del albergue para los apóstoles. Los apóstoles contaron a Tomás la aparición de Jesús en medio de ellos; pero él hacía ademanes con la mano diciendo que no creería hasta que no tocase sus llagas. Lo mismo decía delante de los discípulos que le contaron lo que habían visto. Tomás se había separado de la comunidad y había flaqueado en la fe.

Pedro enseñó en la escuela de Tenat-Silo hasta muy entrada la noche. Habló bien claro de cómo los judíos habían matado

a Jesús. Contó muchas cosas de lo que Él les había predicho de su Pasión y de su doctrina. Habló de su amor indecible, de su oración en el Huerto de los Olivos, y de la traición y la triste muerte de Judas. Sobre esto se mostraron muy afectados y tristes: habían conocido a Judas y aún lo estimaban, pues durante la vida de Jesús, había estado entre ellos y ayudado y hasta obrado milagros. Pedro no dejó de contar sus propios pecados: sus imprecaciones y sus negaciones. Derramó muchas lágrimas, y todos lloraban con él. Así se fué animando cada vez más, y contó cómo los judíos habían llegado al exceso de crueldad con el Señor. Declaró que había resucitado y se les había aparecido a él y a los demás, y pidió dieran los demás testimonio de haberlo visto y estado con Él. He visto que un centenar de ellos alzaron las manos y los dedos en testimonio. Tomás permaneció silencioso sin alzar la mano: no podía acabar de creerlo. Pedro pidió a los oyentes lo dejasen todo, siguiesen a los discípulos y se juntasen a la comunidad para ir en pos de Jesús. A los indecisos los invitó a Jerusalén, donde dividirían lo necesario entre ellos. Les dijo que no temieran a los judíos, pues ellos nada harían en contra porque estaban poseídos de temor. Todos estaban muy conmovidos y muchos se convirtieron. Querían que se quedasen por más tiempo los apóstoles entre ellos; pero Pedro les dijo que debían volver a Jerusalén.

Los apóstoles hicieron aquí muchas curaciones, inclusive de algunos lunáticos y endemoniados. Lo hacían como Jesús lo había dicho: soplando sobre ellos, imponiéndoles sus manos y aún extendiéndose sobre ellos. La mayoría eran enfermos a los cuales Jesús había dejado para más tarde cuando estuvo aquí la última vez. He visto a esta población muy encariñada con los apóstoles. Los discípulos no curaban enfermos; pero ayudaban en llevar, traer, alzar y encaminar a los enfermos; especialmente Lucas, que era médico, se constituyó en enfermero de éstos.

A la Madre de Dios la veo en Betania, silenciosa, seria y triste, pero no como el común de las mujeres, sino de un modo conmovedor inexplicable. María Cleofás, que es extremadamente compasiva, se inclina muchas veces hacia María procurando darle consuelo: es la más semejante, en esto de consolar, a la Madre de Dios.

El dolor de la Magdalena no conoce límites; muestra su dolor y su amor sin medida; no puede estar sosegada. La veo salir a veces a la calle con los cabellos sueltos, y donde encuen-

tra gente, en las casas y afuera, se lamenta de lo que han hecho con el Señor; y habla con vehemencia de su encuentro con Él y de su Resurrección. Cuando no encuentra gente, va por el jardín y el huerto, y se lamenta como si hablara con las plantas, las flores y las fuentes. Algunas veces veo que se reúnen hombres en torno de ella: muchos la compadecen; otros la desprecian por su vida pasada. No tiene crédito en las grandes reuniones, pues recuerdan su mala vida. He visto que su modo de ser y de manifestar su dolor por la muerte de Jesús, escandalizaba a varios judíos, que pensaron apoderarse de ella. Especialmente cinco de ellos trataron de realizarlo; pero ella no se cuidaba de ningún peligro y transitaba en medio de la gente sin pensar en otra cosa sino en su Jesús.

Marta, en cambio, sufrió y sufre aún por la dispersión de los apóstoles y por la pasión y muerte del Señor: estaba como anonadada por el dolor, pero ayuda a todos y es compasiva con los necesitados. Alberga y da de comer a todos los dispersos, los cuida y los asiste. Le ayuda mucho Juana, la viuda de Chusa, procurador de Herodes. Simón el Cireneo está ahora con los discípulos en Betania: igualmente sus dos hijos. Simón era un buen hombre de Cirene, que solía venir a Jerusalén en los días santos. Aquí solía trabajar con varias familias conocidas, arreglando sus jardines y recortando los cercos de sus propiedades. De este modo comía ya en una ya en otra casa, pues era muy buscado por ser hombre callado y justo. Sus hijos estaban ya desde algún tiempo en el extranjero y frecuentaban las reuniones de los discípulos del Señor sin que su padre se hubiese enterado.

En Jerusalén andaban por estos días los partidarios de los sacerdotes visitando las casas, cuyos dueños estaban o habían estado en relaciones con Jesús o con sus apóstoles, y los declaraban privados de sus empleos públicos y rompían relaciones con ellos. Ya Nicodemo y José de Arimatea no tenían relación con esos judíos desde la sepultura de Jesucristo. José de Arimatea había sido hasta entonces como un jefe de asamblea; por su modo de ser callado, servicial y emprendedor se había granjeado la estima hasta de los malos, que lo respetaban por su prudencia.

Me ha alegrado mucho ver que también el marido de Verónica ha cambiado de sentimientos y deja ahora en paz a su mujer, la cual le declaró que antes lo dejaría a él, su marido, que separarse de Jesús Crucificado. He visto que ahora ya no

toma tanta parte en los asuntos públicos, aunque lo hace más bien para estar bien con su mujer que por amor a Jesús. Los judíos mandaron cubrir de obstáculos y cerrar los caminos y senderos que conducen al Calvario y al Sepulcro, porque veían que muchas piadosas personas peregrinaban a ese lugar y sucedían allí prodigios.

También Pilatos se ausentó de Jerusalén por inquietudes interiores que le acusaban. A Herodes lo veo ahora en Maqueronte, en busca de paz; pero tampoco allí se encontraba tranquilo e internábase hasta Madián. Aquí, los que un día no habían querido recibir al Señor, abrieron las puertas al malvado asesino de Juan Bautista.

En estos días veo a Jesús apareciéndose en diversos lugares, como en Galilea, en un valle junto al Jordán donde había una escuela. Había allí muchas personas juntas que hablaban de lo que se decía de su resurrección y dudaban de ello. Entonces apareció Él en medio de ellas, habló algunas palabras y desapareció. De este modo apareció en varios lugares.

Los apóstoles volvieron de Sichar a Jerusalén y enviaron aviso a Betania anunciando su partida, e invitándolos a ir a Jerusalén para la festividad del Sábado. Otros debían celebrar el Sábado en Betania. Tenían sobre esto establecido cierto orden. Los apóstoles van cruzando varias poblaciones, pero no se detienen en ninguna de ellas. Tadeo, Santiago el Menor y Eliud precedieron, en trajes de viajantes, a los demás en dirección de la casa de Juan Marcos, donde estaban María, la Madre de Jesús, y María Cleofás, las cuales se alegraron mucho y los recibieron como si hiciera mucho tiempo que no se veían. He visto que Santiago traía consigo un vestido sacerdotal, un manto, que las santas mujeres habían confeccionado en Betania para Pedro. Santiago lo depuso luego en el Cenáculo.

Los apóstoles llegaron tan tarde al Cenáculo, que no pudieron tomar parte en la comida preparada y comenzaron en seguida a festejar el Sábado. Se vistieron sus vestiduras de fiesta, después del lavado de los pies. Se encendió la lámpara ritual, y noté entonces una variante en las ceremonias de los judíos. Se descorrió la cortina que ocultaba el Santísimo y se puso delante el asiento que Jesús había ocupado en la última Cena. Lo cubrieron con un tapete y pusieron sobre él los rollos de las Escrituras. Pedro se hincó delante; Juan y Santiago algo más atrás; los demás apóstoles detrás de ellos, y después los discípulos. Cuando se hincaban solían inclinar la cabeza hasta

el suelo, teniendo las manos sobre su rostro. Se quitó el cobertor del cáliz; pero el lienzo blanco quedó sobre él. Asistían al acto sólo aquellos discípulos que estaban más enterados en los misterios del Santo Sacramento. Pedro, con Juan y Santiago a ambos lados, guió una meditación y oración conmemorando la institución del Santísimo Sacramento y la Pasión del Señor, y cada uno ofreció un sacrificio de su devoción en su interior. Después comenzaron las acostumbradas ceremonias del Sábado, bajo la lámpara, que hacían de pie. Luego tomaron algún alimento en el vestíbulo. En la sala de la institución del Sacramento en la última Cena, no los he visto ya celebrar sus comidas, salvo un ágape de pan y vino. Jesús les había enseñado lo que añadieron a la celebración del Sábado, respecto del Sacramento.

La Santísima Virgen fué llevada por María Marcos a Jerusalén y la Verónica, que ahora va públicamente con María, la acompañó con Juana Chusa desde Betania a Jerusalén. La Virgen Santísima prefiere estar en Jerusalén, pues allí va sola, al oscurecer y por la noche, por el camino que anduvo Jesús en su Pasión; reza y medita en los lugares donde Jesús ha padecido o caído. No puede llegar a todos esos lugares, porque los judíos han puesto obstáculos para impedirlo, levantando barreras o cercando los senderos. María hace el *Vía Crucis* en casa o en lugar apartado, pues conserva en la memoria los pasos y lugares, y así hace, recorriendo mentalmente las estaciones, el camino del Calvario. Es cosa cierta que la Virgen fué la primera que inició esta práctica con la meditación de la Pasión y muerte de Cristo, práctica que se fué generalizando con el andar de los tiempos.

V

Segunda celebración de la Cena eucarística
Tomás toca las llagas de Jesús

Después de la fiesta del Sábado, cuando los apóstoles dejaron sus vestiduras sacerdotales, tuvieron una comida importante en el vestíbulo. Era un ágape fraternal como el del pasado Domingo. Tomás debe haber celebrado el Sábado en otro lugar, pues he visto que llegó al término de la comida y entró en la sala del Cenáculo. No había oscurecido y la lámpara no estaba encendida en la sala. Algunos apóstoles estaban allí y otros entraban en ese momento. Iban y venían porque se revestían de sus largas vestiduras blancas y se disponían para la oración

como la vez pasada. Pedro, Juan y Santiago ya se habían revestido.

Mientras se disponían para la oración vi entrar a Tomás. Cruzó la sala entre los ya revestidos y se dispuso a tomar sus vestiduras. Unos le hablaban; he visto que alguien le tomaba de las mangas; otros levantaban la mano en forma de juramento y de testimonio contra su incredulidad. Tomás se portaba como un hombre que está apurado en revestirse, ya que no podía o no quería creer lo que los otros le aseguraban. En este momento entró un hombre con un delantal, que parecía un servidor de la casa, con una lámpara encendida en una mano y en la otra un bastón terminado en gancho, con el cual ensartó la gran lámpara del medio, la bajó a su alcance, la encendió y la volvió a subir; luego salió. Vi a María Santísima, a Magdalena y a otra mujer que se disponían a entrar en la sala. Pedro y Juan les salieron al encuentro. La otra mujer quedó en la antesala, abierta por el medio y una parte de las salas laterales. Las puertas del patio y las que daban a la calle estaban cerradas. En los espacios de la sala lateral había muchos discípulos de Jesús. Al entrar María Santísima y la Magdalena, cerraron las puertas y se dispusieron para la oración. Las santas mujeres permanecieron reverentes a los lados de la puerta, de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Los apóstoles oraron de nuevo hincados delante del Santísimo como primer acto; luego, debajo de la lámpara, de pie, cantando salmos alternativamente, como en el coro. Pedro estaba de cara vuelto al Santísimo y Juan y Santiago el Menor a sus lados. Los demás apóstoles estaban alineados en torno de la lámpara a ambos lados. El espacio del medio que miraba al Santísimo estaba libre. Pedro tenía sus espaldas hacia la puerta. Detrás de ellos, más distantes, estaban las santas mujeres. Hubo una interrupción en la oración: parecía que ésta había terminado. Vi que hablaban como si quisieran ir hacia el Mar de Tiberíades y repartirse por los pueblos de esa región. De pronto se vieron sus rostros como esclarecidos y transformados por la presencia del Señor. Vi en ese momento al Señor, resplandeciente, venir por el patio. Llevaba vestidura blanca y cinturón de igual color. Se acercó a la puerta de la antesala, que se abrió y se volvió a cerrar detrás de Él. Los discípulos vieron cómo se abría la puerta y se apartaron dando lugar al Señor. Jesús avanzó rápidamente y se colocó junto a Pedro y a Juan, los cuales se retiraron, cediéndole el lugar del medio.

Su modo de caminar no era como el andar acostumbrado de los hombres ni tampoco de fantasma. Me recordó a un sacerdote que avanza sereno y grave en medio de los fieles, que están respetuosos a ambos lados y le dejan paso. De pronto todo era en la sala brillante. Jesús estaba rodeado de resplandor. Los apóstoles se retiraron, pues, de otro modo, estando dentro de esa luz, no lo hubieran podido contemplar. Jesús dijo: "La paz sea con vosotros". Luego habló con Pedro y Juan. Me pareció que era una advertencia para ellos: habían hecho algo no conforme a lo mandado, sino por su voluntad; por eso no habían tenido éxito en lo que hicieron. Se refería a ciertas curaciones que habían intentado al regreso de Tenat-Silo y Sichar, donde no habían obrado todo según lo prescrito por el Señor, sino según sus propias ideas. Les dijo cómo debían hacer otra vez cuando volvieran. Después de esto se acercó a la lámpara y todos se agruparon en torno de Él. Tomás, muy avergonzado en la presencia del Señor, se había retirado algo más atrás. Jesús tomó con su mano derecha la mano derecha de Tomás e introdujo el dedo índice de Tomás en la llaga de su mano izquierda. Luego tomó la mano izquierda con su izquierda, introduciendo el dedo pulgar del apóstol en su llaga derecha. Después con su mano derecha volvió a tomar la derecha de Tomás y, sin descubrir su pecho, pasó la mano de Tomás debajo de su vestidura, introduciendo el dedo índice y el medio del apóstol en la llaga de su costado derecho. Dijo algunas palabras mientras hacía esto. Tomás cayó como desmayado y conmovido, mientras decía: "Mi Señor y mi Dios". Jesús retenía su mano derecha. Los presentes lo sostuvieron y Jesús lo levantó con su divina mano.

Esta caída y este levantamiento tenían su significado. Cuando Jesús tomó la mano de Tomás he visto las llagas del Señor, no como llagas sangrientas, sino como pequeños soles resplandecientes. Los demás discípulos estaban muy conmovidos por esta aparición del Señor y levantaban y estiraban sus cabezas para ver lo que el Señor hacia con Tomás. A la Virgen Santísima la vi durante esta acción como fuera de sí por el éxtasis, silenciosa y recogida. La Magdalena mostraba más su emoción, aunque menos exteriormente que los discípulos.

Jesús no desapareció en seguida: habló aún y pidió algo de comer como la primera vez. He visto de nuevo cómo sacaron del lugar donde estaba oculta la mesita, una fuentecilla ovalada con un pez. Jesús comió del pez después de haberlo bendecido y dió parte de él mismo, primero a Tomás, luego a los demás.

Jesús declaró por qué estaba en medio de ellos, que lo habían abandonado, y por qué no estaba siempre con aquéllos que le habían permanecido fieles. Explicó por qué había dicho a Pedro que confirmara a sus hermanos. Volviéndose a todos los presentes les dijo que quería dejarles a Pedro como jefe, aún cuando éste le había negado. Añadió que debía ser pastor del rebaño y habló del ardor de Pedro.

Juan trajo en sus brazos, desde el lugar del Santísimo, aquel manto bordado, amplio, a modo de capa pluvial, que Santiago había recibido de María, confeccionado en los últimos tiempos por las santas mujeres de Betania. Trajeron también un báculo imitando un bastón de pastor: era alto, hueco, esbelto y doblado en la parte superior como los báculos episcopales. El manto o capa era de color blanco, con anchas rayas rojas; tenía bordados de espigas, racimos de uvas y un cordero con otros adornos de distintos colores. La capa era amplia, larga hasta los pies y estaba sujeta por delante con una especie de escudo cuadrado de metal. Los lados de la capa tenían listas de color rojo y letras bordadas. Tenía una capucha blanca que podía alzarse para cubrir la cabeza.

Ahora veo a Pedro hincado, delante del Señor, que le da un bocado redondo, como un panecillo; no vi que lo haya sacado de ningún plato o lugar de allí; el bocado brillaba. Tengo la persuación de que Pedro recibe en este momento una fuerza extraordinaria. Veo que sopla sobre él y le da con eso una fuerza, un poder, infundiéndole una potestad. No era en realidad un soplar sobre él: era algo real, existente, palabras y fuerza que pasaban de Jesús a Pedro por medio de las palabras. Veo que Jesús acerca su boca a la de Pedro y derrama en la boca y en los oídos de Pedro una fuerza, una potencia, que veo pasar del Señor a Pedro. No era todavía el Espíritu Santo, que vino sobre él en Pentecostés: era algo que pasaba a Pedro y que sería vivificado el día de Pentecostés.

Jesús le impuso también sus manos y le comunicó un poder sobre los demás. El mismo Señor le cubrió luego con el manto que sostenía Juan en sus brazos y le entregó el báculo. Dijo en esta ocasión que ese manto debía mantener toda la fuerza que Él le había comunicado y que debía llevarlo todas las veces que convenía hacer uso de la potestad que le había comunicado. Jesús les habló de otro gran bautismo, cuando Él les mandase el Espíritu Santo; y añadió que Pedro daría a los demás, ocho días después, la potestad que Él le había dado ahora a Pedro

solo. Ordenó además que algunos dejaran las vestiduras blancas y usaran otras de diversas formas con un escudo en medio y que otros usaran de nuevo la vestidura blanca. Eran indicaciones de diversos grados, consagraciones y órdenes que debían ejercer entre ellos. Después Jesús les dijo a los discípulos que se dispusieran en siete grupos y a la cabeza de cada grupo puso a un apóstol. Santiago el Menor y Tomás debían permanecer junto a Pedro. Se ordenaron según mandó Jesús. Parecía que debían ser como siete comunidades, siete iglesias. Jesús dijo también a Pedro que fuera al mar de Galilea a pescar.

Pedro dirigió la palabra a los demás en su nueva dignidad. Parecía transformado en otro hombre, lleno de potestad y de fuerza. Ellos escucharon sus palabras, muy conmovidos, entre lágrimas. Pedro los consoló y recordó muchas cosas que Jesús había predicho y que se realizaban entonces. Recuerdo que dijo, entre otras cosas, que Jesús sostuvo durante diez y ocho horas los desprecios y las villanías de todo el mundo. También dijo lo que faltaba para que se cumplieran los treinta y cuatro años de la vida de Jesús. Cuando Pedro comenzó a hablar, Jesús ya había desaparecido. Ninguna maravilla, ninguna extrañeza interrumpió las palabras de Pedro en su discurso, pues aparecía ahora con una fuerza y con un poder renovados. Cantaron unos salmos de acción de gracias. No he visto que Jesús haya hablado con su Madre ni con Magdalena en esta ocasión.

VI

Jesús aparece a sus apóstoles en el mar de Galilea

Antes que se dirigieran los apóstoles al mar de Galilea, los veo recorrer el camino del Calvario. De aquí se dirigen a Betania, donde toman a varios discípulos. Hacen el camino hacia el mar de Galilea en diversos grupos. Pedro marcha en compañía de Juan, Santiago el Mayor, Tadeo, Natanael, Juan Marcos y Silas: son siete hombres los que se encaminan a Galilea. Dejan Samaría a su izquierda. Van por caminos que no entran en los poblados. Llegados a Tiberíades se recogen en el edificio de una pesquería que Pedro había alquilado y cuida un viudo con dos hijos. Comieron con el cuidador y oí a Pedro decir que en tres años no había estado pescando en ese lugar. Usaron dos naves: una grande, en buen estado; otra más pequeña. Dejaron a Pedro la nave mayor, que ocupó con Natanael, Tomás y un criado del

pescador. En la otra nave entraron Juan, Santiago, Juan Marcos y Silas. Pedro no permitió que otro remara: lo hizo él mismo. Aun cuando había sido distinguido por Jesús con tan alta dignidad, era muy humilde y modesto en el trato, especialmente con Natanael, hombre fino y culto. Estuvieron toda la noche pescando, echando las redes, ya de un lado, ya de otro, siempre en vano: no pescaron nada durante toda la noche que estuvieron trabajando a la luz de sus antorchas. A veces rezaban o cantaban salmos. Hacia la mañana, cundo comenzaba la aurora, acercaron las naves a la orilla, donde el Jordán desaguaba hacia el Oriente y estaban a punto de echar el ancla, cansados del trabajo nocturno.

Se habían quitado parte de los vestidos para la pesca y estaban a punto de ponerse de nuevo sus vestidos para descansar, cuando vieron en la orilla surgir una figura de entre los juncos. Era Jesús, que les gritó: "Hijos ¿tenéis un companage?" Ellos contestaron: "No, Señor". Entonces les dijo el Señor que echaran las redes al Oeste de la nave de Pedro. Para hacerlo así tuvo Juan que navegar con su nave a la otra parte de la nave de Pedro. Como luego sintieran las redes tan cargadas de peces, Juan reconoció a Jesús y gritó a Pedro, en el silencio del lago: "Es el Señor". Entonces Pedro se puso rápidamente un vestido más, se arrojó a las aguas y marchó hacia Jesús a través de los juncos de la orilla. Juan, entre tanto, subió a un bote pequeño, sujeto a su nave. Cada nave tenía dos de estos botes a los lados, que servían para acercarse a la orilla donde había poca profundidad; eran botes tan pequeños que no cabía en ellos más que un hombre.

VII

Las almas de los Patriarcas en torno de Jesús

Mientras estaban los apóstoles ocupados en la pesca, he visto a Jesús rodeado de muchas almas de los Patriarcas, que había Él librado del limbo (seno de Abrahán). También le rodeaban muchas almas libradas de lugares, cavernas, pantanos y desiertos donde estaban relegadas. Las veía venir desde el valle de Josafat. Durante todo el tiempo que Jesús no está con los apóstoles, lo veo rodeado de las almas de estos antepasados, especialmente de los que pertenecen a su genealogía, desde Adán y Eva hasta Noé, Abrahán, los otros Patriarcas y todos sus des-

cendientes. Va Jesús con ellos, indicándoles todos los lugares y enseñándoles todo lo que Él ha hecho y padecido por todos y por ellos. Ellos se sienten consolados y purificados al mismo tiempo y llenos de gratitud. Les enseñó los misterios del Nuevo Testamento, por los cuales ellos se ven ahora libres de sus encierros. Lo veo andar con esas almas por Nazaret, en la gruta de Belén y en todos los lugares donde sucedieron misterios de la Redención. Se puede distinguir en estas almas, por cierta fuerza en unos y cierta debilidad o delicadeza en otras, si informaron a hombres o mujeres. A mi se me representan vestidas de largos hábitos brillantes: parecería que sus vestiduras se arrastraran detrás, más largas, en muchos pliegues. Aparecen en ellos los cabellos, no como tales, sino como rayos de cierta significación y reconozco este brillo aún en las barbas de los santos. Sin señales exteriores, yo distingo a los reyes, y especialmente a los sacerdotes que han tenido relación con el Arca de la Alianza, desde Moisés en adelante. A estas almas las veo cernirse y flotar en torno de Jesús, de modo que también aquí hay orden perfecto: flotan y se mueven sosegada y noblemente; tienen su modo de andar, no del que toca la tierra, sino del que apenas roza el suelo.

Vi a Jesús venir en compañía de estas almas cuando los apóstoles estaban pescando. Había allí un vallado con una especie de hoyo cubierto por una techumbre donde conservaban un hogar, quizás para uso de los pastores. Yo no he visto que el Señor encendiese el fuego, ni que preparase el pescado, ni que los hubiera tomado de algún lugar. El fuego para el hogar, el pescado y todo lo necesario aparecieron en presencia de los Patriarcas donde el Señor quería: de qué modo, no lo puedo decir. Jesús pensó tener eso y todo apareció allí.

Las almas de estos antepasados tuvieron una parte en el pescado y en su preparación. Lo relacionó Jesús con la Iglesia militante y las almas de la Iglesia purgante. Estas almas quedaron en esta comida como incorporadas, aún exteriormente, con la Iglesia. Jesús, al comer de este pescado, dió a los apóstoles el significado de la unión de la Iglesia purgante con la militante. Jonás, dentro del pez, significa a Cristo en el interior de la tierra, en el mundo inferior.

Delante de una choza había un tirante de madera que sirvió de mesa.

Mientras yo miraba estas escenas de las almas de los Patriarcas, Jesús había llegado cerca del mar. Pedro no nadaba;

caminaba por entre los juncos; el agua no era profunda y yo veía el fondo. Ya cerca de Jesús, llegaba Juan a la orilla, y los de la nave gritaron a los de la orilla que les ayudasen a tirar las redes a tierra. Jesús mandó a Pedro que trajera los pescados. Tiraron de las redes a la orilla y Pedro sacaba los peces y los echaba a la orilla. Eran 153 peces de varias clases. Este número indicaba los nuevos convertidos ganados en Thebez. Había varias personas de los pescadores de Tiberíades que quedaron en las naves a la custodia de los peces. Los apóstoles, en cambio, se retiraron con Jesús a la choza, para comer conforme les había indicado Jesús. Allí no he visto más a las almas de los antiguos Patriarcas. Los apóstoles estaban muy admirados al ver el fuego pronto y un pescado encima de las brasas, sabiendo que no era de los recién pescados. Había también tortas tostadas de harina y miel. Los apóstoles se acercaron al tirante y Jesús servía. He visto cómo daba a cada uno sobre el pan un trozo de pescado del sartén y cómo el pescado no disminuía. Dió también a cada uno de las tortas de miel. Luego se sentó y comió con ellos. Todo esto transcurrió con cierta solemnidad y en silencio. Tomás era el tercero de los que tuvieron en la nave un sentimiento de la presencia de Jesús. Todos estaban como cohibidos, con temor reverencial, porque Jesús aparecía ahora en forma más espiritual que antes, y la comida misma y este intervalo tenían algo de sobrenatural que les impedía la familiaridad de antes. Nadie se atrevió a preguntar nada y todo procedió en silencio, con admiración y conmoción sobrenatural. Jesús apareció más espiritualizado y no se veía la impresión de sus llagas.

Después de la comida he visto a Jesús caminando por la orilla del mar con ellos y preguntar a Pedro con cierta solemnidad: "Simón, hijo de Jonás, ¿me amas tú más que éstos?" Pedro respondió con temor: "Señor, Tú sabes que te amo". Díjole Jesús: "Apacienta mis corderos". En ese momento vi una imagen de la Iglesia y del supremo Obispo: cómo él enseñaba y guiaba; vi bautizar y lavar simbólicamente a los tiernos corderitos. Mientras caminaba Jesús a veces se detenían y se le acercaban los demás. Después de una pausa preguntó nuevamente a Pedro: "Simón, hijo de Jonás, ¿me amas tú?" Pedro, cohibido y recordando sus negaciones, le contestó muy humildemente: "Sí, Señor; Tú sabes que te amo". Jesús le dijo otra vez con solemnidad: "Apacienta mis ovejas". De nuevo tuve una visión de la Iglesia, ya crecida y de las persecuciones, y cómo el Supremo

Obispo reunía, guiaba, custodiaba a los fieles y les enviaba otros pastores.

Después de otra pausa, cuando habían dado unos pasos, preguntó Jesús nuevamente: "Simón, hijo de Jonás, ¿me amas tú?". Pedro se entristeció, porque pensó que Jesús no creía en sus palabras y porque recordó también su triple negación, y así respondió: "Señor, Tú lo sabes todo. Tú sabes que te amo". Yo entendí entonces lo que Juan pensó: "¡Oh, qué amor tiene Jesús y qué amor debe tener un Pastor de almas, puesto que Pedro, a quien entrega el rebaño, es preguntado tres veces sobre el amor". Jesús le dijo de nuevo: "Apacienta mis ovejas". Luego añadió: "En verdad te digo: cuando eras joven te ceñías tú mismo e ibas donde querías; cuando seas viejo, otro te atará, mientras tú abres los brazos, y te llevará adonde no quisieras ir por ti mismo. Sígueme".

Entonces Jesús se volvió para proseguir su camino y Juan fué con Él; el Señor habló con él solo algo que yo no pude oír. He visto, en cambio, que mirando Pedro a Juan e indicándoselo al Señor, preguntó: "Señor, ¿qué será de éste?" Jesús le contestó, reprendiendo su curiosidad: "Si Yo quiero que él permanezca hasta que Yo venga ¿qué te importa a ti de ello? Tú sígueme". Se volvió Jesús y siguieron caminando.

Cuando Jesús dijo por tres veces a Pedro: "Apacienta mis ovejas", y que lo atarían y lo llevarían cuando fuera anciano, tuve uno visión del progreso de la Iglesia y vi a Pedro en Roma, cuando lo ataban para crucificarlo. Vi también los martirios de los santos mártires. Pedro tuvo una visión de su futuro martirio y de los futuros padecimientos de Juan. Pero cuando vió Pedro a Juan junto a Jesús, sabiendo cuánto este apóstol amaba al Señor, pensó: "¿No deberá también éste ser crucificado?" Jesús le respondió con una reprensión.

En este momento tuve una visión de la muerte de Juan en Efeso: he visto cómo él mismo se colocó en el sepulcro y cómo hablaba con sus discípulos, y luego murió. Pero su cuerpo después de su muerte no lo he visto quedar en la tierra, sino ser llevado a una región resplandeciente, entre el Oriente y el Mediodía; allí vi como que recibía algo de lo alto y lo daba a la tierra. Comprendí también que algunos entenderían falsamente estas palabras, y pensarían: "Yo quiero que así permanezca", o si no: "Sí, Yo quiero que él así permanezca". Pero debe entenderse así: "Si Yo quiero, que él permanezca". Los demás, que habían oído las palabras, pensaron que Juan no había de

morir; pero en realidad ha muerto. Tuve en ese momento una visión de su muerte y de su futuro destino y del lugar de su permanencia.

Jesús anduvo todavía algún tiempo con los apóstoles y les dijo lo que debían hacer. Después desapareció al Oriente del mar hacia Gergesa. Los apóstoles se dirigieron entonces hacia Tiberíades, sin volver al lugar donde Jesús les dió de comer. De los peces que Jesús les hizo pescar, ninguno fué usado para comer ellos. Cuando Jesús les dijo que trajeran los pescados, Pedro los sacaba de las redes y los echaba a los pies del Maestro, donde fueron contados. Esto era un reconocimiento de que los pescados no habían sido fruto de sus industrias, sino por Jesús, para Jesús y en Jesús. Cuando los peces estuvieron echados en la orilla, Jesús les dijo: "Venid, comed". Los llevó a través de la colina, desde donde no se podía ver el mar y donde había una choza con el hogar preparado. Jesús no se puso al principio a la mesa sino que fué al sartén y trajo un trozo de pescado para cada uno, que puso sobre el pan. He visto que bendijo las porciones, las cuales resplandecían. Las tortas de miel estaban preparadas y amontonadas unas sobre otras. Jesús las repartió y, cuando hubo terminado, se puso también Él a la mesa. Había allí un solo pescado, pero más grande que los que habían sacado. En esta comida hay un misterio. La presencia de las almas de los Patriarcas y de otras almas de difuntos y su parte en la preparación de la comida, y luego la misión de Pedro: todo esto me dió la persuación de que se le daba a Pedro, en esta comida, y su preparación, en modo espiritual, el poder y la potestad sobre la Iglesia purgante, que se incorporaba entonces a la militante, sujetándose a ella y al poder de Pedro. No puedo declarar en qué forma; pero tuve una visión en ese momento de esta sujeción; y por eso habló Jesús profetizando la muerte de Pedro y la suerte futura de Juan.

Jesús fué andando con las almas de los Padres por la región donde había echado a los demonios en los cerdos y libró a otras almas detenidas en esos lugares oscuros y llenos de tinieblas. Aquí hubo siempre endemoniados en gran número: se había dado muerte a muchos inocentes que estaban allí ahora por decreto de la justicia de Dios.

VIII
Jesús con las almas de los Padres en el Paraíso terrenal

Jesús se dirigió con las almas al Paraíso terrenal, que vi esta vez más hermoso y espléndido que nunca. Lo vi más claramente que otras veces. Les mostró todo lo que nuestros padres habían perdido con la primera culpa, y la dicha de esta caída por la Redención que Jesús les ofrecía. He visto cómo estas almas habían deseado la redención y la esperaban, ignorando cómo se realizaría: en general esto había quedado oculto a los hombres en la tierra. Jesús iba con estas almas y les enseñaba todo esto conforme a lo que podían ellas entender, tal como lo hacía en esta tierra con los apóstoles y discípulos. Entendí nuevamente, por las palabras de Jesús, que el hombre ha sido creado para llenar los vacíos que dejaron los ángeles caídos, para llenar los coros de los espíritus rebeldes en el cielo. Sin la culpa de origen, la humanidad se hubiese propagado sólo hasta completar el número de los ángeles caídos: entonces la humanidad hubiera tenido su término. Con la culpa se introdujo una propagación humana dispersa, corrupta en su propia voluntad, y se mezcló con impureza, con tiniebla y desorden de concupiscencia. Por eso, la muerte es una consecuencia y un castigo, y también un bien para el hombre. En cuanto a lo que se dice del fin del mundo, esto es cierto: que no acabará mientras no sea recogido todo el trigo de entre la paja. Con ese trigo escogido se llenarán los vacíos de los ángeles caídos.

He visto también a Jesús con las almas en muchos lugares donde hubo batallas, declarándoles todo lo que conducía a la salvación y a la redención. Mientras Jesús les decía estas cosas, yo veía esas batallas y todo lo acontecido allí, como si sucediese en ese momento. Creo que también las almas veían todo eso como yo lo veía.

En todo este viaje con las almas no he visto que aparecieran a nadie ni asustaran con su presencia. Era un caminar o un flotar sobre los lugares en modo espiritual, alegrando de paso toda la naturaleza. Jesús fué también con los Padres a los lugares donde los apóstoles debían predicar el Evangelio y con su presencia bendecía esos parajes. Así recorrió toda la naturaleza.

IX

Pedro y los apóstoles después de la pesca milagrosa

Cuando Pedro con los tres apóstoles y los tres discípulos llegó hacia el mediodía a casa de Aminadab, el pescador que había recibido la pesquería de Pedro hacía ya desde dos años, tomaron su alimento. Pedro contó el milagro de la pesca y aparición de Jesús; habló de la comida con Él y exhortó a los oyentes a dejarlo todo y seguir a Jesús. El viejo pescador, oyendo estas cosas y viendo la nave llena de peces, y oyendo la narración de las maravillas que contaban sus dos hijos que habían estado presentes, se resolvió también él a dejarlo todo y seguir a los apóstoles. Los peces fueron repartidos a los pobres del lugar. El viejo pescador dejó la pesquería a otro hombre y con sus dos hijos, Isaac y Josafat, siguió la misma noche tras los apóstoles. Lo veo caminando hacia el Occidente del lago y adentrarse en el país. Las intenciones del viejo pescador no eran del todo puras: pensaba que al dejar su poco haber podría más tarde llegar a ser algo más. A la mañana siguiente llegaron los apóstoles a una sinagoga bastante capaz en el término medio de dos poblaciones. Se levantaba aislada en la comarca y tenía en torno edificaciones para albergue. Encontraron aquí reunidos a muchos discípulos, a los cuales narraron el milagro de la pesca, la cena con Jesús y las palabras y hechos de esa aparición.

Pedro enseñó en esta escuela sobre la pesca milagrosa y el seguimiento de Jesús. Se había reunido mucha gente, inclusive enfermos y endemoniados. Sólo Pedro sanaba en nombre de Jesús: los otros apóstoles ayudaban a los enfermos o enseñaban la doctrina. Todos eran gente buena y deseosa de oír la doctrina de Jesús. Pedro habló de los dolores de Jesús, de su pasión, muerte y resurrección. Les dijo que lo habían visto en varias apariciones y los exhortó a seguir a Jesús. Los oyentes estaban muy conmovidos. Pedro ya no parece el mismo de antes; desde las últimas apariciones se lo ve muy distinto: está lleno de entusiasmo, de celo, de mansedumbre y de bondad. Llegó a conmover de tal manera los corazones de estos hombres, que todos querían dejarlo todo y seguir a los apóstoles. Tuvo que decirles a muchos que no lo hicieran y volvieran a sus hogares.

X

Jesús aparece a quinientos discípulos

Desde este lugar, que está a algunas horas al Sur de Tiberíades, se dirigió Pedro con los demás y mucho pueblo hacia el Oeste, a un lugar elevado que tenía por el Norte un valle muy fértil, que en invierno se cubre de pasto verde, pues está cruzado por un arroyo que con los calores de verano se suele secar. A veces el valle se inunda por las lluvias y las aguas que caen de los montes vecinos. Se detuvieron en una montaña aislada que tenía casas alrededor y huertas y jardines esparcidos por las colinas. A la altura donde llegaron, llevan cinco caminos y en la cima hay un espacio bastante grande como para pasear cómodamente un centenar de personas. Se goza desde allí de una espléndida vista, con el mar de Galilea y sus alrededores. No lejos de aquí está el monte donde Jesús multiplicó los panes; en estas cercanías fué donde Jesús pronunció el sermón de la montaña. El pozo de Cafarnaúm está situado al pie de esta comarca.

Se encontraban aquí también los otros apóstoles, muchos discípulos y las santas mujeres, menos la Madre de Dios y la Verónica. También estaban la mujer y la hija de Pedro. Las mujeres de Andrés y Mateo habían venido desde Betsaida. Había además muchas otras personas. Los apóstoles y los discípulos sabían que debían reunirse aquí. Se distribuyeron algunos bajo techumbres y otros al aire libre. Pedro contó a los demás apóstoles y a las mujeres el prodigio de la pesca y se juntó con los demás en la montaña, donde la muchedumbre había sido ordenada por los discípulos. En la montaña había un lugar más hondo y en esta hondura se levantaba una columna adonde se podía subir para enseñar desde allí como sobre un púlpito. Esta hondura tenía alrededor como gradas en círculo, desde las cuales se podía ver y oír al predicador. Pedro repartió en cinco grupos a los oyentes, conforme a los cinco caminos que llevaban a la montaña y a cada grupo señaló un apóstol para que instruyera, ya que a él no le podían oír todos. Pedro ocupó la cátedra cubierta de musgo y los oyentes se dispusieron en torno de él. Predicó sobre la Pasión del Señor y su Resurrección; sobre las apariciones de Jesús y la necesidad de seguir su doctrina.

He visto a Jesús venir por el mismo lado por donde Pedro había subido la montaña. Las santas mujeres que estaban en la

falda de la montaña se echaron de rodillas a sus pies. Él les dijo de paso pocas palabras. Cuando Jesús pasó entre la muchedumbre, resplandecía, y algunos se estremecieron y temieron: éstos no permanecieron fieles. Jesús se adelantó al medio, donde estaba Pedro en la columna, y habló de dejarlo todo, de seguirle a Él y de las persecuciones que sufrirían por causa de su nombre. Cuando oyeron estas cosas, unos doscientos de los presentes dejaron la montaña y se fueron. Cuando éstos se hubieron ido, dijo el Señor que no había hablado sino mansamente, para no escandalizar a los débiles. Ahora, en cambio, habló seriamente de las penas y persecuciones que sufrirían los que le siguen en la tierra y del gran premio que tendrán en el cielo. Dijo estas cosas a los apóstoles y discípulos, como ya había hablado en la última enseñanza que impartió en el templo. Les ordenó lo siguiente: que se quedasen en Jerusalén y cuando les hubiese mandado el Espíritu Santo, bautizasen en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y tratasen de fundar en seguida una comunidad. Luego les indicó cómo debían repartirse para predicar y fundar comunidades en otras partes; reunirse para partir de nuevo; y que finalmente serían martirizados, dando testimonio con su sangre.

Mientras hablaba Jesús, he visto que las almas de los Patriarcas estaban allí, pero invisibles para los demás. Jesús desapareció de su vista en medio de ellos como se apaga una luz; muchos se echaron a sus pies con el rostro en tierra. Pedro siguió predicando y luego oraron. Esta fué la principal de las apariciones en Galilea, donde Jesús enseñó y mostró a todos su Resurrección. Las otras apariciones fueron todas más en particular y a menos personas.

A Pedro, Tadeo, Andrés y Santiago el Menor los he visto después en otro lugar, donde curaron enfermos a los cuales no habían podido sanar antes cuando estuvieron en Sichar. Su falta estaba en que habían obrado esa vez, no en humildad, como quienes dan lo que habían recibido de Jesús, sino con cierta ostentación y el intento de imitar la dignidad del Señor: por esta razón no pudieron conseguir lo que deseaban. Ahora los veo hacer un gran acto de humildad que me conmovió: se hincaron y les pidieron perdón por no haberles podido ayudar la vez pasada. Todos estos enfermos sanaron de sus males. Había aquí gente que había venido hasta de Kedar. Los sanados quisieron acompañar a los apóstoles hasta Betania para celebrar allí el Sábado.

XI

Cena en Betania y en el Cenáculo

He visto a los apóstoles en Betania. Habían acudido unos trescientos creyentes entre los hombres y unas cincuenta mujeres que habían dado sus bienes a la comunidad. María Santísima había venido de Jerusalén y se hospedaba en la casa de Marta y Magdalena en Betania. Se preparó un ágape solemne, partiendo el pan y pasando las copas, en el corredor abierto de la casa de Lázaro. Pedro enseñó ante una gran muchedumbre. Había espías entre los oyentes. Cuando Pedro les decía que debían dejarlo todo y venir con ellos, que les daría lo que necesitaran, se reían los espías y se burlaban, diciendo que él mismo nada tenía, pues era un pobre pescador que en lugar de mantener a su mujer vagaba de un lado a otro. Pedro predicaba más por orden de Jesús que por su propia voluntad y celo interior. Esto lo consiguieron después de Pentecostés, con el Espíritu Santo.

Pedro solía predicar él solo. Cuando había mucha gente, que no le podía oír, entonces señalaba a otros lo que debían enseñar a los oyentes. Desde que fué revestido con el manto por Jesús y después de haber comido el pescado milagroso, Pedro no era el mismo de antes. Mostraba otra fuerza, otra virtud que había recibido. Todos lo reconocieron como jefe, como boca y mano de la nueva comunidad y como su cabeza. Yo tuve la certeza, en la profecía de Jesús sobre la muerte de Pedro y el futuro de Juan, en el lago de Galilea, cuando le dijo: "Apacienta mis corderos", como si Pedro hiciera eso en todos sus sucesores, cuidando y guiando el rebaño por los pastos mejores hasta el fin de los tiempos, mientras Juan debía permanecer en las fuentes de las aguas que debían refrescar a las ovejas del rebaño. Me parece explicarlo diciendo que el trabajo de Pedro pertenece más al tiempo y al orden exterior, que pasaría a sus sucesores; y que la influencia de Juan debía ser más en lo interior, en el celo y en el envío de mensajeros llenos de entusiasmo. Pedro es la roca, el edificio, y Juan debía ser el correr, una nube, una tempestad, un hijo del trueno y un mensaje de la voz. Pedro debía ser la caja y el encordaje del arpa; Juan debía ser como el sonido y el viento a través de las cuerdas. No puedo expresar mejor la íntima persuación que tuve de todo esto.

XII

Destrozos y obstáculos en los lugares sagrados

De Jerusalén han venido a Betania unos cincuenta soldados de la misma clase de los que habían prendido a Jesús en el Huerto de los Olivos. Pertenecían a la guardia del templo y a los sumos sacerdotes. Empleados del Sanedrín también aparecieron en la casa consistorial de Betania, los cuales citaron a los apóstoles. Pedro, Tomás y Juan comparecieron y contestaron con valor a las acusaciones de que tenían reuniones y promovían desórdenes en todas partes. He visto soldados que rodeaban la casa de Lázaro. Los empleados de Jerusalén celebraron la audiencia en público delante de la casa consistorial; pero los jefes de Betania contradijeron sus afirmaciones diciéndoles que si tenían algo contra esos hombres se los llevasen presos: de otro modo no promoviesen desórdenes en la ciudad con la fuerza pública. Pedro, para evitar mayores males, despidió a ciento veintitrés de los fieles creyentes diciéndoles se buscasen albergues en los lugares más cercanos, ya que tenían todo en común. Las cincuenta mujeres se dividieron en grupos, recluyéndose en diversas comunidades. Pedro citó a todos en Betania para el día de la Ascensión del Señor.

Los apóstoles se dirigieron de Betania al Cenáculo de Jerusalén donde, bajo la lámpara, oraron delante del Santísimo. Había entre ellos siete discípulos. No pudieron llegar caminando por el lado de la ciudad al Cenáculo: el camino había sido cortado en esa dirección; tuvieron que hacer un rodeo y llegar por el mismo camino que Pedro y Juan tomaron el Jueves santo para llegar al Cenáculo. Había en los alrededores muchos albergues para forasteros y los verdaderos judíos no tenían allí sus habitaciones. Estos judíos contrarios habían declarado cesantes en sus empleos a los creyentes que seguían a Jesús y se juntaban con los discípulos y apóstoles. Ahora habían cavado fosos para impedir el paso a los lugares donde Jesús había caído o sufrido, camino del Calvario. También habían hecho levantar paredes donde vivían y frecuentaban los discípulos. Me admiraba de verlos andar por una calle y de pronto encontrarse encerrados y tener que volver a desandar el camino hecho. He visto que los amigos de Jesús iban de noche y abrían los caminos que los judíos habían cerrado de día. También destrozaron todos los

lugares que eran mayormente sagrados para los creyentes, por haber Jesús obrado algún milagro o padecido y enseñado. Los lugares por donde Jesús había andado con sus discípulos, enseñando, sanando, o donde se había detenido, fueron devastados, poniendo obstáculos en el camino o cerrándolos con cercos.

En algunos sitios hasta llegaron a poner trampas con fosos disimulados para que los creyentes piadosos cayeran adentro. He visto que Dios permitió que malos judíos cayeran adentro. El monte Calvario fuó obstruído con cercos y árboles atravesados en el camino, para hacer intransitable el sendero que llevaba hasta él. Su cima fué destruída e igualada, y la tierra, sacada de allí, desparramada entre los cinco montículos cubiertos de pasto que formaban la altura del mismo obstruyendo ahora los senderos. Mientras sacaban la tierra del monte para desparramarla, he visto que quedó una piedra blanca que tenía un hoyo donde estuvo plantada la cruz. He visto que trabajaron mucho para sacarla de allí: usaron palancas y todos los medios para desarraigarla; pero la piedra se hundía cada vez más en el hoyo que tenía un codo de hondo. Entonces echaron tierra encima.

No tocaron el sepulcro, porque era propiedad de Nicodemo. La cabeza de Cristo, en su sepultura, daba hacia el Oriente. Si al mediodía se salía del sepulcro se tenía el sol sobre si y a la derecha el Occidente. Tuve la persuación de que serán juzgados como los enemigos de la sangre de Jesucristo todos aquéllos que destruyen las cruces de los caminos, capillas, iglesias, oratorios antiguos, como también las antiguas cristianas costumbres y todo lo que especialmente mira a la historia de la Redención, como ser edificios sagrados, cuadros, Escrituras, costumbres, fiestas, plegarias, etcétera.

XIII

Grandeza y dignidad de la Virgen Santísima

La tarde del día siguiente vi a todos los apóstoles, con veinte discípulos, orando bajo la lámpara en la sala del Cenáculo. Estaban presentes la Virgen María, las santas mujeres, Lázaro, Nicodemo, José de Arimatea y Obed. Terminada la oración, el apóstol Juan habló a los apóstoles, y Pedro a los discípulos. Hablaron ambos de una manera misteriosa acerca de sus relaciones con la Madre de Dios y lo que Ella debe ser para ellos. Mientras

duraba esta enseñanza de ambos apóstoles, que hicieron por orden de Jesús, he visto a la bienaventurada Virgen con un manto luminoso y amplio. Con ese manto los cubría a todos, mientras se cernía sobre los presentes y recibía del cielo abierto, donde se veía la Santa Trinidad, una corona sobre su cabeza. A la Virgen no la he visto en persona durante este tiempo, aunque había estado rezando fuera de la sala. Recibí la íntima persuación de que María era la cabeza verdadera de esa comunidad, su templo y su todo. Creo que fué una representación para los apóstoles y una aclaración de lo que María debía ser en lo futuro en la Iglesia, según la voluntad de Dios.

Hacia las nueve vi una comida en el vestíbulo. Todos los presentes tenían vestidos de fiesta y la Virgen los de su boda. Durante la oración, en cambio, estaba con un manto blanco y el velo. Esta vez vi a María entre Pedro y Juan, sentada a la mesa, teniendo la puerta al frente y el patio a las espaldas. Las demás mujeres y los discípulos estaban a la derecha e izquierda en sendas mesas. Nicodemo y José de Arimatea servían. Pedro cortó el cordero de la misma manera como lo había cortado el Señor en la última Cena. Al final de esta cena hubo un partir del pan y pasar de las copas, pero se trataba de pan y vino bendecidos, no consagrados. Después vi a María Santísima con los apóstoles en la sala; ella estaba en medio de Pedro y de Juan, debajo de la lámpara. Rezaron de rodillas delante del Santísimo descubierto. Cuando hubo pasado la medianoche vi que María recibía la comunión de manos de Pedro, hincada delante del Santísimo. Pedro traía el Sacramento consagrado por Jesús sobre un platillo que cubría el cáliz. En ese momento he visto que Jesús se le aparecía a Ella, aunque los demás no lo veían. María estaba rodeada de luz y resplandor. Oraron largo tiempo. A los demás apóstoles los he visto muy reverentes con la persona de la Virgen Santísima.

María se retiró luego a una pequeña casita, a la derecha de la entrada al patio del Cenáculo, donde tenía su habitación. Dentro ya, oí que cantaba el *Magnificat,* el canto del *Benedicite* de los tres jóvenes en el horno de Babilonia y el salmo 130; rezó todo esto de pie. El día empezó a clarear cuando Jesús entró a puertas cerradas. Habló largo tiempo con María; díjole que asistiese a los apóstoles y lo que Ella debía ser para ellos. Dióle potestad sobre toda la Iglesia; le dió su misma fuerza y potestad, su protección: era como si Él mismo le diese su luz y la penetrase toda con su Persona. No lo puede decir de otro modo.

Los discípulos hicieron una especie de corredor con telas y alfombras desde el patio al Cenáculo, para que pudiera la Virgen ir desde su habitación al lugar del Santísimo y al coro donde cantaban y rezaban los apóstoles. Juan habita cerca de la celda de la Virgen. Cuando Jesús se le apareció en su celda, he visto que rodeaba su cabeza una corona de estrellas; lo mismo he visto cuando recibía la comunión.

Tuve el conocimiento de que todas las veces que comulgaba María, permanecían las especies sacramentales de una comunión a la otra, de modo que siempre adoraba a Jesucristo presente sacramentalmente en su corazón.

Durante la persecución, después de haber sido apedreado San Esteban, hubo un tiempo en que los apóstoles no pudieron consagrar. Pero la Iglesia no quedó sin el Santo Sacramento, pues estaba vivo en el tabernáculo de la beatísima Virgen María. Entendí también que esta gracia singular era propia sólo de María Virgen Santísima.

XIV

Crecimiento de la comunidad

El número de los creyentes iba siempre aumentando. Muchas gentes venían desde la Galilea con sus asnos y sus equipajes y había continuo trabajo para acomodar a los recién venidos. Venían generalmente primero al albergue de los apóstoles en Betania, donde siempre vivían algunos discípulos que se turnaban para dar informaciones y consejos a los recién llegados. Por medio de estos discípulos eran dirigidos a Lázaro que tenía muchas posesiones. En Jerusalén, en las cercanías del monte Sión, vivían muchos judíos pobres que habitaban antiguos muros y ruinas. En los contornos veía pacer bastantes asnos. Algunos extranjeros, que venían para las fiestas, solían tener allí sus albergues. Cerca del Cenáculo había un antiguo edificio, bastante grande, aunque ruinoso, sobre el monte Sión, que un día fué famoso (castillo de David), donde se halló refugio para mucha gente, que vivía en chozas o en casitas pegadas a los muros. He visto que sobre gruesos muros, debajo de los cuales había gentes se extendían tiendas con tapices y alfombras para improvisar habitaciones.

Los caldeos de Sikdor, que habían venido a ver a Jesús y que Él había enviado al regulo de Cafarnaúm y de allí se ha-

bían vuelto a sus tierras, llegaron ahora con sus animales de carga y sus equipajes en crecido número. Colocaron sus animales en el patio de la casa ruinosa. Los judíos no han hecho hasta ahora nada en contra. Sólo han obstruído el camino hacia el monte del templo y por el lado del monte Sión hacia la piscina de Bethesda, donde muchos cristianos tienen sus habitaciones. Las paredes que han levantado en muchas partes dividen y separan a estos fieles del resto de la ciudad.

Los recién llegados están ocupados en apartar gran cantidad de géneros, algunos finos, otros groseros, de lana blanca o amarilla, como también alfombras y telas para tiendas. Han formado gruesos rollos y los envían para uso común de la comunidad. Nicodemo y José de Arimatea distribuyen y ordenan todas estas cosas. Con estos géneros harán vestiduras sacerdotales y otras para los recién bautizados. A los necesitados se les da lo necesario y todos son atendidos convenientemente. Junto a la piscina de Bethesda tomaron los apóstoles para su uso una antigua sinagoga frecuentada sólo por extranjeros: está algo más elevada que la piscina misma. Aquí se reúnen los recién venidos y son instruídos por los apóstoles. Los recién llegados no son recibidos en seguida dentro de la comunidad ni tampoco entran en el Cenáculo. Por el momento no veo que los apóstoles ni los discípulos ni los recién llegados frecuenten el templo. Si después de Pentecostés iban al templo era para predicar, después de haber recibido el Espíritu Santo. El templo de esta comunidad es el Cenáculo, donde está el Santísimo Sacramento. La Madre de todos estos fieles es la Virgen Santísima. Los apóstoles se aconsejan con Ella y Ella es para ellos un apóstol.

Veo que la mujer y la hija de Pedro y otras mujeres, como la de Marcos, se trasladaron de Betsaida a Betania, donde habitan bajo tiendas. Estas mujeres ya no tienen relación con sus maridos. Se juntan con los apóstoles sólo cuando hay instrucción y se ocupan de tejer y trenzar telas diversas; en este trabajo están ocupadas muchas a la vez. También María Santísima, Marta y Magdalena cosen, tejen, bordan, a veces sentadas, a veces caminando, con los trabajos en las manos. He visto a María bordar, en colores pálidos, figuras de apóstol o del Señor, sobre telas amarillas, grises o azul-celestes. Las figuras no eran tan envueltas como las había visto antes. Una vez la he visto bordar una representación de la Santísima Trinidad: Dios Padre le entregaba al Hijo, que vestía como sacerdote, la santa Cruz;

de ambos procedía el Espíritu Santo, no como paloma, pues las alas eran brazos. Estas figuras estaban más bien en los ángulos de las vestiduras. He visto en antiguas iglesias ornamentos que María Santísima había bordado.

Los apóstoles ayudaban para procurar habitación a los recién venidos. Los he visto traer madera, esteras y cargar tapiques entretejidos. Los pobres reciben vestidos y comida. Lázaro es el principal proveedor. Las santas mujeres, entre las cuales veo a la de Zaqueo, se ocupan de proveer a las mujeres de la comunidad. Ninguno tiene cosa propia; el que tiene algo lo trae y el que no tiene nada recibe lo necesario. La casa de Simón, llamado el leproso, está llena de recién llegados. Él mismo ya no vive en su casa: la entregó a la comunidad y reside como los demás, mezclado con ellos. Sobre la terraza de su antigua casa se ha levantado y formado una especie de sala con tabiques movibles, colocándose allí un púlpito para la enseñanza. Se sube a esa terraza desde afuera por escalones practicados en la pared. En todas partes se fabrican y se levantan tiendas, se acomodan habitaciones junto a los muros y se ocupan casas vacías aquí y en Jerusalén. Algunos se retiraron del país después de la crucifixión del Señor.

Después de Pentecostés aumentó tanto el número de los creyentes que los apóstoles tuvieron que tratar con las autoridades para procurarse nuevos sitios para los recién llegados. Los apóstoles enviaron a Nicodemo, a José de Arimatea, a Natanael y a otros más conocidos de los judíos a tratar con las autoridades; y los veo reunidos, unos veinte, en la sala sobre la puerta del atrio de las mujeres en el templo. Les fueron señalados tres lugares fuera de la ciudad, apartados de los caminos más frecuentados. Un lugar estaba entre Betania y Betfagé, al Oeste de Betania, donde había ya chozas y galpones; dos lugares al Sur de Betfagé, algo apartados del camino. Debían desocupar el albergue junto a Betania, en el camino, y no debían hospedarse tampoco en el albergue junto a Jerusalén, hacia Belén, donde María se hospedó cuando la presentación en el templo. He visto cómo los jefes les indicaban con la mano los lugares desde el templo, cómo fueron los enviados a anunciar el cambio a los apóstoles y cómo salían algunos grupos para ocupar los lugares que Pedro y Juan les indicaban para edificar sus habitaciones. Veo asnos cargados con todo lo necesario y trasportar agua en recipientes, pues el lugar entre Betania y Betfagé no tenía agua. Pero cuando empezaron a cavar un pozo les saltó un

torrente de agua hasta sus rostros. A Simón de Betania, que había tenido práctica de economía y entendía de negocios, lo veo ocupado en una tienda junto a la piscina de Bethesda, anotando los regalos, las contribuciones y el estado de los recién venidos que traían ovejas, cabras, palomas, grandes pájaros con patas y picos colorados. Mantas y tejidos de varias clases eran distribuídos a los necesitados. Había en esta distribución un orden perfecto. Los hombres recibían lo necesario por medio de los hombres, y las mujeres eran socorridas por las santas mujeres de la comunidad. Había gente de todos los países que traían por amor de Dios sus cosas para la comunidad, aunque entre ellos no se entendían por el idioma. Sólo los apósto es eran entendidos por todos los extranjeros. Magdalena y Marta entregaron su casa de Betania para la comunidad de los nuevos convertidos. Lázaro entregó todas sus posesiones y sus casas. Lo mismo hicieron Nicodemo y José de Arimatea: ellos cuidaban de la distribución de las limosnas y de las necesidades de la comunidad. Cuando más tarde fueron estos tres hombres consagrados sacerdotes, Pedro puso en su lugar a los diáconos.

XV

Los postreros días antes de la Ascensión

En estos últimos días Jesús estuvo mucho tiempo con sus apóstoles y discípulos. Comía y rezaba con ellos y les repetía muchas cosas que les había enseñado mientras recorría los caminos que había andado antes. Aparecióse también a Simón Cireneo que estaba en ese momento trabajando en una huerta entre Jerusalén y Betfagé: Jesús se le acercó resplandeciente, como flotando en el aire. Simón se echó de cara al suelo y besó la tierra delante de los pies del Señor. el cua le hizo una señal de silencio y desapareció. Otros trabajadores que estaban cerca de Simón también lo vieron y se echaron de cara al suelo. Cuando Jesús caminaba con los apóstoles a Jerusalén, algunos judíos tuvieron también la dicha de verlo. Pero estos infelices se espantaban, se escondían y se encerraban en sus habitaciones. Los mismos apóstoles se mostraban algo cohibidos en su presencia: tenía para ellos algo de espiritual en su modo de ser. Jesús aparecía también en otros lugares, como en Belén y Nazaret, especialmente a ciertas personas con las cuales Él o María habían tenido alguna relación o amistad. En todas partes llevaba la

bendición: las gentes buenas que lo veían, creían luego en Él y se juntaban con los apóstoles.

En el penúltimo día antes de su Ascensión, he visto a Jesús con cinco de sus discípulos venir desde el Este hacia Betania, adonde también se dirigía María con otras santas mujeres desde Jerusalén. En la casa de Lázaro estaban reunidos ya muchos discípulos, los cuales habían oído que Jesús pronto los había de dejar. Querían verle aún una vez y despedirse de Él. Cuando Jesús llegó a la casa de Lázaro, dejaron entrar a todos estos discípulos y cerraron las puertas. Jesús tomó, de pie, con los apóstoles, algún alimento, y como viera que lloraban amargamente porque los iba a dejar, les dijo, indicando a María: "¿Por qué lloráis, queridos hermanos?... Mirad... como ella no llora". María estaba con las santas mujeres cerca de la entrada de la sala. En el patio había una mesa larga dispuesta para los numerosos presentes. Jesús salió de la sala, bendijo los pequeños panes y los repartió; luego hizo señal de que iba a alejarse. Entonces se acercó humildemente María su Madre para hacerle una petición. Vi que Jesús le tendió la mano y le dijo que no podía concederle lo que ahora pedía. María dió gracias con humildad y se retiró tranquila. De Lázaro se despidió de una manera conmovedora: le dió un bocado resplandeciente, lo bendijo y le tendió la mano. Lázaro, que generalmente se mantenía oculto, cuando Jesús con sus apóstoles se dirigió a Jerusalén por el camino que había hecho el Domingo de Ramos, aunque por sendas extraviadas, permaneció también escondido en su casa.

Jesús y los suyos marcharon en cuatro grupos con cierto intervalo uno de otro. Los once partieron con Jesús los primeros. Las santas mujeres fueron las últimas en salir de Betania. Yo veía a Jesús resplandeciente, siempre sobresaliendo entre todos. Sus llagas no las veía siempre: cuando las veía eran como soles resplandecientes. Todos estaban abatidos y con temor; algunos lloraban; otros hablaban en voz baja: "Ya otras veces ha desaparecido", decían. No acababan de creer que los podía abandonar para siempre. Sólo Pedro y Juan aparecían más tranquilos y entendían mejor al Señor. Jesús se detenía a ratos para declararles algunas cosas. Algunas veces se hacía invisible; luego reaparecía, como si los quisiera acostumbrar a la ausencia definitiva. Los veía bastante turbados.

El camino llevaba a ciertos lugares amenos, a jardines, donde los judíos estaban ocupados en cortar y recortar, en for-

mas de pirámides, arbustos y plantas y ordenar los cercos. Estas gentes se tapaban los ojos con las manos; otros se echaban a tierra y otros se ocultaban entre los ramajes. No sé si lo hacían por temor o por reverencia, si veían o no veían al Señor. Una vez oí al Señor que decía a los discípulos: "Cuando todos estos lugares sean creyentes por vuestra predicación y cuando otros dispersen a los creyentes y lo destruyan todo, serán tiempos difíciles. Vosotros no podéis entenderlo ahora. Cuando estéis conmigo, por última vez en la cena, lo entenderéis mejor".

Nicodemo y José de Arimatea habían preparado una comida, que tuvo lugar en el vestíbulo del Cenáculo abierto. Por la izquierda del vestíbulo se llegaba a un corredor hacia el patio cubierto de árboles; luego a un edificio pegado a las murallas donde se había arreglado el hogar y la cocina. A la derecha del vestíbulo había corredores abiertos con las mesas para los discípulos: eran simples tablas dispuestas para el caso. La mesa para Jesús y los once estaba preparada en el vestíbulo. Había allí pequeños cántaros y otro mayor con una cobertera encima; sobre ella se veía un pescado adornado con finas hierbas y pequeños panes en torno. En las mesas de los discípulos se pusieron fuentes de forma triangular con panales de miel, frutas y cuchillos de hueso. Junto a cada fuente había tres tajadas de pan; para cada tres comensales había una fuente.

El sol había caído y empezaba a oscurecer cuando Jesús se acercó con sus apóstoles a la mesa. María Santísima, Nicodemo y José de Arimatea lo recibieron a la entrada. Jesús se encaminó con su Madre a la habitación de ésta, y los apóstoles fueron hacia el vestíbulo. Cuando llegaron más tarde los discípulos y las santas mujeres, Jesús acercóse a los once que estaban en el vestíbulo. La mesa, de la cual ocuparon un lado, era de mayor altura de la que se acostumbraba. Los apóstoles estaban recostados sobre asientos transversales. Jesús se mantuvo de pie; a su lado se sentaba Juan que se mostró más alegre que los demás. Era Juan como un niño en todo su modo de ser: pronto se entristecía, pero pronto también volvía a su acostumbrada serenidad y buen humor. Habían encendido la lámpara sobre la mesa. Nicodemo y José de Arimatea cuidaban y proveían. A la Santísima Virgen la he visto de pie, a la entrada de la sala. Jesús bendijo el pescado, los panes y las hierbas; mientras tanto enseñaba repartiendo los alimentos. Su modo de instruir era muy serio. Yo veía a las palabras de Jesús salir como rayos de luz que entraban con más o menos fuerza, en

cada uno de los apóstoles, según la disposición de sus corazones y el deseo y el ansia de escucharlas. Al fin de la comida Jesús bendijo la copa y bebió de su contenido; luego la hizo pasar a los demás. No era una consagración.

Después de esta cena fraternal, los comensales se reunieron bajo los árboles del patio. Jesús habló largo tiempo con ellos, y al final los bendijo. A su Madre, que estaba al frente de las santas mujeres, le tendió la mano. Todos estaban muy conmovidos. Yo sentía que Magdalena tenía mucho deseo de abrazarse a sus pies; pero no lo hizo. El modo de ser de Jesús era tan imponente que no tuvo valor y todos estaban llenos de temor reverencial. Cuando Jesús los dejó, los apóstoles lloraban. No era un llanto exterior: era como si el alma llorase. A la Madre de Jesús no la he visto llorar. No la he visto nunca llorar ostensiblemente, sino sólo cuando perdió al Niño Jesús, a los doce años, después de las fiestas de Pascua, y cuando Jesús murió en la cruz. Los presentes permanecieron aquí hasta la medianoche.

XVI

La Ascensión de Jesucristo a los cielos

La noche anterior a su gloriosa Ascensión he visto a Jesús con su Santísima Madre y los once en la sala interior del Cenáculo. Los discípulos y las santas mujeres oraban en las salas laterales. En la sala estaba la mesa de la última Cena con los panes de Pascua y el cáliz, debajo de la lámpara encendida. Los apóstoles estaban con sus vestiduras de fiesta. María Santísima estaba frente a Jesús, el cual consagró pan y vino como lo hizo el Jueves santo. El santo Sacramento lo he visto entrar en las bocas de los apóstoles como un cuerpo resplandeciente y las palabras de la Consagración las vi como rayos rojos entrar en el contenido del cáliz. En estos últimos días, Magdalena, Marta y María Cleofás habían recibido la Comunión.

Hacia la mañana se recitaron los maitines, bajo la lámpara, con más solemnidad que de costumbre. Jesús volvió a dar la potestad a Pedro sobre los demás, cubriéndolo de nuevo con aquel manto o capa adornada y repitiendo lo que había dicho a la orilla del lago y en la aparición sobre la montaña de Galilea. También los instruyó sobre el modo de dar el bautismo y de bendecir el agua. Durante los maitines y la enseñanza de

Jesús he visto a diez y siete de los discípulos más adictos que escuchaban detrás de María Santísima. Antes que abandonasen la casa, Jesús presentó a María Santísima como Madre de ellos, intercesora y medianera. Luego dió la bendición a Pedro y a los demás, que la recibieron con profunda reverencia. En ese momento vi a María, con un manto azul celeste y la corona, ser elevada sobre el trono. Era una imagen de su grandeza y dignidad, la Reina de la misericordia.

Cuando clareaba Jesús salió del Cenáculo con los once; María los siguió muy de cerca, y el grupo restante a corta distancia. Atravesaron las calles de Jerusalén: todo era silencio y quietud. La población estaba entregada al sueño. Jesús se ponía cada vez más apremiante y serio en su modo y en sus palabras. En la tarde de ayer me pareció más asequible y compasivo en sus palabras. Yo conocía bien el camino que harían: el mismo del Domingo de Ramos, y sentía que Jesús tomaba esos senderos para grabar mejor en las memorias sus exhortaciones y sus instrucciones, señalando donde se habían cumplido las profecías y sus palabras. En cada lugar donde había tenido lugar una escena de su Pasión, se detenía un momento y les mostraba el cumplimiento de las palabras proféticas y las palabras de promesas, explicando el significado de cada lugar. En los lugares donde los judíos habían puesto obstáculos al paso, con fosos cavados, piedras y otros impedimentos, mandó Jesús a sus discípulos que le precediesen y quitasen esos impedimentos; cosa que ellos hicieron con presteza. Luego dejaron pasar a Jesús, se inclinaron en su presencia y ocuparon el lugar anterior detrás de los apóstoles. Delante de la puerta que llevaba al monte Calvario, se desvió del camino hacia un lugár ameno de árboles, que era de oración, como había varios en Jerusalén. Aquí se sentó Jesús en medio de ellos y los instruyó, consolándolos de su próxima partida. Mientras tanto se hizo día y los apóstoles recobraron ánimo, pareciéndoles que no los dejaría tan pronto. Vinieron entre tanto nuevos discípulos, todos hombres; no había mujeres entre los nuevos. Jesús retomó el camino del Calvario, pero no llegó hasta él, sino que, rodeando la ciudad, se dirigió al Huerto de los Olivos. También en este camino había obstáculos puestos por la malicia de los judíos: los discípulos removieron esos impedimentos. Los instrumentos para el trabajo los encontraban en los huertos y jardines que allí abundan. Recuerdo las palas redondeadas, que me recordaban nuestras palas de panaderos.

En el Huerto de los Olivos se detuvo Jesús con los suyos en un lugar ameno y fresco cubierto de hermosa hierba. Me maravillo de que aquí no hayan hecho desperfectos. La muchedumbre de los discípulos de Jesús se hizo aquí tan numerosa que ya no pude contarla. Jesús habló largamente de tal manera que parecía dar punto final a sus palabras. Ellos lo escuchaban persuadidos de que se acercaba la hora de la despedida, pero no creían que el tiempo pasara tan pronto. El sol ya estaba más alto, más apartado del horizonte. No sé si lo que digo es lo cierto: en ese país me parece que el sol no sube tanto como entre nosotros; me parece como si estuviera más cerca de nosotros. No lo veo como aquí, pequeña esfera que se levanta: lo veo allá con más brillo, y sus rayos no son tan finos, sino son anchos rayos de luz. Estuvieron aquí como una hora. En Jerusalén todo revivía y se admiraban de la muchedumbre que veían alrededor del Huerto de los Olivos. De la ciudad también comenzaban a afluir gentes hacia el huerto: eran de las que el Domingo de Ramos lo habían recibido en triunfo. En las calles estrechas de la ciudad se amontonaba la gente: sólo en torno del huerto había claros.

Jesús se dirigió hacia Getsemaní, y del huerto subió al Monte de los Olivos. El camino por donde fué tomado preso no lo recorrió. La muchedumbre le seguía por diversos senderos, algunos atravesando los vallados y los cercos de los jardines. Jesús aparecía cada vez más resplandeciente; sus pasos eran más apresurados. Los discípulos lo seguían a veces sin lograr alcanzarlo. Cuando llegó a la cima del monte, resplandecía como un sol con luz pálida y blanca. Desde el cielo descendió un cerco de luz, que formó como un arco-iris de varios colores. Los espectadores lo contemplaban como deslumbrados. Jesús brillaba más vivamente que la gloria que lo envolvía. Jesús púsose la mano izquierda sobre el pecho y con la mano derecha bendijo, volviéndose a todos lados, al mundo entero. La muchedumbre permaneció en silencio: los he visto a todos bendecidos. Jesús no bendecía como los rabinos, con la palma de la mano, sino como lo hacen los obispos actualmente. He sentido la bendición sobre todo el mundo con gran regocijo.

Desde ese momento la luz que descendía del cielo se unió con el resplandor de Jesús, y he visto el brillo de su cabeza como fundirse en una luz con la del cielo y desaparecer en lo alto de los cielos. Parecía como si un sol entrara en otro sol, una llama en otra llama, un rayo flotara en una llama. Era

como si se mirase el sol en pleno día; pero la luz era más brillante y más blanca. El día parecía nublado al lado de esa luz sobrenatural. Cuando ya no pude ver más su cabeza resplandeciente, seguí viendo sus pies, hasta que desapareció completamente dentro de la gran luz y resplandor. Innumerables almas he visto venir y entrar dentro de ese resplandor del Señor y desaparecer luego con Él. No puedo decir que lo haya visto desaparecer empequeñeciéndose a nuestros ojos a la distancia, sino que desapareció de entre la luz que lo circundaba desde arriba. Desde esa nube luminosa descendió un rocío de luz sobre todos los presentes. Cuando ya no pudieron ver más ese resplandor, les sobrecogió a todos un gran temor y una gran admiración. Los apóstoles y discípulos, que estaban más cerca de Él, no pudiendo ya soportar tanta luz, quedaron como cegados, y miraban hacia abajo, y muchos se echaron de cara a tierra. María Santísima estaba detrás, junto a ellos, y miraba tranquila hacia arriba. Después de unos momentos y cuando la luz había disminuído algo, miraron todos, en gran silencio y con diversos sentimientos, hacia la nube luminosa que siguióse viendo largo tiempo.

Yo he visto dentro de esta nube dos figuras resplandecientes, al principio pequeñas, luego agrandándose, descender hacia la muchedumbre, con blancas y largas vestiduras y báculos en la mano, al modo de los profetas. Hablaron a los presentes: su voz era como de trompeta, y creo que deben haberlos oído en Jerusalén. No se movían: estaban rectos, inmóviles y dijeron: "Varones de Galilea; ¿qué estáis aquí mirando hacia el cielo? Este Jesús que fué arrebatado de vosotros a los cielos, vendrá, como lo habéis visto subir a los cielos. *(La vidente dijo sólo: "Dijeron algunas palabras". Lo demás es del texto de las Actas).*

Después de estas palabras desaparecieron los ángeles, pero el resplandor continuó por algún tiempo hasta que se disipó, como se oscurece el día con la noche. Ahora están los apóstoles como fuera de sí; ahora comprenden lo que les aconteció: Jesús se había apartado de ellos para subir a su Padre celestial. Entonces muchos se echaron a tierra, llenos de dolor y confusión. Cuando el resplandor se desvaneció, los demás se agruparon en torno de ellos. Se formaron varios grupos; las santas mujeres también se acercaron. Deliberaron allí, conferenciaron, a veces miraban a lo alto de los cielos. Después se dirigieron los apóstoles al Cenáculo y las santas mujeres los siguieron. Unos lloraban

como niños; otros estaban muy conmovidos. María Santísima, Pedro y Juan estaban tranquilos, y se mostraban más consolados. Pero he visto también entre la muchedumbre a algunos que no mostraban conmoción; estaban dudosos, incrédulos y se alejaron de allí. En la cima del monte había una piedra. Jesús había estado sobre ella: desde allí habló y bendijo, antes que el resplandor lo envolviese. La marca de sus sagrados pies quedó impresa en esa piedra, y sobre otra se veía la huella de una mano de María. Había pasado el mediodía cuando los presentes se desparramaron y se alejaron.

Cuando los apóstoles y los discípulos se encontraron solos, sintiéronse como desamparados, y se inquietaron. Consoláronse, empero, ante la presencia tranquila y suave de la Virgen María; comprendieron que era, según las palabras de Jesús, su consoladora, su Madre y su intercesora, y recobraron la paz y la confianza.

En Jerusalén he visto, entre los judíos, un sentimiento de temor y de espanto. He visto cerrarse varias puertas y ventanas y en otros puntos reunirse los judíos. En los días anteriores experimentaban cierta inquietud y temor; hoy especialmente se sentían embargados de terror.

En los siguientes días he visto a los apóstoles reunidos con la Virgen en la sala del Cenáculo. Después de la última Cena con el Señor, vi siempre a María frente a Pedro, que ocupaba el lugar de Jesús, tanto en la oración como en las comidas. Yo sentía que ahora María adquiría mayor importancia para los apóstoles y representaba a la Iglesia de los fieles. Los apóstoles se mantenían más retirados. No veía a ninguno de los otros grupos de creyentes entrar con ellos en la sala del Cenáculo. Se mantenían más precavidos por las persecuciones de los judíos, con mayor orden y retiro en la oración. Los discípulos, en cambio, se reúnen en las salas abiertas del Cenáculo, van y vienen, entran y salen más libremente; muchos de ellos visitan de noche los caminos por donde anduvo Jesús durante su apostolado y su pasión.

Para la elección del apóstol Matías he visto a Pedro en el Cenáculo revestido con su capa, en medio del coro de los discípulos, que estaban de pie en las salas laterales abiertas. Pedro propuso a José Barsabás y a Matías, que estaban entre los más adictos discípulos de Jesús. Entre los reunidos había varios que deseaban ser elegidos en lugar del traidor Judas; estos dos, en cambio, no habían pensado en ello ni tenían deseos de ser ele-

gidos. Al día siguiente echaron la suerte, mientras ellos estaban ausentes. Cuando la suerte cayó sobre Matías, fué uno a la sala de los discípulos reunidos a buscar al nuevo apóstol.

I N D I C E

Cuarta Parte

VISIONES DE LA VIDA DE JESUCRISTO Y DE SU MADRE SANTISIMA

(Continuación)

EPOCA DUODECIMA

Desde la Resurrección de Jesucristo hasta la Asunción de María Santísima

ANA CATALINA EMMERICK

VISIONES Y REVELACIONES COMPLETAS

SEGUN LAS ANOTACIONES DE CLEMENTE BRENTANO, BERNARDO E. OVERBERG Y GUILLERMO WESENER

Versión castellana del

R. P. José Fuchs, S. D. B.

TOMO CUARTO

LIBRO II

LA DOLOROSA PASION
DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO
VISIONES DE LOS APOSTOLES, DE LOS MARTIRES
Y DE LOS SANTOS
DISCERNIMIENTO DE LAS RELIQUIAS

México, D. F.

XVII

El sagrado día de Pentecostés

Toda la sala del Cenáculo estaba, la víspera de la fiesta, adornada con plantas en cuyas ramas se colocaron vasos con flores. Guirnaldas verdes colgaban de uno y otro lado de la sala. Las puertas laterales estaban abiertas; sólo la entrada principal del portón estaba cerrada. Pedro estaba revestido de sus vestiduras episcopales con capa adornada, delante de la cortina del Santísimo, debajo de la lámpara, donde había una mesa cubierta de paño blanco y rojo con rollos escritos. Frente a Pedro, cerca de la entrada del vestíbulo, estaba María cubierta con el velo, y detrás de ella, las otras santas mujeres. Los apóstoles hallábanse en dos hileras, a ambos lados de la sala, con el rostro vuelto hacia Pedro. Detrás de los apóstoles, en las salas laterales, estaban los discípulos de pie, para formar el coro en el canto y en la oración. Cuando Pedro bendijo los panes y los distribuyó, primero a María Santísima, luego a los apóstoles y discípulos, cada uno le besaba la mano. La Virgen Santísima también lo hizo. Estaban presentes en la sala del Cenáculo ciento veinte personas, sin contar a las santas mujeres.

A medianoche se sintió una conmoción extraordinaria en toda la naturaleza, que se comunicó a los que estaban junto a las columnas y en las salas laterales, en profunda devoción, orando con los brazos cruzados sobre el pecho. Una sobrenatural tranquilidad y sensación de quietud se esparció por toda la casa, y en los alrededores reinaba religioso silencio.

Hacia la mañana he visto sobre el Huerto de los Olivos una nube blanca, resplandeciente, bajando del cielo en dirección al Cenáculo. A distancia era como una bola redonda cuyo movimiento acompañaba un vientecillo suave y reconfortante. Al acercarse se hizo como una nube resplandeciente sobre la ciudad; luego se fué comprimiendo sobre Sión y sobre la sala del Cenáculo. A medida que se comprimía la nube se volvía más brillante y transparente. Se detuvo; luego, como impulsada por un viento impetuoso, descendió. Al sentir esta conmoción muchos judíos que habían visto la nube, corrieron, espantados, al tem-

plo. Yo misma me sentí, como una niña, invadida de temor, y buscaba donde esconderme para cuando estallara la tempestad, pues todo el conjunto tenía semejanza a lo que sucede cuando se desencadena una súbita tempestad; sólo que ésta venía del cielo y no de la tierra, en lugar de oscura era toda luz, y en vez de tronar marchaba zumbando como un viento. Este viento se esparció como suave y confortadora corriente de luz. La nube luminosa descendió sobre el Cenáculo y con el zumbido del viento se tornó más brillante. Yo veía la casa y su alrededor cada vez más resplandecientes. Los apóstoles, los discípulos y las santas mujeres se sentían más conmovidos y silenciosos. De pronto de la nube luminosa en movimiento partieron rayos blancos con ímpetu sobre la casa y sus contornos, en siete líneas que se cruzaban y se deshacían hacia abajo en rayos más delgados y en gotas como de fuego. El punto donde los siete rayos se cruzaban estaba rodeado de un arco iris. Apareció una figura luminosa y movible que tenía unas alas a modo de rayos de luz. En ese momento estuvieron la casa y los contornos llenos de luz y de resplandor. La lámpara de cinco brazos ya no daba luz. Los presentes estaban como arrebatados; levantaron sus cabezas a lo alto, como sedientos, abriendo la boca. En la boca de cada uno de ellos entraron torrentes de luz como lenguas de fuego. Parecía que aspirasen esas llamas, sedientos, y que sus deseos se dirigían al encuentro de esas llamas. Sobre los discípulos y las mujeres, que estaban en el vestíbulo, también se derramaron estas llamas, y de este modo la nube preñada de luz se deshizo poco a poco a medida que echaba sus rayos sobre los congregados en el Cenáculo. He visto que estas llamas descendían sobre cada uno de los presentes en diversas formas, colores y cantidad.

Después de esta lluvia maravillosa estaban todos reanimados, ardorosos, como fuera de sí por el gozo, llenos de santo arrebato. Todos rodearon a María Santísima, a la cual vi durante este tiempo tranquila, en santo recogimiento. Los apóstoles se abrazaron, llenos de entusiasmo; unos a otros se decían: "¿Qué éramos nosotros?... ¿Qué somos ahora?..." También las santas mujeres se sintieron animadas y se abrazaban. Los discípulos que estaban en los alrededores se sintieron conmovidos y los apóstoles fueron hacia ellos. En todos había una nueva vida, llena de contento, de confianza y santa audacia. Esta alegría se exteriorizó en acciones de gracias. Se reunieron en oración y dieron gracias a Dios muy conmovidos. Mientras tanto la luz había desaparecido. Pedro hizo entonces una exhortación a los

discípulos y envió a varios de ellos a diversos albergues donde se reunían los convidados para las fiestas de Pentecostés.

Entre el Cenáculo y la piscina de Bethesda había varios galpones y lugares abiertos que servían de dormitorios para los muchos forasteros que acudían a las fiestas de Pentecostés. Habían recibido ellos también impresiones de la venida del Espíritu Santo. En toda la naturaleza había un movimiento inusitado de alegría. Personas bien intencionadas habían recibido internas ilustraciones; los malos se asustaron más y se endurecieron en sus perversos intentos. Muchos de estos forasteros estaban desde las fiestas de Pascua, pues la distancia de sus pueblos no les permitía ir y volver para esas fiestas. Habían oído y visto maravillas desde la fiesta de Pascua, se mostraban muy adictos a los discípulos, y éstos les decían ahora que se habían cumplido las cosas prometidas para la fiesta de Pentecostés. Entonces comprendieron por qué se sintieron también ellos conmovidos, y se reunieron con los discípulos en torno de la piscina de Bethesda.

En el Cenáculo, Pedro impuso las manos sobre cinco apóstoles, los cuales debían instruir y bautizar en la piscina de Bethesda. Eran: Santiago el Menor, Bartolomé, Matías, Tomás y Judas Tadeo. En esta consagración tuvo Judas una visión: le pareció que abrazaba el cuerpo de Cristo con sus brazos cruzados sobre el pecho. Al partir para bendecir el agua y bautizar en la piscina de Bethesda, recibieron de rodillas la bendición de la Virgen María. Antes de la Ascensión, la solían recibir de pie. He visto repetir este acto de obsequio a María en los días siguientes, antes de salir y entrar en el Cenáculo. La Virgen María llevaba en estas ocasiones, y siempre que aparecía delante de los apóstoles en su dignidad de Madre de la Iglesia, un gran manto blanco, un velo amarillo y dos cintas de color azul celeste que desde la cabeza caían a ambos lados hasta el suelo: estaba adornado de bordados y sobre la cabeza sujeto con las cintas por una corona de seda.

XVIII

La Iglesia en la piscina de Bethesda

Los bautismos en la piscina de Bethesda fueron instituídos por el mismo Jesús. Los discípulos habían ordenado diversas cosas, tanto en la vieja sinagoga tomada para su uso como en

la piscina de Bethesda. Las paredes de la sinagoga la habían cubierto de tapices y colgaduras y habían hecho un corredor cubierto que iba desde ella hasta la piscina de Bethesda. Los apóstoles y los discípulos se dirigieron en forma procesional hasta la piscina, pero en grupos separados. Los discípulos llevaban un odre de cuero con agua bendita y un manojo como aspersorio. Los cinco apóstoles que habían recibido la consagración de manos de Pedro, se repartieron las cinco entradas de la piscina y exhortaron a los presentes con gran entusiasmo. Pedro ocupó un púlpito dispuesto por los discípulos en el tercer círculo de la piscina, a contar desde afuera, porque era esta terrazada la más amplia. Los oyentes llenaron todas las azoteas de la piscina. Cuando los apóstoles hablaban, se quedaban todos admirados, pues cada uno oía en su propia lengua lo que decían los apóstoles. En esta ocasión sucedió lo que narra el libro de los Actos de los Apóstoles.

Como muchos manifestaron deseos de recibir el bautismo, Pedro, Juan y Santiago el Menor consagraron las aguas solemnemente. Pedro, tomando agua bendita traída en el odre desde el Cenáculo, bendijo las aguas de la piscina con el aspersorio. La preparación y el bautismo de las gentes ocupó todo el día. La muchedumbre se acercaba en grupos, uno después de otro, al púlpito de Pedro. Los otros apóstoles instruían y bautizaban en las entradas de la piscina. María Santísima y las santas mujeres estaban en la sinagoga ocupadas con el reparto de las vestiduras blancas a los recién bautizados. Las mangas de estos vestidos tenían una atadura de cinta negra, que después del bautismo se desataban y colocaban en un montón. Los bautizandos se arrimaban a una baranda que daba a la piscina; los apóstoles tomaban agua con un recipiente y la derramaban por tres veces sobre sus cabezas; el agua volvía a caer a raudales en la piscina. El recipiente alcanzaba para diez pares de bautizandos. Dos recién bautizados traían a otros dos y les ponían las manos como padrinos.

Estos bautizados fueron los que ya lo habían sido por Juan Bautista. Las santas mujeres fueron bautizadas aquí. Eran como tres mil personas las que formaron la nueva Iglesia este día. Por la tarde volvieron los apóstoles y los discípulos al Cenáculo; tuvieron una cena y repartieron panes bendecidos. Después tuvo lugar la oración de la noche.

Los judíos ofrecían hoy en el templo, en canastillos, dos nuevos panes hechos con los granos de este año. He visto gran-

des montones de estos panes, que luego fueron distribuídos a los pobres. He visto también que el Sumo Sacerdote tenía en la mano un manojo de trigo grueso como maíz. Ofrecían en el templo ciertas raíces y frutos desconocidos para mi. Las gentes tenían paquetes de estas cosas sobre sus asnos y el pueblo compraba de estos frutos. El pan era de su propia hechura. Los apóstoles ofrecieron sólo los dos panes por medio de Pedro. Al siguiente día hubo bautismos en la piscina de Bethesda. Antes de partir los apóstoles y los discípulos a la piscina, recibieron, como ayer, la bendición de María Santísima.

La piscina de Bethesda está situada en la hondura del valle que separa el monte Sión del templo y del resto de la ciudad y que declina hacia el Oriente en el valle de Josafat. Parecería que la edificación de esta piscina hubiese separado por el Oeste el valle del templo, pues de una parte de ella no se podía andar alrededor como por las otras.

Había aquí, en realidad, un camino ancho; los muros estaban en parte derruídos y el sendero lleno de hierbas, arbustos y juncos, y al descender hacia el valle, más repleto de vegetación. Desde la piscina se puede ver el ángulo del Santísimo del templo, entre el Sur y el Oeste. La piscina de las ovejas (probática) está situada al Norte del templo, en el mercado de los animales, junto a la puerta probática y está amurallada. Desde el Cenáculo, que está al Este de la altura de Sión, el camino lleva hacia Bethesda, primero al Oriente, por la altura de Sión, luego en semicírculo al Norte, después de nuevo por el Este, por un sendero en curva hacia arriba Toda esta parte de Sión hasta la piscina de Bethesda y de allí adelante hasta el valle de Josafat, está lleno de ruinas y devastaciones. Entre los muros ruinosos viven familias pobres con sus viviendas adosadas a las paredes; en los declives crece mucho enebro común y en las hondonadas hierbas y juncos. Los judíos evitan pasar por estos lados: por esto los nuevos convertidos se establecieron aquí sin oposición.

La piscina de Bethesda es un edificio ovalado, con cinco terrazas, como en anfiteatro Cinco senderos con gradas llevan a la piscina hasta la pequeña barca adonde se hacen conducir los enfermos para ser bañados por las aguas movidas por el ángel. Había en la piscina un pilón de bronce que sobresalía de las aguas, a la altura de un hombre, del grosor de una mantequera. A este pilón se llegaba por un puente de madera con baranda. En este puente he visto un caño y dentro una canilla

en comunicación con el pilón; por medio de esta canilla se abría el pilón y saltaba un chorro de agua, que podía graduarse en mayor o menor cantidad. Se podía variar la dirección del chorro y cerrar la abertura superior para que saliera el agua por los lados derramándose en varias direcciones. A menudo he visto enfermos hacerse llevar hasta ese pilón y abierta la abertura hacerse bañar por el chorro de arriba o de los lados. La entrada a este pilón estaba generalmente cerrada y sólo se abría para los enfermos. Ahora, en el día de Pentecostés, he visto que este pilón no funcionaba; pero en los primeros días, los discípulos lo arreglaron de modo que funcionaba como en otros tiempos. Las paredes posteriores de las terrazas tenían galerías pequeñas y en ellas lechos cavados en la piedra en forma de artesa para los enfermos. Estos podían ver desde todos los puntos de las terrazas la piscina y notar cuando las aguas se removían. La parte delantera de las terrazas tiene una baranda hacia la piscina. El fondo de la piscina es de una arenilla blanca de donde brotan tres saltos de agua que a veces se levantan sobre la superficie. La sangre de las víctimas sacrificadas en el templo llega por caños hasta la piscina.

Esta piscina, junto con los edificios adyacentes, medio ruinosos, ocupa una vasta extensión. Antes que se llegue a ella, lleva el camino a un vallado, desde el cual sólo tres entradas conducen a ella. Al Este de la piscina la montaña cae a pico y al Oeste el valle es menor y hay puentes para pasarlo. La parte Norte está cortada a pico y está llena de vegetación; al Noreste hay un sendero que lleva al templo, ahora obstruído y lleno de ruinas. Pequeños senderos llevan a la ciudad sin que se tenga de edificios de la piscina estaba por ese tiempo fuera de uso, Jesús diversas veces durante su vida pública. Todo este conjunto de edificios de la piscina estaba por este tiempo fuera de uso, ruinoso y abandonado, como entre nosotros algunos oratorios descuidados y olvidados. Sólo algunos creyentes piadosos lo tenían en veneración y se llegaban hasta él. Desde la curación del enfermo, milagro que obró Jesús allí, recobró la piscina alguna importancia; pero a los fariseos se les hizo el lugar más odioso que antes. Los muros exteriores estaban en parte en ruinas y algunos puntos de las terrazas muy deteriorados. Ahora todo está como renovado; las paredes caídas en parte han sido reparadas con tabiques, y se formó un corredor cubierto con telas desde la sinagoga hasta la piscina. Esta antigua sinagoga se levanta aisla-

da y está más libre de edificios que el Cenáculo, que por una parte del patio limita con una serie de casas.

Los apóstoles y los discípulos están, desde Pentecostés, ocupados en arreglar esta sinagoga como iglesia cristiana. Mientras tanto, Pedro, Juan, Andrés y Santiago el Menor se turnan en diversos lugares de la piscina y de la tercera terraza donde se levantó el púlpito de Pedro. Había siempre muchos fieles entregados a la oración, con los rostros hacia tierra. No me es posible decir cuánta actividad hay en estos días entre los creyentes en tejer, extender telas, formar tabiques y hacer arreglos para la nueva iglesia y para los pobres. Esta iglesia es un edificio rectangular con ventanas colocadas muy alto. De la parte de afuera se puede subir por escalones a la terraza cubierta, donde hay tres pequeñas cúpulas que se pueden abrir para la luz y el aire. La parte interior está dotada de galerías a los lados para los oyentes y el todo forma una iglesia donde en la parte posterior está el altar, separado de tal manera de la pared, que el espacio forma como una sacristía de nuestras iglesias. Estas reparticiones están formadas por tabiques movibles cubiertos por delante de paño blanco y por detrás de otros comunes. El altar es portátil, rectangular, de madera, cubierto de tapices y levantado en tres gradas. A ambos lados hay una grada que se puede abrir para poner dentro las alfombras. Por detrás se abre una puerta en el altar para contener los ornamentos sagrados. Sobre el altar hay un tabernáculo en forma de campana, cubierto con un velo blanco muy fino, que por delante se cierra con dos broches de metal. Por la parte de arriba tiene un remate para ser removido. A ambos lados del tabernáculo han candeleros de varios brazos con mechas para encender. Todo el altar está cubierto por un dosel que llega hasta un poco más abajo que la altura del altar. La parte superior del trono forma como un nicho sostenido por una figura que representa a un Sumo Sacerdote revestido y que parece sostener, por cinco anchas cintas, todo el dosel. Esta figura fué bordada por las santas mujeres y tiene sobre la cabeza un triángulo; mira por la abertura del dosel hacia abajo y con una mano bendice y con la otra sostiene las cintas del dosel. Detrás está el dosel fijo, pero los lados pueden correrse y cerrar por delante el altar y el tabernáculo. Desde el altar hasta el púlpito hay un espacio suficiente para los apóstoles y discípulos, para cantar, como en coro, los salmos y para la oración.

Desde la Resurrección he visto a los apóstoles y a los discípulos todos los días reunidos para el canto del coro y la oración en el Cenáculo. Los apóstoles están de pie, a ambos lados del Santísimo, y los discípulos a los lados de las galerías. Cantan y rezan, alternándose como en el coro. A Nicodemo, José de Arimatea y Obed los veo siempre allí con los discípulos. María Santísima está generalmente debajo de la entrada del vestíbulo con la mirada hacia el Santísimo. Lleva su manto blanco muy amplio y se cubre la cabeza con el velo. Jesús les enseñó y ordenó este modo de cantar y de orar, cuando les descubrió el misterio de la oración, en la ocasión de la pesca milagrosa y cuando se apareció en el Cenáculo y le mostró las llagas a Tomás. He visto aparecer a Jesús en medio de ellos una vez que estaban, antes de la aurora, reunidos para el canto de los salmos. Se reunían dos veces al día para este fin: por la tarde hasta entrada la noche y por la mañana antes de la aurora. Después del púlpito está el espacio cerrado con una reja para el resto de los fieles; a través de estas rejas se da la comunión, casi como en las rejillas de los conventos. A ambos lados del púlpito hay entradas por las cuales vienen los apóstoles para la oración y el canto. A los fieles los veo con cierto orden en la iglesia, separados los hombres de las mujeres.

Veo a los apóstoles y discípulos ir en procesión, desde el Cenáculo hasta la nueva iglesia de la antigua sinagoga, llevando el Santísimo Sacramento. Primero vi a Pedro instruyendo, rodeado de unos veinte hombres, debajo del portón del patio, a la muchedumbre que le escuchaba: habló con mucho entusiasmo y ardor. He visto que acudieron algunos judíos malintencionados para estorbar el acto, pero no lo consiguieron. Después se dirigieron a la nueva iglesia de la piscina. Pedro llevaba el Santísimo Sacramento en un cáliz, delante del pecho, sostenido con ambas manos, cubierto con un velo blanco y dentro de una especie de bolsa que colgaba de su cuello. Le seguían los apóstoles y María Santísima con las otras mujeres y los discípulos. Se veía en algunas partes cubierto el camino con tapices y alfombras, y cerca de la piscina formaban una techumbre. Pusieron el Santísimo sobre el altar, en el nuevo tabernáculo. Tenían allí el recipiente lleno de panes bendecidos. El piso de la nueva iglesia está cubierto de tapices como el del Cenáculo: por eso van descalzos por la iglesia. El Santísimo Sacramento está en pequeñas porciones o bocados en un recipiente, cuya cubierta se puede retirar. Estos bocados estaban dispuestos so-

bre una plancha que cubría el fondo del recipiente, el cual, por medio de una manija, se podía extraer para tomar con comodidad los bocados colocados muy atras.

XIX
Pedro celebra la primera Misa en el Cenáculo

Al octavo día después de la fiesta de Pentecostés he visto a los apóstoles toda la noche en actividad y en oración en la sala del Cenáculo. Al amanecer, los vi ir al templo con muchos discípulos. Allá se dirigió también la Virgen María con las santas mujeres. Me parece que se celebraba una fiesta, pues veo un arco de triunfo delante de la entrada del templo y en este arco una figura con una espada victoriosa.

Ahora veo a Pedro debajo de este arco de triunfo, enseñando delante de muchos oyentes con encendido celo y entusiasmo. Declaró resueltamente que ningún tormento, ni azotes ni aún la cruz los podrían retener de predicar a Cristo públicamente. Entró en el templo y ocupó el sillón donde Jesús enseñó. Oí que una vez todos los apóstoles y los discípulos exclamaron: "Sí" con voz sonora y clamorosa, atestiguando las palabras de Pedro. Cuando, luego, los vi en oración, vino una nube luminosa sobre el templo, y sobre ellos una llama tan brillante que las lámparas del templo parecían oscuras y rojizas en su comparación. Hacia las ocho de la mañana abandonaron el templo, se ordenaron en una procesión en el pórtico de los gentiles, y marcharon los apóstoles primero, luego los discípulos, los bautizados y los convertidos. Se dirigieron al mercado de los animales, de allí a la puerta de las ovejas, al valle de Josafat, y por último al monte Sión y al Cenáculo. La Virgen María había abandonado el templo con las santas mujeres y está ahora hincada delante del Santísimo, en el Cenáculo, en oración. La Magdalena está en el vestíbulo, ya orando de pie, ya hincada, ya postrada con el rostro en tierra y los brazos extendidos. Las otras mujeres están en las habitaciones de Bethesda, donde viven de a dos y se ocupan en lavar y preparar los vestidos que serán repartidos entre los bautizados.

Cuando la procesión llegó al Cenáculo, los nuevos convertidos fueron detenidos en el vestíbulo del Cenáculo y convenientemente ordenados allí. Pedro y Juan entraron y acompañaron a la Virgen María hasta la puerta del vestíbulo. María tenía

su vestido de solemnidad; llevaba su largo manto blanco cuya parte interior, doblada, estaba bordada. Sobre el velo tenía una especie de corona de seda de donde pendían dos cintas largas. Pedro habló a los convertidos y los entregó a María como a su Madre: los hacía venir de a grupos de a veinte ante la Virgen, la cual les daba afectuosamente la bendición, recibiéndolos así por hijos.

Después de esto comenzó una solemne función en el Cenáculo. Las puertas laterales y las del vestíbulo estaban abiertas. En el altar, sobre el Santísimo, veíase una corona muy adornada, y brillaban lámparas a los lados del cáliz de la última Cena, que estaba algo más alto, cubierto con un velo blanco. Había en el altar otro cáliz más pequeño y los panes, ambos cubiertos, y detrás un plato con un recipiente de vino y otro de agua. Retiraron el plato mientras el recipiente de vino fué colocado a un lado y el del agua al otro.

Pedro estaba revestido con sus ornamentos de Obispo y celebraba la Misa; Juan y Santiago el Menor le ayudaban. He visto que Pedro procedía como yo había observado en la Cena a Jesús en la institución del Santísimo Sacramento. Hubo allí el ofrecimiento, el poner el vino y agua, el lavarse las manos y la consagración. El vino y el agua se echaron por diferentes lados. De un lado del altar había rollos para la oración escritos a dos columnas. Los rollos estaban sujetos a una especie de atril con una espita por arriba y por abajo. Cuando una hoja estaba leída, se la pasaba sobre el atril para continuar la lectura del otro rollo. Cuando Pedro hubo comulgado, dió la comunión a los dos ministros, bajo la especie del pan y con el cáliz. Después Juan dió la comunión, primero a la Virgen María, luego a los apóstoles y a los seis discípulos, quienes recibieron a continuación la ordenación sacerdotal. Después distribuyeron la comunión a muchos otros. Los comulgantes se hincaban teniendo delante una tela blanca delgada que sostenían dos por los extremos de la misma. No todos bebieron del cáliz. Los seis discípulos que iban a ser ordenados estaban delante, entre los apóstoles. María trajo los ornamentos para ellos y los puso sobre el altar. Estos ordenandos fueron: Zaqueo, Natanael, José Barsabás, Bernabé, Juan Marcos y Eliud un hijo del anciano Simeón. Se hincaron delante de Pedro, el cual habló y leyó en un rollo pequeño. Juan y Santiago tenían luces en las manos y ponían sus manos sobre los hombros mientras Pedro las ponía sobre la cabeza. Pedro les cortó una parte de sus cabellos, los

cuales fueron puestos en un plato sobre el altar; los ungió con óleo de un recipiente que Juan sostenía, en los dedos y en la cabeza; luego recibieron las vestiduras y la estola, en parte al través bajo los brazos y en parte cruzada sobre el pecho. Todo el ceremonial fué más breve de lo que se hace al presente, pero muy solemne. Pedro bendijo a toda la comunidad al fin de la ceremonia con el gran cáliz de la última Cena, sobre el cual estaba depositado el Santísimo Sacramento.

María y las santas mujeres salieron para ir a la iglesia de Bethesda. Los apóstoles, los discípulos y los convertidos se dirigieron en procesión hacia allá llevando ramas verdes y cantando salmos. María oró delante del altar del Santísimo y Pedro predicó desde el púlpito dando normas para la nueva comunidad: que nadie tenía que poseer más que otro, que todo se repartiría y que debía socorrerse a los pobres que fueran viniendo. Sus palabras fueron una acción de gracias por los beneficios que el Señor hacía a la nueva comunidad. Después se pasó a los bautismos. Varios apóstoles estaban ocupados en esta tarea. El bautizando tocaba el pilón de agua de la piscina, inclinando la cabeza sobre él, mientras Pedro, que se había puesto una especie de delantal sobre su vestidura, dirigía el agua sobre la cabeza tres veces, pronunciando las palabras. Dos ya bautizados ponían las manos sobre el nuevo bautizando. A menudo veía yo descender sobre los bautizados una nube luminosa o a veces venir sobre ellos como un rayo de luz. Veía a los bautizados como maravillosamente esforzados, esclarecidos, cambiados y transformados. Era conmovedor el ver cómo venían gentes de todas partes dejando todo lo que tenían, para juntarse a la comunidad de los apóstoles. A la orilla de la piscina ardía una antorcha como las que yo veía con los pastores que guardaban el ganado la noche de Navidad.

Por la tarde hubo una comida en el vestíbulo del Cenáculo a la cual también asistieron la Virgen María, José de Arimatea, Nicodemo y Lázaro.

XX

Ordenación de los siete diáconos

Los bautizados desde Pentecostés fueron reunidos en la iglesia de Betesda e instruídos por seis apóstoles revestidos de largas vestiduras blancas, sobre el Santísimo Sacramento y el modo de recibirlo. Recibieron la comunión en esta iglesia de Betesda

durante la santa Misa que celebró Pedro, asistido por dos apóstoles. Pedro llevaba sobre su vestidura blanca y su ancho cinturón, del cual descendían dos amplias bandas, un rico manto extraído de la parte hueca interior del altar. Era un manto rojizo con adornos de oro, amplio como un cuello, más largo por detrás y terminado por delante en punta; caía sobre los hombros tan bajo que de los lados sólo se podía ver el cinturón. Delante del pecho estaba cerrado y sujeto con tres broches como escudos. El escudo del medio tenía bordada una figura con un pan en la mano; el inferior tenía, hacia la punta del manto, el dibujo de una cruz. A ambos lados del hombro había un adorno de piedras preciosas.

El altar tenía una tela colorada, sobre ella otra blanca casi transparente o con puntillas y en el medio un paño como un corporal. Sobre una fuente ovalada estaban depositados muchos panecillos delgados, blancos y señalados ya con ranuras por donde debían partirse. Cerca había un amplio tazón con pie, como un cáliz, para colocar los panes consagrados por Pedro, y repartirlos en la comunión a los fieles. Además estaba sobre el altar el cáliz de la última Cena, lleno de vino. Cuando Pedro pronunció en la Misa las palabras de la consagración sobre el pan y el vino, vi a los panes brillando y sobre el altar una nube luminosa de la cual salía una mano que bendecía, con la de Pedro, moviéndose sobre el pan y el vino. Esta mano desapareció cuando todos se disolvieron. Los apóstoles y los discípulos recibieron la comunión después que hubo comulgado Pedro. Cuando se vaciaba el platillo de los panes volvía Pedro a llenarlo del recipiente que estaba sobre el altar. El cáliz fué presentado a los apóstoles y luego a todos. Los fieles que comulgaron eran tantos que no cabían en la iglesia y muchos quedaron en la puerta y afuera. Los que habían comulgado dejaban lugar para los que estaban afuera. No se hincaban para recibir la comunión: sólo se inclinaban con reverencia.

Antes de la elección de los siete diáconos he visto a Pedro reunido con los apóstoles en el Cenáculo. Los apóstoles rindieron a Pedro homenaje y acto de sumisión. Lo llevaron delante del Santísimo, donde Juan le puso la capa magna; otro la mitra sobre la cabeza y otro le dió el báculo. Después que recibieron la comunión de mano de Pedro, éste habló con sus vestiduras sagradas, rodeado de los demás apóstoles, a todos los discípulos y a los nuevos convertidos. Entre otras cosas dijo que no era conveniente que se dejase la palabra de Dios y la predicación

para atender a la distribución de los alimentos y de los vestidos. Lázaro, Nicodemo y José de Arimatea no se ocuparían ya del cuidado de los bienes materiales de la comunidad, pues eran sacerdotes. Habló algo más sobre el orden en el cuidado de los huérfanos, de las viudas y de la distribución de las limosnas. Esteban, un joven de bello aspecto, se adelantó y se ofreció para algún oficio. Entre los demás he reconocido a Pármenas, uno de los más provectos en edad. Había algunos algo morenos y bastante jóvenes, que no habían recibido aún el Espíritu Santo. Pedro les impuso las manos y les colocó la estola cruzada. Sobre aquéllos que no habían recibido aún el Espíritu Santo vi que descendió una luz. Luego he visto cómo se les hizo entrega de los bienes de la comunidad a los siete diáconos y cómo se destinó la casa de José de Arimatea para depósito de estos bienes comunes. Esta casa no estaba lejos de la de Juan Marcos, que ayudaba a los diáconos en sus tareas. Estas provisiones fueron transportadas en asnos a la nueva casa. Había algunas monedas que eran como hojas delgadas enroscadas unas con otras; otras eran timbradas, prensadas y ensartadas como en cadenas, y otras eran hojitas ovales delgadas. La mayor parte de las provisiones consistían en grandes paquetes de ropa, telas, mantas, vestidos y muchos utensilios de cocina y de comedor.

Al día siguiente de la entrega de la casa de José de Arimatea vi a los apóstoles en diversas partes de la Judea. Pedro obraba más milagros que los demás. Echaba demonios de los posesos, resucitaba muertos y hasta he visto a un ángel, delante de él, que iba a las gentes y les decía que hicieran penitencia y fueran a presentarse a Pedro. He presenciado también la curación del tullido. Eran las tres de la tarde cuando vi a Pedro con Juan y otros discípulos dirigirse al templo. También María con otras mujeres fué allá. Un tullido había sido llevado en una camilla portátil delante de la puerta del templo. Pedro y Juan hablaron algunas palabras con él al subir al templo. Después he visto a Pedro, de espaldas al templo, junto al altar de los sacrificios, hablando con calor delante de muchos oyentes. Pedro ocupaba el sitio medio y tenía sobre la cabeza un pabellón extendido. Mientras duraba la predicación de Pedro he visto que los soldados ocupaban las salidas y que varios sacerdotes iban y venían hablándose entre ellos. Cuando Pedro y Juan se disponían a entrar en el templo, es cuando el tullido les pidió limosna. Este tullido estaba todo contrahecho, apoyado en el brazo izquierdo; trataba con el brazo derecho de enderezarse

algo con su muleta, sin conseguirlo. Pedro le dijo entonces: "Míranos". Luego añadió: "Yo no poseo oro ni plata; pero te doy lo que tengo. En nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y camina". Así diciendo, Pedro le levantaba sosteniendo su mano derecha, mientras Juan lo hacía por debajo del hombro. Se irguió el tullido todo contento, completamente restablecido en sus fuerzas, y entró saltando y brincando por las galerías del templo. Había once sacerdotes judíos allí sentados, y cuando oyeron el tumulto estiraron sus cuellos para observar de dónde venía el desorden. Cuando vieron al tullido sano y a la turba jubilosa que le rodeaba, creyeron prudente alejarse. Pedro y Juan se acercaron al antevestíbulo y el primero ocupó el sillón de enseñanza, que estaba en el mismo lugar donde Jesús a los doce años contestaba a los doctores de la ley. El tullido se acercó a Pedro y permaneció delante de él, escuchando, rodeado de muchos judíos y bastantes extranjeros que habían venido a las fiestas. Pedro siguió enseñando largo tiempo, muy entusiasmado. Cuando se hizo oscuro he visto que los soldados prendieron a Pedro, a Juan y al tullido y los metieron en la cárcel, precisamente en el patio del juzgado donde Pedro había antes negado a Jesús. Al día siguiente los soldados del templo sacaron a Pedro, a Juan y al tullido de la cárcel y, con malos tratos, los llevaron ante Caifás y los demás sacerdotes reunidos. Pedro estaba en la misma grada donde había estado el divino Maestro. Pedro habló con calor; luego he visto que los dejaron libres.

Los demás apóstoles y discípulos habían pasado la noche en continua oración por los que estaban en la prisión. Cuando Pedro y Juan, vueltos del juicio, contaron lo que les había sucedido, se alegraron grandemente y dieron gracias a Dios. Mientras esto sucedía, tembló de nuevo toda la casa, como había sucedido el día de Pentecostés. Quería el Señor significar con ello que estaba en medio de sus apóstoles y que había oído sus oraciones. Habló Santiago el Menor y dijo que el Señor le había dicho a él solo, en la aparición del monte de Galilea, que después que Pedro y Juan subieran al templo y fueran tomados presos y soltados, a partir de ese momento debían mantenerse más ocultos. Tomando en consideración este aviso del Señor a Santiago, cerraron las puertas de la casa. Pedro tomó el Santísimo Sacramento en una especie de bolsa colgada del cuello y con los demás apóstoles y discípulos se retiraron a Betania. Se dirigieron allá en tres grupos. María Virgen los siguió a Betania. Allí enseñaron con calor varios apóstoles; unos en el al-

bergue de los discípulos; otros en la casa de Simón el leproso, y otros en casa de Lázaro.

Más tarde volvieron a Jerusalén, siempre más resueltos y más decididos. Pedro enseñó en el Cenáculo y luego en Betesda; dijo que ahora comenzaba un tiempo en que se mostraría quien había recibido de veras el Espíritu Santo enviado por Jesús. "Comenzó el tiempo, dijo, de obrar y de sufrir persecución, de dejarlo todo por Cristo. Quien no se sienta resuelto a estos sacrificios, que se aleje desde ya de la comunidad". Vi, en efecto, que aquí, en Betesda, se alejaron un centenar de personas de las que se habían agregado últimamente a la comunidad cristiana. Cuando más tarde Pedro, Juan y otros siete apóstoles entraron en el templo y empezaron a enseñar, he visto que habían colocado una muchedumbre de enfermos en el valle de Josafat, traídos en camillas portátiles. Otros estaban bajo tiendas de campaña y otros esperaban en el patio de los gentiles en los alrededores del templo. He visto especialmente a Pedro sanar enfermos sin cuento. Los otros lo hacían algunas veces; pero la mayor parte de las veces ayudaban a Pedro. Pedro sanaba mayormente a los que eran creyentes y que deseaban incorporarse a la comunidad. En los lugares donde los enfermos estaban puestos en dos hileras, veía yo que sanaban no sólo los que el apóstol tocaba o levantaba, sino también los del lado contrario, por la sola sombra de su persona.

XXI

María Santísima se retira con San Juan a Efeso

Esteban fué apedreado cerca de un año después de la crucifixión de Jesucristo. Con todo no hubo en seguida persecución a los apóstoles; sólo las comunidades de Jerusalén fueron disueltas, los cristianos dispersados y algunos también muertos. Pocos años después se levantó de nuevo una persecución. Por este tiempo María Santísima, que había vivido hasta entonces en la pequeña habitación junto al Cenáculo o en Betania, se hizo llevar por el apóstol Juan a Efeso, donde habían ido a vivir ya algunos cristianos. Sucedió esto poco tiempo después que Lázaro y sus hermanas fueron prendidos por los judíos y entregados a la mar en una mala embarcación.

Juan volvió después a Jerusalén donde estaban reunidos los demás apóstoles. Santiago el Mayor fué de los primeros que,

después del reparto del mundo, abandonó Jerusalén y se dirigió a España. Lo he visto primero en las cercanías de Belén donde se ocultó antes de partir. Desde la cueva de Belén salía por el país con algunos compañeros para predicar el Evangelio. Los judíos vigilaban a los apóstoles, pues no querían que salieran del país. Santiago tenía amigos en Joppe y así pudo embarcarse para el extranjero. Se dirigió primero a Efeso, donde visitó a María y de allí partió a España. Poco antes de su muerte, visitó de nuevo a María y a su hermano Juan en Efeso. Allí le dijo María que su muerte se acercaba y confortó y animó al apóstol para su cercano fin. Santiago se despidió de María Virgen y de su hermano Juan y se dirigió a Jerusalén. En este tiempo ocurrió el episodio con el mago Hermógenes, al cual convirtió a la fe junto con su discípulo. Santiago fué detenido varias veces y presentado ante el Sanedrín. He visto cómo fué prendido, poco antes de Pascua, mientras predicaba al aire libre sobre una colina. Sé que fué en este tiempo, pues veía a las gentes, como de costumbre, establecidas en los alrededores de la ciudad. Santiago no estuvo mucho en la prisión; fué juzgado en la misma casa donde Jesús, aunque el interior había cambiado algo de aspecto. Aquellos lugares que había tocado Jesús no estaban ya allí. Siempre he creído que tales lugares, santificados por Jesús, no debían ser pisados por otros. He visto que llevaron a Santiago hacia el monte Calvario: él no cesaba de predicar y convirtió a muchos en esta ocasión. Cuando le ataron las manos dijo: "Me podéis atar las manos, pero no me quitaréis la bendición de ellas y mi lengua para predicar". Un tullido del camino gritó al apóstol quisiera tocarle con sus manos para sanarle. El apóstol le contestó: "Ven tú a mí y dame tu mano" Así lo hizo el tullido; se levantó, se acercó y, al tocar las manos atadas de Santiago, se halló sano. También he visto que un tal Josías, que le había denunciado y entregado a los sacerdotes, vino ahora y le pidió perdón. Se convirtió a Cristo y fué muerto junto con el apóstol. Como le preguntara Santiago si deseaba ser bautizado y contestara que ése era su deseo, Santiago lo abrazó y besó, y le dijo: "Serás bautizado en tu misma sangre". Vi también a una mujer venir a Santiago con una criatura ciega, pidiendo le diera la vista. Primeramente colocaron a Santiago sobre un lugar elevado, junto a Josías, y se le leyó la sentencia. Luego lo bajaron y ataron ambas manos a una piedra, le vendaron los ojos y lo decapitaron. Esto sucedió once años después de la muerte de Jesús, entre el 46 y el 47 del Nacimiento de

Cristo. En la muerte de María en Efeso no he visto a Santiago presente: otro lo representaba en esa ocasión, un pariente de la sagrada Familia y uno de los primeros de los 72 discípulos. María murió en el año 48, trece años y dos meses después de la Ascensión del Señor. Se me mostró esto en cifras y no en números como los nuestros. Primero vi IV, luego VIII, que hacen 48; después vi XIII y dos lunas llenas.

La morada de la Virgen no estaba en Efeso mismo, sino dos o tres horas más lejos, en una altura donde se habían refugiado otros cristianos venidos de Palestina y algunas mujeres parientes de María. Desde esta altura y Efeso corre en muchas vueltas un arroyo. La altura termina casi a pico en Efeso, la cual se ve, viniendo desde el Sudeste, en una altura que parece junto a ella. Delante de Efeso veo largas avenidas de árboles con frutas amarillas, muchas en el suelo. De la ciudad partían varias sendas hacia la altura, llena de vegetación salvaje, sobre la cual había una extensión como de una hora de camino, llana y fértil, llena de árboles de sombra y muchas grutas naturales en la roca. Estas grutas habían sido utilizadas por los cristianos refugiados aquí, arregladas con tabiques y obras de madera. El conjunto ofrecía el aspecto de una pequeña población de trabajadores. Desde la altura de la montaña, que está más cerca del mar que la ciudad, se ve el mar con sus numerosas islas y también la ciudad. No lejos de esta población se levanta un castillo donde habita un rey depuesto. Juan se entretenía con frecuencia con él y consiguió convertirlo a la fe. Más tarde este lugar fué sede de un obispado.

Entre los refugiados cristianos he visto mujeres, niños y algunos hombres. No todos estos refugiados tenían relación con María Virgen: sólo veo algunas mujeres que vienen de tanto en tanto para visitarla o para ayudarla en los quehaceres domésticos. Estas mujeres atendían también a la manutención de la Virgen. La comarca estaba casi desierta; nadie subía a estos lugares y ningún camino principal conducía a ellos. La gente de Efeso no se cuidaba de los refugiados, que estaban como olvidados. El suelo era fértil, y los cristianos tenían huertos y frutas. De animales sólo he visto cabras monteses. Antes que Juan trajese a María a Efeso había hecho construir una casa de material como la que tenía en Nazaret. Estaba en medio de las sombras de los árboles. Se dividía en dos partes por medio del hogar. Este hogar estaba cavado en una cavidad en el suelo, junto a la pared y miraba a la entrada de la habitación. En esta

pared había como unas gradas que llegaban hasta el techo plano, donde estaba la chimenea, consistente en un caño sobresaliente. A ambos lados del hogar había tabiques ligeros que separaban la parte posterior de la habitación de María. A ambos lados de las paredes había tabiques formando celdas que se retiraban con facilidad, dejando libre todo el espacio. En estas celdas dormían la criada de María y otras mujeres que solían venir de visita y se hospedaban durante la noche. En los tabiques que dividían la casa había dos puertas, que llevaban a la parte posterior de la habitación, que terminaba en forma redonda y cuyas paredes estaban revestidas de maderas entrelazadas. El techo era a los lados curvado y también detrás, y adornado con figuras de plantas cavadas en la madera.

En la parte posterior de esta habitación tenía María su lugar retirado para la oración, separado del resto por una cortina. En la pared había un nicho con un recipiente como un Tabernáculo que podía abrirse, y aparecía una cruz un codo de larga, como la cruz de Cristo con los dos brazos en forma de Y. Esta cruz, muy sencilla, creo que fué hecha en parte por el apóstol Juan y por la Virgen. Se componía de varias clases de maderas: la madera principal era de ciprés; un brazo parecía de cedro; el otro, más amarillento, de palma, y la parte de arriba, con el letrero, de olivo. El madero principal estaba hincado en una piedra como se había puesto la cruz de Jesús sobre una roca del Calvario. A los pies del Crucifijo había un pergamino donde estaban escritas algunas palabras de Cristo, cuya imagen estaba, en la cruz, no en bulto, sino grabada con líneas en la madera. A ambos lados del Crucifijo se veían dos floreros con flores. Junto a la cruz veo un paño y tengo la persuación que es el que usó la Virgen cuando, después del descendimiento, lavó la sangre de las heridas de Jesús; pues mientras miraba yo ese paño tuve una visión de la Virgen con Jesús, tendido muerto en sus rodillas, y a la Virgen lavándole la sangre de sus llagas. Así lo hace también el sacerdote en la Misa cuando purifica el cáliz.

Una cruz semejante, pero más pequeña, tenía la Virgen María en su dormitorio. A la derecha del oratorio de María y tocando el ángulo curvo, separado por dos tabiques laterales, estaba el dormitorio de la Virgen con una cortina delante, que se descorría a voluntad. Este dormitorio estaba compuesto de un lecho de madera, de la altura de un pie y medio, bastante angosto, sobre el cual estaba extendida una manta sujeta a los cuatro costados. Todo estaba cubierto con tapices con borlas

hasta el suelo. Un rodete servía de almohada y de cobertor una manta. El techo de esta parte de la habitación estaba revestido de madera y del centro pendía una lámpara de varios brazos. Aquí he visto a María descansando antes de su muerte, envuelta en un vestido blanco que le cubría hasta los brazos. El velo sobre la cabeza era retirado hacia arriba en pliegues. Cuando hablaba con hombres lo bajaba modestamente y sus manos las tenía descubiertas sólo cuando estaba sola. No la he visto comer en estos últimos años sino el jugo de una fruta de bayas amarillas que parecían uvas. La criada exprimía el jugo de estas bayas. Enfrente de esta celda de dormir había, a la izquierda del oratorio, un espacio para los vestidos, arreglado con maderas entrelazadas. Colgaban allí unos velos, cinturones y un manto amplio en el cual se envolvía la Virgen cuando recorría el Vía Crucis. Vi dos vestidos largos, uno blanco y otro azulceleste, y un manto de color. Era el vestido que usó cuando fué dada por esposa a José. He visto que María guardaba varios de los vestidos de Jesús, entre otros la túnica inconsútil. Entre el armario de la ropa y el dormitorio había un cortinado que separaba el oratorio. Delante de este cortinado solía la Virgen estar sentada cuando trabajaba cosiendo o bordando. En este lugar retirado y solitario vivió la Virgen los últimos años, ya que su casa estaba retirada de las demás a una distancia de un cuarto de hora. Vivió sola, con una criada, que le traía lo poco que necesitaba para su sustento. No vivía allí ningún hombre. Juan venía de tanto en tanto y a veces algún apóstol o discípulo.

Una vez he visto entrar en la casa a Juan, que mostraba tener más edad. Era un hombre esbelto y usaba una vestidura larga, en pliegues, con un cinturón. Se quitó esta vestidura al entrar y se puso otro vestido con letras bordadas. En el brazo se colocó un manípulo. La Virgen estaba en su aposento y fué llegándose a Juan acompañada por su criada. La Virgen tenía un vestido blanco y me pareció muy débil. Su rostro era casi transparente y blanco como nieve. Me parecía que desfallecía por el ansia. Toda su vida fué, desde la Ascensión de Jesús, un continuo suspirar y un ansia que la iba consumiendo. María se acercó con Juan a su oratorio; allí descubrió, tirando de una cinta, el tabernáculo donde estaba su Crucifijo, delante del cual, hincados, rezaron largo tiempo. Luego Juan se levantó y sacó de un recipiente de metal un envoltorio de lino fino, donde estaba guardado un panecillo cuadrado, blanco, entre dos blancas

telas: era el Santísimo Sacramento con el cual Juan dió la Comunión a María, acompañada de algunas palabras. No le presentó el cáliz en esta ocasión.

XXII

El Vía Crucis de María en Efeso. Visita a Jerusalén

En las cercanías de su vivienda había dispuesto y ordenado María Santísima las estaciones del Vía Crucis. La vi al principio ir sola por las estaciones de este camino midiendo los pasos dados por su divino Hijo, que tenía anotados desde Jerusalén. Según los pasos que contaba, señalaba el lugar con una piedra y sobre esta piedra la vi escribir lo sucedido en la Pasión del Señor y anotar el número de pasos hasta este lugar. Si encontraba un árbol en el camino, señalaba el paso de la Pasión en el árbol mismo. Había señalado doce estaciones. El camino llevaba al final a un matorral y el santo sepulcro estaba señalado en una gruta. Después que hubo señalado estas doce estaciones, vi a la Virgen María, silenciosa, ir recorriendo con su fiel criada esos pasos de la Pasión del Señor, meditando y orando. Cuando llegaban a una estación, se detenían, meditaban el misterio de la estación y oraban. Poco a poco este Vía Crucis fué mejorado y arreglado y Juan hizo poner mejor las piedras recordatorias con sus inscripciones. La gruta también fué agrandada, adornada convenientemente y transformada en lugar de oración. Las piedras estaban en parte enterradas en el suelo, cubiertas de vegetación y de flores y cercadas en torno. Eran de mármol blanco liso. No he podido medir el grueso de esas piedras por las plantas que cubrían la parte inferior. Los que hacían el Vía Crucis llevaban un asta con una cruz como de un pie de alto; clavaban esta asta en una hendidura de la piedra y se hincaban delante para rezar, si es que no se echaban de cara al suelo, meditando y orando. Las sendas en torno de las piedras eran bastante anchas de modo que podían ir por ellas dos personas a la vez. Conté doce de estas piedras, las cuales, terminado el acto, se cubrían con una estera. Las piedras eran más o menos iguales y en los lados tenían escritas letras hebreas; los lugares donde estaban las piedras eran de diversas dimensiones. La estación primera, el Getsemaní, la formaba un vallecito con una pequeña cueva donde podían estar hincadas varias personas. La estación del Calvario no estaba en la gruta sino en una colina. Para ir al sepulcro se pasaba la colina; luego al otro lado de la

piedra recordatoria, en una hondonada y al pie de la colina, a la gruta del sepulcro, donde María Santísima más tarde fué colocada. Creo que esta gruta existe todavía bajo los escombros y que un día ha de ser descubierta.

Cuando la Virgen hacía el Vía Crucis llevaba un sobrevestido que llegaba en pliegues hasta los pies. Se ponía sobre los hombros y se cerraba debajo del cuello con un broche. Llevaba un cinturón y cubría así el vestido interior. Me parece que era un vestido de grandes solemnidades, al uso de los judíos, porque lo he visto usado también por Ana en algunas ocasiones. Sus cabellos estaban ocultos en una especie de gorro de color amarillo, que llegaba hasta la frente y caía detrás con sus pliegues recogidos. Un velo negro de tela fina le llegaba hasta los hombros. En esta forma la he visto recorrer el camino de la Pasión. Había llevado este vestido en la Crucifixión de Jesús, oculto bajo el vestido de luto que la cubría, y ahora se lo vuelve a poner todas las veces que hace el Vía Crucis. En casa se pone este vestido para los quehaceres diarios.

La Virgen María tenía ya mucha edad, pero no llevaba otras señales de vejez que un ansia grande que la transformaba y la espiritualizaba cada vez más. Estaba de ordinario seria, de modo que nunca la vi riendo. Cuando más avanzaba en edad se volvía más transparente, se esclarecía su rostro. No tenía arrugas en la cara ni en la frente, aunque aparecía demacrada; ni señales de decrepitud: era como un espíritu en su modo de ser. He visto una vez a la santa Virgen haciendo el Vía Crucis con otras cinco mujeres. Ella precedía; me pareció muy débil, blanca y como traslúcida. Era conmovedor ver ese rostro angelical. Me pareció que hacía este camino de la Pasión por última vez. Entre estas santas mujeres que rezaban con María estaban algunas que ya desde el primer año de Jesús le eran adictas. Una era sobrina de la profetisa Ana. Antes del bautismo de Jesús yo la había visto yendo una vez a Nazaret con la Verónica. Esta mujer estaba emparentada con la Sagrada Familia, por Ana, la profetisa, que era parienta de la madre de María y más cercana aún de Isabel, hija de la hermana de ésta. Otras de las mujeres que vivían cerca de María y que yo había visto también ir a Nazaret, antes del bautismo de Jesús, era una sobrina de Isabel, llamada Mara, también emparentada con la Sagrada Familia. Ismeria, madre de Ana, tenía una hermana de nombre Emerencia que tuvo tres hijas: Isabel, madre del Bautista; Enué, que estaba en casa de Ana cuando nació María Virgen, y Rode, madre de esta Mara. Rode había contraído ma-

trimonio lejos de su familia. Vivió primero cerca de Siquem, luego en Nazaret y después junto al monte Tabor (Kessuloth). Además de Mara, tuvo otras dos hijas, una de las cuales era madre de unos discípulos de Jesús. Uno de los dos hijos de Rode fué el primer marido de Maroni, la cual, al quedar viuda y sin hijos, casó con Eliud, sobrino de la madre de Ana y se estableció en Naím, donde enviudó por segunda vez. De este Eliud tuvo el hijo a quien resucitó Jesús. Este niño fué más tarde discípulo de Jesús y se llamó Marcial. Mara, hija de Rode, que estuvo presente en la muerte de María, se había casado en la vecindad de Belén. Natanael, el novio de Caná, era, según creo, un hijo de esta Mara, y en el bautismo recibió el nombre de Amator. Tenía otros hijos y todos fueron más tarde discípulos de Jesús.

Después que la Virgen María hubo vivido tres años en el retiro de Efeso sintió gran deseo de ver los lugares santos de Jerusalén. Juan y Pedro la condujeron a esa ciudad. Estaban reunidos allí varios apóstoles: recuerdo haber visto a Tomás. Creo que era un concilio. María les ayudaba con sus consejos. A su llegada la he visto, al anochecer, antes de entrar en la ciudad, ir al Huerto de los Olivos, al Calvario, al santo Sepulcro y visitar los santos lugares de Jerusalén. La madre de Dios estaba tan angustiada y desfallecida, que apenas podía ya andar. Pedro y Juan la sostenían por momentos. Un año y medio antes de su muerte la he visto de nuevo visitar los lugares santos de Jerusalén. Estaba entonces muy triste y suspiraba siempre, diciendo: "¡Oh, Hijo mío! ¡Oh, Hijo mío!"... Cuando llegó a aquella puerta donde cayó Jesús con la cruz, se sintió tan agobiada, que cayó en desmayo. Creyeron los acompañantes que iba a morir, y la llevaron al Cenáculo que aún existía, y allí vivió algún tiempo en la pieza junto al Cenáculo. María estuvo varios días tan débil y postrada que se creía iba a morir; por eso se pensó en prepararle un sepulcro. María misma se eligió una cueva en el Huerto de los Olivos y los apóstoles le prepararon un hermoso sepulcro por medio de un trabajador cristiano. Algunos pensaron que había ya muerto. Así se esparció la noticia de su muerte también en el extranjero. Pero la Virgen se recobró de ese estado de postración, y cobró nuevas fuerzas, de modo que pudo emprender el viaje de vuelta a Efeso. Murió allí después de año y medio de su llegada. El sepulcro preparado en el huerto fué tenido en honor, y más tarde se edificó una iglesia sobre él. San Juan Damasceno, así se me dijo en

visión, escribió, según había oído decir, que murió en Jerusalén y fué sepultada allí mismo.

He visto que fué voluntad de Dios dejar inciertos la muerte, el lugar de su sepultura y su Asunción a los cielos en aquellos tiempos primitivos de creencias incipientes, para no dar motivo a que hicieran de la Madre de Dios una diosa, como había tantas en las mitologías paganas.

XXIII

Llegada de los apóstoles para la muerte de María Santísima

Cuando la Virgen María sintió acercarse su fin sobre la tierra llamó en oración, según se lo había encargado Jesús, a los apóstoles junto a su lecho. Tenía ahora 63 años de edad. Cuando nació Jesús tenía sólo 15 años. Antes de su Ascensión, Jesús había enseñado a María, en la casa de Lázaro en Betania, cómo debía llamar a los apóstoles junto a sí y darles su última bendición que debía serles de gran provecho. Le encargó también diversos trabajos espirituales, cumplidos los cuales debían verse satisfechos sus vehementes deseos de reunirse con Jesús en el cielo. En esa ocasión Jesús había mandado a Magdalena que debía vivir en la soledad allá adonde la llevarían y a Marta que debía vivir en una comunidad de mujeres, y que Él, Jesús, estaría siempre con ellas.

Mediante la oración de María, los ángeles recibieron el encargo de avisar a los apóstoles dispersos que se juntaran en Efeso junto a la Virgen María. He visto que los apóstoles tenían erigidas en todas partes pequeñas iglesias provisorias de maderas entrelazadas o chozas de barro blanqueadas, hechas en la forma como veo la casa de María y su oratorio, es decir, por detrás terminadas en triángulo. Tenían altares para los divinos oficios. Los largos viajes que hicieron no fueron sin especial ayuda de Dios. Aunque ellos no lo sabían explicar, yo veía que muchas veces hacían viajes imposibles sin ayuda sobrenatural. Los he visto muchas veces caminar entre multitud de paganos sin ser vistos por ellos. Los prodigios que he visto obrar en sus misiones se me presentan algunos algo diferentes de lo que se sabe por los libros que los narran. Obraban en todas partes según las necesidades de los diversos pueblos. Los he visto llevar huesos de los profetas o de algunos primeros mártires y tenerlos delante de sí en la oración y en la celebración de los oficios divinos. Pedro estaba, cuando fué avisado de ir a Efeso, con

otro apóstol en Antioquía. Andrés, que había estado hacía poco en Jerusalén, donde fué perseguido, no estaba lejos de Pedro. He visto a Pedro y a Andrés en varios lugares, de camino, no lejos uno del otro. Descansaban de noche en lugares abiertos de los países cálidos. Pedro estaba recostado junto a una pared cuando vi venir al ángel, que le tomó de la mano y le dijo que se levantase y partiese adonde estaba la Virgen esperándole y que en el camino encontraría a Andrés, su hermano. Pedro, que ya era de edad y postrado por los trabajos, se enderezó sobre sus rodillas, apoyándose en las manos y escuchó al ángel que le hablaba. Luego se puso de pie, echóse el manto encima, tomó su bastón y se encaminó hacia afuera. Pronto se encontró con su hermano Andrés que había tenido la misma visión. De camino encontraron a Tadeo, quien dijo haber recibido también aviso del ángel. Así llegaron a Efeso, donde hallaron a Juan. Judas Tadeo y Simón se encontraban en Persia cuando recibieron el aviso del ángel. El apóstol Tomás era de pequeña estatura y de barba rojiza; estaba más lejos que todos, y llegó después de la muerte de María. Cuando el ángel le avisó, estaba el apóstol orando en una choza de barro y caña. Con un compañero muy sencillo lo he visto navegando los mares en una pequeña embarcación. Luego atravesó la comarca, sin entrar en ciudad alguna. Venía un discípulo con él. Tomás estaba en la India cuando recibió el aviso. Se había propuesto, antes de recibir el aviso, penetrar en la Tartaria, y no podía resolverse a dejar su proyecto. Tenía el carácter de querer hacer siempre demasiado y así llegaba a veces tarde. Se internó más al Norte, a través de China, en las comarcas de Rusia. Aquí le alcanzó el segundo aviso y entonces se dirigió a Efeso. El criado que tenía consigo era un tártaro, a quien había bautizado. Tomás no volvió a la Tartaria después de la muerte de María. Fué traspasado por una lanza en la India, adonde había vuelto. He visto que en estas comarcas levantó una piedra de recuerdo. Sobre ella había orado de rodillas, dejando la impresión encima. Dijo que cuando el mar llegase hasta esa piedra vendría otro misionero a predicar aquí la fe *(San Francisco Javier)*.

Juan había estado hacía poco en Jericó, pues iba con cierta frecuencia a Tierra Santa, aunque vivía de ordinario en Efeso y en los alrededores. A Bartolomé lo he visto en Oriente, en el Asia. Era un hombre de bello aspecto y muy arriesgado. Su rostro era blanco; tenía la frente ancha, ojos grandes, cabellos negros y encrespados y barba partida en dos. Había convertido a un rey y a su familia cuando recibió el aviso. Cuando volvió

a ese país, fué martirizado por un hermano del rey convertido. El apóstol Pablo no fué llamado, pues lo fueron sólo aquéllos que habían conocido o eran parientes de la Sagrada Familia.

Pedro, Andrés y Juan fueron los primeros en llegar a la casa de la Virgen María, la cual, próxima ya a la muerte, estaba tendida en el lecho de su celda. He visto que la criada de María se afligía: en un rincón y aún delante de la casa se echaba de cara al suelo, orando con grande aflicción y tristeza con los brazos levantados. He visto acudir a dos parientes próximos de María y a cinco discípulos. Todos parecían muy cansados. Tenían bastones de viaje. Estos discípulos llevaban debajo del manto con capucha, la vestidura blanca de sacerdotes, cerrada por delante con cuerdas de cuero, formando rodetes como botones. Las capas y estas vestiduras sacerdotales eran recogidas hacia arriba cuando estaban de viaje. Algunos traían bolsos colgados de la cintura. Al encontrarse se abrazaron con mucho afecto. Algunos lloraban de alegría y de emoción al verse reunidos otra vez. Al entrar dejaban sus capas, bastones, bolsos y cinturones; sus largas vestiduras blancas les caían en pliegues hasta los pies. Ahora se ponen un cinturón ancho que tiene letras hebreas bordadas. Luego se acercaron con reverencia al lecho de María para saludarla. La Virgen pudo decir pocas palabras. No he visto a estos viajeros tomar otro alimento que un líquido que bebían en recipientes que llevaban consigo. No dormían en la casa, sino afuera, en tiendas que se improvisaban junto a las paredes exteriores de la misma casa, con telas, mimbres y maderas entrelazadas y cubiertas con esteras.

He visto que los primeros en llegar arreglaron, en la parte anterior de la casa, un lugar para celebrar la Misa y orar. Se preparó un altar con tela roja y encima otra blanca donde colocaron un Crucifijo que parecía de madreperla. La cruz era como la de Malta. Esta cruz era como un relicario, pues se podía abrir y tenía cinco compartimentos en forma de la misma cruz. En uno, el del medio, estaba el Santísimo Sacramento; en los otros estaban dispuestos el crisma, el aceite, el algodón y la sal. Era de apenas un palmo de largo y lo llevaban los apóstoles en sus viajes colgado del cuello.

Con este recipiente trajo Pedro la Comunión a María. Los demás apóstoles y discípulos se dispusieron en dos hileras desde el altar hasta el lecho de la Virgen y se inclinaron profundamente al paso del Sacramento. El altar, donde se veía también un atril con rollos de las Escrituras, no estaba en el medio de la sala, donde se hallaba el hogar, sino al lado derecho de la

pieza, y era removido al dejar de usarse. Cuando los apóstoles se reunieron para despedirse, se había removido el tabique de separación. Los apóstoles llevaban sus largas vestiduras blancas con el ancho cinturón con letras. Los discípulos y las santas mujeres estaban alineados a los lados. He visto que la Virgen María estaba en su lecho sentada, y que cada apóstol venía y se hincaba, y que María oraba, y con las manos cruzadas sobre la cabeza, los bendecía. Lo mismo hizo con los discípulos y las santas mujeres. Una, que se inclinó mucho sobre ella, fué abrazada. Cuando se acercó Pedro, he visto que tenía un rollo de Escritura en las manos. Habló la Virgen María a todos, en general; y esto lo hizo según lo que le había mandado Jesús en Betania. He visto también que dijo a Juan cómo debían hacer con su cuerpo y que debía repartir los vestidos que quedaban a la criada y a las otras mujeres que a veces venían a ayudarla. Señaló hacia el armario; he visto que la criada fué allá, abrió y volvió a cerrar.

XXIV
Tránsito y sepultura de María

Se colocó el altar, de rojo y blanco, delante de la Cruz del oratorio. Pedro dijo la Misa tal como yo lo había visto hacer en el altar de Betesda. Sobre el altar ardían velas y no la lámpara. María se mantuvo sentada en su lecho durante el acto, en silencioso recogimiento. Pedro llevaba sobre su vestidura sacerdotal blanca, un palio rojo y blanco y la gran capa. Los cuatro apóstoles que le asistían estaban revestidos de sus capas de fiesta. Después de comulgar, Pedro dió la Comunión a los demás. Durante este acto llegó Felipe, que venía de Egipto. Recibió lloroso la bendición de María y luego, también, la santa Comunión.

Pedro llevó la Comunión a la Virgen María en la cruz que colgaba del cuello del apóstol. Juan le llevó sobre un platillo el sagrado cáliz. Este cáliz era pequeño, de color blanco, como fundido, y se parecía al de la última Cena. Su pie era tan corto que sólo con dos dedos se podía sostener. Tadeo traía un pequeño incensario. Primero dió Pedro a la Virgen la Extremaunción: lo hizo como se hace hoy. Luego le dió la santa Comunión, que María recibió derecha, sobre su lecho, sin apoyarse. Después se recostó y tras la breve oración de los apóstoles recibió el cáliz de manos de Juan, erguida un tanto sobre su lecho,

aunque no tanto como cuando recibió la Comunión bajo la especie de pan. Después de la Comunión ya no habló María. Tenía vuelto hacia arriba su rostro, hermoso y fresco, como en su juventud. Yo no veía el techo de su habitación: la lámpara colgaba en el aire. Una senda de luz se dibujó desde María hacia la Jerusalén celestial y hasta el trono de la Santísima Trinidad. A ambos lados de esta senda luminosa había caras de innumerables ángeles. María levantó sus brazos hacia la celeste Jerusalén y el cuerpo se levantó tan alto sobre el lecho, que yo veía perfectamente todo lo que había debajo. Parecía que salía de ese cuerpo una figura resplandeciente que extendía sus brazos hacia lo alto. Los dos coros de ángeles cerraron por debajo ese nimbo de luz y subieron en pos del alma de María, separada de su cuerpo, que se inclinó suavemente, con los brazos cruzados sobre el pecho, en la cama desde la cual se efectuó su dichoso tránsito. Muchas almas de santos, entre las cuales reconocí a varias, vinieron a su encuentro. Allí estaban José, Ana, Joaquín, Juan el Bautista, Zacarías e Isabel. María se elevó entre estas almas hasta el encuentro de su divino Hijo, cuyas llagas brillaban más que la luz, envolviéndolo todo. Jesús recibió a su Madre y le entregó el cetro, señalando el universo a su alrededor. En el mismo momento he visto algo que mucho me consoló: salían muchas almas del Purgatorio en dirección al Cielo. Tengo la seguridad de que cada año, en el día de su Asunción, muchas almas devotas de María reciben la liberación de sus penas y suben al Cielo. En cuanto a la hora del tránsito de María, se me indicó que era la hora nona, en la cual murió también su divino Hijo. Pedro y Juan deben haber visto esta glorificación de María, pues noté que tenían los ojos elevados a los cielos, mientras las demás personas estaban postradas inclinadas hacia la tierra. El cuerpo de María estaba resplandeciente, como en tranquilo reposo, con los brazos cruzados sobre el pecho, y tendido en su camilla, mientras los presentes, de rodillas, oraban con fervor y lágrimas en los ojos.

Más tarde las santas mujeres cubrieron el cuerpo con una sábana. Reunieron todos los objetos de uso en una parte y lo taparon todo, hasta el hogar. Luego se cubrieron con sus velos y oraron largo tiempo, ya de rodillas, ya sentadas, en la primera sala. Los apóstoles se cubrieron la cabeza con la capucha que traían y se ordenaron para rezar en coro. Dos de ellos se hincaron a la cabecera y a los pies del lecho. He visto que durante el día se turnaron cuatro veces y que los apóstoles recorrieron el Vía Crucis de María.

Mientras tanto Andrés y Matías estaban ocupados en preparar la sepultura, la cueva que María y Juan habían dispuesto como sepulcro de Jesús al final de las estaciones del Vía Crucis. Esta gruta no era tan grande como la de Jesús. Tenía apenas la altura de un hombre y delante un jardincito cercado con estacas. Un sendero llevaba hacia la gruta donde había una piedra ahuecada para recibir el cuerpo, con una pequeña elevación donde descansaría la cabeza. La estación del monte Calvario estaba en la colina de enfrente; no había allí una cruz visible, sino sólo grabada en la piedra. Andrés, especialmente, trabajó mucho en esta obra, y colocó una puerta delante del sepulcro. El sagrado cuerpo fué preparado por las santas mujeres para la sepultura. Entre estas mujeres recuerdo a una hija de Verónica y a la madre de Juan Marcos. Trajeron hierbas olorosas y esencias, y procedieron al embalsamamiento de acuerdo con la costumbre de los judíos. Cerraron las puertas y se servían de luces en su trabajo. Cerraron también el tabique de división de la cámara de María y despejaron esa división para tener más espacio. Los tabiques y esteras que dividían el lecho de María fueron quitados por la criada, como también el armario de los vestidos. Sólo quedó el altar delante del Crucifijo de la Virgen, en el oratorio, y así todo ese espacio quedó convertido en una iglesia, donde los apóstoles podían rezar y celebrar los divinos oficios. Mientras las santas mujeres preparaban el sagrado cuerpo para la sepultura, los apóstoles oraban en coro, parte en la primera sala y parte afuera. Las mujeres procedían en su trabajo con la reverencia con que debían tratar tan sagrado cuerpo. Lo hicieron con el mismo cuidado con que habían tratado el sagrado cuerpo de Jesús. El sagrado cuerpo de María fué colocado con su vestidura en un canasto, hecho según la forma del cuerpo, de tal modo que éste sobresalía del cajón. El cuerpo era blanco, luminoso, tan liviano y espiritualizado que se levantaba con toda facilidad. El rostro era fresco, rosado y juvenil. Las mujeres cortaban los cabellos para conservar reliquias de la Virgen. Pusieron plantas olorosas en torno del cuello y la cabeza, bajo los brazos y en las axilas.

Antes de que pusieran sobre el cuerpo revestido de blanco, otras telas blancas para envolverlo todo, San Pedro celebró, delante del sagrado cuerpo, la santa Misa, y dió a los apóstoles la Comunión. Después se acercaron Pedro y Juan con sus capas magnas de fiesta. Juan sostenía un recipiente con aceite y bálsamo, y Pedro ungió todavía, en forma de cruz y con oraciones, la frente, las manos y los pies del sagrado cuerpo, y luego las

santas mujeres lo envolvieron todo con sábanas blancas. Sobre la cabeza pusieron una corona de flores blancas, rojas y azulcelestes, como símbolo de su virginidad. Sobre el rostro pusieron un género transparente, de modo que se pudiera ver la cara. Los brazos estaban cruzados sobre el pecho, y los pies, rodeados de hierbas olorosas, cubiertos con un género transparente. Así preparado el sagrado cuerpo, fué puesto finalmente en un cajón de madera blanca, con una tapa que por arriba, por el medio y por debajo se podía sujetar al cajón. Este cajón se colocó sobre unas andas. Todo se hizo con cierta solemnidad y emoción tranquila; el duelo también fué con mayor exterioridad y muestras de dolor que en la sepultura de Jesús, donde hubo mezcla de miedo y de apresuramiento por causa de los enemigos.

Para llevar el sagrado cuerpo hasta la gruta, como a media hora de camino, procedieron de este modo: Pedro y Juan levantaron el cuerpo de sobre las andas y lo llevaron hasta la puerta de la casa. Allí, puesto de nuevo sobre las andas, lo cargaron en sus hombros. Seis de ellos se alternaban en llevar el sagrado depósito. El sagrado cuerpo colgaba de entre las barras de las andas, corridas entre correas y esteras, como una cuna. Delante de esta procesión iban parte de los apóstoles rezando y las santas mujeres detrás, cerrando el cortejo. Llevaban antorchas metidas en unas calabazas y levantadas sobre palos largos.

Llegados a la gruta depositaron las andas. Los apóstoles introdujeron el cuerpo y lo depositaron en el hueco cavado de antemano. Todos desfilaron una vez más delante de los sagrados despojos para rezar y honrarlos. Luego cubrieron toda la sepultura con una estera. Delante de la gruta cavaron un hoyo y trajeron una planta bastante grande con sus raíces y sus bayas, la plantaron profundamente y la regaron abundantemente para que nadie entrara por delante en la gruta. Sólo podía llegarse a ella por los lados, por entre los matorrales.

XXV

La gloriosa Asunción de María Santísima

En la noche de la sepultura sucedió la Asunción de la Virgen al cielo con su cuerpo. He visto a varios apóstoles y mujeres esa noche rezando ante la gruta o, mejor dicho, en el jardincito delantero. He visto bajar del cielo una senda luminosa y tres coros de ángeles rodeando el alma de María, que

venía resplandeciente a posarse sobre la sepultura. Delante del alma venía Jesús con sus llagas luminosas. En la parte interior de la gloria donde estaba el alma de María, se veían tres coros de ángeles. La más interior parecía de caras angelicales de niños pequeños; la segunda hilera eran caras de criaturas de seis a ocho años, y la más exterior eran de jóvenes. Sólo se distinguían bien los rostros: el resto del cuerpo era como una estela luminosa algo indeterminada. En torno de la forma de la cabeza de María había una corona de ángeles. No podría decir qué es lo que veían los presentes; yo sólo veía que miraban arriba, llenos de admiración y emoción. A veces, llenos de maravilla, se echaban con los rostros al suelo. Cuando esta aparición se hizo más clara y se posó sobre el sepulcro, se abrió una senda desde allí hasta la celeste Jerusalén. El alma de María, pasando delante de Jesús, penetró a través de la piedra en el sepulcro; luego se alzó de allí con su cuerpo, resplandeciente de luz, y se dirigió triunfante, con el angélico acompañamiento, a la celeste Jerusalén.

Cuando días después estaban los apóstoles rezando en coro, llegó el apóstol Tomás con dos acompañantes. Era uno el discípulo Jonatán Eleazar y un criado del país de los Reyes Magos. Tomás quedó muy afectado al oír que María había sido ya depositada en su sepulcro. Lloró amargamente y no podía consolarse de haber llegado tan tarde. Con su discípulo Jonatán se echó de rodillas, llorando muy afligido, ante el lugar donde había sido el tránsito de María. También oró delante del altar allí erigido. Los apóstoles, que no habían interrumpido su canto coral de los salmos, acudieron entonces; lo alzaron con cariño, lo abrazaron y le ofrecieron pan, miel y alguna bebida. Después lo acompañaron, llevando luces, al sepulcro. Dos discípulos apartaron las ramas del arbusto. Tomás y Eleazar oraron delante del sepulcro. Juan abrió las tres pretinas que cerraban el cajón. Dejaron la tapa de un lado y vieron, con gran maravilla, el sepulcro vacío. Sólo estaban allí las sábanas y las telas con las que habían envuelto los sagrados restos. Todo estaba en perfecto orden. La sábana estaba corrida por la parte del rostro y abierta por la parte del pecho. Las ataduras de brazos y manos aparecían abiertas, puestas en buen orden. Los apóstoles alzaron las manos en señal de gran admiración, y Juan gritó: "No está más aquí". Los demás se acercaban, miraban, lloraban de alegría y admiración; oraban con los brazos levantados y los ojos en lo alto, y se echaban al suelo pensando en la luz que habían visto la pasada noche. Luego tomaron todos los lienzos

y el cajón consigo, como reliquias, y llevaron todo hasta la casa, orando y cantando salmos en acción de gracias. Cuando llegaron a la casa, puso Juan las telas dobladas delante del altar. Tomás y los demás rezaban. Pedro se apartó un tanto, preparándose para los misterios. Luego lo vi celebrar la Misa delante del Crucifijo de María, y a los demás apóstoles detrás de él, en orden, orando y cantando. Las mujeres estaban junto a la puerta y cerca del hogar.

El criado de Tomás tiene aspecto de extranjero: ojos pequeños, los huesos de las mejillas alzados, frente y nariz hundidas y color moreno. Ya estaba bautizado y era sencillo en su modo de ser, muy rendido y humilde. Hacía todo lo que se le ordenaba: quedaba de pie o se sentaba conforme le decían; volvía los ojos adonde se le indicaba; iba y venía según le mandaban, y a todos sonreía. Cuando vió que Tomás lloraba, lloró también él. Fué inseparable compañero y ayuda de Tomás, y lo he visto alzar piedras muy grandes cuando Tomás edificaba alguna capilla.

A los apóstoles los veo con frecuencia reunidos contando en qué países estuvieron de misión, y lo que les pasó en ellos. Antes de separarse los apóstoles para volver a sus respectivos países, fueron a la sepultura, y cavando y echando tierra e impedimentos hicieron imposible el acceso a la gruta. De una parte de ésta dejaron un acceso hasta la pared con un pequeño boquete para mirar adentro. Este senderito era conocido sólo de las santas mujeres que habitaban allí. Sobre la gruta erigieron una capilla con maderas y esteras, cubierta con colgaduras. El pequeño altar interior era de piedra con una grada también de piedra. Detrás del altar colgaron una tela donde estaba bordada la imagen de María en su vestido de fiesta. El jardincito fué transformado, como asimismo las estaciones del Vía Crucis y recorrido entre rezos y cánticos. El espacio donde había tenido la Virgen su Crucifijo, su altar y su dormitorio fué transformado en iglesia. La criada de María ocupó la pieza delantera y Pedro dejó allí a dos discípulos para cuidar a los cristianos que vivían en los contornos. Los apóstoles se despidieron, después de abrazarse una vez más y de haber celebrado la Misa en la pieza de María. Algunos volvieron más tarde, según la ocasión, a este lugar para rezar. He visto que en algunos lugares los fieles erigían capillas imitando la forma de la casa de María y que el Vía Crucis y el oratorio de su sepultura eran muy visitados en años posteriores por los primitivos cristianos.

Tuve una visión referente a la devoción a María en los tiempos primitivos. Una mujer de las cercanías de Efeso tenía gran devoción a la Virgen, y habiendo visitado su casa y visto el altar, mandó hacer uno semejante en su casa, el cual lo cubría con un tapiz de muy subido precio. Años después la mujer empobreció y tuvo que vender parte de sus posesiones. Llegó su necesidad al punto de verse obligada a vender el hermoso lienzo del altar de María, y lo hizo a una mujer cristiana casada. Cuando llegó la fiesta de la Asunción se conturbó mucho por no tener aquel hermoso lienzo con qué adornar el altar de la Virgen. Con esta aflicción se determinó ver a la mujer que le había comprado el lienzo, pidiéndole se lo prestara, sólo por el día, para adornar el altar de María. Esta mujer, que había tenido dos criaturas gemelas, no quiso acceder a su petición, y el marido llegó a decir: "María está muerta y no necesita esta prenda; en cambio mi mujer, que la ha comprado, la necesita". La piadosa mujer se alejó muy contristada y expuso su pena a la Virgen. Esa misma noche vi lo que pasó en casa de aquella familia. Se les apareció la Virgen, con rostro airado, y les dijo que en castigo de su dureza para con la pobre mujer, morirían sus dos hijos gemelos y ellos se verían reducidos a mayor miseria que la de la pobre mujer. Los dos despertaron con cierto temor, aunque lo tuvieron por un simple sueño al principio. Pero grande fué su espanto cuando encontraron a sus dos hijos muertos. Recién entonces reconocieron su grave culpa, y el hombre fué con mucha humildad a presentar a la mujer pobre la tela pedida para la fiesta de María, y así obtuvieron que no se realizara la otra parte del castigo con que se les había amenazado.

En la casa sólo queda Juan Evangelista; los otros han partido. Vi a Juan, en cumplimiento de la orden de la Virgen Santísima, repartiendo la ropa, que había dejado la Virgen, a la criada y a otra mujer que venía con frecuencia a ayudar en los quehaceres de la casa. En el armario se encontraron algunos objetos procedentes de los tres Reyes Magos. Vi dos largas vestiduras blancas, varios velos, colchas y algunas alfombras. Ví también aquel vestido listado que María había llevado en las bodas de Caná y que se ponía cuando hacía el Vía Crucis. De este vestido poseo un trocito. Algo de ello fué a la Iglesia. Así se pudo hacer un adorno sacerdotal para la iglesia de Betesda con el hermoso velo nupcial de color celeste, bordado de oro y sembrado de rosas. En Roma quedan todavía reliquias de esta prenda. Yo las veo allí, pero ignoro si alguien conoce estas re-

liquias. María llevó estas prendas en la época de sus esponsales y nunca más después.

Todas estas cosas se hacían silenciosamente; todo procedía bien y en secreto, pues no había aún esa agitación, esa inquietud tan propia de nuestros tiempos. La persecución no había llegado a desarrollar la red de espionaje y todo se hallaba aún en paz en torno de la comunidad cristiana.

QUINTA PARTE

VISIONES DE LOS APOSTOLES, DE LOS MARTIRES Y DE LOS SANTOS

INTRODUCCION

Los Hechos de los Apóstoles *relatan los sucesos posteriores a la Ascensión del Señor, y refieren ampliamente la vida de San Pedro y San Pablo. Apenas si dan informes de las obras de los demás apóstoles. Ana Catalina nos cuenta detalles interesantes de sus actividades misionales en los pueblos paganos adonde fueron a evangelizar. Algunos de ellos, como Santo Tomás, realizan viajes extraordinarios, antes de padecer el martirio por Jesucristo. Cuéntanse también los tormentos y los prodigios de San Juan Evangelista, cuyo cuerpo ha sido trasladado a un lugar privilegiado e inaccesible para cumplir una misión sobrenatural.*

En presencia de reliquias, a cuyos dueños reconoce, describe las vidas de otros mártires de las primeras cristiandades, con ilustraciones internas edificantes y conmovedoras, como las de Santa Inés y Santa Catalina de Alejandría, y la biografía de santos de diversas épocas, con palabras espontáneas y simples, que constituyen indicios precisos de su genuinidad.

CAPÍTULO I

VISIONES DE LOS APOSTOLES

1. Fundación de la Iglesia de Roma por S. Pedro

El 18 de Enero llegó Pedro a Roma en compañía de los discípulos Marcial y Apolinar y de un acompañante llamado Marción. Desde Antioquía había ido, en el año 43, a Jerusalén; después a Nápoles y a varios otros lugares, hasta llegar a Roma. Fué recibido muy bien, tanto él como sus ayudantes, por un tal Léntulo, noble romano que tenía conocimiento de la llegada de Pedro. Muchos romanos que habían oído la predicación de Juan, sabían del Mesías y de sus milagros. Léntulo se puso en comunicación con estas personas y se hizo narrar muchas cosas acerca del Mesías. Concibió tal amor y deseo hacia Jesús, que en una grave necesidad que le afligió, tomó un lienzo finísimo y habiéndolo hecho tocar por Jesús por intermedio de persona de su confianza, después guardó esa prenda con grandísima devoción y reverencia. Deseaba Léntulo pintar la faz de Jesús, por lo cual tuvo Pedro que darle muchos detalles sobre el particular. Muchas veces intentó pintar el rostro y siempre le decía Pedro que aún no se parecía al original. En una ocasión quedóse dormido en su trabajo, y, al despertar, encontró terminada su obra de modo maravilloso, con un perfecto parecido. Léntulo fué uno de los primeros discípulos de Cristo en Roma. Pedro habitaba en la casa de Pudente, que consagró como primera iglesia de Roma. Léntulo regaló muchas cosas para esta primera iglesia. Desde Roma fué Pedro a Efeso, a la muerte de María, y de paso visitó a Jerusalén. Estuvo en la silla episcopal de Roma por 25 años. En el año 69 fué crucificado, siendo de 99 años[*].

2. San Andrés apóstol

Después de la dispersión de los apóstoles, trabajó primeramente Andrés[**] en Scitia; más tarde en Epiro y en la Tracia,.

(*) Muchos creen que la muerte de San Pedro tuvo lugar el año 67.

(**) Abdías, escritor antiquísimo, escribe la vida del santo en 42 capítulos, narrando hechos de conformidad con la vidente. Vicente Bellovacense cita como fuente *Ex actis ius*, es decir las actas de San Andrés, que ya en el segundo siglo se leían en las iglesias.

finalmente en la comarca de Acaia, en Grecia. Desde este lugar fué enviado, en visión, junto al apóstol Mateo, el cual había sido detenido con unos discípulos y sesenta cristianos en una ciudad de Etiopía. Le habían echado a Mateo veneno en los ojos, lo cual le causaba mucho dolor. Andrés marchó hacia donde estaba Mateo. Lo sanó de su mal y libró de sus ataduras a los cristianos que estaban encadenados. Predicó en la ciudad hasta que se levantó una conmoción contra él; fué tomado preso y con los pies atados fué arrastrado por las calles. Andrés, mientras tanto, rogaba por sus atormentadores, los cuales se conmovieron tanto, que al fin le pidieron perdón y terminaron por convertirse. Después de esto volvió Andrés a Acaia y allí sanó a un endemoniado ciego y resucitó a un niño muerto. Estuvo también en Nicea, donde constituyó un obispado. En Nicomedia resucitó a otro niño muerto y sosegó una furiosa tempestad en el Helesponto. En una ocasión en que salvajes macedonios le amenazaban de muerte, fueron éstos atemorizados por un resplandor del cielo que los arrojó en tierra. En otra ocasión, fué arrojado a las bestias feroces, pero quedó libre también de este peligro. En Patras, ciudad de la Acaia, sufrió el martirio. Presentado ante el procónsul Egeas, hizo el apóstol una valiente confesión de su fe y fué arrojado a la cárcel. El pueblo, que lo amaba mucho, lo quiso librar por la fuerza, pero el santo apóstol les rogó no le privasen del placer de recibir la corona del martirio. El juez lo condenó a morir crucificado. Cuando Andrés vió la cruz de lejos, exclamó: "¡Oh, buena cruz, tanto tiempo deseada, tan ardientemente amada y buscada!" Dos días estuvo pendiente de la cruz y desde allí predicaba a la gente la fe de Cristo. Maximila, la tía de Saturnino, recibe su cuerpo, lo embalsama y sepulta. Su muerte ocurre en el año 93 de la era cristiana.

3. Santiago el Mayor, apóstol de España (*)

Desde Jerusalén viajó Santiago, a través de las islas griegas y de Sicilia, hasta España, deteniéndose en Gades. Como no fué recibido bien en esta región, se dirigió a otra. Con todo, no le fué mejor en este lugar. Lo tomaron preso y hubiera sido asesinado, si un ángel no lo hubiese librado milagrosamente de las

(*) Que Santiago fué a España a predicar lo afirman San Antonino; San Isidoro, en el libro *Vita et morte Sanctorum;* Braulio, Arzobispo de Zaragoza (651); Juliano, Arzobispo de Toledo (690); los Papas Calixto II, Pío V, Sixto V, el Venerable Beda. El historiador Gretscher afirma que es *antiquissima traditio* de todas las iglesias de España.

manos de sus opresores. Dejó en España a siete discípulos y se trasladó, pasando por Marsella, en el sur de Francia, a Roma. Más tarde volvió a España y se dirigió desde Gades, a través de Toledo, a Zaragoza. Aquí se convirtieron muchos de los naturales del lugar; barriadas enteras reconocieron a Cristo y se despojaron de sus objetos de idolatría. He visto aquí a Santiago en grandes peligros. Fueron lanzadas víboras contra él; pero el apóstol las tomaba tranquilamente en sus manos. Nada le hacían. Al contrario, se volvían furiosas contra los sacerdotes de los ídolos, que empezaron desde entonces a temerle y a respetarlo. He visto después cómo empezando apenas a predicar en Granada, fué preso con todos sus discípulos y convertidos. Santiago llamó en su ayuda a María, que entonces vivía aún en Jerusalén, rogándole lo ayudase, y he visto cómo, por ministerio de los ángeles, fué librado de modo sobrenatural, él con sus discípulos, de la prisión. Le fué impartida la orden de María, por medio de un ángel, de ir a Galicia a predicar allí la fe, y luego volver a su residencia de Zaragoza.

He visto más tarde a Santiago en gran peligro por causa de una persecución y tempestad contra los fieles de Zaragoza. He visto al apóstol rezando de noche con algunos discípulos junto al río, cerca de los muros de la ciudad; pedía luz para saber si debía quedarse o huir. El pensaba en María Santísima y le pedía que rogara con él para pedir consejo y ayuda a su divino Hijo Jesús, que nada podía entonces negarle. De pronto vi venir un resplandor del cielo sobre el apóstol y aparecieron sobre él los ángeles que entonaban un canto muy armonioso mientras traían una columna de luz, cuyo pie, en medio de un rayo luminoso, señalaba un lugar, a pocos pasos del apóstol, como indicando un sitio determinado.

La columna era bastante alta y esbelta, de un resplandor rojizo, con vetas de varios colores y terminaba arriba como en un lirio abierto, que echaba lenguas de fuego en varias direcciones; una de ellas iba al Occidente, hacia Compostela; las demás, en diversas direcciones. En el resplandor del lirio vi a María Santísima, de nívea blancura y transparencia, de mayor hermosura y delicadeza que la blancura de una fina seda. Estaba de pie, resplandeciente de luz, en la forma en que solía estar en oración cuando aún vivía sobre la tierra. Tenía las manos juntas, y el largo velo sobre la cabeza, la mayor parte del cual colgaba hasta los pies, como si estuviese envuelta en él. Posaba sus pies menudos y finos sobre la flor que resplandecía con sus

cinco lenguas. Aparecía todo el conjunto maravillosamente delicado y hermoso.

Ví que Santiago se levantó del lugar donde estaba rezando de rodillas, recibió internamente el aviso de María de que debía erigir de inmediato una iglesia allí; que la intercesión de María debía crecer como una raíz y expandirse. Le dijo María que debía, una vez terminada la iglesia, volver a Jerusalén. Santiago se levantó, llamó a los discípulos que lo acompañaban, que habían oído la música y visto el resplandor; les narró lo demás, y presenciaron luego todos cómo se iba desvaneciendo el resplandor de la aparición. Después que Santiago realizó en Zaragoza lo que María le había ordenado, formó un conjunto de doce discípulos, entre los cuales he visto que había hombres de ciencia. Estos debían proseguir la obra comenzada por él con tanta fatiga y contradicciones.

Santiago partió de España, para trasladarse a Jerusalén, como María le había ordenado. En este viaje visitó a María en Efeso. María le predijo la proximidad de su muerte en Jerusalén, y lo consoló y lo confortó en gran manera. Santiago se despidió de María y de su hermano Juan, y se dirigió a Jerusalén, donde al poco tiempo fué decapitado.

Santiago fué llevado al monte Calvario, fuera de la ciudad, mientras predicaba en el camino y convertía a muchos oyentes. Cuando le ataron las manos, dijo: "Vosotros podéis atar mis manos, pero no mi bendición y mi lengua". Un tullido que se encontraba a la vera del camino, clamó al apóstol que le diera la mano y lo sanase. El apóstol le contestó: "Ven tú hacia mí y dame tu mano". El tullido fué hacia Santiago, tomó las manos atadas del apóstol y se halló sano.

Ví a su entregador, llamado Josías, correr hacia él y pedirle perdón. Este hombre confesó a Cristo y fué muerto por su fe. Santiago le preguntó si quería ser bautizado; habiendo contestado que sí, el apóstol lo abrazó y besó, y le dijo: "Tú serás bautizado en tu propia sangre". Ví a una mujer llegarse a Santiago con su hijo ciego y alcanzar de él la salud para su hijo.

Primeramente fué Santiago mostrado con Josías en un lugar elevado; allí se les leyó la culpa y la sentencia en voz alta. Después lo he visto sentado sobre una piedra, a cuyos lados fueron atadas sus manos. Le vendaron los ojos y le cortaron la cabeza.

Habían entretanto encerrado en su misma casa a Santiago el Menor. Hallábanse entonces en Jerusalén: Mateo, Natanael

Chased y Natanael el esposo *(de Caná)*. Mateo moraba en Betania. La casa de Lázaro hacía ya tiempo que estaba destinada para uso de los discípulos, como igualmente sus posesiones en Judea. El castillo de la ciudad lo habían ocupado los judíos. Después de la muerte del apóstol se produjo un gran tumulto en la ciudad y muchos se convirtieron a la fe de Cristo.

El cuerpo de Santiago estuvo un tiempo en las cercanías de Jerusalén. Cuando se desencadenó una nueva persecución, lo llevaron a España algunos discípulos, entre ellos José de Arimatea y Saturnino. Pero la reina Lupa, que había perseguido a Santiago, no permitió que fuese enterrado. Los discípulos lo depositaron sobre una piedra, la cual se hundió y vació formando un sepulcro. Sucedió allí otra maravilla: algunos cuerpos allí enterrados fueron arrojados de sus lugares. Por las insidias de Lupa los discípulos fueron reducidos a prisión por el rey; librados milagrosamente de la cárcel, mientras huían, fueron perseguidos por el rey y sus caballeros. El puente se rompió al pasar y perecieron el rey y su gente. La reina Lupa, aterrada, mandó a los discípulos cristianos que fueran al desierto y tomando toros salvajes los unciesen al carro: que donde estos animales condujesen el cuerpo de Santiago allí podrían edificarle una iglesia. Pensaba que de este modo los animales feroces destruirían todo en su desenfreno. Los discípulos encontraron, en su entrada al desierto, a un dragón, el cual, por la bendición de ellos, reventó por medio. Los toros feroces, en cambio, se dejaron uncir tranquilamente y llevaron el sagrado cuerpo al interior del mismo castillo de Lupa. Así sucedió que fué enterrado Santiago en el castillo, puesto que Lupa se convirtió, haciéndose cristiana, con su pueblo. El castillo se convirtió en iglesia. En este sepulcro se obraron muchos milagros. Más tarde se llevó su cuerpo a Compostela, que se convirtió en uno de los más famosos lugares de peregrinación. El apóstol Santiago trabajó en España cerca de cuatro años.

4. El apóstol San Juan Evangelista en Roma y en Asia Menor

Aunque en Efeso podían vivir en paz los cristianos, con todo San Juan era tenido como prisionero. Podía salir en compañía de dos soldados, y así visitaba con frecuencia a las buenas gentes del lugar. En una de esas visitas se encontró con unos estudiantes, cuyo maestro había hablado en contra de Juan y de

su doctrina. Porque el santo había hablado en contra de las riquezas, habían éstos comprado lingotes de oro y piedras preciosas, los habían roto en trocitos y los habían arrojado a su paso en señal de desprecio. Querían decir que ellos también, aunque eran paganos, sabían despreciar las riquezas sin por eso tener necesidad de hacerse cristianos. Juan, sin embargo, les dijo que su proceder era malbaratar el dinero y no era virtud de pobreza ni de renunciamiento. Uno de los estudiantes le propuso al santo que probase a juntar los pedazos de oro y piedras preciosas, como antes estaban; que entonces creerían en su Dios y en su doctrina. El santo les dijo que juntasen ellos mismos los pedazos y se los trajesen. Lo hicieron así y el santo les devolvió el oro y las piedras preciosas como habían estado antes. Entonces se echaron a sus pies, dieron las riquezas a los pobres y se hicieron cristianos. Dos de éstos, que habían regalado sus riquezas y seguido a Juan, se arrepintieron, al ver a sus esclavos bien vestidos, de haberse hecho cristianos. He visto que Juan convirtió hierbas del bosque y piedras de la orilla del mar, en pedazos de oro y piedras preciosas, por medio de su oración, y se los dió a los dos, diciéndoles que volvieran a comprarse las riquezas que habían dejado. Mientras el apóstol amonestaba a los jóvenes caídos, le trajeron el cadáver de un joven, pidiéndole que lo resucitase. Eran muchos los que hacían este pedido al apóstol. Juan oró y resucitó al joven y le mandó contase a los jóvenes lo que sabía del otro mundo. El resucitado les habló de tal manera de las cosas del otro mundo, que los jóvenes hicieron penitencia y se convirtieron. El apóstol les impuso ayunos y los recibió de nuevo entre los fieles. El oro y las piedras preciosas volvieron a ser paja y piedras, que arrojaron al mar.

Ví luego que muchos se convirtieron y que Juan fué reducido a prisión. Un sacerdote idólatra dijo que si Juan tomaba un veneno sin sentir daño, creerían en Jesús y lo dejarían libre. Lo hicieron marchar, acompañado de dos soldados, atadas las manos con cuerdas, delante del juez, donde se había reunido mucha gente. He visto que dos condenados a muerte bebieron el veneno y cayeron muertos al instante. Juan rezó sobre el vaso, y ví salir de él un vapor negro, acercándose, en cambio, una luz sobre él. Juan bebió el contenido del vaso, y el veneno no le hizo daño alguno. El sacerdote idólatra pidió más pruebas; exigió que Juan resucitase a los dos muertos. Juan le alargó su manto, diciéndole que lo echase sobre los muertos, repitiendo

las palabras que el apóstol le enseñó. Cuando así lo hizo, se levantaron los dos muertos, y se convirtió casi toda la ciudad. Juan quedó libre de sus cadenas.

Otra vez he visto derrumbàrse un templo delante de Juan, porque le querían obligar a sacrificar a los ídolos. Vino como una tempestad sobre el templo; el techo se desplomó sobre el edificio; una nube de polvo y de escombros salió de puertas y ventanas, y también humo y fuego, pues los ídolos quedaron derretidos por el calor.

5. El judío convertido y el joven extraviado

Un judío convertido, que todavía era catecúmeno, quedó reducido, en ausencia de Juan, a la mayor pobreza y cargado de deudas que no podía pagar, y por esta causa era muy molestado. Un perverso judío le sugería la idea de que tomase veneno, ya que de otro modo lo meterían en la cárcel por las deudas y no saldría de allí en toda su vida. He visto al pobre hombre tomar veneno hasta tres veces de un vaso de bronce oscuro que tenía: tal era el miedo que sentía de ser encarcelado. Pero Juan le había enseñado a hacer la señal de la cruz sobre cualquier bebida o comida que tomase, y así sucedía que no se envenenó, aunque tenía voluntad de serlo. Entre tanto volvió Juan al lugar; el pobre judío confesó su falta y expuso también su extrema necesidad, prometiendo hacer penitencia de su delito. Juan bendijo el mismo recipiente de bronce que había contenido el veneno, lo convirtió en oro y le mandó fuera a pagar su deuda con ese oro. Este hombre llegó a ser más tarde discípulo de Juan, y obispo de la ciudad donde encontró Juan a aquel joven que se extravió y rescató de entre una banda de malhechores.

Juan encontró a este joven junto a una majada, cerca de la ciudad. Al hablar con él reconoció que estaban en él mezcladas las buenas cualidades con la extrema rudeza e ignorancia. El niño llamó a sus padres que eran pobres pastores y Juan les pidió que le dejasen al niño para educarlo. Los padres consintieron. El niño era de diez años y Juan lo llevó al obispo de Berea para que lo educase, diciéndole que volvería a su tiempo para pedirle cuentas del niño. En un principio las cosas fueron bien; luego dejaron al niño hacer sus caprichos y terminó por caer en manos de una banda de malhechores. Cuando Juan volvió reclamando al niño, supo que su protegido estaba en los montes con los asaltantes. Juan tomó un animal de carga, porque

su edad y lo escabroso del camino no le permitían andar a pie. Al encontrar al joven le pidió de rodillas que volviera de su mal camino. El joven tenía entonces unos veinte años. Juan se lo llevó consigo. Cambió al obispo del lugar, y mandó al joven que hiciera penitencia de su pecado. Más tarde ví que llegó a ser también obispo. Aquel obispo era, por lo demás, un hombre bueno, que tuvo mucho que sufrir por los herejes; pero en el asunto del niño se hizo culpable de un descuido grave. Fué obispo sólo seis años y me pareció que más bien hacía las veces de Juan en su ausencia. Su nombre es Aquila. Murió de muerte natural. ¡Oh, cómo lloraba cuando San Juan le reprochó su negligencia con el niño! Lo he visto de rodillas delante del Apóstol.

6. El Apocalipsis y el Evangelio de San Juan

Cuando Juan fué echado en la caldera del aceite hirviente, ya había enseñado en Italia, y allí fué tomado preso. Desde la isla de Patmos, donde era muy querido y había convertido a muchos, hacía viajes con sus guardianes algunas veces, y había estado en Efeso. Las visiones del Apocalipsis no las tuvo de una vez ni las escribió tampoco de una vez, sino en diversas épocas. Tres años antes de su muerte escribió su Evangelio, dentro del Asia.

He visto diversos cuadros de su martirio en Roma. Lo he visto en un patio redondo, rodeado de una pared. Allí fué despojado de sus vestidos y azotado. El Apóstol era ya muy anciano, pero sus carnes estaban como las de un joven. He visto que luego lo sacaron afuera, a un lugar grande y redondo, donde había una gran caldera colocada sobre una base de piedra, también redonda, donde se ponía el fuego que respiraba por unos agujeros del horno. Juan era conducido vestido con un manto largo, cerrado delante del pecho, que me recordó a Cristo cuando era burlado. Había allí mucha gente mirando la escena. Se le quitó el manto y su cuerpo apareció cubierto de manchas rojas por los azotes. Dos hombres levantaron a Juan hasta la abertura de la caldera y él mismo hizo su parte. El aceite estaba hirviendo. Atizaban el fuego debajo con atados cortos de leña oscura, que traían para el caso. Después que Juan estuvo un tiempo adentro, sin dar la menor señal de dolor y de daño, lo volvieron a sacar y se vió su cuerpo curado de las heridas de los azotes y más lozano que antes. Mucha gente corrió sin miedo hasta el lugar de la caldera y llenaba pequeños recipientes del

aceite, sin quemarse, lo cual me causaba maravilla. A Juan lo sacaron de allí.

Desde Roma fué Juan de nuevo a Efeso y se mantuvo allí unos días oculto. Sólo de noche salía para vistar las casas de los cristianos y celebraba Misa en casa de María. Algún tiempo después, se retiró con algunos discípulos a Cedar, donde, viviendo en la soledad, escribió su Evangelio, tres años antes de su muerte. Los discípulos no estaban con él, cuando escribía; se mantenían a cierta distancia, y se le acercaban de tanto en tanto a traerle comida. Lo he visto escribir sentado o echado debajo de un árbol. He visto que una vez llovía y sobre él había luz y sequedad. En esos lugares estuvo bastante tiempo enseñando, y convirtió a mucha gente de la ciudad. De aquí volvió Juan a Efeso.

La parte más numerosa de los descendientes de los Reyes Magos se había retirado a la isla de Creta, después del bautismo recibido del apóstol Tomás; los demás habían partido en diversas direcciones. En la Arabia había varios obispos constituídos por Santo Tomás, sacados de los pueblos de los Reyes Magos Estos obispos no podían ya regir a todos estos pueblos, de los cuales algunos volvían a caer en la antigua idolatría. Escribieron por esto a San Juan, y éste les mandó a los dos hermanos de Fidel, que bautizaron a Macario y a Cayo. Estos discípulos, a fuerza de ruegos y de insistencia, consiguieron que el mismo Juan, en edad muy avanzada, viajase al país de los Reyes Magos. La comarca de éstos estaba más lejos que el país de Mensor. He visto a Juan en el país de uno de ellos, entre los Caldeos, que tenían un jardín de María cerrado en su templo. El templo ya no existía, pero habían hecho una pequeña iglesia en la forma de la casa de María en Efeso: por arriba plana, como he visto todas las capillas de entonces. Llegaron los otros obispos, se juntaron aquí y le pedían a Juan que escribiera la vida de Jesús en su país, que ellos le narrarían todo lo que sabían acerca de su infancia. El Apóstol les contestó que él había ya escrito la vida de Jesús, que había escrito lo que de su vida divina se puede escribir aquí en la tierra. Mientras escribía, había estado casi de continuo en el cielo, y que no podía ya escribir otra cosa. Les dijo también que lo que el discípulo, que había viajado con Jesús, llamado Eremenzear, más tarde Hermes, había escrito, lo completasen Macario y Cayo. He sabido que el trabajo de Macario se ha perdido; pero que el de Cayo existe aún. Juan partió de allí a Jerusalén, luego a Roma y de allí a Efeso.

7. Muerte de San Juan Evangelista

Tuve una hermosa visión de la muerte de San Juan. Era ya muy anciano; su rostro empero se conservaba siempre fresco, hermoso y juvenil. Lo he visto en Efeso, en la iglesia, creo, durante tres días, partiendo y repartiendo el pan *(expresión antigua para significar la comunión)*. Me pareció que Jesús se le apareció y le predijo su próxima muerte. Tengo de ello una idea algo confusa; sin embargo, recuerdo que Jesús se le apareció. Lo he visto enseñando al aire libre, fuera de la ciudad, debajo de un árbol, rodeado de muchos discípulos. Se retiró con dos discípulos a un lugar hermoso, detrás de una pequeña colina, entre el boscaje. Había allí una hermosa pradera, y se veía el reflejo del cielo en el mar en calma. Él les señalaba algo a ellos en la tierra; me pareció que les decía que debían hacer o completar su sepulcro allí; creo más bien que debían sólo completarlo, pues he visto que pronto estuvo hecho muy bien. Pienso que lo demás había sido hecho con anterioridad, tanto más que las palas ya estaban allí. Lo vi luego volver adonde estaban los demás. Él les enseñaba con amor, rezaba, y les decía que se amasen los unos a los otros. Los dos volvieron, y uno de ellos le dijo: "¡Ah, Padre, me parece que me quieres dejar!"... Se apretaban en torno, se echaban de rodillas y lloraban. Él los amonestaba, rezaba con ellos y los bendecía. Luego les mandó permanecer donde estaban y con cinco de ellos se fué al lugar de la sepultura. Esta no era muy honda, y estaba muy bien hecha, cubierta con verdor; tenía una especie de tapa de mimbres, sobre la cual debían poner hierbas y encima una piedra. Juan rezaba con los brazos extendidos, de pie, junto a la sepultura; echó luego su manto adentro, bajó a ella, se tendió y rezó nuevamente. Una gran luz descendió sobre él. Aún habló con sus discípulos. Estos estaban echados en el suelo, junto a la sepultura; lloraban y rezaban. He visto luego algo maravilloso: mientras Juan estaba tendido y moría plácidamente, he visto en el resplandor, sobre él, una figura luminosa, como él mismo, saliendo de su cuerpo, como de una envoltura y desapareciendo en la misma luz y resplandor. He visto luego acudir a los demás, y echarse alrededor de su sepultura, que luego cubrieron. He visto también que el cuerpo de Juan no está en la tierra. Veo entre el Este y el Oeste un espacio luminoso, semejante a un sol, y lo veo allí dentro, como si intercediera a favor de los demás; como si recibiera algo desde arriba y lo diera a los de

abajo. Este lugar lo veo como algo perteneciente a la tierra, pero del todo elevado sobre ella de ningún modo se puede llegar hasta allí (*).

8. Trabajos apostólicos de Sto. Tomás en la India

Cerca de tres años después de la muerte de Cristo, Santo Tomás emprendió viaje con el apóstol Tadeo y cuatro discípulos hacia el país de los Reyes Magos. Allí bautizó a dos de los tres Reyes Magos: a Mensor y a Teokeno. *(En otro lugar dice Ana Catalina que Sair, el tercero de los reyes, ya había muerto).* En todas partes obraba grandes maravillas el apóstol Tomás; establecía maestros de la fe y dejaba a un discípulo. Se dirigió hasta la Bactriana. Lo he visto muy al Norte, en la China, donde empieza la Rusia, entre gentes completamente bárbaras. En la Bactriana, especialmente entre los que siguen las enseñanzas de la Estrella Luminosa *(Zoroastro)*, fué muy bien recibido. Lo he visto también en el Tibet. Después he visto a Tomás, no solamente en la India, sino también en una isla, entre gente de color negro, y en el Japón, y he oído profecías hechas por él sobre la suerte de la religión en ese país. Tomás no había querido por propia voluntad ir a la India. Antes que se fuera, había tenido frecuentes visiones en sueños, pareciéndole que él edificaba en la India hermosos y grandes palacios. Él no entendía en un principio tales visiones y las desechaba, ya que no era constructor de casas. Pero después le volvían los avisos de que se dirigiera a la India, para convertir a mucha gente, ganar almas para Dios; que esto era lo que significaban los palacios que edificaba. Refirió sus visiones a Pedro, quien lo animó a ir a la India. Viajó a lo largo del Mar Rojo. Estuvo también en la isla Socotora, donde evangelizaba; no permaneció mucho tiempo allí.

Era la segunda ciudad del reino adonde Tomás había llegado, cuando celebraban allí una gran fiesta. Él empezó a evangelizar y a curar los enfermos. El rey y mucha gente escuchaban

(*) San Antonino trae los hechos narrados en la misma forma que los ve Ana Catalina (VI, Cap. 6, I, 3). La tradición confirma lo visto por la vidente en la muerte del Santo. San Agustín, San Gregorio de Tours, Hilario, Epifanio, San Gregorio Nacianzeno, Alberto Magno, Tomás de Villanueva y otros son de parecer que Juan murió efectivamente, pero que su cuerpo fué sustraído de la tierra y que ahora vive, como Enoch y Elías, para volver al fin de los tiempos a predicar a las naciones. El oficio de la iglesia griega ha recibido esta tradición en su liturgia.

su enseñanza. Logró convertir a tanta gente que un joven sacerdote idólatra concibió mucho enojo contra él. En medio del concurso de pueblo donde enseñaba Tomás, se adelantó y le dió una bofetada. Tomás se mostró muy paciente y, sin inmutarse, ofreció la otra mejilla a los golpes y aún le dió las gracias. Por esta actitud quedaron el rey y el pueblo muy admirados y consideraron a Tomás como persona santa. El mismo sacerdote de los ídolos se convirtió. Su mano se había cubierto de lepra, pero el santo la sanó, y así, convertido, fué luego el más adicto discípulo del apóstol. Tomás convirtió también a la hija del rey y a su esposo, que estaba poseído por un demonio. Después abandonó esta comarca viajando hacia el Oriente. Cuando la hija del rey dió a luz un hijo, se consagraron ella y su esposo a Dios, viviendo en continencia, y repartieron sus riquezas a los pobres. Por este hecho el padre del esposo se irritó mucho contra Tomás y decía que era un hechicero, pero los esposos perseveraron en el camino emprendido, enseñaban por doquier la fe de Cristo con la sencillez con que la habían recibido y convirtieron a mucha gente. El padre del joven esposo se conmovió y mandó decir a Tomás que volviera. Tomás volvió, pues le había dicho: "Pronto os volveré a ver". El rey se hizo bautizar con una gran muchedumbre del pueblo. He visto que más tarde fué diácono y que se retiró al país de los Reyes Magos. Creo que llegó a ser sacerdote. Un hijo suyo edificó una iglesia.

He visto a Tomás en otra ciudad de la India, junto al mar, deseando volver atrás en su viaje. Creo que no era lejos del lugar donde he visto más tarde a Javier. Se le apareció Jesús y le mandó ir más adentro en la India. Tomás no se decidía; le parecía que había allí pueblos muy bárbaros. Se le apareció Jesús nuevamente, y le dijo que huía de su presencia como Jonás: le animó a ir, prometiéndole estar con él; le dijo que allí se obrarían grandes maravillas por su predicación; que en el día del juicio estaría él junto a Cristo, como testigo de lo que se había hecho por la conversión de los hombres.

He visto luego al apóstol salir en medio de mucha gente; lo he visto sanando enfermos, echando demonios y bautizando junto a un pozo. Acercósele un hombre noble, muy instruído y muy bueno, que estaba siempre consultando libros y se hizo un discípulo muy adicto. Este hombre tenía una sobrina casada con un pariente del rey del lugar. Era joven, hermosa y muy rica. Cuando oyó hablar del apóstol, concibió un gran deseo de oír su enseñanza. Se metió entre el pueblo y, echándose a sus

pies, le pidió que la instruyera en las verdades de la fe. Tomás la evangelizó y la bendijo. Ella estaba muy conmovida; lloraba, oraba y ayunaba día y noche. Su esposo, que la amaba mucho, la quería distraer; pero ella le rogó la dejase todavía algún tiempo libre. Iba todos los días a la enseñanza del apóstol y se hizo ferviente cristiana. Esto irritó muchísimo a su esposo, que se vistió de luto y se presentó en queja al rey, contra Tomás. Mandó el rey que Tomás fuera arrastrado con una soga por el hombre irritado, y azotado y encarcelado; mas él daba gracias a Dios de todo lo que padecía.

La joven esposa se cortó los cabellos, lloraba, oraba y daba mucha limosna a los pobres, y desde entonces no volvió a adornarse. Durante la noche, en ausencia de su esposo, habiendo ganado a los guardianes, iba con otros a escuchar las enseñanzas de Tomás en la misma cárcel. Su nodriza iba con ella y se hizo cristiana. Tomás les dijo que preparasen todo para el bautismo en su misma casa. Salió de la cárcel y bautizó a éstos y a muchos otros. Los guardianes, por permisión de Dios, durmieron durante este tiempo, y Tomás volvió luego a su encierro.

Más tarde, como hasta en la familia real algunos se habían enmendado, oyendo la predicación del apóstol, mandó el rey comparecer a Tomás. El apóstol lo evangelizó, y como él no creyese, le dijo Tomás que hiciese alguna prueba con él para que viera que predicaba la verdad. Mandó entonces el rey traer asadores calentados al rojo, y Tomás caminó sobre ellos sin sentir daño alguno. En el lugar donde estuvieron los hierros ardientes, brotó una fuente. Tomás le dijo cómo él mismo había visto los milagros de Cristo durante tres años, cosa que la decía a menudo, y que, a pesar de todo, frecuentemente dudaba; por eso quería convencer a los más incrédulos. Tomás narraba su propia culpa en todas partes. El rey intentó aún ahogarlo dentro de una pieza que hizo llenar de vapor caliente; pero no llegó a causarle daño alguno y la pieza estaba llena de aire fresco. Cuando pretendió que Tomás sacrificase a sus ídolos, el apóstol le dijo: "Si Jesús no pudiera destruir a tu ídolo, entonces yo le ofreceré incienso". Se preparó una gran fiesta; caminaron hacia el templo, en medio de músicas y cantos. El ídolo de oro era conducido en un carro majestuoso. No bien Tomás oró, se vió descender fuego del cielo, que derritió el ídolo en un momento. Otros muchos ídolos cayeron destrozados al suelo. Se produjo por esto un gran levantamiento entre el pueblo y los sacerdotes, y Tomás fué arrojado de nuevo a la cárcel. De esta

cárcel fué librado, como Pedro, y llegó a una isla donde estuvo largo tiempo. Tomás dejó su enseñanza allí y se dirigió hacia el Japón, donde estuvo medio año. A su vuelta se convirtieron muchos de la misma familia del rey. Los sacerdotes de los ídolos estaban más irritados contra él. Uno de ellos tenía un hijo enfermo y pidió a Tomás que fuese a sanarlo. Mientras tanto ahogó a su hijo y luego acusó a Tomás de ser autor del hecho. Tomás hizo traer el cadáver y mandóle, en nombre de Jesús, levantarse y decir quién lo había matado. El muerto se levantó, y dijo: "Mi padre lo ha hecho". Por este motivo se convirtieron muchos.

He visto que Tomás, hincado de rodillas sobre una piedra, solía orar fuera de la ciudad, en un lugar distante del mar, y que sus rodillas quedaron impresas en la piedra. Él predijo que cuando el mar que estaba entonces bastante lejos llegase a lamer esa piedra, vendría un hombre desde muy lejos y predicaría allí la fe de Jesucristo. Yo no podía pensar que el mar llegaría con el tiempo hasta allí. En ese lugar se levantó una cruz de piedra cuando Javier llegó a esta comarca. He visto a Tomás hincado sobre esta piedra, orando, en éxtasis, y que un sacerdote idólatra, acercándose por detrás, le traspasó con su lanza. Su cuerpo llegó luego a Edesa; y he visto una fiesta religiosa en su honor. Pero quedaron todavía una costilla de Tomás y la lanza en el lugar. Junto a la piedra donde rezaba, había un árbol de olivo, que fué regado con su sangre. Siempre, el día de su martirio, el árbol suda aceite, y cuando esto no acontece, la gente teme un mal año. He visto que los paganos en vano quisieron desarraigar este árbol, que siempre renace. Se levantó una iglesia allí, y cuando se dice Misa en ella el árbol vuelve a sudar aceite. La ciudad se llama Meliapur. Ahora la fe no florece allí, pero el cristianismo se levantará de nuevo en ese lugar.

Me fué dicho que Tomás llegó a los trescientos noventa años de edad. Era muy demacrado, algo oscuro de cara y tenía cabellos castaños algo rojizos. En su muerte se le apareció el Señor y le dijo que se sentaría con él a juzgar en el día del juicio. Si no me equivoco en mis muchos viajes me parece que Tomás partió, después de la separación de los apóstoles, primero a Egipto, después a Arabia, y andando por el desierto mandó a un discípulo a decir a Tadeo que fuera a ver al rey Abgar. Después bautizó a los Reyes Magos y llegó hasta la Bactriana, China, Tibet, Rusia, y desde aquí regresó para asistir a la muerte de María. Después lo he visto en Palestina, a través de Italia, un trozo de Alemania, la Suiza, un poco de Francia, luego en Africa

llegar a Etiopía y Abisinia, donde vivía Judit *(de quien se habla en otra visión)*. De allí a Socotora, a la India, a Meliapur, donde fué librado de la cárcel por el ángel; atravesando parte de la China, llegó muy al Norte, donde es ahora la parte rusa. De aquí fué al Norte de las islas del Japón (*).

9. Trabajos de San Bartolomé en Asia y Abisinia

El apóstol San Bartolomé predicó la fe primeramente en la India, donde dejó muchos convertidos y discípulos. Después pasó a través del Japón, y volvió a la Arabia, por el Mar Rojo, hacia Abisinia. Aquí convirtió al rey Polimio y resucitó a un muerto. En la ciudad real de este país había muchos enfermos, que eran conducidos ante los ídolos. Desde que Bartolomé llegó, el ídolo enmudeció. Había allí una casa llena de mujeres endemoniadas. Bartolomé sanó y libró a esas personas, las evangelizó y las bautizó, después que ellas abjuraron públicamente de sus errores y de su comercio con los demonios.

El apóstol se entretenía frecuentemente y por largo tiempo con el rey Polimio, el cual preguntaba mucho y a menudo lo dejaba para consultar con sus escritos. El apóstol le respondía y resolvía sus dificultades. En cuanto a lo que decía el rey que la gente se sanaba de sus enfermedades cuando iba delante del ídolo, el apóstol le declaró que las gentes eran primeramente influenciadas por el demonio, y parecían enfermas; luego, cuando eran presentadas delante del ídolo, aparentaban ser curadas, para que la gente no se apartara del culto de los demonios. Le dijo que, desde ese momento, el demonio de ese ídolo había quedado reducido a la impotencia, y que ya no podría obrar maravillas. Le decía que todo esto lo vería más claro, si consentía consagrar el templo al verdadero Dios y si se dejaba bautizar él y su pueblo, abrazando la fe de Cristo. El rey mandó convocar a todo el pueblo y mientras los sacerdotes falsos ofrecían sacrificios, clamó Satanás desde el ídolo que no lo hicieran, que él ya no podía obrar nada, que estaba atado por el Hijo de Dios. Bartolomé le mandó, en nombre de Dios, que manifestara los engaños de sus curaciones, y Satanás lo confesó, hablando por el ídolo. Después enseñó Bartolomé en un lugar abierto y mandó al demonio se mostrase tal cual era, para que viesen los paganos a quien ado-

(*) El *Kirchenlexikon* dice: Según la tradición de los Sirios, envió Tomás al apóstol Tadeo a Edesa, donde era rey Abgar. El cuerpo del santo descansa en Edesa y parte de sus reliquias quedaron en la India.

raban. El demonio se mostró en forma de un hombre negro y espantable, y delante de ellos se hundió luego en la tierra. Entonces el rey Polimio mandó derribar todos los ídolos. Bartolomé consagró el templo al verdadero Dios, bautizó al rey, a toda su familia y poco a poco a todo su ejército.

Bartolomé enseñaba, curaba a los enfermos y era muy querido de todo el pueblo. Recibió el apóstol la orden del cielo de ir a ver a la Madre de Dios. Mientras tanto los sacerdotes de los ídolos se dirigieron a Astiages, hermano de Polimio y acusaron a Bartolomé como hechicero. Cuando Bartolomé volvió, después de la reunión con los demás apóstoles, no alcanzó a entrar, porque fué aprehendido por los satélites de Astiages y llevado delante de él, que le habló así: "Tú has seducido a mi hermano para que adorase a tu Dios. Yo quiero enseñarte a sacrificar a mi dios". Bartolomé le respondió: "Ese Dios que me dió la potestad de mostrar a tu hermano a quien adoraba, es decir, a Satanás, y de echarlo al infierno, de donde había salido, me da también la fuerza para quebrar a tus dioses falsos y traerte a ti mismo la fe". En ese momento llegó un mensajero con la noticia de que el ídolo de Astiages había caído destrozado en tierra. El rey, rabioso por este hecho, rasgó sus vestidos y mandó azotar al santo apóstol. Fué atado a un árbol y despellejado, mientras él, con clara voz, predicaba; al fin le fué atravesada la garganta con un estilete. Los verdugos lo desollaron desde los pies y le pusieron su piel en las manos. Después de su muerte, arrojaron su sagrado cuerpo a las fieras; pero fue por la noche rescatado por los nuevos convertidos. He visto que el rey Polimio acudió con mucha gente y le dió honrosa sepultura. Sobre su sepulcro se edificó una iglesia. Astiages y los que habían martirizado a Bartolomé se vieron invadidos por el furor y el espanto, después de trece días, y corrían al sepulcro del santo implorando su ayuda. El rey Astiages se convirtió, al fin; no así los sacerdotes idólatras, que murieron miserablemente después de algún tiempo (*).

(*) Sin razón identifican algunos exégetas a Bartolomé con Natanael. Bartolomé, hijo de Tolmai, se llamaba Neftalí. Después de haber predicado en la India y Armenia, sus reliquias están en Roma, mientras que Natanael, después de haber predicádo en Mauritania y en Bretania, descansa en Treuga, que es León de España.

10. Simón y Judas Tadeo en Persia

Los hermanos Simón y Judas Tadeo anduvieron, después de la dispersión de los apóstoles, por algún tiempo en compañía. Simón se dirigió al Mar Negro, y hacia la Escitia, y Tadeo hacia el Este, donde probablemente encontró a Tomás, acompañándole un trecho, siendo luego enviado por éste con una carta al rey de Edesa, llamado Abgar.

Cuando Tadeo llegó hasta el rey, vió éste, junto al apóstol, el rostro luminoso de Jesús, y se inclinó profundamente. Por medio de la imposición de sus manos sanó Tadeo al rey Abgar de la lepra. Después de haber sanado y convertido a muchos en Edesa, se dirigió con su acompañante Silas a través de los países que Jesús había viistado y llegó, atravesando Arabia, hasta el Egipto. En este viaje pudo el apóstol bautizar a muchos en Kedar; enteras poblaciones abrazaban la fe.

El apóstol Simón se dirigió, después de la muerte de María, al país de los Persas. Llevaba de acompañantes al discípulo Abdías y a otros más. Más tarde fué Abdías obispo de Babilonia. Por disposicion de Dios, se encontraron los dos hermanos de nuevo juntos en un campamento militar y se encaminaron a una gran ciudad *(Babilonia)*. Aquí les iba muy bien. He visto acontecer muchas cosas de las cuales ya no tengo más que una vaga idea. Recuerdo que en una reunión, en presencia del rey, se levantaron los sacerdotes idólatras contra el apóstol. Una parte de ellos tenía en un canasto cierta cantidad de víboras del largo de un brazo y otros las tenían en las manos. Estas víboras eran redondeadas, como anguilas, pero más delgadas; tenían cabecitas redondas, las fauces abiertas mostraban unas lengüitas agudas, como lancetas, en actitud de amenaza. Los sacerdotes las arrojaron contra el apóstol; pero he visto que ellas volvían como flechas contra los mismos que las habían traído. Los mordían, y ellos gritaban y clamaban, hasta que el apóstol mandó a las serpientes que no dañasen a esos sacerdotes. He visto que muchos se convirtieron y el mismo rey con ellos. Los apóstoles salieron de allí y fueron a otra ciudad y se hospedaron en la casa de un cristiano. He visto levantarse un tumulto en la ciudad, y los dos apóstoles, juntamente con el cristiano, fueron conducidos a un templo donde había varios ídolos montados sobre ruedas. Se había reunido una muchedumbre tumultuosa, dentro y fuera del templo. Recuerdo haber visto que los ídolos se desplomaron destruídos y que del templo caían escombros. A con-

secuencia de esto fueron los dos apóstoles maltratados por el pueblo, que con toda clase de armas y con la ayuda de los sacerdotes idólatras, hirieron a los santos apóstoles, hasta dejarlos muertos. He visto como al apóstol Tadeo le partieron la cabeza en dos partes, por en medio de la cara, con el hacha que tenía un hombre en el cinto. Apareció una claridad y visión celestial sobre el santo mártir. Los cuerpos de ambos apóstoles descansaron en la iglesia de San Pedro en Roma.

11. San Felipe en Frigia y San Mateo en Etiopía

Después de Pentecostés partieron Felipe y Bartolomé hacia Gessur, en los confines de la Siria. Felipe sanó en esta ciudad a una enferma. Al principio fué bien recibido; luego perseguido. Pasó Felipe a la Frigia, donde ganó a muchos paganos a la fe de Cristo. En Heriápolis, de Frigia, fué llevado delante de una estatua de Marte, por los sacerdotes, para que ofreciera incienso. Salió debajo del mismo altar una serpiente, que mató a dos tribunos y al hijo del mismo sacerdote del ídolo. El santo apóstol resucitó a los tres muertos. A pesar de esto, fué azotado y luego crucificado. Querían muchos sacarlo de la cruz mientras estaba aún vivo, pero él les rogaba que lo dejasen morir como había muerto su Señor y Maestro. Mientras estaba aún en la cruz, fué apedreado hasta que lo vieron muerto. Su martirio ocurrió el año 81.

San Mateo predicó 25 años en Etiopía, y en este tiempo convirtió a una gran muchedumbre a la fe de Cristo, entre ella al rey Egipo con toda su familia. La hija del rey, Hifigenia, tomó la resolución de consagrarse a Dios en estado de virginidad y fué confirmada en este propósito por el santo apóstol. Cuando lo supo el tío del rey, que se había apoderado del reino y que pretendía a Hifigenia por esposa, mandó matar al santo apóstol. Mientras celebraba los divinos oficios en el altar, el santo apóstol fué traspasado por una lanza.

12. San Marcos en Roma(*)

Con el príncipe de los apóstoles, Pedro, fué Marcos a Roma. En su Evangelio escribió Marcos lo que Pedro le dictaba. Como

(*) Inclúyense en este capítulo algunos que no son apóstoles propiamente dichos, como Marcos, Timoteo y otros, pero que estuvieron estrechamente vinculados a los apóstoles de Jesucristo.

se extendió por Roma una peste, se erigió allí, por orden de Marcos, una especie de *Via Crucis*. Los cristianos y los mismos paganos que hacían el *Via Crucis* se veían libres de la peste. Al ver esta maravilla muchos paganos se convirtieron. Marcos se dirigió desde Roma a Egipto para predicar el Evangelio. Lo he visto primero en Alejandría. El no había querido ir allá, sino más bien predicar de un lado para otro. Camino andando, se hirió de tal manera en el dedo índice de la mano derecha, que hubiese perdido el dedo a no haber obtenido curación por una maravillosa aparición, semejante a la de Saulo, que le infundió mucho temor. De su herida le quedó toda su vida una señal colorada alrededor del dedo. Cuando entró en Alejandría dió, en cierta ocasión, la suela de su zapato al zapatero Aniano para que se la compusiera. Este artesano se hirió la mano al hacer el trabajo. Marcos lo sanó juntando saliva con polvo del suelo. Se convirtió Aniano y Marcos se hospedó en su casa. Aniano tenía una habitación grande, varios siervos, y su esposa con diez hijos. En la habitación destinada para Marcos tenían lugar las primeras reuniones de los nuevos convertidos. Los apóstoles no solían celebrar los divinos oficios y la Misa en una nueva comunidad, sino cuando ésta se encontraba fortificada y convenientemente instruída. El santo sacramento lo administraban con cierto rito durante la celebración de la santa Misa. El zapatero Aniano tenía entre sus diez hijos, tres que luego fueron sacerdotes. He visto que el padre fué el sucesor del mismo Marcos. En Heliópolis he visto al santo evangelista Marcos. Allí se edificó una iglesia en el lugar donde había estado la Sagrada Familia y también un pequeño convento. La mayoría de los bautizados aquí por Marcos, eran judíos. Marcos fué arrojado en la cárcel de Alejandría y estrangulado con una soga. Cuando estaba en la cárcel se le apareció Jesús con una pequeña patena y le dió un pan redondo. Más tarde he visto su cuerpo en Venecia.

13. San Lucas y los cuadros de la Virgen(*)

El evangelista Lucas estuvo con San Juan en Efeso; luego con el apóstol Andrés. En su ciudad natal conoció al apóstol Pablo, a quien acompañó en sus viajes. Escribió el Evangelio, según consejos de Pablo y porque corrían falsos escritos acerca

(*) Lucas fué discípulo del Señor, aunque no le seguía de continuo. Según San Gregorio Magno, Orígenes, Aeofilacto, Nicéforo, Metafrastes, fué con Cleofás uno de los discípulos de Emaús.

de la vida del Señor. Escribió su Evangelio 25 años después de la Ascensión del Señor, la mayor parte por noticias de los que habían presenciado los hechos. Ya en tiempo de la resurrección de Lázaro lo he visto visitar los lugares donde el Señor había obrado milagros y hacer anotaciones. Estaba en íntima relación con Bársabas. Supe también que Marcos escribió su Evangelio por noticias de los que habían presenciado, y he visto que ninguno de los Evangelistas, al escribir su libro, usó el escrito de los otros. Me fué dicho que si más hubiesen escrito, menos aún les hubiesen creído. Los milagros repetidos varias veces, no los han consignado, para no ser largos.

He visto a Lucas pintar varios cuadros de la Virgen, algunos de modo milagroso. Un busto de María lo halló pintado y concluído, por haberlo pedido así, después que inútilmente había intentado hacer el trabajo. Lo halló terminado mientras estaba en éxtasis. Está conservado en Roma, en Santa María la Mayor, sobre un altar en la capilla del Pesebre, a la derecha del altar mayor. No es, sin embargo, el original, sino una copia del mismo. El original está aún en una pared, que se ha convertido en una columna, cuando se ocultaron allí, en un gran peligro, muchos objetos sagrados. Allí veo también huesos de santos y escritos de mucha antigüedad. La iglesia tiene siete columnas. Está encerrado en el medio, a la derecha, de modo que el sacerdote, cuando dice *Dominus vobiscum*, en el altar del cuadro de la Virgen, con su mano señala esa columna.

Lucas pintó también la imagen de María de cuerpo entero, en traje de desposada. No sé dónde se encuentra ese cuadro. Otro cuadro donde aparece María en traje de luto, de tamaño natural, creo haberlo visto donde está el anillo de desposada de la Virgen *(en Perusa)*. Lucas pintó a María mientras iba camino del Calvario para bajar a Cristo de la cruz. Esto sucedió de modo maravilloso. Cuando todos los apóstoles habían huído, María se encaminó al amanecer hacia la cruz, creo que con María Cleofás y Salomé. Lucas estaba en el camino y extendió un lienzo con el deseo de que quedara impresa la imagen de María. Encontró la imagen como una sombra diseñada y según esto hizo la pintura. Había allí dos figuras: él mismo, con el lienzo, y María, de camino. No sé si Lucas obró así sólo para obtener la figura de María en su lienzo, o porque era costumbre alzar un lienzo a las personas de luto, o para prestar a María un servicio como había querido hacer la Verónica con Jesús. Este cuadro pintado por Lucas lo veo como aún axistente en

medio de cierta gente, entre Siria y Armenia. Estos no son realmente cristianos; creen en Juan Bautista y usan un bautismo de penitencia cuando quieren purificarse de sus culpas. Lucas predicó en este lugar y obraba con el cuadro muchos milagros. Ellos lo persiguieron, y quisieron apedrearlo. Con todo, se guardaron el cuadro de Lucas. Tomó consigo a doce a quienes había convertido. Ellos vivieron en la cercanía de un monte, como a doce horas del Líbano, hacia el Oriente. En los tiempos de Lucas eran un centenar. Su iglesia la veo como una cueva en la montaña; para entrar hay que descender; por la parte alta se ven cúpulas, como se ven ventanas en la techumbre de una iglesia.

He visto el cuadro de Lucas en otro tiempo; yo creo que eran tiempos más modernos, porque en los de Lucas las cosas eran más sencillas. La iglesia me pareció más grande; las ceremonias me parecieron muy diferentes entre los habitantes. El sacerdote estaba sentado bajo un arco, delante del altar. El cuadro estaba colgado del techo. Había muchas lámparas ardiendo delante del cuadro, de modo que estaba ya oscuro y borroso. Ellos alcanzaban muchas gracias del cuadro y lo honran porque han visto maravillas por causa de él.

Lucas fué martirizado siendo Obispo, creo que en Tebas. He visto como lo ataban con sogas a un árbol de olivo y lo ultimaban a flechazos. Una flecha le dió en el pecho y su cuerpo se inclinó hacia adelante. Entonces lo ataron nuevamente y volvieron a flecharlo. Fué enterrado secretamente de noche. He visto que Lucas usaba como medicina, en su período de curaciones, resedá con aceite de olivo mezclado, al cual bendecía. Ungía a los enfermos, haciendo una cruz en la frente y en la boca, y usaba también resedá seca con agua, que derramaba encima.

14. San Bernabé, Timoteo y Saturnino

Fué enviado Bernabé desde la iglesia de Jerusalén a Antioquía, donde predicó el Evangelio en compañía de San Pablo, durante un año, con mucho fruto espiritual, hasta que el Espíritu Santo, por boca del profeta, le confirió la misión: "Separad a Bernabé y a Pablo para la obra que les he encomendado". Después que recibieron la consagración episcopal fué Bernabé compañero de San Pablo por algún tiempo. Cuando se separó de él hizo varias excursiones apostólicas. Estuvo en Milán, donde predicó el Evangelio. En la isla de Chipre, su patria, fué ape-

dreado por los judíos. Su cuerpo fué arrojado en una hoguera, pero no se quemó. Sus discípulos lo enterraron religiosamente. Cuando en tiempos del emperador Nerón volvió a encontrarse su cuerpo, hallaron una parte del Evangelio de San Mateo sobre su pecho. Ha escrito algunas cosas.

Timoteo, discípulo de San Pablo, fué tomado preso en la isla de Chios, en el mismo tiempo que el apóstol San Juan se encontraba en cautividad en la isla de Patmos. Lo he visto siempre alto de estatura, moreno, delgado y pálido. En los viajes llevaba casaca oscura, que recogía en la cintura. Como obispo llevaba un manto largo, de color marrón oscuro, con flores color de oro, bordadas gruesamente. Los hilos parecían cordeles. pero el conjunto era muy hermoso. Tenía una estola en el cuello, un cinturón en el cuerpo y en la cabeza una especie de mitra baja, partida en dos. Era querido por todos. Tenía una comunidad de convertidos. Hasta los mismos soldados que lo rodeaban, lo querían. Había allí una mujer noble, cristiana, que había caído en grave culpa. Estando Timoteo por celebrar los misterios en una pequeña iglesia, ya en el altar, conoció por revelación la culpa de esa persona, que llegaba a la iglesia para oír la Misa. Salió entonces el santo obispo a la puerta e impuso a la mujer la penitencia de su culpa, impidiéndole la entrada. A consecuencia de esto, se levantó una persecución contra el santo. Fué desterrado a la Armenia, y libertado, antes que Juan lo fuera de la isla de Patmos. San Pablo lo envió como obispo a Efeso. En esta ciudad fué muerto, porque había censurado enérgicamente los desórdenes de unas orgías celebradas esos días con máscaras, llevando los ídolos en las bacanales.

Saturnino, que junto con el apóstol Andrés siguió a Jesús después del bautismo del Jordán, predicó después de la muerte de Cristo, en Tarso. Aquí estaba a punto de ser muerto por los paganos; pero se levantó un viento con tanto polvo, que llenando los ojos de los perseguidores, permitió a Saturnino huir de la ira de sus adversarios. Estuvo también en Roma con San Pedro y fué enviado por él a las Galias. Allí estuvo en Arelat, en Nimes y en varias otras comarcas del país. En Tolosa se detuvo mayor tiempo y convirtió a muchos paganos, después de haber sanado de lepra a una mujer que se hizo cristiana. En Tolosa fué martirizado. Sobre una montaña donde había un templo a los ídolos, el santo fué aprehendido por los paganos y atado a un toro furioso, el cual lo arrastró por entre espinas y

piedras del camino, barranca abajo. Cuando el toro furioso se detuvo, al caer del barranco, el santo tenía la cabeza partida. Así consumó su martirio. Su fiesta se celebra el 29 de febrero.

15. Lázaro, Marta y Magdalena en el sur de Francia

Tres o cuatro años después de la muerte de Cristo prendieron los judíos a Lázaro, Marta y Magdalena. Prendieron también al discípulo Maximino y a aquel ciego de nacimiento curado por Jesús, que se llamaba Chelitonio y a dos doncellas y los depusieron sobre un barco desmantelado, sin remos ni velas, abandonándolos a merced de las olas. Por milagro de Dios escaparon del naufragio. Con el auxilio del Señor, el buque fué llevado con extraordinaria velocidad a través del mar, y se detuvo en las costas del Sur de Francia, cerca de la ciudad de Massilia, hoy Marsella. Cuando llegaron a esta ciudad, se festejaban los bacanales de unos ídolos. Los siete extranjeros se sentaron bajo un corredor de columnas, en lugar abierto. Permanecieron largo tiempo así, indecisos. Fué Marta la primera que, después de haberse confortado con lo que traían en sus pequeños recipientes, se mezcló con la gente del pueblo, que se había acercado a ellos y les dió a entender cómo habían llegado hasta allí. Les habló también de Jesús, y se mantuvo muy movida. He visto también cómo más tarde les arrojaban piedras para ahuyentarlos; pero las piedras no los herían, y quedaron en ese sitio hasta la mañana siguiente. Los demás también habían comenzado a hablar y a hacerse entender. Así pudieron ganarse la simpatía de algunas personas. Al otro día acudió gente desde una gran casa, que tengo por alcaldía, y le preguntaron muchas cosas. Permanecieron otro día más bajo las arcadas, entreteniéndose con las gentes que pasaban, que se detenían para ver a los forasteros. Al tercer día fueron conducidos a la casa grande, delante del jefe, separados en dos grupos. Los hombres quedaron con el jefe allí y las mujeres fueron llevadas a otra casa de la ciudad. Se los trató bien y se les dió de comer. He visto que predicaban y enseñaban en los lugares donde los llevaban y que el jefe del lugar dió orden en la ciudad de no molestar a los forasteros. Pronto se dejaron bautizar muchos habitantes. Lázaro bautizaba en una gran fuente, en la plaza, delante del templo, el cual poco a poco se iba quedando desierto. Creo que el jefe también se hizo bautizar. No permanecieron largo tiem-

po juntos. Más tarde Lázaro continuó predicando allí como Obispo.

Marta se dirigió con las dos doncellas a una región salvaje, rocosa, cerca de la ciudad de Aix, donde habitaban muchas esclavas paganas, a las cuales convirtió. Más tarde se edificó un convento y una iglesia. Habitaba allí un monstruo, que causaba mucho daño en la comarca, a orilla de un río. Marta llegó en el momento en que la bestia devoraba a un hombre. Marta sujetó al monstruo, echándole un cinturón al cuello, en nombre de Jesús, y lo ahogaba, mientras el pueblo que presenciaba la escena acabó por matarlo.

A menudo predicaba Marta el Evangelio delante de mucha gente, en lugares abiertos y a orillas del río. Ella y sus compañeros acostumbraban hacerse una especie de púlpito con piedras superpuestas. Las colocaban formando escalones; dentro quedaba la altura vacía como una bóveda; encima ponían una gruesa piedra, sobre la cual predicaba de pie. Hacía esto como un albañil no lo haría mejor; siempre la he visto ingeniosa y extraordinariamente ordenada. Cierto día sucedió que estaba Marta predicando sobre esta altura, a orillas del río. Quiso un joven acercarse nadando desde la otra orilla para oír lo que decía; pero el agua lo venció y el infeliz pereció ahogado. Por esto la gente se mostró contrariada con la santa y le echaba en cara que se había rodeado sólo de esclavas, a las cuales había logrado convertir. Cuando al día siguiente el padre encontró el cadáver de su hijo ahogado, lo llevó, en presencia del pueblo, adonde estaba Marta, diciendo que sólo si volvía la vida a su hijo podía creer en Cristo y en el Dios que anunciaba. Entonces Marta mandó al joven, en nombre de Jesús, volver a la vida, y aquél resucitó. El joven resucitado, el padre y muchas personas se hicieron cristianos; otros no se convirtieron y tenían a Marta por hechicera. He visto que uno de sus compañeros de viaje, creo que el discípulo Maximino, llegó a la comarca para visitar a Marta y le dió la santa comunión. Marta trabajó, enseñó y convirtió a muchos habitantes de la región.

Cuando Magdalena se separó de ellos, se retiró a una región solitaria donde moraba sola en una cueva, que acomodó para vivienda. Maximino acercábase algunas veces, a mitad del camino, donde estaba Magdalena, para darle la santa comunión. Magdalena murió poco antes de su hermana y fué sepultada en el convento de Marta. Sobre la cueva de su habitación edificó Maximino una capilla.

16. San Clemente Romano(*)

Con San Pablo no he visto a Clemente; pero a menudo lo he visto con Bernabé; también con Timoteo, Lucas y Pedro. El era romano, pero sus antepasados eran judíos de los confines de Egipto. Estaba casado, y recibió una inspiración de vivir en continencia, lo cual practicó también su esposa, que más tarde, me parece, fué martirizada. Fué el tercer Papa, después de Pedro.

He visto al papa Clemente poco antes de la persecución. Estaba extraordinariamente demacrado y pálido: tan abatido lo he visto que parecía a Nuestro Señor cuando llevaba la cruz. Sus mejillas hundidas y su boca contraída por la tristeza con que miraba la ceguera y falsedad de la gente del mundo. Lo he visto enseñando en una sala, sentado. Sus oyentes eran de muy diversas ideas: algunos tristes y conmovidos, otros fingían estarlo, y se alegraban del próximo fin que entreveían acercarse. Otros dudaban y no se decidían a creer. Entonces entraron soldados romanos y lo redujeron a prisión. Lo arrastraron y lo pusieron en un carro. Detrás había un asiento escondido y delante otros abiertos. Pusieron detrás al santo. Subieron unos seis soldados con él en el carro; otros caminaban al lado. Los caballos eran más pequeños y cortos que los de ahora, y con arreos diferentes; no tenían tantas correas. He visto al santo viajar día y noche, muy paciente, con aire de tristeza. Cuando llegaron al mar, fué embarcado en un barco y el carro volvió por su camino. Después tuve una visión de la comarca adonde fué llevado Clemente. Era una región miserable. desierta y estéril, donde había muchísimas cuevas: todo el contorno era triste y pobre. Clemente fué llevado a una casa que tenía dos alas, una de las cuales salía del medio de la anterior. Cada ala de la misma tenía un pórtico con columnas alrededor. Clemente fué introducido por una puerta, y llevado al ala donde estaba el jefe del lugar; luego fué llevado al ala donde estaban los prisioneros. He visto luego a Clemente en un desierto rogando por agua. Vino del cielo un rayo luminoso que se abrió como un tubo de embalar y de él salió un cordero que con un pie le alcanzaba una vara de punta aguda como una flecha. Abajo, en el suelo, había otro cordero. Clemente tomó la vara, la hincó en la tierra y salió al punto un

(*) Baronio asegura (11, 105-113): "Sobre la vida y martirio de Clemente, tenemos las tradiciones más seguras tanto entre los griegos como entre los romanos... La *Passio Clementis* era leída en las iglesias".

chorro de agua. Los dos corderos desaparecieron al punto. Clemente había rogado para tener el santo Sacramento. Todos los que bebían de esa agua se sentían inclinados hacia el santo Sacramento. Clemente convirtió y bautizó a muchos paganos.

Lo he visto en su martirio: lo arrojaron en una cueva llena de víboras y luego echaban agua dentro. El logró salir con una escalera. He visto como lo arrojaron al mar, desde una nave, con un ancla atada a su cuello. Allí donde fué arrastrado su cuerpo, se formó un sepulcro en la roca, que se hizo visible cuando se retiró el mar. Los cristianos hicieron de esa roca una capilla, en torno de la sepultura, que a veces quedaba sepultada bajo las aguas del mar. Su fiesta se celebra el 25 de noviembre.

17. San Ignacio de Antioquía

He visto a Jesús delante de una casita con sus discípulos. Jesús mandó a uno de ellos a la casa de enfrente que trajese a una mujer con sus hijos, la cual vino con ellos, y aún con el más pequeño, que tendría tres o cuatro años. Cuando llegó el niño delante del Señor, se volvió a cerrar el círculo abierto en torno del Señor y los apóstoles, y el niño quedó dentro. Jesús habló de él: le puso las manos sobre la cabeza y lo estrechó contra su pecho. La madre se volvió y el niño le fué llevado nuevamente. Este niño fué más tarde San Ignacio de Antioquía. Había sido un niño bueno, pero con la bendición de Jesús quedó transformado. Lo he visto ir a menudo solo al lugar donde Jesús lo había bendecido, besar la tierra y decir: "Aquí estuvo ese santo Hombre". Lo he visto jugando con otros niños, elegir apóstoles y discípulos y recorrer, como en juego, los alrededores, enseñando e imitando lo que había visto hacer al Señor. Lo he visto con otros niños en el lugar de la bendición contándoles el hecho, y diciéndoles que debían también ellos besar el lugar. Sus padres vivían y los he visto maravillarse de lo que veían en el niño y conmoverse y hacerse cristianos. Más tarde se unió a los apóstoles, especialmente a Juan, del cual se hizo familiar, y he visto que después Juan lo consagró sacerdote. Cuando Juan fué encerrado la primera vez en prisión, no quiso Ignacio abandonarlo. Después de Evodio, que sucedió a Pedro en la sede de Antioquía, le siguió Ignacio, que fué hecho obispo por Juan, me parece, o por Pedro mismo.

He visto que por esa comarca pasó un Emperador, a quien fué presentado Ignacio delante, y en público le preguntó el Em-

perador si era él el que, como un mal espíritu, traía revuelta la ciudad. Ignacio le contestó diciendo por qué llamaba demonio a uno que tenía a Dios en su corazón. El Emperador preguntó si sabía quién era el que le interrogaba, y el santo contestó que sí, y que era el primero a quien enviaba el demonio para reprochar a un servidor de Dios. El Emperador lo condenó a ser martirizado en Roma, e Ignacio le dió las gracias por ello con suma alegría. He visto que lo ataban y llevaban a otra ciudad para embarcarlo. Había allí soldados que lo custodiaban y lo hacían sufrir mucho. Lo he visto desembarcar y por donde él pasaba acudían muchos obispos y cristianos para darle el saludo y pedirle la bendición. En Esmirna se detuvo con el Obispo Policarpo, que había sido su condiscípulo; todos estaban muy contentos de verse, y él exhortaba y animaba a todos. Aquí lo he visto escribir cartas. He oído cómo él escribía y deseaba que rogasen para que las fieras lo triturasen como al trigo en un molino, para ser digno pan para el Señor y para el sacrificio.

También en Roma acudieron cristianos al encuentro del santo, lloraban y se hincaban delante de él y le pedían la bendición. También les decía que deseaba ser triturado para ser una hostia para el Señor. Todo su camino fué un triunfo. Lo he visto llegar al lugar del martirio. Allí oró deseando que los leones le diesen tiempo de terminar su oración; que luego lo devorasen, que dejasen sólo algunos huesos y su corazón, para que ellos pudiesen aún obrar algo por Cristo sobre la tierra. Aquí se me dió una enseñanza sobre la virtud y la importancia del culto de las reliquias. Como él había pedido, así se realizó. De pronto se lanzaron los leones furiosos sobre él; en un momento estuvo muerto. Lo devoraban y lamían su sangre. Nada quedó sino sólo unos huesos grandes y su corazón. He visto cómo cuando sacaban de allí a los leones y el público se dispersaba, los cristianos acudían y se disputaban sus reliquias. Todos miraban su corazón, y vieron las letras del nombre de Jesús grabadas como en el título de la cruz. Las letras parecían formadas de venas de color azulado, nacidas allí dentro.

CAPÍTULO II

VISIONES DE LOS MARTIRES

1. Longinos

El 15 de Marzo de 1821 Ana Catalina comunicó estos conceptos sobre una visión que por la noche había tenido acerca de San Longinos, cuya fiesta caía en ese mismo día, cosa que la hermana ignoraba.

Longinos, que había tenido otro nombre, hacía un servicio, entre civil y militar, al lado de Pilatos, que le encargaba vigilar lo que pasaba y contárselo. Era bueno y servicial; pero antes de su conversión faltábanle firmeza y fuerza de carácter. Lo hacía todo con apresuramiento; le gustaba darse importancia, y como era bizco, por ende, sus compañeros con frecuencia le hacían burla. Lo he visto muchas veces esta noche, y con ese motivo toda la Pasión: no sé como pudo ocurrírseme esa idea; lo que recuerdo es que fué con motivo suyo.

Longinos era oficial de clase inferior. En la noche en que Jesús fué conducido al tribunal de Caifás, estaba en el vestíbulo con los soldados: iba y venía sin cesar. Cuando Pedro tuvo miedo de las palabras de la criada, él fué uno de los que le dijo: "Tú eres de los partidarios de ese hombre". Cuando condujeron a Jesús al Calvario, estaba cerca de la escolta por orden de Pilatos, y el Salvador le echó una mirada que le conmovió. En seguida lo vi sobre el Gólgota con los soldados. Estaba a caballo, y tenía una lanza. Le vi en casa de Pilatos después de la muerte del Señor: decía que no se debían romper las piernas de Jesús. Volvió de prisa al Calvario.

Su lanza estaba hecha de muchos pedazos que encajaban uno en otro, y estirándolos se le podía dar tres veces su longitud. Así lo había hecho cuando se determinó súbitamente a dar la lanzada a Jesús; se convirtió sobre el Calvario, y manifestó a Pilatos su convicción de que Jesús era el Hijo de Dios. Nicodemo obtuvo de Pilatos la lanza de Longinos. He visto muchas cosas relativas a esta lanza. Longinos, después de su con-

versión, dejó la milicia y se unió a los discípulos. Fué uno de los primeros que recibieron el bautismo después de Pentecostés, con otros dos soldados convertidos al pie de la cruz.

He visto a Longinos y a esos dos hombres volver a su patria vestidos en traje largo y blanco. Habitaban en el campo, en un país estéril y pantanoso. En este mismo sitio murieron los cuarenta mártires. Longinos era diácono, y, como tal, andaba por el país anunciando a Cristo y contando la Pasión y la Resurrección como testigo ocular. Convertía a mucha gente y curaba a muchos enfermos, haciéndoles tocar un pedazo de la santa lanza que llevaba consigo. Los judíos estaban muy irritados contra él y contra sus dos compañeros, porque publicaban por todas partes la verdad de la resurrección del Salvador, y revelaban sus crueldades y sus tramoyas. A instigación de los judíos, mandaron soldados romanos a la patria de Longinos para prenderlo y juzgarlo por desertor y perturbador de la paz pública. Estaba cultivando sus tierras cuando llegaron, y los condujo a su casa, donde los hospedó. Ellos no lo conocían, y cuando le dijeron el objeto de su viaje, mandó llamar a sus dos compañeros, que vivían en una especie de ermita a poca distancia, y dijo a los soldados que ellos tres eran los que venían a buscar. Lo mismo sucedió con el hortelano Focas. Los soldados se afligieron, porque le habían tomado cariño. Los vi conducir a los tres a un pueblecito vecino, adonde fueron interrogados; no estaban en la cárcel: sólo presos bajo su palabra, pero tenían una señal particular sobre el hombro. Después los decapitaron a los tres sobre una altura situada entre el pueblo y la casa de Longinos, y los enterraron allí. Los soldados pusieron la cabeza de Longinos en la punta de una lanza, y la llevaron a Jerusálén para probar que habían cumplido con su encargo. Me parece que esto sucedió pocos años después de la muerte del Señor.

Tuve después una visión de época posterior. Una mujer ciega, del país de San Longinos, fué en peregrinación a Jerusalén, esperando sanar en la ciudad santa, donde se habían curado los ojos de Longinos. La conducía su hijo, pero éste murió, y se quedó abandonada y sin consuelo. Entonces San Longinos se le apareció, y le dijo que recobraría la vista si sacase su cabeza de una cloaca donde los judíos la habían echado. Era un hoyo con una bóveda, donde se juntaban las inmundicias por diversos conductos.

Yo vi algunas personas conducir allí a la pobre mujer: entró en la cloaca hasta el cuello, y sacó la santa cabeza. Se curó,

y regresó a su patria; los que la habían acompañado conservaron la cabeza. Esto es todo lo que recuerdo.

2. El centurión Abenadar

El 1º de Abril de 1823 la hermana Emmerick dijo que ese día era la fiesta de San Ctesifón, el centurión que había asistido a la crucifixión, y que por la noche había visto muchas particularidades de su vida. Pero los padecimientos y las distracciones exteriores le hicieron olvidar la mayor parte. He aquí lo que contó.

Abenadar, llamado después Ctesifón, era de un país situado entre Babilonia y el Egipto, en la Arabia Feliz, a la derecha de la residencia última que tuvo Job. Había allí, sobre una montaña poco elevada, una reunión de casas cuadrangulares, con tejados planos. Había muchos arbolitos: se recogía incienso y bálsamo. Yo he estado en la casa de Abenadar, que es grande y espaciosa, como de un hombre rico, pero muy baja. Todas las casas están construídas así, sin duda por causa del viento, pues la posición es muy elevada. Abenadar había entrado como voluntario en la guarnición de la fortaleza Antonia, en Jerusalén. Servía en el ejército romano para ejercitarse mejor en las artes liberales, pues era erudito. Fué un hombre muy vivo, de cara morena y talle corto.

Las primeras predicaciones de Jesús y un milagro de que había sido testigo le habían convencido de que los judíos lograban la salvación, y había adoptado la ley de Moisés. No era aún discípulo del Salvador; sin embargo, no abrigaba malas intenciones contra Él; al contrario, le profesaba veneración secreta. Era un hombre muy grave: cuando vino sobre el Gólgota a relevar la guardia, mantuvo el orden y el decoro hasta el momento en que la verdad triunfó en él, y dió testimonio delante de todo el pueblo de la divinidad de Jesús. Como era rico y voluntario, le fué fácil dejar al instante su empleo. Ayudó al descendimiento de la cruz y al entierro de Nuestro Señor; esto le puso en relaciones íntimas con los discípulos de Jesús: después de Pentecostés, recibió el bautismo, uno de los primeros, en la piscina de Betesda, y tomó el nombre de Ctesifón. Tenía un hermano en Arabia; le contó los milagros de que había sido testigo, y le llamó al camino de la salvación. Éste vino a Jerusalén, y fué bautizado con el nombre de Cecilio. Fué encargado

con Ctesifón de ayudar a los diáconos en la nueva comunidad cristiana.

Ctesifón acompañó a España al Apóstol Santiago el Mayor, y volvió también con él. Más tarde fué enviado a España por los apóstoles, y llevó el cuerpo de Santiago, que había sido martirizado en Jerusalén. Fué Obispo, y tenía su residencia habitual en una especie de isla o de península cerca de Francia. Ese sitio fué después destruído por una inundación. El nombre de su residencia se parece a Vergui. No me acuerdo que Ctesifón fuese martirizado. Ha escrito muchas obras que contienen detalles sobre la Pasión de Jesucristo: pero algunos libros falsificados han corrido con su nombre, y libros suyos se han atribuído a otros. Roma ha desechado más tarde esos escritos, la mayor parte apócrifos, aunque había en ellos algo suyo.

Uno de los guardias del sepulcro, que no había querido dejarse corromper por los judíos, era compatriota suyo y amigo. Su nombre se parecía a Sulei o a Suleii. Después de haber estado algún tiempo en la cárcel, se retiró a una caverna del monte Sinaí, donde vivió siete años. Este hombre recibió grandes gracias y escribió libros muy profundos, por el estilo de los de Dionisio Areopagita. Otro escritor se ha aprovechado de sus obras, y así ha llegado algo de ellas hasta nosotros. He sabido todo eso, y también el nombre del libro, pero se me ha olvidado. Ese compatriota de Ctesifón lo acompañó después a España. Entre los compañeros de Ctesifón en ese país estaban su hermano Cecilio, Indalecio, Hesicio y Eufrasio. Otro árabe, llamado Sulima, se convirtió en los primeros tiempos, y más tarde, en el de los diáconos, un compatriota de Ctesifón, cuyo nombre sonaba como Sulensis.

3. Nicodemo y la Verónica

Ana Catalina había dicho varias veces que en su cajita de reliquias debía haber una de Nicodemo, pues había tenido una visión de la visita nocturna de éste a Jesús. Encontrada la reliquia narró lo siguiente:

He visto que Nicodemo, después de haber vuelto de sepultar a Jesús con José y con otros, no fué al Cenáculo donde habían quedado escondidos algunos apóstoles, sino que fué a su casa. Tenía consigo los lienzos que habían servido para descender el cuerpo del Salvador de la cruz. Era espiado y vigilado por los judíos en todos sus pasos. Lo tomaron preso y lo encerraron en

una estancia. Tenían la intención de dejarlo allí todo el Sábado y luego presentarlo en juicio. Vi que un ángel se le acercó durante la noche. No había ventana en aquella pieza, pero me pareció que el ángel alzaba el techo y llevaba al prisionero sobre los muros del edificio. Lo vi la misma noche encaminarse adonde estaban los demás en el Cenáculo. Lo escondieron allí, y cuando supo la resurrección del Señor, José de Arimatea lo llevó consigo y lo ocultó cierto tiempo en su casa, hasta que con él asumió las funciones de distribuidor y dispensador. Fué entonces cuando las mantas usadas en la deposición de Jesús, llegaron a manos de los judíos.

Vi un cuadro del tercer año después de la Ascensión del Señor, cuando el Emperador romano hizo ir a Roma a Verónica, Nicodemo y un discípulo de nombre Epafras, pariente de Juana Cusa. Deseaba el Emperador ver y oir a testigos de la muerte y resurrección de Jesús. Epafras era un discípulo de mucha simplicidad de ánimo y pronto a complacer a todos en cualquier servicio. Había sido un siervo del templo y mensajero de los sacerdotes. Había visto a Jesús junto a los apóstoles después de los primeros días de la resurrección y otras varias veces. Vi a la Verónica junto al Emperador, que estaba enfermo, colocado sobre un sitial de gradas, delante de un gran cortinado. La estancia era cuadrada, no muy grande. No había allí ventana alguna, sino que la luz venía de lo alto y se veían pender algunos cordones de ciertas válvulas que permitían abrir o cerrar para dar entrada al aire y a la luz a voluntad. No había ninguno en la sala cuando entró la Verónica; los servidores habían quedado en la antecámara. He visto que Verónica tenía consigo el Sudario y otro paño que había sido usado en la sepultura de Jesús. Extendió delante del Emperador el santo Sudario, donde el rostro del Señor aparecía impreso en uno de los lados. Era un pañuelo largo o velo extenso que Verónica solía usar en el cuello o sobre la cabeza. La imagen del Salvador no era como si fuera pintada, sino que parecía grabada con la sangre y era de un lado más larga. El Sudario había cubierto y circundado todo el rostro del Señor. Sobre el otro paño se veía la imagen sangrienta de todo el cuerpo flagelado. Creo que era un paño con el cual habían lavado el cuerpo antes de la sepultura. No he visto que el Emperador fuese tocado con esos paños ni que él los tocase. Pero he visto que se encontró de pronto completamente sano al ver tales objetos. Quiso retener a Verónica, darle dones, casa y personas de servicio. Ella imploró por gracia volver a Jerusalén para po-

der morir allí donde había muerto el Salvador. Luego vi en otro cuadro que Pilatos fué llamado por el Emperador, muy indignado contra él. He visto que Pilatos, antes de presentarse al Emperador, se puso sobre el pecho, bajo el vestido, un pedazo del manto de Jesús que le habían puesto los soldados. Lo vi en medio de los guardias, esperando para presentarse ante el Emperador. Parecía que conocía el enojo del Emperador. Cuando el Emperador apareció, lo vi que estaba realmente indignado; pero llegado cerca de Pilatos de pronto se volvió bondadoso y benévolo, y lo escuchó con interés. Cuando Pilatos se alejó, el Emperador se indignó de nuevo y lo hizo llamar a su presencia; pero lo vi de nuevo volverse benévolo, y supe que esto provenía de la proximidad del manto del Salvador que llevaba Pilatos sobre el pecho. Creo haber visto luego a Pilatos, habiendo partido ya de allí, languideciendo en la desolación y la miseria.

En cuanto a Nicodemo, lo he visto más tarde maltratado por los judíos y dejado por muerto. Gamaliel se lo llevó a una posesión suya, donde había sido sepultado Esteban. Murió allí y allí fué sepultado.

4. La santa mártir Susana

He visto muchos cuadros relativos a santa Susana, cuya reliquia tengo aquí. Susana me ha hecho compañía durante toda una noche. Ahora sólo recuerdo algunos episodios de su vida. La he visto en Roma en un gran palacio. Su padre se llamaba Gabino; era cristiano; y su hermano era Papa. La casa del Papa se encontraba junto al palacio paterno. He visto la casa de Gabino con su peristilo y su corredor de columnas. La madre estaría seguramente ya muerta, porque nunca me fué mostrada. Había muchos cristianos en esa casa. Tanto Susana como su padre distribuían cuanto tenían a los pobres cristianos. Hacían esto con cierto secreto. He visto a un mensajero enviado por el emperador Dioclesiano a Gabino, pues eran parientes. Pedía en ese mensaje a Susana, para darla en matrimonio a su yerno, que había perdido a su mujer. Vi que al principio Gabino se alegró de la proposición, y la participó a Susana, la cual le manifestó su repugnancia de unirse en matrimonio con un pagano y le dijo que ya estaba unida con Jesucristo. Vi que Dioclesiano, a consecuencia de tal respuesta, la hizo sacar del lado de su padre y llevarla a la corte de su mujer Serena para que mudase de opinión. Vi que ésta era secretamente cristiana y que Susana se quejó

con ella de su situación y las vi orar juntas. Fué conducida de nuevo a la casa de su padre. He visto que el Emperador le envió un pariente (Claudio), que apenas entrado en la casa, quiso besarla, no ya por impudencia temeraria, sino por costumbre y por parentesco. He visto que ella con la mano se apartó de aquel abrazo y cuando él le expuso sus honestas intenciones, oí que le dijo que una boca profanada con las alabanzas a los falsos dioses no la habría de tocar. Vi luego como él se dejó instruir sobre la falsedad de sus dioses y los errores del paganismo y se hizo bautizar por su tío el Papa, juntamente con su mujer y sus hijos.

Viendo el Emperador que pasaba tanto tiempo sin darle respuesta, envió a un hermano a preguntar qué había acontecido. El hermano encontró a Claudio con la mujer y los hijos de rodillas, orando y se maravilló mucho al oir que se habían hecho cristianos. Cuando luego requirió una respuesta a propósito del matrimonio de Susana, Claudio le propuso ir adonde estaba Susana, para que viese si una persona como Susana podía ser mujer de un adorador de ídolos. Los dos hermanos se fueron hacia donde estaba Susana y también el hermano de Claudio fué convertido y hecho cristiano por medio de Susana y del tío el Papa. La emperatriz Serena tenía consigo una dama y dos siervos que también eran cristianos. Los he visto con Susana ir secretamente, de noche, a una pequeña cámara subterránea situada debajo del palacio imperial. Había allí un altar y ardía siempre una lámpara. Ellos oraban allí, adonde llegaba ocultamente un sacerdote que consagraba y administraba los sacramentos. Vi que el Emperador, al conocer la conversión de los dos hermanos, entró en grande enojo y los hizo arrestar juntamente con todos los de su casa. Luego fueron todos martirizados. El padre de Susana fué encarcelado.

Más tarde vi un cuadro: Susana estaba sola dentro de una gran sala junto a una mesa redonda sobre la cual se veían figuras doradas. Tenía las manos cruzadas, los ojos en alto y oraba fervorosamente. Aquella sala tenía en lo alto aberturas redondas. En los ángulos había estatuas blancas y grandes como niños; se veían cabezas de animales talladas especialmente en las cabeceras de los muebles. Vi figuras recostadas en las patas posteriores, que tenían alas largas y colas largas, y vi algunas que con las patas anteriores sostenían rótulos y volúmenes. (*Ornamentos arquitectónicos de leones alados y grifos*). Mientras Susana rezaba vi que el Emperador le envió a su propio hijo

para que le hiciera violencia. Este, dejando a muchos individuos que le habían acompañado en la antecámara, se adelantó furtivamente hacia Susana; pero le salió al encuentro una aparición, y cayó al suelo como muerto. Recién entonces Susana miró y dió voces de ayuda al verlo en tierra. Acudieron varias personas, llenas de maravilla, levantaron al joven y lo llevaron. Aquella aparición se había mostrado a un tiempo a Susana y al seductor que estaba detrás: no bien se había interpuesto entre los dos, el hombre cayó al suelo. Después he visto otro cuadro. Acercóse a Susana otra persona, con otros veinte hombres más; dos sacerdotes idólatras llevaban un ídolo dorado. Debía estar vacío, pues era muy liviano. Lo llevaban sobre una superficie plana que tenía dos manijas. Lo colocaron en el patio del palacio dentro de un nicho, entre dos columnas; tomaron una madera redonda, que pusieron sobre un trípode y la colocaron delante del ídolo. Muchos entraron entonces en el palacio y sacaron a Susana de la sala, en la parte alta. La llevaron delante del ídolo para que sacrificase. Ella rogaba fervorosamente al Señor, y antes que llegase al lugar he visto una maravilla. Aquel ídolo huyó de allí atravesando entre el patio y la columnata cercana, como si fuese llevado por fuerza y pasando por encima descendió a la calle, donde se deshizo en pedazos. Un hombre que pasaba por la calle, entró anunciando lo sucedido. Luego he visto que los hombres arrancaron a Susana los vestidos, de modo que sólo sobre el seno pudo conservar un trozo de paño con que cubrirse; las espaldas y el dorso estaban descubiertos; en este estado tuvo que pasar por entre los soldados que la punzaban y herían con las astas, de tal modo que cayó desvanecida. La llevaron a una estancia del palacio, donde la dejaron casi muerta. Más tarde volví a verla dentro de un templo, donde debía sacrificarse a los dioses; pero el ídolo cayó postrado por tierra. Después fué arrastrada por los cabellos hasta su casa y decapitada en el patio de su mismo palacio. Durante la noche vino la Emperatriz y un aya de Susana, y se llevaron el cuerpo, lo envolvieron en lienzos y lo sepultaron. La Emperatriz cortó los cabellos y algún fragmento de los dedos. Vi que el Papa pronto celebró la Misa sobre el lugar de su martirio y sepultura. El aspecto de Susana era de lineamientos redondos y fuertes; su cabellera negra. Vestía todo de blanco y los cabellos estaban entrelazados sobre la cabeza. Tenía un velo atado bajo el mentón que le cubría la cabeza y que caía por detrás, en dos puntas, sobre las espaldas.

5. Santa Justina y San Cipriano (*)

He visto a Justina desde la infancia, cuando estaba en el patio de la casa de su padre, que era sacerdote de los dioses. Este patio estaba separado del templo sólo por una calle. En presencia de su aya descendió a una cisterna, en la cual se paró sobre una piedra rodeada de agua. A este lugar conducían entradas subterráneas, donde se alojaban diversas especies de serpientes y de otros animales de horrible apariencia que allí eran alimentados. He visto a Justina tomar, sin temor, una serpiente entre sus manos y otros animales más pequeños. Los tomaba por la cola y mucho se alegraba cuando se alzaban derechos como velas y contorcían la cabeza de un lado a otro. No le hacían daño y se mostraban familiares y domésticos. Había allí ciertos animales que entre nosotros llamamos cabezas grandes *(salamandras)*, largos como de un pie, que eran empleados en el culto de los ídolos.

Oí que Justina oyó predicar en una iglesia cristiana sobre el pecado original y la redención. Se conmovió, se hizo bautizar y convirtió también a la madre. Esta se lo dijo al marido, que estaba muy angustiado por causa de una aparición, y se hizo bautizar juntamente con la madre de Justina. Vivieron luego retirados, con gran piedad. Me llamó la atención especialmente un cuadro. Justina tenía un rostro agraciado, ovalado y cabellos rubios de mucha belleza, relucientes como el oro; los llevaba anudados sobre la cabeza, en trenzas mórbidas como seda, que caían en muchos rizos sobre sus espaldas. Ví que estando ella a la mesa con sus padres comía pequeños panes, y el padre, mirando sus cabellos, le dijo: "Temo, hija mía, que así no te irá bien, sino que, como Absalón, quedarás atada al mundo". Justina se puso muy pensativa al oír estas palabras; no había jamás reparado en este peligro. Se alejó de allí y no sé qué hizo con sus cabellos; pero gastó enteramente su belleza y deterioró sus cejas. Parecían chamuscados con fuego. Así desfigurada pasó por la ciudad y se presentó a su padre, que apenas la reconoció. Un joven que la amaba, quiso raptarla por fuerza, ya que por otro medio no la podía poseer. Con otros compañeros armados la es-

(*) El *Kirchenlexikon* trae la historia de Justina y Cipriano conforme a las visiones de Ana Catalina. La historia es aprovechada por Calderón de la Barca en *"El mágico prodigioso"*, con algunos arreglos, quedando el fondo histórico conforme al Martirologio Romano y a San Antonino.

peraba escondido tras los muros por donde pasaba un camino solitario. Después que la tuvo en su poder, ella lo rechazó con ambas manos y le ordenó que no se moviera. Por milagro el joven no pudo seguirla hasta que la joven estuvo fuera de peligro.

He visto luego a este joven pedir ayuda al mago Cipriano, que con mucho orgullo y confiado en su poder, se la prometió. A Cipriano lo he visto muy metido en sus artes mágicas y de encantamiento, aunque era hombre de ánimo noble y magnánimo. Desde la infancia había sido instruído en la magia; había viajado por países remotos para aprender más y vivía gozando de gran fama en la ciudad de Antioquía, donde Justina residía con sus padres. Había llegado a tanta audacia en sus artes, que públicamente, hasta en la iglesia cristiana, se burlaba de Jesús. Usando de sus artes mágicas obligaba a veces a la gente a salir de la iglesia. He visto cómo evocaba al demonio. Tenía en su casa una especie de bóveda, medio sepultada en la tierra, con una abertura en la parte superior para dar entrada a la luz. En torno de las paredes había imágenes nefandas de ídolos bajo forma de serpientes y otros animales. En un ángulo había una estatua vacía por dentro, con las fauces abiertas, del tamaño de un hombre y estaba sobre el borde de un ara redonda, sobre la cual se veía un brasero. Cuando Cipriano evocó al diablo, estaba cubierto de un vestido que usaba especialmente en esos casos. Encendió el fuego sobre el altar; leyó ciertos nombres en un volumen; subió al ara y pronunció aquellos nombres, vociferando en las fauces del ídolo. Bien pronto el espíritu infernal apareció junto a él en forma humana, más o menos en apariencia de un servidor. Hay siempre algo de tétrico y de inquieto, como el remordimiento de una conciencia, en los lineamientos de estas apariciones. Ví entonces que el maligno tentó a Justina por dos veces para excitarla al mal, bajo la apariencia de un joven. Se le hizo encontradizo en el peristilo de su casa. Justina se libró del enemigo haciendo la señal de la cruz, y se puso bajo la protección de la misma cruz que hizo en todos los ángulos de su estancia. La vi en la pieza secreta de su casa, de rodillas, orando. Dentro de un nicho de su casa había una cruz y un cándido niño; éste parecía estar como en una custodia; la parte superior estaba libre y tenía el niño las manitas cruzadas. Mientras estaba arrodillada avanzó hacia ella un joven con malas intenciones. Entonces apareció, saliendo del muro, una señora de gran majestad, y el joven cayó a tierra aún antes que Justina

lo hubiese visto. La aparición desapareció en seguida de la vista. Luego la he visto destruir con un ungüento toda su belleza. He visto también que Cipriano se deslizaba por los muros de la casa echando un líquido contra las paredes. Esto aconteció en un momento en que Justina no estaba en oración, lejos de sospechar ningún peligro. Se sintió fuertemente agitada y comenzó a errar de un punto a otro de su casa; finalmente se refugió en su pieza, ajustó las cruces que había fijado en los ángulos de la pieza y se puso de rodillas, orando, hasta que el encantador tuvo que ceder y retirarse. Cuando Cipriano hizo la tercera tentativa, el tentador se presentó bajo la forma de una piadosa virgen que comenzó a hablar de la pureza y virginidad con Justina. Al principio gustó a Justina la conversación de la doncella, pero cuando comenzó a razonar de Adán y Eva y del matrimonio, Justina reconoció al tentador y se refugió al lado de su cruz. Cuando Cipriano supo lo que le había acontecido al maligno espíritu, lo vi decidido a hacerse cristiano. Lo he visto con el rostro postrado en tierra, dentro de una iglesia, y se hizo pisotear por otros que entraban, como si fuese un demente. Sintió un gran arrepentimiento y quemó todos sus libros de magia. Llegó, con el andar de los años, a ser obispo y eligió a Justina como diaconisa. Ella habitaba cerca de la iglesia y se ocupaba de confeccionar y bordar ornamentos sagrados. Más tarde los he visto martirizados a ambos. Cipriano y Justina pendían de una mano de un árbol curvado a la fuerza, y me pareció que habían sido destrozados con agudas púas de hierro.

6. San Dionisio Areopagita (*)

He visto al santo en su infancia, cuando era hijo de padres paganos. Fué siempre profundo escrutador de la verdad, y recomendábase siempre a un Dios de naturaleza superior. Fué ilustrado por Dios en sueños por medio de visiones. Lo he visto amonestado por los padres por incuria en el culto de los dioses, y luego encomendado a la enseñanza de un preceptor muy severo. Durante la noche vino una aparición, la cual le dijo que

(*) Natal Alejandro (111-168) trae muchos testimonios de Dionisio Areopagita que concuerdan con lo visto por Ana Catalina. Dice que Dionisio, ya de 90 años de edad, fué a Roma donde lo recibió el Papa Clemente, y enviado a las Galias donde sufrió el mrtirio. San Antonino añade que había sido instruído durante años por San Pablo. Decapitado, lleva su cabeza — *angelo duce et caeleste lúmine praecedente* — desde el lugar de Montmatre hasta lo que es hoy la iglesia de San Dionisio.

se fugase de la casa, mientras el preceptor estaba entregado al sueño. Dionisio fué por la Palestina, donde oyó hablar mucho de Jesucristo; todo lo escuchaba reteniendo cuanto le decían con avidez. En Egipto lo vi aprendiendo astronomía en aquel lugar donde había estado la Sagrada Familia. En esta escuela lo vi con otros observando el eclipse de sol que sucedió a la muerte de Jesús. Exclamó: "Esto no es natural; o un Dios muere en este momento o este es el fin del mundo". He visto que su antiguo preceptor fué, animado por una aparición, a ir en busca de Dionisio. Lo encontró y Dionisio fué con él a Heliópolis. Por mucho tiempo no podía comprender la idea de un Dios Crucificado. Después de su conversión, viajó mucho con San Pablo. Estuvo con él en Efeso para visitar a María Santísima. El Papa Clemente lo envió a París.

He visto su martirio. Tomó su cabeza decapitada, entre las manos cruzadas sobre el pecho, y con ella fué girando en torno del monte. Los verdugos huyeron espantados. Un vivo resplandor salía del santo. Una buena señora le dió sepultura. Era muy anciano cuando murió. Tuvo muchas visiones celestiales, y San Pablo le manifestó sus propias visiones. Ha escrito magníficos volúmenes, de los cuales muchos se conservan. El libro de los Sacramentos no fué escrito por él en todas sus partes; fué terminado por otro escritor.

7. Santa Ursula y sus compañeras (*)

Ursula y sus compañeras fueron masacradas por los Hunos en el 450, a una hora de distancia cerca de la ciudad de Colonia. Otras compañeras lo fueron en otros lugares más distantes. Ursula había sido suscitada por Dios para preservar de la seducción y del ultraje a las vírgenes y viudas de su tiempo y guiarlas a la celeste esfera de los mártires coronados. Cumplió su misión con maravillosa fuerza y empeño. Se le había dado por guía especial al Arcángel Rafael, y él le manifestó la misión que se le había confiado. La misericordia de Dios no quería que en aquella época de destrucción, tantas vírgenes y viudas que caían indefensas en manos de los bárbaros, a causa de sangrientas

(*) Alberto Gereon Stein, Párroco de Santa Ursula, Colonia, recogió en su libro *Die Ursula und ihre Gesellschaft-Bachem* (1879) todos los datos y pruebas sobre la Santa, llegando a las conclusiones siguientes: 1º Ursula es hija de un rey de Gran Bretaña y conductora de las compañeras; 2º El número de las mártires es de once mil y eran de Gran Bretaña; 3º Fueron martirizadas por los Hunos que entonces devastaban la Germania, Galia e Italia.

guerras, fuesen infelices presas de total ruina espiritual; por eso debieron antes morir como inocentes vírgenes que caer en pecado y perderse eternamente. Ursula era muy decidida y rápida en sus movimientos; de estatura alta y robusta complexión; su aspecto no era hermoso, pero severo, y sus maneras varoniles. Cuando sufrió el martirio tenía treinta y tres años de edad.

La he visto siendo niña en la casa de su padre Deonoto y de su madre Geruma en una ciudad de Inglaterra. La casa estaba situada en una calle larga; tenía escalones delante de la puerta y en la calle una reja de hierro con botones amarillos: era semejante a la casa de Benito, en Italia, que tenía también rejas y canceles de bronce. Ursula tenía diez compañeras de juego que se reunían con ella todos los días antes y después del medio día para correr en desafío divididas en dos escuadras, dentro de un recinto rodeado de muros; a veces luchaban al parecer apretándose las manos o lanzando a distancia picas o lanzas. No todas estas jóvenes eran cristianas; pero Ursula y sus padres ya lo eran. Ursula era tenida como guía de sus compañeras y todo lo que hacía con ellas era por sugestión de su Angel Custodio. Los padres consideraban todo esto con alegría. En aquella época Maximiano dominaba la isla de Inglaterra como jefe; era pagano y no sé ahora si era marido de Otilia, hermana mayor de Ursula, pero sé que Otilia estaba casada, mientras Ursula se había consagrado al Señor. Ví que un poderoso guerrero y noble señor se llegó al padre de Ursula, porque había oído hablar de sus ejercicios, y quería presenciarlos. El padre quedó contrariado y tentó todas las formas de evitar el encuentro. He visto que aquel hombre, a quien el padre de Ursula no osaba contrariar, se adelantó para presenciar las destrezas de las jóvenes y cómo quedó admirado de la habilidad y de la presencia de Ursula, y la desease por esposa. Sus compañeras debían ser esposas de su gente de armas y de sus oficiales y debían habitar más allá de los mares, en tierras aún muy despobladas. Pensé en Bonaparte *(Napoleón)* que así daba jóvenes por esposas a sus oficiales. He visto la gran turbación del padre y el espanto de la hija cuando supieron la irrecusable propuesta del noble guerrero. Ursula fué de noche al lugar donde practicaba ejercicios, y allí clamó, en fervorosa oración, al Señor. Se le apareció el Arcángel Rafael y la consoló diciendo que debía exigir para cada una de aquellas vírgenes otras tantas compañeras y pedir un plazo de tres años para ejercitarse en ciertas naves en toda clase de maniobras de agilidad y de lucha. Por

lo demás debía tener confianza en el Señor, que la ayudaría para mantener intacto el voto de virginidad. Le dijo también que debía convertir durante esos tres años a todas sus compañeras a la fe cristiana, prometiéndole de parte de Dios su protección. He visto que Ursula dijo todas estas cosas a su padre, el cual se las comunicó al pretendiente, que consintió en la propuesta. Ursula y sus diez compañeras obtuvieron entonces a otras diez jóvenes como asociadas y las primeras debían ser las guías de las recién agregadas. El padre les hizo armar cinco pequeñas naves y sobre cada una de ellas había veinte niños con algunos marineros que los instruían en el manejo y adiestramiento sobre cubierta. Practicaba toda suerte de ejercicios sobre sus naves, primeramente en el río, luego en la orilla del mar y finalmente en el mar. Ellas guiaban las naves, se perseguían, se separaban, se pasaban de una nave a otra y hacían otros ejercicios semejantes. He visto que mucha gente acudía a ver el espectáculo de tales destrezas; el padre y el pretendiente miraban desde la orilla y éste especialmente se mostraba orgulloso pensando que tendría con el tiempo por esposa a una mujer tan resuelta y tan digna por su valor de un guerrero como él. Después he visto que aquellas jóvenes continuaron sus ejercicios solas y sin ningún hombre que las ayudase. Sólo había quedado Bertrando, el confesor, con otros dos eclesiásticos. Durante este tiempo Ursula había convertido ya a todas sus compañeras, que fueron bautizadas por los sacerdotes; he visto que su confianza en Dios y su firmeza se habían aumentado esperando que el Señor realizaría las promesas hechas. Había allí hasta niñas de doce años en las naves que se habían hecho bautizar. Otras veces las veía bajar a tierra y proseguir sus ejercicios de marinería. Todo esto lo hacían mezclando preces, oraciones y cantos, con valor y entera libertad. La gravedad y el valor de Ursula eran sorprendentes. Las jóvenes estaban con vestiduras que llegaban hasta las rodillas. Calzaban sandalias; tenían el pecho defendido, y estaban cubiertas con vestidos ajustados, pero muy esbeltos. Tenían en parte los cabellos sueltos y entrelazados sobre la cabeza; otras llevaban en la cabeza pañuelos que terminaban sobre los hombros. En sus juegos de lucha usaban astas livianas, sin punta.

He visto que cuando iban terminando los tres años de plazo aquellas jóvenes eran de un solo corazón y de una sola alma. Cuando después estuvieron a punto de ponerse en viaje para ir a las tierras donde debían ser esposas de los guerreros, y se

despidieron de sus padres, Ursula estaba en oración. Entonces se le puso delante una figura luminosa, la cual le dijo que debía confiar plenamente en Dios; que el Señor había determinado que muriesen todas mártires, como vírgenes puras y esposas suyas; que debía difundir la fe de Cristo por todas partes donde la guiase el Señor y que por su medio muchas otras vírgenes se verían libres de ser deshonradas por los paganos y llegarían como mártires al cielo. El ángel le dijo que ella, con una parte de las compañeras, debía llegar a Roma. Confió todas estas cosas a las otras diez vírgenes que con ella capitaneaban a las demás, y quedaron muy consoladas. Pero vi también que muchas otras vírgenes se mostraban desanimadas y se quejaban contra Ursula, alegando que cómo podrían ser esposas de Jesucristo siendo que iban a ser entregadas para esposas terrenas. Ella pasó por todas las naves y les habló del sacrificio de Abrahán y de su hijo Isaac, y cómo Dios intervino maravillosamente en este sacrificio: también Dios iba a intervenir para que pudieran ofrecer una víctima pura y perfecta. Les dijo que las que no se sentían animosas, dejaran las naves; pero todas se sintieron fuertes y permanecieron fieles. Cuando zarparon de las costas de Inglaterra, creyendo que iban a las tierras de sus futuros maridos, he aquí que una tempestad separó las naves de las jóvenes de las que las acompañaban y las llevó hacia las costas de Holanda. No fué posible usar remos ni velas y cuando se acercaron a las costas el mar se levantó en olas muy peligrosas. Cuando llegaron a tierra por primera vez se vieron rodeadas por un pueblo grosero y salvaje, que se apoderó de ellas. Ursula se adelantó a ellos, animosa, y pudieron volver a las naves, después que les habló con energía. Cuando dejando el mar empezaron a remontar el río Rin, encontraron una ciudad donde sufrieron angustias y agravios. Ursula habló en nombre de todas y respondió por todas. Como algunos más osados tentaran poner las manos sobre ellas, éstas se dispusieron valerosamente a la defensa y obtuvieron protección del cielo. Ví que sus opresores quedaron paralizados y nada hicieron en su daño. En el resto del viaje se le asociaron muchas otras vírgenes y viudas con sus hijos. Antes que hubiesen llegado a Colonia fueron muchas veces detenidas e interrogadas por grupos de observadores de pueblos feroces que habitaban en aquellas orillas: con amenazas les preguntaban a dónde iban y qué querían. Era siempre Ursula la que respondía por todas y exhortaba luego a las compañeras a remar y a proseguir el viaje con nuevo ardor. De este modo, incólumes

y sin ofensa, llegaron a Colonia. Había aquí una pequeña comunidad cristiana con iglesia, donde se detuvieron por algún tiempo, y las viudas y jóvenes que se les habían agregado quedaron allí permanentemente. Ursula las exhortó a todas a sufrir más bien el martirio como vírgenes y matronas cristianas, que tolerar la violencia de los bárbaros paganos. Las que quedaron se esparcieron por el país y permanecieron fieles a los sentimientos y a las exhortaciones de Ursula. Ella navegó con cinco naves hacia Basilea, donde muchas de sus compañeras quedaron con las naves y ella, con cuarenta personas, entre las cuales iban algunos sacerdotes y guías, se encaminó a Roma. Iban como peregrinos en procesión atravesando lugares desiertos y ásperas montañas. Rezaban y cantaban salmos, y donde acampaban Ursula les hablaba de las castas nupcias con Jesús y de la pura muerte de las vírgenes cristianas. Por todas partes encontraban gente que se asociaba por algún tiempo a ellas, y luego se separaban.

En Roma visitaron los lugares de martirios y las tumbas de los mártires. A causa de los vestidos más bien cortos y de los modos más bien libres a que se habían acostumbrado en sus años de ejercicios, fueron advertidas, y desde entonces se cubrieron con vestidos y mantos más largos. El Papa León el Magno quiso ver a Ursula; la examinó, interrogándola sobre varias cosas. Ella le confió el secreto de su misión y le manifestó sus visiones y con mucha humildad y obediencia escuchó las exhortaciones del Papa. El Pontífice le dió, con su bendición, muchas reliquias de santos. En el viaje de retorno se unieron a Ursula el obispo Ciriaco, un sacerdote de Egipto de nombre Pedro, y un sacerdote de la ciudad nativa de San Agustín, nieto de aquel hombre que donó al santo los terrenos donde fundó monasterios, dotándolos de algunas rentas. Estos eclesiásticos acompañaron a Ursula y a sus vírgenes principalmente por motivo de las preciosas reliquias que llevaban. Ursula llevó a Colonia un fragmento de hueso de San Pedro, el cual es reconocido aún por tal, aunque se ignora el origen del mismo. Asimismo llevó reliquia de San Pablo; cabellos de San Juan Evangelista y un fragmento de la vestidura que lo cubría cuando fué metido en la caldera de aceite hirviente. Cuando llegaron a Basilea fueron tantos y tantos los que se le unieron que navegaban en once barcos hacia Colonia.

Los Hunos se habían apoderado por entonces de la ciudad de Colonia y todo estaba en la mayor confusión y desorden.

Mientras estaban aún lejos de Colonia, el Arcángel Rafael se apareció de nuevo a Ursula y le anunció la próxima corona del martirio y la instruyó en todo lo que debía hacer; le dijo, entre otras cosas, que se resistiera hasta tanto todas las compañeras fueran bautizadas y convenientemente dispuestas. Ursula comunicó esta visión a sus compañeras más decididas y fieles, y todas se dirigieron pidiendo auxilio al Señor. Estando ya a poca distancia de Colonia, fueron recibidas con gritos salvajes por tropas de Hunos que lanzaban sus flechas sobre las naves. Remaron navegando rápidamente más allá de la ciudad, y no hubieran bajado a tierra a no haber dejado allí a muchas de sus compañeras. A una hora de distancia de Colonia desembarcaron y se reunieron en una pequeña llanura entre matorrales y formaron una especie de campamento. He visto que allí muchas de las que habían quedado y otras mujeres se unieron a ellas. Ursula y los sacerdotes instruíanlas divididas en grupos y las preparaban a la lucha por la fe. He visto a los Hunos acercarse y a sus jefes tratar con Ursula. Pretendían a la fuerza escogerse a algunas jóvenes y dividírselas entre ellos. Las heroicas jóvenes se reunieron y se defendieron; con ellas se habían reunido también muchos habitantes de la ciudad y de los contornos, oprimidos por los invasores. Otros que se habían hecho amigos de las vírgenes que habían quedado en el primer viaje de Ursula, determinaron proteger aquella colonia de jóvenes, y comenzaron a luchar y a defenderse con astas y palos y con toda clase de armas que encontraban a mano. Esta resistencia le había sido ordenada por el ángel a Ursula para ganar tiempo y preparar a todas las compañeras al martirio. Durante la lucha por la resistencia he visto a Ursula correr por las escuadras dispuestas más atrás, hablar y orar con gran celo, mientras los sacerdotes bautizaban a las que no eran aún cristianas, ya que para esto se habían agregado muchas jóvenes y mujeres paganas. Cuando estuvieron todas bautizadas y dispuestas al martirio y que los enemigos las habían rodeado por todas partes, cesaron en la defensa y se prepararon al martirio, cantando alabanzas al Señor. Los enemigos comenzaron a herirlas con clavas y a traspasarlas con lanzas.

He visto caer una fila entera de vírgenes traspasadas por los dardos de los Hunos, que las habían cercado; entre ellas había una de nombre Edit, de la cual poseo una reliquia. Ursula fué traspasada por una lanza. Entre los cuerpos que cubrían el campo de martirio, además de las vírgenes que habían venido

de Inglaterra, había muchas mujeres y doncellas que de varias partes se habían juntado a ellas, como también sacerdotes venidos de Roma y otros hombres, y algunos de los enemigos. Muchas otras fueron masacradas a bordo de las mismas naves. Córdula no había ido con Ursula a Roma, sino que había quedado en Colonia, donde ganó a muchos a la fe cristiana. Durante la persecución se había mantenido oculta por temor. Luego se presentó y se juntó a las compañeras para ser martirizada. Los Hunos querían a toda costa retenerla a ella como a otras compañeras; pero hicieron tanta resistencia a sus pretensiones, que al fin las ataron las unas a las otras por el brazo, y dispuestas en línea las traspasaron con flechas. Cantando alegremente, como si fueran a las bodas, sufrieron el martirio. Muchas otras se presentaron a los Hunos confesando su fe cristiana y fueron en diversos lugares masacradas. No mucho después, los Hunos se fueron de Colonia. Los cuerpos de los mártires fueron recogidos en el lugar del martirio, llevados cerca de Colonia y sepultados en un recinto. Se hicieron vastas excavaciones, fueron murados muchos subterráneos y las sagradas reliquias, distribuídas ordenadamente, fueron conservadas piadosamente.

Los barcos de estas jóvenes eran muy hermosos, muy ligeros, abiertos, con galerías en torno, guarnecidas con banderitas; tenían un mástil y un borde sobresaliente. Para remar las mujeres se sentaban en bancos que servían también para dormir. Nunca había visto barcos pequeños tan bien dispuestos. En la época en que Ursula partió de Inglaterra, vivían en Francia los santos obispos Germano y Lupo. El primero visitó a Santa Genoveva, que había llegado a los doce años de edad. Cuando Germano y Lupo fueron a Inglaterra para luchar contra las herejías, consolaron a los padres de Ursula y de las otras vírgenes, que estaban afligidos por la ausencia de sus hijas. A los Hunos los he visto, en su mayor parte, con las piernas desnudas. Usaban anchos jubones con largas correas de cuero, que les cubrían la parte inferior del cuerpo y largos mantos que llevaban enrollados sobre las espaldas.

8. San Nicóstrato

Aquella reliquia que he señalado con una *N* es de San Nicóstrato. Era griego de nacionalidad, y fué con su madre y con otros cristianos conducido prisionero a Roma. La madre fué martirizada con otros cristianos, y el hijo, abandonado, recibió

una educación pagana. Se hizo escultor y lo he visto trabajando con tres compañeros. Los escultores habitaban en una parte propia de la ciudad donde se veían por doquiera grandes pedazos de mármol en bruto. Trabajaban en vastas y escondidas salas donde la luz venía de lo alto; llevaban a veces capuchones de pieles oscuras para defenderse el rostro de las esquirlas de los mármoles. He visto que Nicóstrato y sus compañeros iban en busca de ciertas cavernas para cavar piedras, donde secretamente vivían escondidos algunos cristianos. Allí conocieron a Cirilo, viejo sacerdote, muy benigno y alegre en el trato. Cirilo tenía algo parecido al deán Overberg. Era con todos muy amigable; bromeaba; no obstante estaba lleno de dignidad, y cuando se presentaba la ocasión sabía ganar a la fe a mucha gente. Los escultores bromeaban a menudo con él y por darle una sorpresa se propusieron esculpir para él una pequeña imagen de la Madre de Dios. Habían sabido algo de la historia de la Madre de Dios, y así ejecutaron una bellísima escultura de una señora cubierta de un largo manto, con velo, y en cuyo rostro se pintaba la aflicción de la persona que busca algún objeto querido. Esta imagen era indescriptiblemente bella y expresiva. La cargaron sobre un carro y Nicóstrato y Sinforiano la transportaron con la ayuda de un jumento hasta donde estaba Cirilo.

"He aquí, le dijeron, que te traemos a la Madre de tu Dios que busca a su Hijo". Rieron de la gracia y le presentaron la estatua. Cirilo se alegró mucho al ver la artística imagen; les agradeció el regalo y les dijo algo así como que iba a rezar por ellos para que esa Madre de Dios los buscase también a ellos, y los encontrase, y se convirtiera en verdad lo que habían hecho de broma. Estas palabras graves las dijo sonriendo, con entera bondad, y ellos las recibieron de igual modo, como en broma. Durante el tiempo de vuelta sintieron una extraña conmoción en sus ánimos; pero no osaron hablarse. Ví más tarde que trataban de hacer una estatua de Venus; pero no sé de qué modo maravilloso resultó que, en lugar de la estatua de la Venus proyectada, hicieron la imagen de una virgen cristiana mártir, muy devota y recatada. Ví que en número de cuatro se hicieron luego instruir y bautizar por Cirilo. Después de esto ya no quisieron hacer más imágenes de dioses paganos: tan sólo estatuas que no fueran deidades. Se hicieron cristianos fervorosos y señalaban los mármoles que iban a trabajar con la señal de la cruz: los trabajos les salían muy hermosos. Ví que hacían la estatua de un joven santo mártir, estando atado a una columna, traspasado

por flechas. Ví otra de una virgen, de rodillas delante de un tronco de columna, traspasada por el cuello con una espada. Ví una piedra, semejante a un sarcófago, sobre la cual estaba esculpido un santo mártir que yacía sobre un trozo de mármol. Ví a un quinto escultor, de nombre Simplicio, que parecía el jefe y que era aún pagano. Oí que les decía: "Os conjuro por el sol que me digáis por qué vuestras obras os salen tan bien y artísticas". Ellos entonces le hablaron de Jesús y le dijeron que señalaban los mármoles con una cruz. Conmovido Simplicio por lo que había visto y oído, se hizo instruir y bautizar. El emperador Dioclesiano los tenía en gran aprecio por su arte, y cuando supo que se habían hecho cristianos, les mandó hacer un ídolo, que era una estatua de Esculapio. Como no lo quisieran hacer, fueron puestos en la cárcel, conducidos al juicio y martirizados. Un hombre piadoso puso en una caja de plomo los sagrados cuerpos y los escondió bajo agua. Después de algunos días, de modo maravilloso, salieron a flote, y fueron retirados y sepultados con sus respectivos nombres. Hoy se celebra su fiesta *(8 de noviembre de 1821)*. Creo, sin embargo, que su martirio fué el día 7 de enero.

9. Santa Teoctista

Ana Catalina, después de reconocer una reliquia perteneciente a Santa Teoctista, narró lo siguiente:

He visto la vida de esta santa virgen, que me era desconocida, durante mi viaje a Tierra Santa. Era de una ciudad de la isla de Lesbos, delante de la cual, sobre una colina, se levantaba una capilla dedicada a la Madre de Dios; pero se veía a la Virgen sin el Niño en los brazos. Había sido trabajada por un santo escultor de Jerusalén, a quien durante la persecución le fueron cortados las manos y los pies. La imagen era semejante a la pintada por San Lucas. Alrededor de esta capilla habitaban en celdas algunas piadosas mujeres. Observaban una regla calcada en la imitación de la Virgen Santísima, como otras que habitaban cerca de Efeso. Había en aquella colina un *Via Crucis* semejante al de la Virgen, junto a Efeso. Estas piadosas mujeres se ocupaban de educar a niñas pequeñas. Según sus reglas, debían estudiar las inclinaciones naturales de las educandas y luego instruirlas en un género de vida del cual no debían separarse ya.

Teoctista había estado entre estas educandas y habría deseado permanecer siempre con ellas. Cuando murieron sus padres y la capilla y el convento fueron destruídos por las guerras, Teoctista se retiró a un convento situado en otra isla. Las religiosas tenían sus celdas en las cavidades de las montañas y vivían según las reglas de una santa mujer, que había reconocido en visión las cadenas de San Pedro. He olvidado su nombre. Teoctista permaneció en aquel convento hasta la edad de veinticinco años. Mientras se dirigía por mar a visitar a una hermana que vivía en otra isla, el buque fué sorprendido por piratas árabes de la isla de Creta, y los viajeros fueron reducidos a la esclavitud. Los piratas llegaron a la isla de Paros, donde había minas de mármoles, y mientras allí discutían el precio del rescate de los prisioneros, Teoctista logró fugarse. Se escondió en una de las cavernas de mármoles, y allí vivió por espacio de quince años, como ermitaña, sin ayuda alguna humana, hasta que fué encontrada por un cazador. Ella le contó su historia y le rogó que le trajese en una cajita o píxide el santo Sacramento, cuando volviese al lugar. Esto era concedido entonces a los laicos, porque los cristianos vivían muy dispersos y no tenían sacerdotes suficientes. Lo he visto después de un año traerle el Santísimo Sacramento. Ella lo recibió como viático, pues murió el mismo día. El cazador la sepultó, no sin antes cortarle una mano, que llevó consigo como reliquia con algunos fragmentos de sus vestiduras. Debido a la reliquia que llevaba consigo pudo hacer su travesía de navegación, muy peligrosa por causa de los numerosos piratas que merodeaban en aquellos mares. Cuando mostró aquella mano al obispo del lugar, hubo que lamentar que no hubiese traído consigo el santo cuerpo.

10. Santa Cecilia (*)

(22 de Noviembre de 1819)

He visto a la santa sentada en una estancia cuadrada de simple apariencia. Tenía sobre sus rodillas una pequeña caja triangular de superficie plana, algunas pulgadas de alto, sobre la cual estaban extendidas cuerdas armónicas que ella tocaba

(*) El *Kirchenlexikon* dice: El carácter histórico del martirio de Santa Cecilia se vió plenamente confirmado por los descubrimientos de Rossi. San Antonino escribe la historia de la Santa conforme con la vidente. Cuandò el Cardenal Sfrondati hizo brir el sepulcro de la Santa encontró su cuerpo intacto, inclinado hacia el lado derecho como había caído al morir.

con ambas manos. Su mirada estaba vuelta al cielo y sobre ella se veían resplandores y ciertas formas de ángeles o de niños beatos. Me pareció que ella tenía conocimiento de tales apariciones. He visto a un joven de extraordinaria belleza y dulzura acercarse a ella; parecía mayor; pero se mostraba humilde y sujeto a ella cuando Cecilia le decía algo. Creo que era Valeriano, porque después lo he visto con otro atado a un palo, azotado con varas y decapitado. Esto no sucedió en aquella pista de arena redonda destinada a los mártires, sino en un lugar solitario.

He visto el martirio de Santa Cecilia en un patio redondo, cerca de su casa. Su casa era cuadrada y cubierta de un techo de superficie plana, donde se podía pasear como en una azotea. En los cuatro ángulos se veían cuatro globos de murallas, y en el medio había una estatua. En el patio de la parte baja había fuego ardiendo en una caldera, en la cual he visto a Cecilia, con los brazos abiertos y luminosa con su vestidura blanca, adornada de piedras preciosas. Un ángel resplandeciente, con un nimbo rojizo, muy hermoso, le daba la mano y otro tenía suspendido sobre su cabeza un ramillete de flores. Me parece obscuramente haber visto que llevaban allí, atravesando la puerta que daba al patio, y atado, un animal con cuernos, como un toro salvaje, aunque no era igual a estos animales que hay entre nosotros. Sacada de aquella caldera, Cecilia fué traspasada tres veces por el cuello con una espada corta y ancha. No he visto el momento en que era herida, pero he visto la espada. La vi luego, herida, seguir viviendo y hablando con un anciano sacerdote, a quien había visto ya antes en su casa. Más tarde he visto esa pieza muy cambiada, habilitada para iglesia. He visto muchas reliquias suyas y su sagrado cuerpo, al cual habían quitado varias partecitas. En esa iglesia vi celebrar los divinos oficios. Esto es lo poco que puedo recordar de los muchos cuadros que vi de la vida de Santa Cecilia.

(22 de Noviembre de 1820). La casa paterna de Cecilia no estaba en el centro de Roma, sino más bien a un lado. Era como la de Santa Inés, con patios, pórticos, columnas y una fuente de agua. Sé poco respecto de sus padres. He visto que Cecilia era de aspecto muy hermoso, dulce y ágil, con mejillas sonrosadas y lineamientos finos y delicados, como María. La he visto entretenerse y jugar con otras niñas en aquellos patios.

Casi siempre veía un ángel a su lado, en forma de amable niño, que hablaba con ella, y a quien ella veía, aunque no lo veían los demás. El ángel le había prohibido hablar de sus apa-

riciones con las demás niñas. A menudo he visto acercarse a ella otros niños: entonces el ángel se alejaba de allí. Cecilia estaba en los siete años. La he visto solita en su estancia y al ángel cerca de ella, enseñándole a tocar cierto instrumento; le enseñaba a colocar los dedos sobre las cuerdas y a menudo le sostenía una hoja delante. A veces cargaba sobre las rodillas una caja llena de cuerdas: el ángel estaba delante de ella, en el aire, sosteniendo un rótulo que ella miraba. A veces la veía con un instrumento semejante al violín, que apoyaba entre el mentón y el cuello; con la mano derecha tocaba en las cuerdas y con la boca soplaba dentro de aquel instrumento, por una abertura cubierta de una piel muy sutil. Este instrumento daba un sonido muy dulce. A menudo estaba con ella un joven llamado Valeriano, y también sus hermanos mayores y otro hombre cubierto de un manto largo y blanco, que parecía ser el preceptor. El niño Valeriano tomaba parte en sus juegos y me pareció educado juntamente con ella y destinado también a ella.

Un aya de Cecilia era cristiana y por medio de ésta ella conoció al Papa Urbano. He visto a menudo a Cecilia y a sus compañeras de juego llenarse con toda clase de comestibles y frutas los largos pliegues de sus vestidos, que luego llevaban como sacos a sus costados y escondían cubriéndolos con sus mantos. Así cargadas, pero cubiertas con arte, las veía salir una después de otra por cierta puerta. Yo veía siempre al ángel de Cecilia ir en su compañía, lo cual era muy gracioso. He visto a estas niñas ir en el campo abierto hacia un edificio de gruesas torres y muros. Entre las murallas habitaban muchos pobres, y en ciertas cuevas y subterráneos vivían muchos cristianos. No sabría decir si estaban allí escondidos o presos. Parecía que los que habitaban entre los muros de entrada estuviesen puestos allí por los cristianos, para vigilar por los que habitaban en los escondrijos de las ruinas. Las niñas distribuían entre los pobres lo que habían llevado: me pareció que lo hacían guardando secreto, para no ser descubiertas.

Una vez Cecilia se ató fuertemente con una faja la túnica estrecha que llevaba en torno de los pies y se deslizó a lo largo de una pared hacia abajo, y penetró en el subterráneo; otra vez penetró, por una abertura redonda, dentro de una especie de cantina donde había un hombre que la condujo adonde estaba San Urbano. El la instruyó haciéndola leer ciertos rótulos. Ella llevó consigo ocultos algunos de esos rótulos para leerlos en su

casa. Recuerdo vagamente que ella fué bautizada en ese subterráneo.

He visto una vez al joven Valeriano con su preceptor junto a aquellas jóvenes que se divertían, y vi que Valeriano, en uno de esos juegos, quiso tomar de los brazos a Cecilia, y ella lo rechazó. Valeriano se quedó ante su preceptor, y éste contó lo sucedido a los padres, que castigaron a Cecilia prohibiéndole salir de su cuarto. Allí la he visto con su Angel Custodio que la instruía en tocar varios instrumentos y cantar. Valeriano podía penetrar donde ella estaba y a veces quedaba mucho tiempo allí; pero Cecilia pronto se ponía a tocar y a cantar. Una vez Valeriano pretendió por la fuerza abrazarla; pero el ángel la cubrió de una vestidura resplandeciente y cándida como la nieve. Después lo he visto a Valeriano conquistado enteramente por Cecilia. A veces lo veía en la estancia de Cecilia, mientras ella se iba adonde se encontraba Urbano. Los padres creían que los dos se entretenían juntos.

Vi un cuadro respecto a su desposorio. Los padres de los dos jóvenes y muchos hombres, mujeres, jóvenes y doncellas estaban en una sala con hermosas estatuas. Cecilia y Valeriano estaban adornados de coronas y llevaban vestiduras propias de la solemnidad. Había una mesa más bien baja, llena de exquisitos manjares. Los padres llevaron a los jóvenes esposos y ambos bebieron de una copa un vino denso y rojo. Se pronunciaron algunas palabras, se leyó algo en los volúmenes y se hizo una escritura del acto. Los circunstantes comieron de pie lo que había sobre la mesa. Yo veía siempre al ángel entre Cecilia y Valeriano. Después encamináronse todos hacia la parte posterior de la casa, en solemne procesión, donde aparecía, en medio de un espacio libre, un edificio redondo sostenido por columnas. En el centro se veían, sobre un pedestal, dos figuras estrechándose en apretado abrazo. En esta procesión llevaban una larga hilera de flores pendientes de blancos lienzos que sostenían varias niñitas. Cuando llegaron ante la estatua situada en el templete, he visto que de lo alto descendía la imagen de un niño, que parecía inflado y lleno de viento y que por medio de un artificio se mantenía en el aire; luego descendía y caía poco a poco, de modo que primero se acercaba a la boca de Valeriano para que lo besara y luego a los labios de Cecilia. He visto que el ángel puso la mano delante de los labios de Cecilia cuando aquella figura estuvo cerca de ella. Después los dos esposos fueron enteramente envueltos con la cadena de flores que llevaban

las niñas, de manera que las puntas iban estrechándose en torno de los esposos hasta aprisionarlos. He visto que el ángel se había interpuesto entre Valeriano y Cecilia, y no podía aquél acercarse a ella, porque se retiró y no permitió que la cadena se uniese por los cabos. Me pareció que ella le decía algo a él sobre cosas que no podía ver, que ella tenía otro amigo que la defendía y que no debía tocarla. Entonces Valeriano se puso muy serio y preguntó si acaso ella amaba a algún otro de los presentes. Ella contestó que si él persistía en tocarla, el amigo que la acompañaba lo cubriría de lepra, y lo castigaría. El replicó que si ella amaba a otro, él trataría de matarlos a ambos. Todo esto se lo dijeron en voz baja, y los presentes creían que se trataban así por modestia. Cecilia le dijo que luego le explicaría todo. Después los vi solos en una estancia. Cecilia le dijo que tenía un ángel consigo, y cuando Valeriano deseó verlo, ella le dijo que eso no podía ser, si no se hacía bautizar. Cuando lo envió a Urbano, ya vivían como esposos en otra casa.

11. Santa Inés

He visto a una graciosa y delicada virgen arrastrada por la soldadesca. Estaba cubierta con un largo vestido de lana de color oscuro y un velo sobre la cabeza, de cabellos entrelazados. Los soldados la llevaron, aferrándola por las faldas, de tal manera que algunas partes de su vestido estaban desgarradas. Mucho pueblo la seguía, entre él algunas mujeres. Pasando a través de una alta muralla y penetrando en un patio cuadrado fué llevada a una estancia, donde no había otra cosa dentro que una caja grande con algunos almohadones. Metieron adentro a la santa virgen, y llevándola de un lado a otro, le arrancaron el manto y el velo. Ella estaba allí como un cordero inocente y paciente en medio de los verdugos, y se movía lista y ligera como un pajarillo. Mientras la empujaban de un lado a otro, parecía que volase. Le quitaron el manto y la dejaron. Inés permaneció entonces en un ángulo de la estancia, envuelta en una blanca túnica sin mangas, abierta a los lados; tenía levantada la cabeza y con las manos alzadas rezaba tranquilamente. Las mujeres que habían acudido tras ella no pudieron entrar en la casa. Algunos hombres de mala catadura aguardaban a la puerta, como si la santa debiese ser entregada a sus desmanes. La ví sangrar del cuello por una herida que había recibido quizás en el camino a la cárcel. Primeramente entraron en el recinto

dos o tres jóvenes desalmados, que se echaron sobre la delicada virgen y la llevaban de un lado a otro y le arrancaron del cuerpo el vestido semiabierto que la cubría. Ví sangre en su cuello y en el seno; pero no tuvo que defenderse, puesto que en ese momento sus cabellos se desataron y cayeron sobre ella cubriéndola. He visto a un joven luminoso, volando sobre ella, que la envolvió como en un vestido de luz. Aquellos malvados se espantaron y huyeron al momento. Entonces un amante temerario, burlándose de la cobardía de los otros, se precipitó adentro. Quiso apoderarse de ella, pero ella opuso con ambas manos tanta resistencia que lo rechazó. Cayó en tierra, pero se levantó y con mayor furia se arrojó contra ella. La joven Inés lo rechazó con fuerza hasta el umbral y allí el joven cayó inmóvil en el suelo. Ella permaneció firme, y siguió rezando; estaba luminosa y su rostro semejaba una fúlgida rosa. A los gritos del caído acudieron algunos personajes, uno de los cuales era el padre del joven caído. Se mostró irritado y habló de magia; pero cuando oyó decir a la virgen que si él lo pedía en nombre de Jesús, estaba pronta para implorar la vida de aquel infeliz, él se aplacó, y le rogó que lo hiciera. Entonces Inés llamó al muerto, el cual se levantó en seguida y aún vacilante fué sacado de allí. Otros hombres más vinieron contra ella, pero todos, espantados, tuvieron que huir. Después de algún tiempo ví de nuevo acercarse algunos verdugos, que le trajeron un vestido oscuro abierto y suspendido de un lado y un velo ruin, como los que daban a los que estaban destinados al martirio. Ella se revistió, se recogió los cabellos sobre la cabeza, y fué conducida al pretorio. Era un espacio cuadrado circundado de muros y edificios, en los cuales había cámaras y cárceles; en lo alto se podía estar de pie y ver en la plaza abajo. Había allí bastante gente.

También muchas otras personas fueron llevadas ante el juez; las sacaban de una cárcel que parecía no estar muy lejos del lugar donde Inés había sido maltratada. Creo que aquellos prisioneros eran un viejo abuelito con dos yernos y sus hijitos; estaban atados juntos con cuerdas y nudos. Cuando fueron presentados al juez, sentado en aquel patio cuadrado sobre un sillón de mármol elevado, también Inés fué presentada y amonestada amigablemente y exhortada por el juez. Luego fueron interrogados y amonestados los otros. Fueron llevados allí solamente para ser examinados y asistir al martirio de otros. Las esposas de estos hombres eran aún paganas.

Después que fueron examinados unos tras otros por el juez, fué presentada nuevamente Inés, por tres veces. La virgen fué conducida a un lugar donde había un lugar elevado de tres gradas; allí se alzaba un palo, donde se la quiso atar; pero ella no lo consintió. En torno de ella había una pira de leña a la cual se le aplicó fuego. Ví sobre ella una aparición alada que difundía sobre ella una gran cantidad de rayos luminosos que le servían de escudo y hacían que las llamas se inclinasen hacia los verdugos, que sufrieron mucho daño. Ella seguía ilesa. Entonces otros verdugos la sacaron de allí y la llevaron otra vez delante del juez. De nuevo fué conducida a un cepo de piedra, y se le quiso atar las manos; ella no lo consintió: las tenía juntas sobre el pecho. Ví en lo alto una figura luminosa que la sostenía por los brazos. Entonces un verdugo la aferró por los cabellos, y le cortó la cabeza, como a Cecilia. La cabeza pendía de un lado casi enteramente separada del tronco. Luego su cuerpo vestido fué arrojado al fuego, y los otros examinados fueron llevados de nuevo a la cárcel.

Durante el juicio y la ejecución he visto a algunos parientes y amigos que lloraban desde lejos. Muchas veces me pareció maravilloso que en semejantes martirios nada sucediese de malo a los amigos que tomaban parte en el acto, ayudando o consolando a los mártires. El cuerpo de Inés y sus vestidos no ardieron. He visto su alma, desprendida del cuerpo, volando al cielo cándida y luminosa como una luna.

Esta ejecución se hizo, me parece, antes del mediodía, y antes que cayese la tarde los amigos habían retirado el cuerpo de la hoguera y lo sepultaron honrosamente. Muchos asistieron a las exequias, pero cubiertos y ocultos en sus mantos, quizás para no ser reconocidos. Me parece que aquel joven, a quien había hecho levantar, se encontraba en el lugar del martirio, pero aún no se había convertido.

Después he visto a la santa, fuera del cuadro general, como una aparición aislada, cerca de mí, de una manera extraordinariamente luminosa y resplandeciente con una palma en la mano. Aquel nimbo de gloria que circundaba toda su persona era internamente rosado y terminaba en rayos de color azul. Ella me consoló amigablemente en mis intensos dolores y me dijo: "Padecer con Jesús y en Jesús, es cosa dulce". Yo no puedo expresar suficientemente cuán grande es la diferencia entre la gente de hoy y los antiguos romanos. Entre ellos no había mezcla; eran de una especie o de otra, simple y absolutamente. Al con-

trario, entre nosotros todo es tibio, todo embrollado; parecería que en el espíritu nuestro hubiese mil celdillas o escondrijos, de los cuales se derivan muchos otros más.

12. Santa Emerenciana

He visto un cuadro relativo a otra virgen. Como de noche visitase la tumba de Santa Inés y postrada delante oraba, envuelta en sus velos, y se movía tan secretamente, me recordó a Magdalena cuando fué al sepulcro de Cristo. La he visto sorprendida por los perseguidores de los cristianos, que la espiaban y la condujeron a la cárcel. Ví luego una pequeña iglesia octogonal y sobre ella un altar. En el altar los santos celebraban una fiesta onomástica con alegría infantil, con inocencia y con graciosa elegancia. Una hermosa virgen y mártir fué colocada sobre un trono y adornada de coronas de flores por otros mártires romanos de ambos sexos, todos de los primeros tiempos de la Iglesia. Ví que asistía también Santa Inés, que tenía consigo un corderillo.

El Peregrino le dió una reliquia donde estaba escrito claramente: San Mateo, pero Ana Catalina había declarado que pertenecía a Santa Emerenciana. Apenas tuvo la reliquia dijo:

¡Oh, qué amable niña! ¿Y de dónde viene tan graciosa criatura? He aquí que viene también una mujer con otra criatura. *(Al día siguiente narró):* En la pasada noche tuve mucho que hacer con dos amables criaturas y con una sirvienta. Primeramente he visto a un niño de cerca de cuatro años pasar por la puerta abierta de un muro que de la parte interna se abría hacia una columnata. Después vino una mujer de cierta edad, de nariz aguileña, que salía de casa; tenía la fisonomía de una hebrea, cubierta de un vestido largo y alrededor del cuello un collar con partecitas muy menudas y en el pulso adornos que parecían manípulos. Una niñita que la vieja llevaba de la mano parecía de cinco años y medio. Llegó con ella hasta la columnata y allí los niños comenzaron a jugar. Las columnas de este lugar de reunión que se levantaban en medio eran redondas, con capiteles de hojas talladas, rodeadas de imágenes o bajorrelieves en forma de serpientes, que en el extremo superior mostraban una bella figura humana que miraba hacia abajo. Las columnas de los ángulos eran cuadradas y en ambos lados internos mostraban largas figuras fantásticas, en la cumbre como cabezas de

bueyes esculpidas y debajo tres aberturas redondas puestas una sobre la otra, y abiertas precisamente en el ángulo. El muro posterior estaba interrumpido por pilastras y en un punto de este muro había un balcón que salía hacia afuera donde se podía estar cómodamente y al cual conducían algunas gradas. En el centro había algo como un tabernáculo abierto, donde parecía que se podía extraer algo oculto en el muro. En torno se veían asientos que formaban la parte posterior de la columnata. Debajo y alrededor de los asientos había escondrijos donde los niños ponían sus juegos. La sirvienta se sentó sobre uno de ellos. Los dos niños llevaban túnicas de malla, largas camisas sostenidas con cinturón. Vinieron otros muchos niños del vecindario y comenzaron sus graciosos juegos, especialmente en torno de aquel tabernáculo que hacían girar y donde tenían recogidos sus juguetes. Estos consistían en muñecos hechos con mucha arte, guarnecidos de hilos que los niños tiraban, haciendo mover los miembros. Saltaban los niños por las gradas que conducían al tabernáculo y se posaban sobre el plano del balcón. Tenían pequeños vasos y utensilios, y jugaban alrededor de los asientos y ponían debajo sus utensilios en cavidades semicirculares. Yo tomé a una de las niñas y la coloqué atravesada sobre las rodillas, pero no quiso estarse quieta y se retorcía; me turbé y creí no ser digna de tenerla en mi regazo.

Después, los otros niños se fueron a casa y la sirvienta entró por la puerta con los dos niños, atravesando un patio y subiendo un piso más alto a una estancia donde estaba la madre de uno de aquéllos que parecía leer ciertos folios. Era una mujer de apariencia robusta, vestida con hábito de pliegues, de andar lento y arrastrado, de aspecto severo; no usaba mucha familiaridad con los niños; no los acariciaba; pero les hablaba y les daba alimentos y pequeñas figuras de colores. En aquella estancia había sillas plegadizas con almohadones con un solo manubrio. Los almohadones eran de pieles oscuras y de lana. El techo y las paredes de la estancia estaban llenos de pinturas; en las ventanas no había ni vidrios ni cristales: estaban entretejidas por unas redes donde se veían figuras diversas. En los ángulos de la cámara había estatuitas sobre pedestales. Aquella dama parecía que se ocupaba mucho menos aún del niño extraño que del suyo. Ví a la sirvienta ir con los niños a un pequeño jardín, en el centro del edificio, como un patio. Alrededor había estancias y en el medio surgía una fuente. En este jardín se divertían los

niños y comían de los frutos que allí había. No he visto al padre de esta familia.

Después he visto otro cuadro; ví a estas dos niñas ya crecidas. Estaban solas y oraban. Oí una voz interna que me decía que la sirvienta era secretamente cristiana y vigilaba los pasos de las niñas. La he visto reunirse secretamente con otras vírgenes en una de las pequeñas casas construídas lateralmente al gran palacio. De noche algunas personas se aproximaban sigilosamente a los muros del palacio, en el interior del cual dormían aquellas mujeres y que tomando algo del agujero de la pared daban una señal a las moradoras, las cuales, despertadas, se levantaban y salían. La sirvienta las acompañaba por un corredor hasta que se viesen fuera y ella quedaba dentro. Las he visto cubiertas con sus mantos, con otras, junto a un muro antiguo y penetrar en un espacio subterráneo donde muchos ya se hallaban reunidos. He visto dos espacios de esta clase: en uno no había altar alguno; allí se enseñaba y se oraba solamente; en el otro había un altar sobre el cual deponían una ofrenda los que iban llegando. He visto a las dos niñas ir ocultamente a estos subterráneos y asistir a estas secretas asambleas de los cristianos.

Me encontré otra vez delante del palacio donde he visto a las niñas jugando y deseé ardientemente verlas de nuevo. Vi entonces a un niño que había participado en sus juegos y lo envié a casa para que le dijese a la sirvienta que saliese fuera con las niñas. Vino y traía a Inés en sus brazos; era todavía una niña lactante de año y medio. Me dijo, empero, que la otra niña no estaba. Le dije que ciertamente vendría sin tardanza. Vino conmigo a la sombra de un tilo y la otra niña me fué traída por una joven que salió de otra casa más pequeña del vecindario. Las dos sirvientas no quisieron permanecer allí mucho tiempo porque tenían que hacer, y yo les rogué encarecidamente que me dejasen un rato a las niñas. Ellas consintieron y se fueron a sus casas. Yo tenía a aquellas niñas sobre mis rodillas y las acariciaba; pero pronto se volvieron inquietas y comenzaron a gritar. Nada tenía para aquietarlas, y como me encontré en grande apuro, las estreché a ambas contra mi seno, y se aquietaron. Extendí sobre ellas un gran manto que llevaba y sentí con gran estupor mío que ellas recibían realmente alimento de mi seno. Luego volvieron las sirvientas y les entregué a las niñas, y pronto aparecieron las dos madres. Aquella de Emerenciana era pequeña de estatura, más vivaz y noble y más

simpática. Llevó por sí misma la niña a casa, mientras la otra hizo llevar la suya por la sirvienta.

Sentí entonces con espanto que mi seno se había hinchado con el mamar de esas criaturas; sentía ardor y opresión y estaba llena de inquietud. Me decidí a volver a casa; pero a mitad de camino, se vinieron a mí dos pobres niños que yo conocía y haciéndome sufrir mamaron de mi seno, y tras ellos vinieron otros y otros, que hicieron lo mismo; sobre estos había una cantidad de insectos que quité de ellos, de modo que a un tiempo los alimenté y los dejé limpios y aseados. Me encontré aliviada de mi angustia y pensando que todo esto me había sucedido por tener esas reliquias en mis manos, las repuse nuevamente en el armario.

13. Santa Agata (*)

La noche pasada estuve en aquella ciudad donde he visto una gran revolución *(Palermo)*. He visto aún mucha desolación y devastaciones en las iglesias y en las casas particulares, como también una grande y curiosa fiesta religiosa. En la iglesia colgaban de los muros tapetes y en el centro pendía de lo alto una especie de tienda, como se acostumbra entre nosotros, que se llama la tienda del hambre o del ayuno en tiempo de Cuaresma. He visto en la plaza un gran fuego como el de la algazara de San Juan y he visto que los sacerdotes iban hacia el fuego en procesión, llevando un tapete. Era una fiesta muy solemne, con muchos preparativos y mucha pompa. El pueblo allí muestra siempre tanto ardor y celo para estas cosas; mientras tanto no dejan de darse bastonazos y de pelearse unos con otros. En la iglesia había mucha pompa y esplendor. Durante la Misa he visto presente a Santa Agata con muchos otros santos. He visto que fué martirizada en Catania. Sus padres habitaban en Palermo; su madre era secretamente cristiana y su padre era pagano. Su madre la instruía desde pequeña, a escondidas, en el cristianismo. Tenía dos ayas y desde pequeña gozaba de la familiaridad con Jesús. La he visto a menudo sentada en el

(*) El autorizado Diccionario Eclesiástico (*Kirchenlexikon*) dice: "Las actas recogidas por los Bolandistas sobre el martirio de Santa Agata, exceptuadas algunas añadiduras, son muy antiguas y dignas de todo crédito. San Antonino (VI-6-5) trae las mismas palabras. Sólo hay una diferencia explicable: Afrodisia aparece con siete hijas, porque cuenta entre ellas quizás a las mujeres de la servidumbre. La vidente sólo ve cinco. Santa Agata es patrona de Sicilia. Su velo se venera en Catania como preciosa reliquia, protectora contra las erupciones del Etna".

jardín, teniendo a su lado un niño todo resplandeciente de belleza que con ella jugaba y hablaba. He visto que ella le preparaba un asiento en la hierba, y cómo sentada con él, con las manos juntas sobre el pecho, lo escuchaba con toda atención y reflexión. La ví jugar con varitas y con flores y como aquel niño crecía poco a poco junto a ella. A medida que ella crecía, él se presentaba de mayor estatura, pero únicamente cuando estaba ella sola. Creo que ella lo sabía, porque la he visto preparar diversas cosas en relación con la presencia del niño. La he visto crecer maravillosamente pura y fuerte, decidida de ánimo.

Es imposible decir cómo estas cosas se ven: es como si se viese algo volverse cada vez más espléndido y magnífico; como si un fuego se hiciese un sol, un esplendor se volviese una estrella y el oro se hiciese más oro y más brillante. He visto también cómo ella cooperaba extraordinariamente, cómo constantemente removía de sí aun la mínima impureza e imperfección y cómo se castigaba cualquier descuido. Cuando de noche se disponía a descansar, estaba junto a ella el ángel custodio, muchas veces visiblemente, le recordaba alguna cosa que se hubiese olvidado y ella se apresuraba en seguida a ejecutarla; esto consistía en oraciones, limosnas o en cualquier otra obra de caridad, de pureza, de humildad, de obediencia, de misericordia o alejamiento del mal bajo cualquier forma. La he visto frecuentemente, aún siendo niña, desaparecer secretamente del lado de su madre para dar limosnas y alimentos a los pobres.

Era tan magnánima y tan amante de Jesús que la he visto combatirse continuamente: en cualquier apetito de tentación o de la más pequeña falta, se flagelaba y se hería. En todo se mostraba liberal y valerosa, de un ánimo muy sincero. He visto que siendo de ocho años de edad fué llevada con muchas otras niñas en una carroza hasta Catania. Esto sucedió por voluntad de su padre, que la quería educar con más libertad y paganamente. Fué allí entregada a una mujer muy libertina, que tenía cinco hijas. No puedo decir que fuese aquella una casa de mala vida, según el común sentir, como he visto en aquellos tiempos; pero la matrona me pareció una mujer de mundo, de modales muy libres y coqueta. He visto a Agata habitar allí por mucho tiempo. Aquella casa era muy hermosa y cuanto había dentro era precioso, pero no podía salir con entera libertad. La he visto la mayor parte del tiempo con otras niñas alegres, en un espacio delante del cual había un estanque en el cual se espejaba el palacio entero, cerrado y guardado de la otra parte. Aquella

mujer y las cinco hijas se dieron todo imaginable trabajo para sacar a Agata de sus hábitos de virtud. La he visto pasear con ellas en graciosos jardines y mostrarle toda clase de elegantes trajes; pero Agata era siempre igual y desdeñaba todas estas vanidades. También ví aquí al celeste Niño junto a ella, la cual se volvía siempre más seria y más firme en sus propósitos. Se había convertido en una esbelta joven, no muy alta, pero perfecta. Tenía cabellos negros, grandes ojos negros, nariz perfecta, un rostro ovalado y un modo de ser dulce, pero firme, y una expresión maravillosa en el semblante, que venía de la fuerza y generosidad de su espíritu. He visto que la madre murió de dolor por la ausencia de su hija. En casa de aquella mujer he visto a Agata luchar del modo más perseverante contra las inclinaciones de la propia naturaleza y contra toda seducción. Un tal Quinciano, que más tarde la hizo martirizar, venía frecuentemente al palacio. Era un hombre casado, pero no podía soportar a la propia mujer. Inspiraba repugnancia; era muy vulgar en sus modos y altanero. Daba vueltas por la ciudad, espiaba todo y fastidiaba y atormentaba a la gente. Lo he visto en la casa de aquella mujer y he visto que de vez en cuando miraba de soslayo a Agata, con el mirar propio del que ve algo que le agrada. No se permitió ningún inconveniente. Por lo demás, he visto que con Agata estaba el celestial Esposo, sólo visible para ella y entendí que decía: "Nuestra esposa es pequeña; no tiene senos, y cuando los tenga, le serán quitados, puesto que nadie hay aquí que los pueda vaciar". El celestial Esposo dijo esto mirando a Agata, y esto significa que aquí hay aún pocos cristianos y pocos sacerdotes.

He visto también que le fueron mostrados por su celestial Esposo los instrumentos de su martirio; creo aún más: que se puso en cierto modo a divertirse con esos instrumentos. Más tarde la he visto de nuevo en su ciudad natal, cuando su padre ya no vivía. Tenía trece años de edad. Profesaba públicamente la fe cristiana y tenía en torno de sí a muy buena gente. La ví sacada de su casa por gente que Quinciano había enviado desde Catania, y saliendo de la ciudad se ató más estrechamente sus sandalias. Entonces, volviéndose hacia atrás, vió que todos sus amigos la habían abandonado y habían entrado de nuevo en la ciudad. Rogó al Señor que dejase memoria de esta ingratitud y al punto se levantó allí un olivo estéril e infructuoso.

La ví de nuevo junto a aquella mala mujer, como también la aparición de su celestial Esposo, que una vez le dijo: "Cuan-

do la serpiente, que nunca había hablado, habló, Eva debió darse cuenta que era el diablo". He visto también cómo aquella mala mujer tentaba de todos los modos para seducir a Agata a fuerza de lisonjas y de placeres, y entendí que Agata le aplicaba las enseñanzas de su celestial Esposo, puesto que cuando aquella mujer mundana quería persuadirla para darse a una vida relajada, ella le dijo: "Tu carne y tu sangre son criaturas de Dios, como lo era la serpiente; pero el que ahora habla en tu carne, es el diablo". Ví las intrigas de Quinciano con esta mujer y conocí muy bien a dos de sus amigos. Más tarde he visto a Agata metida en la cárcel, ser examinada y azotada. Después le cortaron los senos: un verdugo la sujetaba y otro le arrancaba los senos con un instrumento que parecía una planta de adormidera. Este instrumento estaba hecho de tal manera que abriéndose en tres partes, como si se abriera la boca humana, y luego cerrándose, desgarraba y llevaba consigo los senos que estaban dentro encerrados, como de una dentellada. Los verdugos tuvieron la desvergüenza de ponerle ante los ojos los senos arrancados y luego se los arrojaron a sus pies como sobre una mesa. En medio de estos martirios Agata dijo a Quinciano: "¿No te horrorizas tú de arrancar de una criatura humana esos senos que sirvieron a tu madre para nutrirte?" Por lo demás se mostraba fuerte y tranquila, y añadió: "Mi alma tiene senos más nobles, que tú jamás podrás arrancar". He visto que esos senos eran pequeños porque apenas estaba Agata en edad de pubertad. Las heridas eran redondas y no había ninguna otra herida; la sangre manaba de pequeños poros, como de fuentecillas. He visto a menudo usar este instrumento en los martirios; con él arrancaban pedazos enteros de carne de los cuerpos de los mártires. Es admirable la fuerza y la ayuda que ellos reciben de Jesús. A menudo lo veo a Él mismo junto a los mártires y darles ayuda: no caen desmayados en los casos en que cualquier otra criatura caería desvanecida.

He visto después a Agata en la cárcel, donde se le apareció un santo viejo que le dijo que quería sanarla y restituirle sus senos. Le respondió que jamás había usado medicinas humanas, que tenía a Jesús, quien podía sanarla si Él quería. El otro dijo: "Soy un viejo cristiano, no tienes que tener vergüenza de mí". Mas ella respondió: "Mis heridas nada tienen que puedan ofender la pureza; Jesús me sanará si Él lo quiere: ha creado el mundo y puede crear también mis senos". Entonces aquel anciano sonrió y dijo: "Yo soy tu siervo Pedro; mira: tus senos

están ya curados". Y desapareció. He visto después cómo un ángel ataba en la parte superior de su cárcel una banda en la cual estaban escritas estas palabras, pero ya no sé cuál era su sentido. Agata se encontró con ambos senos perfectamente sanos, como los había tenido antes. No era aquello una simple cura de la epidermis, sino que eran senos nuevos y perfectos. En torno de ellos veía yo un nimbo de luz y el círculo interno de este nimbo estaba lleno de radiosos rayos de luz coloreados con todos los matices del arco iris.

Después ví a Agata conducida de nuevo al martirio En un subterráneo de bóveda había como braseros, en los cuales se encendían carbones: eran profundos como cajas y en el fondo cubiertos de hierros agudos. Había muchas de estas cajas, porque a veces eran muchos los martirizados a la vez; estaban algo separadas. Debajo de estas cajas serpenteaban las llamas; de modo que los que eran colocados allí dentro se abrasaban con el fuego sobre las agudas puntas. Cuando Agata fué echada en una de esas aberturas, se hizo sentir un terremoto muy grande; un muro se desplomó y aplastó a dos de los amigos de Quinciano. Se originó una agitación popular y Quinciano huyó. La mártir fué de nuevo sacada de allí y llevada a la cárcel, donde murió. Después he visto que Quinciano moría miserablemente, ahogado en un río, mientras estaba de viaje para apropiarse de los bienes de Santa Agata. Luego ví que un volcán vomitaba fuego y lava y que la gente, para salvarse de aquel líquido ardiente, se refugiaba junto a la tumba de Agata. Pusieron la tapa del sepulcro de la santa contra la lava y ésta se detuvo y se apagó el volcán.

14. Santa Dorotea (*)

He reconocido de nuevo las reliquias de esta santa y he visto una ciudad considerable situada en una comarca montañosa *(Cesárea de Capadocia)*. Allí vi, dentro del jardín de una casa de estilo romano, a tres niñas de cinco a ocho años que jugaban. Se tenían de las manos, danzaban en círculo, se detenían y cantaban recogiendo flores del jardín. Después que hubieron estado así jugando, ví a las dos mayorcitas separarse de la menor, llevándose las flores que deshojaron en sus manos. Me pa-

(*) Lo dicho sobre esta Santa está de acuerdo con la historia. Lo mismo narra el santo Obispo Aldhem († 709) en su libro *Alabanza a la virginidad*. La devoción a esta santa está muy difundida en el oriente.

reció que la menor quedó muy afligida al ver que las dos se alejaban hacia otro lado del jardín. Sentía una pena grande que yo misma compartí con ella. Su rostro palideció y al mismo tiempo sus vestidos se pusieron blancos como la nieve. La niña cayó al suelo como desvanecida. Entretanto yo sentí una voz que decía: "Esta es Dorotea". Luego apareció un joven luminoso que se aproximaba a ella, teniendo en las manos un ramo de flores. El joven levantó a la niña y la llevó a otro lugar del jardín, le puso junto a ella el ramillete y desapareció. La niña se puso de nuevo alegre y corriendo hacia las otras dos, les mostró sus flores y dijo quien se las había dado. Estas se maravillaron mucho, abrazaron a la niña y parecían arrepentidas de haberla ofendido dejándola sola. La unión entre ellas se restableció. A esta vista me vino también a mí el deseo de tener semejantes flores para restablecerme, cuando de improviso se me apareció Dorotea, como una virgen, me hizo una exhortación para la comunión y me dijo: "¿Por qué tienes tanto deseo de esas flores cuando recibes tan a menudo la flor de todas las flores?" Me explicó el cuadro simbólico de las tres niñas, que se refería a la caída y a la conversión de las dos mayores.

Después ví un cuadro de su martirio. Estaba con las dos mayores dentro de la cárcel y nació entre ellas una divergencia. Las otras dos no quisieron morir por Jesús, y fueron puestas en libertad. He visto a Dorotea delante del juez, que la hizo conducir enfrente de las dos ya caídas, en la esperanza de que seguiría Dorotea el ejemplo de sus hermanas y sus exhortaciones. Pero Dorotea, en cambio, logró conducirlas de nuevo a la fe. Fué luego atada con los miembros extendidos en una columna, destrozada con uñas, quemada con hachas y finalmente decapitada. Después de esto ví a un joven, que se había burlado de ella camino del martirio y al cual ella había respondido brevemente, convertirse súbitamente y hacerse cristiano. Vió a un joven luminoso que llevaba rosas y flores, entró en sí mismo, confesó su fe cristiana y sufrió el martirio: fué decapitado. Junto con Dorotea fueron martirizados muchos cristianos, quemados, descuartizados por animales, a los cuales los habían atado.

15. Santa Apolonia (*)

Tuve conmigo su reliquia y ví la ciudad donde fué martirizada *(Alejandría)*. Está situada sobre un promontorio, no muy lejos de las muchas bocas por las cuales el Nilo desemboca en el mar. Es una ciudad grande y hermosa, en la cual la casa de Apolonia, circundada de patios y jardines, se levanta sobre una alta plazoleta. Al tiempo de su martirio era ya viuda, entrada en años, pero de hermosa presencia. Sus padres eran paganos; pero ella desde su infancia era ya cristiana, debido a una aya suya que era secretamente cristiana. Cuando creció en años fue entregada por sus padres en matrimonio a un marido pagano y vivió con él en la casa paterna. Sufrió mucho y la vida conyugal fué para ella una severa prueba. La he visto yacer en el suelo, llorando, orando y cubriéndose la cabeza con ceniza. Su marido era más bien descarnado y pálido, y murió mucho tiempo antes que ella. Vivió después treinta años como viuda, sin hijos. Mostró mucha misericordia hacia los pobres, que eran secretamente cristianos y era el consuelo y la esperanza de todos los necesitados. Su nodriza había padecido martirio mucho antes que ella. Esto acaeció en ocasión de un tumulto, durante el cual las casas de los cristianos fueron saqueadas y quemadas, y muchos fueron muertos.

He visto más tarde cómo Apolonia, por orden del juez, fué sacada de su casa, conducida al pretorio y metida en una cárcel. La ví luego ante el juez, horriblemente maltratada a causa de sus elocuentes palabras sobre el cristianismo. Era una vista que despedazaba el corazón verla, mientras pude asistir a otros martirios con bastante tranquilidad. Quizás eran su edad y su noble presencia, lo que tanto me conmovieron. La azotaron con varas, la hirieron en la cara y en la cabeza con piedras. La nariz le fué aplastada y deformada; la sangre le corría a torrentes de la cabeza; le habían despedazado las mejillas y el mentón y arrancado los dientes de la boca. Llevaba aquella blanca túnica abierta a los lados, que veo a menudo usada por los cristianos;

(*) En el Martirologio Romano y en la *Legenda aurea* aparece como virgen (cap. 66), aunque ya de mucha edad. La vidente la ve como viuda y explica que hacía tiempo que lo era: por eso era tenida generalmente por no casada. El tormento de arrancarle los dientes lo describe la vidente con detalles. En un grabado en madera del año 1450 tiene la santa una tenaza en las manos, y en otro de 1488 aparece atada a una columna mientras el verdugo le arranca los dientes con violencia.

debajo tenía una túnica de lana colorada. Estaba sentada sobre una piedra sin respaldar y tenía las manos atadas por la espalda a aquella piedra y los pies ligados. Le habían roto y quitado el velo y sus largos cabellos pendiàn sueltos sobre sus hombros. Su semblante estaba alterado, deforme por los golpes y cubierto de sangre. Un verdugo la sujetaba por detrás, torciéndole la cabeza, mientras otro le abría por fuerza la boca ya deshecha con una especie de cepo de plomo. Entonces el verdugo le destrozó uno a uno los dientes con una tenaza y con los dientes arrancaba pedazos de mejillas. Durante el martirio he visto a Apolonia padecer hasta desmayar, mientras los ángeles y otras almas mártires y también la aparición de Jesús, la fortificaban y la consolaban. Con sus plegarias y sufrimientos obtuvo la gracia de ser la auxiliadora de todos los que sufren dolores de dientes y en el rostro.

Como por otra parte no cesaba de alabar a Jesucristo, despreciando las ofertas a los dioses paganos, el juez ordenó que fuese llevada a la hoguera y que si no cambiaba de sentimientos, fuese arrojada en ella. No podía ya caminar por sí misma, pues estaba medio muerta. Dos verdugos la arrastraron sosteniéndola bajo los brazos y la llevaron hacia un lugar elevado y plano donde en una fosa ardía un gran fuego. Cuando estuvo delante pareció que pedía con la oración alguna cosa. No podía sostener ya derecha su cabeza. Los paganos creían que quería renegar de Cristo o que, al menos, vacilaba en sus convicciones y la dejaron por un momento. Ella cayó al suelo y parecía que iba a morir. Rezaba en cambio; se puso de pie súbitamente y se echó en medio de las llamas. He visto, durante su martirio, a muchos pobres lamentarse, retorciéndose las manos y gritando, por perder a aquélla que durante tanto tiempo les había hecho caridad. Por sí misma no hubiera podido saltar a las llamas. De Dios le vino la fuerza y el impulso. He visto que no fué consumida en el fuego, sino sólo quemada. Los paganos se alejaron de aquel lugar cuando la vieron muerta, y los cristianos se acercaron y secretamente se llevaron el cuerpo y lo sepultaron en un subterráneo.

16. Santa Eulalia (*)

Entre las reliquias que le presentaron a Ana Catalina, había dos dientes que se decía pertenecieron a Santa Eulalia. Cuando los hubo mirado, dijo:

Uno solo de estos dientes pertenece a Santa Eulalia, virgen y mártir de Barcelona. El otro diente es de un sacerdote que recibió la ordenación en la vejez. Lo he visto viajar mucho de un lado a otro, proteger viudas y huérfanos. El diente de Santa Eulalia le fué arrancado cerca de un año antes de su martirio. He visto el episodio como había sucedido. A causa de un intenso dolor de muelas que padecía, Eulalia se hizo sacar aquel diente en casa de una joven amiga suya; pues la madre, por demasiada sensibilidad, no quiso que lo hiciese en su propia casa. El viejo que extrajo aquel diente era un cristiano. Ella estaba sentada sobre un asiento en el suelo, de espaldas al operador. Ella levantó la cabeza hacia atrás y el hombre le extrajo rápidamente el diente con un instrumento que en la parte anterior tenía una cavidad pequeña, como para contener un diente, unido a un asta y un mango algo curvo. Después de sacado, hizo ver el diente a las dos jóvenes, que sonrieron. La amiga de Eulalia rogó que le regalara el diente extraído y ésta consintió. Eulalia era amada y apreciada por todas sus amigas. Después de su martirio aquel diente adquirió un valor mucho mayor y llegó a ser para la poseedora un objeto sagrado. Después de la muerte de ésta, lo he visto en posesión de dos diversas mujeres y más tarde, en tiempos muy posteriores, suspendido delante de la imagen de Apolonia, encerrado en una caja de plata que tenía la forma de un pequeño turíbulo. En este cuadro Santa Apolonia no estaba pintada como persona de edad, sino joven, con una tenaza en la mano y con gorra de punta en la cabeza. He visto más tarde, cuando los objetos de plata fueron robados en aquella iglesia, que aquel diente llegó a poder de una monja, lejos del país de Eulalia. Se sacó un fragmento de la raíz del diente y también éste se conservó como reliquia; ya no recuerdo el lugar del hecho. He visto resplandecer el diente, pero no con el brillo propio de los huesos de los mártires. Lo veo brillar por el ardiente deseo que tenía ya desde entonces Eulalia de padecer y morir por

(*) El *Diccionario Eclesiástico* dice: "En España se celebran dos mártires de este nombre: Eulalia de Barcelona y Eulalia de Mérida".

Cristo y por su inocencia y por lo que había ya anticipadamente padecido con paciencia por amor de Jesús.

Aquellos huesos y partes del cuerpo que los santos han perdido antes del martirio, no los veo resplandecer con los colores propios de la gloria, como miembros que han padecido el martirio propiamente. Al brillo de este diente le falta el brillo propio del martirio del resto del cuerpo. Los padres de Eulalia eran personas de mucha consideración, que habitaban en un gran palacio, en torno del cual se veían olivos y muchos otros árboles cargados de frutos amarillos. Los padres eran cristianos; pero no muy celosos, ni en ellos se veía nada notable de cristianismo. Eulalia se entendía con una anciana, fervorosa cristiana. Esta anciana habitaba en un edificio anexo al palacio y trabajaba en grandes obras de bordados. He visto a Eulalia junto a la anciana coser y preparar ornamentos de iglesia. Cosían con grandes agujas redondas y adherían a los paños figuras de relieve. Esto lo hacían secretamente, de noche. Tenían cerca una linterna y delante de la llama había algo transparente, como cristal, por cuyo medio se podía ver muy claramente. He visto a Eulalia orar solitaria delante de una simple cruz en su estancia. Ella misma se había hecho esa cruz con una madera de siempreviva. Tenía tan ardiente deseo de confesar públicamente a Jesús, que a menudo le era mostrada en visión la corona del martirio. La he visto andar con otras vírgenes y manifestarles ese deseo, que no se atrevía a manifestar en la casa paterna.

17. Los santos mártires Pascual y Cipriano

Cuando tomé mi iglesia *(la cajita de sus reliquias)* en las manos, para ponerlas en orden y venerarlas, reconocí un fragmento del hueso de un brazo del santo mártir Pascual. He visto que desde la infancia era tullido, aunque por lo demás estaba bien formado. Su padre había perdido la vida en una persecución de cristianos y luego lo vi con una hermana suya junto a un hermano mucho mayor que tenía por hijo un sacerdote llamado Cipriano. He visto a este último celebrar Misa en un subterráneo. Habitaban en medio de edificios ruinosos y a veces en cavernas subterráneas. Cipriano demostraba mucho cariño hacia el tullido Pascual, que no podía servirse de miembro alguno. Tendría dieciséis años cuando pidió ser llevado a la tumba de un mártir. Estaban allí unas

veinte personas, entre ellas Cipriano; y condujeron a Pascual sobre una especie de angarillas a un lugar de mártires. Estaba de tal modo tullido que las rodillas casi le tocaban el mentón. Llegaron con gran sigilo al lugar próximo a las cárceles donde un santo mártir había sido martirizado y sepultado, cuyo nombre no me acuerdo ya. Se detuvieron y rezaron; Pascual estaba presente sobre una litera que podía alzarse o bajarse a voluntad. He visto que tanto él como los otros oraban con mucha devoción, y que de pronto se alzó sobre sus pies y echó de sí las muletas. Había tenido la más firme confianza allí que Dios le había de dar la salud. Vi que todos llenos de gozo dieron gracias a Dios y abrazaron al recién sanado, que con ellos volvió a su casa contento y feliz.

He visto una serie de cuadros de su caridad y piedad, y cómo ayudaba al hijo de su hermano, es decir, a Cipriano, a cuidar enfermos y pobres. Llevaba sobre sus hombros y al cuello a personas que no podían andar. Por este tiempo murió el hermano mayor y lo sepultaron secretamente. En seguida hubo una gran persecución de cristianos; me parece que bajo Nerón. Numerosos cristianos, hombres, mujeres y niños fueron reunidos con violencia en una gran plaza de la ciudad. Fueron juzgados y martirizados de diversas maneras. He visto que ciertos árboles que formaban una alameda eran doblados con fuerza; los cristianos atados por los brazos de un lado del árbol y por las piernas del otro lado; luego soltaban las ramas curvadas, y los pobres cristianos eran así destrozados y descuartizados. A las vírgenes las he visto suspendidas por las piernas, de tal modo que la cabeza tocaba casi la tierra. Tenían las manos atadas a las espaldas; y he visto que ciertas bestias feroces, parecidas a gatos con manchas, laceraban y devoraban sus carnes aún palpitantes de vida. He visto que durante esta persecución la hermana de Pascual con otras huyeron lejos de allí, mientras Pascual y Cipriano visitaban los lugares de martirio para confortar a los amigos. Al principio sólo fueron rechazados allí; pero luego, reconocidos como cristianos, fueron juzgados y martirizados con los demás. He visto en esta ocasión muchas piedras gruesas y macizas aplanadas, entre las cuales eran puestos los cristianos, y aplastados y prensados, mientras las piernas y los brazos pendían hacia fuera. A menudo ponían dos víctimas, una sobre otra, la cara de una contra la cara de la otra, y así eran prensadas con tan pesadas piedras. Pascual y Cipriano fueron en esa forma aplastados.

A continuación vi un cuadro de época posterior. Vi a los cristianos más libres; podían buscar las tumbas de los mártires y venerarlos.

Vi que unos padres llevaron su hijito de un año, todo tullido, a un campo donde estaban sepultados muchos mártires, con monumentos y pequeñas capillas sobre algunas tumbas. En la extremidad del cementerio, que llaman de Calixto, se detuvieron en un lugar donde no había más que hierbas, porque el niño dijo que allí estaban sepultados dos santos que lo habían ayudado. En efecto, lo vi alzarse de allí derecho, perfectamente sano. Creo que pronunció también los nombres de esos santos. Luego vi al padre, a la madre y al hijo de rodillas dando gracias a Dios, correr a la ciudad y anunciar por todas partes el prodigio que se había obrado. He visto acudir muchos hombres con aquel niño; entre ellos había eclesiásticos. Excavaron la tierra y allí encontraron dos cuerpos juntos. Los brazos se unían fuertemente y los cuerpos estaban incorruptos, blancos y como disecados. La fosa era de forma cuadrada y donde los brazos estaban juntos, la pequeña pared que los separaba aparecía interrumpida. No fueron todavía desenterrados; pero vi que hubo una solemne ceremonia, que las tumbas fueron puestas en orden y colocada una inscripción. Luego fué cerrada y sobre la sepultura se hizo una techumbre sostenida por cuatro o seis calumnas, y se plantaron flores. Vi que creció mucho la hierba; entre las plantas había una con hojas muy gruesas, un arbusto semejante al que llamamos siemprevivas. Debajo de aquella techumbre se hizo una capilla y se dispuso un altar. Sobre la mesa se hizo una abertura que se podía abrir o cerrar a voluntad. En la piedra erigida había una inscripción. He visto que se celebraba allí solemnemente la santa Misa y se daba la comunión. Los que recibían la santa comunión tenían un recipiente o tacita y un paño muy cándido bajo el mentón. Aquellos santos cuerpos quedaron sepultados allí. Más tarde el pequeño edificio fué destruído. Vi luego un cuadro en que me mostraron como después de mucho tiempo se abrieron allí muchas tumbas y se llevaron los sagrados huesos hallados. Vi que también los cuerpos de Pascual y de Cipriano fueron extraídos; eran ya esqueletos, pero dispuestos en orden perfecto. Los he visto colocados en dos cajas cuadradas, que llegaron a ser posesión de los Jesuítas de Amberes. Vi en esa ocasión fiestas solemnes con procesiones. Las cajas fueron adornadas y guardadas en preciosos armarios.

18. Santa Perpetua y Santa Felicitas

(27 de Febrero de 1820)

Cuando en la noche pasada me lamentaba delante del Señor de mi aflictiva situación, fuí justamente reprendida de haberlo hecho mientras me rodeaban tan grandes tesoros de reliquias, por ver las cuales tantos otros habían emprendido largos viajes, y mientras tenía la gracia de vivir en compañía de tantos santos y de ver todas sus acciones y sufrimientos. Sentí entonces la injusticia de mis lamentaciones y vi una gran muchedumbre de santos cuyas reliquias tengo conmigo. Vi muchas cosas de la vida de Santa Perpetua, que desde niña tenía ya visiones que simbolizaban su martirio. Esto me hizo recordar un sueño de mi infancia, en el cual había visto que no tenía para alimentarme nada más que agua y pan negro. Creía que debía ir mendigando. Pensé entonces que aquel pan negro que recibió como don Santa Valburga se refería a este mi sueño. He visto los tormentos de Santa Perpetua y de Santa Felicitas, y de otros que, con ellas y después de ellas, fueron martirizados. Los he visto destrozados por bestias feroces, o acuchillados.

Diciendo estas palabras, Ana Catalina tomó en sus manos una de aquellas reliquias, la estrechó contra su corazón y la besó, diciendo:

He aquí a Perpetua, que está junto a mí.

Luego tomó un fragmento de hueso y dijo:

Esto es algo muy precioso. Es el hueso de un jovencito que sufrió valerosamente el martirio junto con el padre, la madre y dos hermanas. Se encontraba en la cárcel al mismo tiempo que Perpetua. Fué quemado vivo. Su hueso resplandece muy vivamente: es un resplandor muy maravilloso, con un nimbo del más agradable color azul con rayos de luz dorada y de esta misma luz está circundada la persona y la aparición de este niño mártir. Esta luz recrea de tal manera, que no puedo expresarlo. Al principio creí que Perpetua y Felicitas fueron martirizadas en Roma, porque había visto que les dieron muerte en un edificio semejante a los que veo en Roma; pero ahora sé que el lugar de su martirio fué muy lejos de Roma. El niño murió quemado en una hoguera. Había en aquel lugar pequeñas elevaciones circundadas por una pared. En las elevaciones había unos palos, donde eran sujetados los

mártires. Los verdugos disponían el fuego circularmente en torno de esas elevaciones.

(2 de Marzo de 1820)

Vi muchos cuadros relativos a la prisión y al martirio de Santa Perpetua. En ocasión de su fiesta espero verlo todo más claramente. He visto a los santos encerrados en una cárcel redonda y subterránea. Estaban separados unos de otros por rejas de hierro, de tal manera que podían hablarse y darse la mano. Todo era oscuro y tenebroso en la cárcel. Con todo, he visto resplandecer la luz en torno de los mártires. Sobre la cárcel misma se levantaba un antiguo edificio. Cada uno estaba solo en esa especie de jaula. La puerta de entrada semejaba a la de una cantina, algo elevada sobre el nivel. En el techo había cuatro aberturas con rejas. Además de Perpetua y Felicitas, vi adentro a cuatro hombres. Perpetua tenía a su niño, al cual amamantaba. Felicitas estaba en la cárcel inmediata, y estaba encinta. Perpetua era alta, de recia contextura. Felicitas era mucho más pequeña y delicada. Perpetua hablaba con todos indistintamente, de modo breve y conciso; parecía que lo dirigía todo en aquella cárcel. Más lejos había otros prisioneros. Aquel magnánimo niño mártir estaba junto a su padre, en una parte, y la madre con sus dos hijas, en otra parte, separados por una pared; pero yo los veía a través del muro. He visto también que los amigos de los prisioneros se entretenían con ellos. Delante de la reja de Perpetua había un anciano muy afligido, que se arrancaba los cabellos y se lamentaba en voz alta. No era cristiano; creo que era el padre de Perpetua. El jefe de la guardia era un buen oficial que traía a Perpetua pan y otros alimentos, que ella dividía entre los demás prisioneros. Perpetua tenía consigo escondido un volumen o rótulo. Todos vestían trajes de prisioneros, largos, más bien estrechos; las mujeres de lana burda y blanca; los hombres de color más oscuro. La cárcel de los hombres estaba más cerca de la puerta. La cárcel de las mujeres, en el centro, dispuesta en círculo. He visto a un niño que murió en la misma cárcel. Sus parientes obtuvieron el cadáver y lo sepultaron. Una tarde Perpetua habló con un hombre; y durante la noche he visto junto a Perpetua, que dormía en el suelo, apoyada en su brazo, un cuadro maravilloso. Todo el espacio estaba iluminado y a la luz del resplandor vi a todos los prisioneros y sus diversos aspectos; unos dormían y

otros oraban. En este resplandor había una escala maravillosa que llegaba al cielo; al pie de ella había dos dragones, uno a la derecha y otro a la izquierda, con las cabezas vueltas hacia fuera. Aquella escala llegaba al cielo y terminaba en un jardín. Parecía la escala hecha sobre dos sostenes muy delgados para aquella altura, de modo que yo me admiraba que pudiera sostenerse. De ambos sostenes salían, a derecha e izquierda, muchos peldaños en puntas agudas, en ganchos y en otros instrumentos, puestos quizás para martirizar. Estaban dispuestos de tal modo que si a la izquierda salía un peldaño corto, correspondía a la derecha una cantidad de ganchos o de puntas, y viceversa. Parecía imposible que por allí alguno pudiese intentar la subida. No obstante vi a una figura que subía, y cuando estuvo bastante elevada, volvió atrás por otro lado, como si quisiese ayudar a otros a subir. Entonces vi la imagen de Perpetua, que allí dormía, cómo aplastaba la cabeza a uno de los dragones. Luego la vi subir con otros. Cuando llegaron arriba, los vi en un jardín hermosísimo, donde fueron consolados por numerosas figuras. Después he visto a Perpetua que dormía, y a su lado, la imagen de un hermanito pequeño, ya muerto(*). Vi junto a ella un espacio largo y oscuro y un niño que parecía estar en miserable estado con sed ardiente, cerca de una gran fuente de agua; pero con el borde tan alto, que el niño no podía alcanzarla. Cuando Perpetua tuvo la visión de la escala, vi, a la luz que iluminaba la cárcel, que Felicitas aún no había dado a luz. Todos yacían postrados con el rostro en tierra y oraban. A continuación vi un pequeño niño en brazos de Felicitas. Vi que una mujer, llorando con gran turbación, le quitó aquel niño, y que ella se lo dió alegremente. Vi después cómo los mártires fueron llevados al martirio. Salieron de la cárcel uno a uno, delante de dos filas de soldados que los maltrataban bárbaramente. El lugar del martirio eran muchos espacios unidos entre sí. No era como el anfiteatro de los mártires de Roma. Por el camino he visto dos veces a algunos que mostraban su hijo a Perpetua. Se acercaron primero a una puerta donde todo el grupo de prisioneros tuvo que detenerse. Allí se disputó con los prisioneros pretendiéndose algo que ellos, por medio de Perpetua, rehusaron hacer. Aquellas buenas personas que tenían a

(*) El niño de que se habla en esta visión es Dinócrates, hermanito de Perpetua. Se encontraba en el Purgatorio y la razón la da San Agustín, quien dice que Dinócrates era bautizado, pero fué obligado por su padre a dar culto a los dioses familiares.

su hijito se hicieron otra vez encontradizas, acudiendo por una encrucijada. Todos los que estaban en la cárcel salieron para asistir al martirio. En esta ocasión lo sufrieron sólo Perpetua, Felicitas y tres hombres. No me es posible expresar la magnanimidad que demostraron estos mártires. Las dos mujeres parecían beatificadas en el resplandor celestial y los hombres exhortaron a la multitud. Caminaban lentamente entre dos filas de verdugos, que los azotaban cruelmente. Después he visto a dos hombres traer delante de ellos a una bestia feroz semejante a un descomunal gato con manchas, que se arrojó sobre ellos, sin hacerles mucho daño. Luego un oso los arrastraba de un lado a otro. He visto que azuzaban a un feroz jabalí contra un mártir; pero el jabalí se volvió contra el que lo punzaba y tuvieron que sacar al verdugo sangrando.

(3 de Marzo de 1820)

Perpetua y Felicitas se acercaron a mí y me dieron de beber. Vi un cuadro relativo a sus juventudes. Las vi jugando en compañía de otras diez niñas en un jardín redondo, circundado de un muro. Dentro había árboles de la altura de un hombre, de tronco delgado, que en la parte superior tenían las ramas entrelazadas unas a otras. En medio del jardín se levantaba un edificio pequeño y redondo, como lugar de recreo, que en lo alto tenía una terraza. Había allí una estatua blanca de mármol, que tenía una mano en alto y la otra más baja, sosteniendo con ambas un objeto. En la parte superior del edificio había una baranda en torno. Junto a ese lugar de recreo había una fuente de agua, guardada por una reja de hierro bastante alta, con puntas, de modo que los niños no podían subir; pero se podía, por medio de un ingenioso aparato, hacer correr el agua a una taza de piedra cavada fuera de la reja, y con el agua gustaban divertirse. Los niños jugaban también con ciertos títeres movibles y con pequeños animales de talla. He visto muchas veces a las dos santas, separadas de las demás, abrazarse con mutua afección. Ellas siempre se habían amado desde niñas y se habían comprometido no separarse jamás; a menudo en sus juegos jugaban a que eran cristianas y a que sufrirían el martirio, sin ceder hasta la muerte. Santa Mónica, de la cual poseo una reliquia, me dijo que aquella ciudad se llama Cartago.

(6 de Marzo de 1820)

Hasta las dos me entretuve con Perpetua y Felicitas. He visto constantemente cuadros de su juventud hasta el momento en que fueron arrestadas. Ellas no habitaban el mismo lugar donde fueron encarceladas y martirizadas, sino a distancia de una media hora de camino, en un pueblo que no estaba tan hermosamente edificado ni sus edificios estaban unidos. Este lugar estaba pegado a la ciudad por un camino que, pasando entre dos muros bastante bajos, llevaba a la ciudad atravesando muchas puertas con arcos. La casa de los padres de Perpetua estaba sobre una plaza abierta, era algo baja, y me parecieron sus padres personas de distinción. Había en la casa un gran patio, rodeado de muros, con un pórtico interno de columnas, aunque no del todo como la casa de Inés en Roma. A la entrada se veían también estatuas. Delante del palacio se extendía la plaza y detrás el jardín de forma redonda, algo separado, que he visto últimamente.

Reconocí que su madre, secretamente cristiana, conocía la íntima convicción de sus hijos. En casa había algunos jóvenes. Sólo el padre era pagano y así quedó. A los padres de Felicitas, que era más joven que Perpetua, los ví estar en muy pobre condición. Habitaban en una cabaña mísera apoyada a los muros de la misma ciudad. La madre era un señora vivaz, mas bien corpulenta, algo oscura en el rostro. El padre era ya anciano cuando Felicitas fué martirizada. He visto a estos cónyuges que llevaban frutos en unos cestos, quizás al mercado. A Perpetua la he visto ir con ellos. Ya de niña era muy amiga de Felicitas y los hermanos de ella y otros jóvenes se trataban con mucha familiaridad e inocencia. Los he visto con los unos y los otros dentro del jardín. He visto a Perpetua desde la niñez promover con mucho entusiasmo y valor la fe cristiana. A causa de esto estaba siempre en grande peligro, de los cuales le fué posible librarse. Los padres de Felicitas eran secretamente cristianos. Ella era muy esbelta y delicada, más hermosa que Perpetua, que tenía lineamientos menos delicados y más decisivos y en todo su modo de ser más ardorosa que Felicitas. Ambas eran algo oscuras de piel, como son las gentes de esas comarcas y tenían los cabellos negros. He visto a Perpetua ir a menudo desde pequeña con Felicitas; y una vez también a sus futuros maridos: eran muy piadosos y dulces de carácter y eran secretamente cristianos. Perpetua había sabido por visión que si se casaba

alcanzaría más pronto la palma del martirio. Había visto gran parte de su martirio y también la mala voluntad y la contrariedad de su padre. Perpetua fué la que indujo al matrimonio a Felicitas; ella se había casado antes y socorrió a su amiga en su pobreza y necesidad. El marido de Perpetua me pareció que estaba muy por debajo de la condición de ella. Parecía que lo había tomado atendiendo sólo a su virtud. Cuando él dejó la casa paterna fué mirada con malos ojos por los otros amigos y la ví andar sola con él y como abandonada de los demás. El marido de Felicitas era muy pobre, pero buen cristiano. Se fueron durante la noche a un lugar escondido y remoto que parecía una vasta y baja cantina, sostenida con arcadas y columnas, fuera de los muros y en medio de edificios en ruina. Moraban allí dentro ocultos; habían cerrado todas las aberturas y se iluminaban con antorchas. Había como unas treinta personas que vivían en las reparticiones de aquel lugar. No he visto celebrar allí oficio divino, sino sólo enseñar la doctrina cristiana.

(7 de Marzo)

He visto dos santos hombres acercarse a mí de un lado del lecho y tres santas del otro lado. Estas eran Perpetua y Felicitas y la madre del marido de Perpetua, mujer de edad. Los hombres eran los maridos de estas santas. Perpetua y Felicitas me colocaron en otro lecho aislado, que tenía cortinados de color azul con cordones colorados. La suegra de Perpetua trajo una mesa redonda que estaba en el aire, junto a mi lecho, y allí la preparó con toda clase de maravillosas viandas. Parece que lo hacía en nombre de Perpetua. Las dos santas se apartaron algo de mí a un lugar más espacioso, y pensé que podía significar esto alguna pena para mí y me dominó la tristeza; más aún cuando ví que también la suegra se iba apartando y los dos mártires desaparecieron. Entonces me dí cuenta que manaban sangre mis pies y mis manos. De pronto ví que me rodeaban muchas personas, que en tono de sorpresa decían: "¡Ah, ella come!" Bien pronto cesó toda la algazara y aparecieron de nuevo las santas, y la suegra de Perpetua me dijo que habría debido yo sufrir grave persecución y molestia a causa de estas efusiones de sangre, pero que por intercesión de aquellos santos había sido alejada o al menos mitigada. Me dijo además que aquellos tres niños que había yo vestido para la primera comunión, conseguirán remover de mí, con sus oraciones, muchos padecimientos y que en vez de sufrir una nueva persecución, ha venido

sobre mí esta dolorosa enfermedad y en premio de todo ello estas viandas que se veían sobre la mesa: frutos, paños muy finos puestos sobre platos de oro con inscripciones azules y también flores. La santa mujer, que estaba a mi lado hablándome, tenía en torno de sí un fulgor puramente blanco que iba perdiéndose en un color gris. No había sido encarcelada ni martirizada con él; pero ahora estaba con él, porque, como había sucedido a muchos otros, durante la persecución, ella había muerto en esos escondrijos por el dolor y el sufrimiento a causa de las privaciones. Dios se lo había contado todo esto como martirio. Perpetua y Felicitas se hubieran podido sustraer al martirio; pero Perpetua lo había deseado ardientemente y cuando se declaró la persecución, se mostró abiertamente cristiana. Me dijo que Perpetua se había casado a causa de una visión y para salir de la casa de su padre. Ví a este hombre; no era alto de estatura, pero fuerte, aunque ya de edad y raras veces se encontraba en su casa. Cuando estaba, habitaba el segundo piso con su mujer. El podía ver todo lo que ella hacía, puesto que la estancia que habitaba estaba separada sólo por un tabique de madera entrelazada, sobre cuya parte superior había una abertura cerrada habitualmente con una cerradura.

Poco tenía que hacer con ella, y parecía que la trataba con desconfianza por ser ella cristiana. Las más de las veces yo veía a la mujer en aquella estancia; parecía que no se movía fácilmente porque era corpulenta y por eso las más de las veces estaba sentada o se recostaba sobre un cómodo sillón. Ví que trabajaba con la ayuda de unos palitos en una labor ordinaria de malla. Las paredes de la casa estaban pintadas de varios colores, pero no con arte tan refinado como en Roma. Cuando estaba el padre en casa se mostraba todo inquieto, incierto y silencioso; cuando él se alejaba, la madre aparecía más alegre y benévola con sus hijos. Además de Perpetua, he visto varios jovencitos allí. Cuando Perpetua tuvo cerca de diez y siete años la he visto en una estancia fajando y curando a un niño enfermo, de unos siete años. Este niño tenía un horrible tumor en la cara que lo desfiguraba y por añadidura no lo sufría con paciencia. Los padres no lo visitaban siquiera y lo he visto morir entre los brazos de Perpetua, que lo ocultó luego en un lienzo y lo sepultó. El padre y la madre ya no lo vieron más.

Felicitas era sirvienta en una casa donde servía otra que con ella fué martirizada. A menudo venía a la casa de sus padres y a veces dormía allí. Perpetua llevaba muchas veces, en la os-

curidad de la noche o en el crepúsculo, algunos objetos en una pequeña canasta o entre sus vestidos, y esas buenas gentes aprovechaban lo traído para repartirlo a los cristianos escondidos, de los cuales muchos morían de hambre y de necesidades. He visto todo este andar y venir con mis propios ojos. Perpetua no era de rostro muy agraciado: tenía la nariz algo achatada y corta; los huesos de las mejillas algo prominentes y los labios un tanto levantados, como lo veo en la gente de aquellas comarcas. Tenía cabellos negros y largos, trenzados y enrollados sobre la cabeza. El vestido era a la moda romana; pero no tan simple, pues tenía adornos en torno al cuello y las extremidades y la parte superior del cuerpo parecía más estrecho. Perpetua era muy decidida en el trato y en el modo de andar. He visto a los maridos de las dos santas mujeres en casa de Perpetua despedirse de ellas para huir: así se sustrajeron de la persecución. Cuando se hubieron alejado, he visto a Perpetua y a Felicitas abrazarse tiernamente, como si entonces se sintiesen más libres y dispuestas para el martirio. La casa de Perpetua era más pequeña que la de sus padres. Tenía un solo piso y el patio estaba cercado por una empalizada de madera. Al nacer el día ví a Perpetua y Felicitas y la suegra de Felicitas, en casa de Perpetua, sorprendidas por una tropa de soldados, que traían arrestados a dos jóvenes que estaban a la puerta de la casa.

Perpetua y Felicitas fueron al encuentro de los soldados alegremente. La suegra retuvo al niño y nadie se cuidó de ella. Estos cuatro cristianos, entre golpes y malos tratos, fueron llevados sin pasar por el camino ordinario, entre el muro y los arcos, sino a través de otro abierto en el campo, hacia una parte remota de la ciudad y encerrados en una casucha que parecía un aislado fortín de leño y no una cárcel. Aquí he visto algún tiempo después a un joven que golpeaba por mucho tiempo a la puerta hasta que los soldados lo dejaron entrar y lo llevaron delante de los prisioneros. He visto también llegarse al padre de Perpetua: la suplicó y lloró, la conjuró a renegar de la fe y, finalmente, la golpeó en la cara. Ella respondió con gravedad y soportó todo con paciencia. Después he visto cómo fué conducida, atravesando una parte de la ciudad y varios muros, a la cárcel subterránea donde estaban muchos otros cristianos. Allí vi de nuevo la visión de la escala que tuvo Perpetua y cómo, después de recibir celestial consuelo, subía la escala y descendía para ayudar a los otros. Al descender se laceraba los vestidos, mientras miraba hacia un lado, en aquellas agudas puntas, pre-

cisamente en las caderas, donde más tarde fué embestida por el toro furioso, durante su martirio. Ví a Perpetua yacer en el suelo y hacer un movimiento como si quisiese poner en orden sus vestidos. Esto acaeció en el momento en que descendiendo de la mística escala, se dió cuenta de que estaban rotos sus vestidos. Mientras estaba en la cárcel, hablaba animosamente con los soldados y asumía la representación de sus compañeros de prisión, alcanzando para sí y para los otros más respeto y consideración. La ví cuando fué arrastrada de un lado a otro por el toro y luego pisoteada. Al caer aun se ajustó sus vestidos desordenados y me pareció que por un momento se daba cuenta de su posición. Cuando fué llevada luego por senderos transversales a otro patio, preguntó si sería pronto martirizada. Estaba siempre como en visión y no sabía casi lo que hacían con ella. En medio de aquella plazoleta había varios asientos pequeños; fué llevada a uno de ellos y atravesada por la garganta. Era cosa terrible el verla: Perpetua no acababa de morir; el verdugo la atravesó por los costados y después la traspasó por el lado derecho de la garganta. La mártir tuvo que guiarle la mano. En el suelo aún movió la mano; finalmente murió con grave dificultad. Los demás mártires estaban allí amontonados. Las dos santas fueron despojadas y robadas sus vestiduras; metidas en una especie de red y llevadas fuera. Por causa de los golpes y azotes todo el cuerpo estaba lleno de sangre y de heridas. Los sagrados despojos fueron secretamente sustraídos y sepultados por gente venida de Cartago. He visto que muchísimos se convirtieron por el martirio de Perpetua y su heroica paciencia y que la cárcel se llenó muy pronto nuevamente.

(8 de Marzo)

He tenido durante la noche las reliquias de Perpetua y Felicitas junto a mí, pero con grande extrañeza no he visto cosa alguna que tuviera relación con ellas. Aunque esperaba ver algo sobre estas santas, nada ví en todo el tiempo. De aquí reconozco que estas visiones son cosas serias y que no se tienen según la voluntad propia.

19. San Esteban y San Lorenzo

(3 de Agosto de 1820)

Entre las reliquias que poseo, conozco una de San Lorenzo. Es un trozo de hueso envuelto en una materia oscura. ¡Qué tesoro! ¡San Esteban y San Lorenzo! He aquí que ambos están presentes: primero Esteban, después Lorenzo. Aquel tiene un vestido blanco de sacerdote judío y un ancho cinto y en la espalda una faja. Es un hermoso joven, más alto que Lorenzo. Este viste un largo hábito como de diácono. Esteban tenía, además, ancho cinturón blanco de sacerdote, un collar sobre los hombros, tejido de blanco y rojo, muy brillante, y la palma en la mano. Lorenzo estaba vestido con un hábito azul blanco, largo y plegado, ceñido con ancho cinturón y una estola al cuello. No era de tanta estatura como Esteban, pero era, como éste, joven, de buen aspecto y animoso. Este hueso suyo debe haber sido oscurecido por el fuego y está envuelto en un pañito negro. Las parrillas tenían un borde como el de una sartén. Eran más anchas por arriba que por abajo. Tenían seis pies y cuatro barras atravesadas. Cuando el santo estaba en ellas fué puesta sobre él una barra atravesada. Tenía consigo las parrillas cuando se me presentó.

He visto a San Lorenzo, español, natural de la ciudad de Huesca. Su madre se llamaba Paciencia. Del nombre del padre no me acuerdo. Ambos eran muy piadosos cristianos. Las casas de éstos estaban señaladas con una cruz tallada en piedra. Unas cruces eran sencillas y otras dobles. Ví que Lorenzo tenía una devoción extraordinaria al Santísimo Sacramento y que aproximadamente desde los once años había sido dotado por Dios de una maravillosa sensibilidad para conocer la proximidad de la Eucaristía, aunque el Santísimo fuese llevado ocultamente. Dondequiera que fuese llevado, él lo acompañaba y lo adoraba con mucho fervor. Sus piadosos padres, que no tenían tanto celo, tachaban de excesivo el suyo. Ví una prueba conmovedora de su amor al Santísimo Sacramento. Supo Lorenzo que un sacerdote llevaba secretamente la comunión a una leprosa que habitaba una miserable cabaña junto a la muralla de la ciudad. Siguió por devoción secretamente al sacerdote hasta la cabaña y estuvo escuchando y orando mientras la enferma recibía la comunión. Diósela en efecto el sacerdote, pero en el momento de recibirla la enferma vomitó y con esto salió de la boca la

sagrada forma. El sacerdote, de cuyo nombre no me acuerdo, llegó a ser santo; pero entonces se hallaba en grande apuro sin saber cómo sacar de aquella inmundicia el Sacramento. Todo esto lo vió el niño Lorenzo desde su escondite y no pudiendo contenerse, impulsado por su amor al Sacramento, penetró en la habitación y, venciendo la natural repugnancia, se echó sobre el vómito y tomó en sus labios el cuerpo del Señor. Ví que en premio de esta heroica acción recibió de Dios un gran valor y una fortaleza invencible. He visto también, de una manera que no puedo describir, que él nació no de la sangre ni de la voluntad de la carne, sino de Dios. Víle como un niño recién nacido y entendí que fué engendrado por sus padres en medio de la mortificación, después que éstos recibieron dignamente los santos Sacramentos, en pudor y penitencia; que en el momento de ser engendrado fué consagrado a Dios y que por esta razón le había sido dada esta temprana devoción y este sentimiento de la presencia de Jesús en el Santísimo Sacramento. Tuve mucha alegría de ver aquí un niño engendrado como siempre pensaba que se debe en el matrimino cristiano. Después de aquella acción heroica no tardó Lorenzo en dirigirse a Roma, previo el consentimiento de sus padres. Allí le ví, en compañía de santos sacerdotes, visitar a los enfermos y encarcelados. No tardó en hacerse querer muy especialmente por el Papa Sixto, que le ordenó de diácono. Le ví ayudar Misa al Papa y ví que el Pontífice, después de comulgar, le daba a él la comunión bajo ambas especies. Le ví también dar el Sacramento a los cristianos. No había comulgatorio, como ahora. Los diáconos alternaban en el servicio de la iglesia; pero ví que Lorenzo siempre ayudaba a Sixto. Cuando éste fué encarcelado, corrió Lorenzo en pos de él y le llamó para que no le dejara; ví que Sixto, por divina inspiración, le anunció su próximo martirio y le mandó que repartiera entre los pobres los tesoros de la Iglesia. Vile ir con mucho dinero en el pecho a una viuda llamada Ciriaca, en cuya casa había escondidos muchos cristianos y enfermos y le ví lavarles a todos los pies humildemente y socorrer, imponiéndoles las manos, a aquella viuda que hacía tiempo padecía violentos dolores de cabeza, y curar enfermos y paralíticos, restituir la vista a los ciegos y distribuir abundantes limosnas. La viuda le ayudaba en todas estas cosas, aun en convertir en dinero los tesoros de la Iglesia. Vile entrar en una cueva y después en las catacumbas y ayudar a todos y distribuir limosnas y dar la sagrada comunión e infundir valor y consuelo, pues había en él

fortaleza de alma sobrenatural e inocente y grave serenidad. Vile ir con Ciriaca a la cárcel donde estaba el Papa y decirle, cuando éste era conducido al martirio, que ya había distribuídc los tesoros y como ministro del altar quería seguirle al martirio. El Papa le predijo de nuevo su muerte.

Después fué apresado por los soldados por haber hablado de tesoros. Los tormentos no se acababan; duraron durante toda la noche con inaudita crueldad. Entre dos lugares de suplicios había un espacio con columnas, donde estaban todos los instrumentos del martirio. El ingreso en aquel lugar era permitido y había muchos espectadores. Allí fué martirizado hasta ser tostado en las parrillas. Después de ser confortado por el ángel, volviéndose en las parrillas, habló alegremente. Por sí mismo se había colocado sobre ellas sin dejarse atar. Conocí que por favor divino había dejado de sentir en gran parte aquel tormento y que estaba en él como en un lecho de rosas. Otros mártires habían padecido más espantosos dolores. Sus vestidos de diácono eran blancos. Tenía una faja en la cintura, una estola, un cuello redondo sobre los hombros y un manto ceñido como el de San Esteban. Ví que fué sepultado por Hipólito y el sacerdote Justino y que muchos lloraron en su sepulcro, sobre el cual se dijo misa. Lorenzo se me apareció una vez que yo sentía escrúpulos sobre si debía comulgar. Me preguntó acerca del estado de mi espíritu y me dijo, después de oírme, que podía comulgar al día siguiente.

20. San Hipólito

He visto representaciones de su vida. Sus padres eran sumamente pobres. El padre murió muy joven. La madre era una mujer intratable y con ser ella misma pobre y de humilde condición, se mostrabra dura y orgullosa con los otros pobres. Ví muchos actos de Hipólito cuando todavía era niño y se me mostró que aquellos actos eran la raíz de la futura gracia que había de obtener de hacerse cristiano y alcanzar la palma del martirio. Me fué mostrado que aún en los paganos están unidas muchas gracias a las buenas obras que practican. Ví a su madre en discordia con otra pobre mujer, a la cual trató injustamente y la echó con soberbia de su casa. Lo cual sintió mucho Hipólito y tomando secretamente una prenda de su ropa interior se la llevó a aquella mujer, dándole a entender que se la enviaba su madre en señal de reconciliación. No se lo dijo con palabras; pero ella no pudo creer otra cosa. Volvió de nuevo a la madre de Hipó-

lito, la cual la recibió blandamente, porque se quedó admirada de que habiéndola tratado antes con tanta dureza, volviera ahora con señales de amistad.

Otras obras de caridad ví hacer al joven Hipólito. Siendo soldado iba a ser castigado severamente uno de sus compañeros por haber cometido cierta falta, cuando él se presentó al capitán acusándose de haber sido culpable. En gracia de esta voluntaria acusación fué mitigado el castigo que padeció por el otro. Agradecido a este favor, el compañero se unió tan estrechamente con él, que ambos se hicieron cristianos y recibieron juntos el martirio. En lo cual ví yo interiormente que las obras de amor y las obras buenas que nacen de él, no son desatendidas por el Señor, sino que convierten a los que las practican en vasos de futuras gracias. Ví que a Hipólito le fué confiada la custodia de Lorenzo y que se sintió interiormente movido cuando éste presentó los pobres al Emperador, diciendo que eran los tesoros de la iglesia. Hipólito no era malo. Era pagano, de la misma manera que Pablo había sido judío. Ví que se convirtió en la cárcel y que después del martirio de San Lorenzo permaneció tres días y tres noches llorando y orando con otros muchos fieles en su sepulcro.

Sobre este sepulcro Justino celebraba la Misa y daba la sagrada comunión, que no todos podían recibir; pero aún sobre los que no la recibían ví una ardiente llama de deseo. El sacerdote roció a todos con agua bendita. El sepulcro estaba del otro lado de una colina y no podía ser observado. No tardó Hipólito en ser encarcelado con muchos otros fieles. Su martirio, que consistía en ser arrastrado por el suelo, se verificó en un lugar desierto, no lejos del sepulcro de San Lorenzo. Los caballos se resistieron a moverse del lugar. Azotáronlos los verdugos y los punzaron en las carnes y los abrasaron con teas. El santo mártir fué arrastrado en sacudidas reiteradas. Había allí lugares preparados con piedras y con agujeros y espinas para desgarrar sus miembros. Con él fueron martirizados otros veinte cristianos, entre ellos su compañero. El llevaba la túnica blanca del bautismo.

21. Santa Catalina de Alejandría

Llamábase su padre Costa. Catalina era hija única. Como su madre, tenía los cabellos rubios, era muy viva y animosa y siempre debía padecer o combatir. Fuéle dada un aya y desde muy joven le pusieron maestros que le enseñasen. Víle hacer

juguetes con cortezas, que regalaba a los niños pobres. Cuando creció, escribió mucho en tablas y pergaminos y daba los escritos a otras jóvenes. Con todo, su corazón anhelaba por el Salvador de los hombres y porque se dignase conmoverla a ella también, y tuvo muchas visiones e ilustraciones. Desde entonces concibió un odio mortal a los ídolos y derribó, enterró e hizo pedazos todos los idolillos que pudo hallar; por lo cual y por extraordinarios y profundos discursos contra los ídolos tuvo que estar en la cárcel de su padre. Fué instruída en todas las ciencias y ví cómo paseando dibujaba en la arena y en los muros del castillo y que sus compañeras imitaban sus dibujos. Cuando tuvo ocho años, la llevó su padre consigo a Alejandría donde conoció al que debía ser su esposo. Catalina recibió en el bautismo una sabiduría inefable. Hablaba cosas admirables, pero guardó secreto, como los demás cristianos, acerca de su religión. No pudiendo su padre soportar durante más tiempo la aversión al paganismo de Catalina, ni sus palabras y profecías, la hizo encarcelar, pues creía que así no podía tener trato ninguno con los que pensaban como ella. Por otra parte la amaba mucho porque era hermosa y discreta. Los siervos y criadas que le servían eran remudados con frecuencia, porque entre ellos solía haber algún cristiano. Ya antes se le había aparecido Jesucristo como Esposo celestial y su imagen no se apartaba nunca de su alma; así que ella no quería oír hablar siquiera de ningún hombre.

Su padre quería casarla con un joven de Alejandría, llamado Maximino, el cual procedía de estirpe regia y era sobrino del gobernador de Alejandría, que no teniendo hijos le había instituído heredero. Mas Catalina no quiso saber nada de él. Ví que intentaron seducirla; pero ella se mostró animosa y rechazó, burlándose, aquellas tentativas. En esto se condujo con tal discreción y prudencia, que los más, teniéndola por necia, se ablandaban y la dejaban. Antes de estas tentativas, cuando tenía doce años, su madre murió en sus brazos. Al ver que iba a morir ésta, Catalina le dijo que era cristiana y la instruyó y la decidió a recibir el bautismo. Ví que Catalina roció con un ramo agua de una copa de oro sobre la cabeza, la frente, la boca y el pecho de su madre. El padre de Catalina la envió a Alejandría a casa de un pariente, esperando que allí aceptaría al que le había designado por esposo. Este salió al encuentro de Catalina en un barco y yo la oí decir cosas admirables y muy profundas y cristianas y contrarias a los ídolos. El prometido alguna vez le tapó la boca, entre irritado y en broma; pero ella se sonreía y

seguía hablando con viveza e inspiración. Desembarcaron en un lugar en el cual la condujo el futuro esposo a una casa, que era mansión de placeres mundanos, con el intento de hacerla mudar de opinión; pero ella siguió en su propósito sin dejar su aire afable y lleno de gracia y dignidad. Entonces sólo tenía trece años. En Alejandría vivía en casa del padre de su pretendiente, en un gran palacio con muchos departamentos. Allí moraba también el joven, pero separadamente, loco de amor y poseído de inquietud. Pero ella siempre hablaba de su otro Esposo, por lo cual se intentó seducirla y obligarla a que mudara de opinión y le fueron enviados sabios para que la apartaran de la fe; pero ella los confundió a todos.

Por entonces se hallaba en Alejandría el patriarca Teonás, quien con su grandísima mansedumbre había conseguido que los paganos no persiguieran a los cristianos. Estos vivían muy oprimidos y tenían que proceder con la mayor cautela y guardarse de hablar contra los ídolos. De aquí surgió una tolerancia muy peligrosa respecto de los paganos y tibieza en los cristianos, por lo cual dispuso Dios que Catalina, con su luz interior e inflamado celo, reanimase a muchos. Vi a Catalina en casa de Teonás. El le dió el Sacramento para que se lo llevara a su casa. Ella lo llevó en un vaso de oro sobre su pecho. La sacratísima Sangre no la recibió. Vi entonces a muchos fieles que parecían solitarios, prisioneros y atormentados duramente en trabajos de construcción, en sacar piedras y transportarlas. Llevaban hábitos cenicientos, tejidos de malla, del grueso de un dedo aproximadamente y en la cabeza una banda que les caía sobre la espalda. Vi que a éstos les fué dada secretamente la comunión.

Catalina fué obligada por sus parientes a ir al templo de los ídolos; pero no sólo no fué posible reducirla a ofrecerles sacrificios, sino que cuando la solemnidad era mayor, Catalina, arrebatada de santo entusiasmo, se acercó a los sacerdotes y derribó el altar de los perfumes y echó por tierra los vasos, clamando contra las abominaciones de la idolatría. Levantóse entonces un gran tumulto; apoderáronse de ella, la tuvieron por loca furiosa y la condujeron al peristilo del templo para interrogarla. Ella seguía clamando con mayor violencia. Fué conducida a la cárcel y en el camino llamó a todos los confesores de Cristo invitándolos a unirse con ella para derramar su sangre por Aquel que nos ha redimido con la suya. Fué encarcelada, azotada con escorpiones y arrojada a las bestias feroces. Yo pensaba que no es lícito ocasionar tan de intento el martirio; pero se dan excepcio-

nes y hay instrumentos elegidos por Dios. Catalina era instada y violentada a que sacrificase a los ídolos y a que aceptase aquel matrimonio que ella tanto aborrecía. Anteriormente, después de la muerte de su madre, la había llevado muchas veces su padre a las escandalosas fiestas de Venus; pero ella siempre había estado allí con los ojos cerrados.

En Alejandría estaba adormecido el celo de los cristianos. Halagaba mucho a los paganos que Teonás consolase a los esclavos cristianos maltratados por sus crueles amos y que los exhortase a servirlos con fidelidad, con lo que se mostraban los paganos tan aficionados a él que muchos cristianos débiles sacaban de aquí la consecuencia que no sería cosa tan mala el paganismo. Por esta razón suscitó Dios a aquella esforzada, animosa e inspirada doncella, para que con sus palabras, con su ejemplo y su glorioso martirio convirtiera a muchos que de otro modo no se habrían salvado. Era tan poco el cuidado que tenía en ocultar su fe, que iba por las plazas públicas buscando a los esclavos y trabajadores cristianos para consolarlos y exhortarlos a mantenerse firmes en la fe. Conocía que muchos se habían entibiado y apostataban a causa de aquella tolerancia. Había visto a tales apóstatas tomar parte en el sacrificio del templo, por lo cual sentía vivo dolor y santa indignación. Las bestias, a las cuales había sido arrojada después de azotada, le lamieron las heridas y ella se vió repentinamente curada en la cárcel. Su prometido quiso hacerle allí violencia, pero tuvo que salir confundido y anonadado. Vino su padre y la sacó de la cárcel, conduciéndola de nuevo a casa del joven, donde fueron empleados todos los medios imaginables para inducirla a la apostasía. A las doncellas paganas que habían sido enviadas a ella para que la convencieran, ella las ganó para Cristo; los filósofos que disputaron con ella, se dieron por vencidos. El padre se puso fuera de sí y atribuyó todo esto a encantamiento, por lo cual mandó azotar y encarcelar de nuevo a su hija. La mujer del tirano, que había ido a visitarla, se convirtió y con ella un oficial. Cuando ésta vino a la cárcel, se apareció un ángel que tenía una corona suspendida sobre la cabeza de Catalina y otro con una palma delante de ella. No sé si los vió la mujer del tirano.

Conducida Catalina al circo fué puesta en un lugar elevado entre dos anchas ruedas guarnecidas de puntas agudas de hierro y de dientes. Cuando empezaron a dar vuelta las ruedas, cayó un rayo e hizo pedazos la maquinaria, lanzando los pedazos en diferentes direcciones e hiriendo y matando a unos treinta pa-

ganos. Siguióse luego una gran tempestad de viento y granizo, pero ella estaba sentada muy tranquila entre los restos de las ruedas con los brazos extendidos. Fué de nuevo conducida a la cárcel y oprimida durante muchos días. Varios hombres quisieron apoderarse de ella; pero los rechazaba con la mano y ellos se quedaban como estatuas sin movimiento. Llegábanse otros y ella con sólo mostrarles con la mano a los que se habían quedado petrificados, los rechazaba. Todo se atribuyó a arte mágica y Catalina fué conducida de nuevo al lugar de las ejecuciones. Arrodillóse en el tajo, con la cabeza vuelta hacia un lado y fué decapitada. Saltó de la herida extraordinaria cantidad de sangre; la cabeza se desprendió por completo del cuerpo. Arrojaron el cuerpo en un horno encendido; pero las llamas se revolvieron contra los verdugos, mientras una nube de humo cubría su cuerpo. Sacáronlo de allí y lo arrojaron a bestias hambrientas para que lo despedazasen; pero no lo tocaron. Al día siguiente los verdugos llevaron el cuerpo a una cueva llena de inmundicia, entre césped de sauco. Por la noche vi en aquel lugar a dos ángeles con vestiduras sacerdotales que cubrieron el cuerpo con cortezas de árbol y se lo llevaron.

Catalina fué martirizada en el año 299, a la edad de dieciséis años. Entre las muchas doncellas que la acompañaron, llorando, al lugar del suplicio, algunas fueron después infieles; pero la mujer del tirano y el oficial padecieron valerosamente y murieron por Cristo. Los ángeles llevaron el cuerpo de esta santa virgen a una cumbre inaccesible del monte Sinaí. Vi la superficie de esa cumbre, que tendría extensión suficiente no más que para una casa pequeña. Estaba construída esta casa con ladrillos colorados impresos con plantas y flores. Colocaron el cuerpo y la cabeza vueltos hacia la piedra, que parecía blanda como cera, puesto que aquel sagrado cuerpo quedó impreso dentro como una forma. Las manos quedaron claramente impresas en aquella piedra. Los ángeles colocaron encima de la piedra, ligeramente levantada sobre el nivel del suelo, una tapa que resplandecía. El cuerpo quedó allí por muchos siglos completamente escondido, hasta que fué mostrado en visión por Dios a un ermitaño del monte Oreb.. Allí vivían solitarios bajo la obediencia de un abad. El ermitaño contó su visión repetidas veces a su abad, y supo que otro de los solitarios había tenido la misma visión. El abad les mandó, por santa obediencia, ir en busca del sagrado cuerpo; esto no era posible de modo natural, puesto que el lugar era inaccesible, prominente, sobre un abismo de rocas. Los he

visto recorrer toda esa comarca, en una sola noche, lo que naturalmente hubiese exigido muchos días de camino; estaban como en estado sobrenatural. Mientras era todo oscuridad y tinieblas, en torno de ellos había claridad. He visto que cada uno de ellos era llevado sobre aquella inaccesible cumbre en los brazos de un ángel y he visto a los ángeles abrir también el sepulcro. Uno de los ermitaños se llevó la cabeza; el otro el resto del cuerpo, que se había disecado y vuelto ligero y pequeño, y así sostenidos por los ángeles descendieron de aquella altura.

He visto al pie del monte Sinaí la capilla donde reposa el santo cuerpo. Esta capilla está sostenida por doce columnas. Los monjes que allí habitan me parecen griegos. Llevan un vestido de género ordinario que confeccionan ellos mismos. He visto los huesos de Santa Catalina reposando en un pequeño sarcófago. No había allí más que la calavera blanquísima y un brazo derecho; otra cosa no he visto. Todo en este monasterio está en decadencia. He visto junto a la sacristía una pequeña gruta cavada en la roca: sus paredes encierran sagradas reliquias. Están envueltas en lanas y sedas, bien conservadas. Hay entre estas reliquias algunas de los profetas que vivieron en otro tiempo en este monte y que los esenios veneraban cuando vivían en sus cavernas. He visto reliquias de Jacob, de José y de su familia, cosas que los israelitas habían traído consigo desde Egipto. Estas santas reliquias parecían cosas desconocidas por la mayoría: sólo eran honradas por algunos monjes piadosos. Toda la iglesia del monasterio ha sido construida sobre el monte, en la parte que mira hacia la Arabia; pero está hecha de modo que se puede pasear en torno hacia la parte posterior del monte.

Capítulo III

VISIONES DE LOS SANTOS

1. Santa Clara

Tuve a la vista una reliquia de Santa Clara y vi episodios de su vida. Su piadosa madre rezaba delante del Santísimo Sacramento con la mayor devoción para obtener que su parto fuese bendecido, y tuvo un interno aviso que daría a luz una hija que sería más clara que el sol. Por eso la niña fué llamada Clara. Conocí que la madre había peregrinado a Jerusalén, a Roma y a otros lugares santos. Sus padres eran personas de distinción, muy piadosas. Clara era atraída desde sus primeros años por todo lo que era santo y puro. Si la llevaban a la iglesia en seguida extendía sus manecitas hacia el Santísimo Sacramento. Todas las demás cosas que le presentaban, aunque fuesen muy bien pintadas y atrayentes, y aún las imágenes de la iglesia, no le llamaban la atención. La madre enseñaba a rezar a la niña, que se ejercitaba desde entonces en la mortificación. La devoción del Rosario debía estar ya en uso, porque los padres de Clara, con todos los de la familia, recitaban por la tarde cierto número de Padrenuestros y de Avemarías. Vi que Clara buscaba ciertas piedrecitas lisas de diferente tamaño y las llevaba en un bolsillo doble de cuero, y que luego, rezando, iba poniéndolas a derecha e izquierda. Otras veces vi que disponía aquellas piedrecitas en líneas y en círculos, y después de haber dispuesto cierto número se quedaba reflexionando y contemplando en silencio. Si veía que había rezado sin mucha atención se imponía a sí misma una penitencia. Entrelazaba con arte pequeñas cruces con pajas. Tendría apenas unos seis años cuando la vi en el patio de su casa, donde habían matado unos cerdos, recoger las cerdas, cortarlas y llevarlas escondidas debajo de los vestidos, en torno al cuello y nuca, para hacer penitencia. Más tarde su piedad fué más conocida.

San Francisco recibió un aviso interior de visitar a los padres de Clara. He visto esta visita, y cómo hicieron llamar a Clara.

Francisco habló con ella, que se sintió enteramente conmovida por las palabras del santo. Vi que se presentó un joven a los padres para pedirla en matrimonio y que los padres no eran ajenos a esta intención, aunque no hubiesen hablado a Clara. Ella tuvo aviso interno de las intenciones de sus padres y corrió a su pieza donde, delante de un pequeño altar, hizo voto de virginidad. Sus padres la presentaron después delante de aquel joven y ella declaró solemnemente el voto que había pronunciado. Los padres quedaron maravillados y no la obligaron al matrimonio. Luego la he visto ejercitar toda clase de buenas obras, especialmente con los pobres, a los cuales llevaba secretamente, siempre que podía hacerlo, los alimentos preparados para ella misma. La he visto visitar a Francisco en el convento de la Porciúncula, siempre más decidida en su propósito de consagrarse a Dios.

En la festividad del Domingo de Ramos fué a la iglesia adornada con sus mejores atavíos. El Obispo distribuía, a los que se acercaban al altar, ramos de palmas. Clara estaba retirada en la parte interior de la iglesia. El Obispo vió que un rayo de luz se posaba sobre ella y se encaminó hacia allá para darle aquellos ramos. Ese rayo de luz se esparcía sobre varias personas que estaban en la iglesia. Durante la noche la vi salir de la casa de sus padres e irse a la iglesia de la Porciúncula, donde Francisco y sus hermanos la recibieron con velas encendidas cantando el *Veni Creator*. La vi recibir allí un hábito de penitencia y cortarse los cabellos. Luego San Francisco la condujo al monasterio situado dentro de la ciudad. Antes de este tiempo ella llevaba un cinturón hecho de crines de caballo con trece nudos y después otro con cerdas de porcinos vueltas al interior. Vi en aquel convento a una monja que la odiaba mucho y que no quería reconciliarse con ella. Aquella monja languidecía postrada en el lecho mientras Clara estaba también moribunda. Clara le rogó y la exhortó a la reconciliación, pero la religiosa no lo quiso hacer. Entonces Clara oró con mayor fervor y dijo a algunas monjas que llevasen junto a su lecho a la enferma. Estas obedecieron: llevaron a la enferma, la cual sanó de pronto. Con esto se sintió tan conmovida, que rogó a la santa le perdonase todo lo pasado; la santa, a su vez, le rogaba la perdonase como si hubiese sido suya la culpa. En su muerte, he visto presente a la Santísima Virgen con un coro de santas vírgenes.

2. Cuadros de la juventud de San Agustín

El Peregrino había mezclado, por error, reliquias de San Agustín y de San Francisco de Sales, anotando equivocadamente los nombres sobre el relicario. Ana Catalina dijo lo siguiente:

He visto a un santo Obispo y a una santa dama junto a mí. Las reliquias de ambos deben encontrarse aquí, puesto que la aparición se efectuó muy cerca de mí y desapareció aquí mismo. Todas las veces que veo la aparición de un santo, cuya reliquia se encuentra cerca de mí, la luz que sale de la reliquia se aleja de mi lado y se junta a una que viene de lo alto y se reúne con ella y dentro de esta mezcla de las dos luces veo la aparición del santo. Cuando, en cambio, no tengo la reliquia conmigo y se aparece un santo, la luz y la aparición vienen ambas de lo alto del cielo.

El Peregrino, creyendo poner a su lado la reliquia de San Francisco, oyó a la vidente:

Tengo en mi presencia a mi querido padre Agustín.

Vuelta del éxtasis, continuó:

He visto al santo revestido con sus ornamentos episcopales y, debajo de él, su nombre escrito con letras angulares. Esto me maravillaba; al principio me pareció ver sus sagrados huesos escondidos curiosamente en un objeto extraño, como el caparazón del caracol; no podía saber qué cosa fuera. De pronto se transformó el objeto y tomó una forma más bella: era liso como una piedra y en la cavidad interna tenía la reliquia del santo. Conocí que estaba dentro de una cápsula de madreperla.

He visto al santo cuando era niño, en casa de sus padres, situada no lejos de una ciudad de mediana grandeza. Estaba fabricada a la moda romana, con peristilo y columnata; alrededor se veían edificios con campos y jardines. Me pareció una villa. El padre era hombre fuerte y de alta estatura; tenía aire severo y me pareció que debía estar investido de alguna autoridad, puesto que lo vi hablar con gran seriedad con otras personas que parecían inferiores a él. He visto también a otras personas hincar las rodillas delante de él, como si implorasen alguna gracia; quizás eran siervos o campesinos. He visto que el padre, en presencia del niño Agustín, hablaba y trataba más amigablemente y largamente con su mujer Mónica, como si tuviese predilección hacia el niño. Por lo demás, poco se ocupaba de él.

Agustín pasaba su tiempo con otros dos hombres y su madre. Mónica era de baja estatura; caminaba algo encorvada; era avanzada en años y de color bastante oscuro; muy temerosa de Dios, dulce de carácter y estaba en inquietud y en cuidados continuos por su hijo Agustín. Lo seguía por todas partes, ya que he visto que Agustín era inquieto y lleno de pequeñas malicias. Lo vi subirse de modo peligroso y aún correr sobre el borde del techo liso y plano de la casa paterna. De los dos hombres que he visto en casa, el uno parecía preceptor, el otro siervo. Uno iba con el niño a la vecina villa a una escuela donde había muchos niños y lo traía de nuevo a casa. Fuera de la clase, lo he visto poner por obra toda clase de travesuras y astucias infantiles. Pegaba y tiraba cascotes a los animales y se peleaba a puñetazos con sus compañeros. Hurtaba en casa en todos los armarios y comía toda golosina que encontraba; con todo, he visto que había mucho de bueno en él; daba fácilmente cuanto tenía y a veces simplemente lo tiraba. Vi también en esa casa una mujer, que era mucama o aya.

Más tarde fué llevado a otra escuela, en una ciudad más grande y más lejana. Lo veía ir allá en un coche con ruedas pequeñas y muy anchas, tirado por dos caballos; dos personas lo acompañaban. Lo vi en la escuela con muchos niños. Dormía en una gran sala; había entre una cama y otra un tabique de cañas o corteza de árboles. La escuela tenia lugar en una gran sala. Los alumnos estaban sentados circularmente, en torno al muro, sobre bancos de piedra y escribían, sobre las rodillas, en pequeñas tablitas oscuras. Tenían también volúmenes y lápices. El maestro estaba sobre una tarima de dos gradas y tenía una pequeña cátedra; detrás había una tabla grande, sobre la cual a veces diseñaba figuras.

El maestro llamaba a uno que otro al medio de la sala. Estaban frecuentemente uno frente a otro, teniendo en la mano rótulos o volúmenes, en los cuales leían, y haciendo esto movían las manos y gesticulaban como si estuviesen predicando. Parecía como si disputasen; pero más a menudo como si predicasen. He visto que Agustín estaba en la escuela con buen comportamiento y que pronto se hizo el primero de la clase. Cuando salía de allí con sus compañeros se entregaba a toda clase de travesuras, haciendo daño y destruyendo animales o cosas. Lo he visto, por ejemplo, matar por gusto, con golpes y pedradas, a ciertos volátiles de cuello largo, que allí son animales domésticos; luego lo veía llevarlos a un lado y llorar por compasión. He visto a sus

compañeros correr y luchar en un jardín redondo, donde había caminos cubiertos; hacían mucho daño, rompían, robaban e imprecaban. De allí lo he visto volver a casa y entregarse a toda clase de pillerías y desórdenes. Lo he visto una noche salir con varios compañeros y robar frutas. Lo vi sacudir su manto, todo lleno de no sé qué cosas robadas. Mónica, su madre, lo amonestaba, rezaba mucho por él, se afligía y lloraba por causa de su hijo.

Lo he visto después ponerse en viaje hacia aquella gran ciudad donde Perpetua había sido martirizada. Para llegar, debía pasar por un ancho río, sobre el cual había un puente. Reconocí en seguida esa ciudad. De un lado se veían escollos, que descendían hacia el mar, cubiertos de muros y de torres. Había muchas naves y una ciudad más pequeña se levantaba allí cerca. Había muchos grandes edificios, como en Roma antigua, y también una gran iglesia cristiana. Vi muchos episodios de las locuras que hacía Agustín con sus compañeros. Habitaba en una casa él solo y disputaba con otros compañeros. Vi que visitaba a una mujer; pero no se quedaba mucho con ella, pues estaba siempre en movimiento febril. Lo vi intervenir en públicos espectáculos, que me parecían verdaderamente diabólicos. Vi un edificio muy vasto y redondo: de un lado lleno de asientos de gradas; debajo muchas entradas, de donde se subía a lo alto de las gradas y se podía circular por todos esos asientos. El edificio no tenía techo: sólo se veía extendida una gran tela, como una tienda. Los asientos estaban llenos de espectadores; en el frente se representaban espectáculos que me infundían horror y abominación. En el fondo, detrás de aquel plano, se veían representados toda clase de objetos y de lugares, y de pronto parecía que aquellos objetos y lugares se hundiesen en la tierra. Ponían un muro fingido o tocaban algún resorte secreto y volvía a aparecer algo nuevo. Una vez vi que se extendía súbitamente y aparecía ante los ojos una plaza hermosa dentro de una ciudad. Parecía que todo sucedía en aquella pequeña plaza. De pronto aparecieron allí hombres y mujeres en parejas, que discurrían y hacían toda clase de locuras. Todo esto era horroroso y abominable. Vi también que aquellos que representaban algún personaje en la escena llevaban feas máscaras con largas bocas deformes. En los pies tenían unos zuecos, agudos en la parte superior y anchos debajo, pintados de colores rojo, amarillo y varios. Vi que otra turba, más abajo que el tablado, hablaba y cantaba con los de arriba. He visto que niños de ocho a doce

años tocaban flautas, unas derechas y otras entorcidas y otros instrumentos de cuerda. Vi a esos niños precipitarse desde lo alto abajo con las piernas abiertas y con la cabeza abajo: creo que estarían atados con cuerdas y sostenidos de alguna manera; el espectáculo causaba horror. Después he visto a dos hombres luchar entre sí; uno de ellos había recibido dos heridas en el rostro y sangraba; vino un médico que lo curó y vendó las heridas. No puedo describir la abominación y la fealdad de todo aquello. Las mejores que allí recitaban y representaban eran hombres también, aunque usaban vestidos de mujeres.

He visto que Agustín se presentó al público, pero no en ninguna de las representaciones dichas. Lo ví metido en todo género de vanos entretenimientos y pecados; siempre, en todo, él era el primero, y esto me pareció que era por pura vanidad, pues siempre lo veía triste y pensativo e inquieto, no bien se encontraba luego a solas. Aquella mujer con la cual vivía le trajo a casa una criatura, de la cual no se conturbó mayormente. Lo más del tiempo lo veía en las salas y pórticos, disputando, o departiendo con otros u oyendo hablar, y a veces sacaba rótulos o volúmenes, y leía en ellos en sus discusiones. Su madre lo vino a ver a Cartago, y le habló con mucho calor, y lloró mucho por él. Mientras ella estuvo en esa ciudad, no habitó en la misma casa.

En la casa de su madre no he visto ni cruz ni imagen de santos; había allí estatuas según la moda pagana; pero ni ella ni su marido tenían en cuenta a las estatuas. La madre se retiraba siempre a un ángulo de la casa o al jardín para rezar: allí permanecía sentada inclinada sobre sí misma, y rezaba y lloraba. A pesar de esto, no la he visto exenta de todo defecto; mientras se lamentaba de los hurtos de su hijo, en materia de glotonería, y lloraba, también ella comía golosamente, y conocí que Agustín había heredado de ella ese defecto. Ví, por ejemplo, que cuando iba a la cantina para sacar el vino para el marido, bebía algún tanto en las ánforas y que comía con gusto alguna golosina. He visto cómo de ello se arrepentía y luchaba contra esta avidez y vicio de la gula. Ví muchas costumbres de Mónica, que eran las de aquella época. Ella, como otras, llevaba en cierto tiempo canastos de pan y otros alimentos al cementerio. Este cementerio estaba rodeado de sólidos muros y las fosas cubiertas de sarcófagos y de construcciones de piedra. Colocaba estas viandas allí con piadosa intención y luego los pobres las recogían para alimentarse. Otra vez la ví, cuando su hijo era adulto,

viajar a pie con un bulto, que llevaba su siervo, y llegarse a un obispo, que le habló bastante a propósito del hijo. Lloró mucho en esta ocasión y el obispo le dijo algo que la consoló. He visto luego a Agustín volver de Cartago a su casa. Su padre había muerto ya. Lo ví en su pequeña ciudad enseñando y amaestrando a otros, siempre lleno de disipación y de inquietud espiritual. Lo ví junto a un amigo que fué bautizado poco antes de morir. Agustín se mofaba de este bautismo, pero quedó muy afectado por la muerte. Más tarde lo ví de nuevo en Cartago en todo el desenfreno de su vida disipada.

3. San Francisco de Sales y Santa Juana Francisca de Chantal

(29 de Mayo de 1820)

Al ser preguntada Ana Catalina por el Peregrino, por qué las reliquias de San Francisco de Sales y de Santa Juana Francisca de Chantal estaban con otras pertenecientes a mártires romanos, contestó:

Estas reliquias hace tiempo se encontraban en la iglesia de Uberwasser, Münster. Fueron sacadas de los altares y de los armarios, y se mezclaron las unas con las otras.

He visto un distinguido eclesiástico que hizo el bien maravillosamente en un país montañoso, situado entre Francia e Italia, y lo acompañé en muchos de sus viajes. Lo he visto en su juventud estudiar con mucho celo y hacer huir a una mujerzuela con un tizón encendido. He visto cuadros simbólicos de su celo. Con una tea en la mano corría de un lado a otro de los pueblos y villas, incendiándolos y las llamas se dilataban de una villa a otra. El fuego penetró en una gran ciudad que está a la orilla de un lago. Cuando había cesado, cayó una lluvia mansa y por el suelo se veían esparcidos objetos semejantes a brillantes piedrecitas y perlas que fueron recogidas y llevadas a las casas: adonde llegaban estas perlas todo crecía y se volvía más luminoso. Lo he visto mostrarse inefablemente dulce, obrar con gran celo y seguir adelante en su obra. Lo ví yendo en persona por todas partes, subiendo a lo alto, sobre las nieves. Lo ví junto al rey y junto al Papa y luego en una corte situada entre estos dos soberanos. De día y de noche recorría a pie muchos lugares, ayudando y enseñando. A menudo durante la noche se refugiaba en un bosque.

Por medio de San Francisco conocí a la ilustre dama Juana Francisca de Chantal, la cual recorrió conmigo todos los caminos de Francisco y me mostró su vida y todo lo que había hecho. He viajado con ella y hemos hablado sobre muchas cosas. Era viuda y tenía hijos. Una vez la ví en medio de sus hijos. Oí una historia de ella que le causó mucho dolor y ví cuadros relativos a este episodio. Una dama del mundo, pequeña de estatura, de condición ilustre, de costumbres ligeras, se demostró penitente y por medio de Santa Juana Francisca se presentó al santo obispo; pero siempre recaía en sus malas pasiones. Francisca me dijo que por causa de ella se había encontrado en graves dificultades y daños, tanta era la influencia que había ejercido aquella dama.

Luego he visto que el obispo, junto con Juana Francisca de Chantal, edificó un convento. Aquella dama mundana parecía convertida y hacía penitencia en una pequeña habitación, cerca del convento. Juana Francisca me mostró el estado de esa persona, que se encontraba en un lugar oscuro.

He visto al obispo San Francisco decir la Misa en un lugar donde muchas personas dudaban de la real presencia de Cristo en el Santísimo Sacramento. Tuvo durante la Misa una visión, en la cual supo que una mujer, allí presente, había ido a la Misa sólo por complacer al marido; pero no creía en la transubstanciación, y que había llevado consigo un pedazo de pan escondido en el bolsillo. Francisco subió al púlpito y predicando dijo que el Señor podía efectuar la transubstanciación tan fácilmente como podía cambiar en piedra el pan que una persona incrédula tuviera en el bolsillo. Vi a esa persona salir de la iglesia y halló que su pan se había convertido en piedra.

He visto al santo obispo vestido siempre con gran limpieza y decencia. Lo he visto en un lugar lleno de enemigos insidiosos, de noche, en una cabaña adonde acudieron unas veinte personas, a las cuales amaestró en la fe. He visto cómo lo asechaban para quitarle la vida, le armaban emboscadas, y lo persiguieron en un selva donde se había refugiado.

Estuve luego con aquella dama *(Santa Juana Francisca)* caminando por una gran ciudad donde me mostró cómo ella había luchado contra un hereje que andaba siempre por caminos extraviados, próximo a la verdad. Ella no lo perdía de vista y andaba en pos de él por caminos transversales para ganarlo a la verdad, y éste no se quiso dejar salvar y conducir a la verdad. En esta ciudad tuvimos que andar la santa y yo sobre una gran plaza llena de ciudadanos v campesinos, que eran ejercitados

en carreras de tropas de asalto. Yo sentía gran temor de ser arrollada, y más cuando la dama me dijo que le era imposible seguir andando, pues tenía tanta hambre que estaba a punto de desmayarse. Ví entonces a uno de aquella gente que comía pan y carne. Le rogué me concediera un bocado, y me dió pan y carne de pollo. Cuando la dama lo hubo comido, pudo llegar hasta su convento. En estos cuadros, en los cuales en estado de visión ejercito un acto de caridad hacia la persona aparecida, he tenido desde la infancia el conocimiento interno de que éstas son obras que los santos desean de nosotros para hacerlas recaer en beneficio de alguna otra persona necesitada. Son obras buenas que ellos dejan hacer por otros a favor suyo aparentemente, para hacer sentir el beneficio de ellas en otras personas necesitadas. Quiero decir que como nosotros rendimos a Dios lo que hacemos en realidad para el prójimo, así en este caso volvemos al prójimo lo que realmente hacemos a los santos.

Entré en el convento que la santa dama había fundado junto con el obispo y visité todos sus locales. Es un edificio antiguo y maravilloso. En aquellas estancias había gran cantidad de provisiones, toda clase de frutas y forrajes, muchos objetos de vestuario y gorras muy curiosas. Esas monjas deben haber ejercido mucha beneficencia hacia los pobres. Puse en orden todo lo que estaba disperso. Pero en estos trabajos se me ponía delante una maliciosa monjita, que me reprochaba toda clase de faltas y trataba de difamarme, como si yo intentase robar. Me dijo todas mis faltas: que yo era avara, porque decía siempre que el dinero es fango, y sin embargo daba vuelta a las cosas buscando cada centavo; que me ocupaba inútilmente de las cosas del mundo y que emprendía muchas tareas y no alcanzaba a hacer bien ninguna de ellas, y así por el estilo. Esta monjita caminaba siempre detrás de mí; nunca tuvo ánimo de ponerse delante. Le dije entonces que debía ponerse enfrente si quería hablarme, y conocí que era el tentador bajo la forma de monjita. En estos días me ha molestado mucho en diversas formas. En el límite extremo de la parte superior del convento, en el último ángulo, encontré una monja que había sido puesta allí por la fundadora y tenía una balanza en la mano, que contenía una mezcla de lentejas, semejantes a pequeñas semillas amarillas, entre perlas y polvo. Ella debía purificar todo esto y llevar la mitad de la buena semilla a la parte anterior del convento para sembrarla allí; pero he visto que ella no lo hacía así y se mostraba descuidada y desobediente. Vino otra que debía hacerlo

en su lugar, pero que no lo hizo mejor que la anterior. Entonces me puse a la obra yo misma, y comencé a separar lo uno de lo otro en aquel confuso montón. Esto significaba que de la cosecha espiritual de aquel convento debían trasmitirse nuevos y puros granos a la parte anterior del mismo convento; es decir, que el objeto y el fruto bendito de su fundación debía ser renovado y hecho de nuevo fecundo y bueno por medio de los méritos que se derivaban de la bondad y de la disciplina antigua, reparando todo lo que se había podido perder por negligencia de los superiores.

Más tarde Ana Catalina tuvo otra visión de la vida de la santa, desde la infancia hasta la muerte; pero no tuvo tiempo ni fuerzas para dar una relación al Peregrino. Santa Francisca se le apareció frecuentemente y le pedía parte de sus méritos para la restauración de la orden. El 2 de Julio de 1821, dijo lo siguiente:

Estuve la noche pasada en Annecy, en el convento de la hija de Santa Francisca de Chantal. Yo estaba muy enferma y yacía en un lecho dentro de una sala y ví los preparativos para la fiesta de la Visitación. He visto, como si estuviese en el coro, que en el altar se celebraba la solemnidad. Yo estaba en estado tan deplorable, que me desmayé. Entonces vino rápidamente hacia mí San Francisco de Sales y me proporcionó un reconfortante. Llevaba un ornamento solemne, largo, amarillo y muy amplio. También Santa Juana Francisca de Chantal se encontraba junto a mí.

4. San Uberto

Cuando tomé entre mis manos su reliquia oí la voz y ví al santo obispo que decía: "Es un hueso mío. Soy Uberto". He visto muchos cuadros de su vida, desde que era niño en un castillo antiguo que se erguía solitario rodeado de un foso. Llevaba vestidos estrechos y con su arco iba por los bosques y campos donde había campesinos que araban la tierra. Cazaba pájaros y los daba a los pobres que habitaban en torno del castillo. A menudo lo he visto navegar secretamente sobre unas tablas en torno al foso con agua para distribuir limosnas a los pobres. Más tarde lo he visto casado, todavía joven, tomando parte con otros en una gran cacería. Llevaba un yelmo de cuero; pendíale del pecho un cuerno retorcido; sobre la espalda tenía la ballesta y en la mano una lanza liviana. Todos los cazadores iban acompañados de

perros pequeños, de pelo amarillento o anaranjado; he visto algunos grandes junto a Uberto. Traían tablas sujetas a dos jumentos para poner en ellas lo que lograsen cazar. Atravesaron una comarca extensa y salvaje y comenzaron la partida en una llanura junto a un río. He visto a Uberto perseguir por mucho tiempo, con sus perros, a un pequeño ciervo de pelaje amarillento. Cuando los perros llegaban junto al ciervo, volvían atrás, donde estaba Uberto, y ladraban como si quisieran decirle algo. El ciervo se detenía y miraba a Uberto. Después que esto sucedió varias veces, Uberto lanzó algunos perros de sus compañeros en persecución del ciervo; pero también éstos volvieron atrás y, ladrando, se ponían junto a sus dueños. El ansia de Uberto crecía siempre viendo que el ciervo, al parecer, se volvía más corpulento; de este modo, persiguiéndolo, alejóse de sus compañeros. El ciervo corrió hacia un zarzal y pareció crecer de estatura. Uberto pensó que el animal se enredaría de tal modo con los cuernos en el ramaje, que no podría continuar la huída. El animal entró resueltamente entre el ramaje con mucha agilidad, y Uberto, que solía vencer fácilmente estas dificultades, lo persiguió y penetró con trabajo en aquel ramaje entrelazado. Allí dentro he visto al ciervo crecer y detenerse en toda su belleza y tamaño; parecía un corpulento caballo de color amarillento y tenía en torno del cuerpo crines largas y hermosas como seda. Uberto estaba a la derecha del animal y levantó la lanza para herirlo. Entonces el ciervo dirigió una mirada llena de dulzura a Uberto y entre sus cuernos apareció una cruz luminosa con la imagen del Salvador. Uberto cayó de rodillas, y dió voces con su cuerno de caza. Cuando acudieron sus compañeros, lo encontraron desvanecido. Llegaron a ver también la aparición; luego la cruz desapareció y el ciervo se hizo de nuevo pequeño, y desapareció. Llevaron a Uberto a casa, enfermo, sobre la misma angarilla sujeta a los dos jumentos. El era cristiano y su padre me parece que era un duque, decaído por aquel tiempo, ya que el castillo que habitaban estaba muy deteriorado. Uberto había ya visto en un lugar desierto la aparición de un joven que lo había invitado a seguirlo. Se mostró muy conmovido, pero por su gran pasión por la caza había olvidado la fuerte impresión del primer momento. Otra vez había perseguido a través de los campos a un cordero que se refugió en una zarza. Como no lo pudiese hallar, le aplicó fuego; pero el humo y el fuego se volvieron contra él, de modo que recibió varias quemaduras y el cordero quedó intacto.

Uberto, como he dicho, fué llevado a casa gravemente enfermo, y se creyó que se iba a morir. Estaba lleno de arrepentimiento e imploraba a Dios la gracia de poder servirlo fielmente hasta el fin de su vida, si le concedía la salud perdida. Sanó de aquella enfermedad; al poco tiempo murió su mujer, y lo ví en traje de monje. Le fué concedido en una visión, en gracia de haber vencido sus pasiones, que toda aquella fuerza de dañar que antes había tenido, se convirtiera en fuerza saludable y benigna en favor de los demás. Lo he visto luego curar, con la imposición de sus manos, los males del cólera, de la rabia, de la sed de sangre, tanto en lo corporal como en lo espiritual. Sanaba también a los mismos animales. Lo he visto poner su cordón en la boca de los perros rabiosos, y sanaban. Lo he visto preparar y bendecir pequeños panes redondos para los hombres, y otros más alargados para los animales. Con ellos curaba la rabia. He sabido con certeza que quien invoca al santo con fe firme, se sentirá, en fuerza y en mérito del don de curar que se le concedió, fortificado moralmente contra el cólera y contra la rabia. Más tarde lo he visto en Roma, donde el Papa, a raíz de una visión, lo consagró Obispo.

5. Santa Gertrudis

Antes del nacimiento de la niña, la madre había tenido una visión en la cual le parecía que daba a luz una niña, que tenía un báculo pastoral de abadesa, del cual salía y se extendía una vid. La madre habitaba un antiguo castillo. En una ocasión se encontró en graves angustias con la gente de aquella comarca a causa de las numerosas ratas que destruían los sembradíos y las provisiones almacenadas. Estaba presa de horror y de asco y contó a su hija Gertrudis las devastaciones que hacían los dañinos roedores. Gertrudis se hincó de rodillas delante de la madre y rogó a Dios con todo fervor que las librase de aquel flagelo. He visto que todas las ratas huían del castillo y se ahogaban en el foso lleno de agua que lo circundaba. Gertrudis, en fuerza de su fe inocente y confiada, obtuvo gran eficacia contra estos y otros dañinos animales. Más tarde vi que tenían en torno suyo algunos ratones, como también liebres y pájaros que iban y venían según ella les mandaba, y les daba alimento. He visto que era deseada en matrimonio por un joven a quien ella le dijo que era mejor que eligiese por esposa a la Iglesia y se hiciese eclesiástico. Este joven lo hizo, después que vió morir a algunas

otras jóvenes, a las cuales había pedido en matrimonio. Más tarde he visto a Gertrudis como monja, a la madre como abadesa; después de su madre fué elegida abadesa ella misma. En el momento en que le fué llevado el báculo pastoral, salió del punto en que el báculo forma la curva, una vid con diecinueve granos de uva, que ella dividió, dando uno a su madre y los demás a las dieciocho monjas del convento. Vi también correr en torno del báculo un par de ratones, como ofreciendo su homenaje a la nueva abadesa. El sueño de la madre se vió realizado en ese momento.

6. La beata Magdalena de Hadamar

El 19 de Enero de 1820, el Peregrino presentó a Ana Catalina una reliquia de esta santa estigmatizada, y ella dijo:

¿Qué debo hacer con este vestido tan largo? No puedo llegar hasta esa monjita; está demasiado distante de mí. Han atormentado tanto a esta pobre monjita que no pudo cumplir su misión. La han hecho morir antes de que pudiera realizarla. He visto a la pequeña Magdalena, a la cual pertenece este hábito, en el cementerio del convento, en un ángulo del cual se encuentra un pequeño osario. Cerca, en el muro, veíanse las estaciones del *Via Crucis* y en el nicho del osario la imagen del Salvador llevando la cruz. Delante del edificio había una planta de sauco y una especie de cerco de nogales. Sobre la plazoleta, que se extendía cerca, habían depositado una gran cantidad de trabajos no terminados: paños no cosidos completamente, bordados y cosas semejantes. Me he puesto alegremente a trabajar: he cosido y remendado, y mientras tanto recitaba el Oficio. Tuve que sudar mucho en este trabajo y tuve dolores muy agudos en el cuero cabelludo. Me dolía separadamente cada cabello de mi cabeza. Conocí muy bien el significado de aquel trabajo y el de cada uno de los objetos que me rodeaban y que debía trabajar.

Junto al sauco, en un rinconcito tranquilo, verdaderamente agradable, la pequeña Magdalena se había abandonado demasiado al gusto de la piedad y se había descuidado, dejando incompletos varios trabajos para los pobres. Cuando al fin me hube desocupado de tanto quehacer, me metí en aquella casucha delante de un armario, donde Magdalena se me presentó dándome las gracias, con semblante muy alegre, como si desde tiempo atrás no hubiese visto a nadie. Abrió el armario y vió allí re-

unidos todos los bocados de los que se había privado en favor de los pobres. Me dió las gracias por haber yo limpiado aquel lugar y terminado los trabajos. "Aquí, en la vida terrena, se puede hacer, en una hora, dijo ella, lo que allá, en la otra vida, no se podrá compensar". Me prometió ropas para mis niños pobres. Dijo que había tomado sobre sí demasiadas tareas, por exceso de buen corazón y de benevolencia, de modo que tuvo luego que descuidar e interrumpir varias cosas. Me enseñó que el orden y la discreción son necesarios aún en los padecimientos: de otro modo nace confusión y desorden. No era alta, pero sí muy delgada de cuerpo. El rostro era lleno y florido. Me mostró la casa de sus padres y me indicó también la puerta por donde salió para ir al convento.

Vi en seguida muchos cuadros de su vida en el mismo convento. Era muy benévola y ayudadora y trabajaba y se afanaba en provecho de los otros en todo cuanto le era posible. La he visto, tendida en el lecho, sobrevenirle diversas enfermedades y sanarse de modo repentino. He visto las efusiones de sangre de sus estigmas. En sus sufrimientos recibía ayuda del cielo. Cuando la priora o las otras monjas estaban de un lado de su lecho, yo veía del otro figuras de ángeles o de monjas, que estaban en el aire y la consolaban, le daban de beber o la sostenían. La he visto bien tratada por sus hermanas; pero cuando su estado fué conocido por el público, la he visto sufrir mucho por las visitas continuas y por la falsa veneración que le prodigaban. Todas las cosas que le sucedían habían sido tan exageradas que le daba muchísimo dolor; así me lo aseguró ella misma. He visto a su confesor anotando y escribiendo; pero él más hablaba de su propia maravilla que de las cosas mismas que la motivaban. La he visto sometida a una pesquisa, después de la supresión del convento, hecha por eclesiásticos y médicos militares. No he visto que le hiciesen ningún ultraje, pero se portaban rudamente y de mala manera, aunque estaban lejos de la malicia y de la falsedad de los que me han tratado a mí en el mismo caso. La atormentaban especialmente con pretender que comiese, y así tuvo que padecer frecuentes vómitos. Desde niña se había acostumbrado a las privaciones y a la abstinencia; sus padres eran de pobre condición, pero muy piadosos. Su madre le decía, en sus primeros años, cuando comía o bebía: "Ahora, prívate de este bocado o de este trago en favor de los pobres o de las ánimas del Purgatorio." De este modo le había inculcado la abstinencia y el espíritu de mortificación .

Los eclesiásticos, en la última investigación, habían dejado hacer todo a los médicos y se mantenían muy fríos con ella. Ella tuvo cosas muy maravillosas, pero era demasiado conocida. Murió muy temprano; se había angustiado mucho internamente y todas estas penas sofocadas y reprimidas obraron de tal modo que le abreviaron la vida. He visto su muerte; no las ceremonias y circunstancias de su sepultura y el trato de su cadáver, sino que he visto al alma cuando partía dejando el cuerpo inerte.

Cuando más tarde el Peregrino le trajo de nuevo el pañito con sangre de la estigmatizada, Ana Catalina exclamó:

¡Ah! ¿estás aquí, querida mía?... ¡Oh, cuán lista es, ayudadora, benévola y amable!... *(Permaneció algún tiempo silenciosa y añadió):* ¿Por qué dijo Jesús a la Magdalena: "Mujer, ¿por qué lloras?"... Yo sé por qué: mi Esposo celestial me lo dijo. Magdalena lo había buscado con tanta ansia y con tanto ardor inquieto, y cuando lo encontró, lo tomó por el jardinero. Por eso le dijo: "Mujer, ¿por qué lloras?..." Pero cuando ella exclamó: "¡Maestro!", y lo reconoció, entonces El le dijo: "María." Según el modo como buscamos a Dios, así lo encontramos. Así lo vi también con esta mi Magdalena. La he visto yacer en una oscura estancia y llegar a ella muchas personas: las que la querían examinar y preguntar. Eran groseros en su modo de tratar; pero no tan malos como los que vinieron a verme a mí con el mismo fin. Le hablaron de un *clister,* y este lenguaje le causó tanta molestia y lo recibió de tan ingrata manera, que cayó en intensa pesadumbre. Cuando se redujo a mayor sujeción, nada le aconteció de lo que temía. He visto este cuadro cuando estaba cerca de la ventana que daba al jardín. Había tenido este desagradable incidente por haber dudado encontrar a su celestial Esposo, que estaba junto a ella. Magdalena me debe aún las ropas prometidas para mis pobres.

7. Santa Paula

El padre Limberg le presentó un fragmento de paño extraído de un paquete de reliquias para que lo reconociese. La vidente lo observó atentamente y luego dijo:

Pertenece al velo de aquella dama que fué peregrinando de Roma a Jerusalén y a Belén. Es del velo de Santa Paula. He aquí a la santa junto a mí. Aquel velo es largo y pende hacia abajo, descendiendo desde el rostro. Tiene en las manos un bastón con un grueso puño.

Reconoció también un fragmento de seda que Santa Paula había usado como cortina delante de la imagen del pesebre, en su pequeña capilla. La santa había rezado a menudo con su hija detrás de esta cortina, y también Jesús Niño se le apareció a menudo en este lugar. Preguntó el Peregrino: "Esta cortina ¿estuvo delante del verdadero pesebre o sólo en la gruta del pesebre?". Respondió:

Estaba delante del pequeño pesebre que las monjas de Santa Paula tenían en su capilla. El convento estaba tan próximo a la gruta del pesebre que parecía como si la capilla estuviese edificada al lado y se apoyase en el punto preciso donde nació Jesús. La capilla era de madera con un trabajo entrelazado y, dentro, todo cubierto de tapetes. De allí salían como cuatro líneas de celdas pequeñas y ligeras, como se fabrican los alojamientos en la Tierra Santa. Cada celda tenía delante un jardincito. Allí Santa Paula y su hija reunieron a las primeras compañeras. En la capilla se levantaba un altar aislado con un tabernáculo y detrás de este altar, separado solamente por un cortinado tejido en seda colorada y blanca, se veía el lugar donde estaba el pesebre erigido por Santa Paula, dividido sólo por una pared de la gruta del Pesebre, que fué el lugar donde nació Jesucristo. Este pesebre de Santa Paula imitaba exactamente al verdadero, aunque más pequeño y construído en piedra blanca; estaba hecho con tanto arte que se veía hasta el heno y la paja. El Niño Jesús estaba expuesto, vestido con estrechas fajas azules. A menudo en la oración Santa Paula lo tomaba en brazos. De la parte donde el pesebre se apoyaba en la pared descendía un techado en el cual estaba atado un asnillo con la cabeza vuelta hacia el pesebre; estaba hecho de leño, pintado y sus pelos imitados con hilos. En la parte alta del pesebre estaba suspendida una estrella. Delante de la cortina, a derecha e izquierda del altar, pendían lámparas.

8. Santa Escolástica y San Benito

Por medio de una reliquia de Santa Escolástica he visto muchos cuadros de su vida y de la de San Benito. He visto la casa paterna en una gran ciudad, no lejos de Roma. No estaba fabricada del todo al estilo de los romanos. Del lado que daba sobre la calle había un espacio empedrado, cerrado por un muro más bajo con una reja de color rojizo. Detrás había un patio con un jardín y una fuente que surtía agua. En el jardín

había un lugar sombreado, donde vi a Benito y a Escolástica jugando inocentemente y de acuerdo, como estuvieron siempre desde niños. El lugar estaba cubierto exteriormente de plantas y enredaderas. El techo era llano y adornado de figuras de color. Creo que estas figuras eran primero talladas y luego colocadas allí, porque tenían un relieve muy visible. Hermano y hermana se querían mucho y me parecían gemelos. A la ventana de aquella casita campestre acudían pajaritos, muy familiares con ellos, que traían en el pico ramitas y flores, y miraban alrededor, buscando a los niños, los cuales se divertían con las flores y plantas y clavaban en el suelo varias clases de leños formando pequeños recuadros en el jardín. Los he visto escribir y grabar toda clase de figuras en una materia de color. De tiempo en tiempo venía un aya que los vigilaba en sus recreaciones. Parecióme que sus padres eran gente de dinero, muy ocupados en negocios, porque veía como a unas veinte personas en casa, y él observaba a los que iban y venían. No parecía que se ocupaban mucho de sus hijos. El padre era un hombre fuerte y corpulento, vestido completamente a la moda de los romanos. El comía con la mujer y con algunas personas en la parte baja de la casa; los hijos habitaban la parte alta y separados. Benito tenía por preceptor a un anciano eclesiástico con el cual vivía solo. Escolástica estaba con su aya en una pieza donde también dormía. Observé que sus guardianes no los dejaban ni solos ni mucho tiempo juntos; de modo que cuando se encontraban por casualidad solos se ponían muy contentos y felices. He visto que Escolástica aprendía de su aya una especie particular de trabajo. En una estancia próxima a la en que dormía había una mesa sobre la cual tenía sus labores femeniles. Allí se veían muchos cestos llenos de géneros de todos colores, con los cuales ella hacía figuras de pájaros, flores, ornatos de espirales y otros que luego eran cosidos sobre un paño más fuerte, de manera que parecían entallados. El techo de la habitación estaba también adornado con figuras de colores como la estancia del jardín. Las ventanas no tenían vidrios, sino paños sobre los cuales se veían dibujadas figuras de árboles, de espirales y de otros adornos contorneados. Escolástica dormía detrás de un cortinado; su lecho estaba muy poco elevado sobre el suelo. La he visto por la mañana, cuando el aya salió de la estancia, saltar del lecho y echarse al pie de una cruz que pendía de la pared y allí orar; cuando sentía los pasos del aya se refugiaba detrás de la corti-

na y así estaba en el lecho cuando la sirvienta llegaba. He visto a Benito y a Escolástica en la escuela del preceptor; pero cada cual en hora diversa. Los vi leer en grandes libros, como también dibujar letras con oro y con rojo y con un azul verdaderamente hermoso. Lo que se escribía y adornaba se conservaba arrollado. Para hacer esto se usaba de cierto utensilio largo como de un dedo. Cuanto más crecían los niños en edad, menos se los dejaba solos. He visto luego a Benito que estaba ya en el décimo cuarto año de edad ir a Roma y entrar en un edificio grande, en el cual había un corredor con muchas estancias. Parecía una escuela o un monasterio. He visto a muchos jovencitos y a algunos eclesiásticos de edad celebrar una fiesta en una gran sala, adornada con cuadros y pinturas semejantes a los de la casa de Benito. Vi que aquellos convidados no comían recostados, sino sentados sobre sillones redondos y bajos, de modo que tenían que extender las piernas bastante y así se sentaban los unos juntos a los otros a aquella mesa tan baja. Para poner los platos y los vasos, que eran de color amarillo, había cavidades hechas en la misma mesa. No he visto muchas viandas; en el medio había tres grandes platos llenos de viandas de color amarillento y de forma aplastada. Cuando la comida tocó a su fin, vi entrar seis mujeres de diversas edades. Llevaban figuras hechas de pastas y confituras y cestas con botellas pendientes de los brazos; eran parientes de jóvenes que allí se educaban. Los alumnos se habían levantado de la mesa y se entretenían con esas personas en un ángulo de la mesa y recibían las confituras, pastas, dulces y bebidas. Había entre ellas una mujer de uno treinta años, que yo había visto otras veces en casa de Benito; ésta se acercó de modo más insinuante a Benito, que era puro e inocente y no abrigaba sospecha de nadie. Supe que esta mujer insidiaba la inocencia del joven y que le dió de beber de su frasco y que en aquella bebida había algo venenoso, mágicamente embriagador. Benito no tenía de ello el menor presentimiento. Lo vi luego durante la noche agitado en su celda por efecto de aquella bebida, y en grande angustia se fué a uno, de quien recabó permiso para poder descender al patio, puesto que sin permiso jamás se ausentaba de la celda. Lo vi en la oscuridad de la noche azotarse en un ángulo de aquel patio, con ramas de espino y ortigas, las espaldas con mucho rigor. Más tarde he visto que, siendo ya solitario, ayudó generosamente a aquella seductora, que se encontraba en grandes apuros, y que lo

hizo así precisamente para hacer bien a una enemiga. Había conocido por voz interior la mala intención de esa mujer.

He visto después a Benito sobre un alto monte lleno de escollos. Estaba en el vigésimo año de su edad. He visto cómo se cavaba una celda dentro de un escollo, luego un corredor y otra celda, y así de ese modo excavó varias celdas en la roca. Por lo demás, sólo la primera tenía puerta abierta hacia fuera. He visto que en la parte superior las redondeaba como bóvedas y allí entrelazó y sujetó ciertas imágenes o pinturas compuestas de piedrecitas unas junto a las otras. He visto en una celda tres cuadros semejantes: el de arriba representaba el cielo; el de un lado, el nacimiento de Cristo, y el del otro, el juicio final. Recuerdo que en este último cuadro el Señor estaba sentado sobre un árbol, con una espada que salía de la boca, y abajo, entre los beatos y los condenados, se veía un ángel con una balanza. Había representado también un monasterio, con un abad y detrás de él, muchos monjes. Parecía que Benito hubiese previsto el desarrollo de su propia obra. A su hermana, que había quedado en casa, la vi varias veces ir a visitarlo a pie. El no permitía que pernoctase allí. A veces ella le llevaba un volumen que había transcripto y dibujado. Hablaban juntos de cosas divinas. Benito había plantado árboles a lo largo del camino que llevaba a su celda, como si estuviese dispuesto para una procesión. Se mostraba siempre severo en el porte y en el trato con su hermana. Ella, en su gran inocencia, se mostraba siempre muy amable y alegre. Cuando Benito no le contaba muchas cosas que ella deseaba, se volvía a Dios y le rogaba, exponiéndole su deseo. Luego veía yo que el hermano se mostraba alegre y benévolo con ella. La he visto, bajo la dirección de su hermano, edificar un monasterio sobre un alto monte distante cerca de un día de camino y entrar en él con un número grande de monjas. La he visto instruir a aquellas monjas en el canto. No había allí órgano alguno; los órganos han traído grave daño; han envilecido el canto. He visto cómo aquellas monjas preparaban y confeccionaban ornamentos eclesiásticos, y especialmente con aquel género de trabajo que Escolástica había aprendido desde niña en su casa paterna. Ella había dispuesto un mantel grande sobre la mesa del refectorio con bordados de varios colores de imágenes y sentencias de las Escrituras; lo había hecho de tal manera que cada monja, al sentarse en su sitio, tuviera ante los ojos aquello en que debía precisamente ejercitarse y obrar. Escolástica me dijo muchas

cosas amables y consoladoras acerca del trabajo espiritual y respecto del trabajo de los eclesiásticos. He visto que tanto ella como Benito estaban siempre rodeados de pájaros y aves muy familiares y domesticados. Mientras estaba ella aún en casa, he visto a palomas salir de la casa e ir adonde se encontraba Benito en la soledad. En el monasterio los he visto rodeados de palomas y de alondras que traían en el pico flores blancas, coloradas y violáceas. Una vez una paloma le trajo una rosa con una hoja. He visto muchos otros cuadros de ellos, que ahora no puedo narrar porque estoy demasiado enferma y en mísero estado. Escolástica era purísima. La veo ahora en el cielo, cándida como la nieve.

9. Santa Valburga

Tomó de su cajita el hueso de un dedo, estuvo en silencio unos instantes, y luego dijo:

¡Oh, qué simpática monjita! ¡Tan hermosa, tan esbelta, tan resplandeciente! Es verdaderamente toda angélica. ¡Es Valburga! He aquí su monasterio. Fuí conducida por dos monjitas bienaventuradas a una iglesia donde había una fiesta solemne, como si se hubiese llevado el cuerpo de una santa o como si ella hubiese sido declarada santa. Estaba allí un obispo que tenía el cuidado de todos y que indicaba a cada uno su puesto. No era la iglesia del monasterio donde había vivido, sino que estaba situada en un lugar elevado y muy vasto. Concurrió mucha gente, que no he visto tanto en las fiestas de la Cruz, de Koesfeld. La mayor parte de la gente tuvo que quedarse fuera de la iglesia, al aire libre. Yo me había ubicado cerca del altar, no lejos de la sacristía, y las dos monjitas se colocaron junto a mí. Sobre las gradas del altar estaba una simple caja blanca que contenía el cuerpo de la santa. La síndone cándida que la cubría pendía colocada a ambos lados del féretro. El cuerpo era tan blanco como la nieve, parecía animado y viviente y las mejillas estaban sonrosadas. Santa Valburga tuvo siempre un color tan puro en el rostro como puede tenerlo un niño cándido y delicado. Comenzó la fiesta, que consistió en una Misa solemne. No pude permanecer allí; me parecía que me desvanecía y me encontré en tierra apoyada en un brazo y con mis dos compañeras que estaban a mi cabecera y a mis pies apoyándose también sobre mis brazos. He visto a una abadesa que provenía del monasterio de Valburga preparando en

la sacristía tres clases de pastas para hacer panecillos; dos de aquellas pastas eran de refinada cualidad; la tercera, muy ordinaria, consistía en harina blanca, llena de impurezas. Yo pensaba entre mí misma: "¿Qué hará con todo esto?..." Entonces perdí de vista la fiesta y me encontré en visión en un jardín celestial, donde vi la recompensa de Valburga en el Paraíso. La vi en un jardín celestial con Benito, Escolástica, Mauro, Plácido y muchos otros santos monjes y monjas de la regla de San Benito. Había allí una mesa preparada con flores y viandas maravillosas. Valburga estaba sentada en la cabecera de la mesa, toda circundada de guirnaldas y arcos de flores. Cuando volví a la iglesia, la solemnidad tocaba a su fin, pero obtuve de la abadesa y del obispo un pan de la masa más ordinaria, sobre el cual estaba grabada la cifra IV. Los panes de calidad más fina las obtuvieron mis compañeras. El obispo me dijo que ese pan debía servir para mí sola y que no debía dar de él a nadie. Luego me condujo afuera, a la puerta de la iglesia, dentro de la cual las monjas de Santa Valburga estaban distribuídas en el coro en pequeños grupos. He visto en otro cuadro que Valburga, no mucho antes de su muerte, fué encontrada al parecer muerta en su lugar en el coro. Su hermano Vilibaldo fué llamado de inmediato y la encontró con el rostro y las manos bañados con gotas como de rocío semejante al maná. Vilibaldo recogió aquel rocío dentro de una taza oscura y lo dió a las monjas, que lo conservaron como cosa sagrada: después de la muerte de Valburga se obraron muchos milagros con ese licor. Cuando la santa volvió en sí, Vilibaldo le administró el Santísimo Sacramento. Este rocío era el símbolo del aceite de Santa Valburga. He visto que este aceite de Santa Valburga comenzó a destilar un día jueves, porque la santa tenía gran devoción al Santísimo Sacramento y porque ese aceite se refiere al Salvador, cuando sudó sangre en el monte de los Olivos. Cada vez que me es dado gustar de este aceite me siento restablecida como con un rocío celestial. Me ha sido de grande ayuda en graves enfermedades. Valburga estaba llena de caritativo amor hacia los pobres. Los veía en visión y así sabía, aún antes que viniesen a pedirle, cómo debía repartirles el pan. Distribuía panes enteros, medios y fragmentos, y los cortaba ella misma. Les daba también aceite; creo que era óleo de adormidera bastante espeso, y mezclándolo con manteca lo extendía sobre el pan de los pobres, y les daba también para cocinar en sus casas. En recompensa de tanta bon-

dad y de las dulces y caritativas palabras que decía a los pobres, obtuvo del Señor que sus huesos destilasen una especie de óleo. Este óleo se usa contra las mordeduras de perros rabiosos y de otras bestias feroces. He visto que iba de noche a visitar a una enferma, hija del gentilhombre que habitaba en la cercanía del monasterio, y fué asaltada por perros furiosos, que ella logró echar lejos de sí. Llevaba vestido oscuro y estrecho, larga correa, velo blanco y encima otro negro. Era más bien que vestido de monjas, el vestido propio de la gente devota de aquel tiempo.

He visto un gran milagro en ocasión de una devota peregrinación a su sepulcro. Dos malhechores se juntaron a un peregrino que iba al sepulcro de la santa; él dividió su pan con ellos, pero éstos, ingratos, lo ultimaron durante el sueño. Cuando uno de ellos quiso sacar el cadáver de allí para enterrarlo, sucedió que el cadáver se quedó sobre sus hombros de tal manera que no pudo quitárselo, porque quedó como injertado sobre el asesino. De este modo lo vi errando de un lado a otro y a lo lejos, con aquel cadáver sobre las espaldas, hasta que se echó con él en el agua; pero el río no lo quiso retener: no pudo ir al fondo y con su cadáver a cuestas fué arrojado a la otra orilla. Uno quiso hasta cortar una mano al muerto con una espada y no le fué posible hacerlo, y el asesino quedó siempre con el cadáver sobre los hombros. Al fin logró con la oración y el arrepentimiento librarse de su crimen.

Ante esta relación, el Peregrino hizo notar a la vidente su extrañeza de que ella viese ciertos portentos que movían a risa a veces hasta a los eclesiásticos y personas devotas. Ella respondió:

No me es posible decir cuán simples, naturales y correlativos se me aparecen en estado de visión estas cosas y cómo me parece, por el contrario, incauto, perverso y a veces una locura el modo de pensar de los hombres del mundo llamado iluminado. Veo a menudo a personas, que se reputan dotadas ellas mismas de mucha inteligencia y que por tales son tenidas de los demás, en tal estado de estupidez y faltas de sentido común, que se las podría encerrar en una casa de dementes.

10. Santo Tomás de Aquino

Había recibido mi hermana, como regalo de cierta pobre mujer, una reliquia colocada en un relicario. Conocí que la reliquia estaba allí y logré que me la diera a cambio de una imagen de un santo. Vi que salía de ella un resplandor muy hermoso y la guardé en mi armario. Ayer por la noche, cuando sentía todos los dolores que pueden lacerar el cuerpo de una persona, vi un cuadro de la vida de Santo Tomás. En un gran edificio había un niño en brazos de su ama, que le daba un papel en que estaban escritas estas palabras: "Ave María". El niño se llevó el papel a los labios y no quiso soltarlo. Cuando vino su madre, que se hallaba al lado opuesto de la casa, e intentó quitárselo, el niño se resistió, llorando vivamente. Abrióle entonces la manecita su madre y le quitó el papel; pero viendo la gran afición del niño, volvió a dárselo y el niño se lo tragó. Yo había oído una voz en mi interior que decía: "Este es Tomás de Aquino".

Vi a este santo llegarse a mí muchas veces desde mi armario, en diferentes edades de su vida. Díjome que quería curarme de las punzadas que siento en el costado. Entonces se me ocurrió que mi confesor es de su orden y que si pudiera decirle que Tomás era el que me había curado, él creerá que tengo conmigo una reliquia de este santo. Pero el mismo santo me dijo: "Bien; dile que quiero curarte". Se acercó a mí y me puso un cinturón sobre la cabeza... Ya no siento dolor ninguno en el costado. El santo me ha curado y me ha dicho que los otros dolores los debo soportar. Vi, además, otras muchas escenas de la vida del santo, especialmente que siendo muy niño siempre estaba hojeando libros que no quería dejarlos ni siquiera cuando lo bañaban. Vi que esta reliquia había sido regalada al convento por un agustino, el primer rector de nuestro monasterio. Vi muchas cosas de la vida de este piadoso varón, que mandó adornar todas las reliquias del monasterio. Vivía a la sazón en nuestro convento una doncella bienaventurada. La he visto ahora y en muchas otras ocasiones.

11. El Beato Hernán José

Vi representaciones relativas a los años de su infancia. Cuando niño tenía una imagen de la Virgen en un pergamino que formaba un rollo. Ató una cuerda a este pergamino y se lo puso

al cuello a manera de prenda de vestir. Todo esto lo hizo con mucha fe, sencillez y veneración. Cuando estaba solo jugando en el patio de su casa, venían a hacerle compañía otros dos niños que no eran niños de la tierra; pero él no lo sabía y jugaba con ellos libremente y muchas veces los buscaba entre los otros niños de la ciudad, pero no podía hallarlos. Ellos venían únicamente cuando él estaba solo. Una vez lo vi en una pradera, próxima a Colonia, jugando en un arroyo que corre por el campo, donde fué martirizada Santa Ursula. Vi que habiéndose caído en el arroyo, levantó con filial confianza la imagen de la Virgen para que no se mojase. Vi que la Virgen lo tomó de la espalda y lo sacó afuera. Vi además otros cuadros en que resplandecía la gran confianza que tenía en la Santísima Virgen y en el Niño Jesús, al cual dió en la iglesia una manzana, que el Niño aceptó. Vi que debajo de una piedra que la Virgen le señaló encontró algunas monedas en ocasión que no tenía zapatos. Vi que la Virgen le ayudó en sus estudios.

12. San Isidro Labrador

Vi a este santo labrador en muchas escenas de su vida doméstica. En su traje había algo de alegre: usaba casaca corta con muchos botones por delante y por detrás; en las espaldas tenía ciertos adornos en forma de picos; las mangas eran acuchilladas. El jubón era pardo, los calzones anchos, cortos y con franjas. En los pies llevaba calzados sujetos con cordones. Su sombrero era cuadrado con alas sobrepuestas y sujetas con un botón a modo de birrete. Era alto y esbelto; no parecía hombre rústico, pues había algo de fino y distinguido en sus facciones.

Vi también a su mujer, que era alta, hermosa y muy sana. Tenían un hijo al cual vi de edad de doce años. Su casa estaba situada en campo abierto y desde ella se divisaba la ciudad distante como media hora. En la casa había mucho orden y limpieza. Vi, además, allí otras personas que no eran criados. Lo vi también con su mujer unir a todas las obras que hacían, la oración, y bendecir especialmente los manjares cuando comían. El no rezaba oralmente muy largo tiempo; pues luego comenzaba a considerar y a meditar. Vi que antes de comenzar un trabajo, bendecía el campo. Vi que en las faenas de labrador fué socorrido sobrenaturalmente: muchos arados, arrastrados por bueyes blancos, a los que guiaban luminosas apariciones, le araban la tierra y él terminaba la labor antes de lo que había creído.

Parecía que no veía nada de esto, pues sólo estaba atento a Dios en su interior. Vi que tan pronto como oía tocar las campanas en la ciudad, todo lo dejaba y corría a oir la santa Misa y a asistir a otras devociones con suma piedad y celestial arrobamiento. Vi además que cuando volvía tan contento a su trabajo, ya estaba terminada la labor. Una vez iba su hijo conduciendo los bueyes con una cuerda y él llevaba el arado al campo. Entonces oyó tocar a Misa y corrió a oirla; entre tanto los bueyes llegaron al campo y, aunque eran bravos, araron guiados sólo por aquel niño. Estando una vez en oración vi que fueron a decirle que un lobo estaba devorando a un caballo; pero él siguió de rodillas y encomendó a Dios aquel negocio. Cuando volvió al campo vió al lobo muerto a los pies del caballo. Vi a su mujer con él en el campo por la mañana y al medio día. Ambos cavaban y en torno de ellos había muchos operarios invisibles con cuyo auxilio acababan muy pronto la tarea. Su campo era muy hermoso y más fértil que el de los demás y los frutos suyos parecían más excelentes. Vi que todo se lo daban a los pobres y que muchas veces no tenían casi nada en la casa; pero confiados en Dios buscaban y hallaban abundantes provisiones. Vi que muchas veces quisieron algunos enemigos causar daños a las bestias de Isidro, mientras éste se hallaba en Misa; pero fueron impedidos y alejados del sitio donde se hallaban los animales. Y así vi muchos cuadros de su vida. Le vi después entre los santos, con su traje de labrador, lo cual le hacía parecer más maravilloso, y luego en forma de espíritu puro y resplandeciente.

13. La beata Colomba de Schanolt de Bamberg

He visto también a la dominicana Colomba de Schanolt de Bamberg, inefablemente humilde, franca y sencilla. A pesar de tener los estigmas, la he visto trabajar en todos los quehaceres de la casa. Oraba retirada en su celda, postrada con el rostro en tierra, como muerta. La he visto en su lecho: sus manos derramaban sangre, y la sangre salía también de la frente, debajo del velo. La vi recibir la santa Comunión, y vi que la imagen de un pequeño niño, que salió de las manos del sacerdotes, llegaba a ella. Tuve visiones que ella había tenido en vida. Estas visiones las veo pasar como en un cuadro delante de ella o junto a mí, mientras ella yace en su lecho, orando. He visto que llevaba un cilicio y una cadena en torno del cuerpo, hasta que le fué prohibido.

Sus visiones eran sobre la vida de Nuestro Señor, y también de consuelo y de dirección espiritual. Se encontraba muy bien en su convento; no era muy atormentada y así pudo progresar mucho más en la vida espiritual. Era más simple y más profunda que mi pequeña Magdalena de Hadamar. He visto que en el otro mundo la precedía en grado de gloria y de condición. El modo de cómo se ve esto, es muy difícil de expresar. La mejor manera de expresarlo es decir que parecería que una hubiese recorrido más camino que la otra.

14. San Francisco de Borja

(9 de Octubre de 1821)

He visto muchas cosas de la vida de San Francisco de Borja. Lo he visto como hombre de mundo y como religioso y recuerdo que tenía escrúpulos sobre la comunión diaria y oraba delante de una imagen de María. Allí recibió unas gotas de la Sangre del Señor y de la leche de María, y le fué dicho que no podía privarse del alimento espiritual del cual vivía. Esta participación de la leche de María la he visto a menudo en otras imágenes de santos pintadas como si a modo de niños tomasen la leche de su seno o como si la leche fuese destilando hacia esos santos. Esta representación es inexacta y escandalosa. He visto que el milagro fué de muy diversa manera. He visto salir del lado del seno de María como una nubecilla blanca que iba hacia los santos dividiéndose en rayos y que ellos aspiraban esa nubecilla. Parecía como que salía un maná hacia esos santos. Del costado del Señor he visto que salió un rayo rojo y esplendente que iba hacia San Francisco. Este rayo parecía grano y vino, carne y sangre. Es imposible explicarse.

15. El Emperador San Enrique en la Iglesia de Santa María la Mayor

(12 de Julio de 1820)

He visto un cuadro del Emperador San Enrique. Lo he visto de noche, dentro de una grande y bella iglesia, de rodillas, solitario, delante del altar mayor. Conozco esa iglesia; tiene en su interior una graciosa capilla del santo Pesebre y la he visto en ocasión de la fiesta de Santa María de las Nieves. Mientras

él estaba de rodillas, rezando, se iluminó el espacio superior del altar y descendió la Virgen Santísima. Estaba vestida de celeste, y de su contorno se difundían rayos luminosos. Llevaba algo consigo. Cubrió el altar con un paño rojo, extendió encima un mantel blanco y depositó un libro hermoso adornado de piedras preciosas, que estaba lleno de luz. La vi encender la lámpara y puso las velas sobre el altar. Había muchas de estas luces que se levantaban en forma de pirámides. Ella permaneció de pie, a la derecha del altar.

De pronto compareció el Redentor, en hábitos sacerdotales, con el corporal y el velo. Dos ángeles le asistían como ministros, y había allí otros dos más. Jesús tenía la cabeza descubierta. El ornamento consistía en un manto largo y pesado, de color rojo sangre y blanco, entrelazado y resplandeciente y adornado con piedras preciosas. Dos ángeles que servían la Misa estaban vestidos de blanco. No he visto campanilla, pero sí las vinajeras. El vino era rojo, como sangre, y había también agua. La Misa fué algo más breve que lo común. He visto el Ofertorio y la Elevación. La hostia tenía la forma de las nuestras. No hubo, al final, el Evangelio de San Juan. El Evangelio lo leyeron los ángeles, que llevaron el libro a María para que lo besase. Cuando María hubo besado el libro, miró a Jesús y le señaló a Enrique. Entonces el ángel llevó el libro a Enrique, que al principio no se atrevía a besarlo, y después lo hizo. Terminada la Misa, María acercóse a Enrique, le dió su mano derecha y le dijo que hacía esto en gracia a su castidad, y lo exhortó a no vacilar en su propósito. Vi entonces a un ángel acercarse y tomarlo por el lado derecho, como a Jacob, y vi como que sentía dolor y que después andaba siempre un tanto al sesgo. Durante la ceremonia muchísimos ángeles estaban presentes, adorando y mirando desde arriba hacia el altar.

16. La fiesta del Escapulario

(15 de Julio de 1820)

Estuve en el monte Carmelo, donde vi a dos ermitaños, que vivían uno muy lejos del otro. Uno era muy viejo, y jamás dejaba su cueva. El otro, de nombre Pedro, era francés, visitaba de vez en cuando al viejo y le llevaba alguna cosa. Pedro se ausentaba por largo tiempo y luego volvía adonde estaba el viejo. Lo he visto viajando en Jerusalén, en Roma y en otros países. Después lo vi volver con muchos guerreros adornados

con una cruz en el pecho. He visto con él a Bertoldo, como soldado, y luego lo he visto llevando a éste, ya ermitaño, adonde estaba el viejo solitario en el monte Carmelo. Vi más tarde cómo Bertoldo fué elegido superior de los ermitaños. Los reunía frecuentemente en torno suyo y por su obra se levantaron algunas edificaciones. Los monjes habitaban entonces más recogidos.

He visto otro cuadro.

Cuando aquella reunión se hizo numerosa y se formó un convento, vi que un monje estaba de rodillas en su celda y se le apareció la Virgen con Jesús en brazos, con aquel mismo semblante con que lo había visto en aquella imagen que vi junto a la fuente del monte. He visto que la Virgen le presentaba cierto vestido semejante al que se obtendría si a un pedazo de paño se le hiciera una abertura cuadrada que pasando sobre la cabeza cubriera el pecho y las espaldas. Por delante descendía hasta el estómago, resplandecía y era de color rojo y blanco, mezclado y brillante, como el ornamento del gran sacerdote que Zacarías mostró a José. Las dos cintas que pasaban sobre las espaldas estaban adornadas de caracteres. La Virgen habló mucho tiempo con aquel monje. Cuando desapareció y él se encontró con el escapulario, se sintió muy conmovido. He visto en otro cuadro cuando él reunía a muchos de su orden y les mostraba el escapulario.

Después tuve la visión de una solemnidad que se llevó a efecto en el monte Carmelo. Vi entre los coros de la Iglesia triunfante, el primero entre los antiguos ermitaños, separado de los otros, al santo profeta Elías. A sus pies estaba escrito: *Elías, profeta.* Yo no veía estos cuadros a continuación uno de otro sin intervalo, sino que sentía la persuación interior de que muchos años se interponían entre uno y otro. Especialmente vi esto entre la entrega del escapulario y la solemnidad eclesiástica. Me pareció que esta fiesta pertenecía a nuestros tiempos. En aquel lugar donde junto a la fuente se erguía la imagen de la Madre de Dios, había ahora un convento y una iglesia. La fuente estaba entonces en medio de la iglesia. Vi a la Madre de Dios con Jesús, como estuvo primero junto a la fuente y como se había aparecido al ermitaño, sobre el altar, pero viva y moviéndose, llena de esplendor. A sus lados pendían innumerables pequeñas imágenes de seda, con doble tira y cordón. Había imágenes de ambas partes y se movían dentro de la luz que salía de la misma Virgen María, como si fuesen hojas de los árboles expuestas a los rayos del sol.

Muchos coros angélicos rodeaban a la Virgen Santísima. A sus pies, sobre el tabernáculo, donde estaba el Sacramento, pendía el gran escapulario que la Virgen había dado en visión al ermitaño. A los dos lados y en lo alto se veían coros de santos personajes de la orden del Carmen de uno y otro sexo. Los más antiguos ermitaños estaban vestidos de blanco con listas obscuras; los demás, como visten al presente. Vi, también, a los religiosos de hoy, monjes y monjas, festejando esta solemnidad en el coro y en los lugares en que viven sobre la tierra.

17. Cuadro de la fiesta de la Porciúncula

(1º de Agosto de 1820)

He visto un cuadro relativo a una solemnidad y no sé precisamente lo que significa. Vi una gran gloria de muchos santos, una corona inmensa en la cual aparecían los santos sentados, con diversos distintivos y emblemas en sus semblantes, como ramos de palmas, o teniendo pequeñas iglesias en sus manos. Debajo de este gran círculo estaban, suspendidos en el aire, infinitas reliquias y objetos sagrados, en vasos preciosos. Parecía que fuesen los huesos y las memorias de los santos que yo veía dentro de la gloria. En el centro del círculo se cernía una pequeña iglesia y sobre ella el Cordero de Dios, con un emblema en el dorso. La iglesia era muy luminosa y transparente. Adentro vi, sobre el altar, a la Virgen, Madre de Dios, sentada sobre un trono, en compañía de Jesús y rodeada de multitud de ángeles. Un ángel voló hacia el círculo de los santos y condujo a Francisco a la pequeña iglesia, delante de Jesús y de María. Me pareció como si él implorase una gracia que se refería a los tesoros de los méritos de Jesús y de sus santos mártires; era una gracia y regalo de indulgencia para aquella pequeña iglesia. Vi luego a Francisco ir donde estaba el Papa, pero no en Roma. El santo imploró una indulgencia que se refería a aquella visión. Al principio el Papa no quería concederla. De pronto un rayo de luz descendió sobre el Pontífice y en aquella luz apareció ante sus ojos un escrito; entonces se sintió iluminado y consintió en los deseos del santo. Vi que el santo, después de haberse separado del Papa, estaba orando de noche, y vi al diablo, en forma de un bellísimo joven, que se le aparecía y le reprochaba sus abstinencias y mortificaciones.

El santo se sintió tentado, fué a su celda, dejó su vestido y fué a revolcarse en una mata de espinas, hasta que todo su cuer-

po quedó cubierto de sangre. Luego acercóse a él un ángel del cielo, que lo sanó de todas sus heridas. Esto es lo que todavía recuerdo.

18. Santa María de las Nieves

He visto a dos esposos de alto linaje rezando en sus estancias, dentro de un gran palacio, delante de una imagen de María colgada de la pared. Era una imagen bordada, aunque no artísticamente; el vestido de María estaba en algunos puntos listado de azul y de rojo y al descender hacia los pies se volvía más angosto. La Virgen tenía corona y en un brazo al Niño Jesús, con el globo del mundo en las manos. Delante de aquel cuadro, que no era de grandes dimensiones, ardían dos lámparas, a derecha e izquierda. El reclinatorio, donde muy unidos estaban rezando los dos esposos, podía ser alzado y quedar suspendido en el mismo cuadro, de modo que parecía entonces un armario sobre el cual caía un cortinado que cubría todo ocultando el cuadro y el reclinatorio. Cuadros semejantes, tejidos o bordados, he visto muchos en los tiempos antiguos. Los solían enrollar y así podían llevarlos consigo en los viajes y suspenderlos de donde quisieran para rezar delante de ellos. Mientras estos esposos rezaban fervorosamente, apareció la Virgen Santísima, esplendorosa, en la misma forma como estaba dibujada en el cuadro y quedó suspendida radiante entre ellos y el cuadro mismo; parecía que hubiese salido de la pared. Les ordenó que le edificaran una iglesia en su honor, sobre una colina de Roma, que encontrarían cubierta de nieve. En seguida estos esposos anunciaron lo acontecido al Papa y los vi yendo, con muchos eclesiásticos, hacia aquella colina, sobre cuya cumbre aparecía todo el espacio destinado a la iglesia cubierto de nieve de extraordinario candor. Todo ese espacio fué señalado con palos y la nieve al poco tiempo se desvaneció.

Tuve luego una visión de cómo el Papa Martín celebró la Misa allí y que mientras administraba el Santísimo Sacramento a un personaje de alta categoría, dicho Papa debía ser asesinado por otra persona, a la cual había dado el encargo el mismo que recibía la comunión, y que era por orden del emperador Constanzo. Vi dentro de la iglesia a muchas personas y al asesino que se adelantaba; pero en el mismo instante se puso ciego, de modo que chocaba contra las columnas y cayó. Comenzó a quejarse y a gritar, y se originó gran tumulto en la iglesia. En otra

ocasión, vi al Papa Gregorio celebrar en esta iglesia una Misa solemne y apareció la Virgen Santísima con algunos ángeles, que respondían el *Et cun spiritu tuo,* y le servían.

En la misma iglesia vi una solemnidad celebrada en nuestros tiempos, en la cual intervenía la Virgen, aparecida en la misma forma en que se apareció a los dos cónyuges que hicieron construir el templo. Es el mismo donde vi al emperador Enrique orando, mientras Jesús celebraba la Misa. Hay adentro una capilla del santo Pesebre.

SEXTA PARTE

RECONOCIMIENTO DE LAS RELIQUIAS

INTRODUCCION

Como ya dijimos, Ana Catalina poseía, en grado excelso, el don de discernir las reliquias verdaderas de las falsas. Al mismo tiempo que autenticaba el hueso de un santo, veía, en éxtasis, a éste, y se desarrollaban al momento, como en una pantalla cinematográfica, sus movimientos, palabras y hechos principales. De este modo pudo relatar, como se ha visto, la biografía de numerosos mártires, varones virtuosos y santas vírgenes, con pormenores familiares preciosos, de los cuales nada nos dice la hagiografía. Discurre la vidente acerca del valor de las reliquias, de los lugares donde yacen, del abandono negligente en que se las tiene. A veces logra reconstruir la historia completa de un alma heroica, que posee todo el encanto de una novela conmovedora, como la vida del niño de Sachsenhausen y la de aquella doncella suiza que conservaba una cruz con reliquias en la soledad de la selva.

Resulta asimismo admirable lo que nos revela acerca de la preciosísima sangre de Cristo, y de los cabellos, del anillo nupcial y de una carta de María Santísima.

Capítulo I

DISCERNIMIENTO DE LAS SAGRADAS RELIQUIAS

1. Cómo reconoce las reliquias.

"Tú has recibido, me dijo el Angel un día, el don de ver la luz que sale de las reliquias de los santos por la disposición que se te ha dado en orden a la comunidad de los miembros del cuerpo de la Iglesia; pero la fe es la condición de toda disposición para recibir la influencia y la acción segradas".

Estando despierta veo a veces como un cuerpo luminoso y mil rayos de luz que suben desde la tierra y se hacen una sola cosa con ese cuerpo. Muchas veces uno de los hilos de luz se rompe y vuelve atrás; entonces en ese punto nace una sombra. *(Imagen de la comunión de los fieles por las oraciones y obras buenas)*. Me es difícil explicar claramente estas cosas. Veo la bendición y los efectos de las cosas benditas como cosas que santifican y salvan, como luz que difunde luz. La maldad, la culpa y la maldición las veo oscuras y tenebrosas, produciendo efectos de perdición. Veo la luz y las tinieblas como cosas vivas, que producen respectivamente luz o tinieblas.

Conozco hace mucho tiempo las reliquias verdaderas, y las distingo de las falsas; temiendo que las falsas sean veneradas, he enterrado muchas de ellas. Mi guía me dijo que era gran abuso hacer pasar por verdaderas reliquias los objetos simplemente tocados en ellas. Estando cierta vez preparando hostias en el convento, sentí vivo deseo de acercarme a un armario y como impulsada hacia él. Entonces alcé un relicario con reliquias y no pude descansar hasta que no fueron de nuevo honradas.

(19 de Julio). Se me ha dicho que ninguna persona tuvo jamás el don de discernir las reliquias en el mismo grado en que se me ha concedido a mí; y la razón es porque estas cosas están ahora en deplorable decadencia y es necesario remediarlo.

2. Reliquias de santos enterrados en varios lugares.

(1er. Domingo de Julio 1819)

He tenido que hacer un gran viaje. Fuí conducida por mi guía a los lugares de nuestro país donde están reposando huesos de santos ignorados por los vivientes. Vi cuerpos enteros de santos sobre los cuales se han construído edificios y lugares donde antes ha habido iglesias y conventos. Allí había filas enteras de cadáveres y entre ellos algunos cuerpos de santos. También aquí, en Dülmen, vi enterrados restos sagrados entre la iglesia y la escuela. Los santos a quienes pertenecían acercábanse a mí desde los coros celestiales, y cada uno me decía: “Estos son mis huesos”.

También vi que estos tesoros, aunque tan poco estimados, traen, sin embargo, salud a los lugares que por esta causa se libraron de graves calamidades, y que otros pueblos más recientes han padecido muchos males, porque no poseen tales tesoros. No puedo decir en cuantos lugares, admirables y desiertos, entre muros, casas y rincones, estuve, donde yacen ocultos y despreciados magníficos tesoros de reliquias. Las honré y pedí a los santos que se dignaran no privar al pueblo de su amor y amparo.

Fuí al anfiteatro de Roma y vi la gran multitud de santos que allí padecieron martirio. Estaba presente mi celestial Esposo en forma de un joven de doce años. Los santos, cuyo número es incalculable, estaban divididos en coros y al frente de ellos se veía a los que los habían instruído y dado fortaleza. Tenían en la cabeza una especie de mitra, de la cual salían dos cintas que les caían por la espalda, y vestían largos mantos blancos adornados de cruces. Entré con ellos en las bóvedas subterráneas, en las que había calles, estancias, espacios circulares en forma de capillas, y donde se reunían varios de estos espacios se levantaba una columna que sostenía la bóveda. En los muros había cavidades rectangulares y con frecuencia huesos en ellos. Mientras los santos me conducían de un lugar a otro, decíame, ya uno, ya otro, el que hacía de guía en los diferentes lugares: “Mira, aquí vivíamos nosotros en tiempos de persecución; aquí enseñábamos y celebrábamos los misterios de la redención”.

Mostráronme también altares prolongados y cuadrados, de piedras, que salían del muro, y otros redondos, con bellos símbolos tallados, donde se habían celebrado los divinos oficios, y

me decían: "Entonces vivíamos en la oscuridad, sin pompa exterior; pero la luz y fortaleza de la fe estaban con nosotros".

De este modo, hablando conmigo algunas palabras, aunque pocas, cada uno de los guías desaparecía con su respectivo coro de los lugares donde habían cumplido su deber. Algunas veces salíamos a la luz y visitábamos otros subterráneos; pero no pude comprender cómo hubieran jardínes y palacios sobre el lugar donde estábamos sin que sus habitantes supieran nada de esto, ni cómo habían sino hechas esas excavaciones.

Finalmente quedaron solos, en mi compañía, un anciano y mi Esposo juvenil. Entramos en un lugar muy amplio cuya forma no puedo determinar, pues no lo dominaba con la vista. En lo alto había esculturas de todo género, y la bóveda descansaba sobre columnas. Bellísimas estatuas, mayores que las de tamaño natural, yacían en el suelo. El espacio se estrechaba por un lado formando ángulo, en el cual había, separado del muro, un altar y detrás de él, estatuas contra la pared. Vi también sepulcros esculpidos en los muros y en ellos huesos que no resplandecían. En los ángulos había pergaminos amontonados, del tamaño de un codo de largo y algo más cortos, gruesos como un rollo de tela. Me figuré que serían libros. Viendo todo esto tan bien conservado y aquel espacio tan limpio, me dije a mí misma: "Aquí vivirías tú muy contenta, visitando estos lugares y ordenando las cosas".

Arriba había murallas, jardines y un gran palacio. Me vino de repente la idea de que aquel subterráneo quizás será descubierto un día por efecto de alguna gran destrucción. Si yo estuviera allí creo que lo hallaría; se puede entrar sin derribar cosa alguna. Aquí no se me dijo nada; solamente hube de ver lo que había. Ignoro la causa. El anciano desapareció. Tenía una mitra semejante a las anteriores y muy larga barba. Después, el joven me llevó a casa.

3. Lugares de reliquias olvidadas.

(1820)

Fuí de nuevo conducida a inumerables lugares donde reposan reliquias ocultas y enterradas, enteramente ignoradas. Estuve dentro de cuevas, entre polvo y corrupción, en bóvedas de iglesias antiguas, en sacristías y sepulcros, y honré los cuerpos olvidados y dispersos de los santos. Vi que eran resplandecientes, fecundos en bendiciones, y que el olvido de ellos

crecía a medida que crecía la decadencia. Vi que las iglesias construídas sobre ellos quedaban desiertas y oscurecidas a medida que dejaban de ser honrados; y que el culto de los Santos y de las reliquias decaía en el mismo grado en que disminuía el culto del Santísimo Sacramento. Vi cuán malo es recibir sólo por hábito exterior el Santísimo Sacramento. En expiación de tales olvidos y desprecios hube de padecer graves penas. En la Iglesia espiritual me fueron mostrados el valor y los efectos de las santas reliquias que yacen ahora despreciadas sobre la tierra.

4. Una iglesia espiritual donde se juntan las más grandes reliquias

He visto una iglesia octangular. No había en ella altar; pero en el centro se juntaban, sobre un candelabro de muchos brazos, los tesoros de esta iglesia, como ramilletes de flores que se abrían. Vi que aquellas cosas sagradas eran dispuestas y ordenadas por los mismos santos que las habían reunido, como adornos preciosos que crecían incesantemente en el candelabro. Los santos que traían algún tesoro, ocupaban su lugar en el recinto de la iglesia y muchas veces eran traídos sus propios restos por otro santo que llegaba después.

Vi a los discípulos que traían la cabeza de San Juan Bautista; y a la Santísima Virgen trayendo vasos con la sangre de Jesús. Vi estos vasos de cristal y en uno de ellos sangre aún resplandeciente y clara. Todo estaba en preciosos relicarios, semejantes a los que en las iglesias contienen las santas reliquias. Vi hombres y mujeres santas del tiempo de la Santísima Virgen dejar allí reliquias de esta gran Señora en preciosos vasos; eran puestas en lugar preferente, a la derecha, en el centro del relicario. Luego vi una cruz, en la misma forma en que la veo de ordinario, ser introducida en la iglesia por una mujer coronada y quedar suspendida en el centro sobre las reliquias de María. En la cruz estaban hincados los tres clavos y la tabla que sirvió de apoyo a los pies del Señor y la inscripción. Vi alrededor de la cruz todos los instrumentos de la pasión muy bien ordenados: la escalera, la lanza, la esponja, la caña, los azotes, la maza, la columna, las cuerdas, el martillo y otros más. La corona de espinas pendía del centro de la cruz.

Durante la traslación y exposición de estos objetos sagrados tuve constantemente visiones, fuera de la iglesia, de lugares

próximos y remotos, donde había algunos de estos instrumentos de la pasión y supe con certeza interior que algunas de las cosas que veía estaban bien conservadas y eran veneradas. De la corona de espinas se conserva gran parte, en diversos lugares. Vi que la partícula de la lanza que poseo, es verdaderamente del asta de la sagrada lanza. Vi en innumerables direcciones, en altares, en iglesias, en bóvedas, en muros ruinosos, sobre la tierra o debajo de ella, fragmentos de aquellos santos huesos y reliquias que estaban expuestos en la iglesia espiritual. También vi traer a la iglesia, por Obispos, algunos cálices y copones con hostias consagradas y corporales mojados en la sacratísima sangre de Nuestro Señor Jesucristo. Todo esto fué colocado encima de la cruz.

Luego vinieron los huesos de los primeros mártires y de los apóstoles, y fueron puestos al pie de la cruz. Después las reliquias de ejércitos de mártires, de sacerdotes, de confesores, de papas, de vírgenes, de ermitaños, de monjes, etcétera, las cuales fueron expuestas en preciosos vasos, en cajitas muy bien adornadas, en relicarios en forma de torres y en admirables guarniciones de joyas.

Finalmente se formó al pie de la cruz una montaña de tesoros y la cruz fué subiendo a medida que crecía la montaña, hasta que llegó a una especie de Calvario resplandeciente. Los portadores de las reliquias eran los que las habían exaltado y venerado en la tierra y las más de las veces aquéllos cuyos restos habían de ser luego venerados. Todos aquéllos cuyas reliquias estaban allí presentes, se veían ordenados en coros, según su categoría y estado, y con ellos se llenaba la iglesia cada vez más. Sobre ellos resplandecía el cielo abierto y todo parecía lleno de gloria, pues era la Jerusalén celestial. Las reliquias estaban circundadas por los colores de la gloria de sus respectivos santos. Los santos también resplandecían con tales colores, y de esta suerte se hallaban ellos en admirable relación con sus huesos y sus huesos con ellos.

5. Abandono general de las reliquias en nuestros tiempos.

Después vi acercarse a aquella iglesia a muchos hombres espléndidamente vestidos, y circundarla, venerándola, desde la parte exterior. Vi a estos hombres vestidos con trajes de todas

las épocas, desde las más remotas hasta las nuestras. Todos honraban rectamente a los santos y a sus reliquias, como a miembros del cuerpo de Jesucristo, vasos santificados de la divina gracia, por Jesús y en Jesús. Vi cuán benéficamente obraron los santos en estos hombres, difundiendo sobre ellos, como rocío del cielo, prosperidades y bendiciones.

Me alegré porque en estos últimos tiempos he visto en algunos lugares a personas, a quienes en parte conozco, que honran con sencillez las santas reliquias. La mayor parte de estas personas eran labradores, que honraban con candor infantil las reliquias que había en la iglesia. Vi con gran alegría, entre ellos, a mi hermano, que veneraba con sencillez las sagradas reliquias de los santos, los cuales hacían descender bendiciones sobre sus campos.

Vi también, bajo el símbolo de una iglesia ruinosa, el estado actual de veneración de las reliquias. Vi las reliquias abandonadas, dispersas, cubiertas de polvo, entre cieno e inmundicias; pero aún así vi que difundían luz y bendición. He visto a la misma iglesia en el mismo estado lamentable que las reliquias. Entraban en ella muchas personas, pero cercadas de oscuridad; sólo una que otra sencilla parecía resplandeciente. Los peores eran muchos sacerdotes, que se hallaban circundados de tinieblas sin poder dar siquiera un paso hacia adelante. Parecía que ni siquiera habrían encontrado la puerta, si a pesar de su indignidad no llegasen a ellos algunos tenues rayos que salían de las reliquias y penetraban a través de las tinieblas.

Vi imágenes de la historia de la veneración de las reliquias. Vi levantarse sobre las reliquias altares, que por la veneración que se les tributaba se convirtieron en capillas e iglesias, las cuales vinieron después a tierra a consecuencia del desprecio en que eran tenidas las mismas reliquias. Vi que en el tiempo en que todo era tinieblas y oscuridad, las reliquias fueron dispersas, y los relicarios de metales preciosos, fundidos y convertidos en dinero. Vi que la dispersión de las reliquias es mayor mal que la enajenación de los relicarios. Las iglesias donde las reliquias fueron dispersas y no recibieron el honor debido, las vi decaer y destruídas muchas de ellas. Estuve en Roma, en Colonia y en Aquisgrán, y vi grandes tesoros tenidos en mucha veneración.

6. Reconoce las reliquias verdaderas y explica la relación del alma con el cuerpo de los santos.

Cierta vez que le presentaron unas reliquias, Ana Catalina declaró:

Ya veo lo que usted me da. No puedo describir la impresión que me causa. Veo y no sólo veo, sino siento una luz a modo de fuego fatuo, unas veces más clara, otras más pálida, y siento que esta luz me circunda como llama que se agita a impulsos del viento. Veo también la relación de esta luz con un cuerpo luminoso, y de este cuerpo con un mundo de luz que surge de una luz.

7. Reliquias de San Pedro, Lázaro, Marta y Magdalena.

La Hermana Söntgen trajo a Ana Catalina un envoltorio conteniendo reliquias. Tomólo ésta entre las manos y dijo:

Este es un gran tesoro; aquí dentro hay reliquias de San Pedro, de su hijastra Santa Petronila, de San Lázaro, de Marta y de Magdalena. Este tesoro hace tiempo que ha llegado de Roma. Esto sucede con las reliquias que no se encuentran ya en posesión de la Iglesia, sino de personas privadas. Este relicario ha sido heredado, donado, echado en medio de objetos viejos de poco valor, hasta que por acaso llegó a manos de la Hermana Söntgen. He de interesarme para que sean dignamente honradas estas reliquias.

A propósito de este asunto narró la vidente que una hebrea había encontrado un pequeño relicario entre varias prendas de vestido compradas. Desde ese momento fué presa de tal inquietud, que determinó hacerlo llegar a manos de Ana Catalina, la cual había visto en visión todo lo sucedido, y sonrió cuando le trajeron el precioso relicario.

8. Pruebas con reliquias falsas. La reina Semíramis.

Un párroco incrédulo al reconocimiento de las reliquias, hizo llegar a manos de Ana Catalina, por medio de Cristiano Brentano, tres sobres cerrados conteniendo fragmentos de huesos. La vidente tomó uno en sus manos y contó lo siguiente:

He visto en lontananza tumbas oscuras y desiertas, con huesos negros; de sagrado y de santo no he sentido nada absoluta-

mente. He visto al párroco tomar fragmentos de aquellos huesos.

Después me encontré en una capilla oscura sobre una elevación. En torno reinaba frío, niebla y oscuridad. Allí me dejó mi guía y he visto acercarse a mí una figura muy atrayente y benévola. Al principio creí que fuera un ángel; pero bien pronto sentí miedo y fuí presa de un sentimiento de terror. Pregunté a la sombra: "¿Quién eres tú?...". La aparición me respondió con dos palabras en idioma extranjero. Durante toda la mañana no pude entender el significado y estaba maravillada. Ahora comprendo esas palabras; significan: *Destructor de Babilonia, Seductor de Judas.* Aquella sombra me dijo también: "Yo soy aquel espíritu que ha elevado a Semíramis babilónica y formado su imperio; soy también aquél que ha dado origen a tu redención, puesto que hice que Judas traicionase e hiciese prender a Aquél...".

No nombró a Cristo. Me dijo ambas cosas como queriendo significar que había hecho obras extremadamente buenas. Yo me hice la señal de la cruz en la frente con el leño de la santa cruz. Entonces su aspecto se volvió horrible, y con bramidos de rabia me echó en cara que le había arrebatado una jovencita que él había ganado para sí. Finalmente desapareció profiriendo terribles amenazas.

Cuando pronunció aquellas palabras extranjeras, he visto a la joven Semíramis, como pequeña niña a la sombra de bellos árboles, y he visto a este mismo espíritu delante de ella presentándole toda clase de frutas. La niña lo miraba audazmente a la cara. Yo veía en ella algo que me infundía repugnancia. Era de apariencia bellísima, pero me parecía que sus formas terminaban en garras y como si estuviese toda cubierta de puntas. He visto que él nutría a la niña y la proveía de juguetes y bagatelas. En torno veíase una hermosa comarca: tiendas, bellas praderas, rebaños de elefantes y otros animales guiados por pastores. He visto de una mirada cómo Semíramis se enfurecía contra aquella estirpe piadosa de gente que Melquisedec condujo fuera de su dominio. He visto cuántas abominaciones cometía Semíramis y cómo, no obstante, era adorada como una diosa.

Por la segunda palabra que pronunció aquel espíritu vi en cuadro a Jesús en el Monte de los Olivos, la traición de Judas, y la pasión entera de Nuestro Señor. No podía comprender cómo y por qué se me había aparecido este espíritu. Quizás es-

tos huesos sean de algunos paganos y así el enemigo tuvo poder de acercarse a mí. Me fué prohibido severamente por mi guía celestial tocar ni un fragmento de aquellos huesos. "Te lo ordeno, me dijo, en nombre de Jesús. Hay en ello una grave tentación y una traición. Podrías incurrir por esto en graves pérdidas y daños. No se deben arrojar las perlas delante de los puercos; esto es, a aquéllos que no creen. Las perlas deben ser ligadas con oro. Continúa en reconocer los huesos, pero sólo aquellos que te son enviados por voluntad de Dios".

9. Reliquias enviadas por un sacerdote de Suiza.

Habiendo recibido ciertas reliquias enviadas por un sacerdote de Suiza, Ana Catalina dijo:

No he visto ningún cuadro preciso acerca de estas reliquias. He visto que el sacerdote que las ha enviado era bueno y piadoso; pero he visto que en su comunidad hay personas que se inclinan a un pietismo falso y no católico. El no las sabe distinguir y las tiene por buenísimas. He visto que estas personas difundían oscuridad y tinieblas: no se atienen a los usos de la iglesia y no las aprecian. Por otra parte, aún no se han revelado en sus sentimientos y todo permanece aún en el secreto de sus corazones. En este momento oí una voz cerca de mí que repetía: "Te olvidas de nosotros". Era un aviso de los otros huesos. Me fué avisado nuevamente no recibir huesos de extranjeros, sino examinar primero completamente mis antiguas reliquias, y guardarme de recibir reliquias para reconocer, aún cuando me fuesen enviadas por santos sacerdotes, ya que de esto me podía provenir grandísimo daño.

10. Recibe de nuevo reliquias desconocidas.

Esta severa prohibición fué violada por el Peregrino, quien por hacer un favor a un amigo puso en manos de la vidente reliquias que ella creía eran de los relicarios de su armario. Al día siguiente narró lo que sigue:

Mi guía me ha reprendido severamente y me castigó porque, contra su prohibición, he recibido y retenido las reliquias. He olvidado enteramente lo que al respecto he visto. Me ha advertido muevamente que no es ahora el tiempo de reconocer huesos extraños. Esto de recibir sin reflexión reliquias podrá fácilmente confundirme: el distinguir y reconocer reliquias no

es cosa que se pueda hacer según capricho. Es una gracia y vendrá el tiempo en que tendré que reconocer otros huesos, además de los que ya tengo en mi poder.

Me dijo, además, que debía pensar en la historia del pequeño envoltorio. Me recordó que yo había visto respecto del párroco... un cuadro en que dicho párroco decía con ligereza que no había nada de cierto en todo lo que se decía de mí, relativo al don de reconocer las reliquias; que debía yo pensar en lo que sucedió por este su modo de proceder. Me dijo que debía por ahora rehusarme a recibir y retener semejantes huesos, fuera de los que me pertenecían.

11. Es nuevamente probada en el don de reconocer reliquias.

Un amigo del Peregrino quiso probarla nuevamente, pensando que el don de reconocer reliquias pudiera ser fenómeno de magnetismo. Ana Catalina dijo:

El juicio de su amigo respecto a mí y los fenómenos que se observan en mi persona, es falso. Por esto me ha sido prohibido absolutamente por mi guía recibir cualquier sagrada reliquia, puesto que tal persona no tiene otro intento que hacer tentativas. Me fué dicho que por estas pruebas puedo caer en graves confusiones, pues él habla luego de estas cosas con otras personas pretendiendo demostrar cosas completamente extrañas a la realidad. Las cosas no proceden como él se las imagina relativamente al don y al poder de reconocer las reliquias que me ha sido concedido. Yo veo a fondo su falsa opinión cuando habla y esta opinión es completamente inexacta respecto de mis cosas. Acerca de esto he sido hace tiempo informada y advertida en visión.

12. Ve a varios santos y mártires.
(31 de Diciembre de 1818)

El Peregrino refiere que la monja Neuhaus entró en la pieza llevando un paquete que depositó sobre la mesa. Ana Catalina le dijo:

¡Ah!, tú sacas el tesoro fuera de tu pieza y dejas allí el polvo. He aquí a Ludgario; está aquí.

Luego hablando con el Peregrino, añadió:

Veía en torno de esas reliquias una apariencia de luz, un esplendor cándido como leche, más luminoso y mucho más in-

tenso que la luz del día. Como un pequeñísimo fragmento cayera al suelo vi que una centella de luz se fué bajo el armario.

El Peregrino explicó: "Yo, pobre ciego, busqué esa partícula, y la encontré". La vidente prosiguió:

Cuando el Peregrino se puso a mirar aquella reliquia, me sentí arrebatada en éxtasis y una voz me dijo: "Este es un hueso de Ludgario". En seguida he visto al santo Obispo con sus insignias y su bastón pastoral en medio de la comunidad de los santos. Después me fueron mostrados, unos después de otros, muchos santos, y Santa Escolástica sobre muchas otras monjas; pues en la mesa había un fragmento de sus huesos.

He visto a Afra en medio de las monjas y debajo, un hueso, cerca del Peregrino. Me fué mostrada otra monja en medio de las demás y me fué dicho: "Esta es Emerencia y debajo tienes su hueso". Me admiré, pues jamás había oído pronunciar este nombre. Después ví a otra monja con una corona de rosas sobre la cabeza, que sostenía delante de sí, con ambas manos, otra corona de rosas. Me fué dicho: "Esta es Rosalía, que tanto ha hecho por los pobres. Tiene en sus manos esta corona de flores como en otro tiempo tenía las limosnas que distribuía, y allí hay un fragmento de sus huesos". Después he visto a otra monja brillar en medio de la multitud, y me fué dicho: "Esta es Ludovica y allí está su reliquia. Mira cómo distribuye limosnas". Tenía el delantal lleno de panes, que distribuía a muchos pobrecitos. He visto a un Obispo y me fué dicho que había vivido en tiempos de Ludgario y que habían obrado de acuerdo y se habían conocido, aunque estaban muy lejos el uno del otro. He visto a una virgen que había vivido en el mundo, todavía muy joven, con vestidos de la Edad Media, aunque puramente aéreo y espiritual; estaba en medio de otras bienaventuradas vírgenes. ¡Qué maravilla! Su cuerpo había sido hallado entero e incorrupto; su santidad fué reconocida, y sus huesos y reliquias puestos con los otros santos.

He visto un sepulcro abierto, que había sido anteriormente murado, y algo más allá, en los primeros tiempos del cristianismo, a un jovencito delicado, y junto a él a otros seis con una mujer. Me fué dicho el nombre de Felicitas y me fué mostrada una plaza casi redonda, con muros sostenidos por arcos, y me fué dicho: "Allá, en aquellas cavernas, estaban las bestias feroces; y allá abajo, en aquellas cárceles, del otro lado, estaban prisioneros los mártires, atados con cadenas, para ser luego destrozados por las fieras. He visto también gente que venía de

noche, cavaba y se llevaba los huesos de los mártires. Me fué dicho: "Esto lo hacen secretamente; son amigos de los mártires, y así estos sagrados huesos han llegado a Roma y más tarde repartidos".

13. Presencia martirios en el anfiteatro romano.

Una semana después, el Peregrino presentó las reliquias que aún quedaban en la caja traída por la joven Neuhaus. Ana Catalina dijo:

Veo a Isabel de Turingia con una corona en una mano y una cestilla en la otra. De la cestilla caen rosas de oro sobre un pobre que estaba debajo de ella. He aquí a Bárbara. La veo con una corona en la cabeza y un cáliz con el Sacramento en la mano. *Mirando varias reliquias la vidente añadió:* Estos son huesos recogidos en Roma donde martirizaban a los cristianos.

Luego se sintió transportada en éxtasis y describió al Peregrino los lugares y los tormentos de los mártires; nombraba las partes de los huesos, las distribuía y entregaba al Peregrino, para luego clasificarlas. Al final de estas visiones preguntó a su guía celestial cómo habían venido esas reliquias. Aquél respondió: "Fueron desenterradas hace mucho de los lugares de los martirios, y pasando de sitio en sitio han venido a parar a Münster; pero aquí fueron postergadas por algunas novedades y al fin fueron arrinconadas completamente".

Ana Catalina continuó:

Me encontré de pronto en una ciudad extranjera, maravillosa, sobre la superficie alta de un muro circular que encerraba una plaza redonda. Yo estaba sobre la entrada, desde la cual, a derecha e izquierda, salían escaleras internas; de un lado había prisiones, cuyas puertas se abrían hacia la plaza; del otro lado, ciertos espacios donde encerraban a las bestias. Detrás de ellos había ciertos ángulos donde se arrastraban a los verdugos cuando abrían las puertas a las fieras. Frente a la entrada, cerca del muro se levantaba, en la plaza, un sitial de mármol, al cual se llegaba por dos series de gradas laterales. Allí sentábase la mujer del impío Emperador y junto a ella, otras dos mujeres de aspecto tiránico. Detrás de esta tribuna, en la parte superior, estaba sentado un hombre que parecía tener potestad y mando; se agitaba de un lado a otro dando órdenes. Fué abierto uno de los antros de las fieras y salió una bestia parecida a un gato descomunal lleno de manchas. Los verdugos estaban detrás de

las puertas y se resguardaban en las cavidades; luego subían corriendo las escaleras y se quedaban en lo alto del anfiteatro. Los verdugos habían sacado fuera de las cárceles del frente a una virgen, quitándole los blancos vestidos superiores. Resplandecía como todos los mártires y estaba tranquila, con los ojos elevados y las manos cruzadas sobre el pecho, sin la menor inquietud, en medio del anfiteatro. La fiera no le hizo daño alguno; antes bien se humillaba delante de ella; luego se levantó, echándose sobre los verdugos, que con piedras y gritos trataban de enfurecerla contra la mártir. Como la fiera no quiso atacar a la virgen, fué retirada; no sé cómo sucedió esto, pero la bestia fué encerrada. La doncella fué luego conducida a otro lugar destinado a los mártires, rodeado sólo de empalizadas. Allí fué puesta sobre una piedra, atada a un palo, con las manos detrás de las espaldas, y decapitada. Había tendido por sí misma sus brazos hacia atrás. Tenía los cabellos entrelazados; era sumamente graciosa, y no se descubría en ella señal alguna de angustia o de temor.

Después fué conducido un hombre al anfiteatro; le quitaron el manto, quedando sólo con un vestido que le llegaba a las rodillas. Las bestias no le hicieron daño, y fué también decapitado. Fué, como aquella virgen, echado de un lado a otro con aguzadas varas de fierro. Estos martirios turban de tal manera y causan al mismo tiempo tanta alegría; son tan graves y, con todo, conmueven y excitan tan potentemente que el ánimo se aflige y deplora sin embargo no estar siempre presente en tales escenas. Los verdugos se ven a veces tan poderosamente conmovidos por el comportamiento magnífico de los mártires, que se precipitan hacia ellos y los abrazan, confesando en alta voz a Cristo Jesús; y frecuentemente son atormentados juntamente con los mártires.

He visto a un mártir en el anfiteatro; una leona se echó sobre él, lo arrastró de un lado a otro y luego lo desgarró en pedazos. He visto a muchos perecer quemados dentro de otro anfiteatro, y con uno de los mártires, he visto que las llamas se precipitaron hacia los verdugos y abrasaron a muchos. He visto martirizado a un sacerdote que había asistido secretamente y consolado a muchos mártires; estaba en manos de dos verdugos que, empezando por los pies, le cortaban miembro por miembro, y, mostrándoselos, le preguntaban si quería retractarse. El mártir, aunque era sólo un tronco, estaba lleno de gozo y seguía alabando a Dios, hasta que le cortaron la cabeza.

14. Curiosas comprobaciones en el reconocimiento de huesos.

(9 de Mayo de 1820)

El doctor Wesener había sacado de un sarcófago pagano un fragmento de cráneo y por medio del Peregrino lo depuso en el lecho de la enferma, que estaba en éxtasis. No dió señal de reconocerlo. Cambiado de lugar varias veces, dijo finalmente: "¿Qué quiere esa vieja Rebeca conmigo?"

El Peregrino aproximó el objeto a su mano y ella la retiró diciendo que la perseguía una vieja morena y salvaje, girando en torno de ella con hijitos desnudos como renacuajos; que sentía horror al mirarlos, porque le infundían miedo; que había visto gente semejante en Egipto, pero que ignoraba lo que querían ahora con ella. Como no retiraran el objeto, ella, siempre en éxtasis, tomó la cajita de sus reliquias, y poniéndola sobre el pecho con ambas manos, dijo: "Ahora esa mujer no me puede hacer daño". Luego siguió con la cabeza al lugar donde el Peregrino ponía el hueso pagano. Cuando lo hubo alejado dijo que aquello se había escondido por evitar la visita de los santos. El confesor le puso los dedos consagrados delante, y ella los seguía con el movimiento de la cabeza. Preguntada: ¿Qué es eso?, contestó: "Es algo más grande de lo que tú comprendes".

El Peregrino acercó entonces el hueso de un animal que el doctor Wesener había encontrado en la orilla del río Lipa. Ella dijo al punto: "Esto puede estar aquí sin inconveniente; no hace ningún mal; es una buena bestia y no ha cometido pecado alguno".

Luego, refiriéndose al objeto anterior, dijo al Peregrino: "Vete con ese objeto; líbrate de esa vieja; está atento con ella; te puede hacer mucho mal". Esto lo repitió varias veces estando en éxtasis.

Al día siguiente volvió la conversación sobre el tema y dijo al Peregrino que era muy inconveniente presentarle huesos paganos que excitaban en ella impresiones siniestras.

Aquel hueso pagano me repugnó, excitando en mí contrariedad y aversión. No puedo afirmar que esa mujer estuviese condenada; pero sentía en aquel hueso tenebroso, alejado de Dios, propagador de tinieblas, engendrador de oscuridad, precisamente todo lo opuesto al efecto de los huesos de los santos, que son luminosos, atrayentes y benéficos. He visto a aquella vieja mirar en torno con miedo; me parecía que estuviese ligada con tenebrosas potestades y que podía causar mucho daño. Todo era

oscuro en torno de ella. El espacio era como un bosque o una pradera; pero todo era oscuro allí, no como la noche, sino como veo la oscuridad espiritual de malas doctrinas, la ausencia y alejamiento de la luz del mundo por la relación con la zona de las tinieblas. La he visto sola con sus hijos. En torno había cabañas miserables, de formas variadas, cavadas en la tierra y cubiertas por arriba con una especie de techo; algunas eran redondas y tenían techos de hierbas; otras, cuadradas, con techos de juncos tejidos. He visto algunas casas algo más altas, pocas, de forma aguda, compuestas en orden. Entre estas cabañas he visto caminos de comunicación, cubiertos por fuera. Esta acción desagradable resultante de huesos malos puede ocasionar daño a la gente si se sirve de ellos como de medio profano y supersticioso; las personas que usan de ellos pueden participar, sin saberlo, de las emanaciones de esos huesos, pues da nacimiento a cierta comunicación entre ellas y los huesos. De la misma manera nace una participación de las bendiciones y de los efectos de la gracia que emana de todo aquello que es redimido y santificado, por la veneración de los huesos de los santos.

15. Visión de reliquias robadas.

(16 de Diciembre de 1820)

He tenido una maravillosa claridad respecto al reconocimiento de reliquias. He visto todas las cosas como si estuviesen en torno mío. He visto muchas iglesias en el Rin y un cuadro donde una carroza fué sorprendida por ladrones, y una cajita conteniendo reliquias fué echada en un campo y encontrada por otros. El propietario, que pasó por aquel lugar, no las pudo encontrar. Esas reliquias quedaron en el país donde fueron encontradas. En esta cajita he visto los huesos que un amigo ha traído junto con otras; pero no me atrevo a nombrarlas ni decir qué reliquias sean. Ese amigo *(del Peregrino)* debe esperar y, ante todo, cambiar su modo de proceder. El es sorprendentemente largo y alto; también la fe es como su naturaleza, alta y larga, pero muchas veces debe pasar por una pequeña abertura, como la de una llave. El amigo, en cuanto respecta a mi persona y a mi destino, está aún obstinadamente en el error.

16. Anuncia que reconocerá muchas reliquias.

(21 de Diciembre de 1820)

Ana Catalina había anunciado que el día de Santo Tomás reconocería muchas reliquias. El Peregrino la encontró ese día con la caja de las reliquias sobre el lecho. En visión, durante la noche, había distribuído aquellos huesos y recubierto las paredes internas de la caja con pedazos de seda. Había ordenado de modo especial las cinco reliquias de Santiago el Menor, de Simón el Cananeo, de José de Arimatea, de Dionisio Areopagita y de un discípulo de San Juan Evangelista, llamado Eliud.

He tenido una noche luminosa. He sabido el nombre de todas las reliquias que se encuentran aquí y he visto los viajes de los apóstoles y discípulos cuyas reliquias poseo. En cuanto a Santo Tomás he visto un cuadro festivo, muy solemne. He visto también cómo estas reliquias han llegado aquí a Münster, cómo un obispo extranjero las reunió y cómo llegaron a manos del obispo de esta diócesis. Todo lo he visto con sus nombres y sus épocas. Confío en el Señor que todo esto que he visto no se perderá. He obtenido permiso para revelar a mi confesor los nombres de las reliquias que ha traído el amigo y que el confesor se los pueda declarar; pero no me es permitido a mí decir estos nombres. ¡Ah! ¡Yo creía que podría decirle los nombres de todas las reliquias! Lo tenía ya en la punta de la lengua para decirlo, cuando salió súbitamente del lado derecho del armario, que está junto a mí, una mano cándida y luminosa que me cerró la boca, y no me dejó decir los nombres. Esto sucedió de modo tan repentino y sorprendente que estuve a punto de reír.

Algunos días más tarde se renovó una escena semejante:

Tuve de nuevo un gran deseo de nombrar a aquellos santos respecto de cuyos huesos habíase originado tanto disgusto. Pero cuando estaba por hablar, oí golpear en mi armario y me fué imposible pronunciarlos; no los sabía ya. No los puedo decir ni me atrevería. He tenido varias veces la palabra en la punta de la lengua; pero no la puedo pronunciar, y esta imposibilidad no está en mi voluntad.

Tanto el confesor como el amigo habían oído los golpes en el armario sin podérselos explicar. El confesor dijo: "Creo que el diablo no osará hacer una de las suyas". Ana Catalina, tomando una reliquia del armario, dijo: "Es aquel santo cuya reliquia ha traído el amigo del Peregrino".

17. Reconoce varias reliquias.

(18 de Enero de 1821)

El confesor le presenta a Ana Catalina un paquetito conteniendo varios objetos.

¿Quién es esa monjita que yace en un estado tan miserable? El padre confesor nada me dijo sobre ella. Debería ir él junto a ella porque está en un estado más digno de compasión que el mío; yace como en medio de agudas espinas.

La enferma se había visto a sí misma. Después se supo que el paquetito contenía cabellos de Ana Catalina, que el abate Lambert había recogido para mandar a un amigo de París.

Reconocida la reliquia de un santo Papa, se habían olvidado los presentes del nombre. Presentada de nuevo, dijo al punto:

Es del Papa Bonifacio I.

18. Penetra en las catacumbas.

Descendí las catacumbas y vi delante de mí una mesa cubierta de luces, y a muchos hombres y mujeres, de rodillas, rezando. Un sacerdote oraba en alta voz, otro insensaba con un turíbulo. Parecía que todos ofrecían algo, deponiendo la ofrenda en una taza que posaba sobre la mesa. Estas oraciones eran preparatorias de inminentes martirios. Después he visto a una mujer noble expuesta en el anfiteatro con tres hijas, de dieciséis a veinte años. El juez que presidía, no era el mismo de antes. Muchas fieras eran soltadas y lanzadas contra los mártires; pero no les hacían daño; antes bien lamían amigablemente a la más joven de las vírgenes. Fueron traídas delante del juez y llevadas a otra plaza menor. La mayor de las jóvenes fué primeramente abrasada con antorchas negras bajo los brazos, en los pechos; luego despedazado con tenazas el resto del cuerpo y reconducida delante del juez. Ella ni siquiera le dirigió una mirada, sino que miraba hacia las hermanas que en ese momento eran atormentadas. Después que todas fueron así atormentadas, fueron decapitadas, estando sentadas, y por último la madre, que había sufrido increíbles tormentos viendo martirizar a sus hijas. Ví también a un santo pontífice delatado, sacado de las catacumbas y martirizado. Uno de los romanos, el más furibundo de los perseguidores, se declaró partidario de los cristianos y murió también martirizado. Sentí un deseo tan vehemente de martirio que clamé en alta voz invocándolo; pero me fué dicho: "Cada uno

tiene su propio camino. Nosotros hemos soportado el martirio una sola vez; tú, en cambio, serás martirizada constantemente. Nosotros hemos tenido un solo enemigo; tú tienes muchos".

19. Sensación a la vista de las reliquias.

Posteriormente el Peregrino le presentó cierto número de reliquias. Ana Catalina las posó, una después de otra, sobre su corazón; separó alguna como no auténtica, y de las demás dijo:

¡Son tan magníficas! ¡No es posible decir cuán bellas son!

Interrogada acerca de su propia sensación a la vista de las reliquias, dijo:

Yo veo y siento la luz. Es como un rayo, como una flecha que me penetra y me lleva consigo; luego siento la dependencia y la correlación de aquel rayo de luz con aquel cuerpo luminoso del cual deriva, y delante de mí se presentan los cuadros de la vida terrena de aquel cuerpo luminoso y su lugar en los coros de la Iglesia triunfante. Hay una maravillosa relación entre el cuerpo y el alma, relación que no cesa ni con la muerte, de tal manera que los espíritus bienaventurados no cesan de obrar sobre los fieles por medio de cada partícula de su cuerpo. En el día del juicio será muy fácil cosa para los ángeles separar a los buenos de los malos, ya que todo será luz y tinieblas.

20. Distingue una reliquia de San Ignacio
(31 de Julio de 1821)

Había separado, estando en visión, entre centenares de reliquias, una de San Ignacio de Loyola.

Siento un impulso interno de mirar estas reliquias; tenía un ardiente deseo, me atraían. El reconocerlas y distinguirlas es cosa fácil; ellas difunden luces diversas. Veo pequeños cuadros, como si fuesen retratos de los rostros de las diferentes personas a las cuales pertenecen esas reliquias; de los fragmentos de huesos salen hilitos de luz que se juntan con estos cuadros. No puedo expresarlo, es algo maravilloso; es como si una cosa fuese encerrada dentro de nuestra individualidad y esta cosa quisiera salir fuera. Todo esto cansa muchísimo y al fin cae una exhausta de fuerzas.

21. Explica el modo de reconocer las reliquias

El Vicario Hilgenberg le trajo dos largas tiras de género, a las cuales estaban sujetas varias reliquias. Ana Catalina se conmovió y dijo:

Veo a muchas de estas reliquias ornadas de una aureola de luces de varios colores, despidiendo luces. Me detengo con la mirada. Se presenta en el seno de cada una de ellas, una pequeña figura, que crece, y yo penetro en ella. Veo entonces el semblante, la forma, el vestido y todo el modo de ser y veo la vida, el nombre y la historia de dicho santo. El nombre, si se trata de santos, lo veo siempre bajo los pies; en las mujeres lo veo situado en el lado derecho. Estos nombres no están enteramente escritos, sino sólo las primeras sílabas. Las otras son pronunciadas o entendidas internamente. Las letras tienen el mismo color de la luz de la reliquia y la aureola del santo al cual pertenecen. Parece que estos nombres sean algo esencial, como si tuviesen sustancia; hay en ello un misterio. Cuando veo a los santos, no en relación con la distinción de las reliquias, sino en general, los veo también distribuídos en órdenes y coros, según sus méritos y vestidos, sus grados y condiciones. Estos vestidos son algo esencial con los vestidos de la Iglesia celestial y no con los del tiempo transitorio. Veo entonces a todos los Obispos, a los Papas, a los mártires, a los consagrados y ungidos, a los reyes, a las vírgenes, y a los demás con los vestidos propios del reino de los cielos, siempre con la aureola de la gloria. Los sexos no están separados. Las vírgenes tienen un grado místico sumamente distinto. Veo a las vírgenes que lo fueron por deseo y voluntad; entre ellas hay mujeres casadas y mártires, a quienes se les hizo violencia por los verdugos. No veo a Magdalena entre las vírgenes, aunque se halla en muy alto grado. Era alta de estatura, bella y tan enérgica, que de no haberse convertido a Jesús, habría sido un monstruo de maldad femenina. Ella obtuvo un gran triunfo sobre sí misma.

A veces no veo en los santos nada más que la cabeza circundada de resplandor; otras veces, hasta el pecho. La luz que difunden es de diferente color. En las vírgenes y en aquéllos que han vivido tranquilamente, cuya lucha consistió sólo en la paciencia necesaria en las tribulaciones de cada día y en las penas domésticas, este resplandor es blanco como la nieve. Lo mismo es en los jovencitos, a quienes veo muchas veces con lirios en las manos. Los que han sido martirizados por secretos

e íntimos padecimientos por amor a Jesucristo, los veo resplandecer de un rojo pálido. De un rojo fulgurante es la luz de los mártires que llevan una palma. A los doctores y confesores los veo circundados de esplendente luz amarilla y verde, llevando en las manos ramas ondeantes. A los santos mártires los veo con diferente naturaleza de gloria, según el grado de sus tormentos. Entre las reliquias que se encuentran aquí, veo algunos que llegaron a ser mártires por interno martirio del alma, sin efusión de sangre.

22. Cuenta cómo ve a los ángeles

A los ángeles los veo sin aureola. Los veo en forma humana, con semblante y cabellos; pero mucho más esbeltos, nobles y de rostros más finos e inteligentes que las criaturas humanas Los veo transparentes, todo luz, con diferentes grados unos de los otros. A los seres humanos que han llegado a la celeste beatitud, los veo envueltos en una luz corpórea, más cándida que resplandeciente, y en torno de ellos veo una esfera luminosa, una gloria, una apariencia de santidad de diversos colores, los cuales están en relación con el grado y el género de sus purificaciones. No veo que los ángeles muevan los pies, ni tampoco lo veo en los santos, fuera de los cuadros históricos, donde los veo con vida humana o en su acción entre los hombres. Veo en todas estas apariciones, en su estado perfecto en el cielo, que jamás se comunican por medio de la palabra: los unos se dirigen a los otros y se compenetran íntimamente; así leen en el otro lo que piensa.

Tenía dos fragmentos óseos de Santa Hildegarda, uno mayor que otro. Cierto día se mostró sorprendida, como si alguien se le acercara, y exclamó:

¿Quién es esa que se acerca en largo y cándido manto? Es Hildegarda. Tengo dos huesos de ella; el más grande no viene nunca a mí, el más pequeño viene a menudo. El hueso mayor resplandece menos, porque es de una parte menos noble (*). *(Era de un fémur)*. Los huesos son diversos en su dignidad. Los ves-

---

(*) Lo que escribe Ludwig Clarus en su libro *Briefe der H. Hildegard* (1-24) puede referirse a los demás casos de reconocimiento de reliquias por la vidente: "El cuerpo de Santa Hildegarda se encuentra aún en Eibingen en su caja. Fueron sacadas diversas partes de su cuerpo. Una partícula semejante poseyó Cristiano Brentano, el cual la entregó a su hermano Clemente que estaba por este tiempo en relación frecuente con la monja Ana Catalina Emmerick, de Dülmen (1824) oyendo y escribiendo las visiones de esta vidente. De una carta de Cristiano Brentano, de principios del año 1851, que tengo a la vista, escrita a una amiga, trans-

tidos que pertenecieron a Santa Magdalena antes de su conversión, resplandecen menos. Los miembros de un santo, perdidos antes de su conversión, son reliquias, como toda la humanidad entera anterior a la venida de Jesucristo, ha sido redimida por El. Los huesos que han pertenecido a ánimas puras, púdicas y fuertes, son siempre más fuertes y más duros que los huesos de aquéllas que estuvieron abandonadas a las pasiones. Los huesos de los simples tiempos antiguos son más fuertes y producen impresión más agradable que los huesos de épocas posteriores.

23. Reconoce las reliquias que trae el Peregrino.

El Peregrino le trajo una vez una caja con cincuenta fragmentos de reliquias mezcladas. Apenas las tuvo y contempló, comenzó a separarlas, dando cuenta de quienes eran y a qué parte del cuerpo pertenecían:

Estas estuvieron en el fuego; veo que las buscan en medio de las cenizas. Estas estuvieron en la iglesia de una ciudad; veo que las adornan y purifican. Aquellas otras resplandecen de luz más viva. Estas resplandecen menos, y he aquí una que resplandece con una especial luz dorada. *Al decir esto la vidente cayó en éxtasis y dijo:* Veo a un viejo oprimido por el reumatismo, que yace sobre una camilla en una plaza pública. Un obispo, de bácula pastoral, se inclina sobre él y apoya la cabeza sobre su espalda. Están presentes hombres que llevan teas.

Ana Catalina dijo luego que el hueso que resplandecía de color dorado era de aquel obispo, llamado Sérvulo. Nombró también a San Quirino, como si su reliquia se encontrase allí presente. Cuando el Peregrino le presentó un paquete de reliquias perteneciente a la casa ducal de los Dülmen, Ana Catalina separó los retazos de paños diciendo:

Esto lo ha llevado un santo; es el fragmento de una estola. Este paño es de un ornamento de Misa que ha tocado cosas santas.

---

cribo los siguientes párrafos: "La monja Emmerick recibió de mí, entregada por Clemente, una *reliquia insignis* que yo había recibido, sacada del cuerpo de Santa Hildegarda. Ni a mi hermano Clemente ni a la monja dije de quien fuese esa reliquia. Mi hermano, que había dejado la reliquia durante la noche junto a Ana Catalina, me dijo a la mañana siguiente que tal reliquia debía ser de Santa Hildegarda, pues durante toda la noche había estado la vidente en conversación y visiones con esta Santa".

Preguntada cómo lo había reconocido, respondió que en el momento en que el paquete se halló en su pieza había visto junto a ella a cuatro santos revestidos con esos paños, que fueron luego cortados y distribuídos. Preguntada si veía también a Santa Tecla, cuya reliquia estaba allí, dijo: "Sí, la veo en un cuadro cómo espía y escucha atentamente a San Pablo, encerrado en la cárcel. La veo a veces arrastrarse a lo largo de un muro; otras, bajo un arco como quien buscara algo con inquietud". *Al presentarle el Peregrino un pequeño fragmento de leño, dijo:* "Este fragmento es de aquella clase de leño de la que fué hecha la cruz y que María tenía consigo en Efeso; es leño de cedro. Aquel fragmento de seda pertenece a un pequeño manto, con el cual estuvo vestida una estatua de María; es antiquísimo".

El 6 de noviembre de 1821 encontró entre sus reliquias un fragmento de leño que dió al Peregrino, diciéndole:

Esto ha sido llevado, hace mucho tiempo, por un ermitaño de la Palestina. Pertenece a un árbol que estaba plantado en el jardín de un antiguo esenio. Sobre este árbol fué conducido Jesús por el tentador al final de su ayuno de 40 días.

Entregó al Peregrino un pequeño paquete:

Esta es tierra del monte Sinaí. Os veo junto a aquel monte. *Luego, tomando otro hueso:* Esto pertenece a un santo cuya solemnidad ocurre en el mes de julio. Su nombre empieza con E. Lo he visto encarcelado con otros dos que chupaban los huesos de hambre. Conducido al martirio, por causa de sus maravillosos discursos sobre Dios, lo tuvieron por loco y querían dejarlo libre. Un soldado, empero, dijo: "Veamos si es capaz de llamar a su Dios del cielo, porque entonces es merecedor del martirio como los demás". Este soldado fué herido por un rayo. He visto luego al santo celebrando un servicio divino en la iglesia y luego lo ví martirizado.

24. Historia de una cruz llena de reliquias.
(8 de Noviembre de 1819)

Entrególe el Peregrino una cruz muy antigua, llena de reliquias. Al acercarse a Ana Catalina, ésta exclamó:

He aquí que viene una procesión entera de santos. *Abriendo la cruz, dijo:* Helos aquí a todos. Entre ellos, un viejo puro y sincero, como el ermitaño de Suiza. *El Peregrino le dejó la cruz, y ella contó al día siguiente:*

Cuando esta cruz me fué acercada, he visto en fila, precisamente como están dispuestas aquí dentro las reliquias, a todos estos santos en forma de cruz en el aire y debajo de ellos una comarca salvaje, llena de bosques, una espesa cambronera, y a algunas personas, entre las cuales, un hombre semejante al viejo ermitaño de Suiza. Después tuve una visión de aquella cruz. He visto en un vallecito, cerca de un bosque situado en un país montañoso, no lejos del mar, una ermita donde vivían recogidas seis mujeres que se habían dedicado a la vida solitaria. Eran todas de edad en que podían ayudarse unas a otras. Eran muy recogidas, silenciosas y vivían muy pobremente; no tenían provisiones y pedían limosna. Tenían una superiora y recitaban las horas canónicas. Llevaban túnica burda y oscura con capuchón. Las ví andar por el jardincito, dispuesto cerca de las celdas, donde cada una podía entrar por su entrada particular. Los jardincitos eran muy lindos, aunque pequeños, y tenían árboles de naranjas. Los cultivaban ellas mismas. Las vi ocupadas en un trabajo para mí desconocido: tenían una máquina, semejante a un telar, de varias cuerdas, con las cuales tejían tapetes rústicos y variopintos, hechos con sumo cuidado. He visto que con cierta paja blanca y sutil tejían un delicado trabajo entrelazado. Sus lechos estaban sobre el suelo desnudo y consistían en una tabla con un mal colchón de paja y una manta. Allí no se cocinaba mucho. Tomaban su comida en común, y en la mesa alta y profunda había ciertas cavidades que les servían de platos. A derecha e izquierda de estas cavidades había unas tapas que se bajaban sobre las cavidades y las cubrían. Las ví comiendo a todas juntas una oscura sopa de hierbas. En su capilla reinaba la mayor simplicidad. Cuanto había allí de ornamentos consistía en trabajos de paja. Pensé entre mí: "Aquí dentro hay oración de oro con utensilios de paja; así era entonces. Ahora se usa oración de paja con utensilios de oro". El altar de piedra estaba cubierto de una bella estera de paja entretejida y festoneada, pendiente de los extremos. En el medio había un pequeño tabernáculo y, sobre él, esa cruz que tenía el Peregrino. A diestra y siniestra veíanse dos candelabros de leño y dos urnas o vasos, también de leño, que contenían ramos de flores ordenados en forma de ostensorio. Esta ermita era un edificio cuadrado de piedra, con techo de leña. Los espacios interiores estaban divididos por estacas entrelazadas, de un palmo de largo, de madera semejante a aquella con que fabrican las cajas. Las paredes, hechas con maderas entrelazadas, eran de diversa altura; en la

capilla, de la altura superior a un hombre, no llegaban al techo; en las celdas, más bajas. Las religiosas podían verse por encima. Estaban sostenidas por estacas, plantadas y reforzadas contra los muros. El ingreso del lado del mar llevaba a la cocina, y a ésta seguía el comedor con las extrañas mesas; detrás estaba la capilla. A la derecha y a la izquierda estaban las tres celdas y delante los jardines. Las puertas que daban al jardín tenían forma de arco: eran bajas, pequeñas, y la ventana sobre la puerta estaba colocada de modo que no se podía mirar hacia adentro. Delante de las ventanas había pequeñas cortinas de paja que podían tenerse levantadas con palos a modo de tiendas. Las sillas estaban hechas con estera, sin apoyo y tenían un mango de leño. El piso de la capilla estaba cubierto de un tapete de varios colores, grueso, fabricado por ellas mismas.

No todos los domingos tenían la Misa. Un ermitaño venía a decirles la Misa y a darles la comunión. Tenían, empero, el Santísimo Sacramento en la capilla. Las vi una tarde en oración en su capillita, cuando fueron sorprendidas y asaltadas por los piratas. Estos hallábanse armados de cimitarras cortas y extremidades muy largas; tenían turbantes y hablaban una lengua extraña. Robaban a los hombres para hacerlos esclavos. Eran feroces y como bestias. Su embarcación era grande y estaba anclada a cierta distancia de la playa; habían desembarcado en un bote. Devastaron la ermita y llevaron consigo a aquellas pobres ermitañas. No vi que las ultrajasen. Una de aquellas vírgenes, joven y fuerte, defendió la reliquia del altar y pidió al Señor ayuda con todo fervor. Antes que los asaltantes llegasen al mar, vinieron a reñir sobre el reparto del botín. En tanto aquella virgen consiguió arrastrarse con las manos y los pies hasta el fondo del bosque e hizo voto de servir al Señor, haciendo vida solitaria en el desierto, si la libraba del peligro. Los piratas la buscaron largo tiempo, y ella vió cómo al amanecer se hacían a la vela.

Entonces dió gracias a Dios de rodillas delante de esta cruz. La selva virgen se extendía distante de todo camino separada por un precipicio situado entre glaciares. Ningún hombre, ningún cazador penetraba allí. Buscó largo tiempo un lugar conveniente, hasta que lo encontró en lo más profundo del bosque. Era un sitio pequeño, libre y desembarazado, rodeado de árboles y de zarzas, suficiente para erigir allí una pequeña capilla. Por arriba estaba casi cubierto de árboles, y el suelo atravesado por las raíces de los mismos árboles. Decidió ser-

vir a Dios allí mismo, aislada completamente de los hombres, sin ayuda ninguna eclesiástica o profana. Tenía consigo la cruz que plantó sobre un altar edificado por ella misma con piedras, y detrás de él dispuso su lecho. No tenía fuego; lo tenía solamente en el corazón. Durante treinta años no vió siquiera el pan. En aquellas cercanías vi a ciertos animales en lo alto de los montes, semejantes a cabras, que saltaban de un escollo a otro; en torno de esta ermita vi también liebres blancas y pájaros grandes como gallos.

He visto llegar a estos lugares a un cazador con sus perros. Estaba al servicio de un noble, que tenía un castillo en lo alto del monte, a distancia de alguna milla. He visto luego aquel castillo destruído, del que ahora queda sólo un fragmento de torre cubierto de yedra y de plantas salvajes. Aquel cazador vestía túnica gris muy ajustada y en torno al cuerpo un cinturón adornado. Llevaba un pequeño sombrero redondo, de punta, y bajo el brazo, el arco. Sus perros penetraron ladrando en lo espeso de las matas, y el cazador se acercó y vió algo brillante, que era aquella cruz. Se acercó y clamó en alta voz. La ermitaña se había ocultado, y al principio no quiso responder. Finalmente gritó diciendo al cazador que no se espantase de ella si no le veía semblante humano. Entonces él la vió y la vi yo también en visión. La vi circundada de resplandor. Era alta, cubierta el cuerpo; largos y grises cabellos le pendían por las espaldas y el pecho. Toscos eran sus pies y oscuros sus brazos; caminaba encorvada por el peso de la edad. Con todo, a pesar de esta apariencia, tenía algo de severo y de noble en sus modales. Al principio no quiso decir quién era; pero cuando advirtió que el cazador era hombre piadoso, le dijo: "Veo que tú eres siervo de Dios". Y le contó cómo había venido a parar a aquel lugar. Rehusó salir de allí con él; y dijo al cazador que volviese dentro de un año con un sacerdote ermitaño. He visto cómo recibió el Santísimo Sacramento. Después quiso permanecer un rato sola y cuando aquellos dos se acercaron de nuevo, la hallaron muerta. Quisieron llevarse consigo el cuerpo, más no pudieron moverla. La sepultaron en el mismo lugar y el cazador tomó secretamente la cruz para memoria del hecho. Más tarde, sobre su tumba, que estaba en un matorral se edificó una capilla en honor del santo venerado por ella de un modo especial y que había ella nombrado. De varios lados había entradas que llevaban al interior de aquella capilla.

Aquella virgen había vivido completamente para Dios, en la mayor pobreza. Antes del asalto de los piratas había tenido un sueño en el que vió, como si con violencia, era transportada sobre el mar. También en sueño hizo voto a la Virgen de Einsiedeln de que si era salvada del peligro ayunaría siempre en la soledad. Le había parecido que caía en un canal o curso de agua, donde se arrastró largo tiempo hasta que saliendo llegó a una soledad que más tarde conoció era precisamente aquella donde ahora estaba, y vista en la visión. Entonces le fué dicho que allí debía quedar. Cuando preguntó de qué debía alimentarse, muchos higos y castañas cayeron de los árboles; y mientras ella recogía los frutos, éstos se cambiaron en piedras preciosas, semejando los frutos de las penitencias y mortificaciones. Ella le contó al cazador esta visión suya. Cuando el cazador la encontró en aquella soledad habían pasado treinta años. Le dijo que provenía de la Suiza y que podía informarse allí para convencerse. Le nombró el lugar de su nacimiento, añadiendo que había tenido siempre gran devoción a la Virgen de Einsiedeln. Desde la primera edad había oído una voz que le decía que debía dejar su patria y debía servir a Dios en la soledad. No había puesto mucha atención a esa voz; pero una vez le pareció que se le acercaba un joven que le dijo: "¿Estás aún aquí? ¿Aún no has partido?...". Y así diciendo, la había llevado lejos de allí. Había creído que soñaba, mas al despertarse se encontró lejos de su casa, en un país extraño, hasta llegar a la ermita donde fué bien recibida.

El cazador tuvo devoción a la cruz por mucho tiempo; finalmente, por liviandad e inconsideración, la cedió a un habitante de una pequeña ciudad situada al pie del monte. Este la veneró mucho y oraba siempre delante de ella, y en una tormenta que devastó la comarca quedaron él y su casa preservados del desastre. Después de su muerte pasó la cruz a uno de sus herederos, y así pasó de mano en mano hasta llegar a un campesino, que la vendió juntamente con otros objetos. Perdió, por eso, casa y campos. Después he visto la cruz relegada y despreciada en medio de mil cosas de todo género, en poder de personas que no tenían temor de Dios. A esta gente la compró un extranjero, incrédulo, no por devoción, sino por simple curiosidad, sin conocer el valor del tesoro que poseía, y a pesar de ello aquella cruz le fué de inmenso provecho.

Esta última circunstancia conmovió al Peregrino; él había comprado la cruz en Landshut a un pobre obrero, y desde enton-

ces se sintió mejorado en lo espiritual y en lo material. La vidente no lo podía saber y la historia era tan verdadera como el último episodio de la cruz. A raíz de esto el Peregrino se manifestó preocupado y preguntó a Ana Catalina: "Si todo vuelve a verse como sucedió, los pecados cometidos, de los que uno se arrepintió y confesó ¿volverán a verse?" Ella respondió:

Por estos pecados y faltas ha satisfecho el Señor. No existen más. No los puedo ver a no ser que sea un caso como el de David penitente. Aquellos pecados que no fueron expiados, que el hombre lleva consigo y los oculta, esos los veo perfectamente. Los que fueron expiados son como huellas impresas en la arena, que se borran con los pasos siguientes de arrepentimiento y penitencia. La confesión contrita del pecado cancela la culpa.

25. Historia del niño mártir de Sachsenhausen.

El Peregrino le había dado una reliquia que Ana Catalina declaró pertenecer a un antiguo ermitaño. Varios días después contó al Peregrino el martirio de un niño, pariente del ermitaño.

Tuve la aparición de un niño como de cuatro años, coronado de una aureola roja. Su semblante era en extremo gracioso. Sus palabras fueron muy breves y profundas. Hice con él un largo viaje y me impresionó mucho el verlo tan luminoso, tan serio y tan sabio. Pasamos sobre una ciudad y rápidamente nació en mí el conocimiento del estado moral de ella. Sentí dentro de mí que había allí pocas almas piadosas. El niño me llevó sobre un puente y me señaló la casa donde había nacido. Era una casa vetusta de ciudadanos de mediana condición, que aún conservaba algo de los tiempos antiguos. Todo estaba silencioso y callado; pero al acercarnos los actuales habitantes pensaban en aquel niño y un débil recuerdo de su historia perduraba en ellos. Entonces tuve la advertencia de que muchas veces el instantáneo recuerdo de un difunto, es efecto de su proximidad. El niño me indicó que como la correlación del alma con el cuerpo no cesa jamás hasta la unión de los mismos en la resurrección final, asimismo no cesa jamás la acción de un alma santa sobre aquellos que por vínculos de sangre o de parentesco se encuentran en relación con él. Un beato sigue obrando, ayudando y aprovechando a esa familia según el grado de fe y de temor de Dios que tenga para poder recibir esa ayuda. Me dijo cómo él había obrado en favor de la eterna

salud de sus parientes y cómo llegó, por medio del martirio, a aquella perfección a la cual habría llegado si su vida no hubiese sido interrumpida por la maldad de los demás, y que los méritos de las acciones que habría hecho en el transcurso de su vida, si no hubiese sido muerto a los cuatro años, él podría aplicarlos también, de modo espiritual, en ventaja de los suyos. Cada especie de mal sucede, no por voluntad de Dios, sino por simple permisión de Dios. Por lo demás, no se quita o cesa el cumplimiento y la perfección del bien obrado por un individuo, por efecto del pecado de los demás, sino que solamente es alterado y mudado, y el delito y pecado, en sus consecuencias efectivas, hiere esencialmente al pecador mismo, mientras al inocente, que es ofendido y dañado, las penas y el martirio le sirven de medio para más rápida perfección. Aunque el pecado cometido contra los demás sea cosa contraria a la voluntad de Dios, con todo esta voluntad de Dios no es impedida en su designio final, puesto que todo lo que el muerto hubiera obrado en el mundo, viene a cumplirse y a completarse, de modo espiritual, por medio de la libertad de la voluntad.

Vi entonces la historia del niño martirizado. Sus padres vivían, hace cerca de tres siglos, en Sachsenhausen, junto a Francfurt, y era éste de muchísima piedad. Tenían un pariente próximo, que vivía en Egipto, como ermitaño, del cual a menudo hablaban, recordándolo con afecto y veneración. Frecuentemente, mirando a su hijito, decían entre sí, que se considerarían dichosos si el niño imitase a aquel pariente en género de vida tan feliz, sirviendo a Dios en la soledad. Padres que tienen semejantes deseos sobre un hijo único, que aún no tenía un año de vida, debían ciertamente ser muy piadosos. Este deseo se renovaba frecuentemente en su ánimo. Cuando el niño hubo cumplido un año, murió uno de sus padres. El que sobrevivió contrajo nuevas nupcias y la conversación sobre el ermitaño y el deseo de que fuese también el niño un ermitaño se renovó con el tiempo en la nueva familia. El niño se entretenía y divertía a menudo con semejantes conversaciones. Murió el otro de sus progenitores, de modo que el niño quedó huérfano. La tradición del ermitaño había quedado arraigada en la familia, y el niño, ya de cuatro años, tenía vivos deseos de conocer al pariente ermitaño. Me dijo que ciertamente habría resultado algo bueno si hubiera seguido viviendo; quizás se habría hecho también él ermitaño. Me dijo, además, que había sido un buen niño y agraciado, aunque de ninguna manera tan

hermoso como lo era al presente. Sus nuevos padres, que veían en él al heredero de la casa, estarían contentos en librarse de su presencia, y conversaban de esto cuando hablaban del lejano ermitaño. El niño no había cumplido los cuatro años, cuando los parientes lo entregaron a ciertos hebreos extranjeros, que debían llevarlo a Egipto al lado del ermitaño. Procedieron así para librarse del niño, y hablaron del viaje a Egipto sólo para ocultar al niño la traición. Aunque el niño llegó a ser mártir por esta causa, con todo no dejó nunca de usar de amor y caridad hacia su familia y su ciudad natal. Me mostró una casa grande, aun no del todo terminada, de estilo moderno, en la cual había una fiesta, al parecer de bodas, donde a menudo se daban tales fiestas. Vi una cantidad de habitaciones iluminadas con lámparas y mucha gente bien vestida y adornada, festejando y bailando. "Esto hacen, me dijo el niño, sobre los huesos de un antepasado, que con su piedad ha establecido el primer fundamento del presente bienestar de la familia". Me condujo dentro de un sótano amurallado, donde en un doble féretro yacía, en perfecta posición, un esqueleto blanco, bien conservado. La caja interna era de plomo y la externa me pareció de madera oscura. El niño me dijo que el difunto había sido el fundador de la casa y pariente suyo; hombre muy piadoso, que había ganado grandes riquezas, conservándose siempre buen cristiano. Cuando fué destruída la iglesia donde estaba sepultado, sus hijos llevaron el cadáver al sótano, olvidándose completamente de él y de su cadáver. Penetré por todos los departamentos de la casa. Vi también en la ciudad muchos huesos de santos y de beatos reposando en subterráneos, bajo los fundamentos de las iglesias destruídas y de monasterios, sobre los cuales se habían edificado casas y palacios. El niño me dijo que la ciudad decaería mucho, porque estaba en la cumbre del orgullo. Hice un gran viaje por mar hacia una comarca arenosa y cálida. El niño me había dejado sola. Pasé luego a una ciudad desierta, donde las casas caían una sobre otra en ruínas, y allí encontré de nuevo al niño, y vi en una cueva, bajo una colina, el lugar de su martirio, y vi su martirio mismo. Parecía aquél un sitio destinado para el sacrificio de animales. De las paredes pendían ganchos de hierro, en los cuales los judíos sujetaron al niño en forma de un crucificado, haciendo destilar su sangre de cada uno de sus miembros. Sobre el suelo veíanse dispersos muchos huesos luminosos de niños anteriormente martirizados, allí sepultados, y estos huesos resplan-

decían como centellas. El martirio de este niño no fué nunca descubierto ni castigado por el brazo secular. Me pareció que allí no había ningún cristiano, fuera de algún ermitaño que del desierto venía a la ciudad.

Posteriormente estuve en el desierto y volví a ver a aquel niño junto a la tumba del ermitaño, su pariente, que fué enterrado donde había vivido. Había muerto antes que el niño fuese sacado de Francfurt. Sus huesos resplandecían. Había muchos otros sepulcros en aquel desierto. Sobre la blanca arena veíanse fragmentos de recipientes rotos; crecían muchas palmas. Allí el niño me dejó de nuevo, y fuí transportada por mar a otra comarca; era una colina, en la ciudad donde está el gran anfiteatro *(Roma)*. A un lado de la colina había casas y crecían algunas viñas. Debajo se extendía una gran caverna, sostenida por columnas; la entrada estaba cerrada, llena de escombros. Nadie sospechaba que allí hubiese una caverna. Cuando llegué, el niño se presentó de nuevo y se puso a mi lado. Allí encontré un gran tesoro de huesos sagrados; toda la caverna resplandecía. Había cuerpos enteros dentro de féretros puestos en las paredes y gran cantidad de huesos menudos encerrados en pequeños sarcófagos. Yo los vaciaba, y trabajé allí abriendo esos sarcófagos. Vi algunos cuerpos en los cuales los paños en los puntos en que tocaban a los cuerpos, quedaban aún intactos, mientras lo demás estaba consumido o putrefacto. Vi que algunos cuerpos disecados se habían vuelto de un color blanco agradable. Vi igualmente varios cuadros referentes a la vida de esos santos, la mayor parte de los cuales pertenecía a los primeros siglos de la Iglesia. Muchos fueron martirizados porque llevaban ofrendas a los sacerdotes cristianos. Los he visto ir con pequeños volátiles bajo el brazo, y me pareció que fueron denunciados por los paganos. Vi a muchísimos que por el voto de castidad se habían hecho como miembros de una orden religiosa, y he visto también a maridos y mujeres que, por amor de Dios, vivían en continencia. Penetré en todos estos sagrados lugares y entre estos huesos, hasta llegar a una caja grande cuadrangular, no profunda, y hecha de materia sutil. Me sentía atraída hacia aquella caja; me parecía que me pertenecía, puesto que allí estaban los santos de los cuales poseo reliquias. Quería llevármela conmigo; pero el niño me dijo que eso no convenía, y que debía dejarla. Las reliquias estaban allí bien dispuestas, colocadas sobre almohadillas. Como no la pude llevar, la cubrí con un paño azul. El niño me dijo que aque-

llos huesos fueron escondidos allí desde los tiempos primitivos de la Iglesia; que debían permanecer; pero que serían a su tiempo descubiertos y reconocidos.

26. Reliquias de la Iglesia de Münster.

Recibió Ana Catalina pequeños envoltorios que contenían reliquias enviadas en diversas ocasiones por el deán Overberg: estaban mezcladas; unas tenían nombres, otras no. Tuvo visiones generales acerca de estas reliquias, y luego particulares de algunos santos.

Cuando recibí las reliquias enviadas por el deán Overberg tuve la visión de la forma en que estas reliquias fueron llevadas de Roma a Münster por obra especialmente de los primeros obispos y de la grandísima reverencia con que eran colocadas en relicarios cerrados y distribuídos a varias iglesias. He visto damas piadosas reunidas para ordenarlas y envolverlas; al hacerlo tenían cuidado de mantenerse puras y santas. He visto algunos sacerdotes que con ellas distribuían luego esas reliquias. Eran sujetadas a los relicarios, adornadas con ribetes y flores y dispuestas en pirámide. Cuando fueron expuestas por primera vez a la pública veneración, se hizo una gran solemnidad y todo el país se consideró favorecido. Muchas reliquias fueron amuradas a los altares de la iglesia de Ueberwasser. Algunos piadosos canónigos de capítulo, cuando oían hablar de algún santo o beato, procuraban conseguirse alguna reliquia de ellos, que luego veneraban como un gran tesoro. Vi después que al ampliarse y restaurarse las iglesias y los altares, eran colocados unos sobre otros los huesos de santos de las épocas más diversas. Se hallaron muchos cuerpos sagrados de los cuales algunos miembros fueron extraídos y colocados con las otras reliquias. Así se encontró el cuerpo de una virgen, de la cual poseo un pequeño hueso. Las grandes bendiciones que de tales huesos surgían las he visto disminuir y concluir con el aumento del descuido en que las reliquias eran tenidas. He visto también que, no sin un designio de la Providencia, esas reliquias llegaron a manos del deán Overberg, quien sin conocerlas siquiera, les había asignado un decente lugar para guardarlas.

Otra vez que Ana Catalina tenía en sus manos la caja de reliquias, que llamaba su iglesia, vió a Santo Tomás Apóstol y un cuadro de sus viajes y de su misión en las Indias.

El apóstol anduvo de un rey a otro y obró muchos milagros. Hizo muchas profecías antes de su muerte. He visto que levantaba una piedra grande, muy lejos del mar, le grababa algunas señales, y decía: "Cuando el mar llegue hasta aquí, vendrá otro que propagará la doctrina de Cristo". Se refería a San Francisco Javier. He visto después al apóstol traspasado por las lanzas y sepultado; como asimismo cuando su cuerpo fué desenterrado y honrado. Creo que entre mis reliquias están también las de los santos Matías y Bársabas, puesto que me fué mostrado un cuadro breve de su elección al apostolado. Matías, aunque delgado y débil, fué preferido por Dios a Bársabas, que era joven y robusto, a causa de la mayor fuerza de su espíritu. He visto a este respecto muchas cosas. Vi también un cuadro referente a Simeón, pariente de Jesús, que después de Santiago fué obispo de Jerusalén, martirizado allí a la edad de cien años. De él debe haber alguna reliquia entre las mías.

Al día siguiente volvió a ver escenas de Santo Tomás apóstol, y dijo:

He visto un cuadro de sus viajes, como si estuviesen señalados en un mapa. Me fueron mostrados los huesos de Simeón y de Judas Tadeo. Vi toda la familia de Santa Ana. Joaquín había muerto antes del nacimiento de Jesús. En esta ocasión pensé en la profetisa Ana, y la vi, como también las habitaciones de todas las viudas y profetisas pertenecientes al templo de Jerusalén. Simón y Judas Tadeo eran hermanos. La primera hija de Santa Ana, es María, mujer de Alfeo. Esta María, en la época del nacimiento de María Santísima, tenía ya una hija grandecita, que fué luego María, la mujer de Cleofás, del cual tuvo cuatro hijos: Santiago el Menor, Simón, Judas Tadeo y José Barsabás. Tengo conmigo reliquias de estos tres últimos santos. Al tacto de los huesos de Judas Tadeo, como también al de sus hermanos, sentí que él era pariente de Jesús. Vi en otro cuadro cuando él llegaba junto a Abgar, rey de Edesa. Llevaba en la mano una carta que le había dado Tomás. Cuando estuvo dentro, vi la figura luminosa y la aparición del Salvador. El rey, enfermo, se inclinó delante de esa aparición y no vió al apóstol. Este le impuso las manos y en seguida sanó de su enfermedad. Luego el apóstol predicó en aquella ciudad y convirtió al pueblo entero. Vi cuadros relativos a varios santos. Vi el martirio de San Evodio, que sufrió en Sicilia con Hermógenes, su hermano y con una hermana. Vi también muchos cuadros relativos a una santa monjita vestida de

blanco, la cisterciense Catalina de Parcum. La vi mientras era aún hebrea, puesto que tal había nacido, leer todas las cosas relativas a Jesús en ciertas envolturas de papel, y sentirse conmovida. Vi que ciertos niños cristianos le contaron cosas de Jesús Niño y de María y del pesebre, y que, guiada por ellos, fué a ver secretamente un pesebre; luego, por ello, conoció mejor a Jesús. La he visto ser instruída secretamente, y, luego, a raíz de una aparición de María Santísima, decidida a refugiarse en un monasterio. Vi muchas cosas conmovedoras de ella y de su ardiente deseo de ser despreciada.

La reliquia de esta santa estaba cosida en paño rojo, y cuando se disponía la vidente a envolverla y a escribir el nombre, le fué dicho internamente que allí había también algunos hilos de paño que habían tocado el santo pesebre y algunos fragmentos del leño de la verdadera cuna del Señor; y un pequeño fragmento de papel en el cual había algo escrito. Le fué dicho que esas cosas eran las que dicha santa mayormente había venerado; que ella, cuando era aún niña, fué movida por la imagen del pesebre y había obtenido la gracia de llevar a menudo en sus brazos al Niño Jesús. Ana Catalina contó esto al Peregrino, el cual logró descubrir unos hilos con un trocito de leño y un escrito que decía: "De praesepio Christi". Cuando lo entregó de nuevo a la vidente, ésta dijo: "Esto viene de la cuna del Señor; esto ha sido venerado por la monjita". El Peregrino, conmovido, quiso besar la mano de Ana Catalina, y ella le dijo: "Besa la reliquia de Santa Clara; en ella no hay ya nada terreno. Esta (mi mano) está aún mezclada con la tierra". El Peregrino se sintió más conmovido, pues tenía precisamente escondida en el pecho una reliquia de Santa Clara, que pensaba mostrar a la vidente más tarde. Cuando Ana Catalina la tuvo, dijo, besándola: "He aquí que Clara está delante de mí". Más tarde añadió:

He visto un pequeño cuadro relativo a la Santa. En la proximidad de su convento ardía una guerra. Estaba muy enferma y con todo se hizo conducir a la puerta del monasterio y asimismo hizo llevar el Santísimo Sacramento. Este estaba encerrado en una píxide de plata revestida de oro; delante de ella se postró de rodillas e imploró al Señor y sintió una voz interna que la consolaba. Al punto vió que los enemigos se alejaban de la ciudad.

27. Reconoce reliquias de Afra, Marta y Magdalena.

Un día el Peregrino se aproximaba con una reliquia, cuando la vidente exclamó:

¡Afra! ¿Tenemos nosotros la reliquia de esta santa?... La veo aquí atada de manos y pies a un palo. Las llamas se avivan y se elevan en torno de ella, que vuelve la cabeza y mira a su alrededor.

Diciendo estas palabras, tomó la reliquia, y la besó, honrando a la santa con gran devoción.

En la hora del crepúsculo el Peregrino abrió un pequeño paquete, descubriendo un fragmento de hueso y un trozo de vestido con un escrito. Ana Catalina, que no podía por la oscuridad ver el objeto, exclamó al punto: "No pierda ese escrito. La indicación es verdadera; ese escrito resplandece". Cuando tuvo la reliquia, cayó en éxtasis y contó al Peregrino lo siguiente:

He viajado por muchos lugares, lejos de aquí, por Betania, Jerusalén y Francia. El hueso es de Marta. El vestido es de Magdalena y es de color azul, con flores amarillas y algo de verde. Es un resto de su vanidad. Llevaba todavía este vestido debajo de un manto de luto, en Betania, en el momento de la resurrección de Lázaro. Todos estos vestidos quedaron en casa de Lázaro cuando ella pasó a Francia. Ciertos piadosos amigos los tomaron y conservaron fragmentos para memoria. Algunos peregrinos, que habían ido a visitar su tumba en Francia, envolvieron la reliquia en estos paños, creyendo que tanto el hueso como los fragmentos de los vestidos fuesen de Magdalena; pero solamente el vestido es de ella; el hueso es de Marta.

Cuando el Peregrino pudo examinar mejor el escrito interno, encontró la leyenda: Santa María Magdalena. Reconoció también, entre las reliquias enviadas por el deán, un hueso del Papa Sixto octavo y un fragmento del tercer Pontífice, después de Pedro. Se alegró de haber retenido las cifras numéricas latinas; pero al día siguiente ella le dijo: "Cuando vi de nuevo el hueso de aquel santo Papa, me fué dicho: "No del tercer Papa, sino del décimotercero y su nombre quiere decir Salvador". El Peregrino comprobó que se trataba de San Sotero, que quiere decir en griego Salvador.

28. Reliquia de Santa Marcela.

El confesor le entregó un paquete con la inscripción de San Clemente. Ana Catalina recibió la reliquia y al día siguiente dijo que no era de San Clemente, sino de Santa Marcela viuda. Como no se convenciera el confesor, ella declaró:

He visto de nuevo la vida de Santa Marcela. La he visto como viuda, retirada en un vasto palacio construído en el estilo romano, semejante al de Santa Cecilia. Tenía anchos patios, con fuentes y saltos de agua. La vi con San Jerónimo, que desplegaban rollos y leían. La vi distribuyendo sus riquezas a los pobres y prisioneros; y de noche ir a las cárceles, cuyas puertas se abrían delante de ella. Habiendo tenido noticia del género de vida de San Antonio, se puso un velo y tomó un vestido monacal e indujo a hacer lo mismo a otras vírgenes. He visto que en Roma había entrado gente extranjera que saqueaba y robaba. Algunos de ellos se introdujeron en casa de Marcela y la extorsionaban amenazándola con armas para que les diese dinero. Ella había distribuído todo entre los pobres.

Esto es lo que recuerdo haber visto. Cuando la vi por primera vez, la santa me consoló y me animó respecto de mis visiones sobre las Sagradas Escrituras y me dijo algo para mi confesor, que he olvidado enteramente.

29. Escenas de la vida de San Marcelo Papa.

Reconoció una reliquia de San Marcelo Papa y narró lo siguiente:

He visto cuadros relativos a este santo. De noche, con muchos otros, iba en busca de cuerpos de santos mártires dispersos y les daba sepultura, escribiendo el nombre sobre su sepulcro. Lo he visto envuelto en su manto, errando de un lado a otro, llevando muchos huesos sagrados. Transportó también huesos a las catacumbas y colocó delante de ellos rótulos con nombres y escrituras y separó unos de otros. Entre estos escritos hay actas de los santos mártires. Creo que en un gran subterráneo, donde vi conservados tantos rótulos, se encuentra una buena parte de los que él había transportado. En esta ocasión he visto que nosotros poseemos la más preciosa parte de las reliquias y que entre ellas están muchos cuerpos que él reconoció, escribiendo sus nombres. La piadosa viuda Lucina le rogó que sepultase a dos infelices, muertos de hambre en la cárcel ha-

cía algún tiempo. Lo hicieron de noche, y transportaron el cadáver de un hombre y de una mujer en aquel lugar donde estaba sepultado San Lorenzo. Cuando iban a ponerlos, los huesos de San Lorenzo se apartaron, como si no quisieran tener en su vecindad esos cadáveres; por esto fueron sepultados en otro lugar. He visto a Marcelo conducido ante el Emperador. Como no quiso sacrificar a los ídolos lo azotaron hasta hacerle brotar sangre, y luego condenado a servir como esclavo en un gran establo. Este establo estaba en círculo alrededor de un patio, y había allí no sólo bestias de carga, sino también los encierros de fieras que se usaban contra los mártires. Él debía cuidar y alimentar a las bestias, que se mostraban muy mansas con él. Aquí él pudo ser útil a la iglesia secretamente, puesto que con la mediación y los donativos de Lucina a los guardianes, frecuentemente podía salir furtivamente de la cárcel para sepultar mártires y consolar a los fieles. Vi también que recibía el Sacramento de otros sacerdotes y que él mismo lo distribuía de noche a otros. Fué sacado del establo y llevado a la cárcel; pero después de haber curado a la mujer de un alto personaje, fué puesto en libertad. Luego vivió en casa de Lucina, que transformó secretamente en iglesia y continuó con sus obras de caridad. Fueron sorprendidos otra vez; el palacio fué usado como establo y él tuvo que guardar de nuevo animales. Mientras ejercitaba en secreto sus oficios en aquel establo, fué desgarrado del modo más inhumano, con golpes, en un ángulo del establo y abandonado su cadáver en aquel desolado sitio. Los cristianos sepultaron su sagrado cuerpo.

He visto luego cuadros relativos a Ambrosio, a Liborio y el gobierno de la iglesia bajo San Gregorio. En especial estos cuadros se referían a las relaciones de aquellos santos con las piadosas mujeres, y que a causa de este inocente y piadoso trato eran muy calumniados. Gregorio había fundado muchos monasterios para monjas, y en los días que estaban antes consagrados a las divinidades paganas y a las bacanales, inducía a centenares de aquellas mujeres a orar públicamente con hábitos de penitentes, para expiar así y compensar a la iglesia por los muchos pecados cometidos en otros tiempos en esos mismos días. He visto que obrando de este modo consiguió mucho bien; aquellas festividades del diablo y del pecado disminuyeron en su tiempo. Tuvo que sufrir mucho por causa de su celo. Luego vi un cuadro del diácono Ciríaco, que padeció innumerables sufrimientos. Una vez estuvo oculto por mucho tiempo en una

catacumba situada no lejos del lugar donde ahora se levanta la iglesia de San Pedro. Allí casi se moría de hambre. Fué martirizado. Recuerdo que San Ciríaco había sido consagrado por Marcelo y que él, con otros dos cristianos, Largo y Smaragdo, proteguía a los cristianos que debían trabajar en las excavaciones. El mismo fué condenado a estos trabajos forzados y allí libró del demonio a la hija de un cristiano.

30. Plácido y Donato.

He reconocido los huesos de Plácido y de Donato. He visto que Plácido era, en sus modales, semejante a San Francisco de Sales, gentil y amable. Fué muerto en Sicilia con sus hermanos. He visto muchas cosas relativas a su vida. Era el menor de dos hermanos y de una hermana y desde niño era tenido por santo. Lo he visto, aun pequeñito, en los brazos de su madre, tomando rótulos escritos y poner sus deditos en donde estaban los nombres de Jesús y de María, con señales de gran alegría. Lo vi generalmente amado; frecuentemente toda una familia se reunía alrededor del niño, que la madre tenía sobre las rodillas. Lo vi con su preceptor dentro de un jardín, donde jugaba dibujando cruces y entrelazándolas con flores y plantas. Le eran muy familiares los pajaritos. Después fué llevado a otro lugar para estudiar y luego al monasterio de San Benito, que aún tenía pocos discípulos. Lo he visto gentil y delicado; creció rápidamente, como suele acontecer con los niños de alto linaje. Vi luego un cuadro relativo a otro santo que fué educado muy humildemente en una choza y llegó a ser Papa. Vi un cuadro relativo a la vida de ambos. Hablé con Plácido y él me prometió que me ayudaría. Me dijo que yo debía invocarlo.

31. Reliquias y episodios de diversos santos.

Estando en conversación con el Peregrino, dijo un día la vidente: "Tenemos una reliquia de Santa Teresa y una de Santa Catalina de Siena. Helas aquí unidas a muchas otras". Repitió muchos nombres de santos cuyas reliquias tenía, siempre en el mismo orden.

Veo los nombres, en parte bajo los pies, y en parte al lado del cuerpo y veo los atributos de cada uno de ellos. Veo a Ediltrudes con la corona depuesta; veo a Teresa, Radegunda, Geno-

veva, Catalina, Foca, María de Cleofás. Esta es de mayor estatura que María Santísima y está vestida de igual manera; es hija de la hermana mayor de María. Veo también a Ambrosio, Urbano y Silvano.

El Peregrino le preguntó: "¿Dónde está Pelagia?" Contestó: Pelagia ya no está junto a mí; está allí" (señaló el pecho del Peregrino). En efecto, el Peregrino había retirado esa reliquia, poniéndola en un bolsillo de su saco, como reliquia ya reconocida que pensaba colocar en un relicario. El mismo Peregrino se disponía a sacar otra del bolsillo, cuando la vidente exclamó: "Veo a Enguelberto. ¿Tenemos quizás una reliquia de él?" El Peregrino mostró la reliquia y Ana Catalina contó lo siguiente:

He reconocido ese hueso como de Enguelberto de Colonia y esta noche he visto muchas cosas de su vida. Enguelberto era hombre principal, ocupado en graves negocios del imperio. Vivía con mucha severidad y justicia, pero no como otros santos, por razón de sus muchas ocupaciones exteriores. Tuvo gran devoción a María Santísima. He visto que él hizo trabajar en el *Duomo* y reunió muchas preciosas reliquias, que ahora ya no se conocen y las reunió en sarcófagos, que puso debajo de los altares. Esto no fué muy conveniente. Ví también su muerte. Había sido muy perseguido por un pariente, a quien debía haber castigado. Este lo sorprendió en un viaje y lo maltrató horriblemente. Conté sobre su cuerpo más de setenta heridas. Enguelberto se hizo santo por medio de una seria preparación para la muerte, puesto que poco antes había hecho contrita confesión de los pecados de toda su vida y llevó con indecible paciencia su lenta muerte mientras rogaba por sus asesinos. He visto que la Madre de Dios se le apareció durante su martirio, lo consoló y lo exhortó a sufrir y a morir con paciencia. A la ayuda de la Virgen se debe su santa muerte. He reconocido también la reliquia de San Cuniberto de Colonia. Lo he visto, siendo paje, junto al rey Dagoberto y durmiendo en la cámara del rey.

32. Una reliquia de San Lucas.

(2 de Abril de 1821)

Desde hace algún tiempo veo un hermoso fragmento blanco del cráneo de San Lucas, junto a mí. Lo veo muy distintamente y, sin embargo, no acabo de creerlo, ni aún viéndolo en visión, y ahora, por castigo, lo olvido estando despierta. La noche pasada ví la historia que se refiere a esta reliquia. San Gregorio

Magno llevó consigo desde Constantinopla a Roma la calavera de San Lucas y un brazo de San Andrés, y obtuvo de ello tan feliz resultado que por medio de estas reliquias hizo mucho bien a los pobres. Fueron colocados en su monasterio de San Andrés. Algún fragmento de la calavera y del brazo llegaron hasta Colonia. He visto la gran alegría del obispo de aquella ciudad cuando le llegó tal reliquia. Después, aquellos sagrados fragmentos pasaron a Maguncia; luego a Paderborn, y finalmente a Münster. Ahora ambos se encuentran aquí, en mi relicario. La reliquia de San Andrés está encerrada en una cápsula. El hueso de San Lucas debe encontrarse en un ángulo, envuelto en un pañito; ahora no recuerdo el lugar preciso.

Rogada por el Peregrino para que buscase la reliquia, la vidente reconoció un fragmento del cráneo del santo y contó lo siguiente:

He visto que cuando estos cuerpos se encontraron en una iglesia destruída de Constantinopla, fueron puestos a prueba sobre personas enfermas. El agua en que fueron lavadas estas reliquias, la bebió un leproso, y sanó. He visto muchas cosas de San Gregorio: que hacía mucho caso de las santas reliquias, y he visto que curó milagrosamente a muchos enfermos por medio de ellas. Curó a una mujer demente; luego a una niña poseída del demonio. Para curarlas, les impuso sobre la cabeza las santas reliquias. He visto cómo llegaron fragmentos de estas reliquias a Colonia, bajo un santo obispo; luego a Tréveris, a Maguncia, a Paderborn y a Münster; creo que llegaron hasta aquí bajo un obispo que pertenecía a la noble familia de los Fürstenberg.

33. Supuestos cabellos de María.

Ana Catalina había recibido cierta cantidad de cabellos conservados como reliquias en el monasterio de Notteln; se decía que eran cabellos de la Virgen, traídos por San Ludgario. Cuando los tomó en sus manos, tuvo la siguiente visión:

A la derecha, al pie de mi lecho, se me presentó una virgencita de extraordinaria belleza. Llevaba una vestidura blanca y luminosa, con un velo amarillo, que descendía hasta los ojos, y a través de él he visto los cabellos, de un color rubio muy delicado. Todo el espacio de ella era luminoso, de una luz muy diversa a la del día: parecían más bien rayos de sol. Su aspecto, su gracia y su amabilidad me recordaban a la Madre de Dios. Mientras pensaba en esto, oí unas palabras semejantes a éstas:

"¡Ah! Estoy muy lejos de ser María... Soy, empero, de su estirpe, y he vivido treinta o cuarenta años después de su época. Nací en las cercanías del lugar donde ella nació; pero no la he conocido, y no estuve en los lugares consagrados por su presencia y sus dolores, para no dar a conocer que era cristiana, por ser tiempos de grandes persecuciones. Entre los míos se conservaba la memoria del Señor y de su Santísima Madre con tal ardor y vivacidad que yo me esforzaba de todos modos en imitar sus virtudes: seguía en mi alma las huellas del Señor y en el lugar donde vivía meditaba, como lo hacían los cristianos, recorriendo las estaciones del *Via crucis.* Obtuve la gracia de probar los íntimos y secretos dolores de María, y esto constituyó mi martirio. Un sucesor de los apóstoles, un sacerdote, era mi amigo y guía." La aparición pronunció el nombre, que ahora no recuerdo. No era nombre de apóstol ni otro que figure en las letanías de los santos: era un nombre antiguo y extranjero, aunque me parece haberlo oído otras veces. "Por este sacerdote se llegó a saber de mí; de otro modo hubiera sido del todo desconocida. El mandó parte de mis cabellos a Roma. Un obispo de tu país obtuvo algunos y los trajo con otros muchos. Todo esto quedó enteramente olvidado. Fueron llevadas también a Roma muchas reliquias y restos de mi época, aunque no pertenecen a mártires."

Esto es lo que supe de la aparición. El modo en que se reciben estas noticias, es inefable. Cuanto se le dice a uno es extremadamente breve: de una sola palabra entiendo más cosas que de treinta otras de explicaciones. Se descubre la idea y el concepto de aquél que habla y no se ve todo esto con los ojos, aunque todo aparece claro y distinto, más que con impresiones naturales de los sentidos. Tales comunicaciones se reciben con gozo exquisito, como una brisa suave, en día de calor intenso.

34. Cosas bendecidas y consagradas.

No veo nunca resplandecer una imagen milagrosa. Veo, en cambio, delante de ella un sol de luz, del cual recibe la imagen los rayos de luz que caen sobre los que rezan delante de ella. No he visto nunca el Crucifijo de Koesfeld resplandecer; pero veo resplandecer la verdadera reliquia de la Cruz cuando estaba escondida en la parte superior de la cruz de Koesfeld. He visto descender rayos de luz sobre los que rezaban hincados delante de ella. Creo que toda imagen, representación de Dios o instru-

mento de Dios, puede llegar a ser milagrosa, con pleno triunfo de la fe sobre la debilidad humana, en fuerza de la plegaria común, llena de confianza, de los que rezan.

Cierta vez el Peregrino puso ante sus ojos un AGNUS DEI. *Ella lo tomó en sus manos y dijo:*

Va bien. Esto es bendito; esto es bueno; estuvo en contacto con la fuerza; en estas reliquias encuentro que hay fuerza.

Con motivo de una cruz bendita, dijo:

La bendición resplandece como una estrella. Tenedla en mucho honor. Pero los dedos consagrados del sacerdote *(añadió volviéndose al confesor)*, son mucho mejores. En esta cruz la bendición puede llegar a faltar; pero la consagración de los dedos es indeleble y eterna. Ni la muerte ni el infierno mismo pueden hacerla desaparecer. Aparecerá distinta y visible también en el cielo. Esta consagración proviene del mismo Jesús, que nos ha salvado.

A alguien que le trajo una pequeña imagen de la Virgen, le dijo:

Está bendecida. Conservadla bien, y no la dejéis entre cosas no santas. Aquel que honra y venera a la Madre de Dios será protegido por Ella delante de su Hijo Divino. Ayuda mucho el estrechar cosas benditas contra el corazón, durante el asalto de las tentaciones. Conservadla bien.

Le llevaron una pequeña imagen y dijo, poniéndosela sobre el pecho:

¡Oh, la poderosa Señora! Esta pequeña imagen estuvo en contacto con una imagen milagrosa.

35. Una moneda de San Benito y otras reliquias.

El Peregrino le presentó un vaso de cristal, donde había una moneda cosida a un pañito de felpa. Ella dijo:

También el pañito está bendecido. Esta es una moneda consagrada a San Benito. Es una consagración que San Benito dejó a su orden religiosa y está relacionada con el milagro que sucedió cuando aquellos monjes le dieron veneno, y él hizo la señal de la cruz y se quebró el vaso, cayendo en tierra los fragmentos. Esta bendición preserva de la peste, del veneno, de los engaños y de asaltos del demonio. El paño colorado al cual se halla cosida la moneda, estuvo sobre la tumba de San Wilibaldo y de Santa Valburga. Proviene de aquel lugar donde destila un acei-

te milagroso el sepulcro de Santa Valburga. He visto a los eclesiásticos que fueron descalzos para tocarlo en aquella tumba, y lo cortaron así para ponerlo debajo de esta moneda, que fué bendecida en aquel monasterio.

El Peregrino puso en sus manos una imagen de Santa Rita de Cascia, que había sido tocada con una gota de la sangre de los estigmas de la santa. Ana Catalina dijo:

Veo una santa monjita, que parece sin huesos ni carne. No la puedo tocar.

En otra ocasión puso en sus manos un libro abierto, una de cuyas páginas había sido bañada con la sangre de sus propios estigmas. Sonriendo, dijo:

¿Qué es esta florecilla tan graciosa, estriada de rojo y de blanco, que sale del libro y viene al medio de mis manos?...

Otro día que el Peregrino le presentó la misma página, preguntándole si había tocado algo sagrado, contestó:

Sí; tocó las llagas de Jesucristo.

Una dama de París le había enviado una imagen que había estado en contacto con los huesos de San Bobadilla. Ella se la puso sobre la frente. El santo se le apareció y le prestó ayuda en sus dolores. Ella vió todo su martirio.

El Peregrino le dió un anillo roto que había estado en contacto con la tumba de San Nicolás de Fue. Ana Catalina dijo al punto:

He visto que el hermano Nicolás se separó de su familia y cómo, porque estaba casado, no ponía allí sino sólo lo corporal, lo espiritual se reforzaba y se volvía más potente. He visto la rotura de la unión carnal, de un modo particular, como la rotura de un anillo, y tuve en esta ocasión una enseñanza sobre el matrimonio carnal y el espiritual. El anillo bendecido en la tumba de San Nicolás fué el motivo para que yo tuviese esta visión. El anillo había sido bendecido en honor del hermano Nicolás.

CAPÍTULO II

RELIQUIAS DE JESUCRISTO Y DE SU MADRE SANTISIMA

1. Reliquias de la Sangre de Cristo y cabellos de la Virgen Santísima

El Peregrino había recibido, en Junio de 1822, un estuche con la inscripción: DE CRUORE JESU CHRISTI. *El relicario provenía de un convento suprimido de Carmelitas de Colonia. Sin decir nada a Ana Catalina lo escondió en el armario situado a su cabecera. Al día siguiente dijo:*

He pasado esta noche muy inquieta, y en estado muy extraordinario. Era llevada hacia esta dirección *(indicó el lugar donde estaba el estuche)* por un impulso dulce, pero fuerte, como de un hambre insaciable; era un apetito, un deseo que no podía aquietarse. Me parecía que debía volar hacia un lado y de allí hacia otro. Me sentía muy conmovida, y vi muchos cuadros contemporáneos y sucesivos. Yendo en esa dirección, vi la escena completa de Jesús en el jardín de los Olivos. Hincado sobre una piedra, sudó sangre en la caverna. Vi a los discípulos, durmiendo, y vi un cuadro entero de la agonía de Jesús, y cuánto lo angustiaron los pecados de los hombres. Vi esa piedra salpicada con la sangre que salía del cuerpo de Jesucristo. Las gotas estaban cubiertas de arena, o de tierra, y estaban como ocultas allí; pero me parecía que esa arena o tierra venía hacia mi y se retiraba de las gotas para que yo las pudiese ver. Me pareció que esto acontecía mucho tiempo después de la época real.

He visto también un cuadro de la Virgen Santísima, que en el mismo momento estaba en un patio de la casa de María de Marcos, de rodillas sobre una piedra: la forma de sus rodillas se imprimieron sobre aquella piedra. Probaba también ella la angustia del Señor y se sentía en un estado de desfallecimiento, y recibía ayuda. Vi luego un cuadro relativo a los cabellos de María: éstos habían estado divididos en tres partes. Los apóstoles, después de su muerte, cortaron y se repartieron sus cabellos.

El Peregrino le mostró el estuche que estaba en el armario, y Ana Catalina, después de mirarlo con devota atención, dijo:

Hay aquí también cabellos de María. Los veo de nuevo. Hay aquí, efectivamente, sangre de Cristo. Hay aquí tres finísimos glóbulos. Esta reliquia obra en mí de modo muy diverso de todas las demás reliquias. Me atrae tan maravillosamente; me deja en el corazón un ansia dulce y tranquila. Las otras reliquias resplandecen, en comparación con ésta, como un fuego, y ésta como un sol de mediodía. Ésta es sangre de Cristo. He visto una vez la que destilaba de una hostia consagrada. Ciertamente, quedó sangre de Cristo en la tierra, no ya como sangre substancial, sino así como un color de ella; no puedo expresarlo mejor. He visto a los ángeles recoger solamente aquélla que caía sobre la tierra en el *Vía Crucis* y durante su pasión.

2. Visiones sobre estas santas reliquias. La princesa de Creta.

He visto una santa princesa, en hábito de peregrina, llegar con gran séquito a Jerusalén. Provenía de la isla de Creta y no estaba aún bautizada, pero lo deseaba ardientemente. La he visto en Roma cuando era pagana. Parecía que por entonces había una tregua en las persecuciones, porque el Papa habitaba en un edificio en ruinas; allí ella fué instruída y los cristianos se reunían calladamente. En la Tierra Santa las cosas estaban tranquilas, pero un viaje a Jerusalén iba acompañado de muchos peligros. La ciudad de Jerusalén estaba muy cambiada: algunas alturas habían sido allanadas y algunos valles hondos cubiertos con escombros y rellenados dentro de la ciudad. Por eso ciertos caminos pasaban ahora por encima de santos lugares. Creo que también los judíos habían sido obligados a refugiarse y a encerrarse en una parte determinada de la ciudad. Existían ruinas del antiguo templo. El lugar del santo sepulcro permanecía fijo e inmutable junto al monte Calvario, fuera de la ciudad, pero no se podía llegar hasta allá porque estaba cubierto de escombros y de tierra y amurallado en torno. Allí cerca se detenían y vivían en cuevas o bóvedas ruinosas muchos santos varones, que veneraban esos lugares y parecían ser de aquellos que habían sido establecidos por los primeros obispos desde los tiempos de los Apóstoles. Ellos no podían llegar corporalmente hasta el santo Sepulcro, pero a menudo en visiones llegaban a sus cercanías. Parece que poca atención despertaban por entonces los cristianos: podían, sin ser molestados, pero con

ciertas precauciones, visitar los santos lugares, hacer excavaciones y sacar reliquias y cosas sagradas. En aquel tiempo fueron buscados y encontrados varios cuerpos de santos mártires de la primera época, y celosamente guardadas sus reliquias.

Aquella princesa que había peregrinado hasta allí, orando sobre el Monte de los Olivos, vió en visión la Sangre preciosa, y lo indicó a un sacerdote de los que guardaban el santo Sepulcro. Este, con cinco otros, fué al lugar señalado y excavó la tierra. Encontró una piedra colorada sobre la cual Jesucristo había sudado sangre; estaba cubierta de muchas gotas de sangre. Como no podían separar la piedra del escollo de donde formaba parte, separaron de un lado un pedazo del tamaño de cinco palmos. De esta piedra recibió una parte la princesa peregrina. Obtuvo también otras sagradas reliquias y fragmentos de los vestidos de San Lorenzo, y del viejo Simeón, cuya tumba yacía destruída no muy lejos del mismo templo. Recuerdo que el nombre de esa princesa es santo, pero no conocido entre nosotros. El fragmento de piedra era triangular y lleno de venas de diversos colores. Primero fué colocado dentro de un altar; más tarde en el pedestal de un Ostensorio.

El padre de aquella joven princesa procedía de los reyes de Creta *(entonces en poder de los Romanos)*. Este príncipe poseía aún muchos bienes y habitaba en un castillo junto a una ciudad situada en el lado occidental de la isla, llamada Cydon o Canea. Allí he visto crecer muchos frutos amarillos, largos y obtusos en la parte superior *(frutos del árbol Malun Cydonium)*.

Entre la ciudad y el castillo se levantaba un gran arco, a través del cual se veía la ciudad, a la cual se llegaba por una carretera real. El padre tenía otros cinco hijos; la madre había muerto cuando la niña era aún pequeña. El había estado ya en la Tierra Santa y en Jerusalén. Uno de sus antepasados había conocido a aquel Léntulo que tenía tanto afecto por Jesús y tanta amistad con Pedro; por medio de él había llegado a conocer las verdades del Cristianismo. Por esto supe que el padre de la joven no era enemigo del Cristianismo. Mientras él estaba en Roma con el joven que debía ser su yerno, hablaron del Cristianismo y el joven dijo que deseaba ardientemente ser cristiano. Creo que en esta ocasión se trató del futuro matrimonio o que al menos trabaron mutua amistad.

El padre de la joven y el esposo se hicieron instruir mejor en la fe por un sacerdote. El joven esposo, que tenía el grado de conde, era de origen romano, aunque nacido en las Galias.

El rey se alejaba cada vez más del culto de los dioses y del modo de vivir de los paganos; y la hija y los hijos frecuentemente oían ponderar al Cristianismo. El rey tenía derechos sobre el Laberinto de Creta; pero había renunciado a ellos precisamente por su diverso modo de pensar, cediendo esos derechos a su cuñado. El Laberinto de Creta y el templo no tenían entonces tanto horror como en épocas anteriores, en las cuales muy a menudo traían criaturas humanas para ser despedazadas por las bestias feroces; con todo se celebraban cultos a los ídolos, y muchos lo visitaban por razón de sus rarezas maravillosas. Adentro se cometían actos vergonzosos y abominables. De lejos parecía aquello un monte cubierto de verdor. Cuando la joven estuvo en Roma para hacerse instruir en la fe cristiana, tendría diecisiete años. Cuando al año siguiente peregrinó con otros de la misma idea a Jerusalén, me parece que su padre había muerto y que ella era libre y dueña de sí misma. Llevó la preciosa Sangre sobre su persona, dentro de un cinturón ricamente bordado, en el cual se veían muchas pequeñas aberturas. Los peregrinos solían llevar semejantes cinturones colgados en bandolera. Cuando regresó a Creta no pasó mucho que el prometido vino a buscarla en una nave equipada. Se entretuvo algún tiempo en Creta, y luego se la llevó a Roma, donde estuvieron mucho tiempo. Allí se hizo bautizar secretamente.

En esta época la cátedra de Pedro quedó por algún tiempo vacante: había discordia y confusión y tenían lugar muchos secretos asesinatos de cristianos. Desde Roma se dirigieron en una nave, con la escolta de muchos soldados, a las Galias. A contar desde la época de su matrimonio, pasaron cerca de la mitad de un año entre Creta y Roma. La Sangre preciosísima era llevada por el conde durante su viaje en un cinturón en torno de su cuerpo. La esposa se lo había dado como garantía de su fidelidad. Su lugar de parada estaba en el Ródano, no lejos de Avignón y de Nimes, pues había apenas siete horas de viaje; el castillo estaba situado en una isla. Tarcaso y el retiro solitario de Magdalena no estaban muy distantes de allí. En Nimes había ya entonces algunos preceptores cristianos, los cuales vivían secretamente en comunidad. El claustro de Santa Marta estaba situado en una montaña entre el río Ródano y un lago. El castillo del conde se levantaba sobre una isla y no lejos de allí se veía una pequeña villa. Esta villa de San Gabriel debe su origen a un milagro. Un hombre fué salvado de una tem-

pestad que lo había sorprendido en el lago. Allí el conde era visitado con frecuencia por un ermitaño, que era un santo sacerdote.

3. La preciosísima Sangre.

La Sangre preciosísima de que he hablado fué conservada al principio bajo una arcada subterránea. Era un espacio oscuro al cual se llegaba sólo pasando bajo muchos otros arcos y bóvedas; bajo una de estas bóvedas veía yo plantas y arbustos y provisiones; en el invierno llevaban allí árboles floridos. La Sangre preciosa se conservaba en una especie de cáliz y posaba sobre el altar delante del cual ardía una lámpara, en una especie de tabernáculo fabricado en ángulos, con una abertura. A aquellos esposos los he visto adentro, a menudo entregados a la oración. Más tarde he visto que hacían vida eremítica, separado uno de otro a cierta distancia del castillo y que se reunían solamente para hacer sus devociones delante de la Sangre preciosísima. Entendí que oyeron una voz que les mandaba edificar una capilla. En efecto, fabricaron una precisamente en el lugar donde antes había sido el comedor. He visto así que la devoción a la Sangre preciosísima crecía más y más, aunque siempre secretamente. Más tarde fué trasmitida en herencia la Sangre del Señor, con documentos duplicados, pero con reserva y mucha cautela.

He visto algo de San Trófimo de Arlés, por aquel tiempo; recuerdo sólo algunos nombres. Ya mucho antes que el conde se uniese en matrimonio, había cristianos llegados de Palestina, y el conde los había tratado siempre bien y protegido. Había en estos lugares comunidades cristianas, aunque se mantenían ocultas. El padre de la joven había guardado secreto su modo de pensar a sus hijos mayores, que no pensaban como él; en cambio los hermanos menores tenían la fe de su hermana y creo que entre ellos hubo mártires.

El 11 de Julio volvió a decir Ana Catalina:

Pensaba en la Sangre del Señor y dirigí una mirada hacia el altar existente en el castillo de la condesa. He visto a esta persona cuando era niña en la casa de su padre, en la isla de Creta, y luego durante su demora con el conde en la ciudad de Roma. Allí mismo he visto a San Moisés, niño, cuando llevaba toda clase de consuelos, alimentos y ayuda a los enfermos y prisioneros cristianos. He visto al conde y a la condesa en Roma, en lugares subterráneos con otros cristianos y con los

sacerdotes, leyendo en los manuscritos a la luz de lámparas; parecía que eran instruídos secretamente en la fe. En aquel tiempo fueron bautizadas muchas personas distinguidas. No había entonces una persecución pública; pero el que era sorprendido como cristiano, estaba perdido.

De tiempo atrás habían venido de Palestina ciertos cristianos que se establecieron cerca del conde, quien mantenía relación con ellos. Al principio no tenían la Misa y practicaban en común la oración y la lectura de los Libros sagrados. Más tarde venía cada seis meses un ermitaño; luego un sacerdote de Nimes, que celebraban la Misa. Esto sucedía en aquel tiempo en que podían llevar y conservar consigo la santa Eucaristía. Cuando el conde y la condesa se separaron, para vivir como ermitaños, tenían ya hijos adultos: dos hijos y una hija. Sus ermitas estaban a distancia de media hora de camino una de otra y del castillo, siempre dentro de los términos de sus posesiones. Para llegar tenían que pasar sobre un puente tendido sobre un río. Tenían una especie de edificios pequeños construídos con bóvedas. En torno había muchos cristianos que vivían en la misma forma. Se prestaban ayuda unos a otros, y por fin se levantó allí un convento. No murieron allí ni fueron martirizados, porque al levantarse una persecución se refugiaron en otro lugar.

El 15 de Julio indicó una reliquia perteneciente al Papa Anacleto. Dijo que era el quinto Papa, sucesor de Clemente y mártir. Al mismo tiempo se refirió nuevamente a la preciosa Sangre dando las siguientes noticias:

El sacerdote que extrajo de la piedra la preciosísima Sangre fué el santo Obispo Narciso. Era de la estirpe de los Reyes Magos, con los cuales sus antepasados habían venido a la Palestina. Apareció una gran luz cuando, por la noche, excavó en el Huerto de los Olivos. Estaba presente aquella virgen princesa de la cual he hablado antes. Narciso estaba vestido al modo de los Apóstoles. Jerusalén era entonces apenas reconocible; a raíz de las destrucciones, los valles estaban llenos de escombros y algunas alturas destruídas. Los cristianos tenían todavía una iglesia cerca de la piscina de Betesda, entre Sión y el templo, donde hubo ya una iglesia en tiempo de los Apóstoles. Ya no existía más. Habitaban en cabañas y aunque los lugares estaban fuera de la ciudad, pagaban un tributo para poder entrar en la iglesia. En las puertas ví a un hombre y a una mujer a quienes debían pagar el tributo. Pagaban cinco pequeñas monedas y esto valía por cierto tiempo. El estanque de Betesda, con sus pórticos de

columnas, ya no existía; todo estaba lleno de escombros. Había una fuente cubierta con un edificio, cuyas aguas consideradas sagradas las usaban para sanar las enfermedades y la veneraban como nosotros el agua bendita.

El nombre de aquel conde era como el del amigo de San Agustín: Pontiziano; la condesa se llamaba Tazia o Dacia; no lo puedo expresar mejor. La fiesta de esta santa se celebra a fines de mayo o a principio de junio.

4. Noticias sobre el Cardenal Giménez.

La tarde del 18 de Julio Ana Catalina dijo de improviso:

Estuvo conmigo un cardenal, que fué confesor de la reina Isabel. Fué un gran director de espíritu y me dijo que yo debía acusarme del bien descuidado y no cumplido y que debía expiar mucho por los pecados de otras personas. Me indicó y mostró a santa Dátula, que tuvo la reliquia de la preciosa Sangre. Ella conoció el inmenso valor de su reliquia, y abandonando todos sus bienes vivió con su marido en la soledad para llorar sus pecados. El cardenal que se me apareció se llama Giménez. No había oído yo antes tal nombre; no fué declarado santo.

5. La isla de Creta. Santa Dátula y Pontiziano.

Viendo un día muchas cosas referentes a Santa Marta, indicó el lugar donde habitaban Santa Dátula y Pontiziano:

La isla con el castillo estaban en la orilla, en el punto donde desemboca un brazo oriental del Ródano. Se empleaba cerca de media hora para recorrer esa isla. Pontiziano tenía bajo su mando algunos soldados y su castillo parecía una fortaleza circundada por muros. A la distancia de siete horas de camino, remontando el curso del Ródano, se encuentra la ciudad de Arlés, y cerca de ocho horas de camino más lejos, el convento de Santa Marta, sobre una altura llena de escollos.

El día 24 de julio narró, con extraordinaria animación e infantil entusiasmo:

Creta es una isla larga, estrecha y muy adentellada; en el centro corre una hilera de montañas que la divide en dos partes. El castillo del padre de Santa Dátula era un edificio maravillosamente bello y estaba excavado en parte entre los escollos

marmóreos en forma de terrazas sobrepuestas. Sobre esas terrazas había pórticos de columnas y los patios estaban circundados también por pórticos, sobre los cuales había jardines. El padre de la joven había edificado las terrazas y pensiles como defensas delante de su castillo, y cuando fué iniciado en el cristianismo, le sirvió esto para separarse de los vecinos, de la cercanía del Laberinto y del abominable templo de los ídolos. Era un hombre muy dado a las bellas artes. Lo he visto siempre entre hábiles artistas y arquitectos, reunidos en torno suyo. Tenía la cabeza algo calva y metida a las espaldas; por lo demás, estaba bien formado, y era muy solícito y benévolo. Poseía vastas tierras en la isla y tenía alguna autoridad. El muro exterior del castillo estaba hecho en forma de gradas. Las terrazas se veían floridas y cuidadas, y servían de ingreso a las estancias interiores.

Hoy es el aniversario del día en que Pontiziano venía a sacar a Dátula del palacio de su hermano, para llevarla como esposa, ya que el padre de la joven no vivía. Durante la noche he visto la maravillosa fiesta que se hizo. Aún conservo en mi fantasía los semblantes de las personas, siervas y criadas que he visto. En el palacio habitaban dos hermanos de Dátula; ambos tenían muchos hijos, jóvenes y niñas, y había allí mucha servidumbre. Cada niño tenía un ayo y cierta cantidad de hombres y mujeres para su servicio. Estaban también todos los parientes con su servidumbre.

El camino que conducía al castillo tenía en un trecho de media hora arcos de triunfo y asientos dispuestos a ambos lados; los arcos estaban adornados de flores, de estatuas, de ricos tapices. Una multitud de niños tocaba y cantaba extendiéndose hasta la puerta del castillo, delante del cual se había levantado una tribuna para sentarse la esposa. Pontiziano había llegado días antes a un puerto vecino en una embarcación llena de soldados, de siervos y de sirvientas, y de regalos y donativos; y se había retirado a otro castillo próximo para poner en orden la procesión. Junto a la esposa, el espectáculo más conmovedor era la alegría de todos los familiares y de los esclavos y sirvientes. Todos eran tratados con mucha familiaridad, con mucha caridad y amor, y recibían muchos regalos, y se mostraban muy contentos y gozosos. Estaban todos junto al camino que llevaba al castillo; primero los más humildes, luego los más encumbrados, y finalmente, sobre sillas, los niños de las familias con su séquito. Pontiziano avanzó con grande pompa procesional-

mente. Precedían los siervos con divisas y adornos de su rango y luego los soldados que lo circundaban; conducían jumentos y pequeños caballos, muy rápidos, que llevaban cestos llenos de vestidos y adornos, mientras otros conducían vasos llenos de toda clase de confituras. Pontiziano estaba sentado sobre un coche ancho y espacioso, de maravillosa belleza, que parecía más bien un trono. Delante resplandecían las hachas encendidas, sobre bases que parecían de cristal, y sobre el pabellón del mismo coche había semejantes luminarias. Todo estaba adornado con hermosos tapetes, con oro y plata. El hermoso coche era tirado por un elefante enjaezado. En el séquito había una gran cantidad de damas y doncellas.

Todo se conducía ordenadamente, con alegría, en aquel hermoso país. Los caminos estaban llenos de flores, de hermosas frutas y de gente que reflejaba júbilo en los rostros. En todas partes había alegría y se oían exclamaciones gozosas, sin tumulto ni desenfreno. Cuando el cortejo del esposo llegó a donde estaban los primeros siervos, colocados en el camino principal, los que precedían a Pontiziano comenzaron a distribuir vestidos, adornos y tortas y confituras. Algunas tortas estaban adornadas de flores, de ramas y de plantas. De este modo marchaba el cortejo mientras se hacían las distribuciones en medio del júbilo general. Cuando el esposo llegó adonde estaban los niños de familias, éstos extendieron en el camino alfombras y géneros de seda, adornados de franjas, y el esposo fué saludado con cantos y con música por el coro infantil. El esposo descendió de su carroza, distribuyó regalos a los cantores, y el cortejo continuó hasta llegar cerca de los hermanos y familiares de la esposa. Finalmente, pasando sobre un ancho y adornado arco de triunfo, llegaron a un puente, donde se detuvieron. Entre los esbeltos edificios se vió aparecer, en medio de jardines, un teatro construído en forma de nicho amplio con muchas gradas y terrazas, adornado de flores, de imágenes y de estatuas. Las gradas estaban cubiertas de magníficos tapetes y las paredes perpendiculares de las terrazas, de tapetes y de bellísimas imágenes. Parecían transparentes y traslúcidos, y recuerdo haber visto representada allí una escena entera de caza con fieras, cuyos ojos centelleaban como si fuesen de fuego. La escena del cortejo se desarrollaba en pleno día; pero aquel teatro estaba colocado en una cavidad profunda, y por esto cuanto lo circundaba estaba iluminado con luces artificiales. Había también hachas encendidas, semejantes a las que estaban en la carroza del esposo.

En torno de aquel edificio se veía un semicírculo de edificios pequeños, de los cuales salió, a la llegada del esposo, un canto melodioso, acompañado de armoniosas flautas. Todo aquello era maravillosamente bello.

Lo más atrayente de todo aquel cuadro era la esposa Dátula, que estaba sentada en un elevado trono. Ocupaban las gradas, en dos filas, los familiares, las amigas y las doncellas. Estaban todas vestidas de blanco; sus cabellos trenzados con arte, llenos de adornos y joyas; llevaban velos muy largos. Dátula tenía un vestido blanco y reluciente, que parecía seda, con largos pliegues; sus cabellos trenzados con piedras preciosas. No puedo decir cuanto me alegraba y conmovía ver debajo de sus vestidos resplandecer, sobre el corazón, la cintura bordada que contenía la reliquia de la Sangre preciosa de Jesucristo. Este esplendor vencía en brillo a toda la magnificencia que veía en torno de la fiesta. He visto también que el corazón de Dátula estaba sumergido en dulces pensamientos ante la presencia de aquella santa reliquia. Ella parecía un ostensorio viviente.

Cuando el esposo compareció en presencia de Dátula, las siervas y criados de ella, circundándolo en semicírculo, le presentaron, sobre un gran almohadón de seda, los ricos presentes y dones nupciales. Eran preciosos vestidos, perlas y adornos muy ricos. Todos estos dones estaban cubiertos con un magnífico velo y adornados de arabescos y franjas. Fueron retirados luego de allí por las sirvientas. Entonces Dátula descendió con su séquito del trono, se cubrió con el velo e hincó las rodillas humildemente delante de Pontiziano, quien, levantándola, le quitó el velo, y guiándola de la mano la llevó por aquella parte del cortejo que estaba a la derecha; luego, volviendo atrás, la llevó hacia la izquierda. La presentó de este modo a la gente de su corte, como futura señora y soberana de la casa. Era realmente conmovedor ver como llevaba la reliquia de la preciosa Sangre en medio de los paganos. Creo que el esposo se daba cuenta, porque lo veía yo muy conmovido y lleno de admiración. Después de todo esto, los esposos se retiraron con el séquito al castillo.

No es para decir cuanto orden y armonía reinaba en esa multitud, y cómo aquella alegre gente se dividía y distribuía dentro de las cámaras, en los patios, en la terraza, en los bosquecillos entre las tiendas, y cómo tomaban su alimento, se divertían y cantaban alborozados. No he visto danza alguna. Luego

ví un gran banquete en una vasta sala redonda. La esposa estaba sentada al lado de Pontiziano. La mesa era más alta de lo acostumbrado entre los judíos; los hombres aparecían echados sobre lechos. Las señoras estaban sentadas con las piernas cruzadas. Sobre aquella mesa presentaron cosas admirables. Se veían grandes animales y figuras que traían las viandas sobre sus espaldas, o a los costados o en cestos, sostenidos entre las fauces. Era el conjunto muy vistoso y los huéspedes bromeaban al aparecer las figuras de animales. Los vasos que contenían las bebidas relucían y transparentaban como si fuesen de madreperlas. Durante toda la noche he contemplado este espectáculo. No he visto la ceremonia nupcial, pero sí la partida de Dátula y de Pontiziano. Muchos bagajes fueron enviados con anticipación al barco; y entre lágrimas y augurios de felicidad se encaminó el cortejo hacia el puerto. En esta procesión he visto a Dátula y a Pontiziano sentados sobre una carroza con otros personajes. El coche tenía tantas ruedas y estaba construído de tal modo, que en las sinuosidades del camino se replegaba sobre sí mismo, de modo que los que estaban arriba formaban un semicírculo. Estaba tirado por pequeños y briosos caballos. En todas estas fiestas no he visto nada indecoroso, ni la mínima inconveniencia. Aunque todos eran paganos, nada hubo de idolátrico; antes bien, parecía que todo eso era agradable al Señor. La familia parecía ya muy inclinada al cristianismo. Los hombres eran gallardos y hermosos, y no puedo olvidar la esbeltez y belleza de las doncellas y mujeres de aquel lugar.

Dátula llevó a muchas consigo y también a su aya o institutriz, que era muy inclinada al cristianismo. No he presenciado el embarque.

6. Reconocimiento de una reliquia.

El día 11 de febrero de 1821, mientras Ana Catalina se hallaba en éxtasis, el Peregrino dejó una imagen del Crucifijo sobre el lecho. La vidente la tomó y dijo:

Tiene que ser venerada esta imagen. Es preciosa; estuvo en contacto: por eso resplandece tan luminosamente. *(Poniendo la imagen sobre su pecho, añadió):* Esta imagen ha tocado la túnica de Jesucristo, y en esta túnica hay una gota de la Sangre de Cristo, de la cual nadie tiene noticia. Esta mancha de sangre está en la parte superior del cuello.

7. Otra reliquia de la preciosísima Sangre
(8 de Abril de 1823)

He tenido grande y difícil trabajo con reliquias de tiempos antiguos. Esto sucedió en un país más distante que Tierra Santa. Los eclesiásticos de allí no eran como los católicos. Llevaban vestidos a la manera de la antigua iglesia y parecían a los que habitan en el monte Sinaí. Me parece que estuve en aquella comarca donde veo siempre al más próximo de los tres Reyes Magos. La ciudad donde se conserva el antiguo libro de las Profecías esculpido en láminas de bronce, está a la izquierda (*). Tuve allí tarea con reliquias de la Sangre de Cristo y tuve que indicar a aquellos sacerdotes un tesoro de reliquias. He visto a siete viejos sacerdotes hacer excavaciones dentro de un antiguo muro en ruinas, en una cueva subterránea. Examinaron primero la bóveda para asegurarse de que no amenazaba caer sobre ellos. Las santas reliquias estaban muradas dentro de un piedra muy gruesa, que parecía formada de un solo pedazo, pero que en realidad estaba unida con arte por tres partes triangulares. Cuando lograron abrirla, encontraron dentro una espesa y oscura tela tejida con crines y pelos y debajo un verdadero tesoro de las reliquias más santas pertenecientes a la Pasión y a la Sagrada Familia. Todo estaba encerrado en vasos triangulares, puestos unos junto a otros. Había allí tierra, que había estado debajo de la cruz del Señor, bañada y coloreada con la Sangre del Señor, y una pequeña ánfora llena de agua salida de la herida del costado: esta agua era límpida y resplandeciente y tan tenaz que no se derramó del vaso. Había también espinas de la corona, un trozo del manto de púrpura del *Ecce Homo,* algunos fragmentos de los vestidos de la Virgen, reliquias de Santa Ana y otras muchas más. Eran siete los sacerdotes que trabajaban en aquel subterráneo, y llegaron algunos diáconos. Creo que depusieron encima el Santísimo Sacramento. Tuve mucho que hacer y tuve que librar muchas almas del Purgatorio. La preciosa Sangre me ayudó en esta obra. Tengo para mí que los Apóstoles celebraron en otros tiempos la Misa en este lugar.

(*) En otro capítulo habla de los manuscritos y señala la ciudad de Ctesifonte como el lugar donde se encuentran todavía enterrados.

8. La santa lanza del Señor.
(Junio de 1820)

El confesor había recibido algunas reliquias sin nombre que pertenecieron a un relicario del ducado de Dulmen. Llevada esta reliquia a Ana Catalina, apenas estuvo en su presencia, exclamó:

Punza, punza; esta es la señal. He sentido una punzada muy aguda.

En efecto, la llaga de su costado comenzó a sangrar. Tuvo luego una visión acerca de Longinos, que contó en la siguiente manera:

He visto al Señor muerto en la cruz. He visto todo: los lugares y las posiciones, y he visto al pueblo como en el día de Viernes Santo. Era en el momento en que debían ser quebradas las piernas a los crucificados. Longinos tenía un caballo mulo, puesto que no era como nuestros caballos; ése tenía el cuello mucho más grueso. Estaba fuera del círculo de los ajusticiados; avanzó de a pie, dentro del círculo, con su lanza; subió sobre la colina del Gólgota e hirió al Señor por la parte derecha. Cuando vió brotar la sangre y el agua, se sintió muy conmovido; descendió del monte, montó a caballo y se dirigió rápidamente a la ciudad. Se fué a Pilatos y le dijo que tenía a Jesús por Hijo de Dios, y que no quería ser más militar. En efecto, dejó junto a Pilatos su lanza y las demás armas y se fué de allí. Creo que fué Nicodemo a quien encontró en su camino y a quien narró lo acontecido y desde aquel momento se unió a los discípulos. Pilatos consideró aquella lanza indigna y vergonzosa, como instrumento de suplicio, y no quiso conservarla junto a sí. Creo que así la recibió Nicodemo del mismo Pilatos. Me parece que tenemos otra reliquia de Nicodemo.

Teniendo esa reliquia en su armario, dijo una vez:

¡He aquí a los soldados con la sagrada lanza!... Hay allí una partecita de la lanza del Señor. Es Víctor que lleva una partecita de la lanza dentro de su misma lanza. Tres solamente lo saben. *(Más tarde narró):* Después del mediodía experimenté la sensación de como si la cruz del Señor posase sobre mí y como si su sagrado Cuerpo estuviese muerto entre mis brazos, sobre mi brazo derecho. No lejos estaba la santa lanza en dos fragmentos: uno grueso y otro menor. ¿Cuál debía tomar para mi consuelo?... Tomé el sagrado Cuerpo y la lanza desapareció

de mí. Desde entonces pude volver a hablar. *(En otra ocasión):* Miré mucho la sagrada lanza y me pareció como si me fuese metida en la parte derecha y la sentí pasar hasta la izquierda, por entre las costillas. Puse la mano en la herida para guiar la punta entre una y otra de mis costillas.

9. Efectos de una reliquia de la santa Cruz.

El diario del doctor Wesener, con fecha 16 de Octubre de 1816, contiene este primer relato de reconocimiento de reliquias. Habiéndole puesto ante los ojos una pequeña caja, Ana Catalina dijo:

Esta cajita contiene una cosa muy preciosa: una partecita de la verdadera Cruz. La tengo también sobre el pecho *(una reliquia de la Cruz)*. Tengo, además, una reliquia de la lanza. El cuerpo pendía de la cruz, pero la lanza estuvo en el cuerpo. ¿A cuál de las dos debo amar más? La cruz es el instrumento de la redención; la lanza ha abierto una ancha puerta al amor. ¡Oh, ayer entré allí bien adentro! *(Era un viernes)*. La reliquia de la cruz hace dulces mis dolores; la reliquia de la lanza los aleja. Muchas veces, cuando la reliquia de la cruz dulcifica mis penas, he dicho con confianza al Señor: "¡Oh Señor mío! Si para Ti se hizo dulce el padecer sobre esta cruz, ¿cómo esta pequeña parte de ella no endulzará mis penas?"...

Habiendo extraviado en un cambio de domicilio esta reliquia, quedó afligida y rogó a San Antonio se la hiciera encontrar. El 17 de Agosto dijo:

San José y San Antonio estuvieron junto a mí, y San Antonio puso en mis manos el fragmento de la cruz que había perdido.

10. Un vestido de la Santísima Virgen.

(20 de Julio de 1820)

He descubierto de nuevo en aquel pequeño paquete de reliquias que me ha traído el confesor, un pequeño fragmento de paño, de color oscuro, que perteneció a la Madre de Dios. He visto con este motivo un cuadro relativo a la Virgen. Después de la muerte de Jesús ella vivía retirada con una criada en una casa pequeña y solitaria. En una visión de las bodas de Caná, ví que María había llevado allí este vestido, cuya reliquia tengo; era un vestido propio de una solemnidad. María vivía sola en

aquella casita, donde la visitaban los discípulos, los apóstoles y San Juan. Allí no se albergaba ningún hombre. La criada iba en busca de lo poco que necesitaban para alimentarse. Los alrededores eran silenciosos y tranquilos, y la casita no estaba lejos de un bosquecillo.

He visto a María, con este vestido, que visitaba y recorría lentamente un camino que ella misma había hecho disponer en la proximidad de su habitación, en memoria del camino doloroso que recorrió Jesús durante su Pasión. Ví que primero recorrió aquel camino completamente sola y midió la distancia de todas las estaciones, según el número de pasos del camino que siguió Jesús, pasos que María había contado tantas veces después de la muerte del Señor. Según este número de pasos, en los puntos en que a Jesús había sucedido algo notable, María ponía una señal, amontonando piedras o señalando algún árbol. Este camino terminaba en un bosquecillo y la tumba de Jesús estaba señalada por una gruta abierta en una colinita. Después que la Virgen hubo señalado todo el camino, lo recorrió junto con su criada, sumergida en muda contemplación. Cuando llegaban a alguna estación, se sentaban y meditaban el misterio en su íntimo sentido, rezaban y lo ordenaban todo para que fuese siempre mejor. He visto que María, con un pequeño buril, esculpía en la piedra el significado de la estación, el número de los pasos y otras cosas semejantes. Limpiaron la pequeña gruta del sepulcro y la hicieron más cómoda para orar. No he visto en todo el camino ni cuadros ni cruces; eran simples inscripciones que indicaban los pasos de la Pasión. Este lugar, dispuesto por María, se hizo con el tiempo muy bello y cómodo por las visitas de personas y por repetidos arreglos. Después de la muerte de María, piadosas personas recorrían este camino, rezando y besando el suelo. La casa que habitaba María estaba separada interiormente por ligeras paredes movibles, de igual manera que la casa de Nazaret.

El vestido a que pertenecía esta reliquia era el exterior que cubría el dorso, alargándose en algunos pliegues y llegando hasta los pies. Una de las partes superiores caía sobre la espalda y el pecho, y llegaba al otro lado, donde se unía por medio de un botón, formando así una abertura en torno del cuello. Con la ayuda de un cinto era retenido a mitad del cuerpo; de este modo abarcaba ambos lados, partiendo debajo de los brazos y llegando a los pies. Cubría todo el vestido interior, o túnica, que era también de color oscuro. De los dos lados se abría aquel

vestido exterior mostrando el forro interior. Estos forros tenían rayas coloradas y amarillas a lo largo y al través. Este fragmento de la reliquia era de la parte exterior. Me parece que era un vestido que se usaba en las solemnidades y que se llevaba de ese modo, según los usos antiguos de los hebreos. Santa Ana usaba uno semejante. La túnica, la parte anterior del busto y las mangas estaban cubiertas con este vestido. La túnica tenía mangas estrechas, un tanto encrespadas en los codos y en los pulsos. Los cabellos los recogía dentro de una gorra de color amarillento, que descendía sobre la frente, formando pliegues en la parte posterior de la cabeza. Por encima llevaba un velo negro de una tela delgada que descendía hasta medio cuerpo.

Con este vestido he visto a la Virgen recorrer el *Via Crucis* en los últimos tiempos. No sé si lo llevaba porque era vestido de solemnidad o porque en la época de la crucifixión del Salvador tenía este vestido de luto bajo el manto que la envolvía. He visto a la Virgen, en este lugar, ya muy avanzada en años, aunque en sus facciones no aparecía ninguna señal de edad, fuera de una expresión de más ardiente deseo y aspiración del cielo, que contribuía a transfigurarla divinamente. Aparecía siempre indescriptiblemente seria y recogida: no la he visto reír. A medida que crecía en años aparecía más cándida y transparente de facciones. Estaba delgada. No he visto arrugas ni signo de decadencia en su rostro. Parecía como espiritualizada. Abierta la reliquia, he visto que era un fragmento de paño con rayas, largo como un dedo.

11. Otras reliquias de María Santísima.
(14 de Noviembre de 1821)

Hice mi habitual viaje a la Tierra Santa, precisamente a ciertos lugares donde he visto reliquias de María, y supe la historia de ellas. Me encontré en Roma con Santa Paula, y me pareció que era el día de su partida para la Palestina. Parecíame que fuéramos juntas a visitar aquellos lugares santos. No sé explicar cómo es que he visto tantas reliquias de la Virgen Santísima. He estado en un lugar, creo que se llama Chiusi, donde se conservaba el anillo nupcial de María, que ahora está en Perusa. He visto que en Chiusi se muestra todavía, en un relicario, una piedra preciosa blanca, que no es el anillo. De la historia del anillo, que he visto por entero, sólo recuerdo que un joven, al ser llevado a enterrar, se levantó del cajón y declaró que él

jamás podría tener reposo, si su madre, que se llamaba Judit, mujer de mucha vanidad, no restituía a la iglesia el anillo nupcial que poseía, que era el de la Virgen. Dicho esto se recompuso en el féretro.

Estuve en un lugar, pero ignoro si es el mismo donde fué colocada primero la santa casa de Loreto, o si de allí provenían los utensilios que me fueron mostrados. No los he visto en ninguna iglesia cristiana; los que acudían allí parecían turcos. Conservábanse platos y vasos de tierra, que se encontraban en la casa de Loreto cuando fué transportada a Europa. No sé si esos utensilios eran los verdaderos o los imitados, que Santa Elena mandó hacer. En Loreto hay muchas de estas reliquias. Santa Elena mandó encerrar, tanto los verdaderos como los imitados, en una urna de cristal bien asegurada para que durase mucho tiempo. Me parece que los utensilios que hay en Loreto son los verdaderos. Cuando los ví, estaban muy bien guardados debajo de un altar.

He visto, también, aunque no recuerdo el lugar, en una iglesia griega del Asia, un fragmento del velo de María de un color amarillo pálido. Habían sido distribuídos ya tantos fragmentos de ese velo, que había sido muy extenso, que no quedaba sino un pequeño trozo. Había llegado a aquella iglesia por medio de San Juan Evangelista. He visto un cuadro donde se me mostró cómo la gente disputaba acerca de si era reliquia verdadera o no. Un hombre temerario se quiso apoderar de aquel paño y quedó con la mano paralizada, mientras su mujer rezaba con mucho fervor por él. También San Lucas se encontraba allí, en medio de estos hombres, y dió testimonio de la autenticidad de la reliquia: tomando el velo, lo puso sobre la mano árida de aquel hombre y al punto sanó. Lucas entregó a aquella gente una declaración escrita de esta reliquia, y creo que el escrito existe allí todavía. Les contó su vida anterior y cómo se había dado al cultivo de las bellas artes y se había entregado a los viajes por diversos lugares, teniendo ocasión de ver a María, cuando fué a Efeso con San Juan. Habló también de los cuadros que había pintado.

Estuve en un paraje donde se conserva un vestido exterior de María. Creo que es en Siria, en las cercanías de Palestina. Era uno de esos vestidos que María había hecho distribuir a dos mujeres poco antes de su muerte. Esta gente no era católica romana; creo que eran griegos cismáticos. Tenían por esa reliquia una pomposa adoración y se gloriaban de poseerla. Creo

que San Francisco de Asís había ido por estos lugares y obtuvo un milagro, o, por lo menos, la confirmación de la autenticidad de la reliquia.

He visto que allí donde se conserva la declaración de la autenticidad escrita por San Lucas, se guarda también una carta escrita por mano de María. Es muy breve y está maravillosamente conservada. La entendí por entero y quizás me venga de nuevo a la memoria su contenido. Juan había deseado que María la escribiese para cierto pueblo que no creía en lo que había predicado sobre Jesucristo.

He visto un cuadro relativo a María y las fajas y pañales de Jesús que se conservaban en otro tiempo en una magnífica iglesia de Constantinopla. El sitio donde se encuentran ahora estas reliquias, no es conocido. He visto también que un peregrino que llevaba consigo una cantidad de reliquias de los vestidos y cabellos de María, volviendo de Tierra Santa fué asaltado por ladrones y herido. Los malhechores echaron al fuego las reliquias. El herido alcanzó a llegar hasta el fuego, halló intactas las reliquias y recobró de pronto la salud.

12. Piedras sobre las cuales celebraron los Apóstoles.

En Efeso, donde estaba la casa de María, existe aún una piedra sobre la cual los apóstoles Pedro y Juan celebraban la santa Misa. Cada vez que Pedro y Juan llegaban a la Palestina, visitaban la casita de Nazaret y celebraban allí la Misa. Se había erigido un altar donde antes estaba el hogar. Un pequeño armario, usado por María, se había convertido en tabernáculo. La casa de Ana estaba situada en las afueras, a media hora de camino de Nazaret.

Desde allí se podía llegar sin ser observado, por caminos extraviados, hasta la casa de María y de José en Nazaret, sobre una pequeña elevación. No estaba edificada precisamente en la colina, sino en la parte posterior, separada por un estrecho sendero, donde había una pequeña ventana, puesto que aquella parte era muy obscura. La parte posterior de la casa era triangular, como la casita de María en Efeso; en este triángulo estaba el dormitorio de María, donde recibió el anuncio del Angel. Este triángulo estaba separado de la casa por la pared del fogón, que consistía, como en Efeso, en una excavación en la pared, en cuyo centro, sobre el lugar de la leña, se elevaba una chimenea y terminaba en un caño que sobresalía del techo. En la extremi-

dad de esta chimenea he visto más tarde suspendidas dos campanitas. A derecha e izquierda había dos puertas que conducían a las estancias de María. En el muro del hogar se veían aberturas o nichos donde estaban guardados varios utensilios.

El pequeño lecho donde descansaba María estaba colocado en la parte derecha, detrás de una pared movible, especie de biombo. En la parte izquierda había un armario pequeño. Detrás del fogón había un tirante derecho de madera de cedro, sobre el cual se apoyaba el muro, y de allí salía otro tirante transversal, que se extendía hasta la extremidad del ángulo. El oratorio de María estaba a la izquierda; solía hincarse sobre un pequeño taburete. La ventana se abría de frente, del lado opuesto. Las paredes rústicas estaban cubiertas de largas hojas y encima de ellas pendían algunos tapetes de mimbre. El techo, en la parte superior, estaba entretejido de cortezas de árbol y en los tres puntos de los ángulos se veía un trabajo de tallado que parecía una estrella; la del medio era más grande. Cuando María se retiró a Cafarnaúm, la casita de Nazaret fué adornada, y se la consideró como un santuario. A menudo iba María desde Cafarnaúm a este lugar consagrado por la Encarnación de Jesucristo, para hacer oración. Más tarde se colocaron sobre el cielorraso multitud de estrellas. Recuerdo que la parte posterior de la casa y la pequeña ventana fueron llevadas a Europa. Cuando pienso en esto, me parece haber visto que la parte anterior de la casa estaba caída. El techo no era agudo ni alto y el borde un tanto levantado, de modo que se podía pasear alrededor. Todo el techo era plano. No tenía ninguna torrecita, sino sólo la chimenea cubierta, por un techito, como es costumbre. He visto en Loreto muchas lámparas ardiendo en aquella sagrada casa. En el momento de la Anunciación, Ana dormía en la parte izquierda, separada por un tabique, cerca del fogón.

13. Constantino y su conversión (*)

Constantino tenía, por varias apariciones, gran confianza en el signo de la santa Cruz: la hacía llevar en un estandarte, delante de su armada, con mucha veneración. Pero en esto se

---

(*) Algunos historiadores dicen que Constantino fué bautizado recién en el ocaso de su vida. Nicéforo llama a esta historia: *Figmentum arianorum*. La tradición y el Breviario Romano están conformes con lo que ve Ana Catalina. El Breviario dice que fué librado por el bautismo de la lepra de la infidelidad. Esto último fué una añadidura, puesto que los parientes se quejaron de que se hiciese público que estaba atacado de lepra.

guiaba más por temor supersticioso, como hoy se ven a personas llevar amuletos sin devoción verdadera. Él creía que la Cruz le ayudaba, pero tenía de Cristo la idea de un dios como tantos otros del imperio romano. Oraba cosas buenas mezcladas con otras malas, y aún persiguió a algunos cristianos, excitado por otros, aunque veneraba la Cruz como signo que le traería suerte en sus empresas. El Papa Silvestre y otros sacerdotes tenían que ocultarse de su vista; se escondían en las cuevas de una montaña. Las cosas llegaron a tal punto que Dios se sirvió del castigo para mejorarlo; contrajo la lepra y los sacerdotes idólatras le dijeron que debía bañarse en la sangre de un niño. Cuando oyó esto hizo comparecer al Papa Silvestre y se hizo instruir en las verdades de la fe. Estuvo siete días haciendo penitencia, y lo he visto bautizarse por el Papa Silvestre. El Emperador entró completamente en el agua y salió sano de su lepra. Cuando se vió limpio y conoció lo que era ser cristiano mandó una carta a su madre con un mensajero, diciéndole que se había hecho cristiano, que estaba sano de su lepra, y que también ella se hiciera cristiana. La madre Helena no sabía mucho del cristianismo; tenía veneración y deseo del Mesías; había oído que el Hijo de Dios había venido al mundo por causa de los judíos; por esto tenía a los judíos por un pueblo escogido y se relacionaba con sabios de esa raza. Cuando ella les dijo que el Emperador se había hecho cristiano, levantaron un gran tumulto y se asustaron mucho. Ella escribió a su hijo diciéndole que si abandonaba el paganismo, por lo mismo debía haber abrazado la religión de los judíos. Cuando el Emperador manifestó esto al Papa Silvestre, éste le dijo que escribiera a su madre llamándola a Roma en compañía de los sabios judíos para una disputa pública. Constantino escribió a su madre y ésta buscó los más sabios entre los judíos y partió con dos de ellos a Roma. Estaban presentes varios otros judíos en esta disputa y varios filósofos paganos, que decidirían quién tenía ventaja. He visto que Silvestre contestaba todas las objeciones de los judíos, los cuales se convirtieron, como también Helena, la Emperatriz, que fué luego a Jerusalén para buscar la verdadera cruz de Cristo.

14. Hallazgo y triunfo de la santa Cruz.

Después de la muerte de Cristo los judíos habían tratado de destruir todos los lugares que los cristianos consideraban sagrados. Habían hecho cavar fosos a través del camino donde

Jesús había caído. Los lugares, hermosos de verdor, donde Jesús había predicado, los hicieron intransitables y a los jardines les habían puesto cercos. En algunos sitios habían tendido hasta fosos disimulados para que los peregrinos cayeran dentro. He visto que algunos de estos pérfidos judíos cayeron ellos mismos dentro de los fosos. Habían desfigurado y puesto obstáculos en los caminos que llevaban al Calvario, abriendo fosos en algunos espacios y cercando otros con vallas. Muchos peregrinaban a esos lugares y se habían obrado grandes maravillas allí. He visto que cavaron y bajaron la cumbre del monte Calvario y la tierra que sacaban de allí la desparramaban sobre los caminos. Los cinco lugares llenos de verdor que en forma de corazón había habido allí y que llevaban al lugar de la crucifixión, los habían deformado. Cuando sacaron la tierra de la cumbre del Calvario, quedó una piedra blanca, desnuda, donde se veía un hoyo cuadrado, de un codo de hondo, donde había estado la cruz. Los he visto en este lugar trabajar penosamente con palancas y troncos de árboles para remover la piedra, pero ella caía siempre más profundamente. Entonces cubrieron el lugar con tierra. El lugar del santo sepulcro era de propiedad de Nicodemo y quedó como estaba.

Más tarde volvieron estos lugares a ser profanados. El jardín del santo sepulcro era ligeramente inclinado desde la altura en la cual había estado el sepulcro. He visto como cavaban y bajaban la altura y cubrían con la tierra el jardín y desparramaban y disimulaban todo el lugar. He visto esta noche todo el lugar del sepulcro y el Calvario completamente cambiado e irreconocible. Muchos caminos estaban cubiertos de escombros y cortados a través con otros caminos y sendas. El monte Calvario, donde había otras alturas más y en medio de ellas lugares de verdor, estaba bajado e igualado en una grande extensión. Los dos judíos que habían venido con Helena para buscar la cruz tuvieron que fingirse aún judíos para saber de los otros el lugar de la cruz. Cuando de la conversación con los judíos supieron donde estaba el lugar del sepulcro y del Calvario, encontró Helena sobre el santo sepulcro un templo a Venus con mármoles y figuras paganas. Sobre el monte Calvario estaba el ídolo de Adonis. Los judíos no querían decir dónde estaba la cruz de Cristo y decían que se trataba sólo de un antiguo judío.

He visto a una mujer de grande estatura y majestad, ya de edad, pero aún ágil *(Helena)* con un velo que cubría una pequeña corona, entrar y salir en muchas casuchas y en oscuras cuevas, en los muros de la ciudad, inquiriendo datos. He visto

también al pequeño viejo y demacrado judío, de larga barba, meterse en una y otra casucha, antes de que entrase la señora para preguntar. Una vez he visto que hizo congregar a muchos judíos. Otra vez he visto a Helena encaminarse con ese viejo judío y dos hombres que portaban un barreno largo hacia el lugar donde había estado la cruz. El templo del ídolo ya había sido demolido. El viejo judío no sabía tampoco con precisión, y estuvieron barrenando en derredor y siempre más cerca, hasta que vieron una señal en el mismo barreno, que ya no recuerdo cuál era. Entonces empezaron a cavar allí. He visto a la Emperatriz, cuando encontró el lugar, quitarse la corona y dejar sueltos sus cabellos. Tomó algo de su cuello y del pecho y quitóse los calzados, dejándolo todo sobre una piedra blanca y limpia. Tuvieron que cavar un foso muy profundo antes de hallar algo. Encontraron primero la cruz de un ladrón; luego, no lejos de allí, la cruz de Cristo, y después la otra. Encontraron la cruz de Cristo desarmada; pero los pedazos estaban allí en cierto orden. La tabla de la inscripción estaba algo más lejos; sobre ella el pergamino con la inscripción. Debajo de un madero del brazo de la cruz estaban los tres clavos en orden: el clavo de los pies era de un palmo y medio de largo; los otros, de un palmo. Helena mandó el clavo más grueso a su hijo Constantino. No puedo comprender por qué se dice que no podían reconocer la cruz de Cristo de las demás, cuando yo las veo siempre diferentes una de otras. Las cruces de los ladrones eran de madera redonda, sobre la cual el travesaño estaba sujeto con un tarugo de madera y sobresalía por la parte de arriba. La cruz de Cristo era de madera cuadrada, algo más ancha que gruesa, ordenadamente trabajada, y los brazos estaban hincados dentro del madero principal. Tenía también un pequeño sostén para los pies, clavado con un grueso clavo que me pareció remachado. Este sostén de los pies se encontró en la cruz, dado vuelta. He visto que Helena hizo levantar la cruz y la abrazaba. Desarmaron las otras dos cruces y las dejaron a un lado, como maderos sin valor. He pensado siempre, en mi ingenuidad, que debía haber recogido la cruz del buen ladrón. Acudieron muchas personas al lugar. Los soldados tuvieron que intervenir para mantener el orden.

He visto llevar la Cruz en una gran procesión. Traían a hombres tullidos, enfermos y paralíticos, apoyados en brazos de otros, y hasta en carritos, al paso de la procesión, y todos sanaban con sólo tocar la Cruz. Creo que se obraban estas maravillas para atestiguar la verdad de la santa Cruz y no para distinguirla de

otras. El viejo judío se hizo cristiano y ferviente adorador de la santa Cruz. Llevaba siempre la señal de la cruz en la parte derecha de sus vestiduras. Llegó a ser más tarde obispo de Jerusalén. He visto que Helena se hizo bautizar en Jerusalén y mandó derruír el templo del ídolo que estaba sobre el santo Sepulcro. Al principio no querían los judíos poner manos a la obra; pero se levantó una espantosa tormenta y barrió todos los escombros de allí y también muchas casas de los judíos edificadas alrededor. Entonces les entró a los judíos un gran temor y empezaron a trabajar de veras. La primitiva entrada al santo Sepulcro no fué más utilizada ni abierta y se hizo una entrada al lado. Helena tenía entonces cincuenta años y la ví ocupada intensamente en edificar *(la Iglesia del Santo Sepulcro)*. La iglesia cristiana estaba todavía sobre Sión, donde se había instituído la santa Eucaristía.

FIN

APENDICE

CIEN ADMIRABLES REVELACIONES DE ANA CATALINA EMMERICK

1. Un solo pensamiento de Dios tiene más valor que todo el mundo.

2. Nada es tan dulce y meritorio como padecer algo por amor de Dios.

3. No puedo compadecer a ningún hombre que muere pacientemente; como tampoco a ningún niño que padece con paciencia.

4. El sufrir pacientemente es el estado más digno de envidia de un hombre sobre la tierra. Si un ángel pudiera tener envidia, la tendría de un hombre que sufre por Dios.

5. A Luisa Hensel, convertida del protestantismo y que manifestaba inquietud por su padre muerto en el protestantismo, decía: "No en vano Cristo ha estado tres horas clavado en la cruz. Son salvados muchos más de los que pensamos".

6. Estuve presente en el juicio de grandes pecadores. Grande es la justicia de Dios; pero mayor aún su misericordia. Sólo se condena el que no quiere convertirse y quiere condenarse.

7. Hasta los paganos que no tienen conocimiento de la fe pueden salvarse, si con buena voluntad siguen las luces de la razón natural, y quieren servir al Creador y tratan con justicia a su prójimo.

8. A Luisa Hensel, que se quejaba de sequedad en la oración, decía: "Si tú fueras cocinera en la casa de un gran señor que no te diera para cocinar sino agua y pan, ¿tendrías tú la culpa?"

9. Yo veo salir de la boca del que reza una línea de palabras que, como un rayo de luz, llega hasta el trono de Dios.

10. Cuando miro a los que rezan, veo salir de algunos como una flor de sus labios que sube al cielo. Del que reza distraído sale una hierba mascada que cae al suelo.

11. Moisés oró con los brazos abiertos. A esta oración no resiste Dios, porque su Hijo oró con los brazos en la cruz.

12. Tuve desde niña la costumbre de rezar para que se apartaran las desgracias de los hombres. Después veía cuadros

de estas desgracias evitadas. Si a veces no lo hacía, veía desgracias, incendios, naufragios, cerca o lejos.

13. Yo lo pretendía todo de Dios; siempre quería más y más; y lo conseguía todo. Era atrevida con Dios y pensaba: "Él lo tiene todo y verá de buena gana que le pidamos de todo con confianza".

14. Donde hay imágenes milagrosas están en contrapeso por las influencias del Maligno. Tales lugares reciben rayos del cielo que caen sobre los que rezan allí.

15. No me es posible decir qué número de espíritus malignos andan por el mundo: si tuvieran cuerpos oscurecerían la luz del sol.

16. Yo veo claramente que el ayuno y la penitencia disminuyen la influencia de Satanás y aumentan en cambio la fuerza de protección del Angel Custodio.

17. Veo con frecuencia que el hombre recibe otro Angel Custodio cuando necesita de ayuda especial. Yo misma he tenido, en varias ocasiones, otro Angel Custodio.

18. El Señor determinó crear a los hombres para llenar los vacíos que dejaron los ángeles rebeldes. No bien el número de los salvados sea igual al de los ángeles caídos, se acabará el mundo.

19. Veo que los grandes de la tierra tienen ángeles de mayor categoría. Los Reyes y Gobernantes tienen ángeles de gran poder y de orden superior.

20. El juicio de un alma lo veo siempre sobre el lecho de muerte del hombre. Veo a Jesús, a María, al santo Patrono y al Angel Custodio del alma. También en el juicio de los protestantes veo a María. Este juicio se hace en breve tiempo.

21. Cuando uno ruega o padece o hace algo por las almas benditas, les llega esa ayuda en seguida y ellas se ponen muy contentas. Se muestran agradecidas y ruegan por los que las favorecen.

22. Los sacerdotes pueden bendecir a las almas y esta bendición desciende como un rocío del cielo.

23. El sacerdote que reza el Breviario para pagar las faltas de las ánimas, les proporciona indecible consuelo.

24. Los ángeles reparten entre las almas los sufragios que se hacen sobre la tierra cuando no se pone intención particular.

25. Las almas son instruídas por los ángeles de lo que sucede en el cielo o en la tierra en las cosas que miran a su felicidad. Ningún pensamiento o buen deseo queda sin efecto si se ofrece por las almas del Purgatorio.

26. Las almas más abandonadas son las que no tienen quien rece por ellas. Muchos parientes olvidan a sus finados. Yo rezo siempre por las almas más abandonadas.

27. Los que son más alabados en este mundo sufren más en el Purgatorio, porque no se pide por ellos y se los cree ya en el Cielo.

28. He visto que pueden mucho los Santos Inocentes; se les invoca demasiado poco. Debe rezarse para que ellos impidan que mueran las criaturas sin bautismo.

29. He visto que los huesos de Adán descansaban en el Calvario, precisamente bajo la cruz de Jesucristo. La sepultura quedó intacta aún después del Diluvio. Noé ponía huesos de Adán sobre el altar cuando ofrecía sacrificios.

30. Adán pudo sacar un gajo de olivo para plantar, y he visto después que de él se formó parte de la cruz.

31. El Paraíso terrenal existe todavía. Está separado de la tierra. Lo veo cerca de la salida del sol, como una esfera separada de la tierra por aguas y nubes.

32. En Ctesifonte, junto al Tigris, veo todavía escrituras enterradas, escritas en el lenguaje primitivo que usaban Noé y los hombres de su tiempo. No es difícil volver a encontrarlas.

33. El hebreo no es la lengua primitiva que se perdió en Babel; es lengua sagrada que se dió a Heber y a los de su descendencia, en la que se escribieron los libros sagrados.

34. Jesucristo vivió 33 años y tres veces seis semanas. Nació el 25 de Noviembre, en la noche del 24 al 25, que era Domingo. Las reformas diversas del Calendario motivaron que se celebrase ahora el 25 de Diciembre. La Anunciación la veo celebrar el 25 de Febrero.

35. Los Magos llegaron a los 33 días del nacimiento de Jesús. A los 40 días fué María al templo para la Presentación. Después de siete semanas del nacimiento de Jesús volvió la Sagrada Familia a Nazaret. Cuando huyeron a Egipto, el Niño tenía 12 semanas. Al volver de Egipto tenía el Niño siete años, casi ocho.

36. La Cruz de Cristo tenía la forma de una Y, como se ve en la iglesia de Kösfeld, en la cual los brazos suben hacia arriba.

37. Jesús fué clavado en la cruz con dos clavos grandes en las manos. Con un clavo menor fué clavado el pie izquierdo sobre el derecho y luego con otro grande ambos pies al madero.

38. Jesús habló (después de la Resurrección) del misterio del Arca de la Alianza, declarando que ese misterio era ahora su Cuerpo y su Sangre que les había dejado en el Santísimo Sacramento.

39. Jesucristo baja cada Viernes Santo al Purgatorio para liberar a alguno de los que clamaron "¡Crucificadlo!", y fueron testigos de su muerte.

40. San José murió en Nazaret cuando Jesús tenía 30 años. No debía presenciar la Pasión, y no hubiera podido sostener la vista de la muerte de Jesús.

41. Veo con frecuencia que personas que son muy estimadas y honradas deberían estar encerradas en casas de locos.

42. Veo ángeles que promueven la prosperidad en ciertas regiones. Sus nombres me fueron dichos: Rafiel, Etofiel, Salatiel y Emanuel.

43. Cuando contemplo un cuadro general de la Iglesia veo también, entre el Oeste y el Norte, una región fría y profunda donde no hay ningún rayo de sol; me parece que desde allí se desciende al Infierno.

44. En el Cielo he visto a los santos agrupados según sus vínculos espirituales. Los religiosos estaban juntos, según su orden y congregación, más altos o más bajos, según sus méritos.

45. Todo cuanto el hombre piensa, dice y hace tiene alguna vida y continúa viviendo como obra buena o mala. Lo malo hay que remediarlo con la confesión y la penitencia; de otro modo continuarán las consecuencias del pecado sin término.

46. En el Purgatorio todo es incoloro, claro o más oscuro, según el grado de purificación; no hay allí naturaleza, ni árboles, ni frutos. Los lugares donde están las almas son según las culpas.

47. Por la parte de afuera me parece el Purgatorio como un baluarte oscuro, humeante, en forma de media luna. Por dentro tiene innumerables caminos que conducen hacia arriba o abajo, a espacios altos o profundos. Adentro todo es más espantoso.

48. Veo nuevos mártires, no de ahora, sino del futuro. Veo a las sociedades secretas combatir a la Iglesia.

49. Vi una bestia espantosa que salía del mar. Tenía cola de pez, melena de león, y muchas cabezas alrededor de una mayor que las otras, erizada, formando una corona; el hocico grande y de color rojo. Tenía manchas de tigre y andaba confiadamente entre los hombres enemigos de la Iglesia.

50. He visto un cuadro inmenso de misterios de la santa Misa. Todo la que había de santo, desde el principio del mundo, se refiere a ella. He visto la significación del círculo, de la forma redonda de la tierra y de los cuerpos celestes y de la hostia.

51. El Cenáculo, antiguamente mucho más espacioso, había sido habitaciones de las capitanes de David. El Arca de la Alianza estuvo allí. He visto a Malaquías aquí escribiendo profecías sobre la Misa. Esta casa quedó en pie en la destrucción de los Caldeos. Llegó a ser propiedad de Nicodemo y José de Arimatea.

52. El cáliz que los apóstoles llevaron de la casa de Verónica para la última Cena es un vaso misterioso. Lo he visto en casa de Abrahán y en poder de Melquisedec, que lo usó en el sacrificio de pan y vino.

53. La Luna es fría y rocosa, llena de montes altos y de profundas grietas y barrancos. Hay en ella aguas que se levantan y bajan.

54. En sus límites extremos veo lugares campestres, matas y bosquecillos en los cuales hay animales. Veo allí muchas formas semejantes a criaturas humanas que parecen huir de la luz y esconderse en las sombras. Lo veo especialmente en el centro de la Luna.

55. No todos los cuerpos celestes están habitados. Algunos sólo son jardines, recipientes que esperan recibir influencias, acciones y frutos especiales. Veo también en ellos ciertos lugares donde habitan almas que no son de cristianos, pero que han vivido bien. Tienen el presentimiento de que un día cambiará su situación.

56. El Sol recorre un camino elíptico de la forma de un huevo; es un astro benéfico, animado de espíritus benévolos. En su parte interior no es ardiente; es de color plácido; el calor y la luz nacen en su parte exterior. Es cándido, gracioso y estriado de bellos colores.

57. Muchos astros son cuerpos deshabitados que esperan futura habitación. Algunos son jardines y viveros de particulares frutos. La Tierra tiene todas las propiedades que hay en otros astros dispersos.

58. He visto que Adán fue creado en el lugar donde más tarde estuvo la ciudad de Jerusalén.

59. He visto surgir a Adán, luminoso y blanco, de una pequeña elevación de tierra amarilla, como saliendo de un molde. Era como nacido de la tierra, entonces virgen. Dios bendijo esta tierra y ella fué como su madre. Na salió de repente de la tierra; tardó algún tiempo en aparecer.

60. Yo veía una figura pequeña en su costado derecho y estuve persuadida de que era Eva, la cual fué sacada más tarde de Adán, por obra de Dios, cuando ya estaba en el Paraíso terrenal.

61. He visto en el Paraíso terrenal aguas, y en medio, una isla, y elevarse en ella el árbol de la vida, parecido a un cedro alto. Sus hojas eran delicadas y sus frutos amarillos colgaban de una vaina y se abrían como una rosa con sus pétalos. Blancas aves andaban en sus ramas.

62. El árbol de la ciencia del bien y del mal era un tronco escamado, como de palmera. Las hojas anchas nacían directamente del tronco y eran muy grandes, como suelas de zapatos. Las frutas colgaban, escondidas, en racimos de cinco, de donde sobresalía una; eran en forma de higos o peras.

63. El animal en que entró el demonio, era gracioso y halagador, liso y delgado; parecía no tener huesos; sus patitas traseras eran cortas y corría levantado sobre ellas. Tenía cola larga y cerca de la cabecita redonda tenía otras dos patitas cortas. Su mirada era halagadora y atrayente y su lengüita muy movible. Su color era blanco amarillento, algo gris arriba. Estaba siempre en torno de Eva.

64. Eva dió la fruta a Adán. Partida la fruta, he visto figuras adentro. Parecía que ellos llegaban a saber lo que les convenía ignorar. La parte interna estaba veteada de color de sangre.

65. Antes del pecado Adán y Eva eran muy distintos de lo que somos ahora. Con el gustar de la fruta prohibida tomaron formas en sí mismos y una realización de las cosas, y lo que antes había sido espiritual, se hizo carnal, cosa, instrumento y recipiente.

66. Cuando Dios arrojó a Adán y a Eva del Paraíso, he visto que, mientras nuestros padres se alejaban, el Paraíso se apartaba de la tierra; y lo veo como un mundo alejado de la tierra, cerca de donde sale el Sol.

67. He visto a Adán y a Eva detenerse cerca del lugar del Huerto de los Olivos, donde vivieron en penitencia y oración. La configuración del lugar era distinto; pero se me dijo que ese era el sitio.

68. No he visto antes del Diluvio grandes ríos, como el Jordán. Brotaban fuentes de agua, que los primeros hombres distribuían para regar el suelo.

69. He visto que Adán y Eva fueron enterrados en el monte Calvario y que la Cruz de Cristo fue plantada sobre la calavera de Adán.

70. He visto a Caín tomando la resolución de matar a Abel en el Huerto de los Olivos. Caín ya era un hombre con hijos, como también Abel. Abel fué muerto en el valle de Josafat.

71. La configuración de la tierra era diferente de lo que es ahora. Había más llanuras. Las montañas eran con laderas

suaves. He visto la cueva de Belén, aunque los alrededores eran distintos.

72. Los hombres eran de mayor estatura, pero no deformes. Los miraríamos ahora con admiración y agrado. Eran más perfectos en su estructura corporal.

73. He viso que Caín no está condenado; ha sido muy castigado durante la vida, no he visto nada malo de él después de su pecado.

74. He visto que no todos los ángeles fueron igualmente culpables: unos tuvieron un momento de duda y de indecisión; habitaron una montaña solitaria, que luego se hundió en el Diluvio, donde se formó el Mar Negro.

75. Tubalcaín fué inventor de varias industrias; era un gigante y fué padre de gigantes, que luego causaron el Diluvio con sus desórdenes. Estaban en comunicación con los demonios e hicieron maravillosas obras de construcción.

76. Henoch predicaba contra estos perversos. Ha escrito mucho. Alzaba altares y ofrecía sacrificios a Dios. Está en el Paraíso terrenal con Elías, de donde han de volver para predicar contra el Anticristo.

77. Los hombres antediluvianos no fueron viciosos por ignorancia y rudeza. Estaban provistos de todo y vivían cómodamente. Había bienestar general. Fueron malos por corrupción y malicia.

78. He visto la maldición de Noé sobre Canaán y Cam, como un vapor negro que entró en ellos; sus descendientes fueron de color negro en el Africa.

79. He visto que Nemrod, descendiente de Caín, fué el jefe de la torre de Babel. Después edificó a Babilonia. Más tarde fué adorado como dios, bajo el nombre de Belo, Bel, Baal.

80. El patriarca Heber no tomó parte en la edificación de Babel. Dios le dió el sagrado idioma hebreo. La lengua primitiva fué otra, que quedó mezclada en todos los demás idiomas.

81. Habían trabajado 35 años en la torre de Babel y apenas habían llegado al segundo piso cuando vino la confusión de ideas primero y luego de los idiomas.

82. He visto que desde los primeros tiempos los sacerdotes egipcios hacían toda clase de embrollos con la cronología para aparecer más antiguos de lo que son en realidad.

83. He visto muchas veces a Melquisedec en diversas épocas, y siempre como un ser superior y no como simple hombre. Fué un enviado, un ángel del orden sacerdotal. Lo he visto en Babilonia reprendiendo las crueldades de Semíramis.

84. El padre de Job se llamaba Jectán y era hermano de Faleg, hijos de Heber. Vivió por el tiempo de la torre de Babel, poco después. En la Biblia está nombrado Jobab, entre los trece hijos de Jectán.

85. La historia de Job la escribieron sus mayordomos Hai e Uis. Más tarde Moisés la arregló para consuelo de los israelitas. Salomón le dió la forma poética.

86. Después del sacrificio de Melquisedec con Abrahán no lo he vuelto a ver más. Concluyó su misión. Le dejó el cáliz con las copas a Abrahán, y es el cáliz que usó Jesús en la última Cena.

87. La escala de Jacob la he visto como un árbol genealógico que salía de Jacob hasta una flor en la cumbre, la Virgen Inmaculada, de la cual debía nacer Jesús.

88. La lucha del Angel con Jacob la he visto como que el Angel quería echar fuera de la tienda a Jacob, el cual volvía siempre al medio. Indica que los judíos volverán, aunque dispersos, a su centro: Palestina.

89. He visto que Asenet, que el Faraón dió como esposa a José, era hija de Dina con el Siquemita. Más tarde supo José que Asenet era su pariente próxima.

90. Zacarías y San Isabel vivían en Juta, cerca de Hebrón. He visto que Herodes mandó asesinar a Zacarías porque este no quería revelar donde estaba oculto el niño Juan Bautista.

91. He visto que San Lucas pintó varios cuadros de María. En la Iglesia Santa María Mayor se venera un cuadro que es copia. Veo que un original de San Lucas está oculto, con otras reliquias y escritos antiguos, en una de las seis columnas de la iglesia, en la del medio, a la derecha, mirando desde el altar.

92. Me dijo el Señor: "No supo el hombre que la serpiente que tentaba era Satanás; por eso no sabía Satanás que Cristo era Dios para salvar al hombre".

93. He visto que Jesús, en las bodas de Caná, se había encargado de proveer una parte del banquete, por medio de Lázaro, que estaba también allí; por eso dijo que no era su hora, el momento de proveer.

94. Después de la muerte de José, he visto que María y Jesús fueron a vivir a Cafarnaúm, en la casa de un piadoso israelita llamado Leví.

95. He visto que el niño que presentó Jesús como modelo de sencillez a sus apóstoles fué luego el santo mártir Ignacio, Obispo de Antioquía.

96. He visto que San Juan escribió su Apocalipsis no de seguido, sino en varios momentos, conforme iba teniendo las

visiones. Tres años antes de su muerte escribió su Evangelio, estando casi siempre en éxtasis.

97. Yo no he visto jamás personas, bajo la influencia del magnetismo, sin que se haya mezclado al menos una impureza carnal muy sutil. Siempre veo que sus visiones provienen de espíritus malignos que sirven de intermediarios.

98. Esta iglesia maldita (la francmasonería) es pura inmundicia, es la vaciedad y las tinieblas. Casi ninguno de los suyos conoce las tinieblas en las cuales trabaja.

99. He sabido que Lucifer debe ser soltado por algún tiempo cincuenta o sesenta años antes del 2000 de Cristo, si no me equivoco.

100. Fué voluntad de Dios dejar inciertos la muerte, el lugar de su sepultura y su Ascensión a los cielos en aquellos tiempos primitivos de creencias incipientes, para no dar motivo a que hicieran de la Madre de Dios una diosa, como había tantas en la mitología pagana.

TABLA ALFABETICA DE PERSONAS, LUGARES Y COSAS

(Los números arábigos indican la página, y los romanos, el tomo)

A

B

C

D

E

F

G

H

I

J

L

O

P

R

S

T

INDICE

Cuarta Parte

VISIONES DE LA VIDA DE JESUCRISTO Y DE SU MADRE SANTISIMA

(Continuación)

EPOCA DECIMA

Institución de la Sagrada Eucaristía

EPOCA UNDECIMA

La Dolorosa Pasión de Nuestro Señor Jesucristo

EPOCA DUODECIMA

Desde la Resurrección de Jesucristo hasta la Asunción de María Santísima

Quinta Parte

VISIONES DE LOS APOSTOLES, DE LOS MARTIRES Y DE LOS SANTOS

Sexta Parte

RECONOCIMIENTO DE LAS RELIQUIAS

APENDICE



©FUNDACIÓN



Av. Eloy Alfaro N29-150 y 9 de Octubre
Tel.: (593)(2) 2564 519 / 2528 611
Fax: (593)(2) 2561 445
P.O. Box 6252 C.C.I.
E-Mail: jesusmi@quik.com.ec
Quito-Ecuador



Librería Fiat Voluntas Tua Inc.
2336 SW 67th Ave. Miami, FL 33155 U.S.A.
Tel.: (786) 388-3128 Fax: (786) 388-9698
E-Mail: fiatvtua@bellsouth.net